Germán Carrera Damas



AVISO

a los historiadores críticos:

..."tantos peligros
como corre la verdad
en manos del historiador"...
Andrés Bello

e·3

GERMAN CARRERA DAMAS

AVISO
A los historiadores críticos:

..."tantos peligros como corre la verdad
en manos del historiador"...
Andrés Bello.

Ediciones
ge

Título original

Aviso

... "tantos peligros como corre la verdad
en manos del historiador..." Andrés Bello

ISBN 980-6386-09-4

Montaje electrónico y diseño de portada:
CREARTRES IMAGEN GRAFICA

Impresión: Editorial Melvin
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A la memoria de José Miranda, Daniel Cosío Villegas, Charles C. Griffin, Caracciolo Parra Pérez, José Luis Romero, Carlos M. Rama, Juan David García Bacca, Paulo de Berrêdo Carneiro, J. M. Siso Martínez y Angelina Lemmo Brando, de quienes recibí enseñanza, estímulo y amistad.

"Si creo, a priori, que uno empieza por algo y empieza por detalles en la vida, y yo diría que empieza desde gruñir cuando le dan una orden hasta terminar pensando que todo lo que viene del mando superior está mal ordenado. Y por ese camino uno se hace de un pensar independiente y llega a creer que uno es el que tiene la razón y uno mismo, inmoralmente, se justifica de las barbaridades que hace, ¿no?". ("Intervención inicial del general de división Arnaldo Ochoa Sánchez ante el tribunal de honor militar". **Causa 1/89. Fin de la conexión cubana,** p. 58).

El título de esta obra luce afirmativo. Y lo es. El historiador ha de ser, por sobre todo, una mente crítica en acción. Pero esto no quiere decir que lo sea. Mucho menos que lo sea en todo momento. Apenas logra ser, o debería lograrlo, un decidido y consecuente cultivador y ejercitador del espíritu crítico. Sólo que preferentemente atemperado en su celo por la comprensión de los .."tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador"...[1] Por eso el subtítulo que así lo advierte. Título y subtítulo, en conjunto, sintetizan muy bien el sentido básico de esta obra. Expresan cabalmente la convicción que anima a su autor en cuanto a las posibilidades científicas del conocimiento histórico.

Quien conozca algo de mi obra, al recorrer la presente advertirá de inmediato que vuelvo sobre temas y cuestiones acerca de los cuales he tratado desde mis primeros trabajos, como docente y como autor. Pero estos temas y cuestiones sólo en apariencia son los mismos. La que en realidad no ha cambiado es mi motivación al tratarlos, una y otra vez, en su constante y sin embargo siempre nueva presencia en la labor del historiador crítico. Quiero decir el que indaga consciente de los rasgos esenciales de su oficio. Los elementos más notables de esta convicción tienen que ver con los fundamentos y con las limitaciones del conocimiento histórico científico. Es decir con el perpetuo recomenzar de un conocimiento esencialmente polémico, que está dirigido hacia la comprensión de realidades complejas, siempre amenazado por la posibilidad de incurrir en la flaqueza de abrigar la ilusión de llegar a alcanzar una verdad absoluta, y constantemente tentado de refugiarse en una verdad cómoda. Por estas razones puedo decir, como lo hizo José Carlos Mariátegui [1894-1930] refiriéndose a su empresa ideológica: "Volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mi investigación y mi polémica"...[2] Por otra parte, lo hago sin temer que este esfuerzo tenga fin mientras viva, pues ocurre que la polémica es, en definitiva, conmigo mismo.

En estas convicciones (¿podría decir, ya, comprobaciones?) se apoya mi evaluación crítica de la capacidad de comprensión del historiador. Séame permitido intentar expresarla de esta manera: de todos los científicos sociales los historiadores somos los más ignorantes, pues sabemos cuán equivocados están los demás, pero no sabemos decir por qué. Al mismo tiempo: de todos los científicos sociales los historiadores somos los menos ignorantes, pues sabemos cuán equivocados están los demás, aunque no sepamos decir por qué. La diferencia entre ambas proposiciones no es mera cuestión de matices. Esa diferencia encierra un llamado al historiador para que tenga presente la siguiente recomendación de cautela crítica: la reflexión libre es la producción de "absurdos posibles"; mientras que la formulación de hipótesis es la producción de "absurdos probables". Estos no son juegos de palabras. Son voces de prevención para que el historiador advierta la enorme distancia que media entre lo que puede ser y lo que se puede probar, y para que no se deje cegar por el prestigio de su ciencia: ..."Opinión digna de considerarse; ¡la de un historiador!" [3]

Posiblemente de esta manera el historiador alcanzará el grado de ecuanimidad científica requerida para el cultivo responsable de su revolucionaria disciplina. Para este fin podrían hacérsele algunas recomendaciones complementarias de este género:

El historiador debe evaluar constantemente, y de preferencia con una alta dosis de escepticismo y hasta de buen humor, la utilidad del producto de su esfuerzo: ..."Estudié historia y siempre me impresionó la estupidez de la humanidad." [4]

El historiador no debe perder de vista el hecho de que su búsqueda científica reviste, con demasiada frecuencia, un carácter objetivamente odioso, porque puede resultar perturbadora de la paz de quienes tienen, o se pretende que deban tenerlo, derecho a ella: ..."ninguno a un mismo tiempo puede gozar de una grande fama y sosiego"... [5]

El historiador no debe perder nunca de vista la potencialidad de sus propias limitaciones; ni mucho menos subestimar las posibilidades de que le tiendan asechanzas: hacia 1950, cuan-

do adelantaba en París el periplo universitario que habría de conducirme desde la afición a la historia hasta el oficio de historiador, no percibí en absoluto la trascendencia del Plan unificador Monnet-Schumann-Adenauer. Tan fuerte era el condicionamiento ideológico que entonces padecía. Me tomó casi diez años superarlo.

El historiador debe contemplar siempre la posibilidad (¿y por qué no también la legitimidad?) de otra lectura de lo histórico, diferente y hasta contrapuesta de la suya, inclusive de alguna que pueda parecerle inicialmente disparatada, por el estilo de: "La invasión de Venezuela por los «reinosos» en 1813, que fue cumplidamente correspondida por la de los semi bárbaros llaneros venezolanos en 1819, es el punto de partida de la gran disputa autonómica: ya en 1813 hubo quien puso en duda los títulos de Simón Bolívar, como jefe y Libertador, por cuanto actuaba con la autorización y bajo el patrocinio de un Congreso extranjero, el de la Nueva Granada. Por su parte, los «reinosos» mostraron desdén y hasta desprecio por sus libertadores venezolanos."

El historiador debe estar siempre dispuesto a escuchar el reclamo, rara vez sereno, generalmente airado, de aquellos a quienes él no trató de la manera como ellos esperaban ser tratados, por sí o en nombre de terceros, presentes o pasados: "Mas, siéndole imposible, ó simplemente difícil, elevarse hasta la severa imparcialidad de la Historia, sí ha podido y debido, siquiera para dar alguna autoridad a sus juicios, tener una palabra, una que fuera, de la noble y justificada indignación del historiador contra los abusos del despotismo. No tiene una reconvención para la Dictadura por haber despojado de su soberanía y de sus derechos al pueblo más altivo de América." Esto le enrostró Juan Pablo Rojas Paúl [1829-1905] a Francisco González Guinán [1841-1932] por no haber dicho bien del agraviado y por haber callado las que éste consideraba fechorías del general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899].[6]

En suma: el historiador deberá estar siempre persuadido de cuán arduo es el camino que le permitirá acercarse al conocimiento. Probablemente le animará en este osado ejercicio el con-

suelo ofrecido por Baltasar Gracián [1601-1658]: ..."la verdad siempre llega la última, y tarde, cojeando con el tiempo."..[7]



En esta obra me propuse recoger huellas y muestras de una larga dedicación a la enseñanza de la historia, en diversos campos: Técnica de la investigación documental; Teoría y método de la historia; Historia de Venezuela, siglo XIX; Historia de Venezuela Contemporánea e Historia de la Historiografía Venezolana. Igualmente las de mi constante ejercicio como investigador en esos campos y en la Historia de la América Latina. Pero no quise hacer una obra erudita. Por eso no aparecen en la bibliografía tantos autores y tratadistas de muy merecido renombre, cuyas obras trabajé de manera casi cotidiana. He querido ensayar una aproximación propia, la más directa posible.

Es oportuno informar al lector sobre el criterio seguido en la selección de las muestras historiográficas y literarias utilizadas, bien sea incorporadas al texto principal, bien sea incluidas en las notas y textos de apoyo. Hice, realmente, una selección. Para cada cuestión habría sido posible presentar un acopio de testimonios que abarcase toda la historiografía venezolana, tomada en sus expresiones más representativas. Habría sido también fácil hacerlo utilizando mi obra **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, tanto en su primera edición, de 1961, dotada de pormenorizados índices de materia, autores y obras, como en su segunda versión, muy ampliada, actualmente en proceso de edición, y para la cual elaboro índices semejantes. Preferí la solución aquí adoptada, pues el lector especialmente interesado en estos temas podrá acudir a la obra mencionada. Resolví tomar selectivamente algunas muestras, pero utilizar sobre todo testimonios y muestras extraídos directamente de obras cuyos autores están o no incluidos en la compilación mencionada, complementándolos con algunos procedentes de otras historiografías y literaturas. Juzgo que esta solución conviene a mi propósito de subrayar la complejidad, así cómo la universalidad y la perennidad, de la lucha por establecer los fueros del método crítico en historiografía.

El haber dedicado muchos años a la enseñanza y a la investigación de la metodología de la historia, entendida en sus dos niveles básicos de la técnica de la investigación documental y de la teoría y método de la historia, hizo que estableciera un contacto permanente con las obras clásicas de esas disciplinas, así como con aquellas que en tiempos recientes han aportado nuevos enfoques sobre aspectos cruciales de las mismas: desde Charles Victor Langlois [1857-1924] y Michel Jean Charles Seignobos [1854-1942] hasta Edward Hallett Carr [1892-], pasando por Marc Bloch [1886-1944], Wilhelm Bauer [1877-], Johan Huizinga [1872-1945] y E.-H Halkin [1906], en Europa; José Miranda [1903-1967], Carlos Rama [1921-1982], Carlos Bosch García [1919-], Ramón Iglesia [1905-1948] y Luis González [1925], en América y en la España transterrada; Mario Briceño-Iragorry [1897-1958], Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] y Diego Carbonell [1884-1945], en Venezuela. Todos esos nombres, y muchos otros, están presentes como corrientes de reflexión respecto de las cuales he sido y sigo siendo deudor intelectual.

Por último, valga una advertencia: no quise concentrar mi atención en los grandes nombres de la historiografía y la literatura. Pero si he dado entrada a los pequeños no ha sido obedeciendo a un sentido de justicia igualitaria, –lo cual significaría no hacer justicia–, sino porque con frecuencia ellos expresan de manera desvelada lo que los grandes cubren con el velo de la pedantería académica.

NOTAS

1. Andrés Bello, "Historia física y política de Chile, por Claudio Gay". **Obras completas**, vol. XIX, p.141.

2. José Carlos Mariátegui, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.** Advertencia, p. 1.

3. Jorge Amado, **Gabriela, clavo y canela**, p. 34.

4. Entrevista con J. William Fulbright, "Fulbrighturges wider Educational Exchange With East". **International Herald Tribune**, 11 de junio de 1990.

5. Cayo Cornelio Tácito, **Diálogo de los oradores**, p. 107. No cuesta mucho relacionar este pensamiento con el que cierra la conocida carta de Simón Bolívar a José Manuel Restrepo, en relación con su **Historia de la Revolución de la República de Colombia**, recién publicada (Bucaramanga, 3 de junio de 1828). (Véase: Parte I, nota 155).

6. **Contestación del Dr. J. P. Rojas Paúl al libro del Dr. F. González Guinán**, p.p. 10-11.

7. Baltasar Gracián, **Oráculo manual y arte de prudencia**, p. 95.

PARTE I:

SOBRE EL METODO CRITICO Y LA HISTORIOGRAFIA

Un largo y difícil combate contra la credulidad

Puesto en el trance de creer o no creer, el hombre se inclinará hacia lo primero. De tal propensión, tenaz, dan prueba creencias[1] y supersticiones. La registran psicólogos y metodólogos como expresión de la tendencia natural del organismo, tanto físico como psíquico, al estado de reposo. Creer es reposar en la confianza, y confiar es negarse a la duda. Letras, costumbres y artes han hecho de la credulidad la más caracterizadora expresión de la condición humana, tomada ésta en su abrumadora normalidad.[2]

La discordante, incómoda y en ocasiones divertida inquietud de quien, entre dudas e indagaciones, ahoga la natural tendencia a la credulidad-reposo, y busca con sacrificio de su tranquilidad, de su bienestar y aun de su seguridad, aquello que otros no sienten necesidad ni deseos de buscar, ha generado la imagen convencional, entre excéntrica y admirable, del sabio. Se le ha caracterizado como un practicante del espíritu crítico, constantemente asediado por la credulidad y la superstición, sobre las cuales triunfa gracias al poderoso auxilio del método crítico.

También la vigencia del método crítico en historia es parte del largo y difícil combate librado por el espíritu crítico contra la credulidad y la superstición.[3] En ese combate se hace frente a un adversario que asume, simultáneamente, dos caras que en esencia corresponden a una misma realidad: ellas son la de la credulidad y la del criterio de autoridad.[4]

La credulidad no es, en rigor, una actitud sino un estado. Arrancar de él la mente implica ejercer sobre ésta una violencia intensa y sostenida, que acaba por convertirse en una disposición de ánimo consubstancial de la función intelectual. Mantiene en alerta constante la suscitada, estimulada y desarrollada capacidad crítica, ocupada perennemente en descubrir las infinitas formas que puede asumir la credulidad. Es imposible, por lo mismo, inventariarlas. Su gama abarca desde la credulidad reverente hasta la credulidad irresponsable. Credulidad reve-

rente es aquella que se acoge al criterio de autoridad, amparado por una cualquiera de las justificaciones posibles, que van desde una rudimentaria evaluación crítica hasta la ingenuidad perezosa.[5] Credulidad irresponsable es la que se manifiesta en el mecanismo perverso del rumor.

Desde los inicios de la historiografía se han producido incesantemente demostraciones de cuán difícil ha sido el combate contra la credulidad y el criterio de autoridad. Herodoto y Suetonio ofrecieron ejemplos de cómo, en ocasiones, el espíritu crítico termina por rendir sus armas ante la imposibilidad de comprobar testimonios y de establecer críticamente los hechos. Pero, en ellos se percibe una nota de desaliento, nacida quizá de la prudencia.[6] En cambio, Cayo Cornelio Tácito ofreció en **La Germania** un interesante ejemplo de las diversas facetas del proceso crítico, y de las innumerables asechanzas que le tiende la credulidad:

> "Más allá de los suyones hay otro mar perezoso y casi inmóvil; se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra (sic), porque después de puesto el sol se ve siempre aquel resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también *hay opinión que se oye el ruido que hace el sol al emerger del Océano, y que se ven las figuras de los caballos y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza.* En la costa del mar suévico, a mano derecha, habitan los estios, los cuales tienen los ritos y hábitos de los suevos, y en la lengua se parecen más a la de los britanos. Adoran a la madre de los dioses. *Y por insignia de superstición* traen unas figuras de jabalíes. Y esto a los que reverencian la diosa sirve de armas y de seguridad y defensa, aun entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de bastones. Trabajan más y con más cuidado y sufrimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demás germanos. Navegan también por el mar, *escudriñando sus secretos.* Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa el ámbar amarillo, que llaman gleso. *Pero como son bárbaros, nunca han procurado saber ni hallado lo que es ni cómo se engendra* "...[7]

Al inicio de su obra Tácito se encontró con el mismo escollo con que tropezó Herodoto, y puesto ante la creencia de que Ulises, en su navegación, anduvo por la Germania, se refugió donde también se guareció el padre de la historiografía: ..."Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni menos refutarlo; *cada cual crea o no crea –lo que quisiere–*, conforme a su ingenio." [8] Basta contrastar los pasajes subrayados en el fragmento precedente para percibir la confusión de criterios generada por la combinación de actitudes críticas, de acatamiento de creencias y el peso de los prejuicios. [9]

La credulidad es asechanza de mil recursos. Prevalida del criterio de autoridad, fabrica pretextos para agarrotar el espíritu crítico. Las historiografías venezolana y latinoamericana, edificadas sobre el culto a los héroes nacionales, abundan tanto en ejemplos pertinentes que sobra recogerlos. En ocasiones se corresponden muy bien con el nivel de la credulidad irresponsable, como aquella que hacía decir del personaje gallegiano Justiniano Olmedo que: "Era un sabio. A nadie le constaba; pero todo el mundo lo decía." [10] Es el primer grado del rumor, que agigantado hasta conformar *la bola*, en un momento dado puede convertirse en un poderoso factor coyuntural del proceso histórico, capaz de ofuscar los ánimos mejor templados y hasta de inhibir la razón por completo, cual sucedió en la Venezuela de 1814, cuando José Tomás Boves (1782-1814) y Francisco Rosete [-1816] abandonaron las orillas del Orinoco y entraron en los valles del Tuy y de Aragua: ..."La muerte parecía precederles, y señalar su ruta con ríos de sangre [relata Manuel Palacio Fajardo, 1784-1819]. A pesar de ser verdad, costaría a los lectores de hoy [su obra fue publicada por primera vez en 1817] el dar crédito a lo que en aquella época relataban los periódicos (sic) y las cartas particulares. En una extensión del país de cuatrocientas millas, desde el Orinoco hasta las cercanías de Caracas, no perdonaron a un ser humano, matando a cuantos no querían seguirles"... [11] El relator fue, sin embargo, uno de los más finos intelectos de la emancipación. Dio reiteradas pruebas de ponderación y ecuanimidad. Pero, quizá por estar inmerso en los sucesos de su tiempo no pudo hacer gala del espíritu crítico que le

permitió a José Manuel Restrepo [1781-1863], al publicar la segunda versión de su obra en 1858, sobreponerse al rumor: ..."supo Bolívar que Rosete [Francisco, -1816] había ocupado nuevamente á Ocumare con tres mil hombres, según contaba la fama; fuerzas que nos parecen exageradas por el temor que inspiraban aquellos facinerosos"... [12]

Es una excelente representación literaria de los mecanismos de formación y difusión del rumor la ofrecida por Gonzalo Picón Febres [1860-1918], refiriéndose al estado de alarma suscitado en los pueblos por las guerras civiles:

> "Las noticias se multiplicaban de una manera incalculable, y corrían por todas partes agrandándose con asombrosa rapidez, tomando formas diferentes, rebotando de las casas a las calles, de las calles a las plazas, de las plazas a los suburbios solitarios, de los suburbios a los campos. Nadie daba en la flor de analizarlas para sacar en limpio si eran ciertas: todo el mundo las tragaba con la mayor facilidad o candidez, aunque fueran despropósitos de esos que no tienen explicación posible. Bastaba que viniese calientita, provocativa, apetitosa, para que todos tomasen la noticia con deleite, la paladearan buena pieza, le agregaran algún nuevo perendengue para hacerla más sensible al deseo de los curiosos, y la soltaban como riquísimo bombón en el grupito de la primera esquina. La que salía por la mañana a corretear por las aceras, por la noche era imposible reconocerla en ninguno de los rasgos de su fisonomía. Los fabricantes de bolas menudeaban, pero de bolas estupendas: hoy era el asalto de un castillo inexpugnable, mañana la toma a sombrerazos de un cuartel, pasado mañana la desigual contienda de doscientos contra mil, en que éstos, admirablemente armados y con un jefe de alante, habían puesto los pies en polvorosa. La geografía se trastrocaba con inaudita seriedad, los imposibles dejaban de ser tales, lo que era montaña se convertía en llanura, y al capitán más perezoso le hacían caminar sesenta leguas en sólo un periquete. Y la verdad es que lo cierto de lo que estaba sucediendo en el teatro de la guerra, no lo sabían sino apenas tres o cuatro, los cuales, por el hecho de saberlo, andaban tan campantes por ahí." [13]

La historia política de Venezuela ha tenido en el rumor uno de sus principales ingredientes. Su efecto, incalculable e impredecible, ha sido en muchas ocasiones demoledor de presti-

gios y zapador de causas. Pero con mayor frecuencia los estragos han devenido de su influjo inhibidor de la opinión, y aun de la vida económica y política de la sociedad, hasta el punto de provocar auténtica parálisis en esos campos. Se crean así situaciones respecto de las cuales nada valen advertencias y prevenciones. Pese a éstas, los rumores se reproducen una y otra vez sin que su eficacia se vea mellada por la reiterada comprobación de su falta de fundamento. A mediados de 1852 el Licenciado P. Uzelai escribió una carta al Licenciado José Santiago Rodríguez (1795-1874), en la cual resumió este proceso:

> ..."Estoy perfectamente de acuerdo en su modo de pensar respecto al poco caso que debe hacerse a esos rumores de trastornos políticos que sin cesar circulan en Venezuela, porque de lo contrario se expone el individuo a no trabajar ni emprender nada, perdiendo miserablemente su tiempo en una larga expectativa"... [14]

Sobre la propensión a creer, como factor que posibilita la acción del rumor, al igual que sobre las condiciones que crean terreno propicio para su difusión, se han ensayado y seguramente continuarán ensayándose explicaciones de carácter sociológico y psicológico. Groseramente expresados esos ensayos se resumen en la estigmatización de los pueblos como "crédulos", o como pura y simplemente ignorantes, y con ella pareciera confiarse en que la ilustración y la posesión de medios de información adecuados terminarían por atenuar, cuando menos, la acción del rumor. La historia reciente, marcada por el impresionante desarrollo y crecimiento de la información, hace lucir cuando menos ingenua la manera como Benito Pérez Galdós [1843-1920], vio el asunto, refiriéndose a las últimas décadas del siglo XVIII: ..."Entonces no había periódicos, y las ideas políticas, así como las noticias, circulaban de viva voz, desfigurándose entonces más que ahora, porque siempre fue la palabra más mentirosa que la imprenta." [15]

Pero generalmente la propensión a creer, que abona la eficacia del rumor, responde más que a la falta de información adecuada y oportuna a la carencia de criterios que permitan evaluarla críticamente. Con esto la cuestión sale de la esfera del

rumor, propiamente dicho, y se coloca en un plano en el cual se confunden el procesamiento crítico de la información y la ética de quien la procesa. Mal podría alegarse que José Antonio Páez [1790-1873] carecía de criterios para evaluar un combate entre llaneros. No obstante, Vicente Dávila [1874-1949] observó, refiriéndose al de "Mata de la Miel" [1816], que:

> ..."Páez [José Antonio] escribió después que en ese encuentro a oscuras hizo 500 prisioneros y el enemigo tuvo 400 muertos. Esto es inverosímil, parece dictado por D. Antonio Leocadio Guzmán [1801-1884] que bien sabía de mentiras históricas. Los militares saben que sólo las grandes batallas dan un número semejante de muertos; y no es que fueran pasados por las armas, puesto que Páez no llevó a cabo la Guerra a Muerte"...[16]

Pero si bien el rigor ético de quien procesa críticamente la información puede llegar al punto extremo representado por José Francisco Heredia [1776-1820], cuando, al topar con la ejecución ordenada por Simón Bolívar de más de 900 prisioneros y heridos en las bóvedas y hospitales de La Guaira, en 1814, dice no poder referirla ..."con individualidad, porque la vergüenza y el dolor me ataban la lengua siempre que se ofrecía hablar de ella, y así no pude tomar los informes necesarios.".,[17] en no pocas ocasiones se trata sobre todo de que se carece de criterios con que evaluar hechos o conductas extremadamente alejados de lo normal. [18]

El criterio de autoridad, la faz que luce como la más respetable, si alguna respetable tiene, de la credulidad, dispone igualmente de un vasto arsenal de recursos. Su diversidad, y el refinamiento a veces logrado, tanto en su concepción como en su uso, pueden, en ocasiones, hacer dudar al intelecto mejor apercibido acerca de si la calificación de los testigos, tan recomendada por los metodólogos, no llega a confundirse con la admisión del criterio de autoridad. Así se observa en el muy interesante caso de la recomendación que de las opiniones político-constitucionales de Francisco Javier Ustáriz [1772-1814] hizo Miguel José Sanz [1756-1814], dirigiéndose a Simón Bolívar:

..."El C. Ustáriz ama íntimamente á su Patria: conoce sus intereses: y sus deseos de la felicidad de la América son superiores á todo respecto y consideración particular. Su opinión es hija de sus sentimientos, de su vasta instrucción, y de sus prácticos conocimientos. El General [Simón Bolívar] debe descansar sobre ella, y Venezuela toda debe tributar su confianza á los que le hablan animados de un espíritu verdaderamente patriótico para no ser sumergida en la más espantosa esclavitud"... [19]

¿Cuánto de esta recomendación califica al favorecido por tan exaltadadora opinión y cuánto al autor de la misma? ¿Cabría la posibilidad de deslindar ambas cosas? ¿Se reconocía la autoridad o se buscaba compartirla? [20]

En ocasiones la invocación del criterio de autoridad no reviste tal complicación. Se exhibe como ingenuo abandono del espíritu crítico en una suerte de reverencia enaltecedora, como en el caso del juicio de Augusto Mijares [1897-1979] sobre el testimonio de Alejandro de Humboldt [1769-1859] acerca de la supuesta práctica, iniciada por el conde de Tovar [Martín Tovar Ponte, 1772-1843] de convertir a los esclavos en propietarios de tierras. [21] Augusto Mijares llegó a decir: "Tan fuera de su tiempo y tan extraña a la clase social a que pertenecía el Conde de Tovar nos parece aquella audaz iniciativa, que si no la encontrásemos ampliamente explicada en Humboldt nos parecería una de esas leyendas elaboradas posteriormente para adornar la historia." [22]

El influjo inhibidor que ejerce el criterio de autoridad puede imponerse aun a los espíritus más habituados al ejercicio crítico. No todos muestran el arrojo necesario, –o estiman tan comprometida su propia figura ante "el juicio de la historia"–, para hacer la palmaria declaración reivindicatoria que hizo José Antonio Páez [1790-1873] con el fin de justificar su reacción ante la forma cómo Rafael María Baralt [1810-1860] trató algunos hechos con los que estuvo directamente relacionado el caudillo: "He citado á Baralt como la autoridad de más peso entre nos otros; mas no por eso dejaré de correjir los errores que contiene su narracion, refiriendo los hechos de la manera que pasaron"... [23]

Es particularmente difícil escapar al influjo del criterio de autoridad cuando éste invoca potencias de suyo respetables o temibles, como lo pueden ser el número, Dios y la violencia. En efecto, en estos casos el ejercicio de la duda pareciera no sólo arriesgado sino ofensivo, y se retrae el espíritu crítico ante tan enojosa situación.

La historiografía venezolana abunda en referencias estadísticas que revelan desconocimiento de su metodología, si es que no una posición pura y simplemente acrítica ante las mismas. Un caso extremo, quizá, del uso abusivo de la cuantificación, lo proporcionó Rufino Blanco Fombona [1874-1944] cuando afirmó que:

> "En la gran Colombia sola desaparecieron, durante el torbellino de la revolución, 596.284 existencias, de las cuales corresponden: á Ecuador, 108.204; á Nueva Granada, 171.741; y á Venezuela, donde se luchó más que en parte alguna de América y que derramó su sangre, sin avaricia, por todo el continente: 316.339. Para que sirva únicamente como unidad de comparación recuérdese que las pérdidas totales de Francia, durante todas las guerras de la Revolución y del Imperio fueron de 1.200.000 vidas." [24]

Llevado del ímpetu que siempre puso en la defensa de la figura del Libertador, y enfrentado a algunos historiadores argentinos con quienes polemizó sobre los respectivos héroes nacionales y el papel por ellos desempeñado en la guerra de independencia, Rufino Blanco Fombona dio cifras que hacen estremecerse el sentido crítico: por su precisión y por las condiciones en que habría sido necesario levantar las estadísticas básicas. Añádase que, por supuesto, nada dice acerca de cómo obtuvo esas cifras, en apariencia tan respetables.

Se complica aún el ejercicio del espíritu crítico cuando conlleva topar nada menos que con Dios. [25] Sobre todo si ello ocurre a través de la prosa cautivadora de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés [1478-1557]. Consciente de su tarea de cronista de Indias, y buscando acreditar su visión de las cosas del Nuevo Mundo, no vaciló en apoyarse en su fe nunca negada, y lo hizo en términos cuya humildad cristiana predispone al lec-

tor a creer que el autor temía, por sobre todas las cosas y como correspondía, al pecado:

"Poco tiene que haçer en decçir la verdad el hombre libre que dessea usar de ella; péro saberla referir, como mejor parezca ó suene á los que la oyen, ha de ser por graçia espeçial, junto con el arte ó hermosa forma de narrar las cosas, en que el orador ó escriptor quiere dar á entender lo que ha de resçitar ó escribir, para que con mas delectaçion sea escuchado. Y cómo essa graçia é ornamento de palabras no acompañan á mi pluma, doyle por guia á mi Dios, á quien suplico con mis indignas oraçiones que la favorezca, para que loando su omnipotencia pueda proseguir é concluir estas materias que aquí se tractan, de tal manera, que yo las sepa dar á entender como ellas son. Y á la sombra de la divina misericordia, nunca pienso desacordarme que el sancto Job dice: *Mientras tura mi aliento en mí, y el espíritu de Dios en mis nariçes no hablarán mi labios maldad, ni mi lengua pensará la mentira.*" [26]

Otros recursos, más cercanos de lo terrenal, pueden servir de apoyo al criterio de autoridad, desalentando dudas y aun disuadiendo a quien osase cuestionar la veracidad de la aserción. En su famosa **Historia indiana**, Nicolás Federman [1505-1542] no sólo apuntó que en su expedición llevó ..."un notario público, escribano público,"... que ..."anotaba lo que iba sucediendo de un pueblo a otro. Pues en todas las tierras de las Indias sometidas a la Majestad Imperial hay orden y mandato de hacer esto y de dar informe fidedigno a la Majestad Imperial de lo que se lleva a cabo en las Indias." Protesta que redujo su intervención a poner lo anotado en forma tal que fuese accesible al público:

..."Esta relación la traduje lo más breve y literalmente posible al alemán, aclarando sin embargo algunas cosas que no era posible omitir, pues tal relación fué escrita en el propio lugar [de los acontecimientos], donde se conocen en gran parte los usos y costumbres de las tierras indianas; y si se hiciere este traslado de modo tan breve y siguiendo literalmente el texto español, sería para muchos ininteligible y demasiado obscuro para los que desconocen estas cosas." [27]

Por supuesto que si la invocación de lo humano y de lo divino no bastara para dejar sentada la veracidad del aserto, al amparo de una autoridad incuestionable, siempre quedaría el recurso extremo de que echó mano el general Gregorio Cedeño [1865-1891], cuando en carta de 27 de octubre de 1881 reclamó para sí el mérito de haber ganado la batalla de La Victoria, triunfo atribuido al general Joaquín Crespo [1841-1898] por los enemigos de Gregorio Cedeño: "De todo lo dicho es usted sabedor [se dirige al Dr. Diego Bautista Urbaneja] porque venía con el General Guzmán [Blanco, Antonio, 1829-1899] y son testigos diez mil hombres mas que se encontraban á mis órdenes en La Victoria: que salga uno de ellos a desmentirme para clavarle un puñal en el corazón para que sirva de ejemplar a todo traidor de la verdad." [28]

La necesidad de creer es la esperanza de respuestas simples

El combate que enfrenta el espíritu crítico con la credulidad y la superstición, auténtico en todo momento de la historia, y parte del cual es la lucha por el ejercicio del método crítico en la historiografía, cobra especial significación para una humanidad que indaga incesantemente el sentido de su propia existencia, interrogando para ello ..."el libro mayor de la vida"..,[29] es decir la Historia, con todas las graves consecuencias que tiene para ésta el que se acuda a ella con la misma actitud con que acudió Creso al Oráculo de Delfos. Nada extraño, en consecuencia, que periódicamente resurja el desaliento tan bien expresado por Paul Valery [1871-1945] cuando hizo recaer sobre el oráculo la culpa que sólo correspondía a quien lo interrogaba confiado en obtener la respuesta deseada. En este ejercicio el espíritu da tumbos entre el desengaño, la serena confianza que depara el saber consciente de sus posibilidades y limitaciones, y la recurrente y a veces disimulada búsqueda de refugio en la evasión poética. Pero impulsado siempre por la convicción profunda, resistente a todos los embates, de que la historia no es, como dijo T. S. Elliot [1888-1965], citando a Ralph Waldo Emerson [1803-

1882]: ..."la sombra alargada de un hombre"..,[30] sino, como dijo Rainer María Rilke [1875-1926], ..."un pasado, de pie sobre los siglos y más próximo del porvenir que del presente"... [31]

Todo el resentimiento que pueda formarse contra una historia incapaz de dar respuestas acordes con las necesidades espirituales de quienes la interrogan, se refleja en una de las más feroces diatribas compuestas hasta ahora contra ella:

> "La Historia, sueño largo, empotrado en cráneos descompuestos. Distancias concluidas, rígidas ya, dispuestas conforme al olvido y diseminadas conforme al cansancio que produce la ilusión equivocada. Mosaico de alegrías perdidas y sueños desmembrados, disjuntos, congelados en rostros de vergüenza glorificada, de temores ensalzados hasta el vómito. Paisaje de tumbas con asientos en los lados y lujosas escupideras al centro, al alcance del más humilde. Voces ahogadas en algodón y siempre la moneda golpeando dura y sencillamente sobre las gargantas y los oídos privilegiados. Después la duda; la plegadiza, portátil, inocente prostituta del pasado entendido, deliciosamente acrobática, grande su sexo de magnífica gelatina al natural y a temperatura de salón y siempre dios, el dios blanco pintado de blanco, barnizado luego y después lavado con cuidado con el detergente más eficaz." [32]

La necesidad de creer es la esperanza de respuestas simples, prácticas, seguras, que eximan al espíritu de la torturante necesidad de replantearse, una y mil veces, las mismas preguntas cargadas de respuestas infinitas, que conforman una interrogante única sobre el destino del hombre. En el fondo, el mecanismo es sencillo: se pregunta a la historia lo que ésta no está preparada para responder. Se le fuerza a hacerlo. Se obtiene una respuesta que es luego aderezada por las esperanzas de quien la extrajo, y cuando sobreviene la catástrofe que se pretendía eludir, se vuelca sobre la historia la amargura y el desaliento imprudentemente preparados. Mientras tanto, los hombres cultivan las denominadas ciencias médicas sin que se los impida el no haber obtenido las máximas respuestas sobre la vida y la muerte; y sin que los reiterados cambios de ruta, –a veces catastróficas revisiones–, minen la confianza básica puesta en esas disciplinas.

En el caso de la historia no es frecuente una serena apreciación de la correlación que debe existir entre la pregunta y la capacidad de respuesta. No faltará quien observe que este llamado a la serenidad puede pasar, a un tiempo, por cortedad de miras, en lo inmediato, o por presuntuosa confianza en las posibilidades de una ciencia que es cuestionada, tanto en su objeto como en sus métodos. Pero sobre todo, e incongruentemente, negada en su capacidad de corresponder a las necesidades concretas del hombre en situación de desgracia. Ramiro Guerra Sánchez [1880-1970] compuso una serena demostración de confianza en las posibilidades de la historia, al igual que de conciencia de sus limitaciones:

> "La historia, se ha dicho muchas veces, carece de todo valor práctico en relación a los problemas actuales de la sociedad; es materia de erudición, de nombres y de fechas, a lo sumo, de una vaga y discutible ejemplaridad moral. De cierta clase de mal llamada historia, de la que sólo tiene que ver con héroes y batallas, no lo negamos; pero de aquella otra menos brillante, aparatosa y pasional, a cambio de ser más científica y profunda, que se consagra a descubrir y sacar a plena luz los factores que han determinado y determinan el desarrollo de las comunidades y los pueblos, impulsándolos en este o en aquel sentido, no puede decirse lo mismo. Esta última historia, la única que tiene carácter y valor científicos, explica ciertos hechos económicos y sociales aparentemente debidos al azar o al juego misterioso de fuerzas ocultas fuera del dominio del hombre, pone a éste en posesión de los datos necesarios y le coloca en condiciones de poder intervenir voluntaria, consciente y previsoramente en el desarrollo de los grandes acontecimientos que, a la larga, cambian la faz y el destino de las sociedades." [33]

¿Pedirle a la historia más de lo ésta puede dar, y luego increparla porque no satisface expectativas inmoderadas? ¿Renunciar el espíritu al vuelo ilusorio y mantenerse dentro de los justos límites de las posibilidades de una ciencia definida, en cuanto a su objeto y su método, con más apego a lo real? Quizá, en el fondo de esta controversia esté el hecho, aceptémoslo o no, de que el hombre no parece satisfacerse con una historia que le explique una parcela de su ser, como otras ciencias pueden hacer-

lo. Necesita una forma de revelación de su propia esencia, con un sentido de totalidad. Para explicarse a sí mismo recurre a la experiencia acumulada de la humanidad, –que es la historia–, porque intuye que allí puede hallarse la clave. Los medios de procurar esa clave diferencian fundamentalmente las concepciones de la historia, pero arrojan un claro balance: la historia ha de ser algo más que la meticulosa explicación de los hechos, porque detrás de ésta se halla una dimensión que si no está demostrado, –o si se le niega–, que se corresponda con la naturaleza de la disciplina historiográfica, no hay duda, en cambio, de que sí se corresponde con la naturaleza humana. Por esta brecha se cuelan la superstición y la credulidad, porque la necesidad de llegar a esa dimensión dispondrá al espíritu, en última instancia, para derogar su alerta crítica y reponer su inclinación a la credulidad.[34] Esta necesidad disimulará su realidad con enjundiosos y hasta seductores argumentos, como el compuesto por Vissarion Gregorievitch Bielinski [1811-1848] al terciar en la discusión que enfrentaba entonces a la ciencia histórica con la exaltación poética del romanticismo:

> "Corresponde a la crítica histórica distinguir entre la verdad y la mentira, entre lo dudoso y lo cierto; pero la historia que se apoya únicamente en la crítica histórica y que sólo es impecable desde este ángulo, podrá ser fatigosa, seca, muerta. La más verosímil exposición de los hechos podrá carecer de perspectiva y de lo pintoresco, de continuidad en las ideas, tanto que cuando haya pasado a una nueva página, el lector olvidará la precedente. Los libros de historia de este género tienen su valor, como materiales preparados por una mano sabia para el historiador artista. Pues para comprender el significado de los hechos, para penetrar su lado vivo, es necesaria la intuición poética. Es por ello que cuando leemos una obra de historia exenta de toda fantasía y llena de los hechos más exactos, creemos leer un mal cuento en el cual todo se realiza no en virtud de las leyes de la necesidad racional, sino como por encanto." [35]

Si al influjo del criterio de autoridad, allanado por la credulidad, se añade la mediación de la poesía para llegar al lado vivo de los hechos, no son pocas las tribulaciones que acechan a la historiografía. Tildada de fría porque pretende desplumar o

desvestir los hechos de todo cuanto puede crear confusión acerca de su naturaleza y dinámica; negada para lo vivo porque pretende contar y medir lo real; anatematizada como ajena a la esencial condición humana, luego de haberse privado ella misma del contacto con lo divino al desprenderse de su original visión providencialista, la historiografía pareciera carecer de virtualidad ... Pero el hombre necesita de la historia, y pasada la embriaguez o disipado el rencor, vuelve a ella con el propósito de hacerla cada vez más consistente, substrayéndola al criterio de autoridad, despojándola de falsos encantos, emancipándola de la credulidad y la superstición.

Una curva crítica ascendente

Las dificultades propias del combate del espíritu crítico contra la credulidad y la superstición quizá tienen su mejor ejemplo en el monumento del racionalismo moderno, la **Enciclopedia**. Es un lugar común el subrayar la sutileza, la notable cautela y la eficacia con que se procedió en ella a la progresiva demolición de la irracionalidad. Tres artículos, correlacionados, ilustran muy bien lo dicho, respecto de la historia. Efectivamente, si los colocamos en una secuencia, –siempre posible para el intelecto, aunque no fuese tal en sentido cronológico–, esos artículos revelan una curva crítica ascendente que se resuelve en un planteamiento del método crítico en historia de sorprendente modernidad y vigencia. Los artículos en referencia se titulan: "La autoridad en los discursos y en los escritos", "La crítica en las ciencias " y "Agnus scythicus".

El primero de los artículos discute el criterio de autoridad, con el propósito de demolerlo, a partir de la ciencia, pero acatándolo expresa y prudentemente en materia de religión e historia. Esta ineludible pero evidentemente formal concesión a los tiempos no desvirtúa, sin embargo, el valor fundamental del texto ni su alcance, de hecho, respecto de la historiografía:

"Entiendo por *autoridad en los discursos* el derecho que se tiene a que sea creído lo que uno dice: así, cuanto más derecho

se tiene a ser creído por su palabra, tanta más *autoridad* se tiene. Ese derecho se basa en el grado de conocimiento y de buena fe que se le reconoce a quien habla. El conocimiento impide que uno se engañe a sí mismo y aleja el error que podría nacer de la ignorancia. La buena fe impide que uno engañe a los demás y reprime la mentira que la malignidad trataría de acreditar. Son pues las luces y la sinceridad las que constituyen la verdadera medida de la *autoridad* en el discurso. Ambas cualidades son esencialmente necesarias. El más sabio y esclarecido de los hombres ya no merece ser creído en cuanto es trapacero; como tampoco el hombre más piadoso y santo en cuanto habla de lo que no sabe; de manera que San Agustín tenía razón al decir que no era el número sino el mérito de los autores lo que debía inclinar la balanza. Por otra parte, no se debe juzgar el mérito por la reputación, sobre todo respecto de gentes que son miembros de un cuerpo o que están influidos por una cábala. La verdadera piedra de toque, cuando se es capaz y se está en condiciones de utilizarla, es una juiciosa comparación del discurso con la materia de que trata, considerada en sí misma: no es el nombre del autor el que debe hacer estimar la obra, es la obra la que debe llevar a hacerle justicia al autor".

Quedan de esta manera establecida una definición del criterio de autoridad y hecho un análisis de su fundamentación, en su doble aspecto de los requisitos y de la relación que estos guardan entre sí. Este último aspecto permite erigir la primera plataforma lógica en que apoyar la arremetida contra el pensamiento escolástico y la Iglesia, y la reivindicación del espíritu crítico y de su ejercicio autónomo, dirección en la que avanza el artículo al discutir el área de aplicación del criterio de autoridad:

"La *autoridad* no tiene fuerza y no es válida, en mi opinión, sino en los hechos, en materias religiosas y en historia. En otras cosas es inútil y está fuera de orden. ¿Qué importa que otros hayan pensado igual o diferentemente que nosotros, siempre que pensemos acertadamente, según las reglas del sentido común y conforme a la verdad? Poco importa que vuestra opinión coincida con la de Aristóteles, siempre que esté de acuerdo con las leyes del silogismo. ¿Para qué sirven esas frecuentes citas cuando se trata de cosas que dependen únicamente del testimonio de la razón y de los sentidos? ¿Para qué asegurarme que es de día cuando tengo los ojos abiertos y brilla el sol? Los

grandes nombres sólo sirven para deslumbrar al pueblo, para engañar a los espíritus reducidos y para la cháchara de los seudo-sabios. El pueblo, que admira todo lo que no entiende, siempre cree que el que más habla, y con menos naturalidad, es el más hábil. Quienes carecen de suficiente fuerza de espíritu para pensar por sí mismos, se contentan con los pensamientos de otros y cuentan los votos aprobatorios. Los seudo-sabios, que no podrían quedarse callados, y que confunden el silencio y la modestia con síntomas de ignorancia o de imbecilidad, se convierten en inagotables almacenes de citas".

Por último, la introducción de un matiz en cuanto a la vigencia del criterio de autoridad en el campo de la ciencia sirve para lanzar la arremetida final en su contra, y para hacer un vehemente llamado al ejercicio de la autonomía crítica en el proceso de formación del conocimiento:

"Sin embargo, no pretendo que la *autoridad* carezca por completo de uso en las ciencias. Solamente quiero hacer comprender que ella debe servir para apoyarnos y no para conducirnos; porque de otra manera ella invadiría los fueros de la razón. Ésta es una antorcha encendida por la naturaleza, y está destinada a esclarecernos; la otra es cuando más un bastón hecho por la mano del hombre que sirve para apoyarnos, en caso de flaqueza, en el camino que la razón nos señala.

"Quienes en sus estudios se guían sólo por la *autoridad*, se parecen mucho a ciegos que caminan llevados por otro. Si el guía es malo, los lanza por caminos extraviados donde los deja, hastiados y fatigados, antes de haber dado un solo paso por la verdadera senda del saber. Si es hábil, en verdad les hace recorrer una gran distancia en poco tiempo; pero sin haber tenido el placer de notar ni la meta a la cual se dirigían ni los paisajes que bordeaban el camino y lo tornaban agradable.

"Imagino a esos espíritus que nada quieren deber a sus propias reflexiones, y que siempre se guían por las ideas de los demás, como niños cuyas piernas no se fortalecen en absoluto, o como enfermos que no salen jamás del estado de convalecencia y nunca darán un paso sin apoyarse en brazo ajeno." [36]

Avanzando en la misma dirección, Jean-François Marmontel (1723-1799) proyectó la crítica del criterio de autoridad sobre la "historia profana", al componer una síntesis de la crítica interna y de la crítica externa que en lo esencial se antici-

pó a su sistematización por los metodólogos de fines del siglo XIX, en un artículo titulado "La crítica en las ciencias". Este mereció de Voltaire (François Marie Arouet, 1694-1778), en su **Diccionario Filosófico**, la siguiente observación: "El artículo CRITICA escrito por el señor de Marmontel en la **Enciclopedia**, es tan bueno, que sería imperdonable que se diese aquí uno nuevo, si bajo el mismo título no versase sobre una materia completamente diferente"...[37] Debe observarse que Marmontel, prudente, excluye expresamente de sus consideraciones la historia sagrada:

> "En historia profana, el reconocer más o menos autoridad a los hechos, según su grado de posibilidad, de verosimilitud, de celeridad, y según el peso de los testimonios que los confirman: examinar el carácter y la situación de los historiadores; si tuvieron la libertad de decir la verdad, en situación de conocerla, en estado de profundizarla, sin interés en disfrazarla; penetrar tras ellos en las fuentes de los acontecimientos, evaluar sus conjeturas, compararlos entre sí y juzgarlos al uno por el otro: ¡qué funciones para un *crítico*, y si quiere cumplirlas, cuántos conocimientos por adquirir! Las costumbres, la idiosincrasia de los pueblos, sus intereses respectivos, sus riquezas y sus fuerzas domésticas, sus recursos extranjeros, su educación, sus leyes, sus prejuicios y principios; su política interior, su conducta exterior, su manera de actuar, de alimentarse, de armarse y de combatir; el talento, las pasiones, los vicios, las virtudes de quienes han regido los asuntos públicos; las fuentes de los proyectos, de los trastornos, de las revoluciones, de los éxitos y de los reveses; el conocimiento de los hombres, los lugares y los tiempos; en fin, todo lo que en lo moral y en lo físico puede contribuir a formar, a conservar, a cambiar, a destruir y a restablecer el orden de las cosas humanas, debe formar parte del cuadro en relación con el cual un sabio discute la historia. ¿Cuánta reflexión y luz no se necesita, muchas veces, para esclarecer uno solo de los rasgos de este conjunto?"... [38]

Correspondió a Denis Diderot [1713-1784], en el artículo "Agnus scythicus", formular la sistematización del ejercicio de la crítica. En efecto, su artículo condensa el fundamento del aparato crítico manejado hoy por los historiadores, es decir el conjunto de operaciones que constituyen la crítica de los testimonios y

de los testigos. Muy poco le queda al criterio de autoridad, por cuanto ahora la crítica se refiere esencialmente a los hechos y a la posibilidad de establecerlos, con arreglo a criterios de verosimilitud. Los testigos son sólo medios de aproximación a los hechos:

> "Debemos distinguir dos clases de hechos: los hechos simples y ordinarios, y los hechos extraordinarios y prodigiosos. Para los hechos simples bastan los testimonios de algunas personas instruidas y veraces; para el hombre pensante los otros exigen autoridades más acreditadas. En general es necesario que las autoridades estén en razón inversa a la verosimilitud de los hechos; es decir, tanto más numerosas y acreditadas cuanto la verosimilitud sea menor.
>
> "Es necesario subdividir los hechos, tanto los simples como los extraordinarios, en transitorios y permanentes. Los transitorios son los que no existieron sino en el instante de su duración; los permanentes son los que existen siempre y de los cuales uno puede asegurarse en todo momento. Se advierte que estos últimos son menos difíciles de creer que los primeros, y que la facilidad que todos tienen de cerciorarse de la verdad o de la falsedad de los testimonios debe volver circunspectos a los testigos y disponer a los demás hombres a creerles.
>
> "Es necesario distribuir los hechos transitorios en hechos que sucedieron en un siglo esclarecido y en hechos acaecidos en tiempos de tinieblas e ignorancia; y los hechos permanentes en hechos permanentes ocurridos en un lugar accesible o en un lugar inaccesible."
>
> ...
>
> "Tampoco se debe confundir los hechos acaecidos ante todo un pueblo con los que tuvieron como espectadores sólo a un reducido número de personas. Los hechos clandestinos, aunque sean poco maravillosos, casi no merecen ser creídos: los hechos públicos, contra los cuales nada fue alegado en su momento, o contra los cuales sólo ha habido reclamaciones de parte de gentes poco numerosas y mal intencionadas o mal instruidas, casi no pueden ser contradichos."

El tomar los hechos como punto de partida para erigir el edificio crítico, y el referirlos a los rasgos que componen la calificación del testigo, implica una forma de relacionamiento de ambos términos, y a ésta apunta la metodología esbozada por Diderot:

"Es necesario considerar los testimonios en sí mismos y luego compararlos entre sí; considerarlos en sí mismos para ver si no implican contradicción alguna, y si proceden de gentes esclarecidas e instruidas; compararlos entre sí para comprobar si no están en absoluto calcados unos de otros, y si toda esa multitud de autoridades"..."no se reduciría, por casualidad, a la nada o a la autoridad de un solo hombre.

"Es necesario considerar si los testigos son oculares o no; el riesgo que corrieron para hacerse creer; qué temores o qué esperanzas abrigaban al anunciar a los demás hechos de los cuales se decían testigos oculares. Hay que convenir en que si expusieron su vida para sostener su declaración, ésta adquiriría una gran fuerza; ¿que decir, pues, si la han sacrificado o perdido?"

No es posible ignorar, sin embargo, y precisamente por acatamiento a la autoridad, el fondo de ingenuidad sobre el cual se despliega este esfuerzo de sistematización crítica. ¿Pensó Diderot en los muchos condenados que morían protestando su inocencia o alegando lo que realmente pasó? Cabe advertir, sin embargo, que estuvo muy lejos de creer que había compuesto una suerte de fórmula o receta para establecer la autenticidad de los hechos y la veracidad de los testigos: ..."He allí una parte de los principios con apego a los cuales uno concederá o negará su creencia, si no se quiere caer en ensueños y si se ama sinceramente la verdad." [39]

En definitiva, no se pretendía sino apercibir las conciencias para que contrariasen falsarios y desalentasen profetas, como aquella Gemaíma Wilkinson que, pretendiendo que Jesús había encarnado en su seno y le había trasmitido el don de hacer milagros, convocó a sus discípulos para que la mirasen caminar sobre el agua: ..."Al verlos reunidos les pregunta: «Creéis en mí? –Sí, le replican– Bien, responde la profetisa, en este caso no es necesario el milagro»"... [40] Es decir, sin que puedan subestimarse, ni por un momento, los infinitos recursos de los tenaces adversarios del espíritu crítico.

La vertiente americana del combate contra la credulidad

Existe una vertiente americana del combate del espíritu crítico contra la credulidad y la superstición, y, por supuesto, hay elocuentes expresiones venezolanas del mismo. Es sabido que la lucha arrancó desde el momento cuando fue necesario comprender el Nuevo Mundo, como medio natural y como sociedades. Esta tarea se vio abrumada por el prejuicio que prevaleció en la visión europea de América, en perfecta articulación con la estructura de poder interna en trance de conformarse en las sociedades cuya implantación adelantaba en las tierras recién descubiertas.

Con el propósito de explicar las iniciales dificultades y conflictos que se dieron entre los primeros pobladores de Santo Domingo, el meticuloso cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés [1478-1557] reunió en una teoría los resultados de la observación directa con el criterio de autoridad, la superstición y el prejuicio, que informaron el propósito de dominación sobre las sociedades aborígenes. Así, indagando ..."las causas, por donde nunca han de faltar trabajos á los que gobernaren en las Indias".., acudió a la autoridad de la Reina Isabel la Católica. En efecto, relata que informada ésta por Cristóbal Colón [ca. 1451-1506], de ..."que los árboles en esta tierra, por grandes que sean, no meten hondas debaxo de tierra sus raiçes, sino poco debaxo de la superficie".., interrogó al Almirante sobre las causas de tal fenómeno. La respuesta se refirió a lo observado por él, combinándolo con las características de la zona tórrida admitidas por las autoridades:

> ..."replicó que cómo en estas Indias llueve mucho é hay muchas aguas naturales que tiemplan la haz é superficie de la tierra, que aquello era la causa que los árboles, con poca hondura, se extendiessen en raiçes é no las metiessen en la calor de lo muy baxo de la tierra, que de necessidad hallarian en lo hondo, por estar en tal clíma esta tierra; é por esso avia de ser mas caliente en lo hondo é quemar las raiçes que allá baxassen: las quales sintiendo esto, naturalmente se extendian por donde esta misma naturaleza las guia é les conviene extenderse, para su nutrimiento"...

A la explicación del Almirante, el cronista añadió su propia observación del fenómeno, en forma que supone no sólo la complementación del mismo sino su aceptación crítica:

> ..."Y assi es la verdad, porque allende de aquella corteza ó temple que tiene la superficie del terreno (que puede ser medio estado ó poco mas), poquíssimos y raros árboles llegan las raiçes un estado de hondo; porque allí adelante, ó antes hallan la tierra seca é calida, quanto mas ahondan; y cómo en lo alto está húmeda, en aquello poco se sustentan los árboles é se extienden é multiplican é esparçen tantas raiçes ó mas que tienen ramas; pero, como es dicho, no entran en lo hondo de la tierra. Verdad es que el árbol de la cañafistola solo en estas partes llega hasta el agua con las raiçes; pero tales árboles no los vido Colom ni los avia desta cañafistola, hasta que andando el tiempo, se començaron á hacer de las pepitas de la cañafistola que se truxo para medicina, no obstante que en la mayor parte de las Indias hay cañafistolas salvajes, como se dirá en su lugar."

En suma, hasta aquí se trataba de la consideración de un fenómeno cuya explicación se intentó mediante el recurso a la observación, si bien Gonzalo Fernández de Oviedo permitió, con su ejemplo de la cañafístola, cuestionar la explicación dada por Cristóbal Colón, ya que la superficialidad de las raíces sería cuestión de las plantas y no del terreno. Pero el asunto cambió completamente de aspecto porque la Reina, después de escuchar a Cristóbal Colón, ..."mostró averle pessado lo que avia oido, é dixo estas palabras: *En essa tierra, donde los árboles no se arraigan, poca verdad y menos constancia avrá en los hombres*"... ¿Qué relación podía haber entre lo observado por Cristóbal Colón y Gonzalo Fernández de Oviedo y el dicho de la reina? ¿Cómo establecerla? Nada dice de esto el autor, pero de inmediato, prevalido del criterio de autoridad y obediente al prejuicio fundamental, halló corroborado en la realidad social lo que la reina dedujo de la peculiaridad botánica:

> ..."Por çierto quien conosçiere bien estos indios, no podrá negar que la Reyna Cathólica habló lo que es dicho, sino como mas que philósopho natural, y no adevinando, sino diçiendo la misma verdad y como passa. Porque esta generaçion de los in-

dios es muy mentirosa é de poca constançia, como son los muchachos de seys ó siete años, é aun no tan constantes. E assi creo yo que á algunos chrispstianos se les ha pegado harto desto, en espeçial á los mal inclinados"... "Que se deba creer lo que digo de los indios, pruébasse porque la experiencia é obras de algunos lo mostraron, y por los mestizos, hijos de chrispstianos é de indias; porque con grandíssimo trabaxo se crian é con mucho mayor no los pueden apartar de viçios é malas costumbres é inclinaçiones á algunos"... [41]

La comprensión de América condicionada por el peso de la superstición, y puesta bajo la égida del criterio de autoridad en materias religiosas y naturales, fue una visión bien articulada con la estructura de poder interna. Quizá por comprenderlo así José Carlos Mariátegui [1894-1930] hizo su conocida recomendación crítica destinada a prevenir al estudioso respecto de la tendencia a convertir a los cronistas de Indias en autoridades: "Los cronistas de la conquista y de la colonia miraron el panorama indígena con ojos medioevales. Su testimonio indudablemente no puede ser aceptado, sin beneficio de inventario." [42]

Pero se tendría una visión incompleta de este proceso ideológico si no se apuntara que no faltaron intentos de sustraerse del condicionamiento cultural afincado en la escolástica; o en todo caso de expresiones de voluntad en tal sentido, como puede apreciarse en la misma obra de Gonzalo Fernández de Oviedo. En efecto, en un momento dado éste se preguntó: ..."¿Mas para qué quiero yo traer auctoridades de los antiguos en las cosas que yo he visto, ni en las que natura enseña a todos y se ven cada día?"...[43] Palabras éstas que parecen haber resonado más de dos siglos después en la **Enciclopedia**, como hemos visto. [44]

De hecho, otros testimonios de contemporáneos del cronista reivindican los fueros de la observación directa y hasta del conocimiento empírico. Fray Antonio de Guevara [1480-¿1545?], en obra editada en 1539 y muy leída en su tiempo, concluyó: ..."En la corte, no sólo se mudan las complisiones, mas aun las condiciones. Para provar esta sentencia no hemos menester a Platón que lo diga ni a Cicerón que lo jure, pues vemos

de cuerdos tornarse locos; de mansos presumptuosos; de abstinentes, golosos"... [45] Nicolás de Federmann [1505-1542] fue muy categórico en la recomendación de la observación directa y la experiencia como factores de veracidad: "Mucho podría escribirse sobre las costumbres y ceremonias de aquellas tierras, pero quiero omitirlo por ser cosas que he oído pero no conocido por mí mismo; porque mi intención no es otra que escribir lo que yo mismo he visto y sabido, por propia experiencia, que es la verdad." [46]

Sin embargo, no era cosa holgada desenvolverse críticamente en esta confrontación con la superstición y el criterio de autoridad, presidida por la religión y la Iglesia. No todos tenían, como Fray Antonio de Guevara, la condición de Obispo de Guadix y de cortesano importante de Carlos V; ni la gracia y la astucia de Bernal Díaz del Castillo [1492-1581], para sostener los fueros de su razón crítica preservando al mismo tiempo los de la fe, cual lo hizo al referirse a una batalla dada por Hernán Cortés [1485-1547] contra los indios Tabascos y a la versión de la misma ofrecida por Francisco López de Gómara [1511-¿1566?]:

> "Aquí es donde dice Francisco Lopez de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés [Hernán] con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tanto indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fue á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía junto con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase de ello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria ó de San Pedro de la

Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria; y si fuera así como lo dice el Gómara, harto malos cristianos fuéramos, enviándonos nuestro señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia; y plugiera a Dios que así fuera como el coronista dice, y hasta que leí su Corónica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó"... [47]

En otras partes de su obra Bernal Díaz del Castillo no vaciló en desmentir a Francisco López de Gómara tajantemente. Pero en este punto no osó hacerlo, seguramente por mediar asunto de fe. Sin embargo, dio su versión, acudió a un subterfugio y aportó todas las consideraciones críticas capaces de invalidar el testimonio de Francisco López de Gómara, tenido por autoridad. Negar la virtualidad de un milagro era asunto bastante más arriesgado que refutar la versión de un cronista, por muy reconocida que estuviese su autoridad. En predicamento semejante se encontró José de Oviedo y Baños [1671-1738] al relatar un suceso ocurrido a Francisco Infante [- ca.1590], quien acompañado de un cura y dos soldados:

..."llegó á entrar por la montaña, que llaman las Lagunillas, donde con la obscuridad de la noche, aumentada de las tinieblas que formaban las sombras de los árboles, perdiendo el tino en la senda que seguían se halló metido en un laberinto, cercado de confusiones, sin poder acertar con el camino por cuantas partes buscaba; y viéndose aflijido, por el peligro evidente de su vida, si llegaba á amanecer antes de pasar la loma, pidió favor á los cielos, encomendándose a la Vírjen Santísima, (de quien se confesaba devoto) á tiempo, que, ó socorrido del milagro, ó ayudado de la casualidad, se le puso por delante, como á distancia de quince pasos, un ave de la hechura, y similitud de un pato grande, que esparciendo de sí una luz resplandeciente como una hacha, le manifestó la vereda que ignoraba guiándolo hasta sacarlo fuera del riesgo de la montaña".

José de Oviedo y Baños consignó de esta manera el hecho, atribuyéndolo a milagro o a casualidad. Bien sabía él, como hombre culto y ligado a la Iglesia, de la cautela con que ésta procede en materia de milagros. Pero, aunque el historiador había asumido un compromiso de veracidad tampoco podía desechar

un hecho posiblemente milagroso. Por ello la cuidadosa operación crítica que permitió dar a cada quien lo suyo y, en definitiva, transfirió el problema al espíritu crítico o a la credulidad del lector. En todo caso, se descargó el historiador del problema de establecer la realidad del hecho, y de pronunciarse inequívocamente sobre ella, cual hiciera Herodoto, como para prueba de que el fundamental problema metodológico seguía planteado y estaba lejos de encontrar solución. El texto de José de Oviedo y Baños es, en este sentido, muy rico en matices:

> "Prodijio, que no obstante hallarse acreditado con la antigua tradición de este suceso, y comprobado con la relacion que daban los indios de haber en aquel sitio una especie de pajaros nocturnos, á quien adornó naturaleza con la propiedad de despedir de sí rayos de luces, como quiera que siendo el dia de hoy [casi dos siglos después] aquel paraje camino tan trajinado y pasajero, no ha habido en estos tiempos persona alguna que los haya visto: cumplo con la obligacion de historiador en referirlo, dejando libre el juicio del lector para el asenso, aunque á mi no me hace dificultad alguna el creerlo, pues vemos la misma propiedad en las lucernas, ó concuyes, (como llamamos en las Indias) y habrá veinte años ví en esta ciudad [Caracas] un madero, que con una creciente arrojó el rio Guaire á sus orillas, que de noche, ó puesto de dia en parte obscura, como si estubiera ardiendo en llamas, despedia de sí los resplandores; y poniendo la providencia esta virtud en lo vejetable, por qué no lo podrá haber puesto en lo sencitivo?" [48]

Nada arriesgó el historiador: consignó el hecho, respetó el espíritu crítico del lector al mismo tiempo que descargó en él la operación crítica y, puestos por delante sus fundados motivos para creer, más podía ser calificado de piadoso que de crédulo. Para el joven estudioso de la historia, de nuestros días, quizá resulte difícil comprender cabalmente el imperativo moral-religioso que presidía estas inhibiciones del espíritu crítico, y probablemente caiga en la tentación de ver simples estratagemas en estos artificios a que recurrían la razón y la fe concertadas. Nada autoriza a subestimar de esa manera, mucho menos a desnaturalizarlo, un sentimiento religioso que se mantuvo anclado en la conciencia de muchos cronistas e historiadores aun

en tiempos cuando ya la crítica de la conciencia religiosa se había generalizado. De otra manera no podría entenderse la declaración de Lucas Alamán [1792 -1853] cuando puso su obra y su conciencia de historiador directamente bajo la égida de la providencia divina:

> "Llamaban los antiguos fatalidad, ó decretos irrevocables del destino á este encadenamiento de sucesos que naciendo los unos de los otros, parece que van arrastrando los primeros á los que los siguen y éstos á los últimos de una manera irresistible, contribuyendo á precipitar á una nación á su final exterminio los errores, las omisiones, los crímenes y hasta las virtudes de los hombres, y sirviendo para llevar las cosas al último extremo, aquellos mismos medios que se emplearon para evitarlo. Nosotros, guiados por las verdades de la fé cristiana, debemos reconocer y adorar en todos los sucesos humanos los decretos de la Providencia divina, que por fines inexcrutables á nuestra limitada capacidad, deja en juego las pasiones de los hombres hasta que le conviene contenerlas, y desbaratando sus planes por los medios más inopinados, sabe sacar bien del mal y todo conduce por senderos que no podemos penetrar"... [49]

Así apreció Lucas Alamán, en última instancia, la posibilidad de comprender el proceso histórico, y esto hacia 1844-1845, cuando el temor a la Iglesia como institución, y a su brazo largo y poderoso, se había perdido en mucho, y no podía de ninguna manera inspirar el santo temor que estimuló la malicia de Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778], por ejemplo, cuando relató la manera como Micromégas ..."recorrió la vía láctea en poco tiempo; y debo confesar que jamás vio, a través de las estrellas de que está sembrada, ese bello cielo empíreo que el ilustre vicario Derham se jacta de haberlo percibido con su largavista. Yo no pretendo decir que el señor Derham vio mal, ¡Dios no lo quiera! Pero Micromegas estaba en el sitio, es un buen observador, y a nadie quiero contradecir"... [50] Al leer estas líneas de Voltaire no es difícil evocar el pasaje de Bernal Díaz del Castillo, referido.

Nadie tiene derecho a ser creído bajo su palabra de honor

Podrían citarse muchos ejemplos venezolanos que testimonian del combate del espíritu crítico contra la credulidad y la superstición, en términos que revelan una vinculación esencial con el librado a fines del siglo XVIII por los redactores de la **Enciclopedia**. Conviene subrayar que ese combate no ha sido librado sólo en el ámbito de la producción intelectual, sino que se ha planteado, ocasionalmente, en estrecha vinculación con acontecimientos de gran proyección política y social.[51] Quizá sea uno de los más tempranos ejemplos, y de los más caracterizados, el que se dio con ocasión del debate acerca de la crisis económica de la década de 1840. Este debate fue de gran altura conceptual, rico en consideraciones sobre la realidad venezolana de entonces. Alcanzó también niveles teóricos que revelan la gran actualidad del pensamiento económico venezolano de esa época. Era lógico que el entusiasmo por la recién llegada economía política fuese muy vivo, y en particular respecto de los autores ingleses, avalados todos por el prestigio de Adam Smith [1723-1790]. El convertirlos en autoridades incuestionables era una consecuencia casi obvia. Se requería la autonomía intelectual y la serena confianza en su razón, que en muchas ocasiones demostró tener Fermín Toro [1807-1865], para encarar esa tendencia críticamente. Tuvo que enfrentarse al servilismo que caracterizaba el ambiente intelectual venezolano respecto de los autores extranjeros, y a la burla de que podía hacerse objeto al atreverse a insurgir contra autoridades acatadas desde un medio cultural generalmente tenido por inferior al europeo:

> "Estamos, es verdad, a una gran distancia de la ilustración europea; pero no tanto que se pueda hacernos inclinar la cabeza ante nombres y admitir los errores más palpables como oráculos de la ciencia. Las únicas autoridades irrecusables son la verdad y la razón, y cuando Mc Culloch [autor de **Literature of Political Economy**, 1789-1864] o cualquiera otro de los que publican libros, faltan por error o espíritu de sistema a la verdad de los hechos y a las inducciones más legítimas del raciocinio, sus

obras, por *nuevas y preciosas* que sean, no forman autoridad ni se consideran irrecusables"...

No se quedó Fermín Toro en la afirmación de principio, de suyo inobjetable para quien alentase respeto por el espíritu crítico y no fuese un siervo del criterio de autoridad. Sacó el problema del plano puramente teórico y lo plantó en la realidad social y política venezolana de 1845, para comprometer la responsabilidad de su interlocutor, el periódico **El Liberal**, en una forma inmediata y concreta:

> ..."Yo anotaré tres o cuatro errores en el pequeño trozo de Mc Culloch, con notas de Storch [Heinrich Friedrich von, 1766-1835], que usted cita, y dejaré a la rectitud de usted decidir si estos autores pueden llamarse *autoridades irrecusables* y si es justo que a sus doctrinas se dé este peso en una discusión grave en que se interesan, no nos alucinemos, el bienestar y la moralidad de los venezolanos, la equidad y la justicia de la legislación, y, como una consecuencia necesaria, la paz y la prosperidad de la República"... [52]

La riqueza polémica del siglo XIX venezolano puede proveer varios ejemplos como el transcrito. Son testimonios de un permanente combate del espíritu crítico contra la credulidad y la superstición. Casi cuarenta años después de Fermín Toro, el 24 de mayo de 1883, todavía fue necesario que Jesús María Portillo [1844-1889] reivindicase en Maracaibo los fueros del espíritu crítico, al recordarles a los venezolanos de entonces que vivían ..."en un siglo en que nadie tiene derecho á ser creido bajo su palabra de honor, ni á imponer sus opiniones con el dogmatismo de los pitagóricos, y quien sienta una proposición tiene que probarla"... [53] Pero, si algo prueban los testimonios de la lucha del espíritu crítico contra la credulidad y la superstición, es también el hecho de que éstas no sólo sobreviven sino que imperan en forma alarmante. Hasta el punto de que ha sido una necesidad recurrente el que un espíritu crítico asuma la responsabilidad, o incurra en la osadía, de pretender alertar a quienes parecen aletargarse en la comodidad del acatamiento del criterio de autoridad, o del puro y simple abandono de la con-

ciencia crítica, caída en desuso hasta configurar un mal social. Uno de esos espíritus fue Enrique Bernardo Núñez [1895-1964]. Su vida estuvo, en lo fundamental, bajo el signo de la inconformidad crítica, como escritor, como periodista y como historiador. Por ello el valor de su elemental comprobación de que lo ..."esencial en la historia es el discernimiento. De nada vale la documentación más voluminosa si se carece de él. A veces una simple palabra basta para dar origen a equívocos, falsas suposiciones o a levantar edificios con bases falsas"... [54] Más directamente, y con sobrados motivos, dos años después, en 1963, creyó necesario acentuar los tonos de su llamado de alerta:

> "Si la historia es como la vemos escribir en nuestros días será necesario persuadirnos de que es y ha sido siempre la obra de intereses de grupos, de partidos. Simulaciones, trucos, propagandas, razones aparentes o convencionales. Un cuento para niños a quienes no se les permite razonar por cuenta propia. Debajo de esa historia está la otra, la verdadera historia. Muy difícil penetrar en sus arcanos, alcanzar sus fuentes ocultas, inaccesibles. Las nuevas generaciones deben estar dotadas de un espíritu crítico siempre alerta para comprenderla." [55]

Buenos están los señalamientos y convenientes son las advertencias. Pero no valdrían de mucho si no se les acompañase de una celosa y permanente vigilancia crítica, pues son poderosos los obstáculos que enfrenta la aplicación del método crítico en historia. Sobre todo y obviamente cuando ellos arraigan en lo más profundo de valores y creencias. En esos casos el historiador no debe subestimar el esfuerzo que se requiere, y los recursos de integridad moral y científica que es necesario movilizar, para poner por delante el cumplimiento del deber crítico, único medio de satisfacer la obligación de veracidad impuesta al historiador por su propia conciencia científica. Si se quiere, el problema puede reducirse a una muy elemental situación: tener el coraje de decir la verdad que se conoce, o se cree conocer, a la manera de José Francisco Heredia [1776-1820], Oidor de la Real Audiencia y conciencia de incuestionable lealtad a su Rey, cuando al referirse a las matanzas y saqueos cometidos por tropas de Boves [José Tomás, 1782-1814], al ocupar Valencia en 1814, ad-

virtió: "Acaso la posteridad dudará de estos hechos, que parecen imposibles entre gentes civilizadas y cristianas y á la sombra de las banderas españolas, como dudé y hasta que los oí á testigos presenciales y caracterizados, y el convencimiento que adquirí de otro hecho casi igual que referiré después, desvaneció la inverosimilitud." [56] Es decir, el examen de testigos presenciales, práctica en la que un Oidor debía ser hombre diestro; y el haber detectado lo que podría ser el esbozo de un patrón de comportamiento, impulsaron al relator a consignar acontecimientos que contrariaban su propia causa, y tal cosa hizo movido por un imperativo moral al que no pudo sustraerse ni siquiera en circunstancias tan comprometedoras. [57]

En casos como éste el imperativo moral pareciera ser único: consistiría en la obligación de respetar la verdad. Esto no significa el acertar en decirla, sino el no falsearla ni ocultarla. Siempre será posible irrespetar la verdad, faltando a ella involuntariamente, pese al celo puesto en preservarla mediante los más exigentes cuidados críticos. Pues no es el alcanzar la verdad el objetivo del historiador, sino el llevar su conocimiento hasta más allá de duda razonable. El compromiso del historiador con la verdad consiste, por consiguiente, además que en procurarla con todos los recursos de que disponga, en registrar y comunicar lo hallado sin consultar otra conveniencia que la de adelantar el conocimiento, en pro del decoro y el prestigio de su disciplina. Pero, en rigor, ésta no es una carga que pesa fundamental ni menos aún exclusivamente sobre el historiador. En rigor, tampoco puede estimarse que el cumplimiento de este imperativo moral represente para él mayor riesgo que para otros que se ocupen de los asuntos de los hombres. Incluso es posible pensar que pesará más el conflicto vivido en el fuero interno del historiador que los riesgos sociales, sin que estos sean desdeñables, si ponemos por delante la honestidad intelectual y el compromiso científico del historiador. Por ello en más de una ocasión he reflexionado sobre lo ilustrativo que resulta ser para el historiador la angustia expresada por Emilio Arévalo González [1882-1935] al sacar balance de sus empeños guerrilleros:

"No me cansaré nunca de repetir, con un dolor muy grande de patriota, que durante la tiranía de Gómez [Chacón, Juan Vicente, 1857-1935], a quien el venezolano odiaba a muerte, pero a quien también temía hasta morir de miedo, mis compatriotas no existían para la protesta por el derecho y por la libertad; sólo tenían voluntad para maldecir al tirano en silencio y para adular hasta tocar los límites de lo inexistente en el vocabulario de la cortesanía, que tan caro ha costado a la República, y que es deber de patriotismo y de seguridad acabar para siempre en Venezuela.

"Recorrimos solos sesenta y nueve poblaciones de ocho Estados de la República; en todas ellas pudimos ver que sus habitantes simpatizaban con nuestro ideal, y que eran revolucionarios de corazón; pero nadie nos proporcionaba ni un revólver siquiera, nos escondían las bestias, para darlas voluntarias (sic) después al enemigo; hubo poblaciones en donde no era posible obtener nada en dinero ni para satisfacer las más urgentes necesidades de los valientes que me acompañaban; jamás llegó a mi campamento ninguna noticias de dónde se encontraba el enemigo, y lo que es más grave aún: había amigos míos muy queridos, que para salvarse de las sospechas con los agentes de la tiranía, se prestaban voluntarios para servir de prácticos al enemigo asegurando a aquél, que los servicios de ellos y su pericia como conocedores del terreno era una seguridad para capturarme. La Revolución no existía en el interior del país; Venezuela estaba muerta, Venezuela vivía la tranquilidad imperturbable del Mar Muerto, teniendo en el fondo las aguas cenagosas de nuestra corrupción, y en la superficie de ellas la barca del tirano y de toda su familia, pintada con la sangre de nuestros diez mil compatriotas asesinados por ellos, y navegando viento en popa a toda vela, cargada con todas nuestras riquezas nacionales, producto del asesinato y el pillaje." [58]

Enrostrar a todo un pueblo el haberse dejado amilanar hasta el extremo descrito, habría de resultar en la Venezuela de 1936, recién muerto en su cama el dictador (Rafael Arévalo González había muerto el 20 de abril de 1935), una actitud que podía prestarse sin duda a muchas y aun torcidas interpretaciones. El ánimo público estaba más inclinado al olvido cómplice en esta materia, disposición de ánimo probablemente observable en todo pueblo en circunstancia semejante. En cualquier caso, parecía ser la menos aconsejable para quien buscase de alguna ma-

nera el favor de ese pueblo a fin de conseguir objetivos políticos, por muy nobles que estos pudiesen ser. Para tal fin seguramente habría parecido más oportuno el acogerse al precepto invocado por Simón Bolívar en beneficio de los habitantes de Guayaquil:

> "El torrente de las disensiones civiles os ha arrastrado hasta poneros en la situación en que os halláis. Vosotros sois víctimas de la suerte que habeis procurado evitar a todo trance. No sois culpables, y ningún pueblo lo es nunca, porque el pueblo no desea mas que justicia, reposo y libertad; los sentimientos dañosos o erróneos pertenecen de ordinario a los conductores; ellos son las causas de las calamidades públicas.
>
> "Yo os conozco, vosotros me conocéis y no podemos dejar de entendernos. Que desistan pues, los que os quieren extraviar, para que volvamos a abrazarnos como los más tiernos hermanos, a la sombra de los laureles, de las leyes y del nombre de Colombia.
>
> "Palacio del gobierno en Bogotá, a 11 de setiembre de 1827. 17º. Bolívar." [59]

El historiador de lo contemporáneo sabe muy bien los riesgos que corre al decir "su verdad". Pero, en rigor, iguales son los que corre al tratar cualquiera de los "temas tabúes"; es decir aquellos que son guardados por el patrioterismo mostrenco.[60]

Aunque situada en el otro extremo de la línea, respecto del imperativo moral, no es menor la dificultad suscitada por el orgullo herido, cual lo demostró José Antonio Páez [1790-1873]. Su celosa conciencia de su significación histórica lo condujo a velar porque la figura elaborada por los historiadores se correspondiese con la que él mismo se había formado. Quizá deba abonarse en su favor la forma directa, llana y hasta ingenua como lo hizo:

> "Si el deseo de dar á mi patria un documento más para su historia no fuera suficiente estímulo para hacerme emprender el trabajo que me he tomado de escribir mis Memorias, moveríame a ello la necesidad en que me han puesto mis adversarios políticos de contestar á algunos cargos que me hacen, con agravio de la verdad y desdoro tal vez de las glorias de la patria. Grácias sean dadas á la Providencia que me ha prolongado la vida sufi-

cientemente para haber oido lo que todos han hablado y poder hablar cuando todavía algunos no han callado"...

Establecida la circunstancia en términos tan reveladores de su intención al consignar para la historia la riqueza de sus memorias, de inmediato debía seguir el obvio compromiso de veracidad. Este habría de amparar su empresa contra lo que juzgaba una falsificación de la historia por ..."algunos escritores"... movidos por ..."los odios que dividen nuestra sociedad política"... Por ello su:

> ..."ánimo é intencion [de] decir todo lo que sé y tengo por cierto y averiguado; [de] corregir algunos errores históricos en que han incurrido los escritores, y sin dejar de confesar las faltas que haya cometido por error de entendimiento y no de corazón, defenderme de los ataques que contra mí ha fulminado la mala fé ó el espíritu de partido, que pocas veces hace justicia al adversario." [61]

Sería un error pensar que el asecho puesto por la credulidad sólo amenaza al incauto o al ligero de juicio. Ni siquiera el ejercicio consciente, frecuente y expreso de la crítica es garantía de que el peligro haya sido definitivamente alejado.[62] El hecho de que no sea imposible sorprender a espíritus lúcidos incursos en inconsecuencias críticas semejantes a las por ellos denunciadas, en lugar de ser ocasión para cantar la triste victoria de sorprender la inconsecuencia o la contradicción ajenas, debe movernos a reflexión sobre la dificultad, nunca superada del todo, del ejercicio del método crítico en historia.[63] José Manuel Restrepo [1781-1863], fue capaz de demostrar, en la segunda versión de su obra, un nivel de ponderación y de madurez historiográfica muy elevado. No vaciló en enjuiciar a algunos de sus predecesores, en defensa del método crítico:

> "El doctor don José Domingo Díaz [ca.1750-ca.1830] en sus **Recuerdos sobre la rebelion de Carácas**, Montenegro [y Colón, Feliciano, 1781-1853], y lo mismo Baralt [Rafael María, 1810-1860] y Díaz [Ramón, 1800-1875] en sus **Historias de Venezuela**, exageran en casi todas las batallas y combates las fuerzas de los independientes y realistas; una de tales exageraciones se

halla en la relacion de esta batalla [la de Barquisimeto, dada el 10 de noviembre de 1813, y ganada por José Ceballos a Simón Bolívar]. Nosotros corregimos los números, fundados en documentos fehacientes, que sería largo citar y fastidioso entrar sobre cada acción en una discusión crítica. Sin embargo, no la omitirémos siempre que nos parezca necesario"...

Mas José Manuel Restrepo no dice, –pero lo sugiere de hecho–, que no se trataba de un caso de deficiente o incompleta documentación, siempre posible en el trabajo del historiador, aunque difícilmente explicable en tal magnitud. La corrección que él introduce apunta a una falta que superaría el nivel de lo puramente metodológico, y tendría que ver con una deliberada adulteración de la historia con el fin de enaltecer las obras de los jefes de la independencia, al magnificar las circunstancias de sus luchas: ..."Estamos persuadidos de que en nada se disminuye la gloria de Bolívar [Simón] y de sus ilustres compañeros de armas, porque hubieran peleado con pocas fuerzas contra un número pequeño también"... Dicho lo cual, para redondear su débil argumento invocó un símil poco feliz: ..."Cortés [Hernán, 1485-1547], Pizarro [Francisco, 1475-1541] y otros ilustres capitanes obtuvieron gran prez y fama combatiendo á la cabeza de un puñado de valientes." [64] Olvidó que si algo hicieron conquistadores y cronistas fue magnificar los ejércitos de indios con los que combatieron, siempre tan numerosos que, según el dicho de Bernal Díaz del Castillo [1492-1581], antes citado, ..."á puñados de tierra nos cegaran"...

No podía faltar quien recogiese el guante lanzado por José Manuel Restrepo en esta especie de reto crítico. Es materia en la que los historiadores académicos venezolanos han sido por demás sensibles. Curiosamente, la réplica de Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] reprodujo el patrón de la de José Manuel Restrepo [1781-1863]: advirtió, con más precisión todavía, la inconsecuencia lógica demostrada por José Manuel Restrepo en dos pasajes de su historia, en el plano de la interpretación, y sacó una conclusión que por generalizadora perdió consistencia lógica. En efecto, apuntó que aquél:

..."después de decirnos cómo en las filas de Boves [José Tomás, 1782-1814] no hubo nunca más de 160 españoles, se olvidó a poco de este dato interesantísimo, y ante los horrores cometidos en Valencia en 1814 por aquellas mismas tropas, exclama «No parecía que el sitio hubiese sido puesto por soldados de una nación cristiana y civilizada que hacía la guerra a sus hermanos, sino por cuadrillas feroces de bárbaros». Y juzgando en otra parte los caracteres sangrientos de la lucha, nos dice: «La justa e imparcial posteridad decidirá de parte de quien estaba la razón, si de los americanos, que se vieron obligados a ejecutar actos de represalias dolorosas violentando su natural sensibilidad y la dulzura de su carácter (sic); o de los españoles que en este siglo de la ilustración y de la filosofía han renovado en América las sangrientas escenas de la primera conquista»."

Pero, de inmediato Laureano Vallenilla Lanz sacó una conclusión cuya amplitud debilitó su consistencia lógica, y nos revela, quizá, hasta qué punto el ardor de la polémica puede ofuscar el entendimiento: "Si en tan contradictorio criterio está basada la historia de nuestra emancipación; si escritores modernos aceptan sin examen apreciaciones semejantes, ¿cómo es posible estudiar a conciencia, nuestra evolución histórica?" [65]

Más precisa y concreta es la observación de Acisclo Valdivieso Montaño [1876-1935], aunque de menos trascendencia. En efecto, quedaría demostrado un caso en el que José Manuel Restrepo no fue tan cuidadoso al manejar críticamente la documentación, si bien no estuvo solo en el error:

..."El historiador colombiano José Manuel Restrepo (44) [(44) **Historia de la Revolución de la República de Colombia**, Tomo II, pág. 188], al referirse a los crímenes consumados por Zuazola [Antonio, -1813] en Aragua de Maturin y sus contornos",.."asocia el nombre de Boves [José Tomás] al del sobredicho Zuazola [Antonio] en la perpetración de aquellas atrocidades, aseveración que repite el historiador venezolano Felipe Larrazábal [1816-1873] (45) [(45) **Vida del Libertador**, tomo I pág. 250]. El historiador, también venezolano, doctor Antonio Parejo [1830-1900] (46) [(46) **Historia de Colombia**, pág. 302], al referirse a la aseveración de Restrepo [José Manuel], agrega que éste la funda en un expediente que en el mes de mayo de 1813 se levantara para comprobar los hechos perpetrados por Zuazola [Antonio], y en el cual aparecen éste y Boves [José Tomás] dando órdenes de

ejecutar esos hechos, expediente que es citado por Urquinaona [y Pardo, Pedro de, 1778-1835] en sus **Memorias**, y quien afirma haber obrado ambos oficiales realistas de concierto en la comisión de tales vandalismos; pero de observarse es que ni en el expediente referido menciónase el nombre de Boves [José Tomás], ni la obra de Urquinaona [y Pardo, Pedro de] contiene la cita que se le atribuye de que hubiese estado él presente en aquella campaña atroz de Zuazola [Antonio]; de donde es de colegir que no estuvo Restrepo [José Manuel] bien informado cuando hizo aquellas afirmaciones"... [66]

No se debe, sin embargo, exagerar la significación de los ejemplos transcritos y comentados. Tienen sólo un valor referido a la preocupación por desarrollar el método crítico en la historiografía venezolana, enfrentando el criterio de autoridad y aun la pura y simple credulidad. Las implicaciones teórico-metodológicas más elaboradas salen del propósito de esta parte del presente ensayo, esencialmente ilustrativo de la historicidad de ese combate y de algunas de sus modalidades.

Sólo que el perro diese testimonio...

Si bien para ello será necesario confrontar pasajes bastante extensos, y esto puede resultarle pesado al lector no especializado, no parece haber otra forma de presentar un ejemplo, muy rico, de aplicación del método crítico por José de Oviedo y Baños [1671-1738], en su **Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela**. La elección obedece a lo completo del ejemplo. En efecto, este autor comenzó por hacer protestas de documentismo y de tratamiento crítico de los documentos; se sustrajo expresamente al criterio de autoridad y demostró escrupulosidad crítica acentuada, todo lo cual no le impidió producir un admirable y hermosísimo trozo acrítico. Veamos:

Hizo José de Oviedo y Baños una afirmación clara de documentismo cuando puso en guardia al lector: "Si reparase el curioso en la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la

prolijidad no me permite el citarlos, aseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que refiero"... [67] Igualmente explicitó el tratamiento crítico a que los sometió:

> "El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los archivos de la provincia para buscar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la substancia en que afianzar la verdad con que se debe hacer narración de los sucesos, pues sin dar crédito á la vulgaridad con que se refieren algunos, he asegurado la certeza de lo que escribo en la auténtica aserción de lo que he visto." [68]

No vaciló José de Oviedo y Baños en enfrentar el criterio de autoridad, rebatiéndolo y permitiéndose, incluso, sacar una conclusión de valor general:

> ..."El provincial Fray Pedro Simon[1581-d. 1623], (a) [(a) Fr. Pedro Simon, not. 7. cap. 8] pone la población de esta ciudad [Coro] en el año de setenta, siendo Gobernador Juan de Chaves; pero constando por los autos, que proveyó Salamanca para poblarla, lo que tenemos referido, con la venia debida á la autoridad de autor tan clásico, no podemos menos que asegurar erró en esto, como en otras muchas cosas: defecto inevitable, en quien para escribir se ha de gobernar por relaciones." [69]

Si fuese necesario un ejemplo de meticulosidad crítica bien podría citarse el introito que puso José de Oviedo y Baños al relato de un gesto de audacia de Garci-González de Silva [1546-1625], difícilmente concebible y no menos difícilmente creíble: pasearse con sólo tres compañeros por en medio de naciones de indios apenas pacificados por no tener ..."entónces en qué ejercitar su valor"..:

> "Confieso, que temeroso (y aun puedo decir que desconfiado) entro á tratar de la materia, que ha de servir de asunto á este capítulo; por ser punto muy sensible, para quien se precia de verdadero, verse obligado por la puntualidad que pide la historia, á referir algunos sucesos, que por lo raro de su circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando del piadoso consentimiento del lector para su ascenso; pero hallando el presente acreditado con diferentes instrumentos auténti-

cos, que con la antigüedad de mas de un siglo aseguran su relacion por evidente, y la asentada tradición con que de padres á hijos se ha conservado hasta hoy en esta provincia por cosa particular la memoria de este suceso, fuera pasarlo en silencio defraudar injustamente a su dueño de los aplausos que merece acción tan grande, solo por la vana desconfianza que pudiera orijinar la temida continjencia de un recelo; pues si las hazañas de Fernando Cortes (sic) [Hernán Cortés, 1485-1547], y las de Duarte Pacheco las hubiera dejado el temor de la incredulidad en olvido, no hubieran llegado á eternizar sus nombres con la general aclamacion que los celebra la fama, ni el uno hubiera conseguido ser asombro de las naciones de oriente, ni el otro la gloria de que sus arrestos hayan sido la admiración del mundo; y asi, menospreciando los reparos, que pudieran dar motivo para acobardar la pluma, digo: que habiendo Garci-gonzalez de Silva (sic) "...[70]

Después de este despliegue de cautela crítica sorprende encontrar en la obra de José de Oviedo y Baños un pasaje que reúne la excelencia del estilo con un sentido profundo, aunque un tanto altisonante, de la tragedia, y una libertad narrativa que termina por anular todo lo asentado como preocupación crítica y metodológica por el autor. En efecto, la narración de la muerte de Juan Rodríguez Suárez [-1561], a manos de los indios, es un relato sobrecogedor, de impresionante belleza y de imaginación desbordada:

"Dejamos á Juan Rodriguez Suarez empeñado en la venganza, que solicitaba tomar su sentimiento por los agravios con que le habia ofendido la simulada traicion de Guaicaipuro; y como en la lealtad de su nobleza tuvo siempre el primer lugar el servicio de su Rey, sabiendo que Lope de Aguirre [ca. 1511-1561] habia llegado á la Borburata, dejando por la mano la satisfacción de sus propios sentimientos, determinó sacrificar su vida al riesgo de una temeridad, por dar la muerte al tirano; para lo cual consultada la materia con la resolucion de su valor invencible, salió de la nueva poblacion de San Francisco solo con seis compañeros, de quienes tenia confianza su experiencia, bien prevenidos de armas, é industriados de la forma con que se habian de gobernar para lograr el intento. No se le ocultó este viaje á Guaicaipuro, que observando siempre los pasos de su enemigo por medio de sus espías, se hallaba noticioso de todos sus movimientos, y desde luego le dió por cortada la cabeza en los filos

de semejante arrojo, pues teniendo por lograda la ocasion que habia deseado, para acabar de una vez con su contrario, convocó al Cacique Terepaima, para que saliéndole al encuentro con las tropas de sus Arbacos, al pasar por la loma de su nombre tuviese él lugar (siguiéndole las huellas) de acometerle por las espaldas con sus Teques.

"Y aunque Terepaima, constante siempre en la amistad que estipuló con Fajardo [Francisco, ca. 1524-1564], reusó á los principios meter prenda en la conjuracion, persuadido al fin de las instancias de Guaicaipuro hubo de convenir en entrar á la parte en la maldad. Ignorante de estos tratados Juan Rodríguez, salió (como dijimos) del pueblo de San Francisco, y habiendo hecho noche en el rio de San Pedro, el dia siguiente al trasmontar la montaña, que llaman las Lagunetas, halló toda la loma coronada de escuadrones, y penachos, con que la tenia ocupada Terepaima para embarazarle el paso, á tiempo que Guaicaipuro, siguiéndolo desde el rio, le tenia ya cojidas las espaldas, y viéndose acometer por todas partes de multitud tan numerosa de enemigos, reconociendo en sus compañeros resolucion y esfuerzo para vencer, ó morir, rompió por las escuadras contrarias, ejecutando en cada amago una muerte, y en cada golpe un estrago; pero como los indios era muchos, y repetian sin cesar el continuo disparo de sus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de saetas los escudos y escaulpiles, sin que tuviesen parte desembarazada que pudiese servir de blanco á nuevos tiros, les fué preciso retirarse al abrigo de un peñon que estaba en el camino, para á su sombra asegurar siquiera las espaldas, donde, aunque los indios volvieron á embestirles, pudieron con algun desahogo defenderse, peleando con valor, hasta que dió treguas la noche; pero como los bárbaros juzgaban ya asegurado el vencimiento, porque no se escapasen los españoles, favorecidos de la oscuridad, cercaron todo el peñon de candeladas, y con gritos, tambores, y fotutos los estuvieron velando, obligándoles con el cuidado á que pasasen en pie toda la noche, sin atreverse á recostar un rato, para dar algun descanso á aquellos cuerpos rendidos.

"Llegada con este trabajo la mañana, renovaron los indios su porfia, procurando con mas empeño entrar por fuerza al peñon; pero les salió el atrevimiento tan costoso, que cuantos lò intentaron pagaron con la vida su osadia, de suerte, que temerosos con la experiencia del daño que recibian fueron aflojando en el combate, contentándose con mantener el sitio desde lejos, dando lugar con su retiro, para que los siete españoles pudiesen tomar algun aliento en su fatiga, hasta que entrada la tarde montó Juan Rodriguez á caballo, y dejando cuatro de sus com-

pañeros para que guardasen el peñon, salió con los otros dos solos á ver si podia lograr la suerte de quitar la vida á Guaicaipuro, aunque perdiese la suya en la demanda; pero le ayudó tan poco la fortuna, que no pudo descubrirlo, aunque por distintas partes rompió el escuadron contrario, llevándose nueve, ó diez indios de encuentro con los mortales golpes de su lanza; y pasara á mas la fuerza de aquel brazo invencible, si el ver el caballo desangrado por diferentes heridas (á tiempo que Terepaima cojiendo una ladera le iba á cerrar el paso con sus tropas) no le hubiera obligado á retirarse, buscando abrigo en el peñon, que era el asilo en que por entónces aseguraban las vidas; pero como de estarse allí metidos no conseguian otro remedio, que dilatar la muerte un poco mas, pues cuando pudieran librarse de los indios, era imposible dejar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte, como la hambre, determinaron, que uno de los siete, con el silencio de la noche, se arriesgase á pasar á la Valencia á dar aviso del aprieto en que se hallaban, para que los socorriesen, y los demas, amaneciendo el dia, prosiguiesen abriendo camino con la espada, á la continjencia, ó de escapar afortunados, ó de morir infelices.

"Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viaje de Valencia Alonso Fajardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, habido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la oscuridad salió del peñon sin ser sentido, y caminando el resto de la noche, porque no lo descubriesen con el dia, se emboscó al ir amaneciendo en un montecillo, que está á un lado de la loma; pero anduvo tan desgraciado, que sin que él lo reparase se habia venido tras él un perro que habia criado, cuya lealtad fué entónces causa de su desventura, porque ladrando al pasar unos indios por allí, manifestó con sus latidos el retiro donde se ocultaba el dueño, para que buscándolo los bárbaros, le quitasen tiranamente la vida [*muere el primero de los siete*].

"Juan Rodriguez, y los cinco compañeros, mediante lo que habian determinado, desampararon el peñon al despuntar el alva, para seguir su viaje; y resueltos á portarse de calidad, que conociesen los contrarios la ventaja con que pelea un valor desesperado, embistieron como leones, hiriendo, y despedazando á cuantos procuraban oponerse al furor de sus espadas; pero para qué esfuerzo tan malogrado? si cercados de la bárbara multitud de aquella canalla infiel, el mayor remedio que esperaban consistia ya en la certidumbre de la muerte que temian, pues rendidos los cuerpos el cansancio, fatigados con la sed, y debilitados de la hambre (por haber dos dias ya que no comian) no podian obrar los brazos lo que influia el corazon; y asi, desmayando los cinco poco á poco, atravesados por mil partes á fle-

chazos, fueron rindiendo la vida separados unos de otros en el teatro infeliz de aquella loma [*mueren otros cinco de los siete*], quedando solo Juan Rodriguez, cuyo aliento, acreditado siempre de invencible, fué en aquella ocasion mas formidable, pues supliendo por todos los compañeros, prosiguió manteniendo la pelea con resolucion tan gallarda, que muertos mas de cincuenta indios á sus manos, le pedian los otros por merced, ó admirados de su valor, ó temerosos de su ardimiento, se fuese y los dejase, pues tenia el campo por suyo; pero él, ó pareciéndole lo obrado corta satisfaccion para su enojo, ó haciendo punto de no quedar con vida donde la habian perdido sus amigos, aunque llegó á verse libre de peligros ya en lo último de la loma, por haberlo dejado ir los indios sin seguirlo; enajenado con la cólera volvió otra vez para arriba, buscando nueva ocasion para desahogar con la muerte de sus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiéndose mantener mas tiempo en el caballo, por la gran debilidad que padecia con la falta de alimento, se desmontó, sentándose en el suelo para tomar algun aliento, y descansar un rato, donde oprimido de la congoja, y sofocado de la fatiga, y la sed, se quedó muerto [*muere el séptimo*], sin que tuviese en su cuerpo ni una herida; siendo tal el miedo que le cobraron los indios, que aun con ver yerto el cadáver, no se atrevian á llegarle, temiendo que estaba vivo, hasta que certificados de su muerte lo despojaron del vestido, y dividido el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada cual su parte, por señal ó trofeo de la victoria." [71]

Cuando el espíritu crítico del lector logra liberarse de la fascinación que ejerce sobre él este relato de gran intensidad trágica y se recupera, no puede menos que sentir sorpresa ante la estructura metodológica del relato. Sin entrar en detalles, y pasando por alto la exageración, imposible de comprobar en ningún grado, de que Guaicaipuro ..."se hallaba noticioso de todos sus movimientos [de Juan Rodríguez Suárez]".., no pueden menos que llamar la atención los medios de que se valió el veraz, crítico y documental historiador para captar y trasmitirnos hasta los estados de ánimo del protagonista, amén de que el único testigo sobreviviente, que habría podido informar, si bien portentosamente, sobre los detalles del infortunio de Alonso Fajardo, desde su elección por voto de sus compañeros, –todos muertos–, hasta su sacrificio por los indios al ser delatado por los ladridos de su fiel perro, parece que habría sido precisamen-

te el perro.., pues es el único de la partida de españoles de cuya muerte no da cuenta el autor.

Flaquezas en el ejercicio del método crítico

No son escasos los ejemplos citables acerca de flaquezas en el ejercicio del espíritu crítico en la historiografía venezolana. No parece que sea necesario detenerme en dos ejemplos interesantes, por su proyección historiográfica y aun ideológica.[72] Sólo para muestra de la constancia de los asaltos contra el espíritu crítico, vale la pena mencionar el grosero ejemplo, proporcionado por Domingo Alberto Rangel [1923], de uso de medios secretos, por no decir mágicos, para conocer situaciones no documentadas, por la vía escrita u oral. En efecto, al referirse al asesinato de Juan Crisóstomo Gómez [1860-1923], señala a Dionisia Bello [-¿1940?] como autora intelectual, sin mencionar fuente alguna, y a Isaías Barrientos como ejecutor. Este último fue torturado:

> ..."Barrientos no habla. Sólo un día dice a Hidalgo [el torturador]. Al general Gómez [Chacón, Juan Vicente, 1857-1935] le diré la verdad personalmente.
>
> "La petición (sic) llega a los oídos del general. Pero Gómez conoce una investigación hecha en la Auditoría del Ejército por Ovidio Pérez Agreda que revela la homosexualidad de Juancho [Juan Crisóstomo Gómez]. Y un profundo miedo embarga al dictador. Es la verdad del hermano marico que como bofetón le arrojaría Barrientos a la cara. Ninguna humillación habría sido más grande para el tirano. Destruyan el expediente, ha dicho Gómez a Pérez Agreda. Que nadie, sino vos Ovidio, conozca esta verdad.
>
> "Pérez Agreda ama a Gómez como si fuera su padre, con auténtica vocación filial. Y sus manos destruyen el expediente. A Barrientos, sentencia Gómez, ni lo dejen en la Rotunda ni lo lleven a otra cárcel. Es la orden de liquidarlo. Y aquel homosexual celoso muere a manos de los sicarios con un secreto que es para él compromiso y pasión más allá de la sangre y de los nervios."[73]

De esta manera, desenfadada, resolvió el autor el mismo problema metodológico que en su tiempo preocupó al asno de

Apuleyo, el cual, dando prueba de celo profesional como narrador, no disimuló ante sí mismo ni mucho menos lo pasó por alto, sino que lo planteó de lleno y argumentó lo mejor que pudo, preocupado por no desmerecer en la consideración de un lector siquiera medianamente crítico, pero respetado. Este no habría podido menos que preguntarse sobre el modo portentoso cómo el autor pudo penetrar secreto tan bien guardado, no atreviéndose a prevalerse de su autoridad. Es el conocido pasaje en el cual se trata del tahonero traicionado por su mujer, a la que echó de casa:

> "Ella, cuando se vio desechada del marido y fuera de su casa, así con verse injuriada como con la gran malicia y natural perversidad de corazón, tornóse al armario de sus maldades y armóse de las artes que comúnmente usan las mujeres, y con mucha diligencia buscó una mala vieja hechicera, que con sus maleficios y hechizos se creía que haría todo lo que quisiese. A esta vieja dió muchas dádivas, prometiéndole mayores, y rogó con gran afección que hiciese por ella una de dos cosas: o que amansase a su marido y le reconciliase con él, o, si aquello no pudiese acabar, que enviase alguna fantasma o algún diablo que le atormentase el espíritu. Entonces aquella hechicera comenzó a invocar los demonios y hacer cuanto pudo por tornar el corazón del marido al amor de su mujer; mas esto no sucedió como ella quería, por lo cual se enojo contra los diablos, porque demás de hacerle perder la ganancia que ya le habían prometido, parecía que la menospreciaban, y comenzó a hacer su arte contra la cabeza del mezquino del marido, para la cual llamó el espíritu de una mujer muerta a hierro que le viniese a asombrar o matar. Aquí, por ventura, tú, lector escrupuloso, reprehenderás lo que yo digo y dirás así:
>
> "–Tu, asno malicioso, dónde pudiste saber lo que afirmas y cuentas que hablaban aquellas mujeres en secreto, estando tú ligado a la piedra de la tahona y tapados los ojos?
>
> "A esto respondo:
>
> "–Oye ahora, hombre curioso, en qué manera, teniendo yo forma de asno, conocí y vi todo lo que se ordenaba en daño de mi amo. Un día, casi a mediodía, súbitamente cerca de la tahona apareció una mujer muy fea y disforme, medio vestida de muy sucio y vilísimo hábito, los pies descalzos, magra y muy amarilla, los cabellos medio canos, llenos de ceniza, y desgreñada, colgando las greñas ante los ojos. Esta mujer o diablo echó

mano al tahonero, como que le quería hablar en secreto, y llevólo a su palacio; allí, cerrada la puerta, tardaba mucho, y como ya se acababa de moler todo el trigo que estaba en las tolvas, los mozos tenían necesidad de pedir más, fueron a la puerta del palacio, que estaba cerrada por dentro, y llamaron a su señor que viniese a dar trigo. Como nadie les respondía, comenzaron a dar golpes a la puerta de recio, y como estaba fuertemente cerrada, sospechando algún mal, con una palanca arrancaron y desquiciaron las puertas. Cuando entraron en el palacio la mujer no pareció, pero hallaron a su señor ahorcado de una tirante del palacio, con una soga al pescuezo, el cual descolgaron con muchos llantos y lloros. Hechas sus exequias, llevároniò a enterrar. Otro día vino su hija de otro lugar donde era casada, mesando y dándose puñadas en los pechos, la cual sabía de la desdicha que había acontecido a su padre sin que persona se lo hubiese dicho; mas en sueños le había aparecido el espíritu de su padre, muy lloroso, atada la soga a la garganta, y le contó toda la maldad y traición de su madrastra, del adulterio que le cometiera, de los hechizos y de cómo lo hizo endemoniado descender a los infiernos"... [74]

Respetuoso del espítitu crítico del lector, y no bastándole con tan enjundiosa explicación, en adelante se mostró más comedido el asno de oro al dar testimonio, evitando hacerlo sobre aquello que no hubiese podido conocer por sí mismo. En efecto, al referirse al juicio dejó bien establecida su responsabilidad como relator de los hechos:

"Estas cosas en esta manera pasadas supe yo, que las oí a muchos que hablaban en ello; pero cuántas alteraciones hubo de una parte a otra, y con qué palabras el acusador decía contra el reo, y cómo el reo se defendía y deshacía su acusación, estando yo ausente, atado al pesebre, no lo pude bien saber por entero, ni las demandas, ni las respuestas y otras palabras que entre ellos pasaron; y por esto no os podré contar lo que no supe; pero lo que oí, quise poner en este libro." [75]

Quizá sea aconsejable un acto de modestia, si no una muestra de recato, en quien no pudiendo traspasar la barrera de lo comprobable se aventura en los predios de la pura y simple fantasía.

¡"Suprimir" al crítico!

La aplicación del método crítico en historia conduce necesariamente al realce de la vinculación esencial existente entre la crítica histórica y la crítica historiográfica, entendidas ambas como crítica de los testimonios, sean éstos directos, sean éstos indirectos. Ambos planos de la crítica se alimentan recíprocamente, por lo que pueden asimilarse en ciertos aspectos, o, en todo caso, nada fácil resulta, –si es que no imposible–, distinguirlos. Esta consideración es particularmente importante en lo que se refiere a la investigación para la docencia, que por lo general sólo puede valerse de la crítica historiográfica como procedimiento para la apreciación de los resultados de la investigación científica en historia, resultados que una vez sistematizados nutren la docencia.

Ambas planos de la crítica tienen lo fundamental en común: el crítico, como persona, como conciencia, como subjetividad. De allí el espejismo metodológico constituido por los esfuerzos para "suprimir al crítico", como medio de llegar a la "crítica objetiva". Por esta vía se ha incurrido en el exceso denunciado por H.-I. Marrou [1904-1977] como prueba de los extravíos de la crítica. Creyó este autor que al leer los manuales de los metodólogos positivistas se tiene la impresión de que según ellos ..."la virtud primordial del historiador debía ser el espíritu crítico: todo documento, todo testigo, será, para comenzar, objeto de sospecha; la desconfianza metódica es la forma que tomará, aplicado a la historia, el principio cartesiano de la duda metódica, punto de partida de toda ciencia; ante todo documento habrá que preguntarse sistemáticamente: ¿Pudo equivocarse el testigo? ¿Quiso engañarnos?"... [76] Este exceso ha suscitado, a su vez, una reacción, ejemplificada también por H.-I. Marrou, no menos peligrosa si no se le sitúa en una mesurada perspectiva metodológica: "El valor del conocimiento histórico es función directa de la riqueza interior, de la amplitud de espíritu, de la calidad de alma del historiador que lo ha elaborado"..., dice el autor, con lo que no sería difícil concordar. El peligro surge

como proyección posible no de la consecuencia lógica de este proposición sino de la contraposición que se establece a partir de ella: ..."El historiador debe ser también y primeramente un hombre plenamente hombre, abierto a todo lo humano y no debe atrofiarse volviéndose ratón de biblioteca y fichero." [77]

Se plantea, de esta manera un poco tangencial, el viejo y debatido problema de la condición científica de la historiografía. En este debate son muchos los matices, y no pueden ser menos los cuidados que debe poner el historiador. Puede darse la confusión, siempre tentadora, entre erudición y conocimiento histórico, cual la percibió Bielinski [Vissarion Gregorievitch, 1811-1848] al observar que la ..."crítica histórica, cuyo objeto es confrontar y verificar los documentos, analizar los hechos, etc., da a quien se ocupa de ella el derecho de pretender el título de «sabio», pero no al de historiador, aunque sin esos «sabios» la historia sea imposible a la vez como ciencia y como arte." [78] En un nivel teórico más alto, el debate puede deberse a la evocación, o al olvido, de la usual diferencia entre las ciencias humanas o del hombre, y "las otras", cual la planteó Ralph Linton [1893-1953]:

> "Ninguna ciencia que se ocupe de los seres humanos podrá alcanzar nunca el grado de objetividad de que son susceptibles las ciencias físicas y las biológicas. Nadie podrá estudiar a una persona con la misma impasibilidad con que estudiaría a una rata blanca o a un fósil, pues se encontraría demasiado ligado al objeto de su estudio. Siempre habrá algún factor emotivo cuya influencia será más directa cuando el objeto de estudio sean los fenómenos de la cultura y sociedad propias. Hasta la investigación más superficial de las condiciones normales pondrá al descubierto tal cantidad de cosas que aún quedan por hacer, que difícilmente podrá sustraerse al deseo de formular planes para su realización, y, luego, al de justificar esos planes. Además, su íntimo contacto con esos fenómenos hará extraordinariamente difícil que pueda verlos en su justa perspectiva, o apreciar todos los factores que en ellos intervienen."[79]

En suma, el de la factibilidad del método crítico y de su recto ejercicio será, probablemente, un debate sin término mientras el espíritu crítico no encuentre la manera de acogerse a la

solución que según Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778] se aplicó en el concilio de Nicea [787], en el cual ..."los Padres, que tenían gran dificultad para saber cuáles eran los libros auténticos, y cuáles los apócrifos, del Antiguo y el Nuevo testamento, los amontonaron mezclados sobre un altar, y los libros que debían ser rechazados cayeron a tierra"... Sólo que añadió, volterianamente: ..."Es una lástima que en nuestros días se haya perdido tan buena receta." [80]

La historia juzga, pero no es tribunal

Las dificultades propias de la aplicación del método crítico en la investigación histórica y en la investigación historiográfica se acentúan por su proyección social. Particularmente cuando se asume la perspectiva, tan arraigada en la conciencia histórica del hombre común, de la "historia tribunal", [81] cuyo juicio, que se supone siempre ineludible e inexorable, es capaz de perturbar el reposo de los muertos y debe contener el desenfreno de los vivos, pues hace de la historia ..."el testigo de los tiempos y la mensagera de la antigüedad".., que a cada uno ha de impartir ..."severamente su recompensa ó su castigo, su alabanza ó vituperio".., en la seguridad de que nadie ..."por grande que sea, debe escaparse de la responsabilidad ante el juicio terrible de la historia"... [82]

El concepto de historia tribunal no tiene sólo una significación ética y hasta religiosa. Entendido casi a la letra, se ha llegado a concebir la labor historiográfica como un singular juicio escrito, en el cual el historiador hace el papel tanto acusador como de defensor y sobre todo de juez. [83] La obra historiográfica sería una especie de sentencia, en la cual se recoge cuidadosamente lo que consta en autos, es decir lo que se desprende de la documentación, entendida como documentos escritos. [84] Santiago Key Ayala [1874-1959] caracterizó muy precisamente esta concepción de la historiografía, que si bien es alentada por una particular concepción metodológica, no deja por ello de ser insuficiente:

..."El jurista profesional sopesa el valor de los documentos, los aclara, los interpreta; valora los testimonios, penetra las intenciones de los actores y de los testigos. Los mismo hace el historiador que busca la verdad de los hechos y establece luego las relaciones de tales hechos entre si y con las tradiciones humanas. Ello explica bien la atracción manifiesta que la investigación historiadora ejerce en los profesionales del Derecho"... [85]

La última obra de Caracciolo Parra Pérez [1888-1964] ilustra esta "concepción procesal de la historia". Se inspiró en el expreso documentismo del juicio escrito: "Los papeles, los documentos son la única fuente valedera de la verdad accesible para el historiador".., [86] y, cual corresponde, el historiador-juez debe evitar escrupulosamente, en lo posible, la consideración de lo no documentado en autos: ..."En materia histórica la suposición, aunque sea plausible, no debe convertirse siempre en afirmación"... [87] En rigor, se trata también de una concepción de la historiografía, y no sólo del producto de la deformación profesional de los abogados, si apreciamos los criterios que aplicó el ingeniero Vicente Lecuna [Salboch, 1870-1954] en una de sus sentencias, refiriéndose a la segunda batalla de La Puerta y a su descripción por Rafael María Baralt [1810-1860] y Juan Vicente González [1810-1866]:

..."No es de extrañar la falta de documentos en sucesos de tanta importancia; todos los papeles de estos días del gobierno supremo fueron quemados por orden de Boves [José Tomás, 1782-1814] bajo pena de muerte. Nosotros hemos formado esta relación de la campaña con los pocos salvados milagrosamente y los recogidos en el Archivo Nacional, y en otros particulares, de autoridades subalternas en su conjunto suficientes a determinar los hechos principales"... [88]

La controversia se hace más encendida cuando se entra en el terreno de la crítica historiográfica. No debe subestimarse la importancia de este aspecto del ejercicio del espíritu crítico. No sólo en aquello que hay de inseparable entre la crítica histórica y la crítica historiográfica, que constituye el estudio histórico-historiográfico. [89] Tampoco en el más modesto ejercicio, pero no menos necesario para el desarrollo del conocimiento histórico,

de la crítica historiográfica, acechada siempre por una atmósfera y un estilo no muy alejados de los que Miguel Eduardo Pardo [1868-1905] tenía en mente cuando su personaje Julián Hidalgo estigmatizó a los literatos: ..."Los conozco; los conozco á todos. ¡Pobres gentes! En vez de hacerse necesarios, se inutilizan, pasándose el tiempo y la vida en morderse en privado y en elogiarse públicamente sin tasa ni recato, llamándose unos á otros maestros: maestros áureos, maestros ígneos, liliálicos, neuróticos, rítmicos, pirotécnicos, nostálgicos"... [90] Ejercicio que según Daniel Mendoza [1823-1867] se convirtió en algún momento en la "criticomanía", especie de enfermedad nacional que lo llevó a protestar ..."contra esa ansia de despedazar las reputaciones ajenas, contra ese dolor que ocasiona en la generalidad la opinión ventajosa que otro procura adquirirse, en una palabra, contra esa insufrible criticomanía, que se ha desarrollado con más fuerza entre nosotros, que en cualquier otro país"... [91] Es decir, una estéril guerrilla crítica de la que no faltó quien pensara escapar constituyendo un auténtico tribunal, a la manera del propuesto por José María de Rojas [1828-1907] para la literatura, cuando aspiró a la constitución de una corporación literaria y recomendó: ..."establézcase un tribunal de crítica"... [92] La Academia Nacional de la Historia ha pretendido desempeñar esa función en la historiografía. [93]

Sin embargo, e independientemente de otros muchos testimonios posibles, no es difícil encontrar en la historiografía venezolana expresiones muy precisas respecto de la carencia de crítica, tanto histórica como historiográfica. A ella se atribuyen, con razón, graves responsabilidades y negativas consecuencias en el desarrollo de los investigadores y de la ciencia histórica misma. Particularmente significativo es, a este respecto, el testimonio de Diego Carbonell [1884-1945], quien, persuadido de que ..."sin crítica no prospera la Ciencia; sin crítica no se podría establecer, cual conviene, la literatura nacional, si existiere tal literatura; sin crítica, en fin, no es posible que nuestra historia acabe de pasar de esta su etapa teológica, deificante, a su edad racionalista y más tradicional que legendaria"..., llegó a formular el principio de que ..."la crítica es consecuencia ineludible del

progreso incesante, móvil y de la existencia oscilante de la verdad relativa que admitimos en la construcción de las hipótesis". Diego Carbonell no se limitó a hacer el reconocimiento y la proclamación del principio, sino que lo proyectó sobre su propia obra, en actitud que no significó eludir responsabilidades, puesto que en muchas ocasiones practicó la crítica y fue él mismo objeto de una enconada y vergonzosa polémica:

> ..."si de errores estuvieren plagados mis escritos, mis libros y toda mi labor como hombre público, la culpa no me toca sino en parte, porque si en Venezuela hubiera la costumbre de aceptar y exigir la crítica sincera e inspirada en el perfeccionamiento, no habría por allí tanto pensador confundido, tanto ideólogo incauto, tanto petimetre en Ciencia, en Literatura y en Historia... si nos faltó el método, también estuvo ausente en la evolución de nuestras ideas el revulsivo de la crítica, que si suele producir inflamación, a la vez descongestiona y sana." [94]

Confluyen, de este modo, el curso de la crítica historiográfica y el de la crítica histórica, con el resultado cierto de que el conocimiento histórico se resiente cuando no ocurre un desarrollo vigoroso y bien orientado de ambas formas de aplicación del método crítico en historia. [95] Pero no se queda allí el daño derivado de esta escasa o desviada aplicación del método crítico: resultan afectados no sólo el conocimiento histórico sino también la conciencia histórica y la conciencia social del venezolano, con toda su carga de consecuencias prácticas. Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] hizo, a este respecto, una denuncia que si bien puede lucir actualmente un tanto simplista, en cuanto a la valoración de la metodología de la historia, no deja de corresponderse con la realidad del fenómeno apuntado:

> "Sin estudiar con criterio libre de prejuicios todos los antecedentes que hemos anotado; sin aplicar a nuestra copiosa documentación los métodos establecidos por los maestros de la ciencia, haciendo una crítica profunda de «Interpretación, de Sinceridad y de Exactitud» , es de todo punto imposible explicarse la reacción anti-bolivariana [de 1830], limpiar al pueblo venezolano de la mancha de ingratitud que han arrojado sobre él los historiadores superficiales, demostrar las razones esencial-

mente humanas de aquella explosión de odio que se descargó sobre el Padre de la Patria, como el representante de un partido político, y exponer por último, de acuerdo con el determinismo sociológico, el origen y desenvolvimiento necesario y fatal de todos los gérmenes anárquicos que brotaron como cizañas venenosas al romperse la disciplina social de la colonia y que de manera tan poderosa han influido en todos los acontecimientos de nuestra vida nacional." [96]

Si bien la problemática enunciada por Laureano Vallenilla Lanz luce hoy bastante fuera de época, esto puede ser, en rigor, más apariencia que realidad. En todo caso, sin entrar a discutir acerca de las consecuencias ideológico-sociales de la perduración de esa problemática, la cuestión conceptual planteada conserva su importancia y sigue representando para los historiadores venezolanos un reto.

Se necesita un crítico, presente pero amplio

Pareciera que, trátase de la crítica histórica, trátese de la crítica historiográfica, el propósito de metodólogos y críticos es, en definitiva, "suprimir al crítico"; pero conservando la crítica, en el sentido de hacer de esta última un ejercicio creador, científico, descargado de subjetividad hasta donde esto sea alcanzable, cuidando para ello de que la personalidad del crítico sea lo menos aparente posible. Pero, si llegase a desvanecerse esa ilusión, quedaría el recurso de depurar la crítica calificando al crítico y tomando conciencia de las particularidades y limitaciones de la labor historiográfica. Mediante la calificación del crítico sería posible identificar ciertos "modos críticos" que se tomarían como paradigmas. Así ha podido idealizarse al ..."crítico de historia"... como aquel que ..."lo mismo que el sociólogo, debe poseer ventanas que le faciliten mirar a más de un rumbo, y tratar, sin repugnancia, como positivos, ciertos valores que parecieran contradecir el mismo progreso social, de igual modo como el fisiólogo estima ciertos tóxicos que contribuyen a la defensa del organismo"... Este crítico, que debe sobreponerse a su partidarismo y a sus prejuicios, no debe olvidar ..."que el mundo, como

idea y como voluntad, jamás podrá representarse por medio de monumento de un solo estilo, sino como construcción dialéctica donde armonicen las contrarias expresiones del pensamiento y del querer humanos." [97]

Pero en el supuesto de que nos acerquemos de esta manera a la imagen del "crítico amplio", es decir aquel que puede desenvolverse en el plano de las ideas con la necesaria ponderación, quedaría por ver si es posible alcanzar igual nivel de ponderación en lo relativo a las personas. Ahora bien, si de manera general se pretende que el crítico debe suprimirse a sí mismo en el ejercicio de la crítica, no es menos reiterada la afirmación de que el objeto de la crítica debe ser también despersonalizado. No es frecuente la proposición de vincular la obra criticada con su autor. Por eso no deja de sorprender un poco el que el 15 de mayo de 1897, en nota publicada en **El Cojo Ilustrado**, César Zumeta [1863-1955] formulase una proposición que en tiempos recientes han sostenidos algunos metodólogos y críticos de la historia. En efecto, observaba:

> "Dícese que al estudiar una obra con ánimo de juzgarla debe prescindirse de la persona del autor, no sea que influyan el prestigio o los prejuicios que él inspire en el ánimo del crítico y lo inciten a parcialidad en pro o en contra del libro y del escritor. En los trabajos históricos especialmente es a la autenticidad de los hechos expuestos y a la justeza de las conclusiones deducidas a lo que debe atenerse el lector y no a examinar quién expuso aquellas y dedujo éstas. Pero es el caso que cuando no es la historia tan remota que no interese directa y cuasi personalmente a los coetáneos; y se escribe para un público cuyo rasgo característico es acaso el apasionamiento por las personas; y quien escribe es hombre tan estimado como atacado por razones de bandería (que ahora precisamente renacen en Venezuela), es inútil seguir aquel consejo por óptima que fuere la doctrina que lo informa".

Este enfoque del problema metodológico constituido por la relación entre el hombre y su obra, no es circunstancial. Se funda en un principio que permite evocar la más mesurada consideración metodológica contemporánea del problema: "Lo humano y lo corriente, además, es que hombre y libro constituyan

una sola entidad, como que éste no viene a ser sino un reflejo de las aspiraciones o una como porción del espíritu de quien lo hizo. La criatura resulta siempre ser imagen y semejanza de su creador." [98] Si siguiéramos la línea de pensamiento de César Zumeta, podríamos preguntarnos: ¿Por qué no admitir, entonces, la identificación del crítico con su obra, y dejar de pensar en suprimirlo? ¿Valdría el mismo principio para el testimonio? En rigor, los metodólogos parecen dispuestos a aceptar que el testimonio es inseparable del testigo, y para contrarrestar los efectos de este nexo perjudiciales para la objetividad, han montado todo un aparato crítico. Pero parecen no tomar suficientemente en cuenta la circunstancia de que la obra historiográfica es, en rigor, también un testimonio, a la vez directo e indirecto, sobre aquello de que trata y, en cierta forma, igualmente sobre la época en que se le elabora.

Quizá sobre la base de estos criterios sea posible desechar las posiciones extremas, es decir aquellas que renuncian a un propósito de ecuanimidad, o aquellas que simulan perder de vista la realidad apuntada por César Zumeta. De ser ello posible dejaría de tener sentido la "crítica-cauterio", como la practicada por Julián Hidalgo cuando, al hablar a sus conciudadanos reunidos en el teatro de Villabrava:

> ..."entró con inesperada valentía por caminos no trillados, y así como repartió elogios señaló defectos, esbozó horizontes, nutrió de citas su doctrina, y puesta á censurar, su crítica sangró al contacto de la realidad y fue cruel, pesimista, despiadada, no hallando medio más eficaz para extirpar tantos males arraigados en su patria, que algo así como una terrible, gigantesca segadora, que cortando á través de los extensos campos Villabravenses, preparase sobre el lecho rasurado los gérmenes sedientos de aire y de luz de una nueva vegetación." [99]

Pero si la visión de una especie de arcángel de la crítica, que castiga y premia con furia mas con acierto, no deja de ser una proyección del estado de ánimo del autor, no menos quedarían puestas de evidencia, en esta perspectiva, las debilidades intrínsecas de la "crítica militante", a la manera de José Carlos Mariátegui [1894-1930] en su conocida declaración de princi-

pios: "Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario." [100] Esta declaración, que no resulta imposible rastrearla en Georges Sorel [1847-1922] y en el propio Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], es difícil apreciarla críticamente, porque impresiona y seduce a quien la escucha, llevándole a pensar que constituye un acto de máxima sinceridad. Pero, ¿no equivale a pretender exonerarse el autor de los mínimos deberes de objetividad y responsabilidad crítica? En rigor, tal declaración debería llevar a considerar la obra que se ampara en ella como mero testimonio, reconociéndole al testigo el que, lejos de disimular su presencia, la ponga de bulto y advierta sobre ello al lector, cual lo hizo Rómulo Betancourt [1908-1981] cuando consideró ..."un deber prevenir al lector de que no leerá páginas escritas con tersa serenidad. Están algo distantes del elevado tono profesoral".., y se justificó amparándose en que: ..."Escribo como pienso y como siento. Llevo a Venezuela en la sangre y en los huesos; me duelen sus dolores colectivos, y cuando se trata de hablar de ellos sería un farsante si jugara a la comedia de la imparcialidad. De allí la pasión confesa con que analizo los problemas de mi país"... [101] ¿Cómo ha de comportarse la crítica ante semejantes obras? ¿Deberá corresponderse con los principios que las obras invocan y lanzarse sobre ellas sin los frenos que todos pretenden ponerle? Lo que parece estar fuera de discusión es que se desvanecería la ilusión de un "crítico ideal", a la manera del crítico literario imaginado por Felipe Tejera [1846-1924] a costa de José Luis Ramos [1785-1849], a quien consideraba ..."un verdadero crítico, sabio y circunspecto como Bello [Andrés, 1781-1865]"..., pues encontraba en él ..."la doctrina pura, el consejo útil, la enseñanza luminosa, la corrección afable y el juicio sin prevención ni lisonja"... [102]

No una sino dos quimeras: objetividad e imparcialidad

La engañosa discusión sobre la necesidad de "suprimir" la persona de quien dé testimonio, directo como testigo o indirecto como historiógrafo, –con mucho menos ardor se ha debatido expresamente sobre la posibilidad real de conseguir tal cosa–, se corresponde con una aspiración doble: la de *objetividad*, en cuanto concierne al establecimiento de los hechos, "tal como en realidad sucedieron"; y la de *imparcialidad*, en cuanto concierne a la comprensión, interpretación y explicación de los hechos establecidos objetivamente: "lo que en realidad hizo o hicieron y por qué". No deben confundirse ambas aspiraciones, si bien hay entre ellas fuertes nexos; como tampoco deben confundirse comprensión, interpretación y explicación con lo que suele entenderse por "el juicio de la historia", suerte de instancia tribunalicia que asigna responsabilidades, por lo general cargadas de fuertes implicaciones éticas o morales.

A muchos espíritus les resulta difícil concebir la imparcialidad sin la objetividad, sin embargo de que, conceptualmente, una comprensión-interpretación-explicación errónea, en el sentido de que no se corresponda plenamente con un conocimiento establecido de manera objetiva, puede ser imparcial, en el sentido de atenerse a lo conocido, sin que haya mediación consciente de condicionantes ¿de ningún genero? Esta interrogante final me lleva a asomar otra posible área de confusión en la cual campea, o puede campear, la más cruda subjetividad. Me refiero a la posible identificación de la imparcialidad con ese concepto, extremadamente vago y cargado de riesgos, para los fines del ejercicio del método crítico en historia, que es la "buena fe". No sería muy tranquilizador para el crítico el resignarse a la idea de que la imparcialidad consiste en un esfuerzo por prescindir de mediaciones conscientes, aun más de las deliberadas. Esto dejaría la imparcialidad a la merced de las condicionantes subconscientes, y lo que es arduo detectar, de las inconscientes. Esto equivaldría, finalmente, a hacer de la imparcialidad una eterna quimera.

No he encontrado muestras suficientes que me permitan afirmar que estas cuestiones han sido expresa y sistemáticamente tratadas en la historiografía venezolana. Sí abundan, en cambio, muestras de preocupación por las que en su tiempo y momento fueron consideradas transgresiones a los consagrados preceptos de objetividad e imparcialidad. En no pocos casos esto se hizo confundiéndolos; en otros, asignándoles significados, –también motivos y fines–, cargados de implicaciones morales, y, en general, en ningún caso haciéndolos objeto de detenidas consideraciones metodológicas.

El sentido general del tratamiento dado a estas cuestiones por la historiografía venezolana ha sido equivalente del ya apuntado respecto del crítico: pretender "suprimir" al historiador en beneficio del propósito de objetividad y del deber de imparcialidad. De manera sintética podría decirse que ello ejemplifica la confusión de que he hablado: contar las cosas "tal como pasaron" sería objetividad; "renunciar a todos los afectos y rencores", sería imparcialidad. Así lo entendió Felipe Larrazábal [1816-1873], al narrar los sucesos de 1816, que culminaron con la rebelión del 22 de agosto, en Güiria, y el papel desempeñado en ella por el general Santiago Mariño [1788-1854]. Sin tomar en consideración el hecho de que este acto de desconocimiento de la autoridad de Simón Bolívar ocurrió cuando éste era todavía uno de los pretendientes al mando supremo, Felipe Larrazábal se sintió obligado a dar al lector la medida del gran esfuerzo crítico que realizaba:

> "Ninguno puede imaginar el dolor que he sufrido al escribir los conceptos que preceden.- Yo he sido amigo íntimo del General Mariño [Santiago], que tenia mi casa por suya y gozaba de todas mis simpatías y atenciones; pero debo escribir la verdad de las cosas, tales como pasaron. Cuando se toma la pluma de la historia, dice Polibio [*Lib. I, cap. 14], es preciso saber renunciar á todas las afecciones para tributar elogios, los más sublimes, á los enemigos que los merezcan, y hacer al mismo tiempo la censura de los amigos cuyas faltas sean dignas de reprension. Prívese á un hombre del sentido de la vista, todo desaparece para él de un golpe. Despójese á la historia de la verdad, y no quede más que un recitado insípido é inútil. -Acu-

sar á nuestros amigos, alabar á nuestros enemigos, no nos debe dar, pues, inquietud ni mortificacion. Desprendámonos de las personas; contémos los hechos." [103]

El bolivarianismo atribulado de Felipe Larrazábal se correspondía con la que Gonzalo Picón Febres [1860-1918], en obra publicada en 1906, consideró como una de las características básicas de la historiografía venezolana. Su elocuente crítica se mantiene sin embargo en el ámbito de la confusión, o en todo caso en el de la no clara diferenciación entre objetividad e imparcialidad:

> ..."se hace el juicio de los hombres y de los acontecimientos de acuerdo con los odios de partido, o con sus negras pasiones injuriosas, o con los resentimientos personales, que son los escollos en que siempre ha tropezado y todavía tropieza el propósito de la imparcialidad; existen hechos trascendentales sin ninguna explicación satisfactoria, efectos cuyas causas verdaderas yacen todavía en el silencio, paladines que no parecen hombres sino fantásticos personajes de leyendas romanescas, revoluciones poderosas cuyos beneficentes resultados en sentidos muy diversos se silencian a todo trance por despecho, ciudadanos sobre cuya conducta equívoca no ha caído todavía con precisión el juicio que merecen, opiniones sobre ellos en abierta contradicción con su temperamento y con el estado político-social en cuyo ambiente figuraron, documentos sin comentario alguno que no son la expresión de la verdad sino del fraude y la mentira, y civilizadores a quienes, por cuyas demasías y atentados en apoyo y favor de sus designios, se les califica solamente de tiranos, se les abruma a vituperios en tono altisonante, se les niega en absoluto el patriotismo y se les aprecia desde luego sin apoyarse en la razón y la justicia, sino en el efectismo imaginativo con que generalmente se habla contra las tiranías, para sólo adular y sorprender de tal manera, en no pocas ocasiones, la buena fe de la colectividad social." [104]

Hay un factor que es común y vinculatorio entre objetividad e imparcialidad. Tal es el mandato ético, y para el caso de la historiografía también científico, de detestar la mentira, en todas sus modalidades y niveles. Sea inspirada en sentimientos de suyo nobles o al menos respetables; sea instrumento de pa-

siones nada recomendables, la mentira se convierte en el demonio a combatir por todos los medios, pues su poder de seducción aparta al historiador de los propósitos y deberes de objetividad e imparcialidad. Pero si bien la mentira, genéricamente, agravia a la conciencia moral y ética, hay una modalidad de ella que conlleva el mayor riesgo para el ejercicio del método crítico en historiografía, sobre todo en situaciones de ausencia de fuentes supletorias dada la privación de libertad que suele acompañarla. Ella es "la mentira oficial", –nada rara y hasta común en la política, pero no menos presente en la "historia oficial"–, anatematizada por Rafael Fernando Seijas [1845-1902]:

> "Queda escrito en otro capítulo cuán infame es un ministro embustero...¡Qué no cabrá decir de un Presidente, como por desgracia hemos visto, que use la mentira como sistema y el engaño como medio de salir del paso! Los que esto han hecho, han echado por tierra la respetabilidad y prestigio público del poder, caído en el desprecio general.
>
> "Malhaya el Presidente que, olvidando lo que debe al decoro, al brillo y a la honra del elevado puesto, engaña a los ciudadanos con promesas efímeras y a la nación con pérfidos halagos! Pero que no cuente ir al otro mundo por la sanción, que ya aquí hay tiempo de probarla, llevando en la frente el sambenito con que la moral marca a tan extraños personajes. Lo que colmaría el merecido castigo sería grabar en una lápida colocada a la puerta de la casa en que viva el embustero, la siguiente inscripción: "Aquí vive N. N., que, siendo Presidente de la República, la engañó y la mintió." [105]

Mas, para el historiador crítico está planteado también el reto de sustraerse a la que José Manrique Tovar [1846-1907] denominó ..."la esponja de la tolerancia"... [106] Esta es particularmente temible, por cuanto es frecuente que consista en un disfraz moral puesto al criterio de autoridad o, lo que es más grave, a la muy contagiosa abulia crítica. Ello, cuando no es sino pura y simple demostración de cobardía intelectual o un artificio sofista, pues son muchas las formas que asume la tolerancia (algunos dirán que la "mal entendida", pero quedaría por probar que en asuntos científicos la "bien entendida" es menos letal). El peligro representado por la tolerancia sería agravado

por la circunstancia de que ..."nada hay tan extravagante e irracional que algunos filósofos no hayan sostenido como verdadero." [107]

Comprometido con un deber de veracidad, y ante los riesgos que encierra la tolerancia, el historiador crítico tendría que encontrar la determinación requerida para no dejarse abrumar por la imputación de que pretende la infalibilidad; por la acomodaticia invocación de la noción de relatividad, -ésta sigue mal empleada-; o por la honesta duda acerca de la propia capacidad para advertir significados y alcance de testimonios, ocasiones y acciones de personajes. Pero, sobre todo habría que poseer una buena dosis de serena firmeza para asumir la responsabilidad derivada del acierto y del desacierto, y no incurrir en lo que el personaje novelesco de José Rafael Pocaterra [1889-1955], quien ..."confundía los nombres ilustres, los méritos positivos con las mediocridades que gravitan años de años, cabalgando sobre la paciencia pública, sobre la tolerancia lectora"... [108]

Una variante no menos cargada de graves consecuencias, científica, intelectual y aun socialmente, es la tolerancia compasiva. Esta se halla muy bien ilustrada en el siguiente pasaje de Anatole France [1844-1924]. Al respecto no puedo menos que añadir la casi certidumbre de que todos los que hemos ejercido la docencia, y aun la crítica historiográfica, podemos evocar situaciones similares a la aquí narrada. Particularmente en el ejercicio de la docencia a veces cuesta reunir la energía moral y la fuerza de voluntad necesarias para embridar la tolerancia y ejercer, por el contrario, la saludable intolerancia crítica, imprescindible para la preservación de los valores científicos e intelectuales. Anatole France se refirió en forma novelada a los tiempos de estudiante de su personaje:

> "Nosotros no ejercíamos esa implacable justicia. Vasta era nuestra indulgencia. Llegaba hasta reunir al sabio con el ignorante en el mismo elogio. Sin embargo, es necesario saber sancionar; tal es un riguroso deber. Recuerdo a Ramoncito (así lo llamábamos). Nada sabía; tenía una mente estrechamente limitada, pero quería mucho a su mamá. Nos abstuvimos de denun-

ciar la ignorancia y la estupidez de tan buen hijo, y gracias a nuestra complacencia Ramoncito llegó a la Academia. Ya había perdido a su mamá y sobre él llovían los honores. Era todopoderoso, con gran perjuicio para sus colegas y para la ciencia"... [109]

Necesariamente, para cumplir con el "riguroso deber" al que se refirió Anatole France sería necesario renunciar a la ilusión, tan difundida, que abrigaba Pretextato, obispo de Rouen asesinado en 586, quien era ..."sencillo y confiado por temperamento".., y ..."como era benévolo con todos, por nadie se creía aborrecido"... [110] Se recomendaría, igualmente, preservar los fueros de la objetividad y de la imparcialidad manteniendo bajo control la fácil derivación de la tolerancia hacia la piedad, o cosa parecida, teniendo presente que: ..."Si los detalles de una vida enteramente humana por sus desgracias y por sus debilidades pueden disminuir la gloria del santo, atraerán siquiera hacia el hombre un sentimiento de simpatía"... [111]

Pero si la tolerancia es trampa puesta al espíritu crítico, y a la búsqueda del conocimiento científico en historia mediante la aplicación del método crítico, también lo son la no tolerancia y la intolerancia. Estas son ricas en expedientes que conducirían a igual fin: llevarían ni más ni menos que a la supresión del libre examen, a la consagración de tabúes, y por lo mismo a impedir el ejercicio del espíritu crítico y la crítica científica. [112] En cambio, y aun a riesgo de incurrir en apresuramiento, o en algún otro desliz rayano en la injusticia, ¡cuán reconfortante es para el espíritu crítico una genuina y espontánea explosión de intolerancia!: "¡Qué pastoral!!! ¡qué pastoral! Yo la estudio noche y día para admirar sus hórridas bellezas. Este sí es el diluvio de palabras sobre el desierto de ideas!!!!"... [113] O la expresión aguda de una intolerancia radical, que tenga el efecto de poblar el intelecto de sugerencias esclarecedoras, por cuanto no se agotan en su literalidad. Téngase presente este diálogo que trae Denis Diderot [1713-1784]:

"El amo.– ¡Ah! ¡Los monjes!
"Santiago.– El mejor no vale gran cosa.
"El amo.– Lo sé mejor que tú.
"Santiago.– ¿Pasó Ud. por sus manos?
"El amo.– Te lo diré en otra ocasión.
"Santiago.– Pero, ¿por qué son tan perversos?
"El amo.– Creo que porque son monjes..." [114]

¡Cómo no deja de ser estimulante la rotunda negación de la bondad de la tolerancia, reto ante el cual insurge la autonomía del espíritu crítico! De allí la exclamación del personaje gallegiano Cecilio el Viejo, para asombro de Cecilio el Joven: "-¿Por qué te extraña? ¿No predica la tolerancia el teólogo de Rotterdam? ¿No paraliza el sensorio el veneno indígena? ¿Y qué es la tolerancia sino la parálisis de la inteligencia?"[115] Si bien la prudencia, si es que no lo hace la sensatez, aconseja no perder de vista que la a veces cómoda, frecuentemente enojosa, y siempre indefinible e imprevisible condición humana, tiene algo que decir en los asuntos de razón, como lo sugirió Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778] en el diálogo entre Babouc e Ituriel:

"–¿Romperías, dijo [Babouc], esta bella estatua porque no está toda hecha de oro y diamantes?

"Ituriel captó lo sugerido. Resolvió ni siquiera pensar en castigar Persépolis, y dejar *que el mundo siga su marcha*. Pues, dijo, *aunque no todo esté bien, todo es aceptable*. Se dejó pues que Persépolis subsistiese; y Babouc de nada se quejó; y no hizo como Jonás, quien se enojó porque Nínive no fue destruida. Pero cuando se ha permanecido durante tres días en el cuerpo de una ballena, no se está de tan buen humor como cuando se ha ido a la ópera, o a la comedia, y se ha cenado en buena compañía." [116]

Una vez asumido a plena conciencia el compromiso de veracidad, y sorteados los múltiples escollos sembrados tanto por la tolerancia como por la no tolerancia y la intolerancia, parece quedar abierta la vía hacia la objetividad. Esta sería resultado, o expresión, de una actitud crítica que habría de comenzar por una toma de conciencia. Aunque esta luzca sencilla en su formulación, en realidad encierra, en su desenvolvimiento, toda la

mulación, en realidad encierra, en su desenvolvimiento, toda la dificultad del ejercicio de la crítica. En rigor, no sería fácil decidir sobre si esta instancia de toma de conciencia corresponde al inicio o al final de la operación crítica. Pero no parece necesario demostrar que deberá ser una constante en el condicionamiento del ejercicio del método crítico en historia. Consiste, sobre todo, en tomar conciencia de la autonomía, si así puede decirse, del campo al cual se aplica el conocimiento crítico: ..."La historia tiene el inconveniente de que nunca se desarrolla de acuerdo con nuestros deseos. Lo mismo acontece con nuestra vida"... [117]

Pero, ¿podría pensarse en una mejor realización de la aspiración de objetividad que la consistente en poner al lector en contacto directo con lo historiado? Esta pareciera ser la ilusión extrema que pudieran abrigar el testigo o el historiador. La imagen sería la de un llevar de la mano al lector en una especie de incursión en el pasado que le permita "presenciar" lo sucedido. Por supuesto, con un guía silencioso e imperturbable, puesto que cualquier palabra o gesto de su parte podría ser una mediación perturbadora, que vulneraría la pureza del propósito de objetividad. Es más, para el caso aun la más tímida mediación podría significar un encubierto, pero quizá hasta vehemente, llamado a la credulidad del lector. Por eso Manuel Palacio Fajardo [1784-1819] advirtió: ..."El autor se ha limitado, en lo posible, al simple relato de los hechos, dejando a sus lectores el deducir las conclusiones de los mismos"... [118]

Lógicamente, el punto extremo de esta tendencia toca la ingenuidad. Esta última consiste en creer que hay un procedimiento capaz de permitir percibir los acontecimientos históricos en una su realidad tan nítida, exacta y plena, que la visión de los mismos quede a salvo de duda o controversia. Posiblemente sea difícil imaginar una prueba más palmaria de la falta de sentido de lo histórico que esta ingenua creencia, si bien en el caso de Antonio Leocadio Guzmán [1801-1884] sirvió para demostrar actualidad tecnológica:

> "Pero es también el más imperioso de los deberes, al escribir historia, el más profundo respeto á *la verdad*. . No sé que

celebridad dejó escrito, que la historia debe ser el espejo del pasado, pero como en cuantas he leído hasta ahora, he encontrado lo que también es achaque de los espejos, cuya mayor parte desfiguran lo que debieran reflejar, y hasta suelen caricaturarlo, repugno la comparación de ese elocuente escritor, y creo preferible exigir que la historia sea la *fotografía* del pasado." [119]

Por el contrario, quizá pueda decirse, y ello respetando la infundada confianza puesta en la técnica fotográfica por Antonio Leocadio Guzmán, que tratándose de la historia la "fotografía" confiable sería aquella en la cual apareciese, y de lleno, el autor de la misma. Felizmente, no parece que este desarrollo técnico hubiese sino concebido entonces, pues nos habría trasladado el problema a un nivel de complejidad superior. No obstante, parecería que tampoco una "fotografía" así tomada podría prescindir por completo del amparo de la tolerancia, según nueva versión del asunto expresada por Francisco González Guinán [1841-1932], un tanto repuesto del acceso de modestia aguda padecido unos años antes (véase nota 111). En efecto, lució ahora más en control de sus instrumentos y criterios, pero terminó invocando la tolerancia, esta vez impropiamente aplicada a un campo en el cual las creencias no son respetables ni irrespetables, sino pura y simplemente inadecuadas:

"He procurado relatar con toda fidelidad los hechos cumplidos en este período de la historia contemporánea de Venezuela, y espero que el lector –que conozca esos hechos– no encuentre adulteraciones de ninguna especie, sino la sencilla exposición de la verdad, que es el alma de la Historia. En cuanto á mis juicios, opiniones, afectos y creencias, los expongo y emito con llaneza y sinceridad, apoyado tan solo en la facultad de sentir y de pensar que derivo de Dios y que me ratifican y confirman las instituciones del sistema republicano, las cuales conceden a cada ciudadano la inmanencia de sus convicciones é imponen á todos los ciudadanos el deber de respetar las agenas creencias." [120]

Mas, la que ha sido denominada ...*"fría objetividad"*... [121] no es una cualidad que sólo requiera entrenamiento y cuidado. Sería el resultado de una constante violencia, ejercida por el his-

toriador crítico sobre sí mismo, para refrenar, contrariar y pretender erradicar los llamados de la condición humana. Se libraría de esta manera un combate incesante, de resultado siempre incierto, pues de nada vale el exhibir en algún momento la certidumbre del triunfo. En estos casos el desenlace no podría ser sino la vana jactancia, puesta de evidencia por algún espíritu crítico prevalido de sus instrumentos para medir la ley de objetividad e imparcialidad, un poco a la manera de los ensayistas. Luis Level de Goda y de la Guerra [1838-1886], publicó en 1893 su **Historia Contemporánea de Venezuela. Política y militar, 1858-1886**. Escrita luego de una prolongada e intensa actuación política y militar, que le hizo partícipe de los principales acontecimientos de su tiempo, su autor pretendió brindar con ella un testimonio que no sólo era el más directo posible sino, por añadidura, poseedor de la fuerza incontrastable de la verdad:

> "A riesgo de que se me califique de vano y jactancioso debo decir que, será ahora, después de publicada esta historia, cuando mis compatriotas y muchos que no lo son van á conocer la realidad de lo que ha pasado en Venezuela en la era que aquélla abarca; por cuya razón, sin el más leve escrúpulo y sin temor de engañarse, pueden y deben leer esta obra los que deseen saber la verdad y aspiren á conocer y á juzgar con acierto á los hombres públicos venezolanos de los modernos tiempos." [122]

Sin embargo de tan rotunda afirmación, quiso precaverse de las reacciones que podría ocasionar la verdad por él rescatada y, según su pretensión, establecida objetiva e imparcialmente. No contento con declarar: "Pero no me arredran ni me importan las contradicciones de esos hombres interesados"..., y sin advertir que con ello cerraba la puerta al ejercicio de la crítica, vulnerando los mismos principios de objetividad e imparcialidad que pretendía practicar, compuso una clasificación satírica de sus posible contradictores:

> "Como viven todavía muchos de los actores de los dramas, comedias y farsas políticas de Venezuela que refiero en esta historia, cuántos al verse desempeñando en ella, en distintas ocasiones, papeles principales, ó severamente juzgados y colocados en el puesto que realmente les ha tocado, exclamarán al

leer algunos pasajes: «eso no es verdad ó no fué así». Y la mayor parte de ellos, bajo la presión de ese egotismo que existe en Venezuela en la generalidad de los hombres públicos, y por la manía que tienen de haber hecho todo lo notable ó bueno, ó contribuido á ello, y de haber consumado actos de valor y hasta de heroicidad, dirán también: «No es como lo refiere Level de Goda [Luis], porque *yo* hice tal cosa, *yo* quien dispuso, *á mi* se me debió esto, *por mi* se hizo esotro, *yo* quien ordenó, *yo* quien se opuso, *yo* el héroe, etc.»". Siempre el *yo*, particularmente entre los generales, que por desgracia somos tantos, y en quienes está más arraigada la enfermedad del *Yoismo* porque tenemos la más exageradas pretensiones." 123

No tardó en aparecer quien recogiese el guante lanzado por autor tan seguro de sí mismo. Correspondiendo, quizá, a la magnitud de su jactancia, Gonzalo Picón Febres [1860-1918] enterró tan proclamado esfuerzo de objetividad e imparcialidad bajo esta exigua lápida crítica: "El estudio de Luis Level de Goda, en dos pesados tomos que no tienen, pero en ninguna forma, belleza literaria alguna, se resiente de odios personales, peca exageradamente de *liberalismo amarillo* y prescinde por completo de la filosofía, que es como decir el alma de la historia"... 124 Con lo que el crítico no dio, ciertamente, prueba de ecuanimidad. Pero probablemente sí dio un ejemplo de la relación crítico-autor que preocupó a César Zumeta [1863-1955] y respecto de la cual se atrevió a sugerir una solución ponderada. Pero la ponderación que quiso demostrar el proponente siguió un curso previsible. Primeramente corrió el riesgo de que naufragase en la falta de sentido histórico, demostrada al pensar que hay una historia sucedida, incapaz de despertar pasiones en igual sentido y grado que la historia considerada como reciente o contemporánea. Recuperó un tanto la ponderación cuando se refugió, como se ha visto, en una comprobación esencial, y por lo mismo intemporal, que de hecho cubre también la situación que el propio autor consideró excluida: ..."La criatura resulta siempre ser imagen y semejanza de su creador". 125 Quizá donde mejor se aprecia la relación entre creador y criatura, señalada por César Zumeta, es en la literatura histórica inspirada en el culto a los héroes, y en particular el rendido a Simón Bolívar. En ella:

> ..."amén del estilo anacrónico se lleva la interpretación individualista de la Historia al despropósito de tomar la fecha de nacimiento de Simón Bolívar como punto de partida de su actuación histórica. Y ello es así porque en este género es la ampulosidad del discurso la que dicta órdenes, y poco obstáculo representa la tozudez objetiva del hecho histórico para quienes se abandonan a su embriaguez." [126]

Sin que esto signifique, en modo alguno, que pretendo definir el concepto de imparcialidad, ni siquiera para los fines específicos de estas páginas, cabría afirmar que la imparcialidad sería la manera deseable como el historiador crítico se acercase a lo objetivamente establecido. Obviamente, ella ha tenido que mediar también en tal establecimiento, pero ahora dejaría de ser coadyuvante y pasaría a desempeñar un papel principal, pues sin ella no hay comprensión, interpretación ni explicación científicamente válidas y, por lo mismo, tampoco historia crítica válida científicamente. Se trataría de:

> ..."esa imparcialidad preconizada de tantos y de tantos temida, que consiste en llamar las cosas por sus nombres sin temeridad pero sin vacilación, tan lejos de los distingos de Baralt [Rafael María, 1810-1860]] como de los ditirambos de Larrazábal [Felipe, 1816-1873]: imparcialidad sin la cual conviértese la historia en panegírico o en requisitoria y que no lleva otra idea preconcebida sino la de que resulten del tamaño que realmente son las voluntades, los cerebros y los corazones de los personajes presentados y con la amplitud que realmente alcanzaron las épocas juzgadas"... [127]

La imparcialidad no ha sido el ejercicio más popular entre los historiadores venezolanos, sobre todo al ocuparse de su tema preferido, es decir la guerra de independencia. La tenaz sobrevivencia de los criterios y actitudes de la *historia patria*, condicionantes básicos de la *historia nacional* hasta hoy, hace del ejercicio de la imparcialidad un gran riesgo, pues su calificador, que no se detiene ante los procesos de intención, es un patrioterismo obtuso y medroso. Obtuso, por cuanto es romo, torpe y tardo en la comprensión. Medroso, por cuanto cifra su tranquilidad en la impuesta inactividad del intelecto, y se refugia en

dogmas que lo vuelven agresivo. El insurgir contra su reinado, fuerte del amparo que le brinda el culto heroico institucionalizado al servicio del Estado, ha sido siempre demostración de temeridad. No es posible decidir en qué momentos de nuestra sociedad política ha sido más grave, pero sí es posible afirmar, sin exageración, que ha sido un área de constante represión del espíritu crítico. No han faltado quienes para bien de la historiografía corrieran el riesgo, cual lo hizo Lisandro Alvarado [1858-1929], en polémico estudio titulado "Los delitos políticos en la historia de Venezuela". Ensayó una aproximación menos parcial a acontecimientos y personajes que la *historia patria* y la *historia nacional* tenían juzgados y sentenciados:

> "En los días que siguieron al terremoto de 1812 y a la debelación de los republicanos hay que suponer una exaltación de los espíritus rayana al fanatismo. Preparados estaban los elementos, que consistían en un pueblo ignorante y realista y en todos los resabios heredados del Gobierno español. Las represalias que hasta mediados de 1813 fueron usadas por Monteverde [Domingo de, 1773-1832] no se distinguieron de ninguna manera por atentados contra la vida, aun con ser tan crueles y vengativas; y en cuanto a los demás Jefes –Cerveris [Francisco Javier Cerveriz] y otros–, no se podía esperar que fueran muy humanos como beligerantes. Otro tanto puede decirse de los asesinatos de los negros, cuya insurrección fue «provocada, auxiliada y sostenida por los enemigos de Monteverde [Domingo de]»." [128]

Quien hace de las aspiraciones de objetividad e imparcialidad la garantía de su propósito de veracidad pareciera tener derecho, al ser juzgado por sus obras, a que lo sea con iguales medidas. Pero sería confesión de ingenuidad el esperar que el "estimado colega" practique la sindéresis con postergación de sus motivaciones menos científicas. Por ello el reconocer en otro el haber tenido éxito en su noble empeño no es cosa frecuente. Augusto Mijares [1897-1979], hizo los mayores elogios de Rafael María Baralt [1810-1860], pero lo hizo mezclando valores hasta el punto de que nos pone en el trance de conciliar, conceptualmente, imparcialidad, rectitud, justicia y veneración; cosa nada fácil:

"Aparte estos méritos [los de estilo] y el de la imparcialidad y valor moral con que juzgó Baralt [Rafael María] a los próceres que intervinieron en aquella magna empresa -también señalado por Blanco Fombona [Rufino, 1874-1944]- debemos destacar en los volúmenes dedicados a la Independencia la abundancia de información que Baralt [Rafael María] logró acopiar, el ejemplar espíritu cívico con que condenó tanto los atropellos militares como los pronunciamientos civiles cuando unos u otros fueron opuestos al orden legal, la rectitud que puso en separarse de las que hubieran podido ser sus preferencias personales al juzgar algunos hombres y sucesos, el patriotismo sin patriotería que embebe toda su obra, y la veneración con que destaca las dos grandes figuras tutelares de aquella revolución –Miranda [Francisco de, 1750-1816] y Bolívar [Simón, 1783-1830]– que todavía en la época de Baralt [Rafael María] estaban en gran parte a merced de los agresivos rencores de algunos de sus contemporáneos, los solapados celos de otros y la rutina de juicio o la mezquindad de la mayoría." [129]

Comprendemos mejor la apreciación de Augusto Mijares cuando éste dice de Rafael María Baralt que ..."aún ante Bolívar [Simón] rehúsa ser incondicional"..., pues al juzgar los acontecimiento políticos denominados la cosiata, reprocha a Simón Bolívar el haber traspasado ..."los límites de justa y decorosa imparcialidad"..., al dar trato preferente a los adversarios e inferir..."desprecios irritantes"... a los amigos suyos y del gobierno. [130] Como he apuntado, más cerca de su tiempo no gozó Rafael María Baralt de semejantes reconocimientos, no sólo por quien como José Antonio Páez [1790-1873] pudo considerarse maltratado por la pluma del historiador, sino tampoco por otros a quienes Rafael Fernando Seijas [1845-1902], escribiendo en 1895, no nombra pero señala como ..."varones muy calificados"... Según éstos, la objetividad y la imparcialidad padecieron en la pluma del ilustre zuliano, pues ..."no se dió allí el desenvolvimiento indispensable á hechos de suma importancia, ni se puso en la mayor claridad la serie de acciones de algunos prohombres; que no se ha repartido con igualdad la justicia distributiva entre los que obraron de propio movimiento y por su cuenta y riesgo en pro de la libertad, prestando cooperación espontánea cuanto útil, sino postergádose tales servicios, enalteciendo otros

con solícita preferencia"... Si bien un poco más adelante Rafael Fernando Seijas entregó las claves para la comprensión de sus criterios de evaluador al decir del coronel José de Austria, [1791-1863], que en su **Bosquejo de la historia de Venezuela**, se determinó a ..."contar los hechos de que tenía personal evidencia ó fidedignos testimonios de personas respetables"... Y concluye que ..."Se produce en el tono severo de Tácito, mas con imparcialidad sin exageración. Menos habla el narrador que los documentos numerosos interpolados en el texto"...[131] En suma, Rafael Fernando Seijas tomó como garantía de imparcialidad factores que suscitan, uno a uno, complejos problemas de método, desde la calificación del testigo hasta el documentismo. No mucho antes, el 8 de noviembre de 1889, en la instalación de la Academia Nacional de la Historia, Juan Pablo Rojas Paúl [1826-1905], había emitido en su discurso un severísimo juicio sobre José de Austria y su obra:

> ..."Actor en muchos de los sucesos que narra, y corrida ya la primera mitad de la centuria, era de esperarse que los recuerdos evocados por él en su retiro campestre, y en la tranquila contemplación de la naturaleza, al acudir al alma nobilísima del viejo patriota desde una distancia mayor de treinta años, hubiesen perdido el tono acerbo que naturalmente les dejaran las impresiones recibidas en el ardor de la lucha, a la manera en que los cálidos vientos del desierto se refrescan y suavizan al pasar los mares. Mas no sucedió así: aquellos recuerdos conservan en las páginas del libro casi toda la amargura de los primeros aciagos días"... [132]

Dos grandes cuestiones, por su vastedad y por la proyección de su significación, han constituido en todos los tiempos de la historiografía venezolana campo de prueba preferente para medir la objetividad y la imparcialidad de los autores, sean historiadores francos, sean literatos en ejercicio de historiadores, –bien sé lo difícil que resulta diferenciarlos entre sí, particularmente durante el siglo XIX–. Esas cuestiones son la colonización española y la independencia. Además de las dificultades propias de cada una de estas cuestiones-síntesis, están las derivadas de la relación establecida entre ambas por la *historia pa-*

tria, entregada a su empeño fundamental, es decir a la justificación de la independencia. El debate sobre esta última, su oportunidad, sus motivos, sus resultados, su naturaleza, etc., casi escapa a la posibilidad de una reducción crítica, al menos en una obra como la presente. Por eso acudo a la literatura que, como en muchas ocasiones, viene en auxilio del historiador: creo que merece especial atención el ejercicio de imparcialidad que puso José Abel Montilla [1890-1979] en boca de un personaje novelado, por cuanto tomó el complejo tema de la independencia y lo debatió distinguiendo entre justicia, conveniencia y beneficio. Este debate merece atención, igualmente, porque compendia en forma llana lo fundamental del arsenal argumental manejado por la historiografía venezolana en esta materia.[133] Este despliegue de ecuanimidad crítica, –por no poder decir imparcialidad, pues no cabría olvidar el fuerte sentimiento patriótico que impregna la argumentación–, ha hecho buena falta, en tiempos recientes, al desarrollarse el frecuentemente absurdo, fuertemente prejuiciado, y pocas veces acertado debate internacional sobre la conmemoración de los Quinientos años del descubrimiento de América. Las características de este debate, tanto en su desbordamiento de lo histórico como en el partidarismo generalmente encubierto de muchos de quienes han participado en él, induce a añorar el juicio de José Gil Fortoul [1861-1943], sobre la colonización española. Espléndido desde el punto de vista conceptual, crítico y estilístico, este juicio, fechado Caracas, 1930, revela en su autor una alta autonomía crítica y un propósito de imparcialidad que le llevó a volverse, explícita y directamente, parte del juicio emitido, dándole así al lector las claves para la evaluación crítica del propio juicio:

> "El autor ve y comenta de otro modo, sin prevención contra España, que sería hasta incompatible con el cosmopolitismo a que le ha acostumbrado su género de vida, y sin extremada simpatía tampoco por los aborígenes del país donde nació. La verdad histórica es que, ni los indios eran tan bárbaros, como que en muchas partes habían tenido y tenían cuando llegaron los conquistadores «civilizaciones» muy adelantadas, y en algunos pormenores más que las europeas; ni los españoles dejaron

de ser sinceros en creer que implantaban acá una cultura en todo superior. Y la verdad histórica es también que, durante las tres épocas a que se refiere este primer tomo, hubo influencia recíproca: de España para las Indias con sus instituciones, artes y costumbres; de las Indias para España con sus riquezas, con su mezcla de razas, y con las nuevas maneras de pensar y vivir que adquirieron aquí los colonos y sus descendientes. La mayoría de los historiadores y publicistas que han escrito sobre estas cosas desde otros puntos de vista, paréceme que se ha dejado extraviar por espejismos e ilusiones. Ilusión, ver en la independencia una «guerra civil», cuando evidentemente desde 1811 fue guerra internacional, de la nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionalidad representada por la tradicional monarquía española, guerra en la cual hubo, como en todas, vicisitudes numerosas. Ilusión, ver en las nuevas Repúblicas una simple «prolongación» de España, y hablar de raza hispánica, de alma hispánica, aplicando semejantes términos a una supuesta unidad orgánica, política, moral que no existió nunca. Ilusión, pensar que por servirse de la misma lengua España y América tengan o vayan a tener el mismo desarrollo intelectual. Con la lengua habrá siempre una «cultura» hispanoamericana, pero cultura que en América tendrá siempre carácter especial como combinación varia de hispanismo, indianismo y cosmopolitismo. Ilusión, por último, convertir al Libertador en «genio representativo de la raza». ¿De cuál raza?" [134]

En suma, pareciera que en la historiografía venezolana el problema de la imparcialidad ha sido visto como un asunto de método y como una actitud de índole sociocultural, coincidentes ambos factores en la ineludible condición humana. El advenimiento de las corrientes positivistas, fuentes de una metodología de la historia adoptada bajo el influjo del cientificismo, nutrido este último por el desarrollo de las ciencias biológicas y el brote de las sociales y psicológicas, fue saludado como el corte con una tradición historiográfica que, luego de fatigar al adjetivo, había terminado por producir puro y simple hastío. No fue fácil el cambio, sin embargo, y no faltaron críticos de las nuevas tendencias. Si bien estos lucieron como nostálgicos defensores del pasado historiográfico, y como tales fueron objeto de encendidas denuncias, [135] no faltó tampoco quien aplicase a las nuevas proposiciones metodológicas sus mismos ins-

trumentos críticos, dando de paso una demostración de ecuanimidad, como lo hizo Caracciolo Parra León [1901-1939], al pronunciar el elogio de Angel César Ribas [1870-1930], en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia:

> "Tales inestimables ventajas, entre otras muchas, representa el método preconizado por el Dr. Rivas [Angel César Ribas] en los estudios históricos venezolanos. Claramente lo está pregonando la jugosa obra científica de nuestro ilustre colega D. Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], quien con aquel su claro entendimiento en que no cede lo agudo a lo profundo (como que no desdeña sazonar con fina ironía de artista sus audaces concepciones científicas) ha realizado entre nosotros la reacción contra el romanticismo histórico, y puesto de frente al porvenir, ha abierto con tanto talento como aplauso, aunque por desgracia no bien documentado cerca de las genuinas concepciones clásicas, el ancho y hermoso panorama de la filosofía de la historia"... [136]

¿Cuánto hay en esta materia de concesión hecha a los estereotipos culturales? Y ¿cuánto de comprobación de rasgos propios, –no específicos, con sentido de exclusivos–, de una formación sociocultural? Es prudente evitar el entrar en estas consideraciones, por lo demás alejadas de mi objetivo. Viene más al caso registrar el alegato de que la dificultad comprobada de alcanzar la imparcialidad requerida por la historia tendría su origen en factores etnológicos, como lo pretendió Francisco González Guinán [1841-1932], según lo observó Gonzalo Picón Febres [1860-1918], justamente en abono de la obra del mismo, ..."cuya imparcialidad y seriedad pueden presumirse, no obstante el pronunciado sectarismo del excelente escritor carabobeño"..:

> "«La República tenía que lamentar que los dos grandes partidos (el conservador y el liberal) no estuvieran únicamente separados por disparidad de ideas políticas, sino que esa separación la hiciese aún más absoluta una línea de odio, negra como todo lo siniestro. Se odiaban los hombres de una manera implacable, y éste era el amargo fruto del personalismo. ¿Era

éste defecto etnológico? Nos inclinamos a creerlo así, porque la raza latina, y particularmente esta híbrida su descendencia de la América Española, carece de la calma necesaria para ver las cuestiones públicas al través del prisma de los intereses de la comunidad, y tiende siempre a individualizarlo todo, el bien como el mal, como si el principio vital estuviese vinculado en el hombre y no en la maravillosa mecánica del universo; como si valiese más para los nobles fines de la sociedad el pasajero y fugaz individuo, que los eternos principios que tienen por bases la razón y la moral. Tratándose de esta enfermedad del personalismo, que corroe las entrañas de la América Hispana, todos hemos pecado: los conservadores como los liberales, los partidos como los individuos; porque hemos vivido ocupados tristemente en la afanosa labor de alzar o de abatir hombres, cuando con la tenacidad que nos es innata y con la nobleza que imponen sacratísimos deberes, hemos debido emplear todas nuestras fuerzas físicas y nuestras condiciones morales en levantar altares a las ideas, y en ellos oficiar diariamente por el bien de la Patria, generador pródigo de la felicidad individual. Tiempo es ya de detenernos en la angustiosa pendiente y de llevar por otros rumbos nuestros esfuerzos, si es que anhelamos conservar y engrandecer nuestra nacionalidad, y evitar que otra raza nos domine y nos extinga»." [137]

En suma, se concluiría que la emotividad, etnológicamente determinada, estorba el ejercicio de la imparcialidad hasta el punto de hacerla imposible. Para demostrar lo fundado de este aserto estarían en primera fila las obras de Felipe Larrazábal [1816-1873] y Juan Vicente González [1810-1866], dejando de lado las más desorbitadas, a la manera de las de Eduardo Blanco [1838-1912], probablemente por lo que este último, aun siendo académico de la historia y de la lengua, no logró que se le admitiese en la república de los historiadores, sin haberlo sido tampoco plenamente en la de los escritores. Rafael Fernando Seijas, imbuido de la concepción de la historia tribunal, dijo del primero: ..."no se le juzga dotado de la imparcialidad requerida en el historiador, el cual, si debe observarse las leyes de este género de composiciones, tiene que presentar al tribunal de la posteridad, así las buenas como las malas acciones de los individuos, sobre cuya conducta le corresponde á esotra fallar

cándidamente". [138] Aumenta de grado la candidez, no ya del criticado sino del crítico, al referirse a Juan Vicente González:

> ..."en todo lo que se enlaza con las opiniones políticas del escritor, él se muestra siempre imbuído de sentimientos fogosos y exaltados, que privan de la serenidad necesaria para formar apreciaciones imparciales. Aquella vehemencia, aquellas acusaciones, aquellos denuestos, aquellos sarcasmos, que leemos en oradores antiguos, así como en las arengas y diálogos que se dirigían los personajes de Homero, por ejemplo, formaban desahogos compatibles con la rusticidad de las costumbres de entonces, pero que no caben en el refinamiento de las modernas. Según ellas, no es lícito insultar ni al enemigo que nos ofende y provoca, y autoriza con esto para hacerle la guerra." [139]

Pero no todo pareciera ser negativo en la emotividad, en lo que concierne al buen trabajo historiográfico, –¿y quizá hasta al ejercicio de la imparcialidad?–, si admitimos que ella es parte de la admiración, considerada ésta, a su vez, como impulsora del espíritu investigador. Al menos así lo pretendió Ramón Díaz Sánchez [1903-1968], en juicio sobre la obra de Caracciolo Parra Pérez [1888-1864] **Miranda et la Revolution Française**, que seguramente puso en equilibrio, en el crítico, su esencial condición de novelista con su sostenida aspiración de historiador:

> ..."La historia, se ha dicho y no se discute, es una ciencia y como tal hay que tratarla con rigurosa objetividad, con imparcialidad y con frialdad analítica; y de que Parra Pérez [Caracciolo] profesa este saludable criterio da fe su inconfundible doctrina. Sin embargo no creo que se pueda negar que el estímulo de esta obra es una gran admiración por el héroe y un evidente propósito de justicia. El escritor debía andar por los treinta años cuando se enfrentó con la admirable vida del Precursor, incomprendida y deformada por la ignorancia, y decidió emprender su reivindicación en el propio escenario de sus revolucionarias andanzas." [140]

Objetividad e imparcialidad, mancomunadas o practicadas separadamente, imponen un mismo deber: superar los prejuicios. Digo superarlos, y no despojarse de ellos, ni mucho menos carecer de ellos, en obsequio de lo afirmado por Justino

Fernández [1904-1972] (Véase nota 9). Pero, ¿bastará con percibirlos, establecer su origen y evaluar sus efectos? Así pareció creerlo Manuel Díaz Rodríguez [1871-1927], cuando dijo de ellos que:

> ..."pretendían hacernos ver el origen de la nacionalidad, el principio de la patria, en el solo esfuerzo de la emancipación, cuando en el hecho político, social y económicamente, en esencia y potencia, dentro del molde impuesto por la fatalidad geográfica, y animada por la índole de sus pobladores primeros, la patria existía ya con caracteres propios y hasta con fronteras materiales y espirituales definidas"... [141]

Pero parecería que, ciertamente, se requiere dar otros pasos: el de incurrir en la osadía de denunciar los prejuicios y, lo que es más, el de combatirlos con toda la energía de un intelecto orgulloso que no pocas veces termina parapetándose tras sus propios prejuicios. Así le sucedió al mismo autor al referirse a la historia patria, vista por él como una literatura cargada de prejuicios que extravían no ya el conocimiento histórico sino el sentido básico de la historia:

> ..."Los resabios y errores del tal clase de literatura, como sucedió entre nosotros, en vez de cesar y desvanecerse con el último rumor de la batalla tienden, al contrario, a fijarse y perpetuarse en el alma popular bajo forma de prejuicios. Y el prejuicio, entre nosotros, o bien nos convertía en una especie rara de latinos, que lo fuéramos, no por venir de estirpe latina a través de España, sino a pesar y como a un lado de España, o bien nos consagraba y confirmaba ingénuamente hijos directos de los Paramaconi y Guaicaipuro, sin atender a nuestra lengua, nuestros hábitos y nuestros patronímicos españoles."

Sólo que, como he adelantado, puede suceder que el esfuerzo crítico así cumplido culmine, por lo general inadvertidamente, con un repliegue cuyo sentido no sea otro que refugiarse el autor en sus propios prejuicios, tan insostenibles ante el sentido histórico como los causantes de la deformación por él combatida:

"Pero sin ser tan ilógica y extravagante como en el primer caso, ni tan simplista como en el segundo, la verdad es otra y más compleja. No podemos olvidar al africano que, con sudor de esclavitud y sangre de héroe, contribuyó a amasar y glorificar el barro nativo. Menos podemos olvidar al aborigen que, con el brío de su corazón y el color de su tez, nos legara el bronce heróico de su defensa incomparable. Pero, en lo general, por la raza, el esfuerzo y la cultura, poniendo en esta palabra cuanto de substancia ideal cabe en ella, nuestra filiación es genuinamente española. Rudimentaria en el indio, ausente del africano detenido aún en los primeros peldaños de la humanidad, la cultura viene en el español que, heredero de Roma por cuanto hace al imperio y la política, y heredero inmediato, por cuanto hace a la ciencia, del árabe, depositario de la ciencia de entonces, representa y nos trae la cultura de su tiempo." [142]

Pareciera necesitarse, por consiguiente, algo más que vehemencia y osadía para atreverse a contrariar la fuerza de los prejuicios. Gonzalo Picón Febres [1860-1918] propuso el antídoto: consistiría en el método crítico (..."el análisis atento"...) y en la sinceridad (con lo que volvemos al propósito de decir verdad), y pareciera ser, en definitiva, asunto de voluntad. El todo consistiría en tener conciencia ..."de que la historia y la justicia tienen fueros inviolables, ante los que es preciso inclinarse con respeto; de que no vale el querer aparecer como historiador verídico, y ello de una manera bastante inusitada, sino serlo por el análisis atento y por la sinceridad"... [143] Con lo cual nos preparamos para caer de nuevo en el anhelo de objetividad e imparcialidad, en la búsqueda del amparo brindado por la tolerancia y en la prescripción de un nuevo e inaplicable remedio. ¿Cómo si fuera posible encontrar un historiador al que le sean indiferentes sus conclusiones? En una obra publicada por primera vez en 1936, Mario Briceño-Iragorry [1895-1958], hizo una afirmación de su apego a la verdad histórica. Pero la rodeó de tales condiciones que volvió la suya invulnerable:

..."La verdad, aunque destruya es necesario abrazarla, por cuanto lo destruido no puede ser sino una falacia que, así hermosa y seductora, sólo llamaba a engaño. Presénteme Ud. una verdad que destruya de raíz mis conclusiones, una verdad neta

una verdad donde no juegue ninguna pasión, ningún interés, ninguna vanidad, y yo abrazo por mejor esa verdad nueva"...

No contento con lo cual se acogió, prudentemente, a la tolerancia, como instancia salvadora, pero sin advertir que la invocaba para un tipo de verdad histórica que, por ser provisional, contradecía la por él reclamada como prueba:

> ..."Yo no he intentado imponer por medio de defensa sistemática las conclusiones a que he llegado en materia histórica; creo mucho en el carácter provisional de las verdades históricas. Cada conclusión de un historiador es una piedra, buena o mala, para un edificio que construyen otros. La historia no puede nunca ser obra unilateral; todo lo contrario, examen de multitudes, requiere una multitud de juicios"..., "yo en la crítica histórica sólo reclamo una condición absoluta: la tolerancia y el mutuo respeto de quienes ven un hecho desde distintos ángulos, y sobre esa condición otra de carácter esencial: un desinterés neto en la finalidad de las conclusiones. No creo que en Historia haya verdades peligrosas. Habrá peligrosas utilizaciones de tesis históricas"... [144]

Basta con la verdad. Como propósito, como práctica, como resultado. Pero es también necesario luchar denodadamente contra todo lo que, en nosotros y fuera de nosotros, se opone a su esplendor. En particular contra quienes deliberadamente buscan confundirla, hacerla inalcanzable, despojarla de significación. Para el caso de que tan ingenuo enfoque de la cuestión conduzca a la impotencia, queda la posibilidad de confiar la solución de la dificultad a lo mismo que se procura, es decir al advenimiento cierto, mas no previsible, de una resplandeciente verdad histórica que tornará vanos los esfuerzos, hoy aparentemente victoriosos, de quienes se empeñan en estorbar su advenimiento. Pero no ha faltado un espíritu impaciente que intente acelerar el proceso:

> "Entre nosotros no se ha escrito la historia de los partidos: todos los hombres que han pisado la escena política se empeñan en arrojar sombras sobre los sucesos en que tuvieron participación, á fin de que el criterio público se extravíe, y las generaciones nuevas vivan en penumbras.

"Tarde ó temprano brillará la verdad histórica, que es sólo una aunque cada agrupación la aprecie á su manera: y si la discusión ha de comenzar cuando ya hayan desaparecido los factores de la vida nacional en el período de 1848 a 1870, mejor es que comience ahora." [145]

Sólo que en esta marcha hacia su verdad el historiador tendrá que enfrentar adversarios encubiertos, disimulados aun en sí mismo, comenzando por el que Manuel Díaz Rodríguez [1871-1927] señaló a la atención de José Gil Fortoul [1861-1943] en marzo de 1907: ..."Cuando uno de antemano se ha trazado un plan, o mejor un esquema, acaba poco a poco por deformar los hechos para que éstos ajusten a las líneas del esquema trazado"... [146] Lo demás es únicamente cuestión de... objetividad: "Expliquemos la historia sin rodeos a la luz de los hechos cumplidos, para que nadie se equivoque"..; [147] y de... imparcialidad, si es que ésta consiste en decir lo que se piensa, como lo hizo Manuel Díaz Rodríguez en su elogio de Diego de Losada [1511-d. 1569], en diciembre de 1924: ..."salva a Barquisimeto y al Tocuyo de una guerra ominosa, cuando por fuerza de armas disipa la trágica arlequinada, la grotesca farándula real del negro Miguel [1552]"... [148] Es decir: ¿Llevar la objetividad y la imparcialidad hasta chocar, de nuevo, con la historia patria? ¿Vapuleando críticamente a los héroes, por secundarios que fueren? Quizá como lo hizo Marco Antonio Osorio Jiménez [1903-1986] con los mercenarios británicos que lucharon por la independencia de Venezuela, de quienes un testigo por él citado afirmó que ..."probablemente tres cuartas partes de las muertes entre los soldados británicos podían atribuirse a un exceso de bebidas alcohólicas"... Los mismos mercenarios cuya ..."causa principal del descontento residía en la inseguridad del pago de salarios"... En síntesis, que actuaron y se comportaron como mercenarios, y no como los héroes desprendidos y abnegados que la historia patria fabricó. Por flaqueza del sentido histórico se ha pretendido que el "descubrimiento" de esta cruda verdad los invalida no sólo como héroes secundarios sino incluso como testigos. [149] Pero, ¿rescatando el "verdadero significado de los

hechos" hasta el punto de dejar de llamar "la emigración a Oriente" a la huida de los caraqueños, con Simón Bolívar al frente, cuando José Tomás Boves [1782-1814) se acercaba a la ciudad en 1814? Pareciera que, en definitiva, habría que buscar la salida de este laberinto crítico reivindicando el alcance de los criterios empleados para procurar la objetividad y la imparcialidad, cual lo propuso Manuel Palacio Fajardo [1784-1819], para ayudar a la mejor comprensión del descalabro militar sufrido en 1812, por la naciente República venezolana:

> "Es necesario conocer las enormes distancias que separan las capitales del territorio de Venezuela, el mal estado de los caminos y lo escaso y esparcido de la población, para hacerse cargo de las dificultades que el gobierno tenía que vencer para reclutar un ejército bastante numeroso para detener un enemigo que avanzaba rápidamente, enardecido por el fanatismo y animado por la confusión que era el natural resultado de la consternación reinante"... [150]

Siempre quedará el recurso de acogerse a principios cuya vaguedad los vuelve inoperantes, como uno que trae Tácito muy conveniente para evaluar, por ejemplo, los testimonios de los héroes fatigados y decepcionados de la postindependencia: ..."no se sigue inmediatamente ser malo lo que es diverso, sino que por causa de malignidad humana lo viejo siempre se alaba, y lo presente nos fastidia"... [151]

A la hora de sacar balance del tratamiento dado por la historiografía venezolana a las cuestiones de la objetividad y la imparcialidad, resulta muy interesante tener como guía el ejercicio crítico al que se libró Gonzalo Picón Febres [1860-1918], si bien cabe considerarlo como una aproximación extremadamente "ingenuo-conceptual" a los aspectos básicos de tales cuestiones, como factores de la veracidad. El autor siguió un curso muy claro: comenzó por describir, más que definir, el ideal de la historia imparcial; luego describió al historiador ideal; prosiguió invocando la autoridad respecto de ambas concepciones ideales; hizo intervenir por último la condición humana y, naturalmente desembocó poco menos que en la imposibilidad de todo el edificio conceptual levantado por él. Vale la pena seguir en

detalle esta construcción intelectual, porque ella parece resumir todo lo argumentado por los historiadores y escritores venezolanos sobre la materia:

Primer paso: El ideal de la historia imparcial:

> ..."La historia es la ciencia experimental de los hechos consumados, y para escribirla con acierto se necesitan probidad, sinceridad, inteligencia luminosa, perseverante estudio y sagacidad profunda, que son los fundamentos de la sabiduría; se necesitan dignidad en la expresión y sobriedad elocuente en el estilo, así como dibujo y colorido realista para describir los hechos y hacer la pintura de los hombres; se necesita, en fin, despojarse, con ánimo sereno y reflexivo, de todos los prejuicios, mezquindades y pasiones del sectarismo intemperante, que todo lo adultera y desconcierta con su aliento emponzoñado y maléfico. Consiste el ministerio de la historia en investigar los hechos de un modo escrupuloso y seguro, en analizarlos con atención y estudio detenido, en exponerlos con perfecta claridad, en compararlos entre sí para encontrar las forzosas consecuencias que se desprenden de sus afinidades o de sus contradicciones, en comprobarlos por medio de documentos fidedignos e inequívocos, y en buscarles por todos sus detalles la filosofía que encierran, para enseñanza y ejemplo de los pueblos"...

Segundo paso: Las condiciones ideales para ejercer el oficio (¿Valdría más decir, en este caso, el ministerio?) de historiador:

> ..."Fuerza es tener, por consiguiente, para ejercerlo con la sabiduría que demanda, alto criterio, para descubrir la verdad y ponerse a cubierto del error, suministrado por la resonante balumba de los intereses personales en formidable lucha; alto entendimiento, para determinar con precisión el espíritu y fisonomía de cada época en que los hechos ocurrieron, y para en ningún caso describirla con los colores de la época distinta en que se narran; alta sagacidad, para pintar la índole, el carácter, la complexión moral e intelectual, el grado de honradez y las aspiraciones de los hombres que fueron personajes más o menos de relieve en el tumulto de los acontecimientos, así como para relacionar las referidas calidades de los hombres con la conducta que ellos mismos observaron; y alta imparcialidad y nobilísima elación, para escribir el fallo adverso a que se hacen

acreedores los que a sabiendas prevarican en el manejo y dirección de los intereses públicos, o para repartir la alabanza glorificadora a quienes la merecen por sus acciones limpias, por su acendrada probidad y por la grandeza de su patriotismo"...

Tercer paso: Se solicita el refuerzo, siempre oportuno y reconfortante, del criterio de autoridad:

> ..."«El historiador –ha dicho con acierto Gil Fortoul [José, 1861-1943]– no es un artista enamorado de hermosuras inmaculadas, ni la historia es un templo donde cada dios deba permanecer eternamente tranquilo en el altar que sus sectarios le consagraron. El historiador estudia los hechos y los hombres como estudia un fisiólogo las funciones del organismo y estudia un anatómico los tejidos del cadáver. La historia es la repetición escrita de la vida, con todos sus contrastes, con sus actos virtuosos y sus caídas infamantes, con sus resplandores y sus manchas. Y todo pueblo debe reconocer lo mismo los hechos y nombres que lo ilustran, que los nombres y hechos merecedores de reprobación. La verdad no puede dañar nunca a la gloria legítima, ni el amor de la verdad ser contradictorio con el patriotismo»."

Cuarto paso: Pero no solamente sería vano pretender cerrarle el paso a la condición humana, sino que debe tenérsela en cuenta:

> "Pero recuérdese, para escribir la historia, que el hombre no es perfecto, que el hombre es un compuesto de alma y de materia deleznable, que al tratarse del hombre no puede ni debe prescindirse de esa dualidad abrumadora, que el hombre se engrandece y dignifica por la influencia de la civilización, que su naturaleza está sujeta a los errores y a la fragilidad, y que en su contradictorio ente, mitad fango asqueroso, mitad éter espléndido y purísimo, existen así el animal como la mariposa angélica"... [152]

Desenlace ineludible: Al que se llega luego de este recorrido en el que se combinan lo sobrehumano y lo humano; y que podría caracterizarse como la imposibilidad lograda por la vía de la desmesurada aspiración de excelencia:

"La verdadera historia política de Venezuela; la que debe puntualizar los hechos, hasta donde es posible dentro de la flaqueza humana, con rigurosa exactitud; la que debe investigar con ojos zahoríes las causas inequívocas de donde se han originado; la que debe relacionarlos, por manera precisa y armoniosa, con el temperamento y la moralidad más o menos resaltante de los hombres que en ellos se mezclaron; la que debe analizar el medio étnico y social que les sirvió de teatro, al mismo tiempo que el grado de civilización alcanzado por el tiempo dentro del cual se produjeron; la que debe estudiar con sagacidad profunda las ideas contrapuestas, las aspiraciones diametralmente contrarias, los odios y rencores de partidos, la índole de los procederes y la finalidad de éstos en la lucha sin tregua ni descanso por la conquista del poder; la que debe prescindir en absoluto de las hipótesis de la imaginación para explicar la razón satisfactoria de los acontecimientos politico-sociales, y empeñarse en deducirlos de causas y leyes naturales sin contradicción alguna con los fenómenos de la dinámica física y moral en que se desenvuelve la vida asaz compleja de la nacionalidad; la que en momentos dados debe comparar y armonizar todas esas circunstancias, para extraer de su conjunto la provechosa enseñanza que se desprende de la filosofía; la que debe inspirarse en la justicia y en los principios de la ciencia, para no ser sino imparcial, en el espíritu de la honradez, para no valerse nunca de la superchería, y en la alteza de su propia dignidad, para no hablar sino en lenguaje siempre noble y elevado; la que debe sobreponerse a las exageraciones partidarias, a las pasiones irreflexivas de las sectas y a los rencores implacables de las luchas, con el firme y deliberado propósito de repartir el vilipendio a los malvados, o de glorificar a manos llenas de laureles a los varones espectrales que por su grandeza de alma trabajaron de buena voluntad en beneficio de la civilización; la verdadera historia política de Venezuela, vuelvo a decir aquí, puede asegurarse con certeza que está por escribirse todavía." [153]

Muy diferente, por más realista e informada del oficio de historiador, es la visión de los aspectos básicos de las cuestiones de la objetividad y la imparcialidad que se desprende de un texto que sobresale tanto por su brevedad como por su densidad conceptual, producido por Simón Bolívar. Si bien refirió esa problemática a la elaboración historiográfica de lo contemporáneo, los aspectos tratados, aunque en forma sentenciosa hasta la

solemnidad, se corresponden con los reiteradamente tocados por la historiografía venezolana, decimonónica y contemporánea. Se trata de la carta que dirigió el 3 de junio de 1828 a José Manuel Restrepo [1781-1863], a propósito de la primera versión de su **Historia de la Revolución de la República de Colombia**, publicada en el año anterior. Diego Carbonell [1884-1945] sentenció que: "El mejor crítico que tuvo Restrepo [José Manuel] y todos los que trazan biografías de sus contemporáneos fue el propio Bolívar [Simón]"... [154] En realidad la crítica contenida en la carta va más lejos, como he dicho:

> "Han crecido mi respeto y estimación para Vd. con la lectura de la «Historia de Colombia». Esta es una de aquellas obras que producen efecto y que causan rivalidades, pero que refiriéndolas a la posteridad ésta se encarga de lavar las manchas de la calumnia. Yo me coloco allá, y animado del sentimiento de la justicia de que me siento arrebatado, pronuncio: «El autor ha procurado acercarse a la verdad y la ha publicado con intrepidez. Si ha sido indulgente alguna vez con sus amigos, no por esto ha sido parcial con sus contrarios; y si se ha engañado, esto es del hombre. Discúlpanle los errores involuntarios en que ha caído, la buena fe con que ha solicitado los hechos y la sagacidad con que los ha juzgado. Sus sentencias son severas contra los que han cometido el mal, y su benevolencia hacia los buenos es una prueba irrefragable de la rectitud de sus principios. Quéjense en vano los agraviados, que yo absuelvo a Restrepo [José Manuel] de la mala fe que se le imputa; pero tengo un encargo (sic) que hacerle: es la severidad contra Madrid, que fué más desgraciado que culpable y más digno de alabanza que de vituperio, porque una vida entera de merecimientos cubre un momento de flaqueza. Su encargo fue presidir los funerales de la patria».
>
> "Yo daría este voto con la imparcialidad de amigo reconocido, pues que Vd. me ha tratado con esta misma imparcialidad benévola. Ambos tenemos hasta cierto grado infinita razón, pues que no nos apartamos de la menor parte de los hechos, y si los otros los miran de otro modo no es culpa nuestra.
>
> "Vd. posee el buril de la historia, sencillez, corrección y abundancia. Confieso que me ha parecido la obra de Vd. superior a todo lo que me había imaginado: y cuando Vd. dé una nueva edición en Caracas, donde hay una excelente imprenta, después de haber oído la opinión pública y las alegaciones de

los resentidos, dará Vd. un grande ejemplo de justicia y moderación, si a ella agrega Vd. notas y correcciones. Si yo estuviera en el puesto de Vd. haría esto, suplicando al público para que le ilustre, protestando en este aviso que Vd. no responderá a nadie sino con las pruebas de su imparcialidad. Un papel de esta especie, compuesto con sencillez y sagacidad, puede producir un grande efecto. Desde luego preveo que el público imparcial estará por Vd., y yo supongo que Vd. habrá presentido que a nadie se le castiga impunemente, y, por lo mismo, estará preparado a todos los ataques de la venganza. Nadie es grande impunemente, nadie se escapa al levantarse de las mordidas de la envidia. Consolémonos, pues, con estas frases de crueles desengaños para el mérito"... [155]

Muy poco, si algo, falta en esta exhibición que lo es, a la par, de sentido histórico y de espíritu crítico. El uso de nociones tales como "acercarse a la verdad" y haberla "publicado con intrepidez", revelan una percepción madura del objetivo del oficio de historiador y del reto que implica el ejercerlo. Asimismo, la manera como es enfocada la cuestión de la objetividad y, sobre todo, la de la imparcialidad, reúne los preceptos metodológicos con una serena comprensión de la condición humana. Merece especial mención el concepto del que denomina "buril de la historia", compuesto de sencillez, corrección y abundancia; y no pueden ser más elocuentes los pasajes referidos a la actitud ante la crítica y a su vinculación con la ética del historiador.

No obstante, el lector crítico de nuestros días puede preguntarse, legítimamente, si cabe calificar de objetiva e imparcial una historia de la revolución de la República de Colombia concebida en torno a la biografía de Simón Bolívar. Pero tal ha sido la pauta seguida por la historiografía de la independencia hasta el presente. Al influjo de esta pauta no logró sustraerse por completo José Gil Fortoul [1861-1943], pese a su mal contenida modestia, al proclamar sus logros en cuanto a imparcialidad y objetividad: ..."si al fin de esta larga tarea no fuere el autor capaz de comprender todo el pasado en una síntesis luminosa –a la certidumbre absoluta, claro está, que no aspira porque ninguna obra histórica puede ser definitiva– acaso habrá siquiera presentado una guía imparcial para el más exacto estudio de la evolución venezolana". [156]

En tiempos recientes, y como expresión de una necesidad recurrente de denunciar y combatir lo que José Rafael Pocaterra [1890-1955] denominó la "tolerancia lectora" [véase la nota 108], hubo un intento de ejercicio de la crítica, en todos los terrenos y niveles, que no se pretendió animada por un propósito de imparcialidad. Antes bien intentó poner en acción una suerte de "intolerancia ilustrada". No faltará, por supuesto, quien explique esta fórmula como una muestra de benevolencia para consigo mismo, de parte de quienes llevaron a cabo ese intento, representado por la revista **Crítica Contemporánea**. [157]

Al cabo de este largo recorrido por los avatares del espíritu crítico, ambicioso de objetividad e imparcialidad, se siente la tentación de caer en una comprobación resignada, no exenta, sin embargo, de posibles interpretaciones que abarcarían desde la modestia hasta la soberbia: ..."Si mi obra es buena, usted la disfrutará; si es mala, no le hará daño alguno. Ningún libro es más inocente que un mal libro"... [158]

Nueve prevenciones

Llegados a este punto, las aspiraciones de sistematización conceptual en relación con el ejercicio del método crítico en la crítica histórica y en la crítica historiográfica se resuelven en prevenciones para contribuir a orientar el espíritu crítico. Se derivan, sobre todo, de las particularidades de la historiografía venezolana. Pero son tantas que resultaría del todo inadecuado inventariarlas. Veamos solamente algunas muestras:

Primera prevención: A la obra "no histórica", (es decir no historiográfica), le estaría permitido lo que le estaría vedado a la obra histórica (es decir historiográfica), según lo entendió Héctor Vera al proporcionar un excelente ejemplo de la crítica externa. Enjuició los esfuerzos de Luis Ruiz [Domingo Antonio Olavarría, 1836-1898] para ..."probar el apasionamiento"... de los autores del Manifiesto Liberal de 1893, y concluyó:

> ..."El «Manifiesto» del partido liberal no es una obra histórica, y no siéndolo, nada de extraño tendría que en un docu-

mento de ese linage (sic) se incurriese en exageraciones, se pintase con subidos colores el adversario y se levantase á las más altas cumbres los apóstoles, las doctrinas y las conquistas por él realizadas en el pasado. Si los partidos procediesen de otra manera no existirían como tales. ¿Qué partido militante sería capaz de reconocer que su nacimiento no tuvo razón ser (sic), que su vida ha sido estéril y hasta perjudicial, y que su adversario no merecía la oposición ni el combate? Semejante *pecavi* podrá pronunciarlo aisladamente el miembro de una agrupación política, pero ésta renunciaría a su existencia, se suicidaría desde el momento mismo en que, hincada delante de su contrario, se declarase responsable de los infortunios de su país"... [159]

Segunda prevención: En ocasiones la labor historiográfica puede ser también una forma indirecta de enjuiciar el presente, como la expresión más aguda del compromiso del historiador con su tiempo. A la manera de Juan Vicente González [1810-1866], según lo observó Luis López Méndez [1863-1891], pues aquel autor en su obra historiográfica procuró ..."deslizar, como él mismo lo confiesa, la pintura de situaciones y personajes contemporáneos. Desde este punto de vista su **Manual de Historia Universal**, atrae con singular interés, por abundar en él retratos ingeniosos en que con un poco de perspicacia, se reconocen picantes semejanzas." [160]

Tercera prevención: El crítico debe estar consciente tanto del influjo de la acuñada "respetabilidad del pasado" como de las acechanzas de la moral, cual lo advirtió Denis Diderot [1713-1784] al justificar la osadía de su avispado criado Santiago:

> "¿Cómo puede un hombre sensato, educado, al que le dé por la filosofía, divertirse echando cuentos tan obscenos? - Primeramente, lector, no son cuentos, es una historia, y no me siento más culpable, y quizá menos, cuando escribo las tonterías de Santiago, que Suetonio cuando nos transmite los desenfrenos de Tiberio. Sin embargo, usted lee a Suetonio sin hacerle reproche alguno. ¿Por qué no arruga usted el ceño ante Cátulo, Marcial, Horacio, Juvenal, Petronio, La Fontaine [Jean de, 1621-1695] y tantos más? ¿Por qué no dice usted a Séneca el estoico: qué necesidad tenemos de la crápula de su esclavo con espejos cóncavos? ¿Por qué es usted indulgente solamente con los muertos?

Si usted reflexionara un poco sobre esta parcialización, vería que nace de algún principio viciado. Si usted es inocente, no me leerá; si usted está corrompido me leerá sin consecuencias"...[161]

Cuarta prevención: El crítico debe extremar la cautela en el manejo del criterio de posibilidad, al comprender el gran riesgo que conlleva el tomar como criterio para evaluarla el solo sentido común. Podría sucederle lo que a Francisco Aniceto Lugo [1894-] cuando en 1937 quiso, mediante un símil, significar la absoluta imposibilidad de un hecho:

> "Según informes de prensa, Rodolfo Quintero [1910-1985] publicó un libro en Colombia en que dice que si en el momento crítico de la reacción popular [al morir Juan Vicente Gómez Chacón, 17 de diciembre de 1935] hubiera habido veinte mil fusiles en los campos petroleros, hoy ondearía a los cuatro vientos el pabellón rojo en el Palacio de Miraflores.
>
> "He ahí una opinión importante, porque revela el candoroso criterio que predominó en el ánimo de algunos dirigentes de nuestra revolución. No es nuestra intención el opinar ahora si es deseable que un gobierno comunista se instale en Miraflores. Esa tarea se la dejamos a aquellos que experimentan placer en estudiar la posibilidad de cosas irrealizables, tales como lo sería la de juzgar si en nuestra época, con nuestros escasos conocimientos sobre la estratósfera y los espacios interestelares, sería factible que se efectuase un viaje a la Luna. Y exactamente existe por ahora la misma imposibilidad de que se instaure el Poder comunista entre nosotros como de que se realice con éxito un viaje a nuestro hermoso satélite. Queremos estar más cerca de la realidad de las cosas"... [162]

Quinta prevención: Quizá no haya prevención más adecuada para morigerar el entusiasmo del historiador respecto de las posibilidades de su oficio, que el reconocimiento, sincero y expreso, de los factores que limitan o condicionan el alcance del crítico, cual lo hizo José Manuel Restrepo [1781-1863] al referirse a los sucesos de diciembre de 1813 en Venezuela:

> "En aquellos mismos días los pueblos dominados por los patriotas eran harto desgraciados. Es cierto que mandando solo el general Bolívar [Simón] había unidad y mas órden en los diferentes ramos de la administración pública, y todos los jefes militares le obedecían. Sin embargo, dividido el ejército republi-

cano en tantas partidas y pequeñas divisiones, cualquier oficial procedia arbitrariamente á disponer de los bienes de cuantos él denominaba realistas, á reducirlos á prision, á quitar la vida á los Españoles y Canarios, y aun á los Venezolanos enemigos del nuevo sistema. Sería imposible describir todos los actos de crueldad cometidos por uno y otro bando en la guerra á muerte que despiadadamente se hicieron en Venezuela, y que tantas lágrimas costó á aquel desgraciado país. Ninguno de los partidos contendores está de acuerdo en haber sido el agresor, y ambos achacan al otro indebidas retaliaciones. Pero, sin que nos ciegue la parcialidad, creemos por los hechos narrados ántes, que los Españoles tuvieron la culpa de aquella violenta é inhumana medida [se refiere al Decreto de *guerra a muerte*, dado por Simón Bolívar el 15 de junio de 1813].

"Mas las consecuencias fueron deplorables aun para los mismos patriotas. Emparentados los Españoles y Canários con multitud de familias en cada uno de los pueblos de Venezuela, y ligados á la tierra por otros mil lazos, la muerte violenta que se diera á muchos de ellos, fué una causa perenne de tumultos. Produjo también retaliaciones muy crueles de parte de Bóves [José Tomás, 1782-1814], Morales [Francisco Tomás, 1781 o 1783-1845], Rosete [Francisco, -1816] y otros jefes españoles que tenian á los independientes por traidores, malvados é impíos, á quienes las leyes divinas y humanas imponian las penas de muerte y de infamia. Así, en aquella época luctuosa era harto difícil la posición de los patriotas. Si no declaraban la guerra á muerte, se dejaban degollar impunemente por los realistas; si la declaraban, como lo hizo Bolívar [Simón], daban á la guerra un terrible carácter, exponiéndose á que se les tratára de crueles, perversos é inhumanos: epítetos con que los autores realistas caracterizaron al Libertador. Como somos interesados contra los Españoles en la gran cuestion de la Independencia, presentamos los hechos segun fueron, ó los hemos sabido, y dejarémos que la posteridad imparcial decida sobre la justicia, conveniencia ó necesidad de la guerra á muerte." [163]

Sexta prevención: El historiador debe cuidarse de caer en la tentación de convertirse en una cazador de *hechos historiables*, por la sencilla razón de que los cazadores suelen ser embusteros, pero sobre todo por la desdichada circunstancia de que siempre se les va el más grande. Por las mismas razones tampoco deberá ser un paciente pescador de tales hechos. Por otra

parte, siempre he desaconsejado al historiador el poner en práctica, en el laboreo de las fuentes, la técnica de los *gambusinos*, hoy llamados *garimpeiros*: consistente en "lavar" incontables legajos y demás fuentes con la esperanza de tropezar con una "pepita" que le permita vanagloriarse de haber encontrado lo que supone otros habían buscado tan vana como insistentemente.

El verdadero asunto no es, por consiguiente, el de buscar *hechos historiables*, sino el aprender a reconocerlos. Si para lo primero piensan algunos que basta con empeñarse, para lo segundo estoy seguro de que cualquier grado de prevención es poco.

Convencionalmente deberá admitir el historiador que, como resultado de la labor historiográfica de todo género, se ha constituido un fondo de hechos históricos, respecto de los cuales incluso la controversia que pueda suscitar su reconocimiento como tales sustenta su condición adquirida. Igualmente, que hay hechos a los cuales la historiografía les ha atribuido esa condición, y los ha recomendado, pero que no han recibido aun tal reconocimiento.

Sobre todo deberá tener presente el historiador que la dificultad en la clasificación de los hechos es independiente del tiempo histórico en el cual han ocurrido. Así, pueden haber adquirido el reconocimiento de su condición de históricos simultáneamente con su acontecer, o bien tardíamente. Por otra parte, el problema es esencialmente el mismo para el historiador que trabaja una época remota que para el que trabaja la presente. No obstante, quien se ocupe de una remota recibe la ayuda del propio acontecer sucedido históricamente, mientras que quien se ocupe de la presente necesariamente tendrá que realizar un ejercicio de prospectiva. En otras palabras, que aun partiendo de dificultades básicas compartidas, la labor del historiador de lo contemporáneo en esta materia es particularmente arriesgada.

Cabe añadir la circunstancia de que el final del Siglo XX parece haber puesto todo su empeño en complicar más la tarea de quien intente practicar el arte de descubrir *hechos historiables*. Han vacilado, y hasta se han derrumbado estrepitosamente, edificios conceptuales, –además de ideológicos–, que preten-

dían haber puesto orden en el aparente caos del acontecer histórico. Con ello la historia pareciera haberse desordenado, si bien al historiador más le valdrá confiar en que, como en otras ocasiones, vivimos tan sólo la trabajosa búsqueda de un nuevo ordenamiento.

Si empleo el término *arte* no es porque subestime la posible racionalidad y la sistematicidad del proceso. Si no empleo el término *ciencia*, no es porque sobrestime cuanto tiene el proceso de inspiración e intuición. Aunque probablemente se trate, realmente, de una operación de conocimiento todavía imprecisa en su fundamenteción metodológica. Creo admisible esta semiconclusión por cuanto la más reciente pretendida solución del problema, es decir la adelantada por el materialismo histórico, soporta hoy serios cuestionamientos en su doble propósito: determinar la racionalidad de la historia y proporcionar criterios supuestamente objetivos para la apreciación histórica de hechos y acontecimientos. No me refiero al simplismo de pretender que el criterio debía ser la salud de la revolución y la cons-x-trucción del socialismo. Me refiero precisamente al conjunto de los criterios relativos a la evolución de la humanidad y a la conducta histórica de la sociedad y de los individuos.

Septima prevención: No sólo es recomendable diferenciar bien los géneros historiográfico y literario, sino que también importa mucho resistir a la tentación de combinarlos, cuando el hacerlo sobrepasaría el límite de una que otra licencia. El resultado ineludible de toda desmesura en esta materia es no contentar a los amantes, –mucho menos a sus cultivadores–, de cada uno de los géneros confundidos. Y al cabo, descontentarnos a nosotros mismos, una vez recuperado el espíritu crítico. Esto no significa malconocer las características y subestimar las posibilidades de cada género. Por el contrario, el tener esto bien presente es condición para servirse de ellos con propiedad y mesura. Federico García Lorca [1898-1936] brindó una excelente lección en esta materia:

> ..."debo decir que no pretendo dar en la clave de las cuestiones que trato. Estoy en un plano poético donde el sí y el no de las

cosas son igualmente verdaderos. Si me preguntan ustedes: "¿Una noche de luna hace cien años es idéntica a una noche de luna de hace diez días?", yo podría demostrar (y como yo otro poeta cualquiera, dueño de su mecanismo) que era idéntica y que era distinta de la misma manera y con el mismo acento de verdad indiscutible. Procuro evitar el dato erudito que, cuando no tiene gran belleza, cansa a los auditorios, y, en cambio, persigo subrayar el dato de emoción, porque a vosotros os interesa más saber si de una melodía brota una brisa tamizada que incita al sueño o si una canción puede poner un paisaje simple delante de los ojos recién cuajados del niño, que saber si esa melodía es del siglo XVII o si está escrita en 3 por 4, cosa que el poeta debe saber, pero no repetir, y que realmente está al alcance de todos los que se dedican a estas cuestiones." [164]

Octava prevención: Encarar con desenvoltura, pero sobre todo con buenos argumentos, la acusación de ser un "enhebrador" de citas. Tuve más de una ocasión de recordarlo a mis alumnos del Seminario de historia de la historiografía venezolana: en el "rosario de citas" el pensamiento propio cede el paso a "la elocuencia de la cita". Esto sólo probaría, en el fondo, escasa reflexión sobre el asunto, poco dominio analítico-sintético del mismo y, en el peor de los casos, rendición complaciente ante el criterio de autoridad. La cita debe apuntalar el razonamiento propio, no substituirlo. Puede ilustrarlo, por medio de muestras, nunca usurpar el vigor de la demostración. Hay casos en los cuales es inevitable aflojarle un poco las riendas a la tentación de citar... sobre todo cuando se estima que es necesario brindar al lector crítico la oportunidad de apreciar por sí mismo cuán desacertado ha sido el criterio de quien seleccionó las citas. Puesto en situación extrema, se recomienda al historiador exhibir la misma desenvoltura que André Gide [1869-1951]:

> ..."esta costumbre que tengo de citar siempre aquellos con quienes se emparenta mi pensamiento... me complace, y cuanto más atrevido es, el pensar que ya existió en otras mentes. Me dicen que hago mal. No me importa. Siento un placer demasiado grande en citar, y estoy persuadido, como Montaigne [Miguel de, 1533-1592], de que sólo a los necios les parezco por ello menos personal." [165]

Novena prevención: Los historiadores debemos estar anímicamente preparados, pues siempre será posible que se nos sugiera, por otros o por nosotros mismos, un mejor empleo para nuestro tiempo: ..." La obra del historiador es ardua, pesada. Exige largas jornadas para escribir un capítulo, un párrafo, una línea a veces. No se puede improvisar. Claro que es preferible irse a respirar un poco de aire libre. O apropiarse el trabajo ajeno." [166]

Son innumerables las asechanzas que pueden tenderse al espíritu crítico

Mis trabajos para estimular el ejercicio del método crítico en historia han culminado con la adopción de tres procedimientos críticos básicos, aplicables tanto a la crítica histórica como a la historiográfica. Ellos son: la crítica externa, la crítica interna y la crítica estructural. Los metodólogos consagrados han sistematizado considerablemente los dos primeros.

Si bien no falta alguno que se deje ganar por la ilusión de considerar como poco menos que infalibles los pasos críticos que componen esos procedimientos, no es menos cierto que en esta materia nada insólito resulta que la aspiración normativa se convierta, al fin y al cabo, en cautelosas recomendaciones. El sentido último de éstas no puede ser sino una invitación a participar en el combate contra la credulidad y su matriz la pereza crítica. Pero a lo largo de ese combate se debe tener siempre presente que importa sobre todo mantener la conciencia libre de optimismo infundado y de fatua suficiencia.

A todos, aun a los más críticos, nos tientan el dato, el rumor o el testimonio recomendados al intelecto por nuestra avidez de *lo que deseamos creer*. Son innumerables las asechanzas que pueden tenderse al espíritu crítico. Este se debatirá entre el desdén no siempre sincero y la mal disimulada impotencia de quien tropieza, realmente, con la dificultad de conocer. Por si el ánimo llegase a perder temple, y comenzare a fabricarse coartadas, viene al caso recordar que también en esta disposición de ánimo será difícil innovar. Sirva de recordatorio, de la inutilidad

de tal empeño, la justificación que aparentemente se dio a sí mismo Rufino Blanco Fombona [1874-1944]:

"Quizás no posea el autor capacidad ni preparación suficientes; ni tuvo acertado método para escribir la obra que de veras corresponda al enunciado [**El espíritu de Bolívar**]. Cuanto a capacidad, no está en mi mano cambiar una deficiencia congénita. Ni al público le interesan, a este respecto, explicaciones. Cuanto a preparación, que estudie, pensará el lector. Método y tiempo empleados, interesan menos aun. El público no se pregunta cómo se escribió una obra, sino dictamina a secas: es buena; es mala. Y la compra y aprecia, o no". [167]

Sólo que cabe preguntarse si el historiador escribe para el público...o para los colegas.

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. En una conferencia dictada en Buenos Aires en 1940, publicada con el título de "Sobre la razón histórica", José Ortega y Gasset [1883-1955] hizo sugerentes distinciones ..."entre dos comportamientos humanos"..: las ideas y las creencia. Partió de una cita tomada de su ensayo titulado "Ideas y creencias". Dice el fragmento citado: "Creencias son todas aquellas cosas con que absolutamente contamos aunque no pensemos en ellas. De puro estar seguros de que existen y de que son según creemos, no nos hacemos cuestión de ellas, sino que automáticamente nos comportamos teniéndolas en cuenta"... (**Sobre la razón histórica**, p. 21). Añade, sobre el origen de las creencias: ..."son viejas ideas, a veces viejísimas, algunas tan antiguas como la especie humana"..."Son ideas que han perdido el carácter de meras ideas y se han consolidado en creencias. Una gran parte de estas creencias actúan en nosotros sin que nos demos cuenta de ello. Cuando por un esfuerzo teórico logramos pensarlas, transformarlas de nuevo en meras ideas, siguen ellas operando automáticamente su papel de creencias"... (**Ibidem**, p. 22). La historiografía es un área privilegiada en cuanto a la abundancia, la persistencia y la agresividad de las creencias. Gestadas sobre todo y primariamente en función de las historias *patria* y *nacional*, y consubstanciadas con los valores básicos de la nacionalidad y el patriotismo, tales creencias substituyen el conocimiento crítico de la historia, y terminan por convertir ésta en un asunto más de fe que de razón.

2. En la misma obra concluye José Ortega y Gasset: ..."El hombre está siempre en la creencia de esto o de lo otro, y desde esas creencias –que son para él la realidad misma– existe, se comporta y piensa. El hombre, aun el más escéptico, es crédulo, esencialmente crédulo". (**Ibidem**, p. 23). De ello ofreció Morris Cohen [1880-1947] la siguiente comprobación: ..."Históricamente, pocas son las sociedades humanas que se han mostrado interesadas en la verdad de las creencias y pocos son los hombres que se preocupan de la congruencia misma. La mayoría de los hombres se siente tan inclinada a examinar los fundamentos de sus creencias como los árboles a sacar sus raíces a la luz.. (**Razón y naturaleza**, p. 50).

3. El abogado y político Nicomedes Zuloaga [1860-1933], participante en el combate para hacer prevalecer la razón científica y el espíritu crítico en Venezuela, publicó este elocuente alegato en 1925: "La Ciencia, al descorrer ante el hombre asombrado, el panorama del Universo, con sus millones de soles a distancias tales, en el espacio infinito, que la mente no puede concebirlas y sólo el cálculo revela con números fantásticos; y al explicarle cómo el globo de su habitación en esas inmensidades, es grano de polvo cósmico, ha dado tal amplitud a sus ideas y tan claro concepto de su pequeñez, que vano es pretender ya encerrarlo en las pueriles cosmogonías de primitivos pueblos. Y luego, al encontrar él, en las grutas que fueron su habitación, dibujado por su antecesor primitivo, el reno y demás mamíferos que vivieron en remotísimos tiempos, en épocas geológicas viejas de cientos de miles de años; y al seguirlo, en su lenta, lentísima ascensión, cuando descubre el fuego; domestica el perro, que será su grande y precioso asociado; funde el bronce, y venciendo al fin a los más poderosos y bien armados brutos, señor de la tierra, asciende en los aires o se hunde en los mares para arrancarles también sus secretos, no caben en su alma sino vibraciones de entusiasmo al esfuerzo perseverante, a la actividad y a la energía, y al triunfo de su inteligencia!

"En esa larga y penosa marcha, ¿qué otro obstáculo ha tenido si no es la superstición ciega y torpe, que lo detiene y engaña; enloquece su mente y con frecuencia agota sus fuerzas; y el odio teológico que lo persigue implacable, cuando germina la noble idea: arrebatándole no pocas veces, sus genios más excelsos, sus más eficaces trabajadores?" (**Bibliografía y otros asuntos**, páginas 27-28).

Rafael Villavicencio [1838-1920], quien participó muy eficazmente en el combate por la promoción del espíritu crítico y el conocimiento científico, como destacado campeón del positivismo, primero y luego del evolucionismo, sacó la conclusión en lo concerniente a la historia. Esta ..."no se limita a simples efemérides sino que se eleva a la categoría y a la dignidad de una ciencia racional: ella nos enseña la

marcha ascendente del espíritu humano en el camino de la civilización. Partiendo del estado primitivo en que el hombre débil y provisto apenas de algunos utensilios se encuentra en presencia de una naturaleza implacable y está expuesto a cambiar continuamente por la acción de los agentes exteriores"... ("El Instituto de Ciencias Sociales y el aniversario de la Independencia Nacional". Luis Villalba Villalba, **El primer Instituto venezolano de ciencias sociales**, p. 59).

4. La fuerza de penetración del criterio de autoridad fue bien ilustrada por Gonzalo Fernández de Oviedo [1478-1557] al relatar que ..."el caçique Goacanagari tenia çiertas mugeres, con quien él se ayuntaba, segund las vívoras lo haçen. Ved que abominaçión inaudita, la qual no pudo aprender sino de los tales animales; y que aquesta propriedad é uso tengan las vívoras escríbelo el Alberto Magno: **De proprietatibus rerum** 2 [2.- lib. III, Cap. 100], é Isidoro en sus **Ethimologias** 3 [3.- lib. XII, Cap. 8]; y el Plinio 4 [4,- lib. X, Cap. 62] en su **Natural Historia**"... (**Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Oceano**, vol. I, página 98). No costaría mucho esfuerzo de búsqueda el ilustrar sobre la persistencia del criterio de autoridad, referido a diversas materias en diferentes épocas. Pareciera que tal persistencia se empeñase en probar hasta la saciedad que la credulidad está más cerca de la naturaleza humana que de los hábitos del pensamiento. Casi podría admitirse que la invocación del criterio de autoridad conforma, y al mismo tiempo dimana de ella, una suerte de jurisprudencia de la razón. Su esencia se reduciría a la pretensión de que las cosas son de una manera porque así lo han afirmado otros, y que cuantos más lo hayan afirmado, más cierto será lo alegado, pues a la postre la calidad y la cantidad de las autoridades tenderían a equivalerse. En 1799 Fray Francisco Andújar [-1817] se dirigió al Real Consulado de Caracas recomendando el fomento de los estudios científicos. Entre otras razones invocadas estuvo la necesidad de mejorar la formación de los artesanos: ..."Perfectamente lo describe [¿lo prescribe?] la industria y educación popular; primorosamente lo comprueba el Pons y Bosarte, delicadamente lo manifiesta el Marqués de Ureña y lo indica Macanas, como otros infinitos, que por no molestar la atención de Vuestras Señorías no expongo sus mismas autoridades siendo los sabios en este siglo en estas materias." ("Memorial de Fray Francisco de Andújar sobre estudios científicos y su aplicación al trabajo". **Testimonios sobre la formación para el trabajo**, p. 78). Mucho coraje intelectual, –o una no menor dosis de partidarismo–, se requiere para escapar al criterio de autoridad. Ambas cosas las demostró, probablemente, Francisco Javier Yanes [1776-1842], enfrentado al abrumador prestigio del autor de **El contrato social**: "Antes de hablar del origen y progreso del gobierno representativo, es muy conveniente sa-

tisfacer la objeción que se propone contra la legitimidad de la soberanía representativa: ella ha sido revocada á duda por el célebre Neker [Jacques Necker, 1732-1804], y atacada directa y vigorosamente por el famoso Juan Jacobo Rousseau [1712-1778], cuyo solo nombre es un poder moral, y cuya autoridad fuerza algunas veces á la convicción á dudar de sí misma, y á entrar en nuevas investigaciones." (**Manual político del venezolano ó Breve Exposicion de los principios y doctrinas de la ciencia social que deben ser conocidos por la generalidad de los ciudadanos**, p. 23). Por supuesto, entre los factores que pueden llevar a incurrir en excesos al invocar el criterio de autoridad, luego de lo religioso quizá deba citarse la fuerza del patriotismo, vivido a la manera de J. M. Seijas García: "«¡Soldados! el 19 de abril nació Colombia: desde entonces contais diez años de vida». /"Si no existiesen otros documentos que acreditasen los fundamentos de la revolución de abril, y su tendencia irrevocablemente libertaria, con la palabra del Libertador bastaría para reivindicar ante el mundo los derechos de Venezuela como genitora de la libertad de América." (**El Libertador en la adversidad y ante la historia**, p. 95). Felizmente, frente a la persistencia del criterio de autoridad se plantea la historicidad, aunque algo vacilante, de su vigencia: "El prestigio de la autoridad, como suele reconocerse generalmente, descansa más que nada en la costumbre. Al intensificar los medios de comunicación, haciendo posible que conociésemos otras formas de vida diferentes de las que nos habían rodeado en nuestro medio, la revolución industrial constituyó una de las fuerzas más poderosas en el socavamiento del prestigio de lo acostumbrado. Al demostrar a los pueblos de Europa cómo podían tomar las cosas en sus propias manos y cambiar la forma tradicional de gobierno, las leyes, y aun el sistema de pesos y medidas, la Revolución Francesa allanó el camino a este nuevo espíritu inquisitivo y revolucionario. Pero, al mismo tiempo, asustó a aquellos que ven en la obediencia y el respeto a la autoridad organizada la base de la sociedad civilizada. Desde este último punto de vista, la historia moderna representa una caída del orden social, donde cada uno conoce su lugar y sus obligaciones, a un confuso caos de pretensiones en conflicto, sin la guía de ninguna autoridad. Por regla general, en consecuencia, se ha enfatizado o rechazado la exigencia del principio de autoridad con vehemencia algo más que filosófica." (Morris Cohen, **Op. cit.**, p. 52). Merece destacarse la mención que hace este autor de la significación del hecho de que ..."aun el sistema de pesos y medidas"... fuese cambiado como parte del esfuerzo por establecer los fueros de la razón. Voltaire [Jean Marie Arouet, 1694-1778] ayuda a comprender la importancia de este cambio: "Las medidas son tan diferentes como las costumbres; de manera que lo que es cierto en el barrio de Montmartre se convierte en falso en la abadía de Saint-Denis. ¡Dios se apiade de nosotros!" ("Dictionnaire Philosophique". **Oeuvres complètes de Voltaire**, vol. 18, t. II, página 273).

5. Es la que puede llevar a creer, como lo ironiza Jorge Amado [1912]. que: ..."En Ilhéus se fabricaba una muy buena caña, la «Caña de Ilhéus», era casi toda vendida para Suiza, donde se la bebía como whisky"... (**Gabriela, clavo y canela**, p. 247). A comienzos de la II Guerra Mundial en el sudeste asiático, existía ..."la generalizada creencia de que los japoneses no podrían ser jamás diestros pilotos de combate por los muchos de ellos que eran cortos de vista y usaban espejuelos"... (Michael Richardson, "Laying «Flowers» on famous naval wrecks". **International Herald Tribune**, 23 de agosto de 1991). En algunas ocasiones la pereza crítica hace ostentación de su acomodamiento al criterio de autoridad, como fue el caso del Mariscal de Campo Juan Manuel Cajigal y Niño [1754-1823] en el trance de redactar sus memorias: "Hasta este lugar [fines de 1815] he manifestado los sucesos de Venezuela, según me constan por datos ciertos o como testigo ocular de ellos; en adelante carecería de principios positivos a no encontrarme con un documento que la casualidad ha puesto en mis manos, al cual doy todo el crédito que exige el alto concepto que me merece el General Jefe del cual emana, aumentando mi certeza de cuanto contiene, la firma del interesado, el Mariscal de Campo Don Salvador Moxó [ca. 1780- d. 1818], Capitán General de Venezuela, forzado a abandonar su provincia por razones poderosas"... Se refiere, mencionándola, a la "Memoria Militar sobre los acontecimientos de Guayana, una de las provincias de Venezuela, que el Capitán General de ellas, y Presidente de su Real Audiencia, Mariscal de Campo, Don Salvador de Moxó, representa al Excelentísimo Señor secretario de Estado y del despacho universal de la Guerra. Imprenta de Puerto Rico, año de 1817". No obstante, el memorialista tuvo la precaución de deslindar responsabilidades: "Desde este momento toca a Don Salvador Moxó contestar a lo que derrama su memoria, de la cual tomaré el material para continuar mi obra, quedando responsable a cuanto anteriormente he presentado al público como hechos positivos, al designarlos como tales". (**Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela**, pp. 186-187). Se requiere tener un espíritu crítico rebelde para insurgir contra la generalizada aceptación de las hazañas de la credulidad perezosa, a la manera de Teófilo Gautier [1811-1872] cuando osó decir que: "El rostro de Elianta no tiene la regularidad de los rasgos griegos de los cuales se suele decir que son perfectamente bellos, pero que en el fondo a nadie encantan"... ("Le petit chien de la marquise". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**, p. 244).

6. Al acecho del espíritu crítico ..."se hallarán, en última instancia, las que ya fueron posiciones de repliegue en el amanecer de la

historiografía, cuando el celo crítico de Herodoto formaba guaridas para la impotencia cognoscitiva: ...«Se cuenta de diversas maneras la muerte de Ciro; en lo que me concierne, me limité a lo que me pareció más verosímil»...«Si estos dichos de los egipcios parecen creíbles a alguien, puede darles fe; en lo que me concierne, no tengo otro fin en toda esta historia sino escribir lo que escucho decir a cada quien»...«Este relato me parece el más verosímil; pero no debo dejar en silencio la otra manera de relatar el mismo hecho, aunque sea menos creíble». O, si se prefiere, el criterio de veracidad que adoptó Suetonio refiriéndose a un hecho de la vida de César: ...«Este hecho no puede ser visto como fabuloso o inventado; es Cornelio Balbo, íntimo amigo de César, quien lo refiere»." (Germán Carrera Damas, **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**, pp. 35-36).

7. Cayo Cornelio Tácito, **La Germania**, pp. 46-47.

8. **Ibidem**, p. 11. Véase la nota 6. Es la más socorrida salida del historiador crítico en apuros. Consiste en asumir ante la dificultad crítica una posición aparentemente objetiva o imparcial y trasladarle la solución al lector. Es ya un principio de honestidad intelectual, no siempre practicado, el indicar al lector cuál de las posibles explicaciones es considerada por el historiador la más verosímil.

9. En todo caso, lo que importa en materia de prejuicios es el no ocultarlos y antes bien expresarlos, con lo cual también se sirve, por cierto, al espíritu crítico, según el entender de Justino Fernández [1904-1972]: "Después de haber expuesto mis prejuicios, que sin prejuicios no se va a ninguna parte"... (**Coatlicue. Estética del arte indígena antiguo**, p. 26). Entre el ocultar los prejuicios y el ponerlos por delante pareciera haber, como posición intermedia, la de declarar que se ha procurado apartarlos: ..."escribiendo este libro, he intentado despojarme de todo aquello que en mi pensamiento tenga alianzas con el prejuicio: de suerte que si algo abunda en sus páginas, sin duda es, si no la benevolencia mía, al menos la sinceridad de mis opiniones que suelen ser amargas: trátase de aproximaciones a la Verdad y ésta nunca fue aderezada con jaleas ni mieles". (Diego Carbonell, **Escuelas de historia en América**, página 26).

10. Rómulo Gallegos, **Reinaldo Solar**, p. 207. Sabio, también, como aquel reputado académico de quien se pretendía que era ..."versado como un turco en lenguas muertas, pero que si no las hablaba era por pura malicia de su parte y para hacer rabiar a su querida". (*Teófilo Gautier*, **Op. cit.**, p. 222).

11. Manuel Palacio Fajardo, **Bosquejo de la Revolución en la América Española**, pp. 90-91.

12. José Manuel Restrepo, "Historia de la Revolución de Venezuela, en la América Meridional". **Historia de la Revolución de la República de Colombia, en la América Meridional**, vol. II, p. 233.

13. Gonzalo Picón Febres, **El sargento Felipe**, pp. 93-94.

14. José Santiago Rodríguez, **Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela**, p. 135. En su correspondencia se ocupó varias veces Rómulo Betancourt de este fenómeno irresponsable y dañino: ..."Yo mismo recuerdo que en Curazao cualquier noticia nos llegaba de Venezuela tan hinchada por la estúpida manía venezolana de poner a rodar «bolas» que hasta vergüenza sentíamos cuando nos llegaba lo verídico y teníamos que rectificar nuestras informaciones a otras partes"... ("Carta de Rómulo Betancourt a «Hermanitos» [Raúl Leoni y Ricardo Montilla]. San José, 26 de noviembre de 1931". **Archivo de Rómulo Betancourt**, Tomo 3, 1931, p. 328). La fuerza y el alcance perturbadores del rumor quedaron puestas de manifiesto en el mensaje dirigido a los venezolanos por el Presidente Rafael Caldera [1916] el 28 de junio de 1994: "Yo dije en mi discurso de inauguración, el 2 de febrero [de 1994], que no se establecería control de cambios, y lo dije con absoluta sinceridad. Fue mi propósito y lo he mantenido hasta el día de hoy. Pero la verdad es que la gravedad del sistema financiero, *la ola insistente de rumores*, los movimientos especulativos que han tratado de llevar el bolívar al suelo, nos han obligado a tomar esta medida, cuyos inconvenientes conocemos, cuyos problemas y peligros sabemos, pero que ha sido inevitable. No podemos permitir que se agoten las reservas internacionales, no podemos permitir que continúe una devaluación del signo monetario que no tiene justificación"..."La presión en el mercado cambiario se debe a movimientos especulativos o a la desconfianza sembrada por *una serie de rumores que han estado atolondrando a los venezolanos* [los subrayados son de G. C. D.]"... ("Caldera en su mensaje al país". **El Universal**. Caracas, 28 de junio de 1994).

15. Benito Pérez Galdós, **Trafalgar**, p. 77.

16. Vicente Dávila, "Coronel Vicente Peña". **Investigaciones históricas**, vol. II, p. 2.

17. José Francisco Heredia, **Memorias del Regente Heredia**. Página 242.

18. En este sentido cabe referirse sobre todo a los actos de extrema crueldad, como los frecuentemente mencionados a propósito de José Tomás Boves [1782-1814] y Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935]. Para estos casos siempre será posible descubrir nuevos, más altos y aun más inverosímiles ejemplos, como el de: ..."Rauking, el más rico de los austrasianos, hombre extrañamente depravado, que hacía el mal por gusto, como los otros bárbaros lo hacían por pasión o por interés. Contábanse de él rasgos de una crueldad fabulosa, como los que la tradición popular imputa a algunos castellanos de los tiempos feudales y cuyo recuerdo permanece unido a la ruina de sus torreones. Cuando cenaba alumbrado por un esclavo que tenía en la mano una antorcha de cera, uno de sus juegos favoritos era obligar al pobre servidor a apagar el hachón entre sus piernas desnudas, y después a encenderlo y apagarlo de nuevo sucesivas veces de la misma manera. Cuanto más profunda era la llaga, más gozaba y reía el duque Rauking con las contorsiones del infeliz sometido a aquella clase de tortura. Hizo enterrar vivos en la misma fosa a dos de sus colonos, un mancebo y una joven, culpables de haberse casado sin su anuencia y a los que había jurado no separar a ruego de un sacerdote. «He mantenido mi juramento –exclamaba con sorna feroz–, pues ya están juntos por toda la eternidad»". (Agustín Thierry, **Relatos de los tiempos merovingios**, t. I, p. 146). Viene al caso recordar que esta obra de Agustín Thierry [1795-1856], publicada en 1835-1840, fue conocida por los historiadores venezolanos contemporáneos, y cabe preguntarse cuánto influyó en la visión de José Tomás Boves [1782-1814] por Juan Vicente González [1808-1866] en su **Biografía de José Félix Ribas**.

19. "Opinión del C. Miguel José Sanz, dirigida al C. Antonio Muñoz Tébar Secretario de Estado, y Relaciones Exteriores". **Gazeta de Caracas**. Caracas, 28 de octubre de 1813, No. X.

20 . Miguel José Sanz [1756-1814] había representado ante el rey, con fecha 30 de julio de 1809, en términos que contrastan radicalmente con los de la recomendación que ahora hacía de Francisco Javier Ustáriz [1772-1814]. En efecto, en su representación se quejó del trato que recibió entonces de parte de quienes habían sido denunciados por él ante las autoridades coloniales, en términos que comprometían igualmente a quien ahora él exaltaba por su patriotismo. Estimó que su denuncia fue impropiamente divulgada y esto lo expuso a la venganza de los denunciados, quienes no le perdonaban el haber actuado para prevenir ..."el riesgo de estas provincias, y el peligro en que nos hallamos cuantos en esta ciudad hemos hecho frente a los que intentaron la turbación de ellas para lograr su independencia a que aspiran y porque suspiran tiempo ha". Estimó que había quedado: "Desbaratado el artificioso proyecto de establecer aquí una junta después de forma-

da en esa metrópoli, y reconocida en esta capital la suprema gubernativa del reino: sufocado por entonces el intento de arrogarse algunos ignorantes ambiciosos la autoridad y mando a pretexto de conservar la soberanía de V.M. con cuyo plausible aspecto se comprometieron varios incautos"... Se consideró acosado por los conspiradores en razón de: ..."las declaraciones que dimos en el proceso manifestando las especies que concurrían para sospechar que el Marqués del Toro [Francisco Rodríguez del Toro e Ibarra, 1761-1851] era el eje principal de la proyectada independencia desde el año de 1797 en que se descubrió la revolución de Gual [Manuel, 1759-1800], Picornell [Juan Bautista, 1759-1825] y España [José María, 1761-1799]: confirmadas con los indicios que se tuvieron en el de 1806 en la invasión de Miranda [Francisco de, 1750-1816]: y ratificadas con los pliegos que de éste recibió el mismo marqués en el de 1808"... Terminó el Licenciado haciendo una rotunda declaración de lealtad: "En cuanto a mí, he sido un vasallo decidido por V. M.; he atravesado las ideas de estos tiempos como me ha sido posible: me he sacrificado por sostenerme leal detestando el yugo que quiere imponerme la ambición"..."me he comprometido en este suceso porque he creido que complazco a V. M. y contribuyo a la quietud, paz y tranquilidad de mi patria: honor y provecho de la Nación española, de que fueron miembros mis ilustres ascendientes, primeros conquistadores, pacificadores y pobladores de esta provincia: no me atemorizan los malvados: antes los atemorizo haciéndoles frente porque los conozco desde niños y se sus ideas, pensamientos, y maquinaciones. Ellos me detestan porque saben mi decisión: que mi corazón es español: que mi conducta es española: y que tengo de morir vasallo de V. M. cuya protección me escuda contra sus insidias"... ("Representación del Dr. Sanz". Caracas, 30 de julio de 1809. Dirigida al Rey". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, No. 52). Es una demostración muy significativa de discreción patriótica la apreciación que de estos hechos hizo Vicente Lecuna [1870-1954], quien publicó la representación: ..."nos revela las diversas tendencias en aquellos momentos de indecisión, en que se preparaba el advenimiento de un régimen nuevo; y el temor, justificado por los acontecimientos posteriores, de convertir a la ciudad natal en « centro del crimen, de la sangre y del horror», y también explica por qué Sanz [Miguel José] no ocupó lugar prominente en el gobierno de Bolívar [Simón]"--

21. Véase: Germán Carrera Damas, "La supuesta empresa anti-esclavista del Conde de Tovar y la formación del peonaje". **Temas de historia social y de las ideas**, pp. 41-62.

22. Augusto Mijares, "El Proyecto de un Oligarca". **El Nacional**. Caracas, 31 de mayo de 1966. El que el Barón Alejandro de Humboldt [1769-1859], visto a siglo y medio de distancia y colocado en el

altísimo pedestal que le ha erigido la historiografía latinoamericana, impusiese su autoridad a Augusto Mijares [1897-1979], cuyo espíritu crítico dio tantas muestras de vigor, pertenece al terreno de lo comprensible. En su tiempo, el general Francisco de Paula Santander [1792-1840] se valió de la autoridad del naturalista para ventilar, desde el exilio, sus diferencias políticas con Simón Bolívar: "Me ha visitado el barón de Humboldt y se ocupó largo rato de hablarme de Colombia y del general Bolívar; dijo que él hacía mucho tiempo que había visto que la vida del general Bolívar era un obstáculo para la libertad de Colombia. La constitución boliviana la llamó absurda"... (**Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos, 1829-1832**, p. 198). Se trate ya de la autoridad invocada a distancia, ya de la utilizada como testimonio directo, el acatamiento reverencial de la misma reta al espíritu crítico. ¿Puede afirmarse lo mismo de Lytton Strachey [1880-1932] cuando, refiriéndose a la posible sucesión al trono de Inglaterra, dice del Duque de York: ..."Sobresalía de entre los príncipes por una razón: era el único –según nos lo informa un observador altamente competente– que poseía la sensibilidad de un caballero"..? Se refiere al testimonio de Greville [Charles Cavendish Fulke, 1794-1865] (**The Greville Memoirs**. Silver Library Edition, 1896, vol. I, pp. 5-7). (**Queen Victoria**, p. 13) Más adelante, refiriéndose al Duque de Kent, afirmó que era ..."como lo dijo alguien que lo conoció bien, «pautado como papel de música»".., y cita a Stockmar [Christian Friedrich, 1787-1863]. (**Ibidem**, p. 14). Pero, al fin y al cabo se trataba de personalidades psicológicas, muy difícilmente apreciables por medios que no fueran los testimoniales, si bien preocupa la dependencia respecto de un solo testigo revestido de autoridad. En cambio, E. J. Hobsbawm [1917] apoyó en testimonios de imprecisa identificación y supuesta autoridad, una muy audaz generalización: "Finalmente, los nexos entre bandolerismo social y revolución social son estrechos, según me dicen amigos, ilustrados por la carrera de un bien conocido militante campesino de Bihar, cuya variada trayectoria de rebelde finalmente lo condujo al Partido Comunista de la India (C.P.I.). En sus tiempos se había acostumbrado tanto a ser un Robin Hood que distribuía entre los pobres el dinero quitado a los terratenientes, que era muy difícil exigirle que recabase dinero para el Partido, pues tendía a repartirlo antes que a pasarlo a instancias superiores. Tales son las dificultades que presenta el combinar las prácticas de dos tipos diferentes de rebelión"... (**Bandits**, pp. 14-15). Nunca demasiado preocupado por los problemas metodológicos, Francisco Herrera Luque [1927-1991] basó su reciente obra sobre el general Manuel Piar [1782-1817] en documentos acerca de los cuales el propio autor dice no haberlos visto. (**Manuel Piar, caudillo de dos colores**, p. 53). (Véase la nota 159).

23. José Antonio Páez, **Autobiografía del General José Antonio Páez**, vol. I, p. 93. Significativamente, Ramón Páez [1810-1894], publicó, con prefacio fechado agosto de 1862, una obra titulada **Escenas rústicas en Sur América o La vida en Los Llanos de Venezuela**, originalmente escrita en inglés, que mereció del traductor y prologuista, Francisco Izquierdo [1882-], el siguiente juicio: "Para todo lector familiarizado con la historia de Venezuela, no es menester la menor advertencia sobre los juicios y opiniones de Ramón Páez, quien con manifiesta inquina partidaria, tortura a su capricho la verdad de muchos de los hechos que narra; los cuales escribió más como hijo, que como historiador verídico e imparcial"... (p. v).

24. Rufino Blanco Fombona, "Bolívar escritor". **Simón Bolívar, Discursos y proclamas**, p. viii. Federico Brito Figueroa [1924] ofreció la siguiente evaluación de la propiedad territorial en Venezuela, en 1839: ..."existían en el país 9.125 haciendas cultivadas y 30.565 hatos, entre grandes, medianos y pequeños, con un valor total de 90.087.818 pesos, aproximadamente Bs. 360.351.272 al cambio actual (sic) [¿1960?]"... (**Ensayos de historia social venezolana**, p. 257). Es muy ilustrativo el contraste entre la facilidad del cálculo del valor de la propiedad territorial agraria así realizado y los imprescindibles requerimientos informativos para igual fin enunciados por Rafael María Baralt [1810-1860]. (Véase: Parte III-A de esta obra, pp. 307 ss). Como prueba de que esta manera peculiar de trabajar información estadística y económica tiene una larga tradición, véase la siguiente nota de Agustín Thierry [1795-1856], en una obra publicada en 1835-1840: "Según la nueva evaluación dada por el señor Guérard en su Memoria sobre el sistema monetario de los francos bajo las dos primeras razas, el sueldo de oro (*solidus*), cuyo valor real era de 9 francos 28 céntimos, equivalía a 99 francos 53 céntimos de nuestra moneda actual". (Op. cit., t. I, p. 61). A diferencia de Agustín Thierry, quien se apoyó en un estudio acerca del cual, seguramente, no faltarían reparos que hacer, tampoco José Gil Fortoul [1860-1943] reveló cómo hizo sus cálculos: "El padre del Libertador cuando se casó con María de la Concepción Palacios y Blanco [1758-1792] tenía los siguientes bienes, que equivaldrían hoy a unos cinco millones de bolívares"... (**Historia Constitucional de Venezuela**, vol. I, p. 285). Antonio Arellano Moreno [1912-1982] incluye una tabla de"Equivalencias entre las monedas coloniales y el bolívar", en su **Guía de historia de Venezuela**, publicada en segunda edición en 1971. Da la equivalencia de 23 monedas, la más antigua acuñada en 1603, sin indicar el procedimiento seguido para calcularla.

25. Bien lo entendió así Cayo Cornelio Tácito: ..."También por aquella parte tentamos con la navegación el mismo Océano, y la fama publicó que aun subsistían las columnas de Hércules, sea que el héroe llegara a aquellas partes, o que todas las cosas grandes, de común acuerdo, las atribuimos a su gloria. No faltó osadía a Bruso Germánico para averiguarlo; pero el Océano se opuso a que se inquiriesen sus cosas y las de Hércules. De entonces acá ninguno lo intentó, pareciendo más religioso y conforme a la reverencia que debemos a los dioses creer sus obras, que querer saberlas." (**Op. cit.**, pp. 37-38). En una entrevista se le planteó a François Jacob [1920], premio Nobel de medicina, lo siguiente: "Recientemente el Papa criticó la biotecnología genética por su «ambivalencia radical» al conllevar la «tentación de manipular el cuerpo humano»". Respondió: "El Papa también se opone al uso de anticonceptivos, lo que me parece un punto de vista más bien extraordinario en tiempos del SIDA. No debemos tomar por el evangelio todo lo que el Papa dice sobre biología. La Iglesia ha estado enfrentada con la investigación científica desde Galileo [1564-1642]." ("«Reality is hallucinatory»". **Newsweek**, 24 de diciembre de 1990). Lo que podría llevar a pensar que para el espíritu crítico, traducido en búsqueda de conocimiento, no es menos arriesgado topar con Dios que con su representante en la tierra...

26. Gonzalo Fernández de Oviedo, **Op. cit.**, vol. I, p. 161. El poner por delante el propósito expreso de decir la verdad está lejos de ser un recurso favorable a quien narra las acciones de los hombres, menos aún a quien intenta comprenderlas y explicarlas. Por otra parte, el que la verdad dicha lo sea en forma apetecible es preocupación que, sin ser de escasa importancia, pasa en segundo lugar. ¿Quedaría, sin embargo, la sospecha de que la no verdad bien dicha complacería más que la verdad torpemente expresada? Sin duda, pues en ello consiste el arte de la seducción. Por ello la afirmación del compromiso con la verdad prevalece, como lo dejó muy claramente establecido Jonathan Swift [1667-1745] al término de su hazaña imaginativa: "De esta manera, gentil lector, te he dado un fiel relato de mis viajes durante dieciséis años y unos siete meses, en el cual no he sido tan cuidadoso de la galanura como de la verdad. Quizá habría podido, como otros, asombrarte con cuentos extraños e improbables; pero preferí un relato llano de los hechos con el estilo y la manera más sencilla, porque mi propósito principal ha sido informarte, no divertirte." (**Gulliver's travels**, p. 340). Para la mejor comprensión de los puntos de vista de los autores citados, conviene tener presente que Gonzalo Fernández de Oviedo [1478-1557] publicó la primera parte de su obra en 1535, luego de haber cruzado el océano ocho veces; Jonathan Swift publicó

la suya en 1726. Las memorias, vistas como la pretendida bitácora del viaje fundamental, han sido tradicionalmente precedidas de una promesa de veracidad avalada, por lo general, mediante el correlato de que ya nada se espera de la vida. Así lo ha ilustrado recientemente Nikita Krushev [1894-1971]: "Mi tiempo terminó. Estoy muy cansado. He llegado a la edad en la que nada tengo ante mí salvo el pasado. Mi único futuro es descender a la tumba. No temo a la muerte. En realidad, deseo morir. Tan sosa y aburrida es mi situación. Pero quiero aprovechar esta oportunidad de expresar mi opinión por última vez". ("Khruschev 's Secret Tapes". **Time**, 1º de octubre de 1990). Así inició sus memorias que son, en buena parte, un postrer arreglo de cuentas con sus adversarios, si bien encubierto con una adecuada prevención: "No estoy sugiriendo que lo que tengo que decir es la verdad definitiva. No, dejemos que la historia juzgue. Dejemos que el pueblo decida." No es usual equiparar el juicio de la historia con el del pueblo. Por lo general se ha preferido conectar este último con la justicia, y a través de ella con la Providencia. No en balde se siente tal necesidad de decir la verdad cuando se acerca la muerte. Pero ésta también mueve a perdonar, y el perdón no suele llevarse bien con la verdad. ¿Explicaría esto lo dicho por el general Isaías Medina Angarita [1897-1953] refiriéndose al 18 de octubre de 1945?: ..."Hoy, diez años después de esos acontecimientos, y con todas las amarguras y desengaños que sobre mí han caído, yo no puedo decir sino la verdad ante la historia y ante mi conciencia. El Ejército de Venezuela no traicionó el 18 de octubre"... (**Cuatro años de democracia**, p. 163).

En tiempos recientes se ha vivido en Venezuela una situación de gran confusión en torno a una cuestión metodológica básica que atañe a los medios de comunicación de masas. Consiste en escudar tras lo que se esgrime como "el deber de informar" el abandono del deber de comprobar críticamente la noticia con el fin de volverla información. Siguiendo este camino, incorrecto desde el punto de vista metodológico, se llega a establecer una secuencia perversa: noticia = información = verdad. Si a ésta se añade el hecho de que al periodista, al contrario de lo que obligadamente se le exige al historiador, se le ha llegado a considerar exento del deber de revelar sus fuentes, el resultado puede ser un ataque letal a la verdad. José Vicente Rangel proporcionó recientemente una muestra de este vicio metodológico, en una declaración escrita, fechada Caracas, 19 de octubre de 1993, dada en descargo suyo con motivo de un procedimiento ordenado en su contra por la justicia militar: "1. Como periodista tuve conocimiento de la referida información, y como periodista estoy obligado a comunicarla a la opinión pública. El criterio del funcionario militar, en este particular, no puede ser el mismo. El tiene unos parámetros para juzgar los

hechos. y yo –por razones obvias [¿?]–, me guío por otros." E invocó como justificación del haber publicado lo que le hacía objeto de la medida judicial únicamente lo siguiente: ..."Dije tan sólo, en base a mis fuentes"..., y se acogió a la libertad de información. (**El Nacional**. Caracas, 20 de octubre de 1993). No obstante, es frecuente oír dislates de este género: "el periodismo es la historia del presente". Si bien debo reconocer que no había escuchado este otro: "el periodista es el historiador del presente", hasta que Jorge Halperín, director del Suplemento cultural del diario **El Clarín**, de Buenos Aires, lo insinuó en una ponencia que presentó en el II Encuentro iberoamericano de periodismo cultural, titulada: "¿La historia pasa por los diarios?". Tras una especiosa argumentación culminó con esta más que desconcertante afirmación: ..."el diario, la radio y la televisión –esos libros de historia instantánea–"... Es decir, como el café sometido al mismo tratamiento, que sólo sirve para que apreciemos más el sabor de lo que él no es. Afortunadamente, el ponente recuerda que: ..."El famoso columnista norteamericano Walter Lipman decía, un poco cínicamente (sic), que si creemos que verdad y noticias son dos palabras con idéntico sentido, no iremos a ninguna parte. Verdad y noticias, advertía, deben ser claramente distinguidas." Pero este recordatorio parece haberle servido al ponente tan sólo para que intentase contrarrestarlo aduciendo la credulidad de quienes padecen tal remedo de historia: "Sin embargo, el público, que sigue consecuentemente a su diario o sus periodistas de radio y televisión, confía en que, salvo por alguna que otra exageración, en general son sinceros y piensa que la acumulación de errores tampoco es tan grande como para encerrar en una duda a la mayor parte de lo que nos informan." ¿Dicho esto también cínicamente? Bien es cierto que el autor inició su ponencia descalificando la historia para igualarla con el periodismo: ..."la historia misma es una ficción. Alguien periodiza, encadena significativamente los hechos, arma secuencias que no están en la realidad y produce interpretaciones que complacen a unos y repugnan a otros, todo dentro de círculos muy restringidos. Mientras tanto, la historia para millones de personas es la que le cuentan los diarios, el cine, la radio y la televisión"... (**El Nacional**, Caracas, 28 de junio de 1993). Un destacado periodista colombiano, Plinio Apuleyo Mendoza, intentó alertar sobre la confusión que padecen los periodistas en relación con el alcance de su función, pero terminó por ilustrar él mismo sobre la confusión que se ha creado entre noticia e información: ..."Entre nosotros los diarios no abandonan su esquema rigurosamente informativo. La información es una correa de transmisión de fuentes que utiliza el lenguaje de las agencias internacionales de noticias o que recoge declaraciones a la manera de los juzgados (Fulano dijo, declaró, negó o sostuvo). De esta manera el público recibe diariamente una porción de información cruda, prima-

ria, [¿noticia?] que no ha pasado por el cedazo del análisis [¿es decir, de la crítica?]"...Más adelante sentenció: "Permítanme una herejía. La objetividad químicamente pura no existe en el periodismo moderno. A lo sumo es una exigencia para las agencias de noticias, las cuales deben suministrar la materia prima de la información [¿es decir, noticias?]". ("La objetividad no existe en el periodismo moderno". Revista **Semana**. Bogotá, 7 de junio de 1994).

27. Nicolás Federman, **Historia indiana**, p.121. El llevar consigo un notario público, que diese fe de todo cuanto digno de ser registrado ocurriese, pareció la mejor prevención contra la desconfianza que pudiese inspirar el relato directo del actor. Por supuesto, sin que entremos a considerar la capacidad del notario para observar y dar fe de lo observado, como tampoco la real autonomía de su testimonio. En otras condiciones correspondería al actor hacer las veces de"notario", y esto por imperativo moral: "Todo aquél que en su Patria haya desempeñado altos cargos públicos y haya figurado en acontecimientos trascendentales, que hayan podido ser apreciados al través de la pasión política, de la venalidad y corrupción de los tiempos, de mil modos contradictorios, contraémos el deber indeclinable, de hacer la exacta y cumplida relación de los hechos, por dolorosa que sea, para que la historia la recoja libre de errores, y queden consignados en la historia de nuestra vida nacional, como hechos irrefutables." (General Ignacio Andrade, **¿Por qué triunfó la Revolución Restauradora?**, p. 11). Naturalmente, siempre queda el recurso de acogerse a la propia autoridad, fundada en tres componentes: una larga e intensa experiencia relacionada con lo tratado, la condición de ser testigo directo o actor no secundario de aquello sobre lo cual se trata, y una proclamada integridad moral. Esto es lo que suelen aducir quienes aspiran a ser creídos por sí. Fray Antonio de Guevara [1480-¿1545?] brindó un excelente ejemplo de esta combinación de factores, en 1539: ..."En estos tiempos pasados vi las cortes del emperador Maximiliano, la del Papa, la del Rey de Francia, la del Rey de Romanos, la del Rey de Inglaterra, y vi las señorías de Venecia, de Génova y de Florencia, y vi los Estados y casas de los príncipes y potentados de Italia; en todas las quales cortes vi grandes cosas que notar y otras dignas de contar. He dado esta cuenta a Vuestra Alteza [al Rey de Portugal, a quien dedica su obra], muy alto príncipe, para que sepáis que todo lo que dixere en este vuestro libro este vuestro siervo no lo ha soñado ni aun preguntado, sino que lo vio con sus ojos, passeó con sus pies, tocó con sus manos y aun lloró con su coraçon; por manera que le han de creer como a hombre que vió lo que escrive y experimentó lo que dize"... (**Menosprecio de corte y alabanza de aldea**, p. 16). Del debate sobre la confiabilidad, y

aun sobre la intencionalidad, de los relatos compuestos por los mercenarios ingleses que lucharon por la independencia de la República de Colombia, surge una notable muestra de ponderación crítica que vale la pena valorar. Para ello debe tenerse en cuenta que los tales relatos fueron en ocasiones supuestas memorias o meras aventuras editoriales: "El autor ha querido ceñirse a la realidad y así ha pintado las cosas tal cual las vio cuando estuvo allí. En esta misión ha procedido correcta y sinceramente, de suerte que ninguna de sus afirmaciones puede ser impugnada como lesiva a la dignidad del pueblo de Colombia. Es de opinión que, por el contrario, la más estricta imparcialidad ha reglado su conducta al tratar de personajes e incidentes. Si en determinados casos apareciese en abierta pugna con la opinión general que sobre los mismos se tiene, se permite sugerir que no es aun llegado el tiempo [la"Introducción" está fechada 15 de junio de 1828] en que una serena apreciación permita afirmar a quien asiste la razón sobre el particular." (**¡Guerra a muerte!**, p. 11). Todas las precauciones tomadas para avalar el propósito de decir verdad están justificadas, a menos que nos acojamos al criterio irónicamente expresado por Anatole France [1844-1924]: "Es un libro histórico, me dijo sonriendo, un libro de historia verdadero. /"– En ese caso, respondí, es muy aburrido, pues todos los libros de historia que no mienten son muy desabridos"... (**Le crime de Sylvestre Bonnard**, página 10).

28. General Gregorio Cedeño, **Carta del General Cedeño al Doctor Urbaneja y contestación del General Crespo en desagravio de la moral de la Reivindicación y en homenaje a los fueros de la Verdad de la historia**, p. 9. Para apreciar esta singular pretensión de veracidad, debe tenerse en cuenta que en 1881, año de publicación de la carta, el general perdió la razón definitivamente.

29. Johan Huizinga, **Sobre el sentido actual de la ciencia histórica**, p. 7.

30. T. S. Elliot, "Sweeney Erect". **Complete poems and plays**, página 42.

31. Rainer María Rilke, **Cartas a Rodin y cartas sobre Rodin**, pp. 23-24.

32. José María Lima, **Versiones**, vol. III, s.p. Para la época, 1967, el autor, nacido en Cuba, enseñaba matemáticas en el Departamento de Ciencias Naturales de la Universidad de Puerto Rico y anunciaba un libro de poemas titulado "Homenaje al ombligo". Si

muchos son los puntos débiles que presenta "el libro mayor de la vida", no son menos débiles los motivos y los recursos de la diatriba de que son objeto: "Hay una manera de entender la historia como arte y artesanía, dominante un tiempo y en que todavía comulgan muchos, a veces sin darse cuenta; la historia es un instrumento que se utiliza, no para conocer el pasado de la sociedad y de los hombres, sino para los fines prácticos que sirvan a sus cultivadores para justificar instituciones que lo necesiten, para levantar prestigios, para abrir caminos útiles, y así no hay inconveniente en vender a precios convencionales sus servicios." (Anónimo,"Varia". **Revista de Historia Canaria**, Nº. 141-148, página 216).

33. Ramiro Guerra y Sánchez, **Azúcar y población en las Antillas**, p. 7. No fue otro el criterio que guió el obsequio que hizo Nicolás Maquiavelo [1469-1527] a su príncipe: "Queriendo presentar yo mismo a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda que pudiera probarle todo mi rendimiento para con ella, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más querida, y de que haga yo más caso, que mi conocimiento de la conducta de los mayores estadistas que han existido. No he podido adquirir este conocimiento más que con una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y por medio de una continuada lectura de las antiguas historias. Después de haber examinado por mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditádolas con la más seria atención, he encerrado el resultado de esta penosa y profunda tarea en un reducido volumen; y el cual remito a Vuestra Magnificencia." (**El Príncipe**, p. 11). La cuestión de la utilidad de la historia admite diversas aproximaciones. Una de ellas es la relativa no ya a la utilidad de su estudio, en el sentido de la investigación de lo histórico, sino de su enseñanza, en el sentido de la docencia. Pero me temo que, cualquiera sea la aproximación elegida, el fondo del problema es el mismo, si bien no se le plantea de manera directa, probablemente jamás. Esta es la pregunta: ¿es posible *romper* con la historia? Por supuesto que no me refiero a la continuidad esencial de la acción del *individuo social*, sino al peso que conserva la conciencia histórica en el complejo de factores que condiciona esa acción. Si algo puede asegurarse, a la luz de la historia de la historiografía, tanto de la "universal" como de la "venezolana", es que el debate acerca de la historia, su enseñanza, su estudio e incluso sus posibilidades como ciencia, rara vez ha expresado una preocupación predominantemente científica, en cuanto a su motivación. Basta escarbar un poco en el palabrerío levantado en tales ocasiones para percibir la dimensión real en la cual se suscita la preocupación, es decir en la de la angustia causada en el hombre por

la incertidumbre ante el futuro, particularmente cuando este último se ve comprometido por la acción de los mismos que padecen tal angustia. No obstante, sería ingenuo concluir de ello que tras cada"escándalo" acerca de la utilidad de la historia es posible descubrir tan respetables motivaciones. En no pocas ocasiones, y en particular en lo tocante a la enseñanza de la historia, se han suscitado en tiempos recientes crisis que apenas alcanzan a disimular propósitos. Estos abarcan desde la consecución de objetivos políticos inmediatos hasta la redistribución de un mercado librero que la generalización y la masificación de la enseñanza han tornado económicamente muy apetecible.

En la reiterada discusión sobre la enseñanza de la historia de Venezuela ha habido y hay de todo esto. Por una parte debe consignarse el hecho cierto de que la sociedad venezolana vive un tiempo de redefinición y ajuste de todas sus estructuras. Por otra parte es necesario reconocer también que en el debate se oculta la contraofensiva de concepciones arcaicas del estudio y la enseñanza de la historia. Por último, la ya mencionada *rebatiña* en el mercado del libro de texto. Si cabría calificar de ingenua una discusión sobre la cuestión de la utilidad de la historia que omita alguno de los aspectos señalados, también cabría calificar de simplista la que se basara en uno solo de esos aspectos.

Hace ya buen tiempo que se percibe la incongruencia esencial que existe entre el momento histórico que vive la sociedad venezolana y su historiografía. Esa incongruencia se da entre una historiografía anclada en contenidos ideológicos propios de la fase previa al proceso de estructuración capitalista moderna de la sociedad venezolana, –conformada en torno al culto heroico, al bolivarianismo desbordado, a la concepción elitesca de la acción histórica fundacional de la nacionalidad, etc.–, y las demandas ideológicas planteadas por la fase actual de ese proceso, sobre todo a partir de la década de los seteneta de este siglo, –resumidas en la necesaria profundización y desarrollo de la democracia, sobre la base de la consciente participación ciudadana, en el marco de un Estado institucionalizado moderno–.

La incongruencia de que hablo, la cual ha sido útil, en su expresión maligna, para incitar los desvaríos conceptuales y el galimatías ideológico desplegados por los aspirantes a salvadores de la patria de reciente irrupción, se manifiesta, en su expresión benigna, como un *alejamiento* entre la historia enseñada y las preocupaciones del tiempo actual, lo cual obviamente lleva a sacar como conclusión *la inutilidad de la historia*, puesto que pareciera enseñarnos poco o nada. La persistencia de esa incongruencia se ve favorecida por el arcaísmo del ambiente historiográfico venezolano, caracterizado todavía por la asfixiante presencia de la historia oficial y del culto heroico, a los cuales han pa-

gado y pagan tributo incluso los dogmas ideológicos recientes, sin embargo de que se pretenden renovadores y hasta revolucionarios en lo programático.

En cuanto a la posibilidad de "romper" con la historia, la primera consideración que se impone hacer atañe a la naturaleza misma de la pregunta: implica un fuerte contenido *ahistórico*, que no por ser fuerte luce como más sólido que el exabrupto o el desplante que encierra la simple diatriba. Antes de proponer una pretendida ruptura con el pasado, –asumido éste en su sentido de conciencia histórica–, habría que probar la posibilidad de efectuarla. Para este fin valdría preguntarse si ello ha sido posible alguna vez, lo cual significaría continuar moviéndose en el seno de lo mismo con lo que se busca romper. Pero si esta manera de enfocar el problema suscitare la objeción de ser puramente historicista, pareciera que cualquiera otra manera de enfocar tal posibilidad de ruptura la haría ingresar al contingente de las fantasiosas construcciones ideológicas que desvirtúan la función intelectual, reduciéndola a puro ejercicio gimnástico.

Para mucho sirve, pues, la historia. Hasta para dar motivo a su desprecio, y en hacer esto sobresalen quienes nada gustan de encontrar tropiezos en el libre curso dado a su imaginación, –si bien ésta no pocas veces se confunde con la ignorancia–. En tales casos, la que ha sido tildada de vieja alcahueta de los más disímiles empeños y empresas, que sería la historia entendida como resultado de la elaboración historiográfica, pesa en contra de toda pretensión de "romper" con el pasado. Mal podría alguien atribuir ese logro a algún momento de la evolución cultural de la humanidad. Lo que sí han pretendido algunos, en cambio, ha sido negarle a la historia el derecho de injerencia en sus asuntos... con el sólo resultado de nutrir con su fracaso el humus de la historia.

En consecuencia, es natural que sigan acumulándose las "defensas de la historia". En general tienden a rescatarla de la tradicional condición de gala del intelecto, cuando no de la sensibilidad, a la manera de aquel Pacheco a quien dijo Fermín Entrena: "–Mi amigo, usted está bien impuesto de asuntos de Historia de Venezuela y de Colombia y esto debe hacerle agradable la vida y seguramente esta afición suya será provechosa para su nombre"... (José Abel Montilla, Fermín Entrena, p. 524). Como tienden, también, a recomendar prolijamente su utilidad, cual si se tratase de un específico terapéutico aplicable a males sociales:

"Para muchas personas, la Historia no deja de ser nunca lo que fué en la escuela primaria: una simple narración de sucesos materiales, sobre todo de sucesos pasados.

"Esas personas desdeñan, naturalmente, los estudios históricos, y hasta los señalan con ojeriza, porque les parece que usurpan la atención que el público debiera dedicar a cosas más prácticas.

"Pero la Historia es algo muy diferente de lo que se imagina aquel criterio estrechamente utilitario: es la manifestación más viva y directa del carácter de un pueblo, una vasta experiencia política y un conjunto de problemas sociológicos.

"Por eso, estudiar un problema histórico es, casi siempre, estudiar también un problema de actualidad permanente; y en América, sobre todo, muchos de nuestros problemas morales, políticos y sociales han sido estudiados bajo la forma de problemas históricos". (Augusto Mijares, **La interpretación pesimista de la sociología hispano-americana**, p. 7).

Por supuesto, a condición de que no nos encontremos, inadvertidamente, en uno de esos vacíos del intelecto de que habló Enrique Bernardo Núñez [1895-1964], refiriéndose no precisa ni solamente a tiempos remotos:

"Tampoco nadie leía ya. Esta frase de Camphausen silba como flecha disparada en el tiempo. Es decir, nadie leyó durante unos siglos. Períodos de tiempo semejantes a esos espacios que separan los universos, según afirman los astrónomos. ¿Cuántos libros quedarían entonces? Y recuerdo los veinte volúmenes del profesor Ignacio Testa, de Caracas; el esfuerzo de Vicente Casas que se quedó ciego descifrando papeles viejos"... (**La galera de Tiberio**. p. 69). (Véase: lo relativo a la finalidad historiográfica, pp. 264 ss.).

34. Esta dimensión, siempre tentadora y esencialmente contraria al espíritu crítico, está representada por ..."la tendencia que tenemos las personas a creer en verdades eternas"... (Stephen W. Hawking, **Historia del tiempo**, p. 23). Sin olvidar, por supuesto, la sentencia del personaje gallegiano Antonio Sandoval: ..."Además, las cosas son verdad de dos maneras; cuando de veras lo son y cuando a uno le conviene creerlas o aparentar que las cree"... (Rómulo Gallegos, **Doña Bárbara**, p. 62).

35. Vissarion Grigorievitch Bielinski, "Histoire de la Petite-Russie". **Textes philosophiques choisis**, pp. 365-366). En abril de 1924, hablando en San Juan de los Morros sobre "La Decadencia de Occidente", Manuel Díaz Rodríguez [1871-1927] hizo eco a estos conceptos: "La historia deja de ser una serie inerte de fechas y de sucesos conocidos y terminados, deja de ser cosa mecánica y muerta, para transformarse en algo vivo, en algo que encierra posibilidades de futuro, que es futuro en potencia." (**Entre las colinas en flor**, pp. 303-304). Pero cuidándose, por supuesto, de los extremos, siempre al acecho. Refiriéndose a

Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], observó Mariano Picón Salas [1901-1965]: ..."Antes de él los historiadores y escritores venezolanos – Larrazábal [Felipe, 1816-1873], Eduardo Blanco [1839-1912]– habían visto el pasado nacional envuelto en las nubes del poema épico. Se escribía, se escribe aún de Historia, en fatigoso tono de himno. Pero para reaccionar contra ello se cae con Arcaya [Pedro Manuel, 1874-1958] en el extremo contrario: se convierte la Historia en uno como capítulo de la Geografía Física o en la Etnografía." (**1941**, pp. 51-52).

36. Denis Diderot, "Autorité dans les discours et dans les écrits". **Textes choisis de l'Encyclopedie**, pp. 49-51. Pero aun en materia religiosa la autoridad admite distinciones de calidad, como puede apreciarse en esta singular consulta: El 13 de abril de 1799 la señora Angela Isidra del Campo acudió epistolarmente ante el bachiller don Felipe de Vergara y Caicedo para dilucidar una grave cuestión: dos personas pretendidamente versadas afirmaban que no era lícito cenar en Nochebuena "buñuelos" y "ajiaco de cabeza de bagre". Invocando lo que según ellos se había predicado en Santafé: ..."Decían y trataban de persuadirme que cenar la Nochebuena huevos y pescado era una corruptela detestable, y que en la vigilia de Navidad se debía ayunar con el mismo rigor y austeridad que en el Viernes Santo"... A lo que respondió el ilustrado bachiller: "Yo me hallé presente en el sermón que le han alegado a vuestra merced, y referiré literalmente lo que el padre habló sobre este asunto. Dixo que «la colación romana era abuso, que el ayuno de Navidad era como el de Viernes Santo, y que así la Nochebuena no se podía tomar pescado», concluyó con estas palabras: «diga otro lo que quisiere, o le pareciere». (Dudo de qual de estos dos verbos usó). Esto es lo que yo hallo en mi conciencia, nada más que esto". A lo que añadió: ..."Es menester advertir que el padre, según se colije claramente de sus últimas palabras, no habló en materia cierta, sino en materia opinable, porque de otro modo no uviera dexado libertad a sus oyentes para sentir lo que quisieran, o les pareciera"... (**Consulta de Doña Angela Isidra del Campo a Don Felipe de Vergara y su respuesta sobre si en Santafé de Bogotá será o no lícito cenar la Nochebuena, y cenar buñuelos y pescado**, pp. 14, 16 y 17, respectivamente).

37. Voltaire, **Op. cit.**, vol. II, p. 284.

38. Jean François Marmontel, "Critique dans les sciences". **Textes choisis de l'Encyclopedie**, pp. 66-67.

39. Denis Diderot, "Agnus scythicus". **Textes choisis de l'Encyclopedie**, pp. 38-39.

40. **Análisis del socialismo**, p. 27. Es obvio que la fe no requiere pruebas. Así lo comprendió también el doctor José Manuel de los Ríos, según César Zumeta [1863- 1955]: ..."Ninguna de sus afirmaciones apologéticas va seguida de la prueba documentada o de la exposición lúcida de sus fundamentos. Acaso sea esto debido a la influencia que ejerzan en los métodos del autor sus profundas creencias religiosas. El hábito de creer por la sola misteriosa virtud de la fe, ante la cual cuanto huele a prueba y a documento huele a duda y herejía, debe rebelar a los que están sujetos a él, contra esa tiranía de la razón que pide comprobación plena de cada aserto". ("Médicos venezolanos, por el doctor José Manuel de los Ríos". **El continente enfermo**, p. 282).

41. Gonzalo Fernández de Oviedo, **Op. cit.**, vol. I, pp. 100-101. Así habría quedado avalado por la reina el fundamento ideológico para que conquistadores y colonizadores, tanto peninsulares como criollos, sacaran la conclusión primaria que les sirvió para establecer su dominación destructiva sobre los aborígenes: la negación, de hecho, de su condición plenamente humana, partiendo de su descalificación cultural y moral. Fray Juan de Santa Gertrudis, O. F. M. [-1799], compendió esta visión del aborigen americano: ..."La gente india soy yo de parecer que es aquella 13 tribu de Israel que en sentir común de santos Padres se desvió, y tomando caminos por despoblados desapareció sin que se supiese por dónde. El fundamento que tengo es que he notado que los indios tienen todas las propiedades de los judíos. Son muy golosos, propensos a comer dulce y queso; propensos a la idolatría; fáciles de dejar la religión cristiana; gente que no cría barba; de natural ladrones; muy inclinados a lavarse muchas veces y a pintarse el cuerpo. Cuando hablan nunca miran a la cara; siempre comen en el suelo; siempre procuran a vivir en despoblado y donde nadie sepa de ellos. Inclinados a repudiar mujeres y a tener muchas de ellas. Propensísimos a la embriaguez. Por más que se les haga alguna vejación, nunca se afrentan. Indevotos de asistir a la iglesia. Cuando hablan entre sí, siempre hablan muchos a un tiempo. Infieles en lo que prometen; y toman por sumo agravio el que se les corte la melena, siendo así que tienen el pelo cerdudo y nunca crían canas ni calva. Enemigos del Español y amigos de fomentarse unos con otros. Son gente de natural vil y apocado; y al mismo tiempo, el que llega a empuñar la vara de alcalde o regidor, se vuelve un soberbio Lucifer". (**Maravillas de la naturaleza**, pp. 117-118). Este y otros pasajes de la obra del cronista fueron comentados por Mons. Mario Germán Romero [1910-] ("Fray Juan de Santa Gertrudis, O.F.M., un cronista rescatado". **Notas de historia colombovenezolana**, pp. 79-98). Algo de la visión de Gonzalo

Fernández de Oviedo trasciende en la evaluación de la civilización criolla americana hecha por el barón Alejandro de Humboldt [1769-1859]: "Cuando se reflexiona sobre las grandes agitaciones políticas del Nuevo Mundo, se observa que los españoles americanos no se hallan en una posición tan favorable como la de los habitantes de los Estados Unidos, preparados para la independencia por el prolongado disfrute de una libertad constitucional poco limitada. Las disensiones internas son de temerse sobre todo en regiones donde la civilización no ha echado raíces muy profundas, y donde debido a la influencia del clima la selva recupera prontamente su dominio sobre los terrenos desforestados cuando se les descuida"... (**Voyage aux régions Equinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804**, par Al. de Humboldt et A. Bonpland, "Introducción", Vol. I, p. 37). Escasamente dos años después de la muerte del celebrado barón se inició en los Estados Unidos de América la cruel y destructiva Guerra de Secesión (1861-1865). Lino Gómez Canedo, O.F.M. [1908-1992], hizo una evaluación critica de la polémica sobre la supuesta bestialidad de los indios en la que concluyó: ..."Tengo por otra exageración el considerar al cronista Fernández de Oviedo [Gonzalo] como portaestandarte de los indófobos".., y se refiere al ..."excelente libro de Josefina Zoraida Vásquez: **La imagen del indio en el español del siglo XVI**"... ("¿Hombres o bestias?", **Estudios de Historia Novohispana**, vol. I, p. 29). Sobre este tema véase también: Germán Carrera Damas, **De la dificultad de ser criollo**.

42. José Carlos Mariátegui, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, p. 56. Miguel Acosta Saignes [1908-1989] desarrolló este juicio de José Carlos Mariátegui: "Las fuentes históricas en las cuales se encuentran informaciones sobre los antiguos pobladores de Venezuela, han sido poco analizadas. Se han citado abundantemente, para comprobaciones aisladas, y se han utilizado, en forma etnográfica, no etnológica, por muy diversos autores"..."se han tratado por lo general las fuentes como si su examen no presentase problemas, como si existiesen en ellas sólo relatos válidos y no señalamientos incompletos, contradicciones, informes cuya clave de interpretación está a veces en libros de autores muy diversos o de épocas distintas"... (**Estudios de etnología antigua de Venezuela**. "Introducción", p. 4). Manuel Díaz Rodríguez alertó sobre los criterios que guiaron la visión de los cronistas en una materia poco evaluada críticamente: ..."debemos tener en cuenta que esos altos representantes de la gente india los vemos al través de almas españolas, puesto que sus primeros cronistas fueron los mismos españoles. Y aun desdeñando la circunstancia de que los primeros cronistas ignoraban las lenguas indias, nos hallamos en el caso de sospechar que en los Paramaconi, los Talamaleque,

los Guatemoc, los Atahualpa y los Caupolicán, debe haber, aunque sea leve, una parte de creación de los Herrera, los Fernández de Oviedo, los Juan de Castellanos, los Pedro Simón y los Ercilla". (**Op. cit.**, pp. 140-141).

Angelina Lemmo Brando [1933-1988] entregó el primer estudio sistemático de estas importantísimas cuestiones, referidas a Venezuela, en su **Historiografía colonial de Venezuela**. Luego de caracterizar desde el punto de vista conceptual y metodológico la obra de los cronistas comprobó, entre otras, estas significativas conclusiones: "Las crónicas de los siglos XVI y XVII en Venezuela, son parciales. Abunda en ellas el amontonamiento de datos o la recolección apresurada de materiales, los cuales no llegan a constituir un cuerpo histórico homogéneo, siendo homogéneo sólo el fin que se persigue, el edificante: la fe que salvará a los infieles. Además hay otra finalidad, la de recoger hechos insignes para no pasar por alto los méritos o deméritos –según el criterio del cronista– de conquistadores y misioneros"... (p. 156) Respecto de las características fundamentales de esta historiografía, señala: "Conjuntamente con el dogmatismo aparecen el ascetismo y la credulidad, lo cual se resume en el predominio de lo fantástico o en la indiferencia frente a las condiciones sociales, por ejemplo, porque lo que realmente interesaba era la verdad última de la religión"... (p. 157)

Los cronistas europeos de las guerras de independencia en Venezuela, es decir los mercenarios ingleses e irlandeses, tienen en Daniel Florencio O'Leary [1802-1854] su más digno y reconocido representante, acogido por las historiografías patria y nacional venezolanas como una fuente confiable. De él dijo Caracciolo Parra Pérez [1888-1964]: ..."Sabía poco o nada de la historia venezolana hasta el momento de su llegada al país como legionario. Por ello sus reflexiones son en general sumarias y a veces desatinadas en lo que no se refiere a la persona misma y a los hechos de Bolívar [Simón]. Algunas de sus sentencias sobre el régimen colonial desarman por la ingenua ignorancia que demuestran". (**Mariño y la independencia de Venezuela**, "Introducción", p. xxii).

43. Gonzalo Fernández de Oviedo, **Op. cit.**, Vol. I, p. 172.

44. Véase la nota 36. Pareciera quererse deslindar así entre la invocación de la autoridad, propiamente dicha, y la formación sistemática de criterios que rijan el propio juicio. Recuérdese la reflexión que Sylvestre Bonnard, personaje novelesco de Anatole France [1844-1924], hizo ante la aparición, en su biblioteca, de un hada diminuta. (Véase: Parte II, nota 4).

45. Fray Antonio de Guevara, **Op. cit.**, p. 88.

46. Nicolás de Federmann, **Op. cit.**, p. 37 .

47. Bernal Díaz del Castillo, **Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España**, t. II, p. 29.

48. José de Oviedo y Baños, **Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela**, páginas 470-471. (Véanse las notas 6 y 68).

49. Lucas Alamán, **Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia, en el año de 1808, hasta la Epoca presente**, tomo I, p. 307. Los "decretos de la Providencia" fueron proclamados por Gonzalo Fernández de Oviedo [1478-1557] como título supremo de la posesión de las Indias por España: "Para mi opinion yo tengo á España por una de las ricas provincias que hay en el mundo; é para colmar sus riquezas quiso Dios darle por hacienda accesoria estotras riquezas de nuestras Indias... (**Op. cit.**, vol. I, p. 187). Juan Vicente González [1810-1866] formuló una espléndida afirmación de la necesaria función de la conciencia religiosa en la comprensión de la historia, al paso que censuró duramente todo propósito de imparcialidad, vista por él como independencia: "Los que excluyen toda creencia religiosa de los trabajos científicos me acusarán de haber dado en la historia del mundo un papel importante y soberano al Cristianismo. No creo que haya hombre de bien que emprenda la dura tarea de escribir sin una convicción que le domine; y como no aspiro al honor de una triste independencia, que consistiría en no creer ni amar nada, debo decir con franqueza que mi fe es católica en el sentido más absoluto de la palabra. ¿Puede escribirse acerca de los puntos más misteriosos de la historia, subir al origen de los pueblos, asistir al espectáculo de sus religiones, sin tomar partido en las eternas cuestiones que ventilan? ¿Y puede tomarse partido, en un siglo sobre todo de controversia y duda, sin que el pensamiento sea serio y la palabra conmovida? Dos cosas pueden exigírsele únicamente al escritor: que su convicción sea libre e inteligente, y que el deseo de justificar una creencia no le lleve á desnaturalizar los hechos y á contentarse con testimonios equívocos y consecuencias prematuras. Yo sé que en el extremo de toda ciencia está Dios." ("Manual de historia universal", en Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio, 1ª**, edición, p. 235). Diego Carbonell [1884-1945] acusó a Gonzalo Picón Febres [1860-1918] de incurrir, en un discurso, ..."en el feo vicio del Providencialismo"... (**Op. cit.**, p. 62).

50. Voltaire, "Micromégas-Histoire philosophique". **Romans**, página 109.

51. Tal ocurrió con el hecho mayor de nuestra vida histórica en el siglo XIX, cual lo percibió Fermín Toro [1807-1865] al interpretarlo como una oportunidad, y como un llamado, para la liberación de los espíritus: "Emancipada Venezuela y puesta en libre contacto con el mundo civilizado, recibió de repente todo lo que antes le estaba vedado: hombres y cosas que no eran de España. Libros sobre todas materias cayeron en nuestras manos; pero en el estado del pueblo, tratados de política eran de urgente necesidad; ellos formaron, pues, el primer alimento de nuestra juventud. Un sistema filosófico era también preciso a los noveles políticos; el del siglo XVIII era el único que simbolizaba la reacción que experimentábamos y la necesidad de romper con toda autoridad. Rousseau [Juan Jacobo, 1712-1778], pues, Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778], Helvecio [Claude Adrien, 1715-1771], Diderot [Denis, 1713-1784], Destutt de Tracy [Antoine, 1754-1836], fueron los autores favoritos." ("Ideas y necesidades". **La doctrina conservadora. Fermín Toro**, p. 102). Véase también, en esta obra: Parte III-B.

52. Fermín Toro, "Carta a «El Liberal»". **Op. cit.**, p. 228.

53. Jesús María Portillo, **Conferencia quinta, por el Dr. Jesús M. Portillo. (24 de mayo de 1883)**, p. 8. Es legítimo preguntarse si Jesús María Portillo, al sentar este principio, no hacía sino parafrasear un fragmento de César Cantú [1804-1895], citado luego por Luis Ruiz [Domingo Antonio Olavarría, 1836-1898] en la "Conclusión" de su difundida obra **Historia Patria. X Estudio Histórico Político. Refutación al"Manifiesto Liberal" de 1893** (Segunda edición, de 1895; no figura en la primera, de 1893): "La historia lo mismo que la naturaleza física, pide ser observada, quiere ser interrogada y estudiada en su realidad concreta y en sus hechos; no pide ni debe ser adivinada de antemano, ni construida á priori. No alegar textos y citas, es desconocer la condición propia y la naturaleza de los libros históricos, en los cuales nadie tiene derecho a ser creído sobre su palabra; y es desconocer, sobre todo, las exigencias de la época crítica que atravesamos." (p. 148). Jesús María Portillo llevó su conciencia crítica hasta el punto de declarar, casi al comienzo de su conferencia: ..."debo deciros con mi genial franqueza que no conozco profundamente la historia de mi patria. Aparte de esos grandes sucesos que un americano no podría ignorar, sin dejar de ser ingrato, yo que puedo referir hasta minuciosos pormenores pertenecientes á la Revolución francesa, desconozco muchos que se relacionan con la Revolución de América. Y esto ¿por qué? Doloroso me es decirlo; pero antes que todo rindo culto a la verdad:

nuestra verdadera historia no se ha escrito aún, y por eso no he podido aprenderla. Muchos de los escritores que hasta ahora he citado y otros que no menciono, no son historiadores, sino panejiristas"... (p. 5). Claramente, tan despierta conciencia crítica no le impedía al autor esperar que algún día se escribiese nuestra verdadera historia, de manera que él pudiese aprenderla.

54. Enrique Bernardo Núñez, "La historia". **Bajo el Samán**, página 72.

55. **Ibidem**, p. 73. Se recomienda, por consiguiente, no aguardar por el espíritu crítico ilustrado en cuyo advenimiento confiaba el maestro cocinero Marie-Antoine Carême [1784-1833] para restablecer la dignidad de su arte-ciencia, afectada por quienes consideraban nocivos los *roux* para la elaboración de los fondos de salsas: ..."Pero ¿qué les importa a esos hombres ignorantes? Si pueden hablar a tontas y a locas, si son publicados sus anodinos escritos, poco les importa envilecer las artes y oficios. Sin embargo, pronto aparece el profesional ilustrado, quien desvela la bajeza del charlatanismo, y, vengador de la ciencia, les hace desaparecer del escenario del mundo". (**El gran arte de los fondos, caldos, adobos y potajes**, pp. 100-101).

56. José Francisco Heredia, **Op. cit.**, p. 266.

57. Jonathan Swift [1667-1745] debatió de manera precautelar el problema constituido por el acatamiento de este imperativo moral en pugna con el patriotismo, cuando su personaje Gulliver justificó su cruda visión de la sociedad inglesa de su época, tal cual se desprende de sus diálogos con el rey de Brobdingnag: "Nada, salvo un extremado amor a la verdad, habría podido impedirme ocultar esta parte de mi relato. En vano mostré mi disgusto, que fue siempre ridiculizado; y tuve que resignarme pacientemente mientras mi noble y amadísimo país era tratado de manera muy injuriosa. Lamento tan profundamente como cualquiera de mis lectores pueda hacerlo que se pudiese presentar ocasión semejante. Pero sucedió que el Príncipe se mostró tan curioso e inquisitivo sobre todos los aspectos, que no pude, mediando gratitud y buenos modales, rehusarme a satisfacer su interés en la medida de mi capacidad. De todas maneras, permítaseme abonar en mi favor que diestramente eludí muchas de sus preguntas, y sobre muchos puntos le di la visión más favorable que el estricto respeto de la verdad podría consentir. Pues siempre he compartido esa laudable parcialidad respecto a mi país que, con tanta razón, Dionisio de Halicarnaso recomienda al historiador. Yo escondería las flaquezas y deformaciones de mi madre patria y colocaría sus virtudes y belle-

zas bajo la luz más favorable. Tal fue mi sincero propósito en las muchas conversaciones con aquel poderoso monarca, aunque infortunadamente con poco éxito." (**Op. cit.**, p. 173).

58. Emilio Arévalo González, **El libro de mis luchas**, pp. 177-178. (Véanse: Parte III-A, notas 61 y 69). Probablemente se trataba del mismo pueblo al cual se refirió Juan Uslar Pietri [1925] al ofrecer una visión nada benévola del acto inicial del movimiento político que condujo a la independencia de Venezuela: "Aquel movimiento contra España no era popular en sus principios, esto que afirmamos, nos lo ha demostrado nuestra historia, en aquel momento en que el Gobernador español se asoma al balcón del cabildo y le pregunta a las extrañadas gentes, que si le querían, que si su gobierno era deseado. Aquel pueblo «revolucionario», estaba dudando qué contestarle al Gobernador en su pregunta y no sabemos cuál hubiera sido la respuesta a no ser por el histórico movimiento negativo que realizó el padre Madariaga [José Cortés de, 1766-1826] en las espaldas del español. No creo, que ningún movimiento que haya producido la Independencia de un país, haya tenido un producto más ingenuo, menos encaminado a un fin. Aquel pueblo que gritaba, según nuestro himno nacional, ¡abajo la opresión!, había que indicarle el camino a seguir, pues no tenía conciencia de amor u odio a los españoles." (**Boves**, pp. 3-4).

59. Simón Bolívar, **Obras completas**, vol. III, p. 788.

60. Arturo Uslar Pietri [1906] consideró que ya es hora de rescatar a José Tomás Boves [1782-1814]: ..."«de la diatriba combatiente y de tratar de restituirle su verdadero sitio en la historia del país»."..(**El Nacional**. Caracas. 14 de abril de 1991), y concluyó: "«La nación venezolana, entre cuyos hacedores, por muchas razones, tiene que figurar Boves [José Tomás], debe rescatar cristiana y venezolanamente esa tumba histórica [la de José Tomás Boves, en Urica]»." De inmediato un patriota replicó haciendo gala de su pobreza de sentido histórico: 1º. Le resultó inadmisible que Arturo Uslar Pietri revise, –así lo entiende el patriota–, el juicio sobre el caudillo de los llaneros que corre en **Las lanzas coloradas**, obra publicada hace sesenta años (1931). 2º. Acusó a Arturo Uslar Pietri de buscar congraciarse ..."con los asturianos de Venezuela y de América.", por haberle sido otorgado el premio Príncipe de Asturias. 3º. Declaró a José Tomás Boves irrecuperable para la historia de Venezuela, y para la conciencia histórica de los venezolanos, porque: ..."Ese señor fue un destructor, un asesino que mataba con sevicia"... Y añadió: ..." Que no lo diga yo, ni que se me tome por un «iluso patriotero»"..., para lo cual aportó el testimonio de un contemporáneo del temido asturiano, sobradamente conocido. (Vinicio Romero

Martínez, "¿Rescatar la tumba del «hijo del Diablo»?" (El Nacional. Caracas, 13 de mayo de 1991).

61. José Antonio Páez, **Op. cit.**, vol. I, pp. vi-vii. En nuestro siglo XIX fueron bastante frecuentes enfrentamientos de esta naturaleza, en los cuales actores principales de acontecimientos militares o políticos, o sus descendientes, creyeron necesario salir en defensa de la verdad histórica, salvaguardando de paso el honor familiar. Generalmente el giro de la controversia se corresponde con lo sucedido en el caso de Lucio Pulido [1824-1893], político y diplomático, quien publicó una obra en la cual dio una versión, que fue considerada poco ajustada a la verdad por los descendientes del prócer militar Ramón García de Sena y Silva [1779-1814], de la actuación de éste durante los años 1813-1814, en Barinas. La réplica de quienes se sintieron agraviados no se hizo esperar. Corre en un folleto titulado **Verdades históricas**, publicado en 1881: "«Como estas apreciaciones parece que son las que únicamente han servido de base al señor Dr. Lucio Pulido, para referir en los «Recuerdos históricos», que recientemente ha publicado, una relación desfigurada del sitio y retirada de Barinas; y para formular un juicio por demás severo sobre la conducta del coronel García de Sena [Ramón], no podemos dejar pasar esta nueva oportunidad, sin exponer ante el criterio imparcial de los hombres desapasionados, los documentos que explican y justifican su conducta, los cuales no habíamos podido encontrar hasta ahora»." Lucio Pulido se vio obligado a defender su versión, repartiendo la responsabilidad por la misma entre las autoridades historiográficas: "Estoy, pues, forzado á comprobar que he compulsado y leído antes de formar juicio lo que nuestros historiadores han escrito sobre el particular." (**Historia Patria. La retirada y abandono de Barinas por el coronel Ramón García de Sena el 18 de enero de 1814**, p. 5).

62. Recuérdense los consejos dados por Claudio Sánchez Albornoz [1883-1984] al interesado en conocer la realidad de la España musulmana, los cuales culminan con esta sabia admonición: ..."Eres hombre, ausculta tus flaquezas y tus pasiones, tus fervores y tus sañas, tus temores y tus esperanzas, y adivina por ellas las que pudieron mover a escribir a los cronistas, alfaquíes, gobernantes, pensadores y poetas islamitas y cristianos, a fin de que puedas salvar el apasionamiento de sus juicios al leerlos. Haz, en una palabra, lo que debemos hacer los historiadores al enfrentarnos con los textos." (**La España musulmana**. "Introducción").

63. Refiriéndose a la Venezuela de fines de la década de 1830, y sacando de ello conclusiones importantes para su visión histórica de

la época, y de su significación en la historia republicana, Ramón Díaz Sánchez [1903-1968] no pudo evitar un desfallecimiento de su espíritu crítico. Para apreciarlo, relaciónense los pasajes subrayados: ..."El país era pobre en extremo, supersticioso, inculto, desnutrido y enfermo; *la ciudad capital* exhibía intactas las ruinas de la guerra y del terremoto del año 12; en las calles pululaban los locos, los brujos y los peones de pata en el suelo, y *mezclados con ellos los soldados en alpargatas* y los arbitristas urbanos. Para 1837-38, las fuerzas armadas se componían de ochocientos soldados de infantería y doscientos de caballería, y la marina de un bergantín y tres goletas. Las observaciones del comerciante Gosselmann [viajero sueco. Karl August, 1810-1843] son interesantes a este respecto. Bastaba aquel minúsculo ejército en un país que nada tenía que temer de las potencias extranjeras y en el que los oficiales –más que las tropas– «han constituido un terror más que un apoyo para el Gobierno». Formados en la guerra y en el pillaje, sin la menor noción de cultura ni de moral, aquellos reites hervían de apetitos bestiales y lo mismo fomentaban una conspiración para derribar el gobierno que asaltaban un pueblo, maltrataban a un magistrado o raptaban como los partos y los caribes a una mujer soltera o casada. Su código era el valor primitivo, el homicidio; su estado profesional representaba una patente de corso. «No habiéndose podido disolver por completo a estos jenízaros –escribió el ferretero sueco– se ha limitado por lo menos su número a los más necesarios, *no existiendo guarnición en la capital sino solamente pequeños destacamentos en los puertos fortificados ». Este dato es de mucha importancia*. Después, con las constantes perturbaciones políticas, esos jenízaros proliferarían hasta formar una casta." ("Evolución social de Venezuela." **Venezuela independiente**, 1810-1960, pp. 226-227). ¿De dónde salían los soldados en alpargatas que se mezclaban con los peones que pululaban en las calles? Mariano Espinal [1830-1905] dice que en 1840: "Caracas, asiento del gobierno, no tiene más guarnición que Ño Morián y veinticinco rondas de policía, a las órdenes del cabo Vaamonde, ni el Presidente de la República más guardia que su portero.".. ("Los dos partidos." **Liberales y conservadores. Textos doctrinales.** Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, Nº. 11, tomo II, p. 216). Pero nada de invulnerable tiene la lógica cuando se ve acosada por el entusiasmo patriótico-historicista. En el catecismo de Antonia Esteller [Camacho Clemente y Bolívar, 1844-1930], que entonteció alumnos durante décadas, se lee: "P. Qué hecho funesto tuvo lugar en esos días [1817], que vino á complicar las operaciones? /"R. *El Congresillo de Cariaco*, Junta imprudente que desconoció la autoridad de Bolívar." (**Catecismo de Historia de Venezuela desde su descubrimiento hasta la muerte del Libertador**, pp. 86-87). Pedro Díaz Seijas [1921] acuñó esta sentencia, intrínseca-

mente contradictoria: "La obra de Bolívar [Simón] no admite controversias. Es necesario conocerla"... ("El ideal bolivariano". **Ideas para una interpretación de la realidad venezolana**, p. 81). Augusto Mijares [1897-1979] se dejó sorprender por una conjunción gramatical: "Algo sorprendente: ninguna mujer acompañó al Libertador en sus últimos momentos; ni siquiera una criada se menciona. Pero (sic) entre los compañeros de armas que lo rodeaban estaban los generales José María Carreño [1792-1849], el glorioso mutilado que desde 1813 combatía a su lado, José Laurencio Silva [1792-1873], veterano de Carabobo, Junín y Ayacucho, y Mariano Montilla [1782-1851], que había vuelto a ser su amigo entrañable"... (**El Libertador**, p. 557). El mismo autor creyó encontrar en el **Resumen de la historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año de 1797**, de Rafael María Baralt [1810-1860], una pifia que trató muy benévolamente: "Obsérvese al comienzo de esta cita otro descuido de Baralt, y en este caso –hallazgo increíble– de lenguaje, pues al decir que la sociedad de los jesuítas fué, «la más útil de cuantas inventó el celo de la fe mal entendido, o la ambición, o la desidia», sin quererlo presenta la orden que defiende como inspirada también por los extravíos o la pereza. No insisto en esto como reproche, que en el caso de Baralt fuera insensato, sino como pista de lo que pudo influir, sobre todo en este primer tomo de su obra, el apresurado acopio de elementos ajenos." ("Baralt historiador". En Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, 1ª. edición, p. 318).

64. José Manuel Restrepo, **Op. cit.**, vol. II, p. 578. Este autor [1781-1863], poco del agrado de la historiografía académica bolivariana venezolana, dio pruebas de una extraordinaria ponderación al evaluar críticamente los llamados "testimonios realistas"; lo que de seguro explica en parte lo dicho. Debe tenerse en cuenta que la segunda versión de su obra, muy ampliada, apareció en 1858, cuando todavía prevalecía el crudo criterio historiográfico de la *historia patria*. Refiriéndose al muy discutido plan de exterminio de los españoles y canarios concebido por Antonio Nicolás Briceño [1782-1813], directo e inmediato antecedente del denominado "Decreto de guerra a muerte", dictado por Simón Bolívar el 15 de junio de 1813, dio crédito al más acerbo publicista contrario a la independencia y tenaz enemigo de Simón Bolívar: "Cuando publicamos la primera parte de esta Historia [1827], no teníamos conocimiento alguno del plan acordado en Cartagena por Briceño [Antonio Nicolás] para destruir á los Españoles y Canários; fué por esto que no lo mencionamos. Publicólo el doctor don José Domingo Díaz [ca. 1750 - ca. 1830]; aunque enemigo acérrimo y

muchas veces calumniador de los patriotas, cuyos hechos alteró de mil maneras diferentes, creemos haber sido efectivo dicho plan." (**Ibidem**, vol. II, p. 576). Bien sabía José Manuel Restrepo cuánto arriesgaba, pues casi de seguidas hizo la crítica circunstanciada de José Domingo Díaz como persona, como testigo, como publicista y como fuente: ..."Este hombre, natural de dicha ciudad [Caracas] y de una familia oscura, ha sido el enemigo mas encarnizado del Libertador y de cuantos promovieron la Independencia de Venezuela. En aquella época [setiembre de 1813] se hallaba emigrado en Curazao, donde comenzó á publicar sus cartas contra el Libertador y los patriotas, teniendo la primera fecha de 30 de setiembre de 1813. Tales cartas, exceptuando algunos pocos hechos verídicos, son un tejido de injurias, de calumnias y crímenes que atribuye á los republicanos, santificando por el contrario los asesinatos, los robos y maldades de Bóves [José Tomás, 1782-1814] y Moráles [Francisco Tomás, 1781 o 1783-1845], de Rosete [Francisco, -1816] y otros muchos Españoles; pues, según la moral de Díaz [José Domingo], todo era permitido contra los insurgentes. Dichas cartas, destinadas a seducir y conmover los pueblos de Venezuela, y á hacerles detestables á los patriotas y la causa que sostenían, contribuyeron sobre manera á extraviar la opinion pública, y á fomentar las insurrecciones contra Bolívar [Simón] y los demás jefes independientes. Díaz [José Domingo] no llamó al primero con otros nombres que con los de *Malvado*, *Sedicioso*, *Cobarde*, *Inhumano*, etc. En la narración de los hechos los exagera casi todos"... "Que este [José Domingo Díaz] se hubiera dejado arrastrar en sus **Recuerdos** de las pasiones vengativas de la época en que vivió en Venezuela, tiene alguna disculpa, por los perjuicios y sufrimientos que tuviera"... pero no así quienes entonces lo tomaban por fuente plenamente confiable. (**Ibidem**, vol. II, pp. 578-579). Valga, sin embargo, la explicación de que esto último sucedía en momentos cuando la *historia patria*, al igual que su contraria, no retrocedían ante la exageración, como creyó oportuno señalárselo Fermín Toro a Rafael María Baralt, al comentar su historia recién publicada: "El tono que emplea en el volumen que examinamos, es casi siempre el que conviene a la historia, sencillo y noble al mismo tiempo, igual y bien sostenido; con excepción de algunos pocos pasajes en que el autor, pagando su tributo a la época, parece que sólo tiene en mira producir efecto, hacer impresión, aun a costa de alguna exageración en los conceptos". ("El «Resumen de la Historia de Venezuela», de Rafael María Baralt". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**. Nº. I, pp. 370-371). No obstante, José Manuel Restrepo dio una muestra de sometimiento a la autoridad de una fuente que bien permite preguntarse: ¿Estimó que los documentos consultados por la fuente eran confiables pese a que se trataba, según parece, de documentos oficiales?

¿Incurrió esta vez, por el contrario, en la muy generalizada práctica de quienes cultivan las historias *patria* y *nacional* de reconocerle validez al testimonio de los "realistas" sólo cuando éste coincide con la versión "patriótica" de los hechos? Véase: "La mayor parte de los hechos que prueban las crueldades de los Españoles realistas narradas en este capítulo [cap. V: 1813], los hemos tomado de la **Relación documentada** que publicó don Pedro Urquinaona [Urquinaona y Pardo, Pedro de, 1778-1835] en Madrid en 1820, refiriéndose á piezas escritas que existian y tenia presentes en la secretaria de la gobernacion de Ultramar.- Urquinaona [y Pardo, Pedro de] fué testigo en Carácas de gran parte de los sucesos que refiere, y aunque Americano, natural de Santafé de Bogotá, era enemigo de la causa de la Independencia, por lo cual merece más crédito su relación. Vino a Carácas comisionado por la Regencia de Cádiz para la pacificación del Nuevo Reino de Granada, adonde nunca llegó." (**Op. cit.**, vol. II, pp. 575-576). Problemas y consideraciones semejantes ha suscitado la utilización del testimonio de los mercenarios extranjeros que lucharon por la independencia de Venezuela y por la República de Colombia. Quizá el caso más notable sea el de Luis Perú de Lacroix [1780-1837] y de su obra, publicada por primera vez en 1870, en París, con efectos que alarmaron a la historiografía bolivariana, motivando refutaciones encendidas, orientadas a invalidar su testimonio y a descalificarlo como testigo. Una visión más que sintética de este asunto la ofreció José Abel Montilla [1890-1979]: ..."En esta ciudad [París] escribió un francés Perú de La Croix [Luis] el famoso libro **El Diario de Bucaramanga** (sic) que es una valiosa obra sobre los hombres y los sucesos de la Emancipación. El autor publica algunos juicios que recogió de los labios del Libertador, los cuales por ser muy crudos escuecen a nuestros amigos los neogranadinos. El genio aparece hasta como iconoclasta de la Historia, porque echa por el suelo algunas leyendas hermosas, entre éstas la de Ricaurte [Antonio, 1786-1814] en San Mateo, de quien dice que lo vió muerto en las inmediaciones del Ingenio de la finca, después de la lucha, con una lanzada en la espalda y que él fue el inventor de la proeza estupenda de la voladura del parque de armas, con el fin de redoblar la moral del ejército"... (**Op. cit.**, p. 531). No ha sido demasiado difícil para los celosos bolivarianos el descalificar a Luis Perú de La Croix como testigo y el desdeñar su testimonio, pues a ello parece prestarse la azarosa vida del diarista. No puede suceder los mismo con Daniel Florencio O'Leary [1801-1854], cuya devoción por el Libertador no presenta fisuras. Pero en 1969 publicó R. A. Humphreys [1907] un cuaderno de notas del benemérito irlandés en el cual se consignan juicios no propiamente benévolos sobre varios de los principales actores de las guerras de independencia. El cuaderno contiene notas fechadas desde el 30 de

julio de 1830 hasta el 29 de julio de 1848. En parte las utilizó para componer su **Narración**. Son resultado de la propia observación y de testimonios recogidos. Casi al inicio del cuaderno figura esta anotación: "Indudablemente que el más grande hombre producido por la revolución colombiana o sur-americana es Bolívar [Simón], Páez [José Antonio] el más extraordinario, Sucre [Antonio José de] de lejos el más perfecto, y Santander [Francisco de Paula] el más afortunado." (**The 'Detached Recollections' of General D. F. O'Leary**, p. 12). Pero más adelante, al enumerar las cualidades de Sucre, apuntó: "Sucre era un hombre muy vanidoso, pero tenía razones para serlo. Era superior a casi todos los hombres públicos con quienes traté en América. En cuanto a sus principios, era liberal, pero no republicano"... (p. 17), y añadió anécdotas y apreciaciones que seguramente disgustarán a más de un académico. Pero, ¿es posible descalificar como testigo al patriota irlandés? En suma, suficiente para alarmar a los guardianes del culto heroico, movidos por su vivencia acrítica de esa respetable fuerza del espíritu que es el patriotismo, pero la cual puede conducir también, en todos los campos y tiempos, al más detestable extravío, cual le sucedió a Martín Tovar Ponte [1772-1844] cuando escribió a su esposa, Rosa Galindo, desde San Mateo, el 24 de marzo de 1814: ..."es necesario tener los sentimientos de un bruto para no tomar las armas y morir por tan justa y bella causa. Que mis hijos no existan y que les caigan todas las maldiciones de Dios si pensaren de otra manera. Estos son mis deseos, si tu me amas es necesario que tu hagas por tu parte cuanto puedas; de otra manera yo lloraré hasta en la otra vida mi desgracia, y mis maldiciones desde allí atormentarán tu espíritu no dejándote tranquila ni un solo instante." ("Documentos de carácter político, militar y administrativo relativos al período de la Guerra a Muerte". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Nº. 69, página. 166).

65. Laureano Vallenilla Lanz, "La insurrección popular". **Cesarismo democrático**, pp. 89-90. La pregunta, nacida no sabemos si de asombro o de indignación, o de ambas cosas, podría repetirse una y otra vez. Cabría perfectamente en el presente, cuando con motivo de conmemorarse quinientos años del inicio de la empresa definitiva de descubrimiento, exploración, conquista y colonización de las hoy tierras de América por los europeos, se han pronunciado los mayores exabruptos acríticos, a la manera del precedente sentado por Emilio Menotti Spósito Díaz [1891-1951]: "Y es así cómo, de la lectura meditada de todos los historiadores de las Indias Occidentales, nos queda en el espíritu, sobrecogido de terror, la impresión imborrable de una infinita procesión de locos sanguinarios y místicos, desfilando sobre las páginas de las Noticias y de los Hechos, como sobre las vértebras graníticas de las montañas sin caminos, de los bosques sin salida y de las

pampas inacabables. Perros amaestrados en el crimen acompañan los ejércitos de visionarios"..."Locura, sangre, fanatismo y sensualidad. He aquí los cuatro grandes capítulos de la Ilíada americana"... (**Obras selectas**, pp. 191-192). No parece que Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] limitara su reacción a ..."la historia de nuestra emancipación"..., pero dada la concentración de la historiografía venezolana en esa época, le sobraban razones, a juzgar por lo dicho por Francisco Izquierdo [1882-] en su versión de la obra de Ramón Páez [1810-1894]: "Los juicios de Ramón Páez sobre su padre y sus adversarios políticos, no están en su mayoría de acuerdo con los emitidos por la posteridad, y aun cuando la historia completa e imparcial de los sucesos en medio de los cuales discurrió el agitado vivir del vencedor de Carabobo, no ha sido escrita aún como la importancia del asunto lo demanda, la presente generación, extraña a las enconadas luchas de añejos partidos, ha comenzado a ver claro en medio de la confusa mezcla de opiniones favorables o adversas, no siempre libres de intereses de facción o de algún modo interesadas, que en herencia nos dejaron los hombres de aquellas épocas genésicas y fundamentales"... (**Op. cit.**, p. vi).

66. Acisclo Valdivieso Montaño, **José Tomás Boves**, p. 52-53.

67. José de Oviedo y Baños, **Op. cit.**, p. xxii.

68. **Ibidem**, p. xxi. A este respecto dijo Eduardo Arcila Farías [1913]: "Debe observarse que, a pesar de todos sus enunciados objetivistas incurrió (aunque en muy contadas ocasiones y en pasajes de escasa importancia) en algunos de los errores que él había advertido en sus antecesores, y, así, prestó oídos a ciertos relatos fantásticos de monstruos marinos y a otros no menos inverosímiles." ("Oviedo y Baños en la historiografía", en Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, 1ª. ed., p. 47). (Véase: nota 48). Al contrario, desde el punto de vista crítico metodológico en modo alguno es posible restarle importancia a tales pasajes, puesto que ellos entregan claves para la apreciación de la elaboración crítica realizada por el autor en toda su obra. Angelina Lemmo Brando compuso una reveladora evaluación crítica de la obra de José de Oviedo y Baños. (**Op. cit.**, pp. 105-115).

69. **Op. cit.**, p. 516. Luis Alberto Sucre dice en su obra **Gobernadores y capitanes generales de Venezuela**, (pp. 68-69), que se trata en realidad de Francisco Hernández de Chaves, –y no de Juan de Chaves–, quien gobernó en el lapso 1569-1570, dejando recuerdo de buen gobernante. No se conocen sus fechas vitales.

70. **Ibidem**, pp. 548-549. Esta obra fue ..."escrita en Caracas a principios del siglo XVIII y publicada por primera vez en Madrid en 1723"... (Pedro Grases, "Ofrecimiento" de la edición de Caracas, de 1967). En Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift [1667-1745], publicada por primera vez en 1726, se lee: ..."Pero dudo de que nuestras conquistas en los países de que trato, serían tan fáciles como las de Ferdinando Cortez (sic) sobre los desnudos americanos"... (**Op. cit.**, página 342).

71. **Op, cit.**, pp. 320-325. Gulliver habla, sentencioso, de cuando descubrió ..."la picardía y la ignorancia de quienes simulan relatar anécdotas, o historia secreta; de quienes envían tantos reyes a la tumba con una copa envenenada; de quienes repiten el diálogo entre un príncipe y su primer ministro, cuando no hubo testigo alrededor; de quienes penetran el pensamiento y el despacho de embajadores y ministros; y viven el perpetuo infortunio de equivocarse"... (Jonathan Swift, **Op. cit.**, pp. 244-245).

72. Me refiero a mis dos estudios titulados: **Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia** y "La supuesta empresa antiesclavista del Conde de Tovar y la formación del peonaje. Estudio crítico del testimonio de Humboldt". **Temas de historia social y de las ideas.**

73. Domingo Alberto Rangel, **Gómez el amo del poder**, páginas 265-266.

74.- Lucio Apuleyo, **La metamorfosis o el asno de oro**, páginas 287-290.

75. **Ibidem**, p. 313. El temer hablar de oídas, al no poder averiguar lo que se dice, es compromiso elemental del testigo. Así lo entendió Cayo Cornelio Tácito cuando decidió transmitir lo que se decía de los fennos, pueblo de Germania, advirtiéndole al lector: ..."Lo demás que se cuenta de la tierra y la gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; como decir que los helusios y oxiones tienen las cabezas de hombre y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar esto, como cosa que no está averiguada." (**Op. cit.**, página 49).

76. H.-I. Marrou, **De la connaissance historique**, p. 97. Son muchos los factores que pueden conspirar para inhibir el sentido crítico. No sería posible decidir entre el amor y el odio cuál es el más fuerte, pero no cabe duda de que tratándose de la biografía, por ejemplo,

el sentimiento de admiración que tiende a establecerse entre el biógrafo y el biografiado ha sido, tradicionalmente, el escollo contra el cual han tropezado los más decididos propósitos de objetividad. Ricardo Becerra [1836-1905] tuvo el cuidado de advertírselo al lector: "Hace tiempo que, consagrados nosotros por irresistible inclinación al estudio de la historia de América, y en particular al de los orígenes y primeros pasos de la revolución de 1810, hubo de herirnos vivamente la circunstancia de encontrar siempre, al cabo de nuestras exploraciones por archivos y bibliotecas, en el recuerdo de los pocos sobrevivientes á la gran generación y en las tradiciones que ésta nos legara, la palabra siempre impulsiva y la figura siempre imponente del Precursor venezolano. Excitados por la curiosidad, tratamos de acercarnos cuanto nos era posible al personaje que por tal modo nos la inspiraba. A medida que nos aproximábamos á él, aquel sentimiento se trocaba en respeto, y á la postre, en una admiración á la cual ponemos, sin embargo, más de una reserva. Desde entonces nos dedicamos á recoger datos y hacer apuntaciones, aunque sin más objeto que el de fortificar nuestra memoria. Más adelante nos asaltó el ambicioso deseo de escribir una monografía. Los hombres que han pasado á la historia con el sudario de sus padecimientos y de su derrota al servicio de una noble causa, nos han inspirado siempre más interés que los vencedores laureados de esa misma causa." (**Vida de Don Francisco de Miranda**."Prólogo", vol. I, p. 14). En defensa de los fueros de la metodología elaborada por ..."nuestros viejos maestros positivistas"..., según el decir de H.-I. Marrou, insurgió Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] contra los vuelos interpretativos de Carlos A. Villanueva [1865-1925] en su obra **El Imperio de los Andes**: "Para mayor honra de nuestro amigo y compatriota y para mejor provecho de la Historia Hispano-Americana, habríamos siempre deseado que se limitase a su oficio de investigador y erudito, es decir: aplicando las reglas ya establecidas por los hombres de ciencia a la crítica de los documentos tan laboriosamente recopilados, a fin de darlos al público en toda su pureza, en el propio idioma en que están escritos y con las anotaciones y aclaratorias que fueran sugiriéndole las operaciones concernientes a la Metodología; sobre todo en la crítica de *proveniencia* y de *interpretación*, cuyo principal instrumento es el *análisis interno* del documento, tratando de poner de relieve todos los indicios propios, no sólo a la personalidad del autor, sino al tiempo, a las circunstancias y a las influencias de todo género que pudieron pesar sobre él"... (**El Libertador juzgado por los miopes**, p. 5). De manera general parece oportuno recordar una recomendación que me hice cuando era estudiante de historia: ..."Lejos del historiador científico debe estar la rendida admiración ante testimonio alguno. Y ello pese a que no pocos filósofos de la historia o críticos acerbos de los estudios históricos, no vean en esa actitud mas que vana

justificación de una pedantería sistematizada. No valen igual todos los testimonios para el historiador, pero es tan compleja la maraña de consideraciones que suscita el examen del testigo, que casi podríamos afirmar la inexistencia del testigo privilegiado, y ello en último análisis, puesto que tal suerte de testigo tiende necesaria y peligrosamente a confundirse con el actor, ente sospechoso por excelencia a la hora de hacer historia crítica." ("Los «ingenuos patricios» del 19 de Abril y el testimonio de Bolívar". **Crítica Histórica**, p. 48). Diego Carbonell [1884-1945] censuró el hecho de que Carlos A. Villanueva [1865-1925] afirmase que ..."los documentos de las cancillerías de París y de Londres".., en los que basó su estudio, ...«constituyen el testimonio irrefutable de testigos presenciales, quienes comunicaron, bajo la más rigurosa imparcialidad, lo que se les dijo, oyeron y vieron»".., lo que le permitió sostener que presentaba ..."«un estudio químicamente puro»." Ante semejante aseveración Diego Carbonell sentenció: "Fácil es concluir que el ingenuo señor Villanueva [Carlos A.] desconocía el valor que en la ciencia de la Historia se asigna a la imparcialidad rigurosa y al testimonio irrefutable de los testigos presenciales." Y de inmediato se apoyó en Gustavo Le Bon: "«De manera general puédese decir que en materia de testimonio es la buena fe y no la mala fe lo que es peligroso. La mala fe se descubre fácilmente por las contradicciones del testigo cuando repite una narración mentirosa. ¿Pero cómo diagnosticar las aberraciones mentales de que es víctima el hombre sincero? La mala fe, desde luego, se transforma a menudo, por autosugestión, en buena fe. Resulta por eso, imposible casi repetir largo tiempo una misma mentira sin acabar por creerla»"... ("Escuelas de historia en América". En Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, 1ª. edición, p. 116).

77. **Op. cit.**, p. 103. Quizá también deba tener presente el historiador lo que según Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778] le sucedió a unos jueces: ..."juzgaron correctamente, porque se guiaban por las luces de la razón; y los otros [se refiere a los abogados] habían opinado erróneamente porque sólo habían consultado sus libros"... ("Le monde comme il va". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**, página 85).

78. Vissarion Grigorievitch Bielinski, **Op. cit.**, pp. 363-364 .

79. Ralph Linton, **Estudio del hombre**, pp. 11-12. Diego Carbonell (1884-1945) se planteó este problema a propósito de la crítica de la historiografía heroica y de la necesidad de una aproximación a los hechos liberada de esta servidumbre del intelecto: ..."se aspira a que lo heroico en la Historia, de que habló Carlyle, se transforme sin que esto

aniquile la gloria de los pueblos representados por sus grandes hombres, en la interpretación científica de los hechos humanos; o de otro modo, quiérese que el historiador aparte de su pluma aquella honda impresión que pudiera sostener la heroicidad al lado de sus ideas de narrador; y que así como el naturalista que diseca no se ocupa de la fealdad de un batracio sino que observa la verdad fisiológica de los procesos funcionales en las entrañas palpitantes, por modo análogo el historiador debe mirar en los personajes heroicos junto a la psicología de los grandes hombres, la condición humana de las muchedumbres que evolucionan en medio de la grandeza o de las vilezas, en medio de las naturalezas brillantes y al lado de los instintos más grotescos"... (**Op. cit.**, p. 25).

80. Voltaire, artículo "Conciles". ("Dictionnaire Philosophique." **Op. cit.**, t. II, p. 220). Sin embargo, no parece que la receta se haya perdido por completo. Ha cambiado de ropaje, pero sigue siendo la misma que se percibe, valga el ejemplo, en un "documento técnico" producido por el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), de la Universidad Central de Venezuela: ..."La determinación de factores institucionales y estructurales que obstaculizan, impiden o favorecen la integración de la comunidad puede analizarse desde dos ángulos diferentes: subjetivo y objetivo. Es decir, por una parte la comunidad vista por sus integrantes, o sea como éstos la perciben y por la otra un estudio de la organización de la comunidad, o sea, constatar lo que realmente existe y surge del análisis objetivo de un investigador." (**Plan de operaciones de la investigación del fenómeno de urbanización en Venezuela**, p. 38). En pocas palabras: subjetivo es lo que tú ves; objetivo es lo que yo veo.

81. Sobre el concepto de "historia tribunal", véase mi obra **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio.** Allí hay apreciaciones de autores venezolanos de diferentes épocas. De manera general puede afirmarse que la evolución de la historiografía venezolana en esta materia se encuentra representada por el modo como la Academia Nacional de la Historia entendió el mandato que le diera su fundador, el presidente de la República Juan Pablo Rojas Paúl [1829-1905], en su discurso inaugural de la corporación. En efecto, partiendo de sus recomendaciones acerca ..."de la imparcialidad del historiador"..., y de las actitudes intelectuales y morales que determinan ..."la legitimidad y la fuerza de los fallos que dice el historiador"..., la corporación se convirtió en un remedo de tribunal que se atribuyó la facultad de condenar obras y por ende autores. Buen ejemplo de esto es la sentencia dictada sobre el **Bolívar** de Salvador de Madariaga [1886-1978], el 9 de agosto de 1951, cuya parte dispositiva reza: "3º.- En

suma, el libro del señor Madariaga es unilateral. Carece de la imparcialidad reclamada por la ciencia de la historia y de la flexibilidad comprensiva capaz de convertirla en arte. Se resiente del afán de singularidad propio del autor y desde este punto de vista es más que unilateral, unipersonal. Muy poco se encontrará en él, como proba contribución al mejor conocimiento de la independencia hispanoamericana y de sus mayores paladines, desde 1790 hasta 1898, desde Miranda hasta Martí. Es un libro perdido para la crítica elevada y la verdadera historia." Y se dejó constancia de los académicos que por estar ausentes no participaron de semejante atentado contra el espíritu crítico. Quizá no habían tenido ocasión los improvisados jueces de reflexionar sobre la sensata recomendación contenida en el "Prefacio de la primera edición", fechado Berlín, mayo de 1906, puesto por José Gil Fortoul [1861-1943] a su **Historia Constitucional de Venezuela**: ..."Señalar errores pasados y presentes, injusticias, aberraciones, crímenes, accesos de locura individual o colectiva, es tarea aunque ingrata indispensable, porque todo eso aparece también e influye en la evolución de todo pueblo; pero abrir tribunales de justicia para pronunciar alegatos y dictar sentencias, apasionados los unos y las otras, si es costumbre tal vez incorregible en la diaria disputa política, resulta siempre método estéril en la serena averiguación histórica."

82. Felipe Larrazábal, **Vida del Libertador Simón Bolívar**, página 471.

83. León de Las Casas escribió a José María de Rojas [1828-1907] desde París, el 15 de febrero de 1884: ..."Lo demás es incurrir en vaguedades en busca de alucinaciones vulgares, cosa vedada al historiador, que debe ser juez serio é imparcial (José María de Rojas, "El general Miranda y la familia de Las Casas". **Tiempo perdido**, p. 44). Generalmente cuando se habla de la "historia tribunal" se piensa en una instancia destinada a conocer las acciones de los protagonistas de acontecimientos estimados como históricos, y a dictar sentencia poco menos que inapelable. Recomendar conductas a esa instancia puede ser, sin embargo, un recurso para eludir la obligación de emitir un juicio propio, directo e inmediato, dada la carga de responsabilidad que esto implica. De allí que se destaquen los espíritus determinados que no eluden el trance, y son capaces de enfrentar criterios socialmente establecidos. Tal fue el sentido de responsabilidad intelectual demostrado por Mariano Picón Salas [1901-1965] cuando, en 1941, emitió un juicio crítico sobre Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], apenas cinco años después de la muerte del general Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935] y cuando todo lo que tocaba al régimen por él establecido era de tratamiento peligroso: "Mucho mayor viveza de forma y de in-

tención dialéctica, tienen los trabajos de Vallenilla Lanz [Laureano]"... Fundamentó su juicio en términos ponderados que contrastaban con el concepto en que generalmente se tenía a quien era considerado"el teórico de la dictadura": "Recuerdo –siendo yo un adolescente– haber escuchado dos o tres veces la charla vivísima y anecdótica de Vallenilla Lanz [Laureano]. Para ser un venezolano de su tiempo, había acumulado una carga opulenta de fría desilusión. Manejaba cada anécdota de los caciques de la guerra civil, como una ley de inexorable Sociología. Por no creer en la eficacia de las ideas, se entregaba a ese mensaje oscuro del instinto bárbaro. Escribió con talento y seguramente fué sincero. A la corriente intelectual que él representó, se le pueden aplicar algunas de las ideas-fuerzas de aquella política." (**Op. cit.**, pp. 52 y 53). Mariano Picón Salas pareció responder al llamado de Emilio Menotti Spósito Díaz [1892-1951]: "Se impone categóricamente al historiador venezolano, que pretenda adentrarse en los hechos y los hombres de 1900 para acá, una cuidadosa revisión de los acontecimientos políticos originados por la invasión a la capital de los rudos montañeses del interior de la República. Prescindiendo en absoluto de simpatías y pasiones sectarias, y de los falsos documentos de la conveniencia oficial, por una parte, y por la otra de los libelos oposicionistas y de los pasquines de la prensa periódica, desbordada a la muerte del General Gómez [Chacón, Juan Vicente, 1857-1935], el narrador imparcial debe sopesar, en la balanza de los hechos cumplidos, –el pro y el contra de una de las épocas más difíciles del país–".... (**Op. cit.**, p. 285). Conocida la posición política e ideológica democrática y socializante de Mariano Picón Salas, resulta tanto más apreciable su serenidad de juicio, como lo es la demostrada, al menos en una ocasión, por Rufino Blanco Fombona [1874-1944], dado su exaltado patriotismo bolivariano, cuando escribió en su **Bolívar y la Guerra a Muerte**, refiriéndose a la guerra de independencia de Venezuela en 1813-1814: ..."Fuera de todo posible control, la ola de banditismo crecía. Fuera del alcance de ambos gobiernos, realista y republicano, andaban por su cuenta bandidos no oficiales; otros bandidos, ajenos a toda idea o preocupación política"... (p. 146). "Ha sido una regresión colectiva y casi absoluta a la barbarie. Sólo se han mantenido las ideas de civilización y de responsabilidad, entre los realistas, en hombres como el capitán general Cajigal [Juan Manuel, 1754-1823], el Coronel Correa [y Guevara, Ramón, 1770-1821] y en algunos jefes del ejército regular de España; entre los republicanos, en los campamentos de algunos jefes. De algunos, no de todos. Porque entre los patriotas también se han cometido barbaridades sin cuento, ya por contagio, ya en desquite y por castigo; pero la barbarie, en suma, era quien triunfaba"... (p. 149). "Desde luego la soldadesca, si bien aleccionada por la constante prédica de los jefes republicanos, era tan bárbara y cerril como las hordas venezolanas de los caudillos espa-

ñoles, canarios y americanos del absolutismo. Pero no arrasaban siempre ni de igual modo. A los unos los contenían a veces los jefes; a los otros, los azuzaban siempre. Pero de todas suertes, temían los realistas que les esperase la muerte, huían de los patriotas y tenían razón de huir. La barbarie era común, en el fondo, en ambos partidos." (p. 156). Esto dicho, aunque con sobra de reticencia, en tiempos de Vicente Lecuna [1870-1954] y de los más celosos guardianes del culto a los héroes...

84. Por consiguiente, importa mucho preservar la integridad de los expedientes histórico-judiciales. Comentando la obra **Médicos venezolanos**, del Dr. José Manuel de los Ríos [1826-1914], se preguntaba César Zumeta [1863-1955] en **El Monitor Liberal** (Caracas, 25 de noviembre de 1898): "¿En dónde está la rectificación de los juicios erróneos y de los fallos parciales de Baralt [Rafael María, 1810-1860], en dónde el complemento de las mutilaciones infligidas a la documentación de O'Leary [Daniel Florencio, 1801-1854] y Blanco [José Félix, 1782-1872]?" (**Op. cit.**, página 281).

85. Santiago Key-Ayala, "Luz de Bolívar". **Obras selectas**, página 339.

86. Caracciolo Parra Pérez, **Mariño y las guerras civiles**, vol. I, p. 221. La ya categórica, –pero muy discutible–, afirmación de fe documentista de este autor se radicaliza aun cuando se concluye, como lo hizo Vicente Dávila [1877-1949], que lo que no consta en documento escrito no existe, si bien tuvo el cuidado de acudir a pruebas indirectas o supletorias: ..."Se advierte una vez más que la sociedad hispanoamericana durante la Colonia estaba dividida en clases, que no en Castas. Los documentos oficiales de esa época ni siquiera nombran la palabra Casta; ésta en la India Oriental significa una división social de la cual no se sale nunca. Lo contrario pasaba en América, el negro, que se compraba como pieza, podía él mismo rescatarse y sus hijos con más veras. /"El historiador francés Dépons [François, 1751-1812] dice que el manumitirse era un problema de fácil solución en Venezuela. /"De modo que la división era de clases, que hemos venido confundiendo con la de Castas." (**Op. cit.**, vol. II, p. 86). Mas no falta quien no se arredre por la ausencia del documento y la supla con el criterio de autoridad, a la manera de Francisco Herrera Luque [1927-1990], (Véase la nota 22), o de Carlos González Rubio, refiriéndose a la rotura de la espada de Simón Bolívar cuando éste, huyendo de quienes buscaban matarlo el 25 de setiembre de 1828, intentó forzar con ella la puerta de la casa de Don José de la Serna y Ricaurte: "Nunca, hasta ahora, habíamos oído referir tal incidente en el curso de la milagrosa escapada de

Bolívar [Simón]. Por referirlo el doctor Cuervo [Rufino José, 1844-1911], tan serio y veraz en sus asertos históricos, le concedemos crédito. Admitida esta versión, que no sabemos de qué fuente la tomó el acucioso historiador, debemos detenernos, con este novedoso dato, a rectificar lo que hasta ahora sabemos sobre el camino recorrido por el Libertador desde el estratégico balcón del Palacio hasta las oscuras arcadas del puente del Carmen." ("La nefanda noche". **Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela**. Caracas, diciembre de 1958, Nº. 57, p. 603). Eloy Guillermo González [1873-1950] dio una rotunda prueba de su convicción documentista cuando autores colombianos, y entre ellos el general Uribe Uribe [Rafael, 1859-1914], con quien se entrevistó, objetaron la presentación que de ..."las facultades intelectuales"... y ..."la instrucción literaria"... del general José María Córdova [1799-1829] hizo en su cuadro historiográfico intitulado "La bravura superflua." Replicó: ..."ni este personaje ni aquellos escritores, pusieron a mi disposición documentos auténticos y convincentes, que pudieran neutralizar o destruir las deducciones, inducciones y afirmaciones que contiene el capítulo, resultantes de los únicos testimonios de fe pública de los cuales me he valido: la correspondencia y juicio del Libertador, las comunicaciones oficiales y cartas del propio general Córdova [José María], y el juicio del historiador Baralt [Rafael María, 1810-1860], ya que no debía atenerme –por obvios motivos– a las solas afirmaciones del general O'Leary [Daniel Florencio, 1801-1854]. Cuando tenga a mi vista y disposición documentos auténticos, autógrafos del general Córdova [José María], de los cuales aparezca su personalidad intelectual y su provisión personal de instrucción, directamente reveladoras e insospechables, como aparecen en los documentos escritos o dictados por hombres como Anzoátegui [general José Antonio, 1789-1819], Briceño Méndez [general Pedro, 1792-1835], Carabaño [Aponte, general Francisco, 1770-1848], Espinar [general José Domingo, 1791-1865], Flores [general Juan José, 1800-1864], Héres [general Tomás de, 1795-1842], Andrés [general, 1807-1875] y Diego [1798-1852] Ibarra, Tomás [general, [1787-1822] y Mariano [general, 1782-1851] Montilla, Tomás Cipriano de Mosquera [coronel José, 1782-1836], Leandro Palacios [general José, 1782-1836], Salom [general Bartolomé, 1780-1863], Juan Santana [general, 1804-1882], Valdés [general José Manuel, 1780-1845], me será muy agradable y honroso –por ser obligación de honradez– hacer y publicar todas las rectificaciones necesarias. Mientras tanto, no puedo deducir sino lo que yo he deducido de los intrincados logogrifos del General colombiano." (**Al margen de la epopeya**, página 171).

El papel desempeñado por las colecciones documentales en el desenvolvimiento de la historiografía venezolana puede ser considerado como de doble significación. Han sido fundamentales en el

acopio y la preservación de la documentación bolivariana, pero no lo han sido menos en la desorientación de esa historiografía al inducir a la confusión entre el proceso histórico global y la vida de Simón Bolívar. (Véase mi obra **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**, cap. II). En la que podría muy bien ser denominada la pasión documental bolivariana se ha dado el juego entre la preservación y la depuración, pues no han faltado quienes han pensado servir mejor la gloria histórica de Simón Bolívar omitiendo los documentos que a su juicio no la favorecían. La pasión documentista bolivariana fue conmovedoramente expresada por Felipe Larrazábal [1816-1873]: "Poseido de aquella idea [recoger y preservar la correspondencia de Simón Bolívar] que fanatizó mi espíritu, y sin haberme puesto de piés en la dificultad que contenia, emprendi mi tarea, y la inicié con ardor. Nunca, lo confieso, nunca he tenido un empeño mas laborioso, ni llevado ocupación mas prolija, sin que el lucimiento se proporcione á las fatigas del trabajo.– Fácil es, sin embargo, inferir la solicitud que haya empleado y las dificultades que habré tenido que superar, para reunir un número tan crecido de cartas orijinales, y muchas de ellas *autógrafas*; pero, esa perseverancia infatigable, ese empeño eficaz que nada entibia, no son del género de aquellos hechos que grangean merecimiento, ocultándose lo enojoso de la empresa entre los primores del buen suceso, ó mejor, desvaneciéndose por el contento de hallarla realizada.– Que si los muchos pasos y diligencias que he dedicado á la consecución de esta correspondencia valiesen por méritos, podia prometerme que fuesen iguales, por lo ménos, á los de otros escritores que dan á la estampa sus propias producciones." (**Op. cit.**, pp. vii-viii). Con estas últimas palabras Felipe Larrazábal le dió entrada, en su pasión documentista bolivariana, a la duda producida por el contraste entre documentismo e historiografía. Angel Rosenblat [1902-1984] citó sobre el debate en torno a este contraste la posición crítica de José Ortega y Gasset [1883-1955], declaradamente coincidente con la de Federico Hegel [1770-1831] en su **Filosofía de la Historia**: "Desde las primeras lecciones que componen este libro, Hegel [Federico] ataca a los filólogos, considerándolos, con sorprendente clarividencia, como los enemigos de la Historia. No se deja aterrorizar por «el llamado estudio de las fuentes», que blanden con ingenua agresividad los historiadores de profesión. Un siglo más tarde, por fuerza hemos de darle la razón: con tanta fuente se ha empantanado el área de la Historia. Es incalculable la cantidad de esfuerzo que la filología ha hecho perder al hombre europeo en los cien años que lleva de ejercicio. Sin ton ni son se ha derrochado trabajo sobre toneladas de documentos, con un rendimiento histórico tan escaso, que en ningún orden de la inteligencia cabría, como en éste, hablar de bancarrota. Es preciso ante todo, por alta exigencia de la disciplina intelectual, negarse a reconocer el título de cien-

tífico a un hombre que simplemente es laborioso y se afana en los archivos sobre los códices. El filólogo, solícito como la abeja, suele ser, como ella, torpe. No sabe a que va todo su ajetreo. Sonambúlicamente acumula citas que no sirven para nada apreciable, porque no responden a la clara conciencia de los problemas históricos. Es inaceptable en la historiografía y la filología actuales el desnivel existente entre la precisión usada al obtener o manejar los datos, y la imprecisión, más aún, la miseria intelectual en el uso de las ideas constructivas./"Contra este estado de las cosas en el reino de la Historia, se levanta la historiología. Va movida por el convencimiento de que la Historia, como toda ciencia empírica, tiene que ser ante todo una construcción y no un «agregado» para usar el vocablo que Hegel lanza una y otra vez contra los historiadores de su tiempo." ("Ortega y Gasset: lengua y estilo". **Homenaje a Ortega y Gasset**, páginas 81, 83 y 82).

En cuanto a los depuradores de la documentación bolivariana, no parece que se pueda invocar un testimonio más pertinente que el del propio Simón Bolívar, según Daniel Florencio O'Leary [1801-1854], refiriéndose al criterio que pensaron aplicar los primeros compiladores [**Colección de Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú Simón Bolívar**, para servir a la historia de la Independencia del Suramérica]: "Cuando el Gl B— regresó a Caracas desde el Perú en [18]27, los compiladores de los «documentos publicos» le dijeron que ellos tenían la intención de apartar algunos que podrían ser considerados como desfavorables a su personalidad. «No», sentenció, «imprímanlos todos y dejen que la posteridad tenga una leal oportunidad de juzgarme»." (Op. cit., p. 51). Sin embargo, esta actitud ante la documentación bolivariana, que fuera rechazada por el propio Simón Bolívar, prevaleció. Refiriéndose a la vasta compilación titulada **Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia**, dijo Caracciolo Parra Pérez que muchas de las piezas ofrecen ..."inexactitudes, supresiones y quizá interpolaciones inverificables. El general presbítero José Félix Blanco [principal compilador, 1762-1872] no sabía ser imparcial en cuanto atañía al Libertador y, sin que queramos ofender su nombre, puede parecernos que algunos de sus textos no deben tomarse por evangélicos"... (**Mariño y la independencia de Venezuela**, Introducción, p. xxx). Entre los historiadores documentistas venezolanos destaca Francisco González Guinán [1841-1932] con su extensa **Historia contemporánea de Venezuela**, en 15 volúmenes. De ella dijo Diego Carbonell [1884-1945]: "En páginas numerosas la obra del señor González Guinán es una utilísima edición de diarios, sobre todo de la Gaceta Oficial de Venezuela"... (Op. cit., p. 184).

87. Caracciolo Parra Pérez, **Mariño y la independencia de Venezuela**, vol. I, p. 329. Parte pues, el historiador crítico, en campaña contra lo que podría alejarlo de la realidad y, naturalmente, cae presa de temor ante "la loca de la casa", es decir ante todas las manifestaciones de imaginación, que van desde la presunción hasta la pura fantasía, pasando por la más modesta conjetura. Así, Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] sentenció que Simón Bolívar, ..."sorprendido por la carta de Páez [José Antonio, 1790-1873] en que le proponía la Dictadura o la Monarquía"..."la envió a Santander [Francisco de Paula, 1792-1840], con un propósito que nadie está autorizado a presumir, porque las suposiciones no tienen valor en Historia"... (**El Libertador juzgado por los miopes**, p. 7). La hija predilecta de la suposición es la llamada "historia si"; es decir aquella que partiendo de hechos supuestamente comprobados se entrega a imaginar cursos históricos alternativos, en los cuales la cadena de los supuestos conduciría a simples juguetes de la imaginación, si no interviniera oportunamente el espíritu crítico para cerrarles el paso. Ramón Díaz Sánchez [1903-1968] ofreció un buen ejemplo de este proceso: "Muerto Boves [José Tomás, 1782-1814] en l814, Páez [José Antonio, 1790-1873] recoge su lanza y la horda llanera se pasa a la causa de la república sin ninguna violencia y sin la más leve vacilación. Y he aquí un hecho que deja un interrogante similar al que medio siglo después trazará la muerte de Ezequiel Zamora [1817-1860]. ¿Qué rumbo habrían tomado los acontecimientos de Venezuela si el asturiano no cae, víctima de una anónima lanza, en la batalla de Urica? Pero esto pertenece al transmundo de la conjetura y de la teoría. Lo real, lo evidente y lo valedero es que del choque entre las ideas y las realidades de aquel momento, surge un esquema de caudillismo lleno de virtuales proyecciones futuras: de un lado el caudillismo de Boves [José Tomás] que es en esencia el mismo de Páez [José Antonio], de Mariño [Santiago, 1788-1854], de Monagas [José Tadeo, 1785-1868] y de todos los hegemones venezolanos, y del otro el de Bolívar [Simón], que muere con él pero que le sobrevive en su pensamiento." (**Op. cit.**, pp. 296-297). Más verosímil luce la visión condicional de Juan Germán Roscio [1763-1821] acerca del que habría podido ser el curso de la naciente república venezolana: "La primera época de la República de Venezuela que empieza desde el 19 de abril de 1810 hasta mediados de 1812, ha sido marcada por la liberalidad y la filantropía de sus principios, y este país se hubiera elevado a un alto grado de prosperidad si un terrible sacudimiento de la naturaleza no le hubiera hecho perder su existencia política." ("Informe anexo a instrucciones diplomáticas para los agentes en Londres.- 1819". **Obras**, t. II, p. 247). Por supuesto, pocos deslices imaginativos se prestan mejor a la sátira, como se aprecia en la larga tirada de síes que enhebra un personaje novelesco de José Abel Montilla [1890-1979]: "Otras veces, el

Administrador se iba hacia los acontecimientos de la Independencia y entonces era una desfilada de deslumbrantes personajes, los cuales parecían de siglos atrás, al compararlos con los que ahora predominaban. En una ocasión dijo: «Si mi padre no hubiera estado enfermo, con cálculos en la vejiga, para el tiempo que se preparaba y se libró la Batalla de Carabobo, seguramente que Páez [José Antonio] no habría tomado el ascendiente que cobró después desde esa acción en el país y no se habrían producido los desgraciados acontecimientos del año veintiseis y del año treinta contra la autoridad del Libertador, porque mi padre era un dechado de lealtad y un amigo de Bolívar [Simón] a toda prueba, cuyas glorias y memoria veneró hasta sus días postreros." (Op. cit, p. 400). Pero si el combatir la imaginación pareciera ser un deber del crítico celoso del apego a lo real, nada le asegura una victoria fácil, pues aquélla cuenta no sólo con recursos sino también con algunos logros en la prosecución de objetivos similares a los procurados por el historiador, cuando éste quiere ser algo más que un restaurador del pasado: ..."lo que tiene más valor en la producción cultural venezolana, son algunas obras de imaginación donde el instinto del artista como en ciertas páginas de poesía o de novela tropezó más inconscientemente que conscientemente, con el secreto o el enigma nativo"... (Mariano Picón Salas, **Op. cit.**, p. 57). Por esta razón, y para contrariedad de los metodólogos recalcitrantes, se ha caído en la tentación de poner el "enemigo" al servicio de la buena causa, es decir hacer que la imaginación sirva al conocimiento histórico: ..."la «Historia»".., dice Arnold J. Toynbee [1889-1975], ..."nunca ha logrado prescindir por entero de elementos de ficción"... Y propone una fórmula eficaz para superar la contraposición, aparentemente absoluta, entre imaginación e historia: "En realidad, al observar y presentar las instituciones sociales y registrar su operación, el uso de la ficción parece ser un artificio mental indispensable; y las formas más paladinas del artificio son realmente las menos censurables, ya que son las menos susceptibles de que se les tome erróneamente por realidades en lugar de tomárselas por lo que son"... (**Estudio de la historia**, vol. V, pp. 480 y 481-482). Esta especie de transacción entre la imaginación y la historia expresaría, en el historiador, un anhelo semejante al que conduce a muchos científicos "duros" hacia la filosofía, según la observación que de esta inclinación hizo L. W. H. Hull: ..."Así los científicos, practicando su peculiar modo de concentración en torno de problemas modestos y limitados, se vieron gradualmente obligados, a pesar de sí mismos, a adoptar la concepción filosófica de la ciencia como un todo indivisible. Resultado de este proceso ha sido la reciente tendencia de matemáticos y científicos 1 [1.- Por ejemplo, Clifford, Huxley, Whitehead, Russell, Eddington, Poincaré, Mach] a cultivar la filosofía, especialmente cuando ya son más bien ancianos".... (**Historia y filosofía de la ciencia**, p. 359). De manera

equivalente algunos historiadores cierran su ciclo como tales con un intento de captar la unidad de lo histórico escribiendo "una mala novela." Esto les permite prescindir del aparato crítico expreso, y darle ostensible participación a la imaginación en la comprensión y explicación de lo histórico. Así lo hizo Mario Briceño-Iragorry [1897-1958] al presentar los orígenes recientes de la burguesía venezolana en **Los Riberas**. Ya había utilizado este recurso un escritor, novelista e historiador, Enrique Bernardo Núñez [1895-1964], al presentar la peripecia de los exiliados venezolanos en la época de Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935]. Augusto Germán Orihuela justifica su "método" al explicar el subtítulo que puso a su novela **La galera de Tiberio**: ..."El subtítulo –*Crónica del Canal de Panamá*– tampoco es una espita del autor para descargar su responsabilidad. Todo lo contrario. Sus personajes y las acciones que cumplen no son exclusivamente ficción literaria, sino que mucho de lo que en ella se relata sucedió de veras. De modo que en buena parte esta obra admite el calificativo de histórica; pero con la salvedad de haber sido concebida y realizada con sentido literario y con aliento de creación novelística." (pp. 20-21). Pero, ¿contener la imaginación y privar, con ello, a la historia de la majestad requerida? Tal pregunta ocurre cuando se lee el relato que hizo Daniel Florencio O'Leary [1801-1854] de una junta de guerra celebrada por Simón Bolívar en 1819, ..."en las ruinas de una choza en la desierta y destruida aldea de Setenta, sobre la margen derecha del Apure. No había mesa. No había sillas. Una partida realista que había acampado allí poco antes, mató varias cabezas de ganado. La lluvia y el sol habían blanqueado los cráneos de res, y sirvieron de sillas sobre las cuales iba a decidirse el destino de un gran país. Tales fueron quizá las sillas en las cuales Rómulo y sus compañeros se sentaron cuando trazaron los primeros y estrechos límites de la Ciudad Eterna"... (**Op. cit.**, p. 54). Probablemente fue el tener conciencia de la fuerza casi incontenible de esta tendencia lo que llevó a Enrique Bernardo Núñez a sentenciar que: ..."debemos establecer nuevas conjeturas. Sólo así podremos ser buenos historiadores"... (**La galera de Tiberio**, p. 102). Véase: Parte II-B, nota 31.

No pretendo disminuir los méritos de la novela histórica; ni siquiera discutirlos. Mis observaciones conciernen propiamente a lo que Caracciolo Parra-Pérez denominó .., "la historia novelada o la novela historiada".., pero sólo cuando éstas se produce en las circunstancias comentadas. Fuera de ellas, vale lo observado por este autor respecto de Francisco Tosta García [1846-1921]: ..."Galdós [Benito Pérez, 1843-1920] para pobres, inventor en Venezuela de la historia novelada o la novela historiada"..."las dichas historia o novela no siempre son perniciosas, sino antes bien útiles cuando saben presentar la anécdota feliz, dibujar el perfil de un héroe o describir el escenario de sus

hazañas. Por tal motivo, la contribución que su obra puede prestar a la historia verdadera de Venezuela no es para desdeñarse." (**Mariño y la independencia de Venezuela**, Introducción, pp. xxxi).

88. Vicente Lecuna, **Crónica razonada de las guerras de Bolívar**, p. 284. La pérdida de documentos fue más grande y grave, según Daniel Florencio O'Leary: "En [18]26 uno de los males acarreados por la revolución fue la pérdida de los archivos de gobierno. Los documentos de 250 años que contenían todos los registros importantes del país se habían perdido o habían sido saqueados." (**Op. cit.**, pp. 53-54).

89. Parece necesario complementar el alcance de los instrumentos metodológicos denominados *crítica externa* y *crítica interna*. Se suele entender la primera como "crítica de procedencia", y se ocupa preferentemente de las fuentes; la segunda se suele entenderla como "crítica de veracidad o de contenido", y se ocupa fundamentalmente de los testimonios. El concepto de "estudio histórico-historiográfico" se fundamenta en la comprobación de que *la historia* es también lo que los hombres hacen con ella, y este hacer tiene como primera instancia justamente la obra historiográfica. Por ello me ha parecido oportuno explorar, reconociéndole al abordarlo cierto grado de especificidad, un tercer campo de ejercicio de la crítica, es decir *la crítica estructural*. Es cierto que ésta se encuentra parcialmente implícita en las otras dos modalidades de la crítica, pero tampoco entre estas últimas es posible realizar un deslinde absoluto. He venido preocupándome por este asunto desde mi primer planteamiento, aparecido en la Revista **Crítica Contemporánea** (Caracas, marzo-abril de 1962, Nº 7). Quise llamar la atención sobre el hecho de que: ..."suele englobarse en la noción de forma un elemento de la obra intelectual que difiere a la vez de lo estilístico y de lo conceptual o de fondo, y que por su naturaleza propia no sólo ocupa un lugar intermedio entre ambos, sino que constituye precisamente el vínculo que los integra en la unidad de la obra. Nos referimos a la estructura, entendiendo por ella la elaboración lógica y la construcción organizada que permite transmitir un contenido revistiéndolo de una forma adecuada. /"De admitirse la presencia no ya de dos sino de tres elementos componentes de la obra intelectual, sería necesario proceder a realizar un ajuste de los criterios que rigen tanto la elaboración de la crítica como su apreciación. Es decir, habría que distinguir lo concerniente a cada uno de esos elementos, e, inevitablemente, intentar establecer su importancia propia y el grado de responsabilidad que les incumbe en la perfección de la obra. " Me permití subrayar un aspecto que estimo especialmente prometedor: "En cuanto a su significación específica en el ejercicio crítico, cabría señalar como el rasgo más importante de la crítica estructural el

de situar la crítica en un terreno de considerable objetividad. En todo caso, de una objetividad más acentuada que en los ejemplos de crítica de fondo o de forma, pues el carácter lógico y metódico de la misma resta mucho a las posibilidades de desviación hacia los terrenos de la mera opinión." (Germán Carrera Damas, "Nota sobre la crítica estructural". **Temas de historia social y de las ideas**, pp. 195-198).

90. Miguel Eduardo Pardo, **Todo un pueblo**, p. 221.

91. Daniel Mendoza, "Los críticos en Caracas", en José María de Rojas, **Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos, ordenada con noticias biográficas**, p. 312.

92. José María de Rojas, **Op. cit.**, p. xvii. Pero si esta había sido la recomendación del compilador en su obra publicada en 1875, al parecer el 25 de setiembre de 1883 el entonces marqués pontificio, radicado en París, decidió erigirse en juez único del detestado anticlerical general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899], al enjuiciar críticamente su discurso inaugural de la Academia Venezolana Correspondiente. La reacción del criticado no pudo ser más rotunda: "La crítica es la más desprestigiada de las varias faces de la literatura. Ella no implica ni talento, ni ilustración, ni nobles sentimientos, sobre todo. Siempre es más fácil falsear, minar y destruir, que imitar, mejorar o crear." ("Defensa del discurso inaugural". **Academia Venezolana Correspondiente. Discurso inaugural. Su crítica y su defensa**, página 152).

93. Sobre la Academia Nacional de la Historia consúltese mi obra **Historia de la historiografía venezolana**. Textos para su estudio. Acerca de quienes pensamos lo malo y hablamos lo peor de la Academia y de los académicos, conviene tener presente el caso del personaje literario Franfeluche: ..."muy docto, que sabe más que los señores de la Academia; y que si no es académico es por no haberlo querido, pues sin duda ha pensado que en ella brillaría por su ausencia"... (Teófilo Gautier, **Op. cit.**, p. 222). También el de aquel letrado que ..."exigió la extinción de la Academia, porque jamás pudo lograr que lo admitiesen en ella"... (Voltaire [François Marie Arouet], "Le monde comme il va". **Op. cit.**, p. 83). Recuérdese la sátira de la academia y de los académicos que compuso Jonathan Swift [1667-1745], valiéndose de la visita que hizo Gulliver a la Academia de Lagado. (**Op. cit.**, Parte III, capítulo 5). Pío Gil [1863-1918] fue categórico y explícito en su condena de las academias, si bien el hacerlo no dejaría de crearle algún conflicto conceptual. Las condenó de manera absoluta al escribir, en junio de 1906, sobre la inauguración de la Academia Militar por su muy detestado

general Cipriano Castro [1858-1924] ("La Academia Militar", **Cuatro años de mi cartera**, pp. 59-63): ..."Las academias militares están tan desacreditadas como las academias científicas, las academias literarias y las academias de bellas artes. Contra todos estos cuerpos milita cierta presunción de desacierto y de inepcia. Ni la estrategia, ni la sabiduría, ni la inspiración se obtienen con diplomas obtenidos en tales academias"... (p. 62). Pero, al mismo tiempo, no podía ignorar que una de las realizaciones estelares del Dr. Juan Pablo Rojas Paúl [1826-1905], –de quien dice que ..."fué un libertador"..."libertó á Venezuela de un despotismo de veinte años, que nadie creía que se podía derrocar sino á costa de muchas vidas" (p. 155)–, fue justamente la creación de la Academia Nacional de la Historia (decretada el 28 de octubre de 1888 e inaugurada el 8 de noviembre de 1889). Probablemente tan severo juicio se debió al hecho de que fue justamente el general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899] quien dispuso la refundición de las academias existentes en el Instituto Nacional de Venezuela (recuérdese el afrancesamiento del general) por decreto Nº. 2160, de 7 de mayo de 1879. La Facultad de Historia, que habría de ser parte del Instituto (Academia) es la antecesora inmediata y a todas luces la inspiradora de la academia creada por el nuevo *libertador*. (Véase: Parte II-A, nota 20).

94. Diego Carbonell, **Comentarios de crítica a la obra Académica de la Gaceta de Caracas**, pp. v-vi, (Citado por María de Lourdes Carbonell).

95. Refiriéndose a la crítica de los testimonios, Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] ofreció, en 1914, una elocuente enunciación de las precauciones críticas que es necesario tomar, en este caso en relación con la fuente diplomática: ..."Esta operación es tan delicada como laboriosa tratándose, principalmente, de Agentes diplomáticos europeos, en la época de mayores luchas y de transformaciones más rápidas y trascendentales que registra la historia moderna. Respecto de Francia, por ejemplo, hay que distinguir la enorme diferencia de apreciación que podían sugerir los hombres y los hechos de la Revolución de Hispano-América, a los Agentes Diplomáticos de los diversos regímenes que se sucedieron en aquella nación hasta 1830. ¿Podía pensar y opinar de igual manera un Agente de Napoleón y uno de Luis XVIII o Carlos X? E iguales reservas deben tenerse respecto de las declaraciones que el Libertador Simón Bolívar se vio en el caso de hacer a cada uno de aquellos espías y Agentes Diplomáticos, que venían a América a inspeccionar la marcha de la Revolución, o a disputarse la influencia de sus respectivos Gobiernos, pues aunque de un modo que pudiéramos decir indirecto, la Revolución de la Independencia hispanoamericana representó un papel muy interesante en las

diversas faces de la política europea de toda aquella época"... ("El Imperio de los Andes". **El Libertador juzgado por los miopes**, pp. 5-6). En 1931 Carlos L. Capriles [1923] retomó estos conceptos, añadiéndoles algunos matices sugerentes, calificando más certeramente a los testigos desde el punto de vista ideológico y extendiendo sus apreciaciones críticas a los viajeros: ..."Conociendo su vida, sus documentos públicos y privados, sus ideales, su carácter, sus actuaciones, sus fines, pocos miramientos pueden concedérseles a aquellos anacrónicos informes expedidos a Europa por algunos viajeros que nos visitaron cuando aún no existían estabilidad política ni tranquilidad social en estas patrias nacientes. En esos escritos, de índole secreta, no puede encontrarse sino un modo peculiar de apreciación, no puede hallarse sino la manera personal de ver de sus autores, junto con sus singulares e inequívocos deseos de complacer a cancilleres y soberanos, diciéndoles lo que éstos debían desear que se les dijese. Los gobiernos reales de Europa se alarmaban del para ellos pernicioso sistema republicano que en estas jóvenes naciones surgía contra todas las esperanzas y laboriosas maquinaciones de los sostenedores del antiguo régimen en ambos hemisferios. Es de buena lógica tener como nulo, en su sentido histórico textual, cualquier escrito semejante, cualquier informe en abierta contradicción con la misma realidad de los acontecimientos, y que no debió ser despachado con limpia honradez, y que no obedeció, seguramente, sino al «parece que...», al «quizá será...», al «según me aseguran», u otro flaco modo de instruirse e informar, como el del Pacificador Morillo [general Pablo, 1778-1837], por ejemplo, o a que probablemente, en entrevistas privadas, los meticulosos viajeros y agentes de Europa por estas tierras, antes de expedir sus célebres informes, fueran engañados con fina diplomacia, en resguardo de sagrados intereses patrióticos, por nuestros mismos ingeniosos Estadistas." (**El trono de Colombia**, p. 44).

96. Laureano Vallenilla Lanz, "Fue una guerra civil". **Cesarismo democrático**, p. 39. Yendo al fondo de la cuestión, y expresándola en toda su riqueza y complejidad, el mismo autor advierte que: ..."La historia, como la vida, es muy compleja. No la historia inspirada en el criterio simplista que sólo ve en nuestra gran revolución la guerra contra España y la creación de la nacionalidad, sino la que profundiza en las entrañas de aquella espantosa lucha social: estudia la psicología de nuestras masas populares y analiza todo el conjunto de deseos vagos, de anhelos imprecisos, de impulsos igualitarios, de confusas reivindicaciones económicas, que constituyen toda la trama de la evolución social y política de Venezuela." ("La insurrección popular." Ibidem, página 100).

97. Mario Briceño-Iragorry, **Mensaje sin destino**, p. 55.

98. César Zumeta, "Bolívar y Piar. Episodios históricos (1816-1830), por L. Duarte Level". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**, No. 14, tomo II, pp. 279-280.

99. Miguel Eduardo Pardo, **Op. cit.**, pp. 86-87.

100. José Carlos Mariátegui, **Op. cit.**, p. 2.

101. Rómulo Betancourt, **Venezuela, política y petróleo**, p. 8.

102. Felipe Tejera, **Perfiles venezolanos o Galería de Hombres Célebres de Venezuela en las Letras, Ciencias y Artes**, pp. 17 y 23. El tomar al Andrés Bello crítico como punto de referencia para evaluar la calidad de un crítico, aun en materia histórica, no parece ser desacertado. En efecto, a él debemos uno de los dos más ponderados juicios-balances de la significación histórica de Simón Bolívar que conozco: ..."Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas le avasalló, como a todos; para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia fue y debió ser un dictador. De aquí las contradicciones aparentes y necesarias de sus actos. Bolívar triunfó, las dictaduras triunfaron de España; los gobiernos y los congresos hacen todavía la guerra a las costumbres de los hijos de España, a los hábitos formados bajo el influjo de las leyes de España: guerra de vicisitudes en que se gana y se pierde terreno, guerra sorda, en que el enemigo cuenta con auxiliares poderosos entre nosotros mismos"... ("Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile." **El Araucano**, Nº. 742 y 743. Santiago de Chile, 8 y 15 de noviembre de 1844. "Temas de historia y de geografía." **Obras Completas**, vol. XIX, pp. 170-171). El segundo de los juicio-balance a que me refiero es el muy conocido compuesto por José Gil Fortoul [1861-1943]: ..."el autor no pretende silenciar, y antes señala con la necesaria insistencia sus errores momentáneos, sus caídas, sus extravíos. (Sobre todo en los años 28 a 30, cuando ya en la agonía, su genio ahora impotente se deja arrastrar a la más extremada reacción, por la imprevisión de Ministros miopes y el interés de amigos ambiciosos. ¿Cuál es el Bolívar grande, el creador, el inmortal? No ciertamente el de los decretos reaccionarios de 1828, el moribundo de 1929, el cadáver ambulante de 1830. El genio que vive y vivirá siempre en la memoria de los pueblos, es el que todavía en la adolescencia sueña con la patria libre en Roma y en París, empieza a crearla en Caracas de 1808 a 1810, el Libertador de 1813, el pensador de 1815, el profeta de 1819, el fundador de naciones con sus

campañas de Ecuador, Perú y Bolivia, el precursor de la nueva América con su congreso de Panamá." (**Historia Constitucional de Venezuela**, Prefacio de la segunda edición). Ningún juicio es irrefutable, obviamente; sobre todo si se le analiza. En este ultimo caso no faltan los aspectos objetables, pero quiero subrayar sobre todo la amplitud y la ponderación del juicio, compatibles con la personalidad del juzgador y con los tiempos por él vividos.

103. Felipe Larrazábal, **Op. cit.**, p. 438. El autor confunde justicia, imparcialidad y objetividad, y no es fácil diferenciarlas en el curso de una obra. Diego Carbonell [1884-1945] parece haber sufrido también esta confusión: "Lo que sí debemos elogiar y agradecer a Picón Febres [Gonzalo, 1860-1918] es que hubiera logrado de Castro [general Cipriano, 1858-1924] la edición de su libro **La literatura venezolana en el siglo diecinueve**, libro este cuya publicación apresurada sin duda, exhibe defectos en la obra. Sin embargo, el juicio del señor Picón Febres suele seguir normas de justicia y de metodología [?]"... ("Escuelas de historia en América." En Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, 1ª. edición, p. 83). Federico Nietzsche [1844-1900] afirmó categóricamente: ..."La objetividad y la justicia no tienen nada en común. Podríamos imaginar una manera de escribir la historia que no contuviese una parcela de verdad empírica común, y que podría, sin embargo, pretender el más alto grado de objetividad"... (**De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida**, p. 49).

104. Gonzalo Picón Febres, **La literatura venezolana en el siglo XIX**, pp. 25-26. Se observa la misma confusión en el prólogo de Caracciolo Parra León [1901-1939] a su edición, de 1930, de la obra del cronista Alonso de Zamora [1635-1717] **Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada**: "«Hemos perseguido insistentemente la verdad histórica, sin omitir esfuerzos, y hemos procurado establecer los hechos con toda imparcialidad para echar, fundados en ellos y llegado el caso, la responsabilidad sobre quienes resultaran culpables, sin que nos detuvieran ni la condición de éstos, ni su clase social, ni su carácter sagrado, ni el unánime concepto contrario de que gozaban. Hemos procurado situar nuestro juicio en todo el fiel de la balanza, hacer la crítica con pleno conocimiento de las razones en pro y en contra, decir toda la verdad de las cosas, sin temor de los que tonta y estrechamente pueden considerarse ofendidos por ella»." (Citado por Diego Carbonell, **Op. cit.**, p. 290).

105. Rafael Fernando Seijas, **El Presidente**, pp. 48-49.

106. José María Manrique de Tovar (1864-1907), en su prólogo a la **Historia de la Isla de Margarita, hoy Nueva Esparta, o Biografía del General Juan B. Arismendi y de la señora Luisa Cáceres de Arismendi**, por Mariano de Briceño (2ª. edición. Caracas, 1885), ofreció la siguiente explicación de la circunstancia de que en ella pudiese advertirse la falta de ..."la serena apacibilidad del narrador absolutamente imparcial": ..."«Cuando el Doctor Briceño [Mariano de, 1810-1875] escribió esta historia, todos los escritores Americanos pagaban tributo á la exaltación patriótica, porque aún manaban sangre las úlceras de las víctimas, porque aún vivían los actores de aquel drama aterrador, de aquella lucha titánica, en que uno y otro bando agotaron todos sus esfuerzos, exhibieron todas sus virtudes é incurrieron en todas las faltas; aún humeaban amenazantes las ruinas de aquel cataclismo; aún corrían las lágrimas de las viudas y huérfanos, y se oía la voz gemebunda de la patria entristecida, no dejando vagar al ánimo para poner oído atento solamente a la voz inflexible de la completa imparcialidad, que acalla afectos, combate simpatías, domina pasiones, en aras de la justicia estricta. Todavía la esponja de la tolerancia no había borrado benévola los rasgos vigorosos que en el cuadro de la contienda exageraban los hechos á la medida del sentimiento nacional»"... (Citado por Rafael Seijas, "Historiadores de Venezuela." **Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Letras**, pp. xi-xii).

107. Jonathan Swift, **Op. cit.**, p. 232.

108. José Rafael Pocaterra, "Tierra del sol amada". **Obras selectas**, p. 355.

109. Anatole France, **Op. cit.**, p. 234.

110. Agustín Thierry, **Op. cit.**, t. I, p. 188.

111. **Ibidem**, t, I, p. 201. El paso siguiente es la autocompasión, disimulada como tolerancia para con los demás. De ello dio prueba Francisco González Guinán [1841-1932] en el prólogo a su **Historia del gobierno del Dr, Rojas Paúl, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela en el período constitucional de 1888-1890**. Asumiendo en el prólogo, fechado Valencia, 1891, una actitud que Gonzalo Picón Febres (1860-1918) apreció como una muestra deliberada, no sabemos si de modestia o de sinceridad, el autor renunció a la pretensión de imparcialidad y se arropó con la tolerancia: "«Réstanos decir que este libro aparece al amparo de nuestras instituciones liberales, que guarda y garantiza nuestro Gobierno Nacional: que comparecemos ante el estrado de la opinión pública exponiendo nuestras opiniones con senci-

llez republicana: que ningún sentimiento ruin ha guiado nuestra pluma, sino la necesidad de dar testimonio como partícipes en los sucesos: que tan sólo anhelamos que este libro sirva, junto con los que escriban otros venezolanos de iguales u opuestas creencias políticas, como premisa para las conclusiones definitivas de la posteridad; y que no aspiramos sino a rendir un servicio a la Historia patria, templo augusto donde tienen cabida todas las creencias, por ardientes que sean y por contradictorias que parezcan»".... (**La literatura venezolana en el siglo XIX**, páginas 13-14).

112. "No con poca impaciencia hemos visto en nuestros días, cómo gana prosélitos el irrespeto hacia nuestros verdaderos valores humanos. Desde Bello [Andrés, 1781-1865] hasta Gallegos [Rómulo, 1884-1969], han sido objeto de osados y negativos analistas, nuestros hombres más representativos en las ideas y en el ejemplo. La jerarquía de la inteligencia y de la cultura, fundamento de la organización institucional en otros países de mayor tradición histórica que el nuestro, tiende a desaparecer bajo la presión de oscuros intereses que proclaman una igualdad absoluta, so pena de retroceder a estadios primitivos." (Pedro Díaz Seijas, **Op. cit.**, p. 83). La pretensión, aun la más mesurada, de que existen asuntos que sin ser estrictamente concernientes a la fe religiosa deben quedar fuera del alcance del conocimiento crítico, abre el camino a posturas cuyo grado de intolerancia desborda... lo tolerable. Se convierten en prácticas inquisitoriales de creciente violencia. Así ha sucedido en todas las épocas y en las diversas áreas del ejercicio intelectual y artístico. Recientemente el historiador colombiano Vicente Pérez Silva publicó un revelador artículo titulado "Los libros en la hoguera. Una práctica que en Colombia se repite desde la Colonia". En él da ejemplos de quema, en los siglos XVIII, XIX y XX, de obras históricas, geográficas, literarias y poéticas, hasta tiempos tan recientes como 1962. (Revista **Credencial Historia**. Bogotá, abril de 1994, Nº. 52). Las sinrazones de la intolerancia agresiva son muchas, y en ocasiones se requeriría una altísima dosis de ecuanimidad para contrarrestarlas. Pero aun en los casos extremos parece posible sostener que prevalece el carácter de derogación del espíritu crítico. Así, setenta años después de publicado el malhadado libro de Adolfo Hitler, **Mi lucha**, ha sido permitida en Israel la publicación en versión hebrea de unas 130 páginas de la obra que versan ..."sobre los puntos de vista racistas de Hitler y su crítica de la república de Weimar"..., pero con un tiraje de 400 ejemplares a ser utilizados por los estudiantes de la historia de Alemania. Aun así la publicación encontró gran resistencia y causó rechazo. Por otra parte, la inclusión de obras de Wagner en los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Israel, en diciembre de 1991, luego de 50 años de prohibición, causó tal protesta

que la orquesta tuvo que retroceder. (Clyde Haberman, "Israelis Print Hitler Writings, Lest They Forget". **International Herald Tribune**, 6 de agosto de 1992). El 20 de julio de 1990 publicó el periódico **Le Monde** la siguiente información: "Al señor Bernard Notin, encargado de cursos de economía y autor de un articulo considerado racista que niega la existencia de las cámaras de gas, se le prohibió toda labor de enseñanza y de investigación en la Universidad Jean-Moulin (Lyon-III), durante un año. La sección disciplinaria del consejo de administración de la Universidad"..."anunció igualmente que el señor Notin «sufrirá una disminución de la mitad de su sueldo» durante este período"... Igualmente el diario informó que el alcalde de Lyon, Michel Noir, ..."había amenazado en abril a la Universidad de Lyon-III con no entregarle los nuevos locales prometidos si ..."«los Notin y demás falsificadores de la historia» continuaban enseñando allí»... Por su parte, la Asociación Marc Bloch de estudiantes de historia de la misma universidad, creada con motivo del caso Notin, ..."se «felicita» por la sanción pero se asombra por «lo leve de la pena impuesta», al igual que la Unión de estudiantes judíos de Francia, la cual deplora «la moderación de la pena», «que no guarda relación con el perjuicio moral causado a las víctimas del nazismo»."

113. Carta de Simón Bolívar a Francisco de Paula Santander. Pamplona, 8 de noviembre de 1819. (Simón Bolívar, **Obras completas**, vol. I, p. 400). Se refiere a ..."una pastoral goda que yo encontré en la mesa de Vd. y se la envié como un modelo al padre Guerra"...

114. Denis Diderot, **Jacques le fataliste et son maître**, p. 153.

115. Rómulo Gallegos, **Pobre negro**, p. 182.

116. Voltaire, "Le monde comme il va". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**, pp. 88-89.

117. Enrique Bernardo Núñez, **La galera de Tiberio**, p. 49.

118. Manuel Palacio Fajardo, **Op. cit.**, p. 3.

119. Fragmento de un texto de Antonio Leocadio Guzmán [1801-1884], puesto por Domingo A. Olavarría [Luis Ruiz, 1836-1898] como uno de los epígrafes de su obra. **Op. cit.**, p. 148.

120. Francisco González Guinán, **Historia del gobierno de la Aclamación, período constitucional de Venezuela, presidido por el General Guzmán Blanco (1886-1887)**, p. 7.

121. Germán Carrera Damas, "Sobre el discurso histórico", **Crítica histórica**, p. 152.

122. Luis Level de Goda, **Historia contemporánea de Venezuela. Política y militar, 1858-1886**, p. xiii.

123. Idem.

124. Gonzalo Picón Febres, **La literatura venezolana en el siglo XIX**, p. 12.

125. Véase la nota 98.

126. Germán Carrera Damas, "Sobre el discurso histórico". **Crítica histórica**, p. 150.

127. César Zumeta, "Bolívar y Piar. Episodios Históricos (1816-1830), por L, Duarte Level". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**, Nº. 14, tomo II, p. 175. Pero también es posible prescindir de la imparcialidad..."con temeridad pero sin vacilación." Sólo se requiere aducir una alta dosis de juventud, cual lo hizo Tulio Chiossone [1905-] en una obra de principiante, inspirada en el culto bolivariano: "Debemos advertir que he prescindido del criterio imparcial conque todo aquel que hace historia debe tratar y estudiar los acontecimientos, y he mirado al Libertador con un exclusivismo que califico de sincero porque es producto de mi orgullo nacional. Si he errado al hacer algunas apreciaciones, tal vez encuentre oportunidad de rectificarlas cuando el tiempo haya madurado en el espíritu la irreflexión conque se escribe a los veinticinco años"... (**Ultimos años del Libertador**, pp. vii-viii). El veterano y destacado periodista radial colombiano Juan Gossaín fijó recientemente su posición ante la parcialidad y la imparcialidad: "La parcialización es un fraude a la palabra, es un abuso de confianza, es como el cajero que se alza con la plata"..."¿La imparcialidad es también un problema de ingresos? El que se vendió por un millón de pesos, se seguirá vendiendo por diez millones y por cien millones"..."Es una virtud, un deber, una obligación ser imparciales. Pero nadie quiere a un imparcial. ¡Parcialícese! es la sentencia común"..."Hay que romper el cerco de la parcialización"... ("Juan Gossaín: «La misión de los periodistas no es promover candidatos»." **El Universal Dominical**. Cartagena, 12 de junio de 1994).

128. Lisandro Alvarado, "Los delitos políticos en la historia de Venezuela". **Obras completas de Lisandro Alvarado**, vol. VII, p. 286. Este autor se arriesgó hasta llegar a escudriñar las "verdaderas mo-

tivaciones" de uno de los contados testigos realistas, José Francisco Heredia [1776-1820], admitidos por la *historia patria:* "Colmar de elogios la rectitud de la Audiencia o la influencia de la Universidad es muy oportuno por cierto, aunque hubiera sido utilísimo señalar las causas que abocaron a tal resultado, bien sabido como es el plan de la política española, implacable con el rebelde, desconfiada con la ilustración que subrepticiamente esparcían los republicanos franceses. Sospechamos que Heredia [José Francisco] y sus colegas abrigaban otras ideas que las oficiales para apagar la conflagración revolucionaria; pero el hecho es que todos los sobreseimientos dictados en las causas de infidencia precedieron de cerca la invasión de Bolívar [Simón] en 1813. De otra manera llegaríamos a sospechar que la Audiencia izquierdeaba en sus dictámenes y sentencias, convictos como estaban algunos acusados que aquellos jueces les salvaron de la prisión o el cadalso, y aun del embargo de sus bienes o el destierro." ("Próceres trujillanos." **Op. cit.**, vol. VII, p. 143). El propósito de imparcialidad se ha visto en muchas ocasiones en el trance de darse escudos contra seguras represalias de la intolerancia patriotera. Si Lisandro Alvarado [1858-1929] pudo invocar el cientificismo de las nuevas escuelas sociológicas y psicológicas, Guillermo Tell Villegas [1823-1907] encontró una menos elaborada salida en el culpar a los tiempos: "En materia, pues, de instrucción, la colonia venezolana sólo recibió de la España la creación de una Universidad, de escasa dotación y de estrecha entrada; puesto que á ella sólo podían penetrar los hijos de distinguido nacimiento, previa información de vida, costumbres y cuna. Pero este no fué un error de España; ni de su Gobierno; sino de su época"... (**Instrucción popular en Venezuela**, pp. 7-8). Las consecuencias del atrevimiento de quienes contraríen las verdades patentadas pueden prolongarse más allá de la muerte, y pese a la prudencia del culpable, como ocurrió, según Juan Vicente González [1810-1866] con la obra de Francisco Javier Yanes [1776-1842]. Dice, en su **Biografía de José Félix Ribas**: "Tomamos estos datos de la *Historia inédita* del doctor Francisco J. Yanes. ¡Cuántos tesoros! ¡Cuántos hechos gloriosos encerrados en esas páginas! Ordenó el escritor patrio que no se publicase su obra hasta diez años después de su muerte; y hace 23 que falleció sin que haya visto la luz pública. Varios Gobiernos han tratado de publicarla, pero ellos han tenido siempre otra cosa que hacer, si no más útil, más lucrativa. La Dictadura lo emprendió en su última época pero, ¿qué habría ganado la Nación con que se hubiese desfigurado la campaña de Apure, tan fecunda en gloria y crímenes, a que asistió con la pluma y la espada *el imparcial narrador*? ¿Cuándo vendrá un Gobierno amigo de nuestra gloria literaria que reviva los pasados hechos, se ponga al frente de las nobles empresas, y le dé a la América del Sur la verdadera historia de sus antepasados?" (Citado por Pedro Grases [1909], "El Resumen de la Historia de

Venezuela de Andrés Bello", en Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, p. 255). La obra de Francisco Javier Yanes titulada **Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado Independiente hasta el año de 1821** fue publicada por primera vez en 1944, con prólogos de Cristóbal Lorenzo Mendoza Aguerrevere [1886-1978] y Vicente Lecuna [1870-1954]. Ya Gonzalo Picón Febres [1860-1918] había advertido, en 1909, que: "Trabajos inéditos, verdaderamente notables por el estilo digno, por el criterio científico, por la imparcialidad y la filosofía, no faltan por ahí; y el gobierno de la República haría un gran servicio a las letras venezolanas y a la Patria al favorecer la publicación de esos trabajos"... (**La literatura venezolana en el siglo XIX**, p. 17). Como complemento fue reeditada la obra titulada **Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado independiente**, primeramente publicada en Caracas, en 1840, por Francisco Damirón, sin mención del autor. Merece especial atención en esta obra el "Preliminar". En éste Francisco Javier Yanes compuso tempranamente la fundamentación conceptual perdurable de la *historia patria*. Quizá pueda afirmarse que con el tiempo dicha fundamentación abandonó parte importante de su carga conceptual y se refugió en un crudo patriotismo. La fundamentación expuesta correspondía cabalmente a las necesidades del momento vivido por la sociedad venezolana, y su publicación no pudo ser más oportuna. El propósito expresamente perseguido por el autor era informar a la juventud sobre los entonces todavía recientes acontecimientos que condujeron a la ruptura del nexo colonial con la corona española, y al establecimiento de la entonces problemática república independiente en la cual se hallaba la juventud a la que estaba dirigida la obra. Los criterios invocados en el "Preliminar" para justificar la composición y la publicación de la obra requieren especial consideración:

a. En lo que se refiere a la que el autor denomina "la regeneración de Venezuela", es decir su constitución como Estado independiente, la obra se recomienda como un testimonio directo, producto de un actor principal de los acontecimientos, y hace de esto una garantía de veracidad y objetividad: ..."Los hechos se refieren con puntualidad, según los tiempos y lugares en que ocurrieron, dejando al lector las consecuencias y reflexiones que de ellos se deriven, pues si las hiciera el que ha tenido alguna parte en la revolución, podrían considerarse inspiradas por el espíritu del partido; y no sin razón, porque los hombres pocas veces se desprenden de las ideas y pasiones movidas por los sucesos contemporáneos en que han intervenido." (p. 12). De esta manera busca justificar la independencia mediante una exposición de

los hechos que se pretende absolutamente objetiva, y quizá da la clave para comprender por qué no firmó su obra.

b. Exalta el conocimiento de lo contemporáneo, poniéndolo por encima del de "lo antiguo", hasta incurrir en un exceso anti-historicista, comprensible por los tiempos pero insostenible desde el punto de vista teórico-metodológico: ..."Puede abreviarse cuanto uno quiera, la historia antigua, en la que los hechos, opiniones e intereses de los tiempos pasados poco tienen que ver con los presentes; mas la de la época contemporánea es indispensable sea algo más extensa y circunstanciada, porque a todos toca muy de cerca." (p. 12).

c. Se prevale de la concepción tradicional de la historia, pero ya introduce variantes acordes con la nueva concepción de la misma que se observa en la obra de Rafael María Baralt (1810-1860), publicada en 1841: "La historia es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la maestra de la vida, y la pregonera de la antigüedad: su objeto, y el fruto que de su estudio se ha de sacar es fijar y comparar los tiempos y los acontecimientos, especificar los principales hechos, indagar las tradiciones, examinar los documentos y actos públicos, y manifestar el influjo y resultado de la legislación en los bienes y males de los pueblos. Así que será una buena historia la que de idea de la formación de un pueblo, y de que modo, mejorándose sucesivamente ha llegado del estado salvaje de las tribus y razas primitivas a la altura de la civilización y al desarrollo de las naciones modernas. Por lo general la historia se ha ocupado hasta ahora de la vida activa y militar de los fundadores y conductores de los pueblos, de sus conquistas y batallas, de sus revoluciones y vicisitudes, pasando en silencio la índole de los pueblos y el desarrollo de las causas que producían esos sucesos, cuales son las leyes y el modo de gobernar"... (pp. 12-13).

d. Demuestra tener un sentido claramente utilitario de la historia: "En los Estados monárquicos la historia se mira como ornato de la educación liberal de algunas clases; pero en las Repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberanía popular, y pueden ser llamados a los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad"... (p. 12).

Seguramente como expresión de coincidencia en la actitud ante la historia y la función que debía cumplir en la fase siguiente a la ruptura del nexo colonial, –lo que merecería una comprobación sistemática–, llama la atención la semejanza entre el "Preliminar" que puso Francisco Javier Yanes a la primera edición de su obra y el "Prólogo" que Lucas Alamán [1792-1853] redactó para su **Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la Epoca presente**, en su primera edición, de 1849. Coincidentes en la apreciación de la necesidad de la obra para la nueva generación, en la valoración de la condición de testigo privile-

giado del autor, y en las garantías de objetividad e imparcialidad, marcan sin embargo una diferencia en cuanto a la utilidad de la historia como disciplina. En efecto, Lucas Alamán asienta al respecto: "Como la utilidad de la historia consiste, no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en penetrar el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquéllos, con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia de lo pasado: mi principal atención ha sido considerar el conjunto de los sucesos"... Pese a que el autor culmina su razonamiento pagándole tributo a la concepción de la historia como maestra de la vida, pereciera que en su primera parte supera el nivel de la simple ejemplaridad y abriría con ello la puerta a una utilización de la historia orientada más hacia la comprensión.

129. Augusto Mijares, "Baralt historiador". **Obras completas de Rafael María Baralt**, Vol. I, p. xliv. En su "Discurso con motivo de la inauguración de la Academia Nacional de la Historia", el presidente de la república, Dr. Juan Pablo Rojas Paúl [1829-1905], dejó sentado lo entonces generalmente reconocido: "Lo que más se acerca hasta hoy al tipo de lo que debe ser la historia nacional, es la obra de Baralt y Díaz; pero esta obra, no obstante el alto y reposado criterio que en ella brilla, realzado por la corrección clásica de la forma, no pudo ser escrita, a causa de la circunstancia de los tiempos, con la libertad moral que necesita indispensablemente el historiador para decir toda la verdad e impartir toda la justicia. Baste decir que las inmoderadas exigencias hechas a su probidad de escritor costaron a Baralt, al fin, la eterna ausencia del nativo suelo, y la muerte en el extranjero." (En Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana**. Textos para su estudio, 1a. edición, p. 419). En realidad el reconocido estilista y discutido historiador había topado con los sinsabores que aguardan a todo el que se ocupa de historiar lo contemporáneo, y no eran los entonces guerreros desalentados por los resultados visibles de sus hazañas el público mejor dispuesto para acoger con ponderación la versión de sus esfuerzos ofrecida por Baralt, o por cualquier otro historiador. ¿Cabe pensar que quien así explicaba el presente, –para el caso poco significa que la obra se detuviera diez años antes de su fecha de publicación, 1841–, ignorase o calculase mal el riesgo a que se exponía? José Gil Fortoul [1861-1943], que bien sabía de exilios intelectuales en Europa, consideró lo dicho por Juan Pablo Rojas Paúl: ..."Conjetura parcial"..., y ofreció su explicación: ..."Bien es posible que aquellas exigencias fuesen parte a su expatriación, porque bien podía ver en Venezuela –entonces República en formación donde luchaban sin tregua los que aspiraban ya a la libertad intelectual absoluta y los partidarios irreduc-

tibles del despotismo militar– peligros o reales o desproporcionados a la culpa que se le imputaba de severidad e injusticia como historiador. Pero otras conjeturas son igualmente verosímiles. Acaso satisfecho de la buena acogida que encontró su pluma en el mundo literario y político de Madrid, creyó propicio este campo a sus gustos y aspiraciones, tanto más cuanto que éstas le llevaban ahora a extremar en sus nuevos escritos las ideas conservadoras que fueron siempre suyas, no obstante sus mocedades bogotanas"... (**Historia Constitucional de Venezuela**, vol. II, fragmentos. En Germán Carrera Damas. **Historia de la historiografía venezolana**. Textos para su estudio, 1ª. edición, p. 223).

130. Ibidem, p. li.

131. Rafael Seijas, "Historiadores venezolanos". **Primer libro venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Letras**, p. 4.

132. Juan Pablo Rojas Paúl, "Discurso del Doctor J. P. Rojas Paúl, Presidente constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, en la Academia Nacional de la Historia, con motivo de la solemne inauguración del Cuerpo, y colocación, en el local de sus sesiones, de un retrato del primer magistrado (8 de noviembre de 1889)." Academia Nacional de la Historia, **Discursos de incorporación**, 1889-1919, tomo I, p. 23.

133. José Abel Montilla, **Op. cit.**, pp. 445-448. La secuencia crítica sobre la independencia que hizo el personaje novelado, es muy reveladora del que en algún momento he denominado el *ambiente historiográfico*, es decir el conjunto de "creencias historiográficas", más que de conocimiento, que se radica indeleblemente en la conciencia histórica socializada. Ese ambiente rige la forma cómo los individuos viven la historia, sometiéndola al imperio de una mezcla de sentido común y de semi-conocimiento, generalmente imbuida de una fuerte carga moral. Pero el analizar su abigarrada naturaleza no significa subestimar la consistente influencia del *ambiente historiográfico*, ni mucho menos subestimar su capacidad de penetración en la conciencia social y política:

Sobre si la independencia fue justa o injusta: ..."Así, pues, el concepto sobre la guerra de Emancipación, en el aspecto de si fué justa o injusta, depende de como se considere la acción de los patriotas. Si se le juzga dentro de una ética estricta podría hallarse motivos para considerarla injusta, por cuanto todo lo que estos pueblos habían alcanzado en el progreso moral y material, se lo debían a España que es la matriz de nuestra civilización cristiana y que nos dió la herencia de su sangre heroica al punto de que todo lo que hay de grande y noble

en los hombres y las cosas de estas tierras es legado español. Por eso, si se aplica un criterio estrecho de ética, aparecería la rebelión contra España como un acto inicuo, como un a acción de ingratitud máxima hacia el gran pueblo que nos había amamantado con sus grandes valores espirituales y con sus enseñanzas de trabajo. Pero por otra parte, hay que ver que los pueblos que habían llegado a su mayoridad en el desarrollo para comprender el significado, dentro de sus propios destinos, de las ideas madres de la Humanidad, también tenían perfecto derecho a ser considerados de otra forma que como simples colonias en las que las restricciones para el desenvolvimiento del individuo autóctono, del criollo, eran vejatorias para la dignidad y negativas para el progreso y el imperio de las luces de la civilización, las cuales ya alumbraban a otros pueblos. En los fenómenos trascendentales de la historia, no pueden considerarse y medirse los móviles y los fines con la misma estrechez y rectitud de criterio con que se juzgan los actos individuales, las acciones aisladas que tienen una finalidad circunscripta al equilibrio social. Para mi modo de pensar la Guerra de la Independencia fué justa." (pp. 445-446).

Habría, por consiguiente, dos criterios para evaluar las acciones de los hombres, ya actúen individualmente, ya actúen colectivamente. ¿Con cuál de ellos habría que juzgar los actos individuales realizados en el marco de la acción colectiva? Bien vista la argumentación, parecería que la diferencia la establece, según el autor, la finalidad de la acción y no la naturaleza del actor. Es un viejo problema, de incesante debate por los historiadores, y particularmente por quienes cultivan el género biográfico. Estos suelen tropezar con él apenas abandonan el área de los hechos consagrados como históricos, o cuando incurren en la pretensión de penetrar la motivación psicológica que animó algunos de tales hechos. Frente a estos acomodos de la razón y de la moral está la reivindicación de la naturaleza única de cada una de ellas, que deja como salida solamente el subterfugio.

Sobre si la independencia fue conveniente para los venezolanos: ..."el otro aspecto del asunto que usted me expuso, si la Independencia fué conveniente para los venezolanos también es un tanto intrincado. Si lo consideramos desde el punto de vista de los valores espirituales, de las ideas superiores, sin duda alguna que sí lo fué, porque nos convertimos de Colonia apartada, de Capitanía General pobre, en República y también con motivo de la aparición de hombres egregios, tanto civiles como guerreros, a su cabeza en el tremendo drama, los que impusieron su acción y proyectaron sus ideas en una gran porción de América; que ganaron para Venezuela gloria imperecedera, de lo que se derivó una situación privilegiada para nuestra Patria en la historia la que, a medida que los pueblos avancen en la

afirmación de sus valores, tendrá que definirse en nuestro favor y presentarnos como un pueblo superior que merecerá la admiración universal. Nosotros los venezolanos en medio de las más graves tribulaciones nos encontramos siempre reconfortados por la presencia de grandes almas, por la memoria de hombres extraordinarios a tal punto que sería suficiente uno solo de ellos para llenar la historia de otros pueblos hermanos. Esto nadie nos lo podrá arrebatar, es un patrimonio moral ingente y deslumbrador." (pp. 446-447).

En otras palabras, al permitirnos hacer nuestra *historia patria* y heroica la Independencia nos proporcionó un seguro contra las consecuencias de nuestra incapacidad para construir un presente digno del pasado que tanto enaltecemos. ¿Cómo queda, en todo esto, el espíritu crítico? Huye escandalizado, sin duda, ante semejante acceso de patrioterismo llevado hasta la jactancia. Pero no deja de preguntarse sobre si tanta grandeza no solamente nos hace superiores o otros, sino también y dolorosamente a nosotros mismos, y es de la ineludible conclusión afirmativa que se han nutrido las tesis pesimistas acerca del pueblo venezolano.

Sobre si la independencia fue beneficiosa para los venezolanos: "–Ahora bien: si vemos el caso de la Independencia por otro lado para determinar si nos fué beneficiosa, las cosas toman otro cariz, quiero decir, si consideramos los bienes materiales, si miramos los resultados positivos e inmediatos alejándonos de lo que un gran pensador llamó «los intereses del alma», en este caso, la Emancipación fué para Venezuela una verdadera catástrofe de la que difícilmente podrá resurgir. La guerra fué, como es sabido por ustedes, una Guerra a Muerte formalmente decretada por el Libertador y eficazmente practicada con anterioridad por los realistas. En la hecatombe perdimos cerca de cuatrocientas mil vidas y en ese terrible tributo de sangre, están comprendidos la élite intelectual y social del país, los creadores de cultura y riqueza durante siglos, los cuales junto con sus bienes, quedaron entre los escombros a que quedó reducida Venezuela. A esto hay que agregar que la Revolución Emancipadora no fué para los venezolanos una acción local, como lo fué para otros pueblos de América porque como ustedes lo saben, Bolívar [Simón] con la bandera de su Colombia en la diestra fué hasta el Sur, hasta las altiplanicies del Alto Perú, lo que es hoy Bolivia, mostrando y gastando energías venezolanas las cuales hacían falta en el solar nativo. Concluida la guerra éramos un país en ruinas y con un pueblo de guerreros que no sabía sino matar españoles, como dijo en cierta ocasión el Libertador quien fué el que más aterrorizado quedó de la hecatombe, al serenarse su ánimo después de la victoria, como lo demuestran sus escritos de los último años de su vida. Y con esa herencia de violencia, con esos hombres habituados a

la matanza, no era cosa fácil volver a la vida equilibrada de una sociedad humana virtuosa y vino después el largo proceso de anarquía, guerras fratricidas, dictaduras que aun estamos padeciendo. Así pues, considerada la Independencia por el lado de los beneficios materiales aparece como un gran desastre, en el que perecieron valores irreparables para los venezolanos, pero esto no debe ser motivo de amargo despecho, por el contrario, de orgullo elevado, pues es sabido que nada grande ha ganado un pueblo para su Historia sin máximos sacrificios y este es nuestro caso." (pp. 447-448).

En conclusión: pareciera que no estuvo del todo mal la Independencia, pues ella nos permitió pagar un altísimo precio para obtener un motivo de orgullo que nos consuele por lo pagado irrecuperable.

Diego Carbonell [1884-1885] creyó zanjar drásticamente la cuestión debatida por Fermín Entrena: ..."más de un autor se ha preguntado ¡si la Independencia deberá considerarse como un bien!... Me parece hasta fuera de sentido esta pueril consideración. La Independencia se hizo porque estaba en la evolución de la Colonia; era un proceso natural que debían seguir los pueblos oprimidos"... (Op. cit., página 79).

134. José Gil Fortoul, "Prólogo a la segunda edición". **Historia Constitucional de Venezuela**. vol. I.

135. Véase: Laureano Vallenilla Lanz, "La influencia de los viejos conceptos". **Disgregación e integración**, t. I, pp. I-LX.

136. Caracciolo Parra León, "La instrucción en Caracas, 1567-1725". La Introducción fue leída como"Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia", el 7 de marzo de 1932. **Discursos de incorporación**, 1920-1939, tomo 2, p. 343. Dicho lo cual, reivindicó el principio: "Piden la justicia y el recto sentido crítico que si hemos hecho valer las grandes ventajas que representa para los estudios históricos la escuela determinista, no callemos, al menos en parte, los graves inconvenientes que son consecuencia de su posición monística"... **(Idem)**.

137. Citado por Gonzalo Picón Febres, **La literatura venezolana en el siglo XIX**, pp. 19-20. Dudosa garantía de imparcialidad, según Caracciolo Parra Pérez [1888-1964]: ..."Respecto de Mariño [general Santiago, 1788-1854], González Guinán [Francisco, 1841-1932] es casi siempre muy severo y no es raro verle adoptar versiones apoyadas sólo en la ignorancia de los hechos o en su interpretación abusiva, por cuya razón debemos desechar su parecer en más de una ocasión

Por lo demás y al contrario de cierta opinión corriente, estimamos muchos de los juicios de este autor y los creemos imparciales, al menos cuando no trata, por ejemplo, de personajes como Guzmán Blanco [general Antonio, 1829-1899], de quien fue amigo devoto e «incondicional» partidario"... (**Mariño y la independencia de Venezuela**, vol. I, página xxxiii).

138. Rafael Fernando Seijas, "Historiadores venezolanos". **Primer libro venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Letras**, p. 5.

139. Idem.

140. Ramón Díaz Sánchez, "Contestación del Académico Don Ramón Díaz Sánchez". **Discurso de incorporación del individuo de número doctor Caracciolo Parra Pérez**, p. 20 ¿Llevar la admiración, en este caso por el general Santiago Mariño (1788-1854), hasta el punto de que el tener el atrevimiento de contradecir al Libertador sea tomado como criterio para evaluar la autonomía de un autor?: "La tendencia a rectificar ciertos juicios recibidos, al menos sobre la conducta política y militar de Mariño [general Santiago, 1788-1854] en la primera época de su colaboración con Bolívar [Simón], señálase claramente en la obra del más reciente historiador de **Nuestra Segunda República**, teniente coronel Esteban Chalbaud Cardona, [1859-1927], ya ventajosamente conocido por sus estudios sobre Hoche [general Lazare, 1768-1797] y Anzoátegui [general José Antonio, 1793-1819]. La descripción de las campañas de 1813-1814 hecha por este distinguido oficial revela, como es justo, posesión completa de la técnica y espíritu crítico notable por su valentía y esfuerzo de imparcialidad. En su libro vemos defender en la ocasión importante de la segunda batalla de La Puerta las disposiciones de Mariño [general Santiago], en contraposición a las que se dice tomó el Libertador." (**Mariño y la independencia de Venezuela**, vol. I, p. xxviii). (Véase nota 130).

141. Manuel Díaz Rodríguez, **Op. cit.**, p. 196.

142. **Ibidem**, pp. 195-196.

143. Gonzalo Picón Febres, **La literatura venezolana en el siglo XIX**, p. 84.

144. Mario Briceño-Iragorry, **Tapices de Historia Patria**, página 187.

145. Manuel Vicente Romero García, "La verdad histórica". **Manuel Vicente Romero García**, p. 320.

146. Manuel Díaz Rodríguez, **Op. cit.**, p. 145.

147. Domingo B. Castillo, **Memorias de Mano Lobo**, p. 76.

148. Manuel Díaz Rodríguez, **Op. cit.**, p. 200.

149. Marco A. Osorio Jiménez, "Los legionarios británicos en la guerra de Independencia". **Narraciones de los expedicionarios británicos de la Independencia**, pp. 7, 8 y 10. El testigo en cuestión es el coronel británico Francis Hall, quien fue enviado a Venezuela por su gobierno después de la guerra. No sólo los testimonios sino también los testigos son, en este caso, objeto de severa apreciación crítica: ..."Muchos de los relatos de esa época se resienten de exageraciones; fueron escritos por individuos que se desalentaron ante las asperezas encontradas y abandonaron la causa sin antes haber hecho esfuerzo alguno de adaptación a las condiciones o circunstancias. De hecho, las quejas más clamorosas provenían de aquellos individuos cobardes o ineptos, quienes poco después de su prematuro regreso a Inglaterra, llenaban los estantes de las librerías con relatos espeluznantes sobre las durezas e injusticias que habían tenido que soportar"... (p. 8). Decían lo que el público deseaba leer, como lo denunció Gulliver (Véase Parte II-B, nota 10).

150. Manuel Palacio Fajardo, **Op. cit.**, p. 79.

151. Cayo Cornelio Tácito, **Diálogo de los oradores**, p. 74.

152. Gonzalo Picón Febres, **La literatura venezolana en el siglo XIX**, pp. 26-27. Es tan poderoso el influjo de la condición humana, que este presentador magistral del rumor [Véase nota 13] se reveló incapaz de escapar a su influjo, sin ver en ello riesgo para su celo de objetividad e imparcialidad: ..."De la historia de la Independencia por el doctor Francisco Javier Yánez [sic., 1776-1842], no se han publicado sino algunos fragmentos, quizás porque en la mayor parte de la obra, según los numerosos decires de los hombres ilustrados que han tenido ocasión de consultarla, se comentan los hechos inmorales con la severidad que impone la justicia, y se trata a Bolívar [Simón] como a humano cuyas faltas no alcanzan a deslustrar su gloria en cuanto genio representante de una raza inteligente y heroica, en cuanto caudillo milagroso por la excelencia de sus dotes y por la inquebrantable fortale-

za de su voluntad, y en cuanto generoso emancipador de pueblos"... (**Ibidem**, p. 19). (Véase nota 128).

153. Con estas palabras abrió el autor el cap. I de su obra. Imposible entonces, ¿y ahora? que tuviese otro comienzo, que es también conclusión.

154. Diego Carbonell, "Bolívar, crítico de historia". **Op. cit.**, página. 231.

155. Simón Bolívar, **Obras completas**, vol. II, pp. 884-885. Tomándola del **Diario de Bucaramanga**, de Luis Perú de Lacroix [1780-1837], Diego Carbonell [1884-1945] cita la que según el diarista era la verdadera opinión de Simón Bolívar sobre José Manuel Restrepo [1781-1863] como historiador: ..."«el que se impone el deber de instruir a la posteridad debe situarse primeramente fuera de toda influencia, debe desprenderse de toda prevención y dejarse guiar sólo por la severa imparcialidad; el señor Restrepo [José Manuel] nada de todo esto ha hecho, pues el lector ilustrado reconoce que el autor ha escrito bajo dos poderosas influencias: la del Poder, de quien espera y teme, y la de sus recuerdos apasionados...». Cuando ya declinaba la conversación, al final de la comida, añadió que: ... «tales producciones no se admiten en la balanza en que se pesan las verdades históricas»." Lo que lleva a Diego Carbonell a preguntarse: "¿Acaso era posible la imparcialidad de un ministro del Libertador al pergueñar la biografía del Presidente de Colombia?"... (**Op. cit.**, p. 231-232).

El reproche que Simón Bolívar hizo a José Manuel Restrepo en cuanto a la severidad con que trató a "Madrid", se refiere a José Fernández Madrid. A éste le había escrito el 14 de febrero de 1828: ..."he tenido el gusto de recibir sus apreciables cartas del 21 de noviembre y 4 de diciembre, he visto y con mucho sentimiento las quejas de Vd. en contra de la "Historia de Colombia." A la verdad, me ha sorprendido, pues, que a no esperar semejante cosa, es la primera noticia que he tenido porque aun no la he visto. Pero, amigo, confórmese Vd. con los mismos consejos y consuelos que Vd. me da. Las plumas no se pueden encadenar, amigo mío; pero no faltará otra que le haga justicia: la mía, cuando continúe lo que ha comenzado ya, dirá al mundo quien es Madrid; cuáles sus virtudes y servicios." En efecto, en la mencionada carta de 21 de noviembre de 1827 José Fernández Madrid, luego de comentar los ataques de la prensa contra Simón Bolívar, observa: ..."U. no contesta sino con sus hechos; toda otra contestación sería poco digna de U." Sólo que de inmediato dio rienda suelta a su disgusto, llegando hasta proferir una amenaza muy apropiada para ilustrar sobre los riesgos que corre quien cultive la historia de lo contemporáneo: "No me

hallo yo en este caso, y tendré que responder extensamente a las atroces imputaciones que gratuitamente me prodiga el señor Restrepo [José Manuel], en su Historia de Colombia. Este ha manifestado en ella, con respecto a mí, la intención más depravada y la mala fe más inconcebible, desnaturalizando los hechos más notorios, prescindiendo de los documentos más incontestables"..."Restrepo [José Manuel] no merece disculpa: el debe estar convencido de su injusticia. Por mi parte, juro que algún día le haré conocer que no he perdido el honor..." (**Bolívar. Epistolarios**, No. 66, páginas 139 y 202).

156. José Gil Fortoul, **Historia Constitucional de Venezuela**, "Prefacio" a la primera edición.

157. El primer número de la Revista apareció con fecha mayo-junio de 1960. En el número 8, de junio-julio de 1962, se quiso sintetizar la concepción crítica de los redactores en una nota que lleva el sugestivo título de"Morder y dar donde morder", en estos términos: "Decir que la crítica ha de ser principio fecundante de la producción intelectual y artística, puede parecer simple repetición de uno de los tantos preceptos que no por verdaderos son reales, si por ser reales entendemos su positiva expresión en los hechos. Suele contraponerse una crítica fecunda y una crítica esterilizante y destructiva. Muchos juegan al alza y a la baja con esta contraposición, acomodaticia e incorrecta, como se juega a la Bolsa, y es que muchas veces en la crítica intelectual o artística va implicada la bolsa y muy pocas veces la vida.

"No existe la crítica esterilizante o destructora. Para hacer las veces de tal están la diatriba, el insulto, la tendenciosa ignorancia y hasta el silencio. No debe haber confusión en esto, ni mala fe tampoco. La crítica es principio fecundante de la producción intelectual y artística y lo es en los dos sentidos en que la crítica se ejerce: en dirección de la obra criticada, visiblemente, y en dirección del propio crítico, tácita aunque no menos efectivamente. Lo que nos lleva a rechazar, por impropia, la tradicional contraposición entre el crítico y el creador: es tan imposible crear sin ejercer al paso una función crítica que puede no ser expresa, como el criticar sin al mismo tiempo crear implícitamente. La formación del creador es, esencialmente, resultado de una permanente actividad crítica. El ejercicio del crítico es, básicamente, resultado de una actitud creadora."

...

"Para quienes gustan de un lenguaje gráfico y más directo, decimos: mordemos y damos donde morder"...

158. Denis Diderot, **Jacques le fataliste et son maître**, p. 315.

159. Héctor Vera, **Réplica de un joven a Luis Ruiz**, pp. 10-11. Es cosa vieja y cómoda el prevalerse, según la ocasión y la conveniencia, de las diferencias que interesadamente se invocan entre la "obra histórica" y la "obra literaria". Ello permite justificar licencias, no ya sólo con las fuentes sino hasta con el más elemental sentido crítico. Francisco Herrera Luque [1927-1991] no tuvo escrúpulos (¿de historiador? ¿de novelista?) en referir que del registro de un matrimonio clandestino y del nacimiento subrepticio de un niño en un convento caraqueño: "Se hicieron dos sendas copias del original, debidamente certificadas por dos sacerdotes, copias que a su vez se entregaron al Príncipe [padre del recién nacido]." Y añadió esta nota: "Estos documentos que personajes idóneos atestiguan haber visto, han sido la base fundamental de la verdadera historia de Piar [general Manuel]." (**Manuel Piar, caudillo de dos colores**, p. 53). (Véase la nota 22).

160. Luis López Méndez, "Juan Vicente González". **Los partidos políticos**, p. 152.

161. Denis Diderot, **Jacques le fataliste et son maître**, páginas 314-315.

162. Francisco Aniceto Lugo[1894-], **La revolución venezolana**, p. 153. Es un lugar común el decir que la realidad suele superar la imaginación. En cierta forma es también un modo de llamar a la cautela en cuanto a la aplicación del criterio de lo posible. Recuérdese el diálogo entre Santiago y su amo:

"Santiago.– Cuántas cosas sorprendentes están escritas en lo Alto. ¡He allí un niño nacido Dios sabe cómo! ¿Quién sabe qué papel le tocará jugar al bastardo en el mundo? ¿Quién sabe si él no nació para la felicidad o para la pérdida de un imperio?

"El amo.– Te digo que no. Yo lo convertiría en un buen tornero o en un buen relojero. Se casará, tendrá hijos que tornearán de por vida patas de silla, en este mundo.

"Santiago.– Sí, si ello está escrito en lo Alto. ¿Pero, por qué no saldría un Cromwell [Oliver, 1599-1658] del taller de un tornero? El que hizo cortar la cabeza a su rey, ¿no salió del taller de un cervecero?... (Denis Diderot, **Jacques le fataliste et son maître**, página 365).

Benito Pérez Galdós [1843-1920] narró en uno de sus **Episodios nacionales** la sorpresa que se llevó con un fantasioso marino, así lo consideró, al que le dio en hablar de buques imaginarios, movidos por fuerzas poco menos que inconcebibles para una mente que todavía navegaba a vela: ..."No volví a acordarme más del formidable buque imaginario, hasta que treinta años más tarde supe la aplicación del vapor a la navegación, y más aún, cuando al cabo de medio siglo

vi en nuestra gloriosa fragata *Numancia* la acabada realización de los estrafalarios proyectos del mentiroso de Trafalgar.

"Medio siglo después me acordé de don José María Malaspina, y dije: «Parece mentira que las extravagancias ideadas por un loco o un embustero lleguen a ser realidades maravillosas con el transcurso del tiempo».

"Desde que observé esta coincidencia, no condeno en absoluto ninguna utopía, y todos los mentirosos me parecen hombres de genio." (**Op. cit.**, p. 170).

163. José Manuel Restrepo, **Op. cit.**, vol. II, pp. 211-212.

164. Federico García Lorca, "Las nanas infantiles". **Obras completas**, pp. 49-50.

165. Citado por G. J. Renier, **History, its purpose and method**, p. 7. (Véanse las notas 36 y 67). El hastío causado por las citas, y en particular las propiamente de autoridad, se manifestó desde muy temprano. Así mismo su contraposición con la observación y la experiencia directa, como hemos visto. Nicolás Maquiavelo [1469-1527] lo dejó sentado en la introducción de su obra **El príncipe**, publicada en 1532: "No he llenado esta obra de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentación de ciencia"..."con que muchos autores tienen la costumbre de engalanar lo que tienen que decir. He querido que mi libro no tenga otro adorno ni gracia mas que la verdad de las cosas y la importancia de la materia." (p. 12).

166. Enrique Bernardo Núñez, **Bajo el samán**, pp. 72-73.

167. Rufino Blanco Fombona, **El espíritu de Bolívar**, "Prefacio", p. 5. No puedo menos que recordar de nuevo un precepto de Hipólito Taine [1828-1893], leído no recuerdo dónde, que solía repetir a sus alumnos. Dice más o menos así: "En materia de preceptos sólo conozco dos: uno, que aconseja nacer con genio, es asunto de vuestros padres, no mío; el otro, que aconseja trabajar duro para dominar el arte, es asunto vuestro, tampoco mío."

PARTE II:

LO HISTORICO Y LA COMPRENSION DE LO HISTORICO

A. Proceso e historicidad del conocimiento histórico

El hombre es el criterio de lo histórico, pero no es el único agente histórico. Todo lo que se relaciona con la acción del hombre es esencialmente histórico, pero no toda muestra de la existencia del hombre es reconocida como histórica. La muestra de la existencia del hombre que interesa para la historia ha sido denominada, convencional y descriptivamente, "huella histórica". En su formación el hombre puede ser el factor activo, pero en ocasiones puede considerársele pasivo: por ejemplo cuando es objeto de la acción de fuerzas naturales con "consecuencias históricas."

La muestra de la existencia del hombre se vuelve "histórica" cuando, al entrar en contacto con el interés investigativo, la información en ella contenida se transforma en el denominado "dato bruto". A su vez, cuando éste es sometido al tratamiento que constituye el método crítico, mediante el cual se establece la calidad del dato, –es decir su exactitud y su veracidad–, da lugar al denominado "dato elaborado".

En esta fase del estudio histórico no se está aún en presencia de conocimiento histórico, propia y científicamente entendido, sino de material elaborado y dispuesto para producir ese conocimiento. Para ello es necesario integrar los "datos elaborados" en un sistema criteriológico, que permita revelar y evaluar su significado. El sistema en cuestión es un conjunto de criterios básicos, –cronológico, espacial y cronoespacial–, y de combinaciones de los mismos, que permiten relacionar entre sí los "datos elaborados" e integrarlos en un "discurso".

El resultado, una vez transmitido, es conocimiento histórico, es decir parte del conocimiento integral del hombre. Sin embargo, la historia no es admitida, cabalmente, como la ciencia antropológica por antonomasia. Vegeta a su sombra una disciplina maldefinida que pretende, sin embargo, monopolizar la condición de tal.

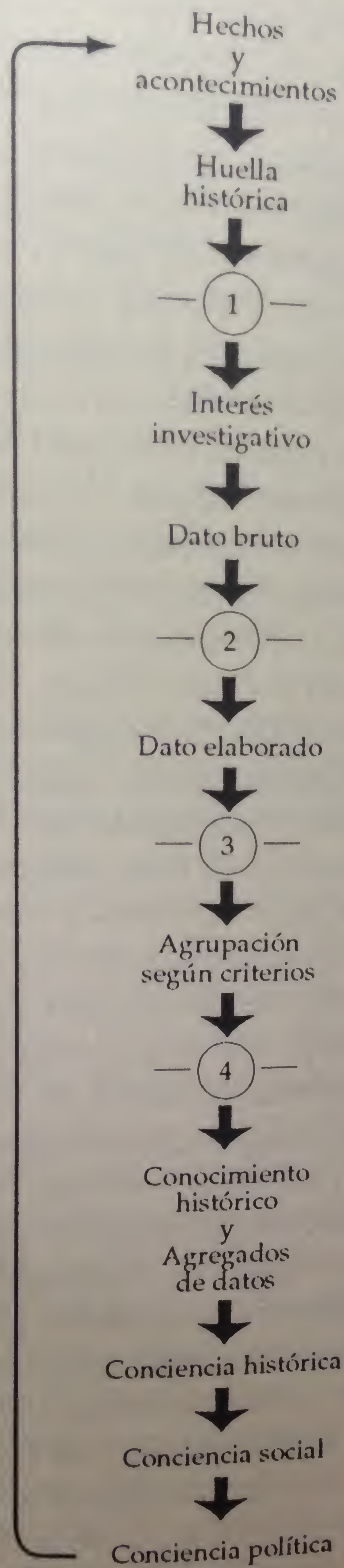
Contado de esta manera el cuento de los metodólogos tradicionales luce sencillo: bastaría conformarse con las reglas y

normas que rigen cada uno de esos pasos metodológicos para producir conocimiento histórico. Nada degrada tanto la labor del metodólogo de la historia como el hacer incurrir a alguien en semejante simpleza, responsable de tantas deslucidas faenas de aficionado.

Quien posea el oficio de historiador, del que con tan falsa modestia se enorgullecía Marc Bloch, [1] sabe que entre los pasos del proceso metodológico median velos que complican las cosas, [2] hasta el punto de que el propio conocimiento histórico, ya adquirido, tiende un velo entre la información contenida en el dato y el interés investigativo, pues provee conceptos en los cuales tendemos a encajonar lo percibido, abriéndose así la posibilidad de que su significado sea desnaturalizado. [3] Para apreciar mejor lo dicho, piénsese en la dificultad de diferenciar históricamente entre revolución, insurrección, golpe de Estado, golpe militar, golpe palaciego, asonada, complot, cuartelazo, etc. Pero el más obvio de los velos consiste en la pereza intelectual innata, que lleva al investigador a no aplicar el método crítico al "dato bruto", y a tomarlo cómodamente por "dato elaborado". Se tiende otra cortina entre el "dato elaborado" y el "discurso histórico" cuando se descuida la integración criteriológica sistemática de los "datos elaborados". Por lo mismo no se accede a la comprensión-explicación: se confunde el agregado de datos con el conocimiento histórico, como sucede cuando se identifican e inventarían los componentes y los signos de un proceso histórico y aun no se logra captar su significación esencial. [4] Quizá un esquema ayude a comprender mejor este proceso del conocimiento:

Los números señalan los velos o cortinas que ha de atravesar o descorrer el investigador:

1. Es el conocimiento histórico ya adquirido por el historiador, matriz de un acervo de conceptos y criterios [5] que condiciona su capacidad de formularse interrogantes significativas en relación con la información potencialmente contenida en la huella histórica. [6] La aptitud del investigador para "ver" cosas nuevas y/o relevantes, incluso en lo ya visto por otros, depende de su capacidad (¿o sensibilidad?) para apreciar diferencias entre


Hechos
y
acontecimientos
Huella
histórica
1
Interés
investigativo
Dato bruto
2
Dato elaborado
3
Agrupación
según criterios
4
Conocimiento
histórico
y
Agregados
de datos
Conciencia histórica
Conciencia social
Conciencia política

los conceptos movilizados para interrogar la huella histórica, y poder acceder así al contenido "nuevo" de ésta.

2. De inmediato, y muy relacionado con el primero, se encuentra el segundo velo, constituido por la formación cultural del investigador. [7] Es grande la distancia entre el concepto de "sabio universal" que debía ser el historiador decimonónico y, por ejemplo, el criterio estrecho de que la historia económica es toda la historia, o peor aún, el de que la historia económica es, a su vez, una especie de estadística comentada. [8] La identificación de la naturaleza predominante del dato, y la percepción de la delicada interacción de los componentes del mismo, en función de la gama de aspectos que conforman el hecho social, requiere la movilización de vastos recursos científicos y culturales.

3. Esta cortina puede ser denominada "flojera intelectual" . Representa la ausencia, la debilidad o el no uso del espíritu crítico y la no aplicación del método crítico. Es aquí donde la credulidad y la obediencia al criterio de autoridad ponen sus mejores trampas. [9] En la historia patria, esencialmente heroica, el escalafón de los héroes se corresponde con el reconocimiento de veracidad testimonial, como es bien sabido y padecido en los dominios de la historiografía académica venezolana. Pero cualquier otro dogma cumple igual papel. [10]

4. Es el umbral del conocimiento científico en historia. Aquí el camino se bifurca. Un ramal conduce hacia la historia concebida como un conjunto de datos. El otro conduce hacia la historia concebida como comprensión e interpretación. [11] La sensatez del investigador científico en historia consistirá en arbitrarse un camino que no excluya ninguno de los dos ramales extremos. Por supuesto, si antes de emprender su marcha logra resolver pequeños problemas tales como: ¿Es posible establecer metódicamente datos sin pasar por un proceso, explícito o implícito, de comprensión e interpretación? ¿Puede darse un proceso de comprensión e interpretación sin que se le apoye, explícita o implícitamente, en datos metódicamente establecidos?

Un fragmento, ya mencionado, de José de Oviedo y Baños, proporciona una reveladora muestra de estas dificultades metodológicas. [12] Recuérdese que en el inicio de ese pasaje el autor se

confesó temeroso y hasta desconfiado, al narrar y comentar una demostración de osadía de Garcia González de Silva, porque se vio ante la posibilidad de incurrir en incumplimiento del compromiso de veracidad por él contraído con el lector. Juzgó tan difícil de creer el hecho historiado ..."que por lo raro de sus circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando del piadoso consentimiento del lector para su ascenso"... Lo que valdría decir: el lector tendría que inhibir o atenuar su sentido crítico para poder admitir la historicidad del hecho. ¿Por qué pedirle tal complacencia? Porque la historicidad del hecho se halla acreditada ..."con diferentes documentos auténticos"... y por la tradición de más de un siglo. Cabe preguntarse, entonces, sobre el origen del temor expresado por el autor. Este pareciera originarse en el reconocimiento, por él, de la existencia de una instancia superior a la de los instrumentos críticos que dice haber consultado

Esta comprobación nos permite preguntarnos sobre si el concepto de lo verosímil predomina sobre lo documentado. En caso afirmativo el criterio de lo verosímil sería, por consiguiente, la instancia crítica más alta. [13] Pero ¿cómo se forma éste? No parece que pudiera proceder de otra fuente que no sean la experiencia vivida, la experiencia aprendida y la imaginación; esta última en el sentido de la concepción de lo posible (pero ¿ésta no reproduce el problema, al suscitar preguntas semejantes a las planteadas acerca de las fuentes del criterio de posibilidad?). La experiencia vivida, si está directamente referida al hecho historiado, se vuelve testimonio, y suscita un tratamiento crítico específico. La experiencia aprendida reproduce el problema que se busca resolver, porque no sería, en final de cuentas, otra cosa que la historia misma. Si descartamos la experiencia aprendida, quedarían la experiencia vivida y la imaginación de lo posible. ¿Esto significaría que la historia se mueve entre lo cotidiano y lo imaginado, entendidos como los polos de lo vivido?... O que, en definitiva, la historia es su propio criterio de verosimilitud.

José de Oviedo y Baños resolvió el problema con aparente desenfado: ..."menospreciando los reparos, que pudieran dar motivo para acobardar la pluma"..., y con ello cedió ante la difi-

cultad que, traducida en términos metodológicos, suscita la historia vista como ciencia de hechos.



La historicidad del conocimiento histórico es una noción generalmente admitida, aunque no siempre bien comprendida. Así, es cierto que se reconoce la correlación existente entre el conocimiento histórico, –o mejor dicho la historiografía–, y su correlato histórico entendido como la circunstancia, como el acontecer. La historia de la historiografía puede ser concebida, y quizá deba serlo, como el estudio de las relaciones entre el acontecer histórico y la expresión de éste en la conciencia histórica, *uno de cuyos factores* es la historia escrita o historiografía. Se trataría de una concepción de la historia de la historiografía entendida no ya como un catálogo crítico de corrientes y escuelas, de obras y autores, sino como el estudio sistemático de la evolución de las relaciones antes señaladas. Estas son la expresión de la conciencia social en forma de conciencia histórica.

Visto de esta manera, el estudio de la historia de la historiografía debería realizarse manteniendo siempre en primer plano el estudio del acontecer histórico, y no como suele hacerse, –y como lo hice durante muchos años–, partiendo del universo historiográfico mismo. Esto, aunque se ponga especial interés en los rasgos propios de la historia de la historiografía, como disciplina, subordinándole el estudio de corrientes, escuelas, autores y obras. [14]

Esta inversión del sentido del estudio de la historia de la historiografía permitiría comprender la presencia de lagunas, y ciertos interesados olvidos, que se advierten en la historiografía venezolana. Por ejemplo, el marcado contraste entre el entusiasmo suscitado por Haití independiente en 1816 y el subsiguiente olvido; así como la reducción del compromiso al parecer contraído por Simón Bolívar con el Presidente Alejandro Pétion [Anne Alexandre Sabès, llamado Pétion, 1770-1818] a la sola solicitud, aunque sincera y vehemente, de que se aboliese la esclavitud. Es probable que el silencio en cuestión se deba a la repug-

nancia que causaría el registrar el hecho de que Haití, sometido entonces a la segregación y al aislamiento en el plano internacional, no pudo recibir el reconocimiento diplomático por la naciente República de Colombia, urgida ella misma de reconocimiento internacional. ¿Por qué silenciar esta circunstancia? ¿Cabía esperar que la República de Colombia pusiese en entredicho su propio ingreso a la comunidad internacional, dándole reconocimiento a un Estado marginado por haber abolido, a un tiempo, el coloniaje y la esclavitud? Es razonable pensar que en esto se ha atendido a los supuestos intereses del culto a Bolívar.

Igualmente, ¿cómo se explica el esfuerzo realizado por varios historiadores venezolanos, bolivarianos patentados, a quienes no les basta con que Simón Bolívar sea una figura de una porción del hoy llamado Tercer mundo? La conciencia criolla requiere, por su propia dialéctica, que esa vigencia se dé en el llamado Primer mundo, porque sólo así Simón Bolívar, como requerido arquetipo del criollo venezolano y latinoamericano, consagraría la anhelada identificación de los valores de ese criollo con los de la metrópoli. [15]

Quizá de esta manera podrá el espíritu crítico, aplicado al estudio de la historia de la historiografía venezolana, resguardarse del ..."muriente resplandor de la epopeya emancipadora, cultivada por la abundosa fauna de los ditirámbicos historiadores patrios"... [16] Así mismo se podrá comprender la ligereza de fulminantes sentencias, como la dictada por Juan Vicente González [1810-1866] contra el general José Tadeo Monagas [1785-1868], en un folleto publicado en 1858: "¡Digna hazaña del autor del 24 de enero! En esta tela trágica que se llama historia, ningún hecho tan atroz había figurado jamás"... [17]

No pretendo, de ninguna manera, haber reflexionado lo merecido por esta cuestión tan importante, pero me permitiré llamar la atención del lector sobre algunos aspectos relacionados con las que podrían ser consideradas como fuentes de la historicidad del conocimiento histórico.

ꕤ ꕤ ꕤ

El estudio de las fuentes de la historicidad del conocimiento histórico debe basarse en el de las relaciones entre la historiografía y la sociedad, entendida ésta en su estructura y en su dinámica. Pero sería necesario analizar esas relaciones distinguiendo en ellas los siguientes componentes: la estructura de clases, la estructura de poder interna, el nivel general de conocimiento científico, la conformación cultural y el grado de ideologización social. Cabe subrayar la circunstancia de que esta separación es puramente analítica, en el sentido de que con ella se deslinda lo que en la realidad está orgánicamente unido. Si bien para cada uno de los aspectos enunciados se podría hacer señalamientos muy extensos, me limitaré a los esenciales para identificarlos.

En la medida en que la historiografía traduce la conciencia histórica acumulada, de manera sedimentaria más que decantada, correspondiente a un estadio de la conciencia social, está clara la relación que se establece entre la historiografía y la estructura de clases. Hay conceptos básicos que rigen esta relación. El primero y fundamental es que el ascenso de una clase o sector social conlleva tanto el cuestionamiento de la historia oficial vigente como su reelaboración acrítica. Las hazañas realizadas en este terreno por los regímenes socialistas autocráticos, o pura y simplemente autocráticos, y antes por el nazismo y siempre por el colonialismo, son bien conocidas por su "orwellianismo". Pero hay formas más burdas. Diego Córdoba [1892-1972] escribió en 1926 que en la Venezuela de entonces había ..."tres categorías de esbirros: los intelectuales, los sociales y los ejecutivos." Y puntualizó:

> "Los primeros dedican su entendimiento y su ilustración en beneficio exclusivo del «Jefe». Son los que escarban nuestra historia y barajan mezquinamente hombres y tiempos para convencer al pueblo ignorante de que Gómez [Chacón, Juan Vicente, 1857-1935] es el Presidente necesario. Prototipo de este grupo es Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936]. Estos lacayos cultos, llegan a degradar a las personalidades más esclareci-

das de nuestra epopeya y a falsear nuestras glorias cívicas y militares para darle crecimiento al Tirano. No ha faltado entre ellos quien lo comparara con Bolívar [Simón], como lo hizo un sabio médico, cuyo nombre está ya olvidado en el Registro de Defunciones de Caracas; ni un Arcaya [Pedro Manuel, 1874-1958], que en un discurso que pronunció en Lima en la celebración del Centenario de Ayacucho diga que Gómez [Chacón, Juan Vicente] está pagando «las deudas del Libertador». Estos esbirros viven dentro de una lucha imaginativa tremenda, agotante, disputándose las frases más expresivas para darle relumbrón a sus discursos laudatorios y a sus artículos y telegramas de periódicos, anhelando siempre «impresionar bien al Jefe». Los libros que publican se inspiran en él o se dedican a él; y esto lo hacen los historiadores y los médicos, los abogados y los poetas, todos cuantos entran en la órbita corrompida de intelectualismo, a cuya cabeza van las Academias tutankámicas y nuestra Ilustre Universidad Central." 18

El segundo concepto es el de que toda clase o sector social en el poder reescribe la historia. Esa nueva escritura tiene el sentido general de volver el pasado mero precedente de la nueva relación de poder, y por lo mismo pretendida fuente de su legitimidad. La reciente historiografía cubana ilustra con exceso esta manipulación historiográfica. [19] En ocasiones se recurre a modos indirectos. Carlos Brandt [1875-1964] escribió: ..."Sé que un exagerado patriotismo ha hecho que de la Academia de la Historia se hayan desaparecido libros, porque perjudicaban la reputación de algunos de nuestros libertadores. Pero eso no es hacer historia"...[20] El tener conciencia de esa situación estimula la cautela, o desaconseja la precipitación, sobre todo cuando el escenario político se presenta confuso. El 16 de diciembre de 1908 escribió José Gil Fortoul [1861-1943]:

> "«A mi segundo tomo de historia [se refiere a su **Historia Constitucional de Venezuela**] le faltan unas 50 páginas de impresión. Y como aquí (Pau) es más difícil corregir las pruebas de imprenta, que vienen de Berlín, el trabajo marcha lentamente. Por otra parte, paréceme que sería mejor no enviar allá [a Venezuela] ese tomo sino cuando el país esté tranquilo y la gente que está ahora haciendo historia tenga tiempo de leerla"... [21]

La relación entre la historiografía y la estructura de poder interna se expresa en dos actitudes que están estrechamente vinculadas entre sí: el sector o clase social dominante se asigna su papel histórico, –el protagónico–, y adjudica a los demás sectores y clases el suyo, –de secundario a comparsa–. Al mismo tiempo la clase o sector social dominante resuelve sacralizar la historia así corregida. Tipifica como delito de lesa patria todo intento de resistencia crítica, y mucho más los ensayos de revisión, por muy científicos que se pretendan. [22]

El tercer concepto que es necesario tomar en cuenta al apreciar la historicidad del conocimiento histórico consiste en que el nivel general del conocimiento científico condiciona la historiografía, de manera en muchos aspectos determinante. Incide en la concepción misma de la historia, directamente y por contraste. Directamente cuando se produce una cruda transferencia de criterios o de métodos, como ocurrió con la llamada historia biológica. Pero incide también en el proceso de percepción y de captación de lo histórico. La eficacia de esta operación de conocimiento está fuertemente regida por el grado del des- arrollo científico de la sociedad, sin excluir ninguna de las ramas de la ciencia, pues éstas, a su vez, guardan una vivificante interrelación. Esta afirmación luce obvia en lo que concierne a las ciencias sociales en general y a las humanísticas. Pero no es menos válida en lo que concierne a las ciencias y técnicas referidas al ambiente, a la producción, a la circulación, a las comunicaciones, etc. Gustavo Le Bon [1841-1931] dio una excelente muestra del que podría denominarse cientificismo historiográfico, en estado puro:

> "Las ideas que comienzan a penetrar, cada vez más, en la historia, son debidas sobre todo al progreso de las ciencias naturales. Son ellas las que, al poner de evidencia la influencia absolutamente preponderante del pasado en la evolución de los seres, nos han indicado que para comprender el estado actual y atisbar el porvenir de las sociedades, lo primero que debemos estudiar es su pasado. Hay una embriología social al igual que hay una embriología animal, y, al igual que el naturalista encuentra hoy la explicación de los seres mediante el estudio de sus formas ancestrales, el filósofo que quiere comprender la génesis de nuestras ideas, de nuestras instituciones y de nuestras

creencias, debe estudiar primeramente sus formas anteriores. Vista de esta manera, la historia, cuya utilidad podía parecer muy escasa mientras ella se limitaba a las pueriles enumeraciones de dinastías y batallas, adquiere un interés actual inmenso. Se convierte en la primera de las ciencias, porque es la síntesis de todas las demás. Las ciencias propiamente dichas nos enseñan a descifrar un cuerpo, un animal o una planta. La historia nos enseña a descifrar a la humanidad y nos permite comprenderla. El espíritu humano no podría proponerse un empeño más útil ni más elevado." [23]

El tercer concepto a estudiar es el de la relación existente entre la historiografía y la conformación cultural de la sociedad. Se aprecia en esto una relación causa-efecto recíproca. No ha faltado quien, parafraseando el esquema positivista, advierta y señale una secuencia de estadios, épocas o niveles de la evolución social vistos como correlativos a determinadas formas o modalidades historiográficas. Sólo que esta visión, simplistamente clasificadora del fenómeno, hace olvidar que en un momento dado de la evolución de una sociedad coexisten las diversas formas o modalidades historiográficas. Esta coexistencia es, precisamente, función de la conformación cultural, nunca homogénea, de la sociedad. Incluso es posible afirmar que en este campo opera, de manera más perceptible que en otros, el fenómeno de la "zona intermedia" del conocimiento. Es decir la que se forma en el área de contacto entre la conciencia histórica básica de la sociedad, siempre más sedimentaria y acumulativa que evolutiva, y los resultados que "bajan" desde los niveles de la investigación en el campo de la historia. En la sociedad venezolana actual la "zona intermedia" de la historiografía es todavía área de cultivo propicia, por excelencia, al culto a los héroes. Por otra parte, no vale la pena insistir en la relación que existe entre la historiografía y las estructuras culturales: sistema educativo, archivos, bibliotecas, medios de comunicación, industria editorial, etc.

Por último ha de tenerse en cuenta, para apreciar la historicidad del conocimiento histórico, el grado de ideologización de la sociedad. No quiero significar con ello la intensidad de tal ideologización sino su grado de refinamiento. Esto último habla

de la capacidad y la habilidad de la clase o sector socialmente dominante para orientar la sociedad, así como para formular genuinos objetivos nacionales. Es posible afirmar, sin incurrir en generalizaciones abusivas, que en la América Latina la historiografía ha sido, sobre todo y más que todo, no un conocimiento en trance de estructurarse científicamente sino la porción substantiva en la elaboración de una ideología de dominación. Mas en esto no parece observarse diferencia respecto de otras historiografías, si se acepta que, en términos generales, la historiografía proporciona el eje de la ideología de dominación consubstancial con la estructura de poder interna, y que, por lo mismo, se corresponde primordialmente con los intereses del sector o la clase socialmente dominante. Pero en el caso de la historiografía hispanoamericana, su condición de ideología de dominación está vinculada con "la visión criolla" del proceso de implantación de sociedades que la rige. Esa historiografía ha aportado el instrumento ideológico eficaz de la dominación criolla sobre las sociedades aborígenes, en sentido histórico tanto pasado como presente. Claro está que el hecho de que se trate de una ideología de dominación no conlleva, necesariamente, el que carezca de toda virtualidad científica. Es más, ésta puede, ocasionalmente, verse incrementada y consolidada por la controversia, implícita en toda ideología de dominación, entre los términos contrapuestos de semejante relación. A su vez, la formulación de genuinos objetivos nacionales requiere e impone, necesariamente, alguna fundamentación histórica ad hoc de los mismos.

Entendida de esta manera, la historicidad del conocimiento histórico se resuelve en el juego de un complejo condicionante de factores, que contribuye a la acentuada relatividad del conocimiento histórico. Pero el reconocimiento de esta acentuada relatividad no conduce a la invalidación de la condición científica del conocimiento histórico. A través de la historicidad de ese conocimiento, y en función de ella, queda un saldo que se depura y enriquece por obra del ejercicio del método crítico.

❖ ❖ ❖

La comprensión de la historicidad del conocimiento histórico tiene consecuencias importantes cuando menos en tres planos, relacionados entre sí:

En primer lugar, ayuda al acierto en la evaluación histórica de lo precedente tanto en el campo de la enseñanza de la historia como en el de la producción historiográfica. Y esto importa mucho no sólo para eludir la fácil, cómoda y hasta irresponsable,–por deficiente comprensión–, negación de lo pasado. Es comprensible que el hastío causado por la estéril reiteración de la historia académica empuje hacia la desesperación y hasta induzca al rechazo irritado. Pero no puede prevalecer esta actitud sobre la ponderada comprensión histórica, no sólo respecto de la ajustada comprensión e interpretación del pasado sino también, y esto es lo más importante, respecto de la certera orientación del porvenir de los estudios históricos, pues de esto dependerá en parte quizá primordial la conducta política global de los pueblos. [24]

En segundo lugar, permite comprender que a cada momento histórico corresponden tanto una actitud historiográfica como una orientación de la enseñanza de la historia: no cambian sólo los componentes estructurales de la sociedad, también lo hacen, en correlación más o menos estrecha, más o menos simultánea, los instrumentos de conocimiento de esas estructuras, para el caso la historia. La comprensión de esta realidad es fundamental en el proceso de formulación del diagnóstico de la situación en la investigación y en la docencia de la historia. Pero ¿qué decir de las situaciones que son renuentes al cambio o de las que tienen de éste una concepción dogmática y excluyente de la disidencia? [25]

En tercer lugar, y en mucho como consecuencia de los dos aspectos señalados, habría de permitir la formulación de una estrategia para el desarrollo de los estudios históricos, en todos los sentidos, que esté ajustada a la realidad y que, por lo mismo, sea razonablemente viable, como resultado de un pronóstico realista. [26]

En suma, parece posible afirmar que el replanteamiento y la reorientación de los estudios históricos, –entendiendo por tales tanto la formación como la transmisión de conocimiento histórico–, en una sociedad dada, requiere de una bien asentada perspectiva histórica, so pena de desembocar en un estado de frustración colectiva o en la retraída actitud del aspirante a ser autor de la obra magistral consignada a la posteridad.

Pero no es posible olvidar, ni por un instante, que estos esfuerzos deberán enmarcarse necesariamente en un contexto científico global. Este, a su vez, obedece a una red de interacciones con la sociedad que es similar al contexto que rige para los estudios históricos. Con este fin es necesaria la comprensión cabal de un conjunto de consideraciones:

En primer lugar, y en el plano más general, es posible afirmar que los estudios históricos comienzan a salir de la que podría denominarse "una crisis de estimación científica". La posición excelente de que gozaba el historiador a fines del siglo XIX se debilitó como resultado de las repercusiones científicas y tecnológicas de la Segunda Revolución Industrial, a las que se añadieron los efectos ideológicos de la Primera Guerra Mundial. A su vez la Segunda Guerra Mundial y su horrenda apertura hacia el exterminio atómico, tuvieron efectos múltiples y hasta contradictorios: acentuaron el predominio de las ciencias naturales y tecnológicas pero estimularon y complicaron la problemática socioeconómica. Condujeron así a la actualización de los problemas sociales y al consiguiente auge de las demás ciencias sociales. De esta manera los científicos sociales se sintieron ricos de disciplinas remozadas y vigorosas, frente a una historiografía tradicional y anémica a la que miraban con sumo desdén, negándole justificadamente la condición de ciencia social. Pero más temprano que tarde comenzaron a abandonar la ingenua confianza en sus solas fuerzas, bajo el imperativo del requerimiento tanto de una perspectiva histórica de lo social como de conocimientos históricos concretos, sin los cuales lucía cada día menos viable la comprensión e interpretación de lo social. Pero el nuevo científico social, si bien hubo de reivindicar el conocimiento histórico, aunque fuese sólo parcial y reticentemente, no hizo lo mismo con el historiador, -y no le faltó razón-, de mane-

ra que intentó resolver el problema doblándose en historiador y procurando por sí mismo el conocimiento histórico que necesitaba. ¡Fue lo mejor que pudo pasar! Siguiendo esta vía llegó a comprender, a la postre y luego de tropezar con las dificultades inherentes al conocimiento histórico y de no poder resolverlas, que el oficio de historiador se justifica científica y socialmente. Pero ello no condujo a la reivindicación pura y simple de la historia y del historiador. Se mantuvo el rechazo tanto de la historia como del historiador tradicionales, y se planteó la necesidad de formar un nuevo historiador, concebido como un científico social integral. [27]

En segundo lugar, cabe reiterar la necesidad de evaluar la relación que guardan tanto la historiografía como la enseñanza de la historia con el desarrollo científico general de la sociedad considerada. Las solicitaciones cognoscitivas de que es objeto la historia proceden de las demás ciencias sociales en general, pero, como lo he dicho, no sólo de éstas. Se establece así una relación que crea un nexo de estrecha interdependencia. Vale la pena insistir sobre este punto porque se suele admitir que el conocimiento de la historia es una condición primordial para que el cultivo de las demás ciencias sociales sea efectivo, y particularmente su enseñanza. Ahora bien, sucede que la proposición inversa es igualmente válida: el cultivo efectivo de las demás ciencias sociales es condición primordial para el desarrollo del conocimiento histórico. Y así ha sido históricamente y es hoy entre nosotros, porque ¿de dónde nace la inconformidad con la situación actual de la historiografía? Estoy convencido de que, en Venezuela, las demás ciencias sociales, amenazadas de estancamiento, están presionando la adormilada y polvorienta historia académica sobreviviente, al igual que su vergonzante aliada la historia presa del marxismo anquilosado. La razón de esta situación es de una sencillez esencial: no es posible concebir un conocimiento histórico que no sea el conocimiento, en una perspectiva temporal, de los mismos fenómenos que constituyen el objeto de las demás ciencias sociales. Estas, por su parte, tampoco pueden prescindir de la perspectiva temporal sin dejar de lado una dimensión esencial de su objeto de estudio.

En tercer lugar, en este marco de relaciones científicas es necesario comprender muy certeramente el significado y el alcance del reto planteado por el cientificismo contemporáneo, para no repetir los errores cometidos, en circunstancias semejantes, a fines del siglo XIX, cuando el reto mencionado impulsó a los historiadores, –afanados en merecer el título de científicos–, a desvirtuar el conocimiento histórico. Esta prevención la estimo importante para establecer una sana relación con las solicitaciones formuladas por las demás ciencias sociales: la historia ha de cambiar, pero sin dejar de ser ella misma. De esta manera también será posible prevenir los efectos del que he llamado el cientificismo del subdesarrollo, dolencia que ataca de preferencia a los administradores universitarios y cuyo síntoma principal es el menosprecio de los estudios históricos.

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. Marc Bloch, **Le metier d'historien**, traducido al español como **Introducción a la historia**.

2. Estos conceptos se corresponden en parte con lo apuntado por Claudio Sánchez Albornoz [1883-1984]: "Entre los hechos históricos y nosotros se interponen siempre numerosos filtros en los que van quedando jirones de la realidad, y la verdad histórica va matizándose de subjetivismo a medida que atraviesa por ellos, es decir, a medida que es vista por ojos de hombre y que es comentada por cerebros humanos." (**La España musulmana**. Introducción).

3. Son muy numerosas y admonitorias las prevenciones en esta instancia particularmente importante del proceso investigativo. Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] aconsejó en este sentido a Carlos A. Villanueva [1865-1925]: "Nada más natural que el señor Villanueva cayera en el mismo garlito en el que han caído todos aquellos que comienzan por establecer un método, una doctrina, un plan, una tesis, para solicitar después los hechos que deban servirles de comprobación. Con una preocupación semejante se llega al extremo de no ver en los documentos sino lo que convenga a la idea preconcebida, y de tomar como artículo de fe cuanto se halle escrito en su favor, sin tomar en cuenta al autor, ni al momento, ni al interés que sirvió de móvil. «Quienes así proceden, dice Fustel de Coulanges [Numa-Denis, 1830-1889] (**Monarchie franque**, p.31), corren el riesgo de no comprender

los textos o de comprenderlos falsamente. Entre el texto y el espíritu
prevenido que le lee, se establece una especie de conflicto indefinible:
el espíritu se resiste a comprender lo que es contrario a su idea, y el re-
sultado más frecuente de este conflicto no es que el espíritu se dé cuen-
ta de la claridad del texto, sino más bien que el texto ceda, se pliegue,
se acomode a la opinión preconcebida por el espíritu.... Poner sus
ideas personales en el estudio de los documentos, es un método pura-
mente subjetivo. Se cree mirar un objeto y es su propia idea lo que se
mira; se cree observar un hecho y este toma inmediatamente el color y
el sentido que el espíritu quiere que tenga: se lee un texto y las frases
de ese texto toman una significación particular según la opinión ante-
rior que se haya formado de él». Desde Taine [Hipólito, 1828-1893]
hasta Carlos Villanueva (y la escala es un poco más larga que la de
Jacob), es éste el error en el que han incurrido todos los historiadores,
que alguien, no sé si con toda propiedad, ha llamado esquemáticos." (
"El Imperio de los Andes". **El Libertador juzgado por los miopes**, pp.
6-7). Se advierte que en las primeras líneas de su crítica Laureano Va-
llenilla Lanz deforma los pasos metodológicos consistentes en la for-
mulación de hipótesis de trabajo y en la elaboración del plan inicial de
la investigación. Igualmente en lo que se refiere al papel que en toda
investigación desempeñan criterios y conceptos. Creo que es justa-
mente en este último punto donde radica el peligro mayor, es decir en
el seguimiento dogmático de los principios. Así lo advirtió Gueorgui
Valentinovitch Plejanov [1856-1918]: ..."Infortunadamente, no basta
con ser fiel a un principio dado para encontrar la certera explicación
de los fenómenos. La filosofía de la historia debe ante todo estudiar
cuidadosamente todos los hechos que han precedido y acompañado el
fenómeno que trata de explicar. El principio fundamental no puede y
no debe servir jamás sino como hilo conductor en el análisis de la rea-
lidad histórica"... ("De la philosophie de l'histoire." **Les questions
fondamentales du marxisme**. p. 154). Saliendo en defensa del pensa-
miento político de Simón Bolívar, fustigó Augusto Mijares [1897-1979]
a quienes lo adulteran al mutilarlo para ponerlo al servicio de propó-
sitos demostrativos: ..."Mutilado éste muchas veces por la crítica ten-
denciosa o recogido fragmentariamente para justificar tesis a priori"...
("El fracaso del Libertador como político". **Hombres e ideas en Amé-
rica**, página 211).

4. Véase: Germán Carrera Damas, "Agregados de datos, filia-
ción, explicación, generalización y conocimiento histórico". **Metodolo-
gía y estudio de la historia**.

5. Peor que tenerlos equivocados es el no tenerlos. Pero la frase
podría, perfectamente, invertirse y no con menos sentido. Quizá por

eso conviene tener siempre presente que a todos nos acechan actitudes semejantes a las de ..."los guerreros francos, para quienes todo hombre que supiese leer, a no haber hecho sus pruebas ante ellos, hacíase sospechoso de cobardía"... (Agustín Thierry, **Relatos de los tiempos merovingios**, t. I, p. 41). En este momento del proceso investigativo intervienen dos grandes "perturbadores": los criterios establecidos y los principios. El solo enfrentarlos, no ya el retarlos, exige un gran coraje intelectual que permita desenvolverse con decoro, pues no siempre es posible hacerlo con acierto, entre el principismo aparentemente crítico y la comprobación cínica. De lo primero dio una demostración José Gil Fortoul [1861-1943], por boca de su personaje novelesco Enrique Aracil: ..."La igualdad de los hombres no existe sino ante la ley; y esto mismo es una metáfora, porque no somos iguales ante la ley sino cuando se trata de asuntos civiles, o de algunos asuntos civiles, y porque en asuntos penales la aplicación de la ley depende siempre de circunstancias personales de los procesados; es decir: de la averiguación de todo lo que hace desiguales a los hombres..." ("Pasiones". **Obras completas**. vol. VI, p. 184). Publicar esto en 1895, aun cuando Venezuela estuviese viviendo bajo el gobierno "democrático" del general Joaquín Crespo [1841-1898], requería una alta dosis de principismo. Quizá se trataba, tan solo, de un intento de no rendirse ante la realidad que dio base al cinismo del conde de Gobineau [Joseph Arthur, 1816-1882]: ..."Los principios son cosas admirables; infortunadamente, en el estado de imperfección en el cual se agita la naturaleza humana, requieren aplicaciones raramente irreprochables"... ("Adelaide". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**, p. 260). Penetrar en el bazar de los criterios que han sido utilizados por los historiadores no es tarea placentera para quien desee guardar intacta su convicción de que la historiografía gusta de la racionalidad. La conclusión puede llegar a ser aterradoramente simple y engañosa: es muy grande el influjo de lo circunstancial justamente en el área donde se pretende alcanzar el más alto grado en la determinación del significado y del sentido de lo histórico. Ha sido éste, en todo caso, terreno en el cual historiadores y literatos han dado rienda suelta a sus conocimientos, si bien denotando frecuentemente más obediencia a la moda ideológica que a sistemáticos esfuerzos de conocimiento científico crítico. Rufino Blanco Fombona [1874-1944], quien no logró jamás separar el historiador del novelista, proporcionó un bien logrado ejemplo de esta situación, mediante un diálogo de personajes novelados: "–Lo cierto es, dijo Mario, que ahí están los yanquis, a la puerta: con su intención como una garra, según el verso de nuestro amigo Carías. Y si no abrimos los ojos ellos nos enseñarán, a pesar nuestro, a tener fe... Por lo menos en el músculo y en el dólar.

"–Es terrible, suspiró el Padre; pero si continuamos en guerras canibalescas y en apatía fatalista, así será. Ya lo dijo un paisano nues-

tro: los ríos son de quien los canaliza y navega; las tierras de quien las ara y cultiva.

"–La culpa es del clima, de la raza.

"–No, por Dios, dijo el padre, desolado. El clima es cien veces más hostil en el Norte de Europa que en el Centro de América. Si ustedes vieran fabricar una casa en Amsterdam [el autor llevó allí vida de desterrado] o en Haarlem, pongo por caso, sabrían lo que es esfuerzo y lo que significa triunfar sobre la naturaleza. Lo primero que hay que fabricar es el subsuelo, que no es tierra, sino un barrizal inmundo y deleznable. Supónganse. Y por lo que respecta al frío, ¿no se le ha burlado? ¿Por qué no se burlaría el calor entre nosotros? ¿No lo hicieron ya los árabes en Granada y en Córdoba, por medio de palacios umbríos, con surtidores y palmeras? Si en Europa hay caloríferos, ¿por qué no habría en América refrigeradores?." (**El hombre de hierro**, pp. 213-214). Debe tenerse en cuenta que la novela fue publicada en Caracas, en 1907. Descartado de esta manera el clima como criterio para comprender y explicar el curso de nuestra historia, era ineludible el desembocar en la cuestión racial como criterio genérico: "–La cuestión raza, –insistió Mario–, es mucho más grave, a mi ver. Es el gran problema del país. No hay unidad de raza, y por consiguiente carecemos de ideales nacionales. No contemos a los mestizos, en quienes predomina ya un elemento, ya otro, elementos que la educación morigera o desarrolla, según los casos. Pero de tres venezolanos, blanco, indio y negro, dígase: ¿cuál es el lazo de unión, aparte el de la lengua y el de la nacionalidad? Los ideales son distintos en cada uno; lo mismo en arte, que en política, que en todo. Carecemos de alma nacional.

"–Es muy cierto –aseveró Galindo– quitando la palabra a su amigo. Por eso yo me río de ciertos pujos de progreso: de los pujos gubernamentales por fabricar acueductos, tender puentes y erigir monumentos. En cambio se ocupan poco de la instrucción, y nada o casi nada de la inmigración. ¿A quién preocupa, además, el predominio o la desaparición entre nosotros del tipo, la sangre y los ideales caucásicos? Puentes, acueductos y monumentos los destruirá la ignorancia criminosa en la primera revuelta. ¡Y otra vez a construir en los paréntesis de paz! ¿Se empuja así al país hacia adelante? ¿Y la gente? Como en cada guerra civil mueren muchos, los mejores, los más valientes, la flor de la raza, va restando lo incoloro, lo enteco, lo pacato, lo cobarde, lo ruin, lo enfermizo, lo nervioso, lo anémico, lo insignificante. Y haga usted calzadas y puentes y ferrocarriles. ¡Y viva el progreso! ¡Y viva la patria!" (**Ibidem**, pp. 214-215). Es clara la alusión al régimen del general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899].

Pero de todos los criterios que han torcido la comprensión de la historia de Venezuela quizá sea el del heroísmo el más difundido y tenaz. Confundido con los elementales criterios de *el bien y el mal*, ha

hecho estragos en la visión histórica de actores y de actos, y se ha entronizado como el criterio, particularmente en lo que toca a la *historia patria*: ..."El heroísmo, bajo cualquiera de sus formas, es sagrado; la narración, sin embargo, de una acción heroica, por trágica que ella sea, lejos de traer al ánimo ese dejo de amargura, comunica cierta noble satisfacción, como que indica que un hombre, igual a nosotros en cuanto es humano, se ha elevado hasta hacer honor a los suyos y hasta servir de ejemplo a la humanidad." [César Zumeta, **Tiempo de América y de Europa**, página 14).

Felicitándose satíricamente por la noticia de que pronto desaparecerían de los menús los llamados "vegetales bebés", Russel Baker llega a preguntarse si el consumirlos en lugar de los consistentes y normales vegetales de antaño, no ha ablandado a los hombres públicos norteamericanos: ..."Si durante la Depresión se hubiese servido a los norteamericanos «vegetales bebés», podría el Eje estar hoy dominando el mundo?" ["Heave-Ho for Small Veggies". **The News**. Ciudad de México, 14-XI-1987].

6. Alexandre Koyré dice de una situación en la cual el conocimiento adquirido por el investigador puede constituir un obstáculo poco menos que insuperable: "Lo más difícil, y sin embargo necesario, cuando se aborda el estudio de un pensamiento que ya no compartimos, es, como lo ha demostrado admirablemente un gran historiador, menos el enterarnos de lo que no sabemos, y que era sabido por el pensador estudiado, que el olvidar lo que sabemos o creemos saber. Añadiremos que a veces no sólo es necesario olvidar verdades que han llegado a ser parte de nuestro pensamiento, sino incluso adoptar ciertos modos, ciertas categorías de razonamiento, o al menos ciertos principios metafísicos, que para las gentes de tiempos pasados eran tan válidos y tan seguras bases de razonamiento y de investigación como lo son para nosotros los principios de la física matemática y los principios de la astronomía.

"Es con olvido de esta precaución indispensable, queriendo encontrar en Paracelso [Theophrastus Bombastus von Hohenheim, llamado, 1493-1541] y en los pensadores de su época precursores de nuestro pensamiento actual, planteándoles problemas en los cuales jamás pensaron y que jamás trataron de resolver, como se llega, creemos, a conocer muy erróneamente su obra, y a encerrarlos en los dilemas que, si bien nos parecen contradictorios, quizá no lo fueron para ellos." (**Mystiques, spirituels, alchimistes du XV ème siècle allemand**, páginas 46-47). Rodolfo Mondolfo advirtió sobre: ..."este peligro de atribuir problemas y concepciones posteriores a fases del desarrollo histórico que todavía no los habían alcanzado"... (**Problemas y métodos de investigación en la historia de la filosofía**, p. 97). El más co-

medido practicante venezolano del culto a Bolívar está convencido de que en su pensamiento se hallan las soluciones a los problemas de nuestro tiempo. Sin atreverse a sostener, sin embargo, que tales problemas estuviesen planteados entonces.

Impuso de nuevo a mi atención esta significativa cuestión metodológica la lectura de un reciente trabajo periodístico de Luis Castro Leiva [1943], acerca del 19 de Abril de 1810 ("Aquello fue fuego fatuo". **El Diario de Caracas**, edición especial del 19 de abril de 1994). El autor explica el acontecimiento empleando su muy elaborado instrumental crítico y conceptual, pero lo hace de una manera tal que la lectura llega a sumirme en cierto grado de perplejidad. Sería muy cómodo pensar que en historia hay hechos simples y hechos complejos. Prefiero creer que hay explicaciones simples y explicaciones complejas de los hechos. Y la que da Luis Castro Leiva del 19 de Abril de 1810 corresponde a la última categoría, hasta el punto de llevarme a pensar en la posibilidad de que su enfoque verse más sobre asuntos de nuestro tiempo que sobre los de la época estudiada. Por otra parte, esto me hace reflexionar sobre cuanto de verdad hay en su frase, referida a mi obra **El culto a Bolívar**: "El culto que tan certeramente describiera Carrera Damas"... Sin ánimo polémico llego a pensar que si bien hay una historiografía que describe y una que explica, convendría tener claro qué hace la diferencia entre ambas y, en todo caso, no confundir la explicación historiográfica con el vicio señalado por Alexandre Koyré.

7. La consideración del bagaje intelectual del investigador sugiere dos cuestiones básicas: la de su formación científica, propiamente dicha, y la del respaldo cultural de esa formación. Creo que esta situación es válida para cualquier ciencia o disciplina, pero lo es particularmente para el historiador, dada la vastedad y la complejidad de su campo. Pero la información crece y se diversifica de tal manera, y tan aceleradamente, que el lograr seguirle el paso se ha vuelto algo poco menos que imposible. Sucede igual en todos los campos del conocimiento científico. Pero ello no parece que impida muy altos logros. A Dmitri Blojintsev, presidente en 1967 de la Unión internacional de física pura y aplicada, creador de la primera central atómica del mundo, se le hizo la siguiente pregunta: ..."¿se puede hoy llegar a ser un Newton o un Einstein?"... Esta fue su respuesta: "–La física es un trabajo colegiado en muchos aspectos. Lo cual no implica que se haya perdido para siempre la posibilidad de que alguien sea descubridor. Y aunque a una sola persona le sea difícil manejar el inmenso torrente de información, no deja de ser un talento individual saber encontrar y escoger lo esencial. Aquí no existen regla alguna ni cánones de ninguna índole, no hay quien pueda enseñarlo." ("Dmtri Blojintsev: "Los físicos son responsables ante la humanidad". **Boletín de información de la Em-**

bajada de la URSS. México, 1° de junio de 1967, Año XXIV, N°. 936, página 25). (Véase la nota 11).

8. La dificultad también radica, probablemente, en la concepción que se tenga del "hecho económico". José Carlos Mariátegui [1895-1930] denunció una vez ..."esa falta de aptitud para entender el hecho económico que constituye el defecto capital de nuestros aficionados a la historia." Reaccionaba de esta manera en contra ..."del viejo escolasticismo retórico"... (**Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, p. 42). Lamentablemente, con el tiempo se llegó a instaurar una especie de "escolasticismo economicista", de consecuencias desastrosas para la historiografía.

9. ¿Cómo diferenciar entre los genuinos retos a las verdades establecidas y los exabruptos interpretativos, que lucen más reveladores de hastío crítico que de evaluación crítica? La situación es particularmente delicada cuando se topa con el culto heroico o con ideologías combatientes. Veamos algunos ejemplos:

Luego de haber acogido la especie del Simón Bolívar "reformador agrario" (..."Bolívar hizo expedir una ley de repartos en 1817 que no se llevó a la práctica"...), muy del gusto de los bolivarianos revolucionarios influidos por el agrarismo mexicano, en su obra **Hacia la democracia**, publicada por primera vez en 1939 (México, Editorial Morelos, pp. 111-112; reimpreso en Caracas, Pensamiento Vivo, s.d.), Carlos Irazábal [1907-1991] afirmó en 1964: "Por más que se quiera, para exaltarlo, hacer pasar las medidas que preconizó [Simón Bolívar] en materia agraria como una reforma, resulta imposible si se le analiza objetivamente; además que la cuestión agraria no se planteaba entre nosotros con la dramática urgencia con que se planteaba en tierras europeas, pues las nuestras eran sociedades esclavistas, semifeudales, precapitalistas, en donde la producción agrícola reposaba fundamentalmente en la labor de las esclavitudes, suficiente, debido al escaso desarrollo social y a la menguada densidad de la población, para abastecer el mercado interno y las parvas posibilidades de exportación. No se planteó dilemáticamente entre nosotros la antítesis campesinado y feudalismo, motor del movimiento que hubiera terminado con el triunfo de una nueva organización agraria de la cual surgen el esclavo y el siervo transformados en obrero agrícola asalariado o campesino libre. Por lo menos teóricamente libres para vender su fuerza de trabajo al nuevo empresario agrícola que debe sustituir al señor feudal. Y tampoco hubo la angustiada y generalizada reivindicación agraria del esclavo, ni mucho menos la urgencia agrícola de la masa campesina por la simple razón de que, como clase, no existía." (**Venezuela esclava y feudal**. Caracas, 1964, pp, 113-114).

Frente a la percepción de la realidad social en el campo venezolano, condicionada por la cortina tendida por el agrarismo, componente de la ideología de la Revolución mexicana reforzado por los postulados de la lucha contra el colonialismo, estaban visiones de esa misma realidad, probablemente no menos ideologizadas pero que pasaron inadvertidas o fueron pura y simplemente desdeñadas. Ya en 1839 había observado Fermín Toro [1807-1865] que: "La cuestión de la propiedad no es cuestión americana; no es la palabra irritante que subleva una turba hambrienta contra los poseedores de las riquezas; la propiedad territorial, esa raíz de la fortuna, de la aristocracia y de la opresión en Europa, no da ninguna ventaja en América, donde el propietario depende más del jornalero que éste del propietario." ("Europa y América". **Fermín Toro. La doctrina conservadora**, p. 72). Aunque es fiel reflejo de la ideologización del momento socioeconómico vivido por la sociedad venezolana, lo observado por Fermín Toro da algunas claves para comprender la escasísima penetración del agrarismo "a la mexicana" en el cuadro sociopolítico venezolano.

Pero debe quedar clara la diferencia entre el sustraerse a la autoridad de los conceptos y los criterios establecidos y el insurgir, arrebatadamente, contra ellos, a la manera de Manuel Vicente Romero García [1865-1917]: "Miranda [Francisco de, 1750-1816] y Toro [Fermín, 1807-1865] desaparecieron de la escena: el uno sacrificado a las ambiciones de esa aristocracia pérfida; el otro por los desastres que trajo a Venezuela la política torpe, artera y banderiza de su partido: y a los viejos caudillos siguieron Bolívar [Simón, 1783-1830] –llamado el criminal demagogo por la clerigalla– sobre las ruinas [del terremoto] de 1812, durante la guerra, en que los aristócratas pasaban de un dueño a otro con la suerte de las armas; y Páez [José Antonio, 1790-1873], que desde 1826 fue la cortina tras la cual oficiaban los sacerdotes de la intriga." ("Los enemigos", **Manuel Vicente Romero García**, página 329).

10. Véase: Parte I, nota 41.

11. La comprensión y la interpretación suponen la realización de operaciones muy delicadas que plantean, cada una, nuevas dificultades metodológicas. La más obvia consiste en la forzada selección de los hechos, o de rasgos de un hecho, que se estiman necesarios para la comprensión de la situación o del hecho estudiados. Se impone, por consiguiente la obligación de brevedad, so pena de incurrir en el pecado del historiador, que consiste, según algunos críticos benévolos, en no decir nunca en diez páginas lo que pueda decir en cien. Pero acatar el llamado a la brevedad, en bien de la comprensión e interpretación, conlleva enfrentar un peligro certeramente caracterizado por Aldous

Huxley [1894-1963]: "El alma del saber puede convertirse en el mismísimo cuerpo de la falsedad. Por elegante y memorable que sea, la brevedad jamás puede, según son las cosas, tener en cuenta todos los hechos de una situación compleja. En un tema así, sólo se puede ser breve por omisión y simplificación. La omisión y la simplificación nos ayudan a comprender, pero, en muchos casos, nos ayudan a comprender lo erróneo, pues nuestra comprensión puede ser únicamente de las nociones pulcramente formuladas por quien abrevia, no de la vasta y ramificada realidad de la que esas nociones han sido arbitrariamente abstraídas.

"Pero la vida es breve y la información inacabable: nadie tiene tiempo para todo. En la práctica, nos vemos generalmente obligados a optar entre una exposición indebidamente breve o (sic) ninguna exposición. La abreviación es un mal necesario y la misión del abreviador consiste en sacar el máximo provecho de una tarea que, si bien es intrínsecamente mala, vale más que no hacer nada. Tiene que aprender a simplificar, pero no hasta el extremo de la falsificación. Tiene que aprender a concentrarse en lo esencial de una situación, pero sin pasar por alto un número excesivo de las cuestiones accesorias que condicionan la realidad. De este modo podrá decirnos, no, desde luego, toda la verdad (pues toda la verdad sobre casi cualquier asunto importante es incompatible con lo breve), pero sí mucho más que los peligrosos cuartos de verdad o medias verdades que siempre han sido la moneda en circulación del pensamiento". (**Nueva visita a un mundo feliz**. Prefacio).

Es comprensible, por consiguiente, el que algunos "explicadores", al verse en el trance de hacer conocer a un personaje, o alguna de sus acciones, transfieran la dificultad echando mano de "la anécdota reveladora", es decir esa que supuestamente "vale por mil palabras". Por lo demás, con mucha frecuencia el atajo de la anécdota conduce al despeñadero de "lo pintoresco" y hasta de lo ridículo, y no es poco el riesgo que se corre si no se tiene muy presente la advertencia que hizo Luis Level de Goda y de la Guerra [1838-1886] a Antonio Guzmán Blanco [1829-1899]: ..."Hay cosas, señor general Guzmán, que por ridículas se callan y que no han tenido ni tienen puesto en el libro de la historia." (**En defensa de la Historia contemporánea de Venezuela, política y militar**, página 53).

Mi experiencia como profesor en el llamado "Preseminario de técnicas de la investigación documental", en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, me permitió apreciar la gran dificultad que encuentran los estudiantes en resolver el primero de los ejercicios propuestos, el cual no era otro que la presentación resumida de un texto, elemento básico del aprendizaje. La presentación exigida debía combinar la brevedad con la fidelidad y la exactitud. (Véase la nota 7).

12. **Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela**, pp. 548-549. Véanse las páginas 52 a 54 de la presente obra.

13. Este es de los instrumentos lógico-críticos de más difícil utilización, pues siempre será posible hacerlo a la manera de Cayo Cornelio Tácito: "Yo me inclinaría a creer que los germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes, porque los que antiguamente querían mudar de habitación, las buscaban por mar y no por tierra, y de nuestro mar van muy pocas veces navíos a aquel grande océano, que, para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y ¿quién quisiera dejar el Asia, Africa o Italia, y desafiando los peligros de un mar horrible y no conocido, ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, de áspero cielo, de ruin habitación y triste vista, si no es para los que fuera su patria?" (**La Germania**, pp. 9-10).

14. Véanse las respectivas introducciones a las dos ediciones de **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio.**

15. Es otro el sentido de los pasos que se han dado con el propósito de explorar y establecer la significación histórico-universal de Simón Bolívar, como se hizo en el Coloquio Internacional sobre la Obra de Simón Bolívar, promovido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), y realizado en Caracas, Venezuela, del 21 al 23 de julio de 1983. Los resultados están recogidos en un volumen titulado **Pensamiento, acción y vigencia de Simón Bolívar**.

16. Julián Padrón, "Geografía física y humana de la novela venezolana". **Venezuela 1945**, p. 541.

17. Juan Vicente González, "Venezuela y los Monagas". **Pensamiento político venezolano del siglo XIX**, Nº. 3, tomo II, p. 590. Pero el historiador reclamó sus fueros y el vehemente escritor añadió: ..."Preciso sería remontar a la Edad Media, conocida por sus violencias y su feroz propensión a derramar la sangre, o a la Italia del siglo XVI, célebre por su crueldad astuta, sus intrigas sangrientas y los artificios de su política, consagrados por Maquiavelo, para hallar ejemplo de un crimen semejante"...

18. "Facetas de la tiranía en Venezuela". **Venezuela Agonizante ¡Viva la Revolución!**, pp. 69-70. Pero este mal también lo padecían los jóvenes, según José Heriberto López [1871-1942]: ..."Y si miramos hacia los intelectuales nos encontramos con una juventud que agota el voca-

bulario más vil en los periódicos y en las revistas para adularle al campesino Presidente"... (**Veinte años sin patria**, p. 44).

19. Francisco López Segrera ha llevado esta perversión de la historiografía a la que posiblemente será una demostración difícil de superar. No contento con afirmar que la evolución histórica de la sociedad cubana no hizo sino preparar el advenimiento del socialismo a la cubana, llega a confesar que la realización de ese destino histórico requirió, sin embargo, una manipulación que pareciera contradecir su pretendida calidad de necesidad histórica: "No fue sólo necesaria la reacción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el período de lucha insurreccional no hubiese sido todavía comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido con sus fuerzas militares en nuestra patria"... Pero, no cree el autor que esto significase conducir al pueblo engañado hacia el cumplimiento de su sin embargo pretendidamente ineludible cita con la historia. Sólo que de no haberse actuado así no se habría producido el encadenamiento revolucionario entre el 68, el 95 y el Moncada, y ..."Cuba no sería independiente y el primer país socialista de América, sino casi con toda seguridad, un estado más del odioso imperialismo yanqui. El sentimiento nacional se habría frustrado para siempre y ni siquiera se hablaría el español en nuestra hermosa tierra"... (**Raíces históricas de la Revolución Cubana, 1868-1959**, pp. 209 y 210).

20. Carlos Brandt, **Bajo la tiranía de Cipriano Castro**, p. 4. El preocuparse por los estudios históricos, el promoverlos y, particularmente, el cuidar de los fondos documentales, suelen coincidir en un propósito, no siempre expreso, que luce de indudable legitimidad histórica y de insospechable valor científico. Sólo que en esta actitud suele proyectarse una alta autoestima del régimen político que la asume. Entiende que la conformación de su imagen para la historia no es asunto que pueda quedar a la merced de eventuales adversarios. Estos, en todo caso, tendrían que ocuparse primero en contrariar la imagen establecida desde el poder, lo que resultará mucho más difícil si esa imagen, lejos de ser un elemental panegírico, forma parte de una preocupación global por el fomento del conocimiento y en particular de los estudios históricos.

El primer y quizá el más elocuente ejemplo de esta conducta de gobierno lo brindó la gestión, en este aspecto, del general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899]. En ella confluyeron tres factores principales: el alto concepto que de su significación histórica tenía el régimen,

al igual que su cabeza; la coincidencia de circunstancias históricas de especial importancia; y un ejemplo admirado por seguir.

No parece necesario abundar en pruebas relativas al primer factor. Nunca se quedó corto en recordarlo a los demás el general Antonio Guzmán Blanco, como tampoco desaprovechó oportunidad para dejar claramente establecido que todo lo acontecido como obra de progreso se debía a él y solamente a él. Pero, por si hubiera sido necesario, el prestigioso y agradecido Rafael Villavicencio [1838-1920], considerado entonces el padre de la historiografía científica en Venezuela, se ocupó de dejarlo consagrado en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, el 23 de mayo de 1900, en gesto que adquirió el carácter de tácito homenaje póstumo al general, fallecido el 28 de julio de 1899:

"Diremos en conclusión que el doble movimiento social verificado en Venezuela durante la guerra federal, en el período subsecuente al triunfo de este principio, y en el curso de los gobiernos que se han sucedido desde 1870, ha consistido en la supresión de desigualdades contrarias a las ideas modernas y, por consiguiente, inútiles, retrógradas y opresoras; y en la creación de otras en armonía con las exigencias de la época y, por tanto, útiles, progresivas y benefactoras. La evolución social se ha verificado de acuerdo con las leyes inmutables de la historia." (**La Doctrina positivista**. Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, Nº. 13, tomo I, p. 103).

La circunstancia de celebrarse en 1883 el centenario del nacimiento de Simón Bolívar, dio pie para la elaboración de un vasto programa que incluyó la edición de las más importantes colecciones documentales y obras diversas, así como la erección de monumentos y, en general, un gran impulso al culto a Bolívar. Fue así posible vincular, si no equiparar, la obra de los dos grandes hombres, haciendo confluir la *historia patria* y la *historia nacional* en un solo cuerpo, el de la *historia oficial*, dotada ahora de todos sus instrumentos y con base institucional.

El ejemplo fue ofrecido por Francia, Norte cultural del régimen y de su cabeza. Surgió de esta manera el Panteón Nacional, como el francés templo convertido destinado a recibir las cenizas de los héroes y hombres ilustres. También se dispuso la fundación del Instituto Nacional de Venezuela, por decreto Nº. 2160, de 7 de mayo de 1879. Al igual que el Instituto de Francia agrupó las cinco academias ya establecidas, su equivalente venezolano refundiría la Academia de Matemáticas, el Colegio de Ingenieros, el Instituto de Bellas Artes y la Biblioteca y el Museo nacionales (Art. 19). Estructurado en facultades, la de Historia es el embrión conceptual de la Academia a la cual se incorporó Rafael Villavicencio pronunciando el discurso mencionado (Véase: Parte I, nota 93). En efecto, el Art. 12 dispone: "En la Facultad de histo-

ria habrá una sección especial y permanente que se ocupará del estudio, la crítica y la publicación de los documentos referentes á la *historia patria*"...

Por decreto Nº. 2160 (a), de igual fecha, se dictó el "Reglamento ó Estatutos del «Instituto Nacional de Venezuela»", cuyo objeto (Título I) sería: ..."el cultivo, adelantamiento y propagación de las ciencias, de las letras y de las bellas artes". Entre los medios para lograrlo se incluyen: formar colecciones ..."de objetos de historia nacional, particularmente de Venezuela"... y de ..."objetos y documentos referentes a la arqueología é historia patrias"... [Obsérvese la clara distinción establecida entre las historias y su ahora coincidencia en la historia oficial, a las que me he referido]. Igualmente, mediante la publicación ..."de los documentos relativos á la *historia patria*, después de haber sido examinados y juzgado, por la comisión correspondiente".., y la enseñanza.

El título IV, capítulo II, sección 2ª. está consagrado a la Facultad de Historia. Su objeto sería ..."el cultivo, adelantamiento y propagación de las ciencias comprendidas en el cuadro de la historia general; y el estudio, la crítica y la publicación de los documentos relativos a la historia de Venezuela desde su origen hasta nuestros días [ahora sería la historia oficial]" (Art. 134). La Facultad ..."tiene la dirección y vigilancia de los estudios oficiales que sobre historia se hagan en Venezuela, excepto los cursos que se lean en las Universidades" (Art. 136). "Art. 137. La sección de *historia patria* es especialísima. Se compone de tres miembros de la Facultad, elegidos ahora por el Gobierno, y tiene por objeto el examen, crítica y publicación de los documentos inéditos para la *historia patria*, y la reimpresión de obras raras y poco conocidas que se refieran á la historia de Venezuela en todas sus épocas". La sección empezará sus trabajos con los documentos que existan en al país ..."y para este fin, les serán facilitados por las personas que los tengan bajo su custodia" (Art. 139). Se prevé, por último, enviar comisionados con el fin de acopiar documentos en archivos extranjeros.

En suma, no parece que faltara ninguna de las funciones asumidas luego por la Academia Nacional de la Historia, ni siquiera la de censor de la historiografía.

21. Santiago Key-Ayala, **Entre Gil Fortoul y Lisandro Alvarado**, página 44.

22. Poco antes de desencadenarse la crisis yugoslava participé en una conversación en el Instituto de Estudios Económicos y Sociales de la Universidad de Belgrado. Uno de los puntos tocados estuvo referido a un proyecto de ley destinado a prohibir la crítica de la obra y la personalidad del Mariscal Tito. Era evidente el propósito. Ignoro si fue aprobada la ley. El pretender sustraer temas al estudio histórico es

una actitud en la que se conjugan factores muy diversos. Se corresponde con una antiquísima práctica cuyo más claro ejemplo consiste en la preservación de la inmutabilidad de los libros sagrados, o en el sólo admitir respecto de ellos indagaciones que refuercen su carácter sagrado. Para los que no satisfagan esta condición está previsto un arsenal de penas que pueden ir, según los tiempos y las circunstancias, desde la acusación de blasfemia hasta la hoguera. En este mismo orden de ideas se inscribe el culto a los héroes. Obviamente, es terreno pro-picio a todas las modalidades de la represión del espíritu crítico. En función de la intensidad del ejercicio de estas prácticas, y de la aplicación abierta de las penas, se han conformado las épocas de oscurantismo y las de libre examen. Pero el estudio de largo período en esta materia quiere decirnos que las tales épocas no se suceden sino que se solapan, marcando con ello el relativo predominio de una de las dos actitudes en un momento dado y durante un tiempo determinado. El culto a la personalidad en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en la República Popular China y en la República Popular de Korea, prolonga el practicado en la Alemania nazi y en la Italia fascista, aparte de los "minicultos a la personalidad" observables en otros países. En todos los casos esos cultos quedaban fuera del alcance del espíritu crítico y del estudio histórico científico. Actualmente sucede algo equiparable, al constituirse en temas tabú lo relativo al nazismo y al denominado holocausto, según ha podido observarse en Francia en el caso André Faurisson, cuyos planteamientos relativos a las prácticas criminales de los nazis para con los judíos, aunque pretendidamente amparados en los fueros de la investigación histórica crítica, le valieron toda suerte de calamidades. En nuestros días, en la República de Alemania, se ha sancionado judicialmente el delito de "calumniar la memoria de los muertos". Cabe preguntarse a partir de qué fecha es lícito hacerlo.

No tengo la menor duda de que para cada caso hay y habrá una pretendida justificación. Tampoco dudo de que en cada caso se argumentará que éste es "diferente". Pero igualmente me queda claro que esta conducta, si bien se corresponde con la expresión de fuerzas que arraigan en las sombras del inconsciente colectivo, necesitado de preservar y salvaguardar valores-santuarios, constituye de por sí graves limitaciones puestas al ejercicio del espíritu crítico y por consiguiente al estudio histórico científico. Pero, ¿no se adopta una actitud semejante ante otras ramas de la ciencia, como por ejemplo la biología?

23. Gustavo Le Bon, **Les premières civilisations**. página 7.

24. Expresada de manera muy sintética, esta fue la consideración que me llevó, en 1960-1961, a plantear y promover la fundación y el desarrollo del área de estudio de la **Historia de la historiografía ve-**

nezolana, en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Para ello desarrollé, simultáneamente, la cátedra, el seminario correspondiente y la primera versión de mi obra **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**. Vivía entonces la sociedad venezolana un trance crítico fundamental: el de la institucionalización del sistema democrático. Las diversas proposiciones debatidas mostraban una clara inclinación a la búsqueda de fundamentación histórica, pero utilizando todas la misma manida y extemporánea historiografía académica. Consideré, en consecuencia, que el inicio del estudio sistemático de la Historia de la historiografía venezolana podía contribuir de manera permanente a la afinación conceptual del debate ideológico, al mismo tiempo que al fortalecimiento de la conciencia social y política mediante el desarrollo de la conciencia histórica.

Graciela Soriano hizo una interesante apreciación crítica de esta experiencia en su vertiente propiamente académica, ubicándola en el curso general de la historiografía venezolana y evaluándola respecto del de otras historiografías. (**Perspectivas y expectativas de la historia en la época actual**, cap. iv). Carmen Gómez Rodríguez desarrolla esta experiencia, como actividad investigativa, además de docente, también en el campo de la historiografía regional. En algunos centros universitarios han tomado cuerpo los estudios de Historia de la historiografía venezolana, inexistentes como actividad especializada antes de 1960.

25. La puesta en práctica del propósito reseñado en la nota precedente dio lugar a una elocuente comprobación de esta afirmación. Sin que pueda decirse que no produjo los resultados esperados, sí cabe comprobar que los logró sectorial y muy parcialmente. Se ha mantenido, enriqueciéndola, el área de estudio, y se le ha desarrollado exitosamente sobre todo en lo que concierne a la historiografía regional, de lo cual han derivado importantes contribuciones a la mejor apreciación crítica de la historiografía nacional. Pero no es comparable el resultado en lo concerniente al desarrollo de la conciencia histórica y a la más depurada fundamentación historiográfica de la controversia ideológico-política. El control político del área de los estudios históricos universitarios por los guardianes de un marxismo crudo, militante y excluyente, terminó por casi suprimir toda inquietud científica. Substituyó la formación de nuevo conocimiento científico por un discurso adocenado y privado de creatividad. Al mismo tiempo, la historiografía académica recobró su aliento en significativa coincidencia con la pretendidamente revolucionaria.

26. Es la tarea por emprender, como parte de la digestión de la crisis del marxismo crudo, militante y excluyente.

27. Véase: Germán Carrera Damas, **La renovación de los estudios históricos. El caso de Venezuela.**

B. Algunos problemas historiográficos básicos

Vistas la naturaleza de las dificultades suscitadas por los estudios históricos, y la acentuada provisionalidad de sus resultados, es comprensible que algunos pretendan abrumarlos tildándolos de mera gala del conocimiento, si no de pérdida de tiempo. Se presume que nadie puede prescindir de contar; por lo tanto no se asumiría jamás tal actitud ante la aritmética. Igualmente se presume que nadie puede prescindir de recordar, pero no falta quien crea que se puede prescindir de la historia. No falta tampoco quien, para abonar semejante posición, alegue que la historia es, como dijo un destacado literato argentino, una forma superior del chisme. [1] Otros, más benévolos, comienzan por argüir que la historia es sólo conocimiento del pasado, y por allí se aventuran hasta llegar a negarle utilidad presente como no sea la *puramente cultural*... Por su parte, los científicos practicantes de las ciencias acreditadas como tales, establecen desventajosas comparaciones entre sus ciencias y la historia, y terminan por negarle a esta última el reconocimiento como ciencia porque no es como las cultivadas por ellos.

De manera general es posible afirmar que quienes juzgan la historia tan duramente harían bien en reflexionar sobre un par de preguntas: ¿Un físico de hoy buscaría la definición de su ciencia en Aristóteles? ¿Un químico actual buscaría la definición de su ciencia en las obras de los alquimistas? En cierta forma eso hacen quienes al juzgar la historia, en sí o comparativamente con otras ciencias, sólo pagan tributo a Herodoto.

Sin embargo, es muy posible que un físico culto halle "algo" en la concepción aristotélica de la física; o que un químico no menos culto se interese por la concepción pionera de su ciencia encerrada en la obra de los alquimistas. Con esto quiero decir que si bien la concepción de la historia debe ser apreciada en el estado actual de ese ciencia, no por ello Herodoto carece de vigencia para el historiador culto de hoy. No es exagerado sostener que hay en su obra, por ejemplo, valiosas enseñanzas en relación con la historiografía de lo contemporáneo, y con la va-

loración del individuo como agente de la historia. Pero cabe advertir que posiblemente esas enseñanzas, más que una apertura hacia el futuro de la ciencia histórica, lo que significan es cuán lentamente ha evolucionado la historia, como ciencia, en esos campos. Dicho esto, pareciera que doy con ello la razón a quienes niegan valor científico moderno a la historia. Nada de eso. Quiero tan sólo mostrar que el tomado por ellos no es el camino a seguir para apreciar la utilidad de la historia, ni su condición científica, aun cuando sea parcialmente provechoso.

Quizá la respuesta a la pregunta sobre por qué el hombre se toma tanto trabajo lidiando con un conocimiento que suscita grandes dificultades metodológicas básicas, deba ser más directa, aunque no por ello más sencilla: porque el hombre necesita tener conciencia de su existencia, y su percepción de ésta, aun en sus expresiones esencialmente biológicas, se da en el tiempo. Percibe el tiempo en su observación de sí mismo, como lo percibe en su relación con las cosas. La especificidad del hombre, entendida como la del individuo, no escapa a esta situación. Pero ella es todavía más nítida en la expresión social de esa especificidad, es decir en la participación del individuo en formas de interacción, sean de agrupamiento, sean de organización.

La historicidad del hombre es consubstancial con su existencia. Ningún hombre-individuo, ningún hombre-forma social, escapa de esa dimensión. Pero la historicidad del hombre no es inherente a su individualidad. Por ello la ciencia histórica no está vinculada con el conocimiento de lo individual, –aunque éste no escapa a su interés–, sino con el del tejido de principios y métodos que se corresponden con el carácter esencialmente general, –es decir social– de la historicidad del hombre. Esta proporciona el marco referencial en el cual se ubican, explicándose, los individuos. Como sucede con cualquiera otra ciencia. Así la especificidad biológica del individuo se ubica en la generalidad biológica de la especie. Por lo tanto, el hombre necesita adentrarse en su historicidad específica para comprender su historicidad individual.

Pero la relación no es diferente en el caso de formaciones históricas. Tomemos el de la América Latina: su especificidad no

puede extenderse hasta el punto de creerse que ella se desenvuelve en una dimensión de lo histórico que le es también propia, mucho menos exclusiva. Nuestras sociedades implantadas han vivido y viven, sobre todo a partir del siglo XVIII, procesos universales en el sentido euro-occidental del concepto. Pero es el caso que al mismo tiempo permanece y se expresa en ellas la dimensión indígena de la historicidad del continente americano. Expresada en la forma de relacionarse con las sociedades implantadas, esa dimensión sintetiza todo el ciclo histórico de la América Latina. Consideradas desde las sociedades indígenas actuales, las sociedades implantadas hispanoamericanas son acontecimientos en su curso histórico.

La intrincada red de relaciones históricas así generada es tanto más reveladora si se le aprecia en una perspectiva que dé pleno significado al criterio de duración:

Hay una perspectiva histórica de corto período, que es temible por los riesgos que conlleva en cuanto a la deficiente captación de la naturaleza de los hechos y procesos, pero que es imprescindible para la formulación de las llamadas políticas remediales.

Hay una perspectiva histórica de largo período, tendida hacia adelante. Se suele entenderla, impropiamente, como una simplista extrapolación del corto período. Esta es muy del gusto de economistas y científicos políticos. Generalmente culmina con el anuncio del armagedón, pero subordinado este anuncio a demasiados y cautelosos condicionantes.

Pero hay una perspectiva de largo período integral o histórica. Es el genuino largo período, que permite discernir en un proceso las tendencias primordiales, despejándolas del conjunto, aparentemente contradictorio, y hasta caótico, que conforma lo social observado en los períodos breve y medio.

Pues bien, pareciera que el hombre necesita del conocimiento histórico porque siempre, ya sea conscientemente pero con más frecuencia inadvertidamente, se vive a sí mismo en el ámbito de la perspectiva de largo período histórico. No se trata de que la historia sea ineludible precedente, ni punto de partida. Se trata de que la historia es permanencia, mas sin preten-

sión de inmutabilidad. Es decir, se trata del tiempo histórico entendido como conjunción de los "tiempos" pasado, presente y futuro. No como secuencia ni como yuxtaposición sino como simultaneidad.

Este es el camino a seguir para llegar a percibir la racionalidad de lo existente históricamente, y para detectar en lo existente históricamente el juego de las dos fuerzas antagónicas que conforman el cambio histórico: el de los factores de cambio y el de los "invariantes" históricos. Intrincado juego de "opuestos", en el cual resulta imposible, sin embargo, adjudicar papeles definidos y absolutos a ninguna de las dos fuerzas.

Esta comprobación metodológica tiene importantes consecuencias prácticas. La planificación, entendida como propósito no expreso de dirigir y predeterminar la historia, debe tener en cuenta, por igual, tanto los factores de cambio como los "invariantes" históricos. Y posiblemente deba prestar más atención a los últimos que a los primeros, sobre todo si se es lo suficientemente lúcido para comprenderlos como mucho más que estorbos en la vía de la racionalidad de los cambios. Ahora bien, el contraste entre las fuerzas representadas por los dos órdenes de factores, y por consiguiente la evaluación de su capacidad para influir en los procesos sociales, sólo es debidamente observable en una perspectiva temporal histórica. De esta ponderación de los agentes de lo histórico habrá de nacer la posibilidad de sumar, a los propósitos de la planificación, la fuerza de los factores de cambio, al mismo tiempo que una adecuada utilización del efecto regulador del cambio que puede derivarse de la comprensión del papel desempeñado en el cambio por los "invariantes" históricos.

Obviamente, conviene que el investigador en el campo de la historia conozca estas precisiones metodológicas y conceptuales. Pero al tratarse de agentes del cambio social es necesaria la comprensión de que esta conciencia de lo histórico, de la noción de perspectiva histórica y del largo período histórico, debe imbuir el complejo cultural social. Particularmente en una sociedad democrática. En ella el cambio, genuino, autosostenido, con efectos perdurables, sólo será posible en la medida en que los

agentes sociales, susceptibles de auspiciarlo y promoverlo, se manifiesten como participación efectiva en dos planos necesarios e interrelacionados. Uno está constituido por la determinación de los objetivos sociales, y esto choca con la poco menos que irrefrenable tendencia del aparato político a la autosuficiencia. El segundo plano es la resultante de una ecuación socioindividual, que conjuga los "invariantes" históricos con las expectativas suscitadas por los factores de cambio. Es en este último plano, el de las aspiraciones socioindividuales, donde la unicidad del individuo se articula con la dimensión social.

De allí el que las dos áreas básicas de la planificación, como práctica, sean: la política, entendida no como nivel de dirección sino como el arte de suscitar la participación; y la educación, entendida como estímulo a la asunción de los propósitos de cambio. Vista así la cuestión, no parece que sea necesario subrayar el interés que debe ponerse en propiciar la formación de una conciencia social y política bien asentada en una conciencia histórica informada, y formada a la luz de la comprensión científica de lo histórico.



La reflexión sobre los fundamentos críticos del conocimiento histórico encierra, para quien a ella se entregue, toda suerte de peligros. Entre éstos quizá sea el más temible el grave daño que puede causarle a una naciente vocación de historiador, –lo que ya es mucho definir–, el exponerse a los paralizantes efluvios del complejo de problemas formado por el vago y enmarañado reino de los principios críticos en los que se funda el conocimiento histórico científico. Unida al posible riesgo de parálisis se halla una indescriptible sensación de desamparo, semejante a la experimentada por quien, extremando la audacia más allá de sus fuerzas y de su capacidad de orientación, siente de pronto ablandarse el terreno bajo sus pies o confundirse alocadamente los caminos ante su vista.

¡Cómo para pensar que es saludable práctica la que de hecho todavía caracteriza en parte nuestra pedagogía escolar,

tan tenaz en mantener inmunes a perturbadores contactos las mentes de sus pacientes! Hace ya mucho tiempo tuve ocasión de lamentar el que fuese posible llegar al término de una carrera universitaria de historia sin haber sido conducido a reflexionar, siquiera fuese juvenilmente, sobre las dificultades críticas generadas por la disciplina en la cual habría de desempeñarme profesionalmente. Año tras año de una enseñanza deficientemente concebida en sus bases, y peor conducida en sus métodos, desembocan en un "saber historia" que salvo el de pedantesca indigestión de conceptos, por lo general mal leídos y peor asimilados, no tiene otro sentido sino la consagración de la memorización y de una pobre elaboración crítica, como substituto del conocimiento histórico científico.

Tan viciada práctica del aprendizaje de la historia hace posible el acceso de temor que padece, y la desvalida situación en la cual se siente, aquél a quien le dé por aventurarse a solas en predios ya difíciles de transitar con buen guía. Súbitamente, con silencioso pero total derrumbe, viene al suelo el precario edificio levantado en las aulas. Quienes logren sobreponerse al choque habrán comprendido, al menos, que la tarea subsecuente será larga y difícil, que tendrá el sentido de descombrar y, simultáneamente, de aprender a construir construyendo, con todas las posibilidades de errar que comporta este ejercicio.

Con el tiempo y el esfuerzo podrá llegarse a dos resultados, los más probables: desengañarse de la historia y buscar refugio en el periodismo historiográfico, en la literatura o en la diatriba. O comprender que aquél suficiente "saber historia" se resuelve en un incesante esfuerzo, orientado hacia la aprehensión de un método, mediante una serie de intentos en estado de permanente reelaboración crítica. Claro está que siempre se hallará dispuesta, como consuelo, una tercera y final solución: la de desentenderse de tan elaboradas preocupaciones y dedicarse a la docencia mal comprendida. Esta permitirá reproducir, en otros, la propia frustración.

Mas, –y he aquí la mayor fuente de inquietud–, a medida que se adquiere el hábito de marchar por reblandecidos terrenos el paso gana seguridad, si es que no el terreno firmeza. Se abren

entonces caminos para esos pasos y la certidumbre del trayecto recorrido da sentido al intento. Se descubre, también, que son muchas las figuras pioneras que pueblan los senderos enrevesados e inseguros. Se sabe, de esta manera, un poco de las íntimas angustias o de las expresas tribulaciones de quienes intentaron comprender lo que hacían cuando hacían historiografía. Se puede, por lo mismo, enfrentar con espíritu abierto la insidiosa crítica de quienes hicieron de su desaliento tema literario, y de su ironía resignada un medio de autoconsuelo.



Ignoraba la existencia de Sylvestre Bonnard [2] más allá de la breve mención, leída en algún diccionario o enciclopedia de literatura, con la ocasión muy limitada de una tarea docente. Marc Bloch [1886-1944] [3] lo impuso a mi atención en un breve pasaje cuyo sentido acaso sólo pueda expresarse acudiendo a la expresión *ajuste de cuentas*. Cierto que cumplido éste con soltura desdeñosa y con casi conmiserativa comprensión. Muy reveladora muestra, por cierto, de tan elevado espíritu en tan duro trance vital para el historiador de oficio que fue Marc Bloch. Rememoró a Sylvestre Bonnard cuando vivió la quiebra aparatosa de la conciencia histórica francesa, en los inicios de la II Guerra mundial, y mal podía impedir que tal quiebra contagiase lo que íntimamente preservaba como fuente de integridad y de firmeza: su oficio de historiador.

¿Valdría de algo el alegar que Anatole France [1844-1924], al crear a Sylvestre Bonnard para que le sirviese de portavoz, no tenía en mente el cantarle cuatro cosas a la historia, ni siquiera a los historiadores, sino a un género determinado de historia y a un tipo preciso de historiador? ¿Importaría el comprender que en el fondo de todo esto se halla una reacción, justificada y rectificadora, contra los excesos cometidos por una historiografía desorbitada en sus fines y anquilosada en sus medios? ¿Esclarecería el sentido del símil Sylvestre Bonnard la convicción de que estamos ante un llamado a la objetividad, basada en la vivencia y en la observación de la realidad? ¿Restaría peso al alegato glo-

bal de Anatole France el advertir de vez en cuando inconsecuencias en el acusador, y excesos y hasta algún exabrupto en el alegato mismo?

Es posible que todas estas interrogantes sean procedentes, o cuando menos que convenga tenerlas presentes, para lograr una ajustada consideración del tema. En cambio, creo que es del todo cierto el que en Sylvestre Bonnard se hallan figurados algunos enfoques críticos, y algunas implicaciones metodológicas, cuyo estudio no puede ser sino benéfico para el historiador animado de una preocupación científica. Pero no es menos cierto que mal podría éste adentrarse en tales consideraciones sin que por ello resultase en algún grado debilitada su confianza, quizá excesiva, en las posibilidades de su disciplina, y hasta en las de su oficio.

Está claro para mí que Marc Bloch se ocupó de rebatir el significado de la personificación que hizo Anatole France, en **Le crime de Sylvestre Bonnard**, de su propia concepción de la historia. Subestimando la riqueza de contenido de este personaje historiador, yo había dejado pasar la cuestión como una querella erudita. Pero la lectura poco menos que casual de esta suerte de novela rosa, bastante convencional en su trama y a veces farragosa en su desarrollo, me sacó del engaño. En ella está expresada una concepción, sumaria pero sugerente, de la historia y del historiador. A la vez abundan en ella consideraciones de interés acerca de la justificación social de la historia como disciplina objeto de estudio crítico.

Anatole France reaccionó contra una situación que podría denominarse de apogeo de la ciencia histórica, ocurrido en la segunda mitad del Siglo XIX. Representada entonces por varios de los nombres más notables de la historia de la historiografía euro-occidental, la historia llegó a ocupar el primer lugar en el escalafón del saber, y el historiador fue considerado el sabio por antonomasia. Por consiguiente, nada hubo de sorprendente en que tal primacía de la historia y del historiador llegase, en términos generales y como grosero trastrueque del sentido histórico, a presentarse como una suerte de desdeñosa falta de interés por "lo actual" o, dicho de otra manera, como un eclipse del presen-

te por un pasado que lucía de más en más convencional. Se llegó a concebir el conocimiento del pasado como una finalidad en sí misma, derivándose para ello desde la afirmación inicial de su utilidad como instrumento para la mejor comprensión del presente. Esa actitud pudo expresarse, en términos literarios, como el desvarío de pretender aprender la vida en los libros de historia, con olvido o desdén de la vida misma. Igualmente, el aprender la vida en los libros de historia substituía, mediante erróneos mecanismos de paralelismo, el ejercicio del espíritu crítico en la comprensión e interpretación del presente. A tal punto pudo llegar este extravío de la función intelectual que el bueno de Sylvestre Bonnard, sorprendido mientras estudia en su biblioteca por una diminuta hada caprichosa, apunta reflexivo: ..."Añadiré, sin temor a equivocarme, que era muy bella y de semblante orgulloso, pues hace mucho que mis estudios de iconografía me acostumbraron a reconocer el vigor de un tipo y el carácter de una fisionomía." [4]



Ante los muchos aspectos a ser considerados en el tratamiento de este tema, y en razón de los diversos enfoques de que es susceptible, conviene tener presentes dos consideraciones básicas:

Se trata de una problemática propia de la historiografía, tanto desde el punto de vista del oficio de historiador, como desde el del conocimiento histórico. El estudio de los conceptos empleados por el historiador permite ubicarlo en relación con su concepción de la historia y de la sociedad.

Ahora bien, en tanto problemática del conocimiento histórico, entramos en los terrenos de la teoría y el método de la historia. Con ello se suscita toda la dificultad acerca de los términos en los cuales se puede captar el pasado. Es decir, se despliega la problemática de "la conversión conceptual del pasado", operación en la cual asecha, entre otros peligros, el de incurrir en el llamado vicio de modernismo. [5]

El estudio de los conceptos empleados por el historiador

como instrumentos para la captación, la comprensión y la interpretación del hecho histórico, genera dos órdenes de implicaciones metodológicas fundamentales: las concernientes a los conceptos expresos y las concernientes a los conceptos tácitos, por una parte, y por la otra las concernientes a las definiciones conceptuales referenciales, es decir a los criterios interpretativos. Es justamente de estos últimos que deseo ocuparme ahora, por su importancia propia y porque al tratar de ellos estaré haciéndolo también, aunque indirectamente, del problema de lo expreso y de lo tácito.

Para mis fines examinaré sucintamente las siguientes cuestiones: el establecimiento de un nexo con lo interpretado; "el yo referencial"; la determinación de criterios sociales; el referente teórico; la indeterminación conceptual; el concepto de la biografía; las tipologías; la visión convencional de sí mismo y la fuente literaria; el racismo; el apriorismo; "la imaginación"; y la pura y simple carencia de sentido histórico. El tratamiento de cada uno de estos aspectos se basará en uno o dos ejemplos que ilustrarán lo expresado, pero sin pretender que puedan constituir fundamento para generalización alguna.

El establecimiento del nexo con lo interpretado es el inicio mismo del conocimiento crítico. Sobre esta base es posible seleccionar y aprestar los instrumentos conceptuales que permitirán determinar la naturaleza del hecho histórico, sobre el cual habrá de practicarse la elaboración crítica, que dará curso a los procesos simultáneos de comprensión e interpretación. Si no se establece críticamente el nexo con lo comprendido e interpretado, se extraviará el proceso de conocimiento. Pasará inadvertida la naturaleza del hecho histórico, quedando tan sólo el fallido intento de su captación por el historiador. Felipe Larrazábal [1816-1873] ofreció un bello ejemplo de esta situación. Lo llevó hasta la formulación de recomendaciones metodológicas que supuso de valor general. En efecto, preocupado porque José Manuel Restrepo [1781-1863] [6] consideró ..."una desgracia para el honor del Libertador"..., el hecho de que la ejecución de los misioneros capuchinos del Caroní, en 1817, quedara impune, Felipe Larra-

zábal comenzó por alegar que: "Los sucesos militares y políticos que se agolparon en aquella época tan fecunda, impidieron el castigo merecido de los culpables"... Esta ..."circunstancia"..., condujo al hecho, –la impunidad–, mal interpretado por José Manuel Restrepo en demérito de Simón Bolívar. Tomado en sí mismo el alegato vale poco, pues podría ser invocado casi para cualquier acontecimiento histórico de alguna relevancia. Probablemente advertido esto, el defensor del Libertador pasó a componer el precepto metodológico que le permitió concluir, sintiéndose victorioso en su empeño: "Asentada la verdad de este funesto episódio, conviene anudar el hilo de los sucesos." He aquí el precepto metodológico:

> ..."–Fuéralo, sin duda [causa de desgracia para el honor del Libertador], en otro tiempo, en el que más afirmada la autoridad legal y ménos enconadas las pasiones, pudieran cumplirse los mandatos de la justicia.– Para expresar bien un juicio recto y acertado, es necesario trasladarse en idea á la situación de las cosas sobre que se juzga: conocer el grado de exaltación de los espíritus: el pensamiento reinante: las particulares circunstancias ó condiciones del momento... El Libertador no disculpó los excesos de la delincuente voluntad, ántes al contrario inquirió el suceso, reprobándolo, con ánimo de castigarlo. ¿Por qué ha de ser mancha, pues, para su honor que quedara impune, si la corriente acelerada de los acontecimientos esparció los hombres, creó nuevos accidentes, preocupó los ánimos de diversas cosas? –La necesidad disculpa aquella remisión, que más estuvo en el tiempo que en el dictámen." [7]

De esta manera pareciera ser que la posibilidad de establecer un nexo con lo interpretado debe mucho a la capacidad del historiador para captar (¿o componer?) "la circunstancia" que rodearía el hecho estudiado. Es fácil sospechar que por esta vía la comprensión histórica llega a parecerse mucho a una justificación o, en todo caso, a una operación que consistiría en "disolver" el hecho en la circunstancia hasta hacerle perder todo significado propio y quedar substituido, en la atención tanto del historiador como del lector, por la circunstancia. El asunto se agrava cuando la circunstancia es válida para muchos hechos,

de diversa índole, y por tiempo prolongado. Así se aprecia en el siguiente fragmento de Mariano Picón Salas [1901-1965] dirigido a la comprensión del significado de la acción histórica de los generales Cipriano Castro [1858-1924] y Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935]:

> ..."Pero, ¿es que acaso con las mesnadas de Castro [Cipriano] no se incorporaban a fundirse en una gran síntesis venezolana, gentes que vivieron aisladas y cuya propia aventura por primitiva que parezca, no revelaba una nueva conciencia de sí mismos, un ímpetu altivo de participación? No es culpa de ellos sino de las condiciones sociales, si su insurgencia no fué más culta; si los doctores y legistas no pudieron crear un marco jurídico para el nuevo ascenso de masas, si por el renunciamiento y cobardía de las llamadas clases influyentes, se pasó de la aventura de Castro al letal letargo de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Pero en ésta –como después lo veremos– es preciso no juzgar tan sólo las circunstancias autóctonas sino también las de un imperialismo voraz, las de consorcios inversionistas sin escrúpulo, que encontraron en el duro pastor de La Mulera el mayordomo que requerían sus intereses." [8]

El *"yo referencial"* subraya la ineludible presencia del historiador en su obra. Bastará un poco de empeño para descubrirla, por muy agazapada que esté tras un amontonamiento de promesas en contrario, formuladas por él mismo para garantizar su objetividad. La historiografía de Indias es un rico filón de ejemplos. Pero creo que vale la pena recoger uno, muy completo, proporcionado por Jonathan Swift [1667-1745], valiéndose de su personaje Gulliver. Afirmó, con obvia intención crítica, que: "Es fácil para quienes viajamos por remotos países, que rara vez son visitados por ingleses u otros europeos, componer descripciones de animales maravillosos, tanto terrestres como marinos"..., [9] luego de hacer presente su renuencia a incurrir en una práctica que consideró censurable, y todo a partir de su propia experiencia:

> "El capitán quedó muy satisfecho con mi franco relato, dijo que esperaba que cuando volviéramos a Inglaterra yo imprimiese mi viaje para ilustración del público. Le respondí que creía que estábamos hartos de libros de viajes; que en adelante

nada podría pasar que no fuese extraordinario, por lo cual yo sospechaba, que algunos autores consultaban menos la verdad que su vanidad o sus intereses, o la diversión de sus ignorantes lectores. Que mi historia podría contener poca cosa fuera de sucesos comunes, sin esas ornamentales descripciones de extrañas plantas, árboles, aves y otros animales, ni esas bárbaras costumbres e idolatrías de los pueblos salvajes, en que los más de los escritores abundan"... [10]

La determinación de los criterios sociales aplicables a la comprensión e interpretación de los hechos y procesos para producir, críticamente, conocimiento histórico, es una compleja y delicada operación. El investigador ha de poner a jugar la percepción de los hechos y procesos socialmente establecida y admitida, con la suya propia. Coincidentes o disidentes, esas percepciones habrán de ser sopesadas y contrastadas por el investigador, en razón de su propósito de comprender e interpretar con mayor rigor crítico que el mero registro del hecho, ateniéndose a la percepción socialmente conformada del mismo. De esta suerte, la determinación de los criterios sociales conlleva una operación crítica que conducirá a su admisión o rechazo, generalmente de manera tácita lo primero y de manera expresa lo segundo. Juan José Breca [1835-1906], periodista y humorista, buen observador de su sociedad, proporcionó en 1884 un excelente ejemplo de la conformación de criterios sociales en un artículo titulado "El lujo". El autor comenzó por comprobar la existencia de un hecho y del consenso formado socialmente acerca de su significación: el lujo era la causa de la pobreza que agobiaba a la sociedad caraqueña:

> "El lujo ha llegado à ser en Caracas una verdadera calamidad.
> "Porque el lujo es la causa de la pobreza general y la causa de muchas cosas que, por sabidas, se callan.
> "De todas partes se habla siempre del lujo y de la pobreza, como del punto elevado que domina la escena.
> "Es el tema obligado de todas las conversaciones"...

Hecha la comprobación de lo generalizada de la preocupación por el asunto, resultaban obvios la pregunta y el propósito subsiguientes:

"Y ¿por qué es el lujo la causa de la pobreza de que tanto nos quejamos?

"Vamos a tratar de averiguarlo."

De inmediato se lanzó a comprobar si tan difundida creencia se correspondía con la realidad. Para ello comenzó por evaluar críticamente la relación de contraste que se advertía entre el lujo como fenómeno social y la pobreza que reinaba en el país:

> "Porque el lujo –el lujo de hoy– no está en relación con nuestro comercio y con nuestra agricultura, únicas fuentes de producción, bien mezquinas, por cierto, y atrasadas.
>
> "¡El comercio! ¡La agricultura! Mejor es no meneallo...
>
> "El lujo corresponde á los países ricos donde cualquier hijo de vecino es un pobre millonario.
>
> "Aquí, donde son contados los hombres que viven de sus rentas, el lujo es un insulto á la general pobreza.
>
> "Y Venezuela es un país paupérrimo, por más que á empeño tomemos el elevarlo á las nubes."

El paso siguiente tenía que ser la demostración de tan rotunda afirmación, para lo cual era imprescindible el hacer el balance crítico de una realidad que combinaba la riqueza potencial con la escasez de los recursos que podrían ponerla a valer. Esto suponía, por consiguiente, contrariar una serie de creencias y poner de bulto graves flaquezas de la sociedad:

> "Sierras vastísimas, jamás holladas por humana planta; dilatados eriales, cuyo seno jamás sufrió la herida del arado; pastos desiertos donde despacen diseminadas greyes –nada de eso constituye riqueza positiva, sin la mano laboriosa que saca á luz el escondido tesoro:
>
> "Y ¿dónde están esas manos? Las unas no se mueven: aunque vigorosas, están embotadas por la inercia. ¿Cómo han de ocuparse de faenas rurales, las manos que han empuñado una espada? Las otras... ay! han desaparecido en el incendio de nuestras discordias.
>
> "¿Qué nos queda? ¿Qué tenemos?
>
> "Un comercio precario que, si produce renta para el sostenimiento del tren administrativo, está muy lejos de ser la fuente de la riqueza pública.

"Y ¿en qué consiste principalmente este comercio? En la importación cuantiosa de artículos de moda que deslumbran á nuestras damas.

"Y ¿qué utilidad deriva el país, de esas importaciones de ricas manufacturas extranjeras?

"Ninguna, nos atrevemos à decir, desde que no está justamente equilibrado el cambio de estas manufacturas por los productos de nuestro suelo.

"Mayor que el de éstos es el valor de aquellas, diferencia que debemos cubrir con dinero efectivo y que reconoce, como causa principal, nuestra vanidad ridícula, nuestro apego al lujo, nuestro amor á lo superfluo.

"De aquí nuestra pobreza."

El autor creyó hallar una explicación de semejante contraste entre la pobreza real de la sociedad, y el lujo artificial que la cautivaba, en un fenómeno sociocultural: la imitación de las costumbres por imperio de la moda. Apuntaba de esta manera a un fenómeno menos visible: el de la ansiosa búsqueda por el criollo de signos de identificación con el europeo mediante la inalcanzable equiparación de valores de todo orden, pero empeño necesario para la consolidación y la preservación de su predominio social:

"Nos encantan las costumbres de la magnífica Europa.

"Y nuestras esposas y nuestras hijas se desviven por figurar entre las gentes del gran tono y por llamarse señoras *comme il faut*, ridículo remedo de costumbres peculiares á las naciones opulentas, que no convienen ni á nuestro clima, ni á nuestras circunstancias.

"¿Son aquellas costumbres, por ventura, más conformes con los dictados de la razón, para que así las prohijemos tomándolas criollamente por modelo?

"Las damas de la opulenta Europa, –y vaya esto como ejemplo– usan larga cola de seda ó terciopelo, que no se ensucia sobre la rica alfombra de los salones. Las damas de esta pobre tierra usan idéntica cola que se empuerca sobre las puercas calles." [11]

Luego de este recorrido crítico el autor concluyó que se trataba de la obra ridículamente perversa de la pura y simple

imitación, lo que debía inducir a que se le reprimiese para combatir la pobreza. En suma, no aplicaba a la sociedad venezolana del último tercio del siglo XIX el criterio del lujo entendido como un exceso de la riqueza social, sino como el de la imitación servil y hasta grotesca de costumbres. Pero, de paso puso en claro la debilidad de las conocidas afirmaciones del mito de la riqueza del país, en virtud del cual se tomaba por riqueza real y actual lo que no era sino riqueza potencial o supuesta.

Ahora bien, ubicada la percepción de Juan José Breca en una perspectiva histórica más de largo plazo, obtenemos interesante comprobaciones que nos ilustran acerca del alcance conceptual del debate sobre el lujo y sus consecuencias sociales de todo orden. En 1838 José María Vargas [1786-1854] se preguntó:

> ..."¿Hasta cuándo veremos con indiferencia la fatal paradoja de un país el más fecundo por naturaleza en medios de subsistencia y dicha, al paso que uno de los más desgraciados y miserables? ¿Hasta cuándo seguiremos obedeciendo sin resistencia a la influencia del clima viviendo en pobreza y escasez por la misma razón que él nos llena de abundancia y recursos? ¿Tan difícil es contrariar esta tendencia a la inactividad por la educación y la firme determinación de entrar en costumbres opuestas?"

Reunidos en estas preguntas retóricas los dos factores correlacionados determinantes de la condición miserable de la sociedad, es decir, clima y costumbres; y luego de asomar la educación como el correctivo, José María Vargas se respondió mediante una pormenorizada enunciación de alentadoras posibilidades de transformación de tan lamentable estado de la sociedad, inexplicablemente desaprovechadas. Para el efecto compuso un rosario de supuestos que no hacen sino traducir creencias socialmente consolidadas, precisamente, en el mito de la riqueza:

> "Al contemplar esta tierra, una de las más privilegiadas de la naturaleza, que siempre fecunda remunera agradecida y con profusión los trabajos que se le consagran: que apenas la persecución del hombre deja de atormentarla con sus crímenes,

se reviste de lozanía y empieza a fluir en raudales de feracidad. Al considerar a este pueblo dócil e inteligente, regido por instituciones gubernativas esencialmente liberales, pues ponen en sus propias manos su gobierno y bienestar, que las han conquistado al caro precio de una revolución desastrosa, de torrentes de sangre y de millares de infortunios; al ver a sus habitantes enseñados en la segura escuela de la adversidad, ricos de recuerdos pesarosos, pobres aun de aquellas comodidades de la vida de que generalmente se goza en países mucho más mezquinos, y al hallarlos al parecer indiferentes a su condición y al origen patente del desorden y de la miseria pública, el entendimiento se pasma sin alcanzar a explicar esta monstruosidad del orden moral. ¡Quizás es el efecto del estupor, que dejan tras sí los tremendos sacudimientos de la revolución! ¿Y este estupor durará más tiempo? ¿Y este fenómeno de aberración vendrá a ser en nuestra infortunada patria el orden natural? Los legisladores, los jefes del gobierno y de la administración, los ciudadanos de alguna influencia y luces conocen toda la trascendencia del mal y sus causas perniciosas; los medios de destruirlas están en sus propias manos; sólo falta su simultánea resolución. ¡Ojalá cuanto antes baje del cielo esta chispa benéfica, que a un tiempo ilumine sus almas y conmueva sus corazones!" [12]

Avanzando en su razonamiento a través de una maraña formada de supuestas comprobaciones, desconcertantes; de certeras observaciones históricas; de elementos de un diagnóstico psico-social rudimentario, y de expresiones que debían más al desaliento que a la confianza esperanzada en el porvenir de la sociedad venezolana, el ilustre médico y pobre político arribó a una observación para la cual le había preparado su doble experiencia vital, americana y europea: una reveladora justificación social de la opulencia:

..."En los gobiernos monárquicos y mucho más en los despóticos, aquéllas [..."las grandes riquezas"...] son necesarias y a veces indispensables a las comodidades de la vida, pues en donde quiera que la ley sin fuerza no puede proteger al débil contra el poderoso, la opulencia viene a ser un medio de asegurarse contra la injusticia y las vejaciones del fuerte, y contra el menosprecio compañero inseparable de la debilidad. Una gran fortuna es en tales casos un escudo contra la opresión, un título eficaz para enseñorear a los demás. El país donde existe este

> orden de cosas, no importa la nomenclatura de sus instituciones, cierto es que sufre de hecho un régimen despótico. Mas en un gobierno en que la propiedad es sagrada, en que la vida, la libertad y los derechos de cada uno están bajo la omnipotente salvaguardia de las leyes; en donde los servicios, la virtud y la capacidad abren exclusivamente la puerta a los destinos y puestos de honor, ¿Cuál sería la necesidad indispensable de la gran opulencia?"... [13]

Parece un razonamiento simplista, y así lo tomaría de no mediar la consideración de sus implicaciones éticas, muy acordes con la noción de progreso moral reinante en el pensamiento social venezolano de la primera mitad del siglo XIX. En virtud de tal, una genuina organización social y política liberal, fundada en el imperio de la ley, resultante del concurso lúcido y constructivo de hombres libres, lograría que, a un mismo tiempo, desapareciesen la pobreza y la necesidad de la opulencia protectora. ¿Es lógico concluir, por consiguiente, que en la Venezuela de entonces la opulencia, pudiese ser un mal socialmente necesario?

Otra, básicamente austera, y quizá influida por la nueva ética calvinista que se generalizaba en el capitalismo anglosajón en desarrollo y expansión, fue la visión del también ilustre médico y promotor del cambio social, cultural y científico, Rafael Villavicencio (1838-1920), quien en 1894 consideró que: ..."El lujo es el vicio de los países en que las fortunas se levantan de la noche á la mañana; ¿cómo atribuirlo á un régimen en que el hombre necesita la actividad y economía para alcanzar la riqueza?... [14]

Más o menos por los mismos años Domingo B. Castillo [ca. 1865-1941] ofreció una visión más realista de la riqueza potencial o supuesta y de la pobreza real. Anunció al mismo tiempo la que fue la salida histórica de una situación, aparentemente paradójica, que había generado perplejidad y desaliento en más de una conciencia preocupada por la suerte de la sociedad venezolana. Puso a decir a Mateo, tío de Mano Lobo, en papel de consejero:

> "Pero óyeme bien: los estudios llamados a reportarle utilidad al país: geología, mineralogía, biología, bacteriología, botánica, agronomía, veterinaria, y química aplicada, no son recomendables por el momento, porque no somos aún bastante ricos para emprender la explotación científica de nuestras riquezas naturales.
>
> "Estas riquezas, muchas y variadas, no están a nuestro alcance, sino desde el punto de vista de las concesiones, que se venden a extranjeros para que las exploten protegidos por su bandera." [15]

Luego, a partir de 1928, ocurrió la explotación masiva del petróleo, y el mito de la riqueza se volvió realidad, pero sin que la pobreza dejase de serlo.

Pero hacia 1970 comenzó a disiparse la euforia de la riqueza para siempre, y fue propuesta una visión más ponderada y científica, que constituía a la vez una advertencia:

> "La mayoría de los venezolanos ha aprendido desde los bancos de la escuela primaria y lo oye repetir casi a diario que Venezuela es un país ubérrimo, en cuanto a recursos naturales renovables. En verdad todos esos términos son relativos pues la capacidad de un país para alimentar y vestir a su población a través de su producción agrícola es forzosamente limitada.
>
> "Los recursos naturales de Venezuela no han constituido hasta años recientes un factor limitante para el des- arrollo agrícola pero, a pesar de ser un país despoblado, algunos de ellos han comenzado o comienzan a no ser abundantes." [16]

En esta sucinta revisión de la evolución histórica de un concepto que ha desempeñado tan importante papel en la comprensión e interpretación de la historia de Venezuela, ¿dónde podemos situar el alucinado optimismo de Antonio Muñoz Tébar [1792-1814] en 1813? [17]

En suma, se requiere una alta dosis de ponderación histórica crítica para determinar los valores socialmente establecidos, a emplear por el investigador.

Pero puede resultar mucho más delicado, por estar cargado de consecuencias de efecto profundo y prolongado, el uso

del *referente teórico*. No quiero significar con ello la concepción de la historia practicada de hecho o proclamada por el historiador, como tampoco su postura filosófica o su fe religiosa. Quiero decir el edificio de conceptos y criterios interpretativos más generales en el marco formado por los cuales habrá de situarse el conocimiento elaborado por el historiador. La importancia del asunto podrá apreciarse mejor partiendo de esta proposición: no todo historiador venezolano produce, o asume conscientemente, una teoría de la historia de la América Latina, pero todo cuanto él produzca como conocimiento histórico crítico estará enmarcado en una teoría de la historia de la América Latina, cual dijo Benedetto Croce [1861-1952] que ocurre con la obra historiográfica y la filosofía de la historia.

Esta circunstancia no se origina, necesariamente, en un acto de preferencia del historiador por alguna de las teorías de la historia de la América Latina ya propuestas. Puede corresponderse con un hecho historiográfico mayor, en el cual se halla inserto el historiador por obra del ejercicio crítico de su oficio. Tal hecho es que en las casi cinco décadas que han sucedido a la Segunda Guerra Mundial (hay quienes afirman que ésta comenzó realmente en 1936, con el alzamiento del general Francisco Franco, 1892-1975), se han acentuado los esfuerzos por producir una teoría de la historia de la América Latina que responda a estas exigencias fundamentales:

Debe recoger los cambios sociohistóricos ocurridos desde el momento cuando se produjo la primera teoría orgánica de las sociedades latinoamericanas, es decir desde la coyuntura de los siglos XVIII y XIX, entonces como ideologización de la crisis estructural de las sociedades implantadas coloniales hispanoamericanas.

Tal teoría de la historia de la América Latina deberá superar el localismo en el cual naufragaron todos los intentos, realizados a lo largo del siglo XIX, de comprender y explicar el proceso sociohistórico de estas sociedades. Como contrapartida, esa teoría deberá escapar de la fácil y mecánica adopción de fórmulas teóricas elaboradas basándose en realidades sociohistóricas que no han incluido y aun no incluyen las latinoamericanas.

La teoría requerida deberá basarse en una interpretación del proceso sociohistórico de la América Latina que sitúe a ésta, sin desmedro de su grado de especificidad, en contextos cuyo peso condicionante es también factor de esa especificidad.

Por último, la teoría de la historia de la América Latina requerida para la elaboración crítica del conocimiento histórico deberá servir para la fundamentación de modelos de conducta política que permitan a las sociedades latinoamericanas, implantadas y aborígenes, promoverse a nuevos y altos niveles de desarrollo.

La formulación de esta suerte de "teoría integral de la historia de la América Latina" ha de fundarse en una interpretación histórico-científica del proceso sociohistórico de la América Latina. Con ello se plantea un tremendo reto a los historiadores y demás científicos sociales. El poder enfrentar exitosamente este reto impone un celoso compromiso de ejercicio del método crítico, del cual no escapa ningún investigador científico. Cada historiador, ejerciendo críticamente su oficio en su campo de trabajo, será a la vez contribuyente y beneficiario de este esfuerzo creativo. De su participación extraerá los *referentes teóricos* que regirán su producción historiográfica. [18]

La indeterminación conceptual acecha en todo momento, a la par que lo hace la propensión a la credulidad. Unas veces por influjo de la época, otras por el impulso de la obra, y muchas más por inadvertencia crítica, la indeterminación conceptual hace presa aun del más precavido. Así, José Martí (1853-1895) produjo el siguiente pasaje, refiriéndose a la conquista de América: ..."la raza natural, sorprendida por una milicia superior cuando aun no estaba en su proceso de amalgama tan adelante que pudiera olvidar sus rencillas en función nacional de defensa contra el enemigo común"... [19] Un posible proceso de amalgama, la nación, un enemigo común... ¿Estaba José Martí pensando en el siglo XVI o en las postrimerías del siglo XIX? Con demasiada frecuencia los historiadores incurrimos en la grave falta crítica de subestimar, –e incluso de no prestarle atención–, a la profundidad conceptual de los términos que empleamos. En

algunas ocasiones esto puede conducir a la composición de sorprendentes galimatías conceptuales, como el ya citado, y este otro de Mario Briceño-Iragorry (1897-1958):

> "Intentamos un esquema histórico de Venezuela como Nación y como Estado, y para ello habremos de remontar las aguas del tiempo hasta llegar a la época de la colonización española, que incorporó nuestra América al movimiento de la civilización occidental. Nuestro proceso de pueblo arranca del siglo XVI. El conquistador halló en lo que es hoy nuestra Patria una serie de familias aborígenes en condiciones incipientes de cultura, que muy poco aportaron a la formación de la nacionalidad. Más que de otras regiones del Continente, puede y debe decirse que nuestra Patria nació como una prolongación de la Península." [20]

El concepto de la biografía prevaleciente en una historiografía, y socialmente admitido, ejerce una fuerte influencia en el investigador. Le envuelve hasta el punto de imponerle una pesada carga a su sentido crítico. El efecto deformador que la concepción de la biografía tiene sobre la concepción de hechos y procesos históricos no requiere comentario. Tal deformación, llevada a su máxima expresión por la *historia patria* al conformar el culto a los héroes, [21] ha sido uno de los principales determinantes del atraso crítico de la historiografía venezolana, atraso hoy apenas superado parcialmente. César Zumeta [1863-1955] observó esta situación en 1898:

> ..."La biografía de los hombres que han alcanzado proporciones históricas, es el análisis de la influencia ejercida por ellos en el dominio en que culminaron. ¿Qué encontraron, qué dejaron? ¿Qué destruyeron, qué fundaron? Es eso lo que la crítica pregunta y eso lo que el biógrafo está obligado a responder. Ese trabajo no está hecho en Venezuela, ni siquiera respecto a Bolívar [Simón, 1783-1830], Páez [José Antonio, 1790-1873], Piar [Manuel, 1782-1817], Soublette [Carlos, 1789-1870], Falcón [Juan Crisóstomo, 1820-1870], Zamora [Ezequiel, 1817-1860], respecto a los libertadores y a los fundadores de la República y de sus partidos. La obra de Larrazábal [Felipe, 1816-1873] es un himno, no un estudio serio del Libertador, que resultará más grande cuando se le estudie como a hombre; cuando la crítica conscien-

te, austera, le retire de entre la polvareda de adulación póstuma en que le envuelve un mal entendido patriotismo, y le coloque sobre el pedestal de sus hechos. Biógrafo tuvo Vargas [José María, 1786-1854] en Villanueva [Laureano, 1840-1912], lo tuvo Ribas [José Félix, 1775-1814] en Juan Vicente González [1810-1866], que nos legó en ella una de las páginas más intensamente conmovedoras de la literatura americana, Sucre [Antonio José, 1795-1830] en López Méndez [Luis, 1863-1891], y Miranda [Francisco de, 1750-1816], como general francés, en Arístides Rojas [1826-1894], Vicente Marcano [1848-1892] en el libro consagrado por el amor fraternal a su memoria [por Gaspar Marcano, 1850-1910], y algún otro trabajo de mérito existe que no nos viene a la memoria en el instante en que escribimos. La obra de Azpurúa [Ramón, 1811-1888], la de MacPherson [Telasco, -1896], es en parte de compilación, en parte de simple apuntamiento, y acaso los historiadores que de ella se sirvan tendrán más de una vez que ocurrir a las fuentes en busca de algo más completo y sustancial." [22]

El resultado de esta práctica de la biografía laudatoria, superficial y de dudoso, si alguno tiene, valor literario, ha sido por mucho tiempo la concentración del esfuerzo historiográfico en un ejercicio estéril científicamente, si bien socialmente remunerador. Pedro María Morantes ["Pío Gil ", 1863-1918], sentenció en 1911: ..."Más fácil es hacerle una biografía a una vida vacía, que emprender la difícil tarea de hacer estudios profundos"... [23]

El condicionamiento del estudio histórico crítico por la biografía se complicó a partir de la Guerra Federal [1859-1863], como consecuencia de la irrupción de una evidente y creciente ideologización, inspirada en las grandes contiendas ideológicas protagonizadas por el liberalismo, en sus dos acepciones básicas, la conservadora y la reformadora; y luego por la entrada en escena del socialismo y más tarde del marxismo. Este proceso, más ideológico que historiográfico, y del todo ajeno a la concepción crítico-científica del estudio histórico, está bien ilustrado por el tratamiento biográfico de que ha sido objeto el general Ezequiel Zamora [1817-1860]

La figura histórica del llamado "general del pueblo" ha estado sometida a los efectos de tres enfoques historiográfico-

ideológicos: Primeramente se le vio como un caudillo de la "democracia bárbara", –una suerte de nueva versión de José Tomás Boves [1782-1814], entendidos ambos a la manera de Juan Vicente González [1810-1866]–. No falta hoy quien siga viéndolo así. Luego se le vio como un caudillo popular, no sólo democrático sino también agrarista, bajo el influjo de la visión agrarista mexicana de las guerras revolucionarias de la primera mitad del siglo XX. Por último ha sido visto como el predecesor directo y adelantado del héroe revolucionario popular, por oposición al héroe aristocrático o burgués, enmarcados ambos en la noción de lucha de clases.

Estos enfoques, no totalmente excluyentes entre sí, se han barajado sobre una triple base: una reducida fundamentación documental; un desarrollo escaso y viciado de la historia social y económica de la segunda mitad del siglo XIX, esto mismo es función en buena parte de la concepción de la biografía; y de un tratamiento acrítico, fuertemente ideologizado, que se desenvuelve entre lo anecdótico, lo ejemplarizante y lo programático. En suma, un reducido fondo de conocimiento críticamente confiable y un cúmulo de versiones prejuiciadas. Esto, cuando una evaluación crítica de la documentación conocida, y del conocimiento producido, permite sacar las siguientes conclusiones:

No hay fundamento confiable publicado, documental o historiográfico, que permita hacer de Ezequiel Zamora un caudillo agrarista, y mucho menos una especie de adelantado del socialismo. En cambio, lo conocido da pie para considerarlo un liberal reformista, en lo político, pero imbuido de actitudes básicamente conservadoras, en cuanto a los valores sociales fundamentales: la libertad, la igualdad y la propiedad.

Pero la comprobación crítica de estas líneas interpretativas sólo será posible mediante el desarrollo de la investigación científica crítica de la historiografía sobre el siglo XIX venezolano. Ello hará posible, también, la superación de la confusión generada por el mal planteado y peor tratado paralelismo entre los generales Ezequiel Zamora y Antonio Guzmán Blanco [1829-1899], paralelismo en el cual ejerce todo su peso la concepción de la biografía.

En efecto, la conversión del caudillo de "la democracia bárbara", figurado por el estilo arrollador de Juan Vicente González, en un caudillo popular revolucionario, agrarista y hasta adelantado del socialismo, se ha proyectado en la conceptualización de la Guerra Federal [1859-1863] como una revolución social, originalmente destinada a transformar las estructuras sociales y económicas en un sentido correspondiente con la figuración ideologizada de su más exaltado caudillo militar. Así, se da por un hecho el que de no haber sido por su muerte en combate, en 1860, y por haberle sucedido en la dirección de la guerra Juan Crisóstomo Falcón [1820-1870] y, sobre todo en la formulación de la política Antonio Guzmán Blanco, la guerra habría completado su curso revolucionario. Sobre el último mencionado, y obviamente en razón de su actuación como gobernante a partir de 1870, recae la acusación de haber traicionado la que se pretende debió haber sido una revolución social profunda, pactando la paz, negociando un arreglo político con los liberales conservadores e instaurando luego un gobierno autocrático que se esforzó "por entregar el país al capital extranjero". De esta manera tal construcción ideológica se enlazaba con la concepción marxista decimonónica del imperialismo, y desembocaba en "la lucha contra las petroleras" y el capital extranjero. Convengo en que esto suena rocambolesco, pero aun así ha regido en gran parte la conciencia histórica, la social y la política de los venezolanos. Hasta el punto de que se ha podido ver a historiadores y políticos, de ostensible definición antimarxista, repetir de manera inadvertidamente acrítica esa peregrina interpretación de la historia de Venezuela. Parecerían refugiarse en la autoridad de la cosa juzgada por ante el tribunal de la historia. Es decir, la comprensión de más de la mitad del desenvolvimiento de la historia de Venezuela, y la interpretación de un aspecto fundamental de la misma, se han visto científicamente comprometidas por obra de un complejo de factores, entre los cuales destaca el tratamiento acrítico de la biografía y su peso en la interpretación, por el historiador, de procesos vastos y complejos.

Asedia el espíritu crítico del historiador, induciéndolo al extravío, la facilidad muy atractiva de ***las tipologías***, sobre todo políticas, si es que se les puede denominar así. Generalmente ellas tienen la fuerza seductora de permitir componer un universo polar, que hace fácilmente detectables las posiciones básicas, y que puede llegar a suprimir los matices o a convertirlos en accidentes de escasa significación. Pero la comodidad de tal instrumento sobresale a la hora de aventurarse en la comprensión e interpretación. Bastará con referir el hecho, la palabra, la ocasión y hasta la intención supuesta, al esquema polar y todo se esclarecerá y resolverá. Así hemos compuesto los venezolanos una *historia patria* en la cual se enfrentaron *patriotas* y *realistas;* una *historia nacional* en la cual se enfrentaron, en un primer tiempo, *liberales* y *conservadores*, que luego se convirtieron en *federales y centralistas*, y todavía más tarde en *andinos* y *no andinos* y en *gomecistas* y *antigomecistas*, y más vale detenerse aquí. Es decir, básicamente una historia de blanco y negro, de la cual huye espantado el espíritu crítico, y en la cual llega a campear la ingenuidad historiográfica resumida simplistamente en *los buenos* y *los malos*:

> "En un estudio de carácter histórico como éste [escribió el ingeniero Fernando Key Sánchez], que debe ser esencialmente veraz, no se puede dejar de mencionar a quienes estuvieron entre los primeros constructores del PCV [Partido Comunista de Venezuela], sea cual haya sido su trayectoria ulterior. Pero para evitar confusiones a nuestros lectores, la primera vez que nombremos a cada protagonista de entonces pondremos entre paréntesis un indicativo de su posición posterior o presente para quienes todavía estamos vivos. Los indicativos que usaremos serán: (A) para los militantes consecuentes que han permanecido en las filas del PCV hasta el presente; (B) para antiguos camaradas que se marginaron de la vida activa del PCV pero conservando amistad y respeto por él; (C) a excamaradas que se pasaron al enemigo de clase y han adoptado posiciones antipartido. En unos y otros casos agregaremos una (+) a quienes hayan fallecido. Para algunas personas no haremos tales indicaciones por no tener información acerca de su vida y trayectoria posterior." **24**

La visión convencional de sí mismo, asumida como criterio para interpretar al otro, o a lo otro, y más si se apoya en una caracterización literaria, merece cuidadosa atención. Con lo primero quiero referirme al llamado "carácter nacional" [25], y con lo segundo a la llamada "condición humana". El problema mayor con ambas pretensiones categoriales es que aspiran a la inmutabilidad, con lo que terminan convertidas en estereotipos convencionales. José Antonio Páez [1790-1873] fue el llanero arquetípico, pero ¿lo era también cuando tocaba el violín y cantaba ópera, o cuando cultivaba amistades distinguidas en Nueva York y Buenos Aires? En cambio, la fuente literaria no puede ser subestimada, ni mucho menos desdeñada, sobre todo cuando se trata de percibir el sentido de una época o de un acontecimiento. Es obvio que esta operación supone una elaboración crítica que tome en consideración al autor, su circunstancia vital, aquella en la que fue escrita o publicada su obra, etc. En todas las épocas la literatura ha sido el expediente para debatir temas que suscitarían represión, política o social, si se les tratase abiertamente, proporcionando así valiosos testimonios. Pero al acecho estará siempre la situación advertida por un personaje de Isaac Asimov [1920-1992]:

> "El había tenido una teoría. Pensaba que la mejor manera de lograr una visión profunda del modo de vida y de pensar Solario era leer sus novelas. Necesitaba esa penetración si debía conducir su investigación acertadamente.
>
> "Pero ahora tuvo que abandonar sus teorías (sic). Había revisado novelas y sólo había logrado enterarse de gentes con ridículos problemas que actuaban tontamente y reaccionaban de manera misteriosa"... [26]

Los prejuicios, tan arraigados que pueden brotar inadvertido o incontrolablemente aun en el caso de intelectos y sensibilidades especializados, si así podemos denominarlos, figuran entre los más comunes y tenaces adversarios del espíritu crítico. El machismo y su pareja el feminismo, la xenofobia y el chauvinismo, entre otros, forman en una torva hueste cuyo caudillo es el racismo. Este último se cuela en la expresión, si es que no lo

hace en el pensamiento, hasta de quien lo combate, y aflora como para alarmar a un combatiente antirracista de nuestros días. A manera de ejemplo, veamos el siguiente pasaje de Fernando Ortiz [1881-1969]:

> ..."Años ha tuvimos oportunidad de observar en Santiago de Cuba este curioso caso de discriminación: de cuatro niñas de *color*, las dos hermanas de cutis de canela fueron aquella noche a bailar en la sociedad mulata *Luz de Oriente*, mientras la madre casi negra seguía de largo sin entrar, llevándose consigo a la hermanita oscura, para que ésta pudiera también bailar, pero en la sociedad negra titulada *Aponte*. En tanto, una hermana más favorecida por su piel clara, que de blanca parecía (sic), había ido al *sarao* de un club donde bailaría sin obstáculo con los rubicundos marinos norteamericanos de la vecina estación naval de Guantánamo"... [27]

Hay una modalidad de la ***pereza intelectual*** que es particularmente renuente al ejercicio del método crítico. Consiste en la inclinación a restarle importancia, e incluso a desecharlo, a aquello que contraríe, o que simplemente no respalde, nuestro propósito probatorio. Tanto es así que estoy seguro de que un espíritu crítico bien entrenado no dejará de encontrar en estas páginas alguna muestra de lo que acabo de decir. Para pintar esta situación una vez utilicé el símil del pastel cubierto, a cuyos bordes se le cortan los sobrantes para que cuadre con el molde. Es del todo semejante el mecanismo desencadenado por el prejuicio. No sólo es capaz de deformar lo que creemos comprender sino que actúa como un mecanismo automático de rechazo de todo cuanto pueda contrariarlo, por importante que ello pueda ser, y con frecuencia nos induce a situar lo secundario por encima de lo principal, cerrándonos con ello el acceso pleno a lo real. Por eso cabe tener presente la admonición que puso Agatha Christie [1891-1976] en boca de su agudo detective Hercule Poirot, al discutir sobre un caso con alguien que dudaba de una explicación por él ofrecida:

> "–Pero sí, pero sí, usted está viendo solamente la mitad de la verdad. Y recuerde esto: hemos de empezar de nuevo, dado

dado que nuestra primera concepción de la historia [seguramente el traductor debió utilizar el término relato, correspondiente de story] era enteramente equivocada. Esto es lo que algunas personas no quieren hacer. Conciben una hipótesis y quieren que todo encaje en ella. Si algún dato o pormenor no encaja en la hipótesis lo rechazan. Pero siempre los hechos que no encajan son los significativos"... [28]

La imaginación, es requisito para el ejercicio creativo del método crítico. Ella permite figurar situaciones que pueden servir para orientarse en la formulación de hipótesis, al igual que en la búsqueda de fuentes y en la selección de eventuales desarrollos colaterales del tema central estudiado. El peligro comienza cuando de instrumento, siempre de uso delicado, para ayudar a establecer críticamente los hechos, a ella le da por substituirlos con sus propios engendros. El ejemplo clásico de esta desviación del espíritu crítico lo proporcionan los discursos de personajes históricos, "fielmente recogidos" por los historiadores, pero inspirándose para ello en el conocimiento de la época, en el de los personajes y en la reproducción imaginaria de la situación. Al hacer esto ciertamente que los transmisores engalanan el discurso del personaje histórico, pero lo alejan del propósito de veracidad. José de Oviedo y Baños [1671-1738] quiso prevenirse y advertir al lector sobre este riesgo:

> "El estilo he procurado que salga arreglado á lo corriente, sin que llégue á rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no reusaron usar de impropiedades, que no son permitidas en la historia, pues introducen en persona de algunos indios, y caciques oraciones tan colocadas, y elegantes, como pudiera hacerlas Ciceron: elocuencia que no cabe en la incapacidad de una nación tan bárbara; y punto tan delicado en las formalidades de la historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pude librarse de la objeción con que le notan el padre Movne en su Arte de Historia, Mascardo, y el erudito padre Rapin [René, 1621-1687], solo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los Scytas las sentencias con que viste la oración que hicieron a Alejandro." [29]

Si no el frenar la imaginación hasta anularla, sí es pertinente recomendar cautela al investigador, y, particularmente, discernimiento para determinar y comprender el papel que ella juega, puede y debe jugar según los géneros. Téngase en cuenta el dicho de Benito Pérez Galdós [1843-1920]: ..."quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto"... [30] Probablemente tenga que ver con esto último el hecho comprobado de que el historiador, por lo general, termina incurriendo en el pecado de improvisarse novelista o dramaturgo; lo que podría ser, justamente, una manera de intentar apropiarse de algún "hermoso asunto". Casi indefectiblemente, si el resultado de tal flaqueza del espítitu crítico pretende ser novela, no convencerá al literato, como tampoco al historiador. [31] Si pretende ser drama, no tendrá mejor suerte con los cultivadores del género, y menos aún la tendrá con el historiador, quien seguramente echará de menos las notas de pie de página que remitan a la comprobación documental de los rasgos de personalidad y situaciones dramatizados.

Pero de todos los peligros que acechan al investigador en la realización de su esfuerzo crítico, el más temible no podía ser otro que ***la flaqueza del sentido histórico***. Efectivamente, el sentido histórico es una facultad cuyo desarrollo en el historiador condiciona su capacidad para percibir la dificultad en el proceso de investigación. También su habilidad para manejar el método crítico. Es una suerte de sensibilidad entrenada, de percepción instrumentada, de olfato desarrollado, de sentido profundo del oficio, y hasta de gusto perverso por volver difícil lo que luce sencillo.., y algo más. No se sabe, propiamente, cómo se forma ni cuándo está formado. Pareciera que "se le tiene" pero nunca se le tiene para siempre. Pero sí "se sabe" que es posible estimularlo y dotarlo de herramientas teóricas y prácticas que le permitan aumentar su eficacia. Lo que no parece posible es enseñar a percibir dificultades o cuestiones, es decir problemas, y sobre todo importantes, que conduzcan a realizar investigaciones significativas y fecundas en nuevas cuestiones que estimulen la investigación científica.

Las causas de la que he denominado flaqueza del sentido histórico son muchas y diversas. En ocasiones tal dolencia del intelecto refleja una falta de información que conduce a hacer generalizaciones sin fundamento, o esas que traducen estados de ánimo más que apreciación crítica de hechos o de situaciones reales. En general incurren en esta flaqueza quienes postulan conductas genéricas, como explicación suficiente de hechos o situaciones particulares. Carlos Brandt (1875-1964) observó: "Alguien ha dicho, con mucho acierto, que «en Venezuela nada quita ni da honra». En efecto las noticias del más sensacional acontecimiento no duran aquí más de 24 horas!"... [32] Seguramente que Carlos Brandt creyó haber corroborado la observación de una supuesta característica de los venezolanos. Pero es el caso que George Ball [1909], quien fuera subsecretario de Estado de los Estados Unidos de América, respondiendo a una pregunta sobre el posible impacto que tuvo en la conciencia de los norteamericano el incidente de los 52 rehenes norteamericanos en Teherán, dijo: ..."En cuanto concierne a la conciencia del norteamericano, somos el pueblo más volátil del mundo; podemos sentir de una manera una semana, y de otra a la siguiente. Eso no me preocupa mucho." [33]

Puede flaquear el sentido histórico por obra de la exaltación patriótica o nacionalista, como le sucedió a Juan Vicente González [1810-1866] cuando borró de un plumazo la condición monárquica de la sociedad implantada colonial venezolana: ..."No es que Venezuela fuese realista como se ha dicho, ni que la contrarrevolución de 1812 fuese una reacción natural fruto de la ignorancia y las preocupaciones religiosas: al reaparecer Bolívar [Simón], los pueblos corrieron a alistarse a sus banderas, y en alas de la victoria llegó a Caracas cortos días antes de que Monteverde [Domingo de, 1773-1832] supiese sus movimientos"... [34]

Pero bien puede darse el caso de un mal muy difundido y contra el cual sólo previene la discreción: la "ignorancia histórica aguda". El 11 de octubre de 1983, el entonces Presidente de la República Luis Herrera Campíns [1925] estuvo en Valencia para asistir a la inauguración del 41º."Salón de Artes Plásticas Arturo

Michelena", y, según un reportero, habría declarado lo siguiente: "–Venezuela ha sido –dijo sobre ese evento– en mi gobierno la capital de las artes del mundo y en ningún tiempo de la historia de la humanidad, gobernante alguno se ha preocupado tanto por la actividad cultural, como yo." [35]



Si, como he dicho, cada uno de los ya señalados conceptos o criterios empleados por el historiador como instrumentos para la captación, la comprensión y la interpretación del hecho histórico genera dificultades de orden metodológico y pone retos al espíritu crítico, las combinaciones que entre ellos pueden darse acentúan tales riesgos. Quizá sea una de las más temibles la que suele establecerse entre los prejuicios y la flaqueza del sentido histórico. Su efecto sobre el espíritu crítico llega a ser letal. Por lo general parte de supuestas comprobaciones cuya aparente objetividad no hace sino disimular la pretensión de cualquiera de las modalidades de esa combinación: es decir establecer relaciones de superioridad e inferioridad. Veamos algunos ejemplos:

Uno de clara relación de superioridad e inferioridad está representado por la explicación, generalmente aceptada, del hecho de que los conquistadores ibéricos, siempre comparativamente poco numerosos, prevalecieran en sus encuentros con sociedades aborígenes numerosas y aguerridas. Como el prejuicio impide aceptar, contra toda comprobación histórica, la superioridad cultural del íbero como valor estratégico fundamental y decisorio, la explicación ha de estar en las armas, razón tecnológica menos chocante:

> ..."si la superioridad de las armas de los actuales Voilet sobre las de los negros del Sudán no tiene duda, la superioridad de las armas de los primeros conquistadores sobre las de los indios es, en la gran mayoría de los casos, contestable. Fuera de los combates cuerpo a cuerpo, en que la ventaja de la espada española sobre la macana india no sufre discusión, en los otros combates la superioridad estaba más bien de parte de los indios. La flecha, sobre todo entre ciertos poblados, era muy más pron-

ta y certera, y alcanzaba más que los arcabucos (sic) y los versos"...[36]

Pero la más corrosiva modalidad de esta combinación que asecha al espíritu crítico es la que se compone en torno a los prejuicios cultural y racial.

El prejuicio cultural favorable a lo europeo, tomado como arquetipo de civilización en contraste con la barbarie americana, ha sido una constante del pensamiento latinoamericano y venezolano. Y casi de nada han valido los elocuentes recordatorios de carácter histórico:

> "–¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! Vamos, amigo Linares, aquellos son países estables y cultos. ¿Cuándo se ven aparecer allí tipos como los nuestros?
>
> "–Oiga, doctor. El emperador Guillermo no me negará usted que es un soldadote sin campañas; si no bruto, brutal; un déspota anacrónico. El Zar de Rusia, un pobre señor. Francisco José de Austria, un viejo chocho. Eduardo VII, un libertino...
>
> "Las osas [personajes novelísticos, solteronas] hacían aspavientos. El doctor Luzardo se ponía las manos en la cabeza, escandalizado, pues por extraña constitución anímica, él, que no respetaba nada en su país, veneraba hombres y cosas en el extranjero, sobre todo las cosas y los hombres de Europa, a los que la distancia, la vetustez y la historia prestaban un prestigio sagrado."[37]

Así mismo, el prejuicio antihispanoamericano sembrado en las mentalidades de sus colonias del Caribe por el colonialismo británico, con especial empeño a partir de la independencia de las colonias españolas de América, se mantiene hasta nuestros días, contra todo elemental sentido histórico. El escritor trinitario V. S. Naipaul, pone a decir a uno de sus personajes, refiriéndose a la presencia de tropas norteamericanas en la capital de una isla del Caribe, probablemente la suya: ..."El americano dispara a todo el mundo. Son peores que los suramericanos"... Y dice un personaje refiriéndose a los motines que ocurrían en la ciudad: ..."Afortunadamente todavía no han matado a nadie importante. Pues una vez que comienza tal clase de matanza, no parará. Será como Suramérica durante un par de generaciones"...[38]

Mas nada iguala la tenacidad y la malignidad de la combinación del prejuicio racista con la flaqueza del sentido histórico. Llevado de la que parecía ser una inquietud científica, Manuel Díaz Rodríguez [1871-1927] escribió a José Gil Fortoul [1861-1943], en marzo de 1907:

> "La contradicción continua que creo ver en la vida constitucional tiene su equivalente en otra contradicción muy visible de la vida ordinaria, así en España como entre nosotros. De un lado vemos hombres de todas las cualidades y talentos, y del otro lado vemos a la nación gobernada por una pésima política. Por lo que respecta a la desgraciada España, quizás no sabe de verdadera política, desde el glorioso y fugaz período de Carlos Tercero. Y, por lo que toca a nuestra política, no sé si alguna vez la hubo. ¿Dependerá esto de una positiva falta de aptitud política, explicable como quiere el conde de Gobineau [Joseph Arthur, 1816-1882] por un fondo de raza melánica?"... [39]

En otros terrenos, aunque no del todo desligados de las preocupaciones que entonces tenía el historiador ocupado en componer su **Historia Constitucional de Venezuela**, las expresiones del prejuicio racial apoyado en la flaqueza del sentido histórico han tenido consecuencias de la mayor gravedad, al conformarse como puro y simple racismo. Es decir: ..."una constelación de conductas, de opiniones y de doctrinas que esencialmente afirma que las diferencias culturales y las variaciones de conducta descansan en unas diferencias irreversibles y hereditarias. Si el nivel tecnológico y material de una población (etnia, «raza», grupo social, etc.) es inferior al nuestro, esto es la prueba de que las capacidades de esta población son menores"... [40] Esta construcción ideológica, que tiene de retórica justificatoria cuanto le falta de fundamentación científica, –histórica o de algún otro orden–, abre la puerta al avasallamiento, a la esclavitud y, cada día más, al genocidio.



Lo precedente ha servido también para poner sobre el tapete el problema de la generalización en el conocimiento histórico. El ocupa lugar destacado en la discusión metodológica re-

lativa al corazón mismo de la ciencia histórica. Se estima que de la solución dada a este problema depende la calidad científica del conocimiento histórico. Determinará su aptitud para comprender e interpretar lo histórico, traduciéndolo en conocimiento científicamente válido.

En la viejísima y sostenida pugna entre historiadores, científicos de las llamadas ciencias duras y filósofos de la historia, acerca de las posibilidades del conocimiento científico en historia, acaso sea el argumento más esgrimido por los adversarios del historiador el de la incapacidad congénita en que se halla la historia para elevarse al conocimiento de lo general. Aherrojándola al conocimiento de lo particular, y por ende de lo casual, de hecho niegan a la historia toda aspiración de ser reconocida como una ciencia.

Esta operación argumental tiene importantes consecuencias para el oficio de historiador. Ha permitido, entre otras cosas, el que los filósofos pretendan reservarse el monopolio de lo general en el campo de la cultura. De esta manera el argumento que ha sido producto de seria elaboración metódica por los filósofos de la ciencia, se ha desvirtuado en manos de los filósofos de la cultura. Estos últimos, quiéranlo o no, deben basar sus construcciones especulativas en el conocimiento de un producto social que es esencialmente histórico, cual lo es la cultura. Ha sido precisamente el marcado alejamiento, –más frecuentemente el desconocimiento, unas veces estratégico, pero por lo general genuino–, de la elemental condición histórica de la cultura, lo que ha llevado a algunos filósofos de la cultura a pretender suplir el conocimiento primordial del hecho cultural con generalizaciones despegadas de su realidad. No pocas veces éstas se corresponden sobre todo con los estados de ánimo del hombre filósofo. Tales estados de ánimo invaden, norman y conforman sus elaboraciones conceptuales. De esta manera bien ha podido un estado de desazón espiritual, filosóficamente tratado, conducir a la prejuiciada comprobación de características culturales de grupos y hasta de sociedades enteras, a la determinación de rasgos culturales pretendidamente inmutables y aun a la desorbitada comprobación de estados críticos de la cultura universal.

El historiador de oficio sabe que de nada vale el que se pretenda desconocer la tenaz presencia de los hechos. Estos, al fin y al cabo, tienen un muy extenso historial de enterradores de pseudo-teorías. [41] Pero esta confianza del historiador tiene más de convicción que de cosa reconocidamente probada y generalmente admitida. Si bien la historiografía, en sus términos más generales, enfrenta este reto con lujo de instrumentos metodológicos, puestos a la disposición del sentido histórico en trance de regirse por el método crítico, el problema no se resuelve de manera que sea válida para cada historiografía tomada particularmente. En efecto, las circunstancias históricas en las que cada historiografía se desenvuelve, ya se trate de historiografía referida a sociedades, a épocas, a culturas o a áreas de investigación histórica, imponen la obligación de conquistar para cada una la respetabilidad científica que puede derivarse de su aptitud demostrada para producir un conocimiento que trascienda lo particular, lo casuístico, lo accidental, por no hablar de lo anecdótico.

Estas razones abonan mi preocupación por el problema de la generalización en la historiografía venezolana. Estimo que se le debe encuadrar en el desarrollo metodológico general de esa historiografía. Visto así, el problema se expresaría en función de tres grandes cuestiones fundamentales: el complejo metodológico denominado "historia testimonial"; la confusión todavía reinante entre agregados de datos, filiación, generalización y conocimiento histórico; y la debilidad metodológica estructural de la generalización.

El complejo metodológico denominado "historia testimonial" tiene que ver con el escaso desarrollo de las fuentes, tanto en lo concerniente a la diversificación de las mismas como en lo concerniente al procesamiento metodológico de que son objeto. La nuestra es una historiografía cuyo conocimiento del hecho que ella misma considera capital, la independencia, ha girado hasta casi mediados del siglo XX en torno a la glosa de la documentación bolivariana y referida a Simón Bolívar. Se ha regido por la sencilla, –a veces simple–, metodología de "la historia testimonial" Para el caso, como he dicho, se estableció una prejuiciada calificación de los testigos, y sobre esa base se determinó el

grado de veracidad de los testimonios. Bajo el influjo de historiografías más desarrolladas se han aplicado dos correctivos y formulado una prevención. Los correctivos son la metodología de los testimonios seriados y la historia cuantitativa. Pronto se comprendió que la aplicación de la metodología de los testimonios seriados requiere la ampliación del fondo documental, la diversificación de las fuentes y la elaboración crítica sistemática de las mismas. [42] En cuanto a la historia cuantitativa, ésta encalló en lo pobre y lo incierto de la fuente estadística, al menos hasta mediados del siglo XX. Aplicada al siglo XIX, y sobre todo a la primera mitad del mismo, el remedo de historia cuantitativa intentado condujo a una ingenuidad estadística de la que apenas se comienza a salir. Como prevención de estos males ha sido propuesta la metodología del estudio histórico-historiográfico, suerte de simbiosis entre el estudio histórico, propiamente dicho, y el de historia de la historiografía, con el fin de enriquecer la elaboración crítica de los testimonios. [43] En cierta forma, la presente obra abona esta concepción metodológica.

La confusión reinante en relación con los agregados de datos, la filiación, la generalización y el conocimiento histórico, es casi una consecuencia natural de la historiografía testimonial practicada en las condiciones apuntadas. Se expresa esta deficiencia metodológica en la práctica de llegar a la generalización partiendo de la abusiva identificación establecida entre la filiación y el conocimiento histórico, al pretenderse que la localización de los supuestos antecedentes de un hecho, –en no pocas veces se trata de una precedencia meramente cronológica–, es ya comprenderlo e incluso interpretarlo. Para el efecto se cometen dos graves errores: el primero consiste en creer que la precedencia cronológica es indicio de necesaria causalidad histórica; el segundo consiste en substituir los procedimientos metodológicos de la generalización con la extrapolación, cronológica o espacial, del valor informativo predominante del dato. [44] Estas desviaciones metodológicas condujeron a que se perdiese de vista el precepto fundamental de que la investigación científica en historia supone la formación de conocimiento, y que éste sólo puede obtenerse mediante la comprensión y la interpretación basadas en generalizaciones metódicamente elaboradas.

Es decir, se plantea el tercer gran aspecto en el cual quiero detenerme. Es el de *la debilidad metodológica estructural de la generalización*. La dificultad nace de la problemática relativa a la cantidad y a la calidad de los datos elaborados de que disponga el historiador, en función del desarrollo de las fuentes. Para uso pedagógico, y tan sólo como cartilla orientadora en una materia en la cual abundan los matices y las circunstancias específicas, he manejado la siguiente clasificación de los datos elaborados: datos elaborados de significación determinada y circunscrita; datos elaborados no relacionados directamente con una información determinada; y datos elaborados relacionales o integradores de procesos.

Por datos elaborados de significación determinada y circunscrita entiendo aquellos que por lo general no dependen de la interpretación de la fuente. Es decir, que *una vez establecida la autenticidad de la fuente*, queda confirmada la veracidad del dato. Un ejemplo de esta modalidad lo proporcionan los actos del estado civil, superando en ello a los de origen religioso, dados los requisitos de identificación de los participantes. La gradación de la veracidad sigue la naturaleza del acto. Así, una fe de bautismo, y en no pocos casos un acta de registro de nacimiento, abren un abanico de incertidumbre a partir de hecho básico del bautismo o de la presentación para el registro.

Los datos elaborados no relacionados directamente con una información determinada, son de varios tipos: el dato representativo, el dato típico y el dato estadístico. El dato representativo es el que ofrece indicios más o menos fundados de una realidad no comprobable documental y metódicamente, sino recurriendo a la agrupación de información de diversa índole, mediante un previo proceso de generalización, por el estilo de: "Había malestar en la sociedad"... En cuanto a los datos típicos, la tipicidad puede establecerse por dos vías principales: la tipicidad por iteración simple y la tipicidad por estar los datos referidos a una generalización previa. Este último caso plantea serios problemas. Tienen que ver con el número de los datos de base, suscitándose las cuestiones de la calificación de los testigos y de la naturaleza de las fuentes. Por otra parte, la demostración

de la tipicidad será más exigente según el papel que desempeñe el dato en la demostración. En cuanto al dato estadístico, éste tiene su propia metodología, en la cual sería prolijo entrar aquí. En cambio, si es oportuno recoger el hecho de que en tiempos recientes ha decaído el entusiasmo por la historia cuantitativa, quizá por su desmesura explicativa.

Los datos elaborados relacionales o integradores de procesos son, de hecho, generalizaciones ya de alto nivel que soportan otras generalizaciones, más elevadas, por el estilo de: "La actitud de los europeos ante el descubrimiento de América fue causa de"... "La revolución industrial significó una fractura de la conciencia ética fundada en valores religiosos hasta entonces pretendidamente inmutables"... Es obvio que, en este caso, la sola comprobación de cada uno de los términos de la generalización presupone una compleja elaboración metodológica.



Considerado desde el punto de vista del oficio de historiador, en mucho diferente del de metodólogo o del de filósofo de la historia, el problema de la legalidad en la historiografía venezolana, –orgánicamente vinculado con el de la generalización–, suscita dificultades relacionadas con las áreas de funcionamiento del conocimiento histórico. Me refiero al complejo de relaciones entre el individuo y la totalidad, y a la imprecisión de las metodologías específicas.

Apenas me he acercado a estos problemas reflexionando sobre la dualidad del comportamiento del hombre histórico, que enuncio como "conducta determinada" y "conducta posible".

Con la expresión "conducta determinada" me refiero al problema del relacionamiento de la conducta con las circunstancias condicionantes. No quiero hablar de causalidad porque intento sugerir un relacionamiento que no tiene que ser necesariamente activo. Puede ser tan solo existencial. La relación puede establecerse por dos vías:

A través de una instancia intermedia, de carácter teórico general, formulada a partir de la consideración y el correlacio-

namiento de un número de casos forzosamente limitado, tal como sucede con los determinismos de toda índole.

A través de una instancia constituida por un principio "inmanente" de cualquier suerte: providencialismo, predestinación, materialismo histórico, estructuralismo, etc.

En ambas situaciones se plantea el problema de captar dos realidades, relacionadas pero específicas, mediante una metodología. Esa metodología, producto histórico ella misma, está centrada en el término de la correlación que es "más conocido", es decir las circunstancias. Así lo quiere la juventud de las ciencias del hombre. Este último es siempre el término "menos conocido" de la correlación.

La "conducta posible" es una expresión que debe servirnos para acercarnos a un problema metodológico mayor: el de la legalidad: ¿Es posible afirmar que la repetición de una coyuntura, es decir de un conjunto de circunstancias objetivamente establecidas, provocará el mismo tipo de respuesta? Claro está, sin la pretensión de que el término repetición se tome en un sentido absoluto. Se puede formular cuando menos tres objeciones principales: ¿Estaría fundada en un número suficiente de datos? ¿Tendría en cuenta, suficiente y adecuadamente, el desarrollo del conocimiento desde el punto de vista del término individuo? ¿Presupondría una condición humana básica, común y perenne?

Todavía restaría prestar atención a variables históricas poco o menos estudiadas, como lo son la conducta patológica y el papel del yerro en historia. Bien es cierto que la conciencia científica, de suyo ordenadora, atrincherada en sus patrones de normalidad, prefiere suponer la racionalidad del proceso histórico. Pero ¿acaso la contaminación ambiental y la irradiación atómica pacífica de la humanidad permiten ver las cosas de esa manera?

En todo caso habría que dejar en un rinconcito de la mente una reserva: la de que pueda ser tildado de loco aquel que advierte entre las cosas relaciones que los demás no perciben. No estoy reclamando una suerte de "racionalidad de la locura", sino procurando espacio para la creatividad, tanto en las conductas como en el pensamiento.

Puede parecer una pregunta ociosa. Formularla a estas alturas luce, además, como un recurso retórico de escasa originalidad. No obstante, extrae cierta justificación del propósito de las respuestas a que pudiera dar lugar, y éste es el de redondear algunos conceptos que han sido tocados, en mayor o menor grado. He aquí la pregunta: ¿Cuáles son, o me parece que lo son, los problemas historiográficos fundamentales? Se me ocurre que son seis, y al afirmarlo invoco como fundamento de mi selección el haber aplicado la doble perspectiva del docente y del investigador: la actitud ante el dato; la perspectiva histórica o el auténtico largo período; la generalización; la desmesura historicista; el uso del calificativo y de la metáfora; y la finalidad historiográfica o para qué se escribe historia. Admito que son problemas que han sido vistos y revistos, y para los cuales se han acuñado denominaciones "técnicas". Si les doy una presentación diferente es tan sólo porque mi propósito no es tratarlos "técnicamente" sino comentarlos con ayuda en algunas muestras historiográficas y literarias.

Ahora bien, he dejado fuera de esa enumeración el que cabría considerar como el primero y fundamental de los problemas historiográficos, pero que por su alcance más valdría considerarlo una condición básica, pues de no darse carecerán de sentido los enumerados. Suena como una tautología, pero el tal problema consiste en la capacidad de percibir problemas, –dificultades o cuestiones–, dignos de ser investigados, y entre estos los más significativos científicamente. Los dos grandes tratadistas de la hoy desdeñada "metodología positivista", Charles Victor Langlois [1857-1924] y Jean Charles Seignobos [1854-1942], nos legaron una formulación del asunto que se ha vuelto clásica: ..."El don de ver los problemas importantes y el gusto de dedicarse a ellos, tanto como el poder resolverlos, es lo que distingue en todas las ciencias a las personalidades de primer orden"... [45] Es decir, vincularon un factor indefinible con una actitud no menos indefinible y con la formación técnica. Ya observamos que el conjunto es algo que no se puede enseñar. Ahora

cabe señalar que de los dos últimos componentes, es decir "gusto" y "poder", el primero puede darse, y se da, copiosamente, mientras el segundo suele hacerlo en forma inversamente proporcional. Esa aparente contradicción forma el grueso de cualquier historiografía. Pero a bien pobre resultado llegaríamos si concluyésemos que estamos tratando con un "don", no sólo indefinible sino también intransmisible. Ahora bien ¿en esta materia puede la destreza adquirida remplazar al don? Quiero pensar que los ilustres metodólogos no tuvieron suficientemente en cuenta dos potencias que podrían llenar, en cierto modo, el vacío que parece existir entre el don y la destreza. Ellos son el sentido histórico y el método crítico. Ya hemos visto que el primero no es más concreto ni más definible que el "don". Pero no por eso es menos real. En cuanto al segundo, pretendo que sobrepasa los límites del entrenamiento técnico. De esta manera concluiríamos que la capacidad de "ver" problemas importantes puede depender, en primer lugar, del desarrollo del sentido histórico en función del ejercicio del método crítico. Por supuesto, el "gusto" conserva toda su vigencia.

La actitud ante el dato ha sido vista como el punto de partida de la conformación de dos modelos básicos de la actividad historiográfica: el "documentista", cuya aspiración extrema parecería ser el actuar respecto de la huella histórica, entendida en su materialización documental, un poco como el arqueólogo que deja su hallazgo en el sitio donde lo tropezó. O un poco a la manera de Caracciolo Parra Pérez [1888-1964] cuando, refiriéndose a la correspondencia de su biografiado el general Santiago Mariño [1788-1854] con el gobierno central, con motivo de la rebelión capitaneada por el general José Tadeo Monagas [1784-1868], en 1831, hizo suya la más rotunda afirmación documentista, (la de que el documento habla por sí solo): ..."En espera de la respuesta del gobierno dirigió otra comunicación oficial al secretario de la Guerra, que insertaremos íntegra a continuación sin debilitarla con comentarios inútiles"... [46] En el extremo opuesto se encuentra el mal llamado "idealista" o "racionalista", quien en su expresión más acabada sería el que casi no descien-

de hasta la huella histórica. Es el que justifica la reveladora exclamación de Mario Briceño-Iragorry [1897-1958]: "¡Qué cosa más dañina son los historiadores imaginativos!" [47] Entre estos extremos se ubican los historiadores que forman los datos y discurren basándose en ellos, tratando de alcanzar mediante un discurso metódico la comprensión e interpretación de lo histórico. Sólo que llevada al exceso esta posición termina por reunirse con la primera, pues el documento no sería únicamente una fuente; sino también el criterio de verdad y, lo que es más, de la existencia. Así, enfrascado en una polémica, Eloy Guillermo González [1873-1950] sentenció: "No hay otra manera de alumbrar sobre la ofuscación voluntaria, que fijar la cuestión y nutrir su urdimbre con el acervo documental, aunque esta forma irrecusable de la enseñanza histórica, merezca, como única y última censura despectiva, el calificativo de «entresamiento», con que a mis espaldas la ha denominado la doliente caridad de un fecundo académico"... [48] En definitiva, y valorada hasta el exceso, la existencia del documento establecería la diferencia entre la existencia y la inexistencia históricas. Así lo observó Simón González Peña [1846-1931] al explicar los infructuosos esfuerzos de la Comisión Redactora de Biografías de Próceres Zulianos, nombrada por decreto del Presidente del Estado Zulia, de 19 de abril de 1910, para obtener información del público y de los descendientes de los próceres:

> "Para este desalentador resultado, hallamos, no obstante, una disculpa en el descuido con que nuestros antepasados atendieron á la compilación y cuidado de los datos preciosos de nuestra historia, que no ha podido aún ser escrita con la necesaria claridad y exactitud, en perjuicio de la verdad y de muchas personalidades esclarecidas que han quedado anuladas en la sombra del olvido." [49]

Me eximo de entrar en consideraciones sobre la ampliación que ha experimentado la noción de documento, en el sentido de superar su asociación absoluta con la huella escrita y de llegar a identificarse con el concepto de huella histórica, cualquiera que sea su materialización. Igualmente dejo de lado la re-

visión de que es objeto la dictadura del documento escrito, dándole entrada a otros medios de preservación y de transmisión de la memoria histórica, como veremos de seguidas.

El segundo de los grandes problemas historiográficos es ***la perspectiva histórica*** o ***el auténtico largo período***. No se trata de la historia vista como precedente simple; tampoco como punto de partida para la prospectiva. Es asumir la historia como continuidad y, por lo mismo y aunque parezca contradictorio, como permanencia. Es entender el tiempo histórico como síntesis de los tiempos pasado, presente y futuro, y no como mera articulación de los mismos. Esto, que resulta muy difícil explicar metódicamente, es lo que integra la historia como existencia con la historia como hacer. Pero también lo que la hace posible como comprensión e interpretación genuina de la permanencia, porque la rescata de la muerte encerrada en la limitante noción de "pasado histórico". ¿Cabe condicionar la satisfacción de esta elemental necesidad del hombre a la existencia del documento, sea o no escrito? La vinculación absoluta entre historia y escritura vino muy bien a la justificación cultural de colonialismo: someter a pueblos sin historia era para los colonialistas algo así como hacerlos nacer para la historia. Uno de los más finos intelectos de la historiografía del descubrimiento y conquista de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo [1478-1557], apreció con acierto esta cuestión:

> "Por todas las vias que he podido, despues que á estas Indias passé, he procurado con mucha atençion, assi en estas islas como en la Tierra-Firme, de saber por qué manera ó forma los indios se acuerdan de las cosas de su principio é anteçesores, é si tienen libros, ó por quáles vestigios é señales no se les olvida lo passado. Y en esta isla [La Española], á lo que he podido entender, solos sus cantares, que ellos llaman *areytos*, es su libro ó memorial que de gente en gente queda de los padres á los hijos, y de los presentes á los venideros"... "Y estos cantares les quedan en la memoria, en lugar de libros de su acuerdo; y por esta forma resçitan las genealogias de sus caçiques y reyes ó señores que han tenido, y las obras que hiçieron, y los malos ó buenos temporales que han passado ó tienen; é otras cosas que

ellos quieren que á chicos é grandes se comuniquen é sean muy sabidas é fixamente esculpidas de la memoria, Y para este efecto continúan estos *areytos*, porque no se olviden, en especial las famosas victorias por batallas." [50]

Mucho llevo dicho sobre ***la generalización*** como problema metodológico. Cabe añadir algo sobre el uso y el abuso de que es objeto en el discurso historiográfico. En ocasiones se trata de un simple traslado del uso retórico mediante el cual «se generaliza» para acentuar la fuerza probatoria del argumento. Conmovido por el asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre [1795-1830], cometido el 4 de junio, escribió Simón Bolívar al general Juan José Flores [1800-1864] el 1o. de julio:

> ..."Esta noticia me ha causado tal sensación, que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país donde se asesinan cruel y bárbaramente a los más ilustres generales y cuyo mérito ha producido la libertad de América. Observe Ud. que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalsos o de muerte natural; y los fieles y los heroicos son sacrificados a la venganza de los demagogos"... [51]

En otras ocasiones se tropieza con una suerte de generalización cuya vigencia tiene más que ver con el temor a vulnerar creencias o dogmas interpretativos, que con la apreciación crítica de la realidad pretendidamente estudiada. Salvador de la Plaza [1896-1970] vivió esta situación:

> "El hecho de que hubiese sido implantado como predominante el modo de producción esclavista importando los conquistadores y pobladores españoles esclavos negros de Africa [recuérdese que a esta esclavitud le precedió, y en parte le acompañó de derecho y de hecho, la de los indios] y de que hubiera sido impuesta una superestructura jurídico-administrativa y social semejante a la que estaba en vigencia en España al comenzar la conquista, necesariamente tenía que condicionar una evolución económica y social de la sociedad en formación que no se ajustó al esquema clásico de las sociedades europeas, sin que se quiera significar contraposición a la esencia de ese esquema o que hubiesen sido saltados estadios de la evolución"... [52]

Desde el punto de vista historiográfico lo que importa retener es que las implicaciones metodológicas de la generalización permanecen en términos poco menos que invariables. Igualmente las advertencias acerca de los peligros que encierra. Y no podía ser de otra manera, pues se corresponden con las necesidades esenciales del conocimiento, y esto no solamente en el campo de la historia. Sin embargo, la percepción inicial de esta problemática marcó un cambio fundamental: el constituido por el paso de una historiografía ejemplarizante, que se decía maestra de la vida porque llamaba a la imitación de conductas y posturas, sobre la base de similitudes más intuidas que establecidas críticamente. Mucho costó hacer penetrar el concepto de que la utilidad de la historia no podía manifestarse por la vía de la imitación, sino por la de la comprensión y la interpretación, y que éstas requerían de la generalización. Vissarion Gregorievitch Bielinski [1811-1848] fue un destacado promotor de la transformación de la historiografía rusa en el sentido que nos ocupa:

> "El historiador debe ante todo elevarse hasta la contemplación de lo general en lo particular; en otros términos: de la idea en los hechos. Una tarea no menos difícil se le plantea entonces –saber evitar dos escollos, dos extremos: por una parte el peligro de descarriarse, de extraviarse en la complejidad de los acontecimientos y de perder de vista, al considerarlos separadamente, su nexo dialéctico, su relación con el todo en general (la idea); y por otra parte el peligro de endosar arbitrariamente a los acontecimientos una idea que le place y hacerles dar falsos testimonios en favor de una doctrina exclusiva o completamente falsa. El historiador mejor dotado no podrá evitar esos extremos si no posee un sentido poético seguro y si no está iniciado en la filosofía moderna." [53]

La desmesura historicista es el final del camino en el propósito de hacer de la historia uno confiable y útil para lograr el más alto objetivo del conocimiento, es decir la comprensión integral del hombre. En la búsqueda de instrumentos idóneos para tal fin se ha recorrido un larguísimo camino, lo que no quiere decir que se hayan desechado los atajos. Desde el providencialismo hasta los diversos determinismos; desde la fe hasta

la supuesta comprobación científica, que acaba por parecerse más a una convicción y hasta a una creencia; la gama de proposiciones se extiende sin que parezca perder completamente vigencia alguno de sus componentes. Los que parecieran perderla subyacen, y no requieren de mucho para aflorar. Si cediéramos a la tentación de marcarle polos a esta gama, probablemente tendríamos que optar por el providencialismo (Dios) y el historicismo (el hombre ¿o sea el dios de la historia?). Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] compuso una arrebatada afirmación de fe historicista, hasta el punto de que, sin proponérselo ni advertirlo, negó a la misma historia su capacidad generadora de nuevas fuerzas, circunstancias o factores de cambio:

> "No abrigamos una sola preocupación, no obedecemos a un solo móvil inconsciente, no existe en el espíritu de las masas populares un solo sentimiento, ni una sola inclinación, ni un solo instinto, en política, en religión, en todas las múltiples manifestaciones de la vida social, que no tenga su causa determinante en aquellos tres siglos de coloniaje, que prepararon el advenimiento de la nacionalidad venezolana por una evolución lógica y necesaria en todo organismo social." [54]

En alivio de tan absoluta formulación del determinismo histórico es necesario apuntar que su autor tenía presente la Venezuela del siglo XIX, no ya sobreviviente sino todavía imperante a comienzos del XX. Vivía un país y una sociedad que lucían poco menos que estancados. Pero aun así no cabía desdeñar hasta ese extremo la significación, como generadora de nuevos factores y situaciones, de la crisis estructural de la sociedad implantada colonial venezolana, que tuvo su punto más alto en las guerras de independencia.

Otro fue el enfoque de la desmesura historicista por Enrique Bernardo Núñez [1895-1964]. Historiador y novelista con altos logros en ambos terrenos, pudo plantearse el problema como un rasgo cultural para el cual propuso una explicación nada benévola respecto del historiador:

> "En nuestro medio es evidente la preferencia de los escritores por la historia. Las razones son obvias. La novela es más

comprometedora. El novelista se siente cohibido para referir las propias o ajenas experiencias, o describir el mundo que le rodea. Nadie sabría apartar al novelista de sus personajes, y buscarían su identidad con personas de la vida real, aunque no fuese ésta la intención del autor"... "Mil circunstancias limitan al escritor para expresarse con plenitud. Aprovechar el material novelable que hay en las vidas oscuras cuya historia no llega a la otra historia, o no merece atención de los historiadores es también lo más difícil. Por lo común, nuestras novelas se quedan a medio camino, o se convierten en simples panfletos y caricaturas de la vida real. Prescinden de lo más hondo y verdadero, o abandonan la gran fuente inspiradora. La historia, en cambio, se considera oficio de personas serias. Hay más ancho margen para esconder la propia personalidad, y también la falta de talento. La fisonomía del escritor se oculta bajo el montón de fichas. Su espíritu se queda en ellas, incapaz de remontar el vuelo." [55]

¿Qué historiografía tenía en mente el novelista-historiador académico? Seguramente la que veía cultivar por sus colegas de corporación, pero que entonces no difería mucho de la que se cultivaba fuera de ese círculo.

El "sentido poético seguro" de que habló Vissarion Gregorievitch Bielinski como medio para captar la idea en los hechos, se vuelve un asunto peligroso cuando se le entiende literalmente: es el problema de *la calificación* y *la metáfora*. Nada más lucido para encubrir una falta de comprensión. Nada más eficaz para transferir al lector la tarea de comprender e interpretar. Nada más normal que su uso en el discurso histórico. Nada más penetrante a la hora de querer captar el tejido profundo de un personaje, de un hecho o de una situación. Todo esto, y más, puede decirse sobre esta materia. En diversas ocasiones me he ocupado de la función de la metáfora como medio para la captación del significado profundo de lo estudiado. Igualmente he señalado sus limitaciones en cuanto a la formación de conocimiento y, sobre todo, en lo que toca a la transmisión de lo captado. Caracciolo Parra Pérez [1888-1964] recogió el hecho de que Simón Bolívar dijo que el gobierno establecido por el Congreso de Cariaco, de 1817, ..."ha durado tanto como casabe en caldo caliente"..., con lo que sin duda quiso decir mucho más que su condición de fugaz. [56] Eloy Guillermo González [1873-1959] uti-

lizó la expresión ..."el año abominable (1826)".., [57] con lo que no quiso decir, seguramente, que no pudiese haber otros años merecedores de ese calificativo. Por su parte, Eduardo Blanco [1839-1912] habló ..."del año terrible de 1814"... [58] Obviamente, en ambos casos el sentido concreto de la atribución de los calificativos queda supeditado a una serie de condiciones, que van desde el conocimiento que el lector pueda tener de los acontecimientos referidos hasta la valoración puramente subjetiva de los mismos. Pero ¿hay manera de escapar a la asechanza del calificativo y de la metáfora? ¿Acaso son ineludibles? Mientras lo averiguamos, y esto sólo es posible en la experiencia de cada quien, lo recomendable parece ser la parquedad en su uso, a menos que encaremos la tarea de justificarlo, en cada caso, por medio de enjundiosas explicaciones criteriológicas.

Culminación y síntesis de los grandes problemas que estudiamos es el de ***la finalidad historiográfica***. De ser posible, que no estoy seguro de que se pueda lograrlo, se le debe diferenciar del consistente en determinar la utilidad de la historia. Si se tratara de esto último, quizá cedería a la tentación de decir que la historia es como la poesía, es decir que sirve para lo que se le use. Pero creo de interés otro enfoque del asunto, expresado prosaicamente como "para qué se escribe la historia". Al respecto creo que hay una sola respuesta, válida por lo demás para todos los empeños del conocimiento, y ella únicamente puede hallarse en el propio quehacer historiográfico. Pero esta respuesta sólo es válida para el historiador de oficio, es decir para aquél que no se formula tal pregunta. A partir de allí caben todas las respuestas, unas más elaboradas que otras, unas poco menos que vergonzantes, otras crudamente utilitarias e inmediatistas, etc. Hay, sin embargo, tres respuestas que por ser básicas abren, por sí y por las combinaciones a las que se prestan, camino a algún comentario.

Creo que debo mencionar en primer lugar la finalidad exaltadora. Es quizá la más pretenciosa y suficiente, pues se justificaría por la sola nobleza del propósito. A éste quedan subordinadas todas las obligaciones del historiador, tanto metodoló-

gicas como éticas, pues ante cualquier reparo se escudará tras la nobleza del propósito. Rufino Blanco Fombona [1874-1944] estimó necesario advertir al lector de su obra **El espíritu de Bolívar**, rodeándola de un impenetrable blindaje patriótico:

> "Sepa, de todos modos, que se escribió el libro a la diabla –como casi todos los libros buenos– para divulgar el conocimiento del Libertador en periódicos, *au jour le jour*, y ante públicos escasamente atentos o poco consustanciados con la acción y el pensamiento del grande hombre. De ahí sus inevitables repeticiones, que son como golpes que clavan conceptos, digamos a martillazos. Sin embargo, un pensamiento nuclear, que sí puede valer algo, sirve de asta que sostiene y simboliza en el espacio el trapo de colorines que ondea al soplo de las brisas." [59]

Un poco más y pasamos de la historia exaltadora a la pura y simple *historia oficial*, ese poderoso instrumento que estimula el patriotismo, lo induce al extravío hasta volverlo vano y termina por causar un insoportable hastío a los historiadores críticos, a la manera de Enrique Bernardo Núñez [1895-1964]: ..."Sería del caso sustituir esa literatura banal de las conmemoraciones con una historia menos palaciega, menos doméstica, menos dentro de los muros de la capital. Una historia más activa, menos simulada, más dentro del espíritu de la Emancipación"...[60] En suma, una historia que se acerque a la razón, ¿pero que por lo mismo se aleje del espíritu?:

> ..."Hace tiempo se habla, o se nos amenaza con una historia planificada, la planificación de la historia, o con más propiedad hacernos una historia amañada. Se pretende meter la historia en carriles, aunque la historia se suele salir de ellos. Si será una historia escrita con plena lucidez, o una historia convencional para uso de profesores y alumnos, una de esas obras escritas por grupos de especialistas, que a menudo, a pesar de los métodos científicos empleados, carecen de propio discernimiento. Historia escrita para falsear los hechos o para no incurrir en anatema. Ejemplos de esas frías, áridas, indigestas y doctas exposiciones donde no hay rastro de espíritu. Una de esas compilaciones, resultado de innumerables folletos y monografías que significan la muerte del espíritu"... [61]

Pero una historiografía que si bien mata el espíritu lo hace entre el estruendo de los cañones, o en aras de un grosero indoctrinamiento que, pomposamente dicho, deberá asegurar el enlace de las generaciones sobre la base de la adopción de valores bien decantados y establecidos. Estará, sin embargo, dirigida a: "La Juventud que no tiene compromisos con el pasado, que no puede sentirse afectada por responsabilidades de otras épocas, que más bien representa las evoluciones del porvenir"... [62]

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. ..."Uno de mis defectos es la chismografía, aunque aduciré en mi descargo que sólo me interesan ciertas formas superiores del chisme como por ejemplo la historia".., confiesa el personaje novelesco Medrano. (Julio Cortázar, **Los Premios**, página 31.

2. Anatole France, **Le crime de Sylvestre Bonnard.**

3. Marc Bloch, **Introducción a la historia**.

4. Anatole France, **Op. cit.**, 97.

5. Me refiero al vicio de modernismo entendido como la práctica de proyectar los conceptos y los criterios de una época sobre las precedentes, desvirtuando así la comprensión y la interpretación de los mismos. Véase en la subparte II-A la nota Nº. 6. Manuel Díaz Rodríguez [1871-1927] escribió a José Gil Fortoul [1861-1943] en marzo de 1907: ..."Considerar al través del alma de un Las Casas [Bartolomé de, 1474-1566] las cosas que sucedían entonces en América, es casi como si considerásemos esas cosas con nuestros ojos de hoy, con nuestros ojos contemporáneos, lo que tratándose de historia no tendría nada de cuerdo"... (**Entre las colinas en flor**, p. 135).

6. **Historia de la Revolución de la República de Colombia.** La segunda versión apareció con el título de **Historia de la Revolución de le República de Colombia, en la América Meridional.**

7. Felipe Larrazábal, **Vida del Libertador Simón Bolívar**, página 471. La relación que pueda existir entre la circunstancia que rodea y condiciona el hecho y la participación del actor, al marcar el grado de responsabilidad de éste, introduce a la consideración de la cuestión más general que se expresa como "el papel del individuo en

la historia". Generalmente esa relación se establece de manera simplista, exagerando así el papel del individuo, como lo observó Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936]: "Los partidos políticos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre. Y no sólo los liberales, sino sus propios adversarios llamados oligarcas o godos, han incurrido en el error de referir todos los sucesos de la época [se refiere a los sucesos a partir de 1840] a la iniciativa personal, benéfica o perniciosa –según sea el criterio partidario– del señor Antonio Leocadio Guzmán." (**Disgregación e integración**, Introducción, p. xlvi). Pero si bien suele afirmarse que la responsabilidad de los actos recae más en las circunstancias que en los hombres, hay cuando menos una excepción, según el fervor bolivariano: ..."Los errores de los hombres son producto de las épocas, y por eso, para juzgarlos con imparcialidad, hay que ir retrospectivamente penetrando en el espíritu de cada individuo para entonces dar exactamente con el móvil de los acontecimientos históricos. Pero si vemos como un producto natural de la época los grandes errores de los fundadores de nuestra república, no por eso vamos a justificar las inconsideraciones que se tuvieron para con el Libertador y fundador de nuestras hoy robustas nacionalidades de América"... (Tulio Chiossone, **Ultimos años del Libertador, 1826-1830**, página 63).

8. Mariano Picón Salas, "Comprensión de Venezuela, (1948)". **Comprensión de Venezuela**, p.17.

9. Jonathan Swift, **Gulliver's travels**, página 340.

10. **Ibidem**, pp. 188-189. En ocasiones "el yo referencial" no sólo puede conducir a la equivocada comprensión de lo histórico, sino que puede inducir al observador a incurrir en graves faltas de sindéresis. Véase este fragmento de una entrevista hecha por el periodista español José Comas a Tomás Borge, entonces Ministro del Interior del gobierno sandinista de Nicaragua: " P. Los últimos días fueron citados varios políticos de la oposición derechista a la Dirección General de Seguridad del Estado y sometidos a un trato, que yo calificaría de vejatorio, encerrados en un cuarto oscuro y les tomaron huellas dactilares. ¿Era esto realmente necesario? R. Fueron llevados a un lugar donde les tomaron fotografías, supongo, y les tomaron datos y huellas dactilares, que es lo que se hace con personas a las cuales se les previene sobre una posible inclinación a una actividad que viola las leyes. Si los metieron provisionalmente en alguna celda, no lo conozco, pero eso ocurre en cualquier parte del mundo. Yo, cuando supe que habían sido detenidos, dije que los pusieran en libertad, ya que me pareció excesiva la medida de detenerlos. Creo que simplemente debió de habérseles

prevenido de la ilegalidad de lo que estaban haciendo, porque es preferible tener determinado grado de paciencia y flexibilidad en estos casos. Yo, dicho sea de paso, nunca me quejé cuando ellos estaban en silencio en tiempos de Somoza. Yo estuve nueve meses esposado y nueve meses encapuchado y nunca lloriqueé tanto." (**El País**. Madrid, 28 de octubre de 1985). Probablemente al expresarse de esta manera el ministro daba prueba, sin advertirlo, de que había ganado una peregrina lucidez para juzgar actitudes y conductas, según estas palabras de Manuel Vicente Romero García [1865-1917]: "Había llegado para mí la hora del sufrimiento: por fortuna el sufrimiento es una escuela de grandes enseñanzas: solo tiene de malo ese ajenjo que vierte en el alma y que amarga la existencia para siempre.

"¡Desgraciados aquellos que no se han acostado una noche con hambre, lejos del hogar nativo y de los afectos más caros!

"Desgraciados aquellos á quienes el desengaño no les ha impreso el sello del dolor que no se extingue!." ("Peonía". **Manuel Vicente Romero García**, p. 156).

11. Juan José Breca, "El lujo". **Páginas guaireñas**, pp. 295-300.

12. José María Vargas, "Discurso en la Junta General del 3 de febrero de 1833". **Sociedad Económica de Amigos del País,** Memorias y **Estudios, 1829-1839**, vol. I, pp. 60 y 86-87.

13. **Ibidem**, página 79.

14. Rafael Villavicencio, "Discurso en la sesión pública del Ateneo de Caracas, del 19 de abril de 1894, en conmemoración del 19 de Abril de 1810". **Ateneo de Caracas. Sesión pública celebrada en el Paraninfo de la Universidad en conmemoración del 19 de Abril de 1810**, página 70.

15. Domingo B. Castillo, **Memorias de Mano Lobo**, p. 142.

16. COPLANARH, **La agricultura deseable**, pp. 64-65.

17. Véase: Germán Carrera Damas, El culto a Bolívar. Esbozo **para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela**, pp. 117-118.

18.Véase: **Formación histórico-social de América Latina**.

19. José Martí, "La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española". **Nuestra América**, p. 325. En un diálogo novelado, Rufino Blanco Fombona [1874-1944] condensó la indeterminación con

ceptual que impregnaba el ambiente venezolano a comienzos del siglo XX. Están presentes la guerra civil, la revolución y el bandolerismo; la independencia y la libertad; el tirano y el simple caudillo; el mito de Europa y la realidad americana (los subtítulos son de G. C. D.):

Guerra civil, bandolerismo y revolución:

"–Pues yo no pienso, doctor, –aseguró Mario Linares– que las revoluciones sean meras protestas. En medio de una docena de pesimismos e ignorancias de buena fe que no creen sino en la eficacia del sable; otra docena de odios personales al Presidente o a sus agentes; y otra docena de ambiciones extraviadas, pero altas, nobles, disculpables, nuestras guerras civiles no son sino la exteriorización de una morbosidad, al poner por obra, con pretexto más o menos hábil, cierto fondo latente de banditismo.

"– ¿Un bandolerismo disfrazado, entonces?

"– Sí, señor, un bandolerismo disfrazado.

"– Pues por lo que a mí respecta, amigo Linares, creo con firmeza que mientras nos gobiernen pícaros, las revoluciones son santas."

La independencia y la libertad:

"– Caro nos cuestan esas doctrinas, doctor. Vamos carrera tendida al coloniaje. Supóngase que perdemos la Libertad; pero conservamos siquiera la Independencia. Es el caso de México; y ya lo ve cuán próspero. ¿Era más feliz en tiempo de las revoluciones inveteradas que le valieron la pérdida de sus provincias nórdicas, hoy en manos del yanqui, y la invasión europea? ¿Qué sería de la República y de la patria mexicanas, a no existir aquel benemérito de las Américas, aquel glorioso y épico Benito Juarez? Sin libertad pudo ser Roma el primer pueblo del mundo. Por lo demás, es preferible el tiranicidio a la revolución."

Tiranos y simples caudillos:

"–¿Cree usted que hay diferencia? Demos que muera el tirano, ¿no se sublevarán unos por conquistar el poder, y no pugnarán otros por no desapuñarlo?

"–Hay otra cosa, doctor. Esos hombres nuestros que se citan como tiranos espantables no son, ni con mucho, tales tiranos. El más brutal de todos ha sido Castro [general Cipriano, 1858-1924]. Y sin embargo, ¡cuán lejos de un tirano, de un Rosas [Juan Manuel de, 1793-1877), por ejemplo!."

El mito de Europa y la realidad americana:

"–Es que los tiempos son muy otros. Ejerce la dictadura hasta donde puede. Cree usted que una degollina a lo Rosas la tolerarían las Potencias.

"–¡Bah! ¿No toleran la matanza de los judíos en Rusia; de los cristianos en Turquía? El emperador Guillermo II, ¿no ordena impune-

mente el azote para los niños y madres polacos, renuentes a la germanización de las escuelas y de los hogares, por el sólo crimen de hablar y aprender en polaco y no en alemán? ¿Inglaterra no hace perecer anualmente, según sus propias estadísticas, once mil niños boers, en los campos de concentración del Transvaal? ¿Y la guerra de China? ¿No se apandillan las grandes potencias para llevar la pillería y el exterminio al Extremo Oriente, en nombre de Mercurio y de Cristo, por el Comercio y por la Religión? ¿No es esa guerra una agresión cobarde e inicua, de la inicua, cobarde y agresiva Europa? ¡Bah! No me hable de las grandes potencias." (**El hombre de hierro**, pp. 165-167).

20. Mario Briceño-Iragorry, **Formación de la nacionalidad venezolana**, p. 5. Bartolomé Tavera Acosta [1865-1931], ardiente promotor de la aplicación del método crítico a la historia regional, pareció confundir dos conceptos básicos al referirse a la abolición de la esclavitud en Venezuela, el de igualdad legal y el de igualdad social: "Monagas [general José Gregorio, 1795-1858], inspirado en sus sentimientos generosos, aparte la conveniencia política que de ella reportara, en unión de su Ministro Simón Planas, pasa el rubicón. Y así, por su voluntad y en virtud de la disposición ejecutiva a que se ha hecho referencia [decreto de abolición de la esclavitud, de 24 de marzo de 1854], obtienen su igualdad social y son desde entonces ciudadanos de una República libre, trece mil esclavos y veintisiete mil manumisos"... (**Historia de Carúpano**, p. 320).

21. Véase: Germán Carrera Damas, **El culto a Bolívar**. Luis Castro Leiva ha dedicado varios penetrantes trabajos a este tema. Napoleón Franceschi G. desarrolla actualmente una prometedora investigación acerca de las expresiones del culto en las fuentes menores del siglo XIX venezolano. ("El culto a los héroes: una visión del problema a partir de una muestra de la producción intelectual venezolana del siglo XIX". **Tiempo y espacio**, Año vii, Nº. 14, julio-diciembre de 1990).

22. César Zumeta, "«Médicos venezolanos», por el doctor José Manuel de los Ríos". **El continente enfermo**, p. 281. El autor expuso la que puede ser considerada como la concepción primaria de la biografía, es decir la representada por el protagonista interactuando con el telón de fondo: "Compleja y grande es la obra del biógrafo. El fondo del cuadro es la historia de la época en que el personaje aparecerá, y ha de ser descrita con tal verdad que se sienta el deseo y se reconozca la necesidad de que comparezca en ese escenario la luz que ha de disipar las sombras del paisaje. Delinéase entonces la personalidad, se le mira avanzar demoliendo para construir sobre las ruinas de lo viejo el edificio del porvenir, y cuando el actor desaparece la escena ha cambiado

y queda en pie la obra." (**Ibidem**, pp. 281-282). Está claro que tan simplista dramatización de la biografía se corresponde con una concepción heroica y optimista de la historia.

23. Pedro María Morantes (Pío Gil), **Los Felicitadores**, p. 8.

24. Fernando Key Sánchez, **Fundación del Partido Comunista de Venezuela**, página 8.

25. Ilustra muy bien este tema el capítulo XXII, titulado "El carácter nacional", de la obra de Rafael María Baralt **Resumen de la Historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XVI, hasta el año de 1797**.

26. Isaac Asimov, **The naked sun**, páginas 8586.

27. Fernando Ortiz, **El engaño de las razas**, página 159.

28. Agatha Christie, **Poirot en Egipto**, página 199.

29. José de Oviedo y Baños, **Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela**, pp. xxi-xxii. Denis Diderot (1713-1784) se excusó ante sus lectores por no transmitirles, imaginándola, una carta de uno de sus personajes: Aunque ..."no presumo infinitamente de mi talento, creo que lo habría logrado, pero no habría sido original; habría sido como esas sublimes arengas de Tito Livio, en su **Historia de Roma**, o del cardenal Bentivoglio [Corneille, 1662-1742] en sus **Guerras de Flandes**. Es grato leerlas pero destruyen la ilusión. Un historiador que atribuye a sus personajes discursos que no pronunciaron, puede también atribuirles acciones que no realizaron"... (**Jacques le fataliste et son maître**, pp. 337-338).

30. Benito Pérez Galdós, **Trafalgar**, página 76.

31. Son claros ejemplos de esta situación el historiador Mario Briceño-Iragorry, con su novela **Los Riberas**; y el escritor Gabriel García Márquez, con su novela **El general en su laberinto**. El primero no resistió la tentación de escribir una novela sin citas de pie de página; el segundo hizo naufragar lo que se inicia como una buena obra literaria en el pantano de "las anécdotas reveladoras". (Véase: Parte I, nota 87).

32. Carlos Brandt, **Bajo la tiranía de Cipriano Castro**, página 67.

33. "America's Loss of Face Is Minor. Interview: George Ball". **Newsweek**, 10 de noviembre de 1980.

34. Juan Vicente González, "Observaciones de un patriota para las futuras combinaciones políticas de Venezuela". **La Doctrina Conservadora. Juan Vicente González**, vol, II, p. 520.

35. "Se está tratando de crear un problema". **El Nacional**. Caracas, 12 de octubre de 1983. No he sabido de desmentido alguno.

36. "Al Dr. José Gil Fortoul. Marzo de 1907". Manuel Díaz Rodríguez, **Op. cit.**, p.136.

37. Rufino Blanco Fombona, **Op. cit.**, p. 167.

38. V. S. Naipaul, **Guerrillas**, pp. 194 y 191.

39. Manuel Díaz Rodríguez, **Op. cit.**, p. 145.

40. Jacques Lizot, "Introducción". **Los aborígenes de Venezuela**, vol. III, p. 20.

41. En tiempos recientes se ha anunciado un doble fin: el del socialismo y el de la historia, pero ambos parecen estar en vías de recuperar la salud.

42. Esta actitud marca la culminación de un largo camino cuyo sentido general no es otro que el de llegar a tomar conciencia los historiadores de la obligación metodológica de dar prueba de una expresa preocupación por las fuentes. Ricardo Becerra [1836-1905] lo hizo sencillamente: "Tócame ahora reseñar las diversas fuentes de información, directa o indirecta, á que hemos acudido para documentar nuestro ensayo"... (**Vida de Don Francisco de Miranda**, "Prólogo", vol. I, p. 19). Ya esta disposición superaba la de quienes, so pretexto de hacer tácita o expresamente autobiografía, declaraban haber consultado sólo o sobre todo sus recuerdos, a la manera del general José Antonio Páez [1790-1873]: "Va siendo costumbre y es deber de todo hombre que ha figurado en la escena política de su patria, el escribir la relación de los sucesos que ha presenciado y de los hechos en que ha tenido parte, á fin de que la juiciosa posteridad pueda con copia de datos y abundancia de documentos desentrañar la verdad histórica que oscurecen las relaciones apasionadas y poco acordes entre sí de los escritores contemporáneos. He aquí por qué luego de los afanes de una vida agitadísima, acometo hoy la empresa de abrir el archivo de mis recuerdos, de registrar los documentos que he logrado salvar de los estragos del

tiempo y de las tempestades revolucionarias, y de ocuparme en fin de la penosa tarea de redactar lo que me dicta la memoria y me recuerdan dichos documentos." (**Autobiografía del General José Antonio Páez**, vol. I, p. v). Bien apegado a su gloria militar, ya el general había tenido que enfrentar el juicio que estimó desacertado, por estar supuestamente mal informado, de Rafael María Baralt [1810-1860], del cual no escapó siquiera Simón Bolívar, según lo afirma Vicente Lecuna [1870-1954]: "Sin documentos, y muertos o ausentes de Caracas los actores de la batalla [se refiere a la segunda batalla de La Puerta, dada y perdida por Simón Bolívar y Santiago Mariño, 1788-1854, el 3 de febrero de 1814, frente a José Tomás Boves, 1782-1814], Baralt adoptó las leyendas en boga, forjadas en los días de la disolución de Colombia, por odio a Bolívar, remedando los acontecimientos de la primera batalla de La Puerta dada por Campo Elías [Vicente -1814] el 3 de febrero [de 1814], al suponer un batallón desplegado en batalla, enviado imprudentemente sobre el enemigo y envuelto por éste"... (**Crónica razonada de las guerras de Bolívar**, p. 284.].

43. Propuse la metodología del estudio histórico-historiográfico en una ponencia titulada "Contribución a la metodología del estudio histórico-historiográfico, con base en una experiencia concreta", la cual presenté en la VI Reunión Panamericana de Consulta sobre Historia, patrocinada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Ciudad de Guatemala, 25 de junio - 1º. de julio de 1965. (Véase mi obra **Metodología y estudio de la historia**). Se ilustró el uso de esta metodología con la obra del autor titulada **Boves, aspectos socioeconómicos de la Independencia**.

44. Véase mi estudio titulado "Agregados de datos, filiación, explicación, generalización y conocimiento histórico", en **Metodología y estudio de la historia**.

45. Langlois, Charles Victor y Seignobos, Jean Charles, **Introducción a los estudios históricos**, p. 322.

46. Caracciolo Parra Pérez, **Mariño y las guerras civiles**, p. 32. La postura "anti-documentista" fue tajantemente enunciada por Vissarion Grigorievitch Bielinski [1811-1848]: "Las crónicas y demás documentos históricos no son sino piedras, con las cuales sólo el genio creador del artista puede hacer un edificio elegante y armonioso." ("Histoire de la Petite-Russie". **Textes Philosophiques choisis**, p. 366).

47. Mario Briceño-Iragorry, **Los Riberas**, p. 84. Dando prueba de su escaso conocimiento de la metodología de la historia, y de su

mucho entusiasmo retórico, Cecilio Acosta [1818-1881] escribió una "Carta a M. Guizot [François, 1787-1874]": ..."Nadie generaliza más que vos. Lo que os distingue sobre todos es que concebís la ley histórica apriori, estudiáis después el modo de verificarla en los hechos; y ya con esto, que es seguro cuando se tiene, pero que es dado a muy pocos alcanzar, atravesáis los siglos en pocos pasos como los dioses de Homero." ("Reflexiones sobre la Historia". **Obras**, vol. IV, pp. 89-93).

48. Eloy Guillermo González, **Al margen de la epopeya**, p 8.

49. Simón González Peña, "Palabras del Presidente de la Comisión Redactora de Biografías de Próceres Zulianos, señor Simón González Peña, al consignar las escritas en poder del Ejecutivo". (**El Zulia en la Independencia Sur-Americana**, p. 8). Posiblemente quienes no pusieron por escrito sus recuerdos, o desdeñaron el preservarlos, siguieron el curioso procedimiento practicado por S. Molina Herrera, según lo comunicó en carta a Bartolomé Tavera Acosta [1865-1931], fechada Carora, abril de 1929: ..."Me propongo apoderarme de algunos importantísimos datos, los que no confiaré al papel, sino los conservaré en mi memoria para así tenerlos más seguros. ¡Pero quién sabe si el tiempo truncará mis propósitos y extraviará de mi memoria lo que tanto quiero conservar!" (**Un manojo de pensamientos mustios**, p. 19).

50. Gonzalo Fernández de Oviedo, **Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano**, vol. I, pp. 125 y 128. Con el propósito de fortalecer su observación, desalentando interpretaciones ligeras, el cronista-historiador añadió: ..."No le parezca al letor que esto que es dicho es mucha salvajez, pues en España é Italia se usa lo mismo, y en las mas partes de los chripstianos (é aun infieles) pienso yo debe ser assi. ¿Qué otra cosa son los romançes é cançiones que se fundan sobre verdades, sino parte é acuerdo de las historias passadas?"... (**Ibidem**, página 128).

51. Simón Bolívar, **Obras completas**, vol. III, p. 432. Es bien conocido el pasaje de la historia política de Venezuela, citado frecuentemente como revelador de la flema del general Carlos Soublette [1789-1870], cuando ante una situación de alteración del orden se limitó a disponer que se agitara la campanilla llamando a restablecerlo. Francisco Aniceto Lugo [1894] lo hizo base de esta dramatizada y abusiva generalización: "Es fama que cuando la multitud se enfurecía, cuando el pueblo se amotinaba, cuando la muchedumbre, por cualquier incomprensión, montaba en cólera y se agolpaba amenazante ante los edificios públicos, Soublette, ante los consejos de quienes lo instaban a disolver por la fuerza las manifestaciones, se limitaba a mandar a agi-

tar la campanilla. Cuando sus consejeros, atemorizados, le hacían ver que estaban en peligro y que la República se hundía, el bravo y demócrata militar repetía la misma orden, la de agitar la campanilla. Y, por último, cuando ya parecía que el mundo se desplomaba ante la cólera erizada de dicterios y la acometividad de la turba, y los corazones mejor templados eran presa de agudo nerviosismo, y alguien quería disolver el pueblo por medio de las armas, Soublette, flemático, insistía: «Agite la campanilla, agítela Ud.»." (**La revolución venezolana**, página 27).

52. Salvador de la Plaza, **La formación de las clases sociales en Venezuela**, p. 5. Tal es la fuerza del condicionante ideológico ortodoxo, que el autor no advirtió contradicción alguna entre éste y un pasaje precedente: ..."Carecería, por tanto, de validez científica cualquier elaboración sobre la formación de las clases sociales que englobara en un solo esquema a todos los países [de la América Latina], así como también la que hiciera traslado mecánico de los estadios recorridos por las sociedades que hoy integran a Europa"... (p. 2).

53. Vissarion Grigorievitch Bielinski, **Op. cit.**, p. 365. Como para darle razón a este autor en su afirmación del riesgo que corre hasta "el historiador mejor dotado ", cabe citar la generalización que hizo Enrique Florescano, acerca del surgimiento del culto guadalupano. Luego de citar como: "La noticia más antigua sobre el culto nuevo"... "una Información que mandó hacer el segundo arzobispo fray Alonso Montúfar, en 1556".., y la controversia con el provincial de los franciscanos fray Francisco de Bustamante, extrae la siguiente conclusión: ..."También es evidente que en esta época sólo el arzobispo, el representante del clero secular, parecía favorecer el culto a la guadalupana, mientras los religiosos, y particularmente los franciscanos, estaban en contra de la nueva devoción." (**Memoria mexicana**, pp. 182-183).

54. Laureano Vallenilla Lanz, **Op. cit.**, p. xxi.

55. Enrique Bernardo Núñez, "Historiadores y novelistas". **Bajo el samán**, pp. 104-105.

56. Carta de Simón Bolívar a Martín Tovar Ponte, de 6 de agosto de 1817. Citada por Caracciolo Parra Pérez, **Mariño y la independencia de Venezuela**, vol. II, p. 353.

57. Eloy Guillermo González, "El hastío del Libertador". **Op. cit.**, p. 217.

58. Eduardo Blanco, **Las noches del Panteón**, p. 37.

59. Rufino Blanco Fombona, **El espíritu de Bolívar**, p. 5.

60. Enrique Bernardo Núñez, "Literatura de las conmemoraciones". **Op. cit.**, p. 136.

61. **Ibidem**, pp. 138-139.

62. Domingo Antonio Olavarría (Luis Ruiz), **Décimo Estudio Histórico-Político**, p. 15. Esta finalidad historiográfica fue satirizada de la siguiente manera en la revista **Proceso**, de la Federación de Estudiantes de la Universidad Agraria La Molina (Lima, 1968-1969, Nº. 1). Se trata de una caricatura que representa a un hombre maduro y a un viejo, dirigiéndose a un joven estudiante:

Hombre maduro –"Por fin la juventud se despierta.
Viejo –"¡Bravo, bravo!
Hombre maduro –"Por fin ella nos muestra el camino.
Viejo –"Muchos bravos.
Hombre maduro –"Joven hombre, el futuro te pertenece.
Viejo –"El es tuyo.
Hombre maduro –"Pero no toques al presente.
Viejo –"... y deja el pasado tranquilo."

C. La unidad de la historia y la función integradora de la historia

No entraré a tratar la temática, sobradamente ilustrada en la bibliografía sobre metodología y teoría de la historia, de la necesidad y la justificación, así como de la posibilidad y las consecuencias, de la división y la periodificación de la historia. Retengo la comprobación de que hoy se tiende a admitir que tanto la división como la periodificación de la historia son formas de violencia, siempre con un fondo de arbitrariedad, que se ejercen sobre la historia, en razón de las necesidades analíticas del conocimiento. Retengo, igualmente, el concepto de que al hablar de la división de la historia quiero significar demarcación de áreas, con todo lo que tal cosa conlleva de convencionalismo, bien sea en razón de la temática (económica, militar, social, etc.), bien sea en razón del espacio (regional, nacional, universal). Mantendré como preocupación fundamental la comprobación de que la periodificación entiende demarcar lapsos o períodos sobre la base de criterios, mediante una operación metodológica en la cual, en definitiva, subyace el cronológico.

Ahora bien, tales formas de violencia ejercidas sobre la historia, entendida ésta como una unidad y como un continuo, suscitan dificultades metodológicas tanto comunes como propias.

En primer lugar, comprometen la unidad del hecho social, como fundamento de la unidad del hecho histórico y de la comprensión integral de lo histórico. El ejercicio profesional del historiador le basta para hacerle comprender que esa unidad se sobrepone a todo intento de disgregación, y que se le pasará la vida sin haber tropezado con un hecho histórico que pueda reclamarse con exclusividad de una de las facetas del hecho social. Comprenderá, así, que el movimiento de ampliación de la temática observado por Santiago Key Ayala [1874-1959] en la historiografía venezolana no era otra cosa que aproximarse progresivamente al descubrimiento de la unidad esencial del hecho social-histórico:

> "Con Arístides Rojas [1826-1894], con Gil Fortoul [José, 1861-1943], con Lisandro Alvarado [1859-1929], con muchos hoy, la Historia de Venezuela ha ido ensanchando su horizonte. De la visión parcial se ha venido pasando a la visión total. Del movimiento político se ha ido al movimiento de las ideas, de los conceptos, de las costumbres, de los sentimientos. De la mera vida pública, se ha comenzado a interesarse por la vida íntima, que tantos y excelentes materiales suministra a la historia general." [1]

En segundo lugar, tales formas de violencia metodológica acentúan la dificultad nacida de la hoy imposibilidad teórica de captar en forma total e integral la experiencia de la humanidad, para tomarla como base no ya de una definición de categorías que sean válidas para la totalidad, sino precisamente de unas más inclusivas división y periodificación de la historia. Las proposiciones de esta naturaleza ensayadas hasta ahora, incluyendo las aportadas por el materialismo histórico, han acabado por revelar su incapacidad para captar la totalidad y expresarla de manera funcional, bien sea por estar esas proposiciones condicionadas por la circunstancia de haberse generado en el conocimiento de la parcialidad; bien sea porque el condicionamiento cultural que envuelve su formulación tampoco se corresponde con la experiencia total de la humanidad, considerada ésta en la correlación espacio-tiempo histórico.

En tercer lugar, la tal violencia fortalece la dificultad nacida de la continuidad esencial de la historia, al igual que la derivada de la naturaleza dinámica, múltiple e intrainteractiva del hecho histórico. Así, no sólo no existen fracturas absolutas en lo histórico, ni discontinuidad (cuando parece haberla, ésta es siempre parcial, relativa y transitoria; nunca se da en el largo período), sino que el hecho histórico combina en su esencia unitaria el tiempo histórico. Este último, vale la pena recordarlo, escapa de la secuencia cronológica expresada como pasado-presente-futuro, y se expresa con una dinámica especial, propia, caracterizada justamente por la continuidad y por la dinámica múltiple e intra-interactiva del hecho histórico. Es el esfuerzo por identificar y captar esta complejidad lo que ha dado

origen a sutiles elaboraciones metodológicas, tales como la noción de "pluralidad de los tiempos sociales", propuesta por Georges Gurvitch [1894-1965] y elaborada por Fernand Braudel [1902-1985], según lo apunta André-Clément Decouflé:

> ..."Fernand Braudel lo subraya: «Es la duración social, esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres (...) no son solamente la substancia del pasado, sino también el tejido de la vida social actual. Razón de más para subrayar, en el debate que se instaura entre todas las ciencias del hombre, la importancia y la utilidad de la historia, o más bien de la dialéctica de la duración...»." [2]

La dinámica múltiple e intra-interactiva del hecho histórico, en virtud de la cual se expresa en su seno el tiempo histórico, ha sido observada reiteradamente por los historiadores. Si se acepta una expresión simplificada de esta percepción, podría decirse que por ser histórico ningún hecho se ubica exclusivamente en uno de los tres estadios del "tiempo cronológico." Y aun cuando pudiera aceptarse, convencionalmente, que para algún fragmento de lo histórico pueda hablarse de "pasado sucedido", terminado, ello nunca sería posible hoy refiriéndose a la experiencia total de la humanidad:

> ..."Ninguna monarquía europea tuvo éxito total, antes de 1775, en la creación sea de un sistema legal uniforme, sea de una verdadera administración centralizada. Los monarcas no pudieron eliminar totalmente los particularismos y los vestigios feudales. Las costumbres locales y las tradiciones persistieron, y no cedieron fácilmente ante los conceptos legales nacionales, fuesen positivos o consuetudinarios. Por doquier continuó una mezcla de lo viejo y de lo nuevo, mientras era evidente la tendencia hacia lo nuevo." [3]

En cuarto lugar, mencionaré las dificultades metodológicas derivadas de una suerte de progresismo histórico, que conduce a identificar la periodificación con la noción de cambio. Esta concepción es llevada hasta el censurable extremo de ignorar el estancamiento, y aun más la posibilidad de retroceso. Es decir, no se percibe la importancia de los "invariantes en el cambio",

los cuales son también expresión de la continuidad de lo histórico y conforman, a igual título que los factores de cambio (si es que estos pudieren ser concebidos en estado puro) la dinámica de lo social histórico:

..."No es sino demasiado tentador, en efecto, el confundir la interrogante sobre el porvenir con la exclusiva indagación de los factores de «cambio» y los indicios de «progreso». Previsiones aparentemente rigurosas pecan por exceso de optimismo por haber desdeñado fenómenos de «frenaje» o de «bloqueo», que los economistas han contribuido mucho a esclarecer"... [4]

Cabe advertir que no estamos en presencia de una noción puramente teórico-metodológica. Ella constituye la piedra de toque para determinar la manera cómo los hombres viven la historia. Llevada al extremo esta cuestión, podría decirse que en función de ella se diferencian quienes ven la historia como una suerte de grande y fuerte corriente en la que ellos se insertan, –y quizá más con su solo existir que con su acción–, y quienes ven esa misma corriente como algo en cuya fuerza y dirección ellos mismos pueden influir, incluso de manera decisiva, pero siempre con su acción.

En lo individual se genera una actitud ante el pasado que es fuente de grandes y graves confusiones. La primera y más grave consiste en una suerte de substitución del presente-futuro por el pasado, acogedora fuente de seguridad para espíritus asustadizos, pero también santuario para actitudes y gustos adquiridos que se sienten amenazados. Pero el más grave desatino es el que lleva a dar esta confusión como explicación del gusto por la historia, como lo afirmó Luis Correa [1884-1940], si bien tuvo el cuidado de envolver su dicho en consideraciones precautelares:

"Tengo también, ignoro por cual secreta afinidad de mis gustos, una inclinación muy marcada por las cosas del pasado. Debo a esta aptitud temperamental mis aficiones a la historia, particularmente a la de nuestros grandes escritores y poetas. Vacilaría entre un daguerrotipo y una de esas figuras de ahora, estilizadas y sonrientes, y creo que al fin me decidiría por

> la antigualla. No quiero decir con esto que me he quedado en el camino, inmóvil como la mujer de Lot. Amo el progreso y aspiro a ser hombre de mis días, pero no el progreso brusco ni la ascensión por saltos, sino aquella suerte de equilibrio natural que trae la primavera tras los rigores del invierno, para que el brote sea más espontáneo y la canción se nos adentre en el alma con ritmo más durable. Creo que así como el porvenir está en el presente, el hoy estuvo en el ayer, acurrucado como en el vientre materno el niño dormido del poema de Tagore [Rabindranah, 1861-1941]." [5]

Se corresponde esta actitud, también, con una práctica sociopolítica que frecuentemente ha sido nefasta. En esencia podría expresarse como el desmesurado propósito de alterar el curso de la historia perturbando racionalmente (?) su continuidad e intentando romper la dinámica múltiple e intra-interactiva del hecho histórico. Este es el germen de las estrategias políticas, particularmente de las revolucionarias, las cuales con frecuencia, y hasta diría que generalmente, han desembocado en situaciones cuyo inevitable alto grado de incongruencia interna suele ser apreciada, vista desde cerca por sus mismos actores, como inconsecuencias y hasta como pura y simple traición a los postulados iniciales. En un plano menos comprometido con lo inmediato, estas situaciones han dado pie a la formulación de la teoría conocida como del "efecto perverso", en virtud del cual, y simplificando mucho, se tendría que el propósito de cambio puede resultar en el fortalecimiento del no cambio, si es que no en retroceso. He tenido ocasión de reflexionar sobre esta materia en relación con un testimonio que valoro por cuatro razones: En primer lugar, se refiere a una situación especialmente significativa, es decir al momento cuando la sociedad venezolana, constreñida a transitar por el único y forzado camino de la dictadura del general Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935], se encontró de pronto, a la muerte de éste, ante diversas proposiciones políticas, encarando así una situación que le resultaba ser objetivamente desconcertante. En segundo lugar, el testimonio fue publicado, como parte de un libro, en 1937, es decir que fue concebido al calor de la situación. En tercer lugar, el testimonio conjuga todos los componentes de la cuestión que he trata-

do desde el punto de vista histórico-conceptual. Por último, procede de un escritor y poeta que no destacó posteriormente como dirigente político, e ignoro si se propuso o intentó serlo. Todo esto en forma de un análisis de la confrontación entonces planteada entre las fuerzas sociales y políticas que según el autor representaban, respectivamente, el cambio y el no-cambio:

> "En lo tocante a la naturaleza de las dos fuerzas en oposición, conviene observar que el sector de derecha [es decir, el del no-cambio] es mucho más uniforme que el de izquierda [es decir, el del cambio]. En las izquierdas, en efecto, existe una multiplicidad de formas, de ideologías, de doctrinas políticas, sociales y económicas, tan numerosas, que pueden notarse notables (sic) divergencias entre unas y otras, de tal suerte que a la hora de llegar a ejercer el Poder nos encontraríamos con que pocas cosas habría en común entre nosotros los izquierdistas, y aun es probable que tras el triunfo sobre las derechas tuviésemos que dirimir por medio de las armas nuestras propias diferencias. Por lo pronto hemos formado una especie de frente popular tácito, pero éste durará únicamente mientras se vence al enemigo común. Una vez obtenida la victoria el sector dominante de izquierda forzosamente tendría que imponer una dictadura, no sólo para aplastar las derechas de modo que no puedan reaccionar nunca, sino también para someter a los elementos de izquierda que estuviesen en desacuerdo con el programa del nuevo Gobierno constituido y que promoviesen la subversión. Los puntos esenciales de la revolución son, felizmente, aceptados por todas las izquierdas, y solamente hay diferencia en cuanto al grado y la extensión en que deben aplicarse para obtener la socialización del país. Estas diferencias son, sin embargo, suficientes para traer la discordia en las izquierdas a raíz del triunfo, mucho más si se toma en cuenta el carácter realmente anárquico de nuestro conglomerado social, y, por lo tanto, no será posible la instauración de una democracia perfecta, como muchos izquierdistas moderados anhelan, sino que será indispensable la inauguración de una dictadura socialista de carácter científico, sólidamente constituida y minuciosamente planeada y programada de conformidad con las realidades del medio, si se quiere que no surja (sic) un gobierno débil y vacilante, incapaz tanto de realizar un verdadero plan de reformas progresistas con arreglo a las necesidades de la época como de hacer frente con éxito a las reacciones de derecha que inevitablemente tendrían que sobrevenir." [6]

En quinto lugar, quiero asomar la problemática de los criterios en que se apoya la división de la historia. Para el caso creo oportuno subrayar que la frontera entre lo temático y lo espacial no siempre es nítida. En esto reina la dialéctica del reduccionismo vs la especificidad. Quizá sea uno de los casos más notables de reduccionismo el conformado a partir del concepto de feudalismo, al cual se le ha pretendido establecer como categoría universal. La tenacidad de la especificidad sociohistórica obligó a distinguir diversas modalidades de feudalismo. Sin embargo, no debe confundirse el enfoque del problema: el reduccionismo no obedece a un propósito de ignorar o de subvalorar la especificidad, sino de referirla a una esencia de supuesto valor general, si bien para ello se termina mutilando la especificidad. Como contrapartida, en no pocos casos la reivindicación de la especificidad no conlleva un propósito de diferenciación que dimane de la realidad histórica, sino buscar la satisfacción de una necesidad de identidad, por lo general más ideológico-política que historiográfica, aunque para procurarlo sea necesario llegar a sacrificar la aspiración científica de generalidad en aras de una especificidad forzada.

Ha sido usual la periodificación de la historia de las sociedades hispanoamericanas en antigua, moderna y contemporánea. No ha faltado quien demarque una Edad Media americana, si bien se suele hacerlo indirectamente, por la vía de la caracterización de un feudalismo americano. No escasean, sin embargo, expresiones de la especificidad hispanoamericana. Respecto de ésta cabe mencionar el proceso de implantación, entendido como génesis de las formaciones sociales, y su concreción en la conciencia criolla; la crisis estructural de la sociedad implantada colonial, y sus manifestaciones político-militares a comienzos del siglo XIX; el peculiar liberalismo hispanoamericano, etc. Pero debo apuntar de inmediato que este intento de detectar la especificidad hispanoamericana también luce como reduccionismo cuando se le refiere a las diferentes partes que componen ese complejo producto histórico denominado América Latina, expresión ésta que resulta ser reduccionista por excelencia.

Se da entrada así al *sexto orden de dificultades*, representado por los criterios para la periodificación de la historia. Cuando se abandona el patrón estrictamente cronológico se abre un extensísimo abanico de posibilidades, subordinadas al propio curso de la historia y a la evolución de la historiografía. En la América Latina el criterio más seguido es el que diferencia lo nacional de "lo precedente", por razones históricas obvias. Sólo que "lo precedente" estaba compuesto, así se aceptaba hasta no hace mucho, por el período "prehispánico o precolombino", y "la colonia". La discusión sobre los dos primeros términos aún no ha conducido a una denominación generalmente aceptada. "América indígena" presenta la doble debilidad de la utilización de una denominación no indígena, "América", y de relegar lo indígena al pasado. En cuanto a "la colonia" o "período colonial", la implicación conceptual ha tomado el sentido de un neohispanismo liberado de la mala conciencia que le aportaba el franquismo. Pareciera que la conciencia criolla, aliviada de esa carga, no tuviera inconveniente en admitir la hasta ahora rechazada pretensión de que no fuimos colonia. Así, cuando el presidente Carlos Andrés Pérez [1922] dirigió una carta a Su Majestad Juan Carlos I Rey de España, el 22 de julio de 1992, justificando su ausencia de la Cumbre Iberoamericana a celebrarse en Madrid, le confesó: ..."no resisto la tentación de reflexionar sobre el hecho de que a 500 años de 1492, se reencuentren España y Portugal con sus antiguas provincias de ultramar"... [7] Sólo que, en estricta lógica, si se admitiese que fue "provincia" lo que hasta ahora había sido "colonia", tendría que ser separatismo lo que hasta ahora ha sido independencia, y, si lo primero demanda un gran esfuerzo lo segundo será seguramente una proeza, pues también en pura lógica del lenguaje ya Simón Bolívar no sería "El Libertador" sino "El Separatista", o peor aún "El Separador", pues con su acción y su pensamiento no habría libertado ni emancipado sino separado. [8]

Pero no debemos preocuparnos demasiado, pues no cuesta esfuerzo alguno el encontrar muestras de que la tal diferenciación entre "provincia" y "colonia" dista mucho de haberse operado en la conciencia de los agentes históricos. Esto se mani-

fiesta en la necesidad todavía presente del refrendo metropolitano, prueba también de que una forma de la continuidad de la historia es la mentalidad colonizada. Me refiero a los émulos del poeta Argileu Palmeira, quien declaraba con orgullo: ..."Mi querido señor, tengo un nombre que cuidar, un nombre de cierta resonancia, y una parcela de gloria en Brasil y en Portugal"... [9] Me refiero igualmente a Julián Mérida, quien al llegar a Madrid:

> "Trajo de su pueblo algunas centenas de duros, muchos conocimientos literarios y grande ambición de conquistarse un nombre celebrado.
>
> "A los amigos que le preguntaron, al partir del pueblo:
>
> "–¿Pero qué vas a hacer tú en la Corte?
>
> "Julián respondió resuelto, con su voz llena y vibrante:
>
> "– ¡Todo o nada!" [10]

¿Pero se trata, simplemente, de muestras de la continuidad y de la unidad de lo histórico, a través de la mentalidad del colonizado, para el caso la conciencia criolla? Es mucho más que eso: la solicitación del refrendo metropolitano moviliza todo un edificio de percepción de sí mismo que conforma la identidad del criollo latinoamericano.[11]

Es difícil excluir posibilidad alguna del abanico de criterios empleado para dividir y para periodificar la historia. En definitiva rige esta materia el interés investigativo y demostrativo del investigador, en el sentido de la temática que mueve su intelecto. Nada hay de abusivo en este procedimiento instrumental ordenador, siempre que no se pretenda que el resultado así obtenido tenga valor general, como lo proclamó Ramón Ramírez [1824-1877], preocupado por rescatar a la mujer de la condición servil en que se hallaba:

> "La historia del mundo cuenta dos épocas muy diferentes, y á cuya separación sirven de linde aquellas sencillísimas palabras, que al hombre dice el ministro del *Señor* cuando le da una mujer: COMPAÑERA OS DOY Y NO SIERVA: palabras que en sí encierran todo un sistema de verdadera y perfecta civilización para el porvenir, al mismo tiempo que la condenación de todo lo pasado, en que la mujer había sido una *sierva*" ..."La pri-

mera época se llama *Historia antigua*, la segunda *Historia moderna*. La primera es la historia de la sucesiva degradación moral de la humanidad, la segunda la de su rehabilitación." [12]

He llamado "dificultades metodológicas" las comentadas hasta ahora, pero ello no significa que deban constituir motivo de desaliento para quien practique la investigación crítica en el campo de la historia. Por el contrario, el identificarlas y el comprenderlas convierte esas dificultades en retos, cuya superación estimula los recursos intelectuales del genuino investigador. Para él la presencia de retos a encarar y superar constituye la normalidad de su oficio.



La función de la historia como instrumento integrador de conocimiento se funda en la naturaleza unitaria del hecho social. Este no es solamente la suma de los factores, o de los componentes, que el análisis permite advertir en él. Es justamente la cualidad integradora lo que hace unitario al hecho social. No ha sido fácil el camino recorrido por la historiografía en esta materia. El debate ha sido arduo entre quienes al reaccionar contra las generalizaciones excesivas han pensado que el estudio de lo particular es la vía para dar concreción a los estudios históricos; quienes han confundido la reunión de las partes con la captación de la totalidad; y todavía quienes han supuesto que tal reunión habría de dar automáticamente ese resultado. Pero tampoco han faltado quienes han comprendido que la totalidad del hecho social trasciende la vinculación, aun orgánica, de sus partes componentes, Además, queda la aspiración de una historia genuinamente integral como una meta por alcanzar en un futuro abierto, o quizá como una simple quimera del intelecto.

Reaccionando contra quienes, a su juicio, substituían el conocimiento histórico con generalizaciones insuficientemente fundadas, el filósofo social ruso Vissarion Gregorievitch Bielinski [1811-1848] recomendó el desarrollo de las historias particulares como la vía que conduciría a la acumulación de conocimiento histórico requerida para la elaboración de una historia de

Rusia que fuese "satisfactoria". Era una recomendación nacida del sentido común, armado de la metodología analítica propia de las ciencias naturales modernas. La práctica del oficio de historiador demuestra que ese "pase" de los particulares al conocimiento integrado dista mucho de ser fácil, y más de ser automático. La acumulación de particulares puede conducir a que se pierda de vista lo esencial del hecho histórico, es decir su unidad. Hasta el punto de que una vez ensamblados todos los particulares quede planteada la pregunta fundamental acerca del significado del hecho estudiado. No obstante, hay bastante de provechoso en la recomendación del filósofo:

> ..."mientras nuestros historiadores no emprendan la tarea de escribir historias particulares sobre temas que cada uno haya estudiado más especialmente: historia de la iglesia, del arte militar, de las costumbres, del comercio, de la industria, del derecho, de la política, del sistema financiero, etc., no tendremos una historia de Rusia satisfactoria. Todos esos temas exigen que se les trate separadamente y en particular, desde el punto de vista de los hechos, de la crítica y de la filosofía: es necesario consagrarles tratados, historias completas"...

El filósofo no advirtió que esta última afirmación, producto de su ejercicio del sentido común, desata una contradicción: ¿cómo sería posible llegar al conocimiento crítico y "filosófico" de las historias particulares sin referirlas a la visión histórica de lo general? Parece regir aquí el supuesto de que es posible comprender e interpretar el significado propio y relativo de lo particular antes o separadamente del conocimiento semejante de lo general. En la práctica historiográfica se comprueba que el pretendido cultivo previo de las historias particulares lo más que puede producir es un montón de historias particulares y, en el mejor de los casos, un mosaico mal ensamblado. Quien haya tenido ocasión de trabajar con tales insumos ha tenido que reestructurarlos, evaluándolos críticamente, en función de enfoques más amplios. Y me atrevo a decir que llega a lamentar el no disponer mejor de crónicas o relaciones, sin afanes interpretativos.

Pero el filósofo no se detuvo en esta recomendación de aparente metodología fundada en el sentido común. Fue más

adelante en su empeño crítico, y desembocó en una recomendación aún más reveladora de su desconocimiento de las dificultades metodológicas en las que se adentraba inadvertidamente: ..."Además, sería útil estudiar aparte cada acontecimiento importante, por ejemplo la dominación de los tártaros, la época de los disturbios, los diferentes reinados, y por consiguiente"... El filósofo parecía pensar que tales temas podrían ser estudiados críticamente sin el concurso de instrumentos generales que orientasen la comprensión y la interpretación de procesos históricos que, aunque restringidos en su alcance social o espacial, o limitados en el tiempo, condensan toda la complejidad de hechos históricos que se encuentran, ellos mismos, insertos en desarrollos más generales. Esto resulta ser, desde el punto de vista metodológico, tan aventurado y poco confiable científicamente como las prácticas a las cuales el filósofo dirigía su crítica:

> ..."En cambio, nuestros «eslavófilos» y nuestros «patriotas» se contentan con hablar sin decir nada. Plantean cuestiones como la del origen de Rusia, que zanjan valiéndose de hipótesis arbitrarias. Otros, más audaces, escriben la historia de Rusia, para la cual los documentos aun no han sido escrutados; ¿qué hay de asombroso, si en lugar de historias, publican compilaciones, y por cierto muy incompletas?"... [13]

El filósofo planteó una inquietud que periódicamente vuelve al debate entre los historiadores. Ella consiste en la determinación del momento cuando los insumos historiográficos permiten pasar a la generalización. Me temo que esta es una cuestión para la cual no hay solución, por la sencilla razón de que cada nuevo avance en el conocimiento histórico amplía las necesidades de conocimiento, pues éste no está vinculado sólo con la información específica sino también con el conocimiento de la totalidad.

Pero hay otra vertiente del asunto: la necesidad social de conocimiento histórico no se satisface con fragmentos firmemente establecidos, ni admite plazos; requiere respuestas inmediatas que son necesariamente generalizaciones, por precarias que éstas puedan parecer o ser. Hay en ello una determinación

social que es tan histórica como el producto al que da lugar. Si el historiador vacila en responder a esa necesidad, la sociedad se fabricará sus respuestas formando leyendas y mitos. Obviamente, no cabe subestimarlos, pero sí discutir sus repercusiones en las actitudes sociales. Valga decir, tan sólo, que las ínfulas de superioridad cultural y aun racial estarán siempre más cerca de la leyenda y el mito que del conocimiento histórico crítico, por precario que éste sea.

Por las razones precedentes la marcha de la historiografía hacia la comprensión de lo histórico, basado en el concepto de lo integral, ha significado un combate librado contra concepciones de la historia que están fuertemente vinculadas con posiciones sociales, políticas e ideológicas. Si reducir la historia a asuntos de gobernadores y prelados fue suficiente para Blas Joseph Terrero [1735-1802], al componer su obra entre 1787 y 1800, [14] ya no pudo serlo, apenas tres a cuatro décadas después, para Rafael María Baralt [1810-1860] [15]. Pero no sólo éstas y otras concepciones de la historia han obedecido y obedecen a determinaciones sociales; también sus consecuencias tienen que ser apreciadas socialmente. Santiago Key-Ayala [1874-1959] denunció la preferencia por lo bélico y lo político en nuestras historiografías *patria* y *nacional*, así como sus consecuencias sociales y políticas:

> ..."La vida es integral, y la historia ha de serlo también, si es que aspira ciertamente a reflejar la vida. Tiempos hubo en que nuestros historiadores no tenían ojos sino para la historia de los militares y los políticos. Les valía por excusa el hecho del papel preponderante que políticos y militares han tenido en la vida nacional. Pero, se formaban y transmitían una visión incompleta, por lo tanto falsa. La insinuaban también en los oídos extraños y brindaban asidero a la enemiga hipócrita de los interesados en nuestro descrédito, sintetizado por la frase «Venezuela es un cuartel»." [16]

Naturalmente, la rotunda afirmación de que se transmitía ..."una visión incompleta, por lo tanto falsa"... es extremadamente vulnerable a la crítica. No sólo supone la posibilidad de obtener un visión *completa*, sino que vincula esta condición con

el logro de *la verdad*. En rigor, ambas proposiciones son insostenibles desde el punto de vista metodológico. Por el contrario, y aunque luzca retadora, es sostenible otra proposición: no existe ni ha existido nunca *una historia completa*, como tampoco existe ni ha existido nunca una historia que sea *la verdad*. De ambas condiciones participa la historia, pero sin llegar jamás a realizarlas plenamente. En esto la historia no se diferencia de las demás ciencias, como tampoco de las artes. Sin embargo, esto no quiere decir que el historiador se conforme con *la no verdad*, ni que los pueblos se satisfagan con ella. Quiere decir tan sólo que la búsqueda de *la verdad*, no es un problema de la historiografía. [17] Como tampoco puede serlo, al menos por ahora, el captar *la totalidad*, y mucho menos reproducirla. La verdad que se procura es ella misma esencialmente histórica, lo que quiere decir que es correlativa al estadio que vive la disciplina, y éste, a su vez, está orgánicamente relacionado con el vivido por el conocimiento y la cultura en general. Igual sucede con la totalidad; ésta será necesariamente sintética.

De allí que la función de la historia como integradora de conocimiento ha sido recogida en el concepto de investigación histórica pluridisciplinaria, total o integral. Rodolfo Mondolfo [1877-1976] encaró el problema de manera muy precisa: "El ideal de la historia es, pues, una historia integral que de alguna manera lo comprende todo y que en las mismas historias particulares siempre coloque su objeto especial –y central– en el marco de la totalidad de la vida humana y del desarrollo del espíritu"... Es un ideal inalcanzable, según el autor, pero que señala una meta de altísimo valor:

> "Esta meta es la superación de todo particularismo exclusivista, tanto en el objeto constituido por la esfera especial de cada investigación histórica, como en el sujeto constituido por la propia situación espiritual, individual o histórica del historiador. El historiador verdadero no puede ser el hombre particular, cerrado en la particularidad de sus tendencias, su educación y su visión de las cosas y de la vida, sino que debe esforzarse hacia la universalidad del hombre, humano en el sentido más amplio de la palabra, esto es, que no considera ajeno a sí mismo

nada de todo lo humano, y quiere entender a la humanidad en todos sus aspectos, con todos sus problemas y en la plenitud de su desarrollo histórico."

Y aquí toma pie el filósofo para colocar al historiador ante un reto tan alto, tan intrincado en su configuración y tan aparentemente alejado del oficio de historiador, que el sólo pretender enfrentarlo significaría, para el historiador, cuestionarse acerca de lo fundamental de su oficio. Me refiero al trance de dar el paso que le llevaría desde la prosecución de una ahora relativamente modesta meta de comprensión del hombre social, en sus hechos y en sus propósitos y esfuerzos, a la de una nueva meta constituida por una suerte de apoderamiento del espíritu humano. Pero todavía es posible que el historiador de oficio se rebele ante tan seductora trampa y exclame: Si el logro de la verdad no es mi meta, ¿por qué ha de serlo el apoderamiento de la esencia del hombre? Si lo primero es asunto de filósofos, ¿no es lo segundo más bien asunto de teólogos que pretenden, en realidad, valerse de la captación del espíritu humano para hallarse en presencia de Dios? Valga para el historiador de oficio la primera parte del reto formulado, pero cuídese de asumir la segunda: "La comprensión de la historia exige la superación de todo horizonte restringido, el conocimiento de que toda la historia está en las raíces de nuestro espíritu." [18]

Luego, ¿la clave que permitiría resolver las dificultades metodológicas estaría en el historiador y no en la historiografía? En caso de una respuesta afirmativa, que parece la única posible, la formación del historiador como científico social integral cobra toda su significación. Esto conlleva un cambio esencial en el sentido básico de esa formación. Tiene que estar abierta a la comprensión de que la función de la historia como integradora de conocimiento está vinculada, además, con el concepto de contemporaneidad histórica, en el sentido crocciano, y con el de la utilidad de la historia.

El concepto de contemporaneidad vuelve presente histórico esencial la experiencia global de la humanidad, y también la específica de la porción de la misma en la cual se encuentra inserto el historiador. Esta percepción de sí mismo inmerso en la

corriente de la continuidad de lo histórico, es quizá el mejor modo de avasallar todo particularismo.

La noción de la utilidad de la historia viene al caso, en forma muy concreta, cuando se considera la relación existente, y la que puede desarrollarse, entre historia y planificación. Esta no es sólo una posibilidad teórica; ni es solamente una coyuntura para reorientar y potenciar los estudios históricos. Abre la posibilidad práctica de que el historiador se proyecte socialmente, participando de las tareas del desarrollo social. Así comprometido, el historiador tendrá que funcionar, necesariamente, como un integrador de conocimiento, y esta función se manifestará, también, en su concepción y en su práctica del oficio de historiador.



Es necesaria una visión integradora de la historia de Venezuela. Como queda visto, no es difícil invocar razones de orden teórico que abonen esta proposición. Tampoco lo es el fundamentar esa proposición desde el punto de vista metodológico. En el primer caso bastaría con referirnos a la concepción del hecho social como una realidad integral, cuyo conocimiento en una perspectiva temporal corresponde, por definición, a la historia, comprendida como la ciencia que estudia el hecho social en su totalidad. En cuanto a la fundamentación desde el punto de vista metodológico, bastaría invocar el concepto de contemporaneidad. La historia de Venezuela presenta un altísimo grado de contemporaneidad, en el sentido de la coexistencia orgánica de las diversas fases de su tiempo histórico.

Basándonos en las consideraciones inmediatamente precedentes, parece posible sostener dos cosas: en primer lugar, la necesidad de una perspectiva histórica integral en lo concerniente a la diversidad de los componentes intra-interactivos del hecho social, por naturaleza unitario. En segundo lugar, la necesidad de una perspectiva integral en sentido cronológico, ya que, como he dicho, en la complejidad integral del hecho social se conjuga el tiempo histórico correspondiente a los diversos

componentes del hecho social. Quedaría, sin embargo, un plano en el cual faltaría demostrar la necesidad de una perspectiva histórica integral. Es el plano espacial, en el sentido de los contextos más generales en los cuales ha de situarse, necesariamente, toda interpretación integral de la historia de Venezuela.

La perspectiva integral-espacial es consecuencia ineludible del proceso de formación de la sociedad venezolana, es decir el de una sociedad implantada que fraguó en el marco de realidades socio-históricas más amplias, determinadas por el nexo colonial. Pero la perspectiva integral-espacial es también un requerimiento metodológico básico. Lo es tanto para identificar las tendencias sociohistóricas activas en la sociedad venezolana como para, –y esto es sumamente importante desde el punto de vista científico–, evaluar su grado de especificidad.

En suma, no parece que sea exagerado el afirmar que la perspectiva integradora de la historia de Venezuela, en sentido sectorial, cronológico y espacial, se corresponde con la concepción científica de la historia. De esta manera, en el marco del conocimiento de Venezuela se abre un amplio y prometedor camino para el estudio de la perspectiva integradora de la historia. Pero interesa presentar algunas muestras que abonan la necesidad de esta perspectiva. Mencionaré sólo tres, y las comentaré sumariamente:

En primer lugar cabe mencionar la necesaria "revolución agrícola " que la sociedad venezolana ha de realizar, como una de las condiciones básicas no sólo para su desarrollo, sino también para consolidar su existencia nacional. Los estudios efectuados por COPLANARH, CENDES y otros organismos, muestran un cuadro de la agricultura venezolana dominado por los siguientes factores:

1. La limitación, el agotamiento y el uso no racional de los recursos básicos, especialmente de la tierra y el agua, pero sin restarle importancia al dado a los bosques.

2. Muy escaso, y hasta ningún desarrollo en algunas áreas, de la tecnología agrícola adecuada a la zona tropical, incluida una tecnología de la irrigación correspondiente al medio ambiente y a las características socioculturales.

3. Coexistencia de niveles tecnológicos extremos: desde el tránsito del paleolítico al neolítico, hasta la tecnología mecanizada en condiciones de alta dependencia tecnológica (ella misma atrasada y/o incipiente).

4. Coexistencia de formas de apropiación de la tierra que componen un amplio abanico de modalidades sociohistóricas.

5. Formas de explotación de la tierra que corresponden a todos los estadios de nuestra evolución histórica.

No sería difícil demostrar que la formulación de políticas que afecten uno de los factores del cuadro, y más aún el todo, implica un diagnóstico, expreso o implícito, de la sociedad venezolana que sólo puede ser elaborado adecuadamente con el soporte de un enfoque histórico integrador del conocimiento de la sociedad.

En segundo lugar cabe referirse a la más englobante tarea histórica que tiene planteada la sociedad venezolana contemporánea: me refiero a la una vez llamada "Conquista del Sur", traducida luego eufemísticamente por "Desarrollo del Sur". No podría pensarse en un campo de aplicación más rico para la perspectiva integradora de conocimiento de la historia de Venezuela. No es exagerado afirmar que con esta empresa la sociedad venezolana entraría en una fase que, al constituir el último estadio de su evolución histórica vista como un proceso de implantación, comprometería todo ese proceso. ¿Una empresa del siglo XVI acometida en el siglo XX? ¿Reanudación o inicio? ¿Técnicas, procedimientos y mentalidades resumirían o sintetizarían la experiencia histórica total de la sociedad criolla venezolana? Hace casi dos siglos que la coexistencia del continuo histórico representado por la base indígena, y la variable conformada por la sociedad implantada, venía mostrando escaso dinamismo. Ahora se entiende volver esa relación no sólo acelerada sino también planificada. Ello requiere una delicadísima labor de conciliación del tiempo histórico en sus sucesivas expresiones.

Por último cabe mencionar la planificación. Este aspecto podría sintetizarse de la siguiente manera: la necesidad de iden-

tificar tendencias sociales en condiciones de escasez o de insuficiencia de los instrumentos básicos: la estadística histórica y la formación de criterios que superen el corto período.

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. Santiago Key-Ayala, **Entre Gil Fortoul y Lisandro Alvarado**, página 14.

2. André-Clément Decouflé, **La prospective**, página 27.

3. "The foundations of the Modern World". **History of Mankind, cultural and cientific development**, vol. IV, página 34.

4. André-Clément Decouflé, **Op. cit.**, página 23.

5. Luis Correa, "Discurso de recepción del Sr. Luis Correa, como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, el 3 de febrero de 1928". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, enero-marzo de 1928, tomo XI, Nº. 41, página 1.

6. Francisco Aniceto Lugo, **La revolución venezolana**, pp. 62-63. Con toda seguridad que este antigomecista fervoroso se habría escandalizado si se hubiese percatado de que su esquema de la dinámica política, en función de "la realidad social", reproduce conceptualmente buena parte de la argumentación ofrecida por los llamados "teóricos" de la dictadura gomecista.

7. **Economía Hoy**. Caracas, 23 de julio de 1992.

8. Es cierto que el ver los procesos desde muy cerca no significa necesariamente verlos más claramente. Pero también es cierto que la denominación y ni siquiera la calificación de ellos hacen la realidad. En este caso se contraponen la denominación legal y la realidad de un nexo que fue vivido y visto como de naturaleza colonial. Por eso el Congreso reunido en Angostura, al conocer de la liberación de Cundinamarca, que había sido reconquistada [¿recolonizada? ¿sometida?] por Pablo Morillo [1778-1837], dictó un decreto cuyo artículo 1º, dispone que: "El general Bolívar queda condecorado con el título de Libertador"...; y el 2º: "Su retrato será colocado bajo el solio del congreso con esta inscripción en letras de oro: «Bolívar Libertador de Colombia, Padre de la patria, terror del despotismo», y más abajo en pequeños caracteres: «Decreto del Congreso de Angostura a 6 de enero de 1820»."

Más generoso, el Artículo 3º. proclama: "No solamente los vencedores de Boyacá, sino todos los individuos del ejército que emprendió esta campaña memorable, incluyendo los que perdió en el paso de los Andes, los patriotas que se le reunieron, y las personas que se han distinguido extraordinariamente en favorecerlo, sean hombres o mujeres quedan declarados y serán reconocidos por libertadores de Cundinamarca"...

9. Jorge Amado, **Gabriela, clavo y canela**, p. 248. Por supuesto, se trata de un personaje novelado.

10. José Gil Fortoul, "Julián". **Obras completas**, vol, VI, p. 23. Igualmente se trata de un personaje novelado.

11. Véanse mis obras **El dominador cautivo** y **De la dificultad de ser criollo**.

12. Ramón Ramírez, **El cristianismo y la libertad**, pp. 180-181.

13. Vissarion Grigorievitch Bielinski, "Histoire de la Petite-Russie". **Textes philosophiques choisis**, pp. 363-364.

14. Blas Joseph Terrero, **Theatro de Venezuela y Caracas**. La obra está dividida en dos grandes partes: Era eclesiástica (dividida a su vez en dos Eras, tituladas Primera y Segunda) y Era militar y política.

15. Rafael María Baralt, **Resumen de la Historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año 1797 y Resumen de la Historia de Venezuela, desde el año de 1797 hasta el de 1830.**

16. Santiago Key-Ayala, **Op. cit.**, página 14.

17. Si no lo es de la historiografía, ¿de quién será problema la verdad? Según W. Peter Trower, físico experimental del Tecnológico de Virginia, Estados Unidos: ..."Al contrario de lo ampliamente creído, la meta de la ciencia no es la verdad. Esa recóndita y antigua trampa de arena, es el sitio de juego de los filósofos. No conozco ningún científico que afirmaría, luego de hacer un descubrimiento, que ha revelado la verdad. No se trata de simple modestia. Se trata de que si nos consagramos a la verdad, –una certeza absoluta e inmutable–, renunciaríamos a la tentativa, que es esencial para progresar en la ciencia."

("Muddling to Discovery. Science seeks not truth but predictability". Newsweek, 24 de agosto de 1992).

18. Rodolfo Mondolfo, **Problemas y métodos de investigación en la historia de la filosofía**, páginas 101-102.

PARTE III:

LO HISTORICO Y EL CONOCIMIENTO DE LO HISTORICO

A. La percepción de lo histórico

Intentaré ofrecer una visión directa, –hasta diría que una vivencia–, de las variantes que presenta esta materia, y de su complejidad.

Comenzaré preguntándome sobre la posibilidad de percibir, al ras de los tiempos, la significación histórica de un hecho social. Es la condición básica para calificarlo o no de histórico. Obviamente, es también la coyuntura en la cual puede apreciarse si la clasificación es inherente al hecho social, o si está determinada por circunstancias concurrentes, tales como su ubicación en la cadena del tiempo, su correlación con otros hechos sociales simultáneos o paralelos, o su difícilmente determinable relación de causa o efecto respecto de otros hechos sociales. [1] Simplificando la cuestión: ¿hay hechos sociales que sean, en sí, históricos? Prudentemente dejaré de lado, por el momento, la pregunta concomitante: ¿hay hechos sociales que no sean históricos? De inmediato se siente la prisa de adelantar que, gracias a la estadística, no hay hecho social que no sea histórico. Pero volvamos a la pregunta original y a su posible respuesta.

Suetonio, en su biografía de Claudio, dice de éste que: ..."Expulsó de la ciudad [¿Roma?] a los judíos, quienes se sublevaban constantemente instigados por un tal Cristo [Chrestus]"...[2] ¿Probablemente no contaba con información suficiente, adecuada y oportuna para valorar con propiedad la significación histórica de aquellos hechos y, sobre todo, de su instigador? Casi 18 siglos más tarde, y dueño sin duda de mejores recursos en cuanto a información, el llamado "super-espía" norteamericano, Allen Dulles Welfh [1893-1969], estaba en Zurich a comienzos de la Primera Guerra Mundial, destacado por los servicios secretos norteamericanos. Allí se encontró con un personaje sobre el cual informó a sus superiores en los siguientes términos: "–«Es un hombre absolutamente sin importancia, ridículo. Sus ideas carecen de contenido sólido. Es un vendedor de humo carente de toda influencia, y sin ningún porvenir»"... Es más: ..."Dulles hasta encontró ridículos la vestimenta así como la

barba y los tics nerviosos del hombre en cuestión." Ese personaje era Lenín [Vladimir Ilitch Ulianov, 1870-1924], apreciado por un observador entrenado en la primavera de 1917. [3]

Con el desarrollo tecnológico el problema de la percepción de lo histórico en lo cotidiano ha cambiado de naturaleza. Ya no consiste en disponer de medios informativos eficientes, adecuados y oportunos, para captar la información generada por el hecho, sino antes bien en escapar del influjo del medio que la transmite, obediente a sus propios requerimientos, conceptuales e incluso técnicos. Hasta el punto de que los actuales medios electrónicos han vuelto muy difícil no ya el acceder a lo histórico sino escapar de él (¿o es que éste se ha vuelto banal?), según el observador norteamericano Russell Baker:

> "Este inflamiento de acontecimientos intranscendentes tiene sin duda algo que ver con los recursos de las relaciones públicas, pero el negocio de la información no carece por completo de culpa. Es enemigo de la proporción. Así como Ud. no puede escribir versos libres en un soneto, también la rigidez de los requerimientos del diagramado de una primera página, y de la estructura de los noticieros televisados, le prohíben a la gente que se ocupa de las noticias el admitir que nada de mucha repercusión pueda acontecer a lo largo de meses."

El sentido crítico debe, por consiguiente, arbitrarse medios que le permitan escapar de esta suerte de historicidad *prêt-à-porter* o *precocida*, sin caer, no obstante, en una historicidad *cortada a la medida* o *cocinada al gusto*.

Por otra parte, no le queda al espíritu crítico la posibilidad de negarse al contacto, y muy difícilmente la de sustraerse a él, con los medios de transmisión de la información. Estos lo asedian, lo envuelven, y acaban por conformar un ingrediente forzado y forzoso de lo cotidiano. De allí que antes que recurrir a un arbitrio metodológico haya que ampararse en una prudente cautela crítica, por no decir en el puro y simple escepticismo. Pero conscientes, en toda circunstancia, de que siempre quedará en pie la posibilidad de que el significado histórico del hecho conocido escape a la percepción crítica, o que la supere, bien sea por su condición de novedoso, bien sea porque la sola y llana

percepción del mismo requiere el empleo de criterios que el historiador no posee:

> "Nadie tiene que decirle a Ud. cuál es la regla general para apreciar si un acontecimiento es o no histórico. Si la maquinaria del medio de comunicación debe decirle lo que es histórico, probablemente no lo sea. Por supuesto que hay excepciones. La primera fisión atómica fue un acontecimiento histórico, y los periódicos erraron la noticia porque los pocos científicos que sabían que era histórico carecían del sentido de las relaciones públicas para hacer un comunicado de prensa. Por otra parte, cuando cayó la primera bomba atómica, sobre Hiroshima, los japoneses no necesitaron el anuncio hecho por el Presidente Truman [Harry S.,1884-1972] para comprender que habían presenciado un acontecimiento histórico." [4]

Pero la dificultad se extiende también mucho más allá de la percepción de lo histórico en lo extraordinario. Los modernos medios de servir o de imponer la información han agostado el área de lo extraordinario. ¿Cómo imaginar hoy un naufragio, una catástrofe aérea, un descarrilamiento o un choque carretero, sin que nos embargue la duda de estar copiando la imagen vista en una película o en la televisión? Por otra parte, ¿cómo puede el historiador impedir que su visión de hechos pasados se sustraiga a esa influencia? Aun las situaciones más íntimas, como la muerte o los actos sexuales, ya se encuentran virtualmente codificados o próximos a serlo. La contribución del historiador al recomendar a la atención de su lector hechos que considera históricos, corre el riego de palidecer en contraste con los tonos dramáticos o trágicos a los que ese lector ha sido habituado por el lenguaje, hablado o gráfico, que es ya usual en los medios.

Naturalmente, estas dificultades las vive quien no ha tenido la suerte no sólo de presenciar un hecho acerca del cual inmediatamente se hizo el consenso sobre su condición de histórico, sino que además pueda exhibir al respecto el privilegio de ser testigo único. Quienes estuvieron cerca en el momento cuando una bala quitó la vida al general Ezequiel Zamora [1817-1860], –al igual de quienes supieron la noticia por obra del rumor o por cualquier otro medio–, no necesitaron del historia-

dor, y ni siquiera del periodista, para presentir la importancia de lo ocurrido; otra cosa era comprender su significación y las repercusiones que podría tener. Al generalizarse la controversia sobre esto último, el general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899] escribió desde París, en 1894:

> "Hanse comenzado a difundir por la prensa ideas inexactas respecto de hecho tan importante, sobre el cual no hay ni puede haber documentación alguna, y por ello conviene consignar cuanto antes mi testimonio; único que puede existir, pues que soy el solo testigo ocular que queda, ya que el General Piña, coriano, de Sabanas Altas o Cumarebo, ha dejado de existir." [5]

Sería muy cómodo concluir, sobre la base del ejemplo precedente, que lo incuestionable de la condición de histórico de un hecho estaría asegurada por la circunstancia de que sobre él no hubiese sino un testimonio y, por supuesto, que la coherencia del mismo no dejase lugar a dudas sobre su veracidad. Habían transcurrido más de tres décadas entre el suceso y el testimonio dado por Antonio Guzmán Blanco, pero tres décadas las más ricas en acontecimientos fundamentales de todo el siglo XIX venezolano, exceptuando las guerras de independencia (¿o guerras separatistas, según el pretender de cierta escuela historiográfica?). Lo que es más, la comprensión y la interpretación de esos acontecimientos comenzaba a tomar en cuenta, de manera significativa, la desaparición del caudillo federal. Cabría preguntarse también, por consiguiente, sobre si la condición de histórico, reconocida a un hecho, depende de su relevancia, –inmediata o revelada con posterioridad–, de su vulgaridad o de la oportunidad en que ocurre. Pero, sin duda que en los tres casos el problema se traslada: se vuelve asunto de criterios para evaluar magnitudes que son muy propicias a la subjetividad. No todo historiador cuenta con el instrumental para apreciar la relevancia de los hechos de que, por ejemplo, dispuso Vicente Lecuna [1870-1954], al referirse a la guerra de independencia en Los Llanos de Venezuela: "En las guerras vulgares el conocimiento de los detalles no tiene objeto. No sucede lo mismo en las luchas dirigidas con arte. Guerras de esta clase enseñan y

dan gloria".., y ofrece como explicación lo que en realidad es la justificación de su clasificación de las guerras en vulgares y dirigidas con arte: ..."Por este motivo la narración del propio héroe es doblemente valiosa"... [6] ¿Cabría, para el historiador, la posibilidad de que se formasen héroes en una guerra vulgar? Pero tampoco los hechos vulgares parecen carecer de utilidad y significación, y el objeto de su transmisión no dista mucho de la historia, a juzgar por lo dicho por Jonathan Swift [1667-1745]. [7]

Si la relevancia y su antítesis la vulgaridad no parecen ser criterios suficientes para apreciar la historicidad de un hecho, o si en la aplicación de estos criterios brotan incomodidades que de inmediato resiente el espíritu crítico alerta (Imaginemos dos historias: Una diría tan sólo: "Nada histórico sucedió en aquellos tiempos"... La otra: "Tantas cosas importantes ocurrieron que no hay término de contraste para apreciar lo histórico"...), pareciera quedar la posibilidad de recurrir al criterio de oportunidad. Veamos un ejemplo de la aplicación de este criterio utilizando unos fragmentos de la carta que José Domingo Díaz [ca. 1750-ca. 1830] escribió a José Tomás Boves, [1782-1814], el 4 de agosto de 1814:

> "«Debo concluir mis esfuerzos presentando ahora a todo el mundo la historia militar de Venezuela, en la que cada uno ocupe el lugar que su valor, talento y fortuna le hayan destinado. No quiero hablar sino la verdad, la verdad como es en sí, desnuda de parcialidades o lisonjas. Así que, como no me he encontrado en el centro ni a la vista de los sucesos, me es indispensable acudir a las personas más fidedignas que los han presenciado.
>
> "«Bajo este supuesto y con respecto a las operaciones del ejército victorioso del mando de Ud., es necesario absolutamente que hurte Ud. algunos ratos a sus ocupaciones y descanso, para hacer que se me remita una copia de los diarios (si entre la confusión de crear ejército, disciplinarle, proveerle, marchar y batallar ha podido Ud., llevarlo), o la relación circunstanciada de cada acción, con expresión del número de tropas, el lugar, el día y su detall.
>
> "«No me diga Ud. que le exijo cosas insignificantes o superfluas. No, apreciable amigo mío, yo sería un injusto si después de haber presentado al mundo las maldades de muchos de

mis compatriotas, no presentase igualmente los hechos ilustres de los que los exterminaron, y me restituyeron la paz, la tranquilidad y la patria»." [8]

¿Guerras vulgares o conducidas con arte? ¿Hechos relevantes, insignificantes o superfluos? ¿Vistos de cerca o contemplados a distancia? ¿Por sí mismo o por otros? Se generan así las angustias que padeció José de Oviedo y Baños [1671-1783] al narrar el episodio del pato luminoso. [9] O muchas de las dudas metodológicas que asaltan al historiador de lo contemporáneo. [10]

Buscando una salida a tan urdido embrollo metodológico, el zarandeado espíritu crítico se siente tentado de acogerse a la posibilidad de que el significado histórico de un hecho no esté vinculado con alguno de los criterios comentados, sino que esté dado por una correlación de factores, incluso más que por el hecho mismo. Es decir no sólo por la naturaleza del hecho sino, también y sobre todo, por las circunstancias o las condiciones en que se produjo, o, lo más seguramente, por sus repercusiones o consecuencias inmediatas, mediatas o tardías. Refiriéndose a los acontecimientos de los años 1813-1814 en Venezuela, el Oidor de la Real Audiencia de Caracas, José Francisco Heredia [1776-1820], concluyó:

> "La campaña de que he dado alguna idea en esta época, fué tan memorable por la crueldad como por la extraordinaria actividad y constancia de ambos partidos. Quien conozca la topografía del país, la distancia entre los puntos que se nombran, y que aquellos inmensos llanos están inundados una parte del año y en otra sin agua que beber, tendrá por imposibles las marchas que se refieren." [11]

Pero el haber vivido, –poco más o menos–, la situación a la que se refiere el hecho cuya condición de sobresaliente, o de especialmente difícil, lo recomienda para la historia, no es criterio que esté al alcance de todo historiador, ni mucho menos en todos los tiempos. Por consiguiente, no puede detenerse aquí la exploración de los criterios que permitirían determinar el significado histórico de un hecho. ¿Podría, quizá, depender éste del área del conocimiento histórico en el cual habrá de insertarse el

hecho considerado? Según Denis Diderot [1713-1784], no parecería necesitarse de mucho para conocer un personaje; luego, referidos a él podrían ser muy pocos los hechos históricos. Cuando el amo le pregunta a su criado, Santiago "el fatalista", por qué detesta los retratos, obtiene la siguiente respuesta: "Es que son tan poco parecidos que si por casualidad nos encontramos con los originales, no se les reconoce. Cuéntame los hechos, relátame fielmente sus palabras, y rápidamente sabré con qué hombre tengo que habérmelas. Una palabra, un gesto, a veces, me han enseñado más que la habladuría de toda una ciudad." [12]

Pero no todo historiador posee la agudeza crítica del criado Santiago, ni sólo de caracteres individuales está hecha la historia. Es impresionante la magnitud y la diversidad del arsenal de recursos que se necesita para conocer históricamente un hecho de los que hoy llamamos estructurales, según el inventario levantado por Rafael María Baralt [1810-1860] hacia 1840:

> "Para apreciar la riqueza agraria de la antigua capitanía general de Venezuela, sería preciso saber la extensión de los terrenos cultivados, el valor de los de propiedad particular, el de los edificios, máquinas, aperos de labranza y demás utensilios de las fincas rurales, el del producto de los bosques, el de los esclavos, el de los animales, el monto del capital invertido, la producción animal y la renta líquida de la industria rural"...

Hecha la lista de los insumos requeridos, Rafael María Baralt subrayó la necesidad absoluta de los mismos para elaborar correctamente el conocimiento del fenómeno socioeconómico estudiado:

> ..."Sin estos datos esenciales, en vano se pretendería asentar un juicio exacto acerca de la prosperidad material de un país puramente agricultor, ni apreciar con la exactitud que se debe, no sólo el grado de riqueza que ha alcanzado, sino el que le falta para poder vanagloriarse de haber sacado de su suelo, de su clima y de su situación todas las ventajas posibles."

Pero al mismo tiempo comprobó la imposibilidad de satisfacer, en su tiempo (¿pero sólo en su tiempo?) tales demandas de información:

"Desgraciadamente los archivos del gobierno y las obras de los escritores nacionales y extranjeros guardan silencio sobre la mayor parte de ellos [de los datos requeridos], siendo tan incompletas sus nociones sobre otros, que sería aventurado, por no decir imposible, hacer un cálculo digno de confianza, fundado sobre las bases indicadas, únicas en nuestro concepto verdaderas. Conjeturas más o menos aproximadas a la verdad, y algunas deducciones formadas en vista del estado del comercio y de la población, son las únicas guías que pudieran conducirnos a juzgar de la situación agraria de Venezuela en tiempo del gobierno colonial"...

Impresiona el ver cómo el autor planteó la cuestión en términos que todavía son de absoluta actualidad, en casi todos sus aspectos. En cuanto a las ..."deducciones formadas en vista del estado del comercio y de la población".., eso es justamente lo que hacía en esos momentos Agustín Codazzi [1793-1859] para componer las informaciones estadísticas incluidas en su **Resumen de la Geografía de Venezuela**, publicado por primera vez en París, en 1841, y por segunda vez en Caracas, en 1940. Pero no podía el sentido crítico del autor, tantas veces demostrado, dejar pasar inadvertida la contradicción hacia la cual le encaminaba su levantada exigencia de instrumentos "esenciales", sin los cuales estimaba del todo imposible ..."asentar un juicio exacto acerca de la prosperidad material de un país puramente agricultor"... Es más, Rafael María Baralt apunta que: "Este es el sistema seguido por Don Ramón de la Sagra [1798-1871], en su excelente **Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba**, cuya lectura recomendamos a los venezolanos"... Habría muerto allí su propósito de enjuiciar la obra colonial en este aspecto, de no haberse fabricado un arbitrio cuya fundamentación no puede ser considerada sino como vaga y hasta deleznable:

..."Verdad es que para nuestro objeto, y conforme a la naturaleza del presente escrito, tenemos suficiente con ellas [las conjeturas y deducciones] para asentar como proposición de todo punto verdadera, que aquel país, llamado a un grado muy elevado de poder y de riqueza, no estaba cultivado ni poblado en proporción a sus recursos naturales, y además que era, rela-

tivamente hablando, una de las colonias españolas más atrasadas en cuantos ramos constituyen la fuerza y bienestar de las naciones." [13]

Desde el punto de vista metodológico no es fácilmente sostenible que los criterios y métodos requeridos para el establecimiento de un hecho histórico de tanta importancia sean menores en un **Resumen**, como el escrito por Rafael María Baralt, que en una **Historia**, como la de Don Ramón de la Sagra. No parece posible "resumir" el fundamento de un hecho histórico, aunque sí su comprobación para los fines del discurso. [14]

Si bien el propósito del historiador en cuanto a la naturaleza y al alcance de su obra podría influir, como lo pretendió Rafael María Baralt, en el nivel de la exigencia metodológica, –y pasando por alto lo muy cuestionable de esta aserción–, queda el recurso de tomar en consideración la intención, no ya de la obra historiográfica sino de los hechos que la nutren, y la cual determinaría la historicidad de los mismos. Pero la intención de un hecho puede no ser una condición propia del hecho, sino el resultado de la percepción del mismo, como lo observó Jorge Luciani [1894-1956]:

> ..."A la ardiente luz de las pasiones, un hecho aislado, puramente ocasional, sin relieve, cobra apariencias de magnitud. Un caso particular que tiene su explicación justa en las exigencias de un momento histórico o de una situación difícil, se transforma a los ojos ofuscados de los combatientes, en regla general de conducta. Pero la historia no es arena de gladiadores y a los estadistas no se les juzga por nimios detalles." [15]

En este caso se trataría de la intención atribuida, conformada como conducta que caracterizaría al actor. Pero bien podría tratarse de una intención, –expresión de un propósito de hacer, o de no hacer, "para la historia"–, favorecida por el azar o por el capricho, cualesquiera sean las formas que adopten:

> ..."Unas cuantas palabras [habla el Patricio] dichas en momento crítico o solemne de la vida humana se conservan, vuelan de labio en labio, de oído en oído.
>
> "Los historiadores las recogen, pasan al lenguaje po-

pular, son citadas por los eruditos; se las enseña en las escuelas, las repiten los pedantes. Han tenido fortuna. Nacieron con buen pie. Algunos petulantes candorosos, preocupados en legar su nombre a la posteridad, componen y pronuncian con ánimo deliberado, una frase efectista. Creen haberse procurado la inmortalidad profiriendo una «frase histórica». Pero sucede que la frase muere allí mismo, sin dejar huella, y sólo sirve para hacer reír a costa del productor. Son lo impensado, y lo imprevisto, lo que vive, y más aún, lo que sobrevive." [16]

Nada halagüeña resulta para el espíritu crítico la posibilidad de una historicidad que sea producto del azar o del capricho, o que pueda ser desdeñada, disminuida y hasta revocada: ..."Es muy fácil, incluso para un individuo muy consciente, dar de lado o restar importancia a hechos que no se ajustan a sus ideas preconcebidas." [17]

Y, sin embargo, el hecho histórico existe. Unas veces como comprobación metódica y críticamente desarrollada; otras veces como convicción; otras aún como muestra de predilección; pero respondiendo siempre a una necesidad del hombre, y confluyentes todas las modalidades en el combate incesante entre la credulidad y el espítitu crítico. [18] Mientras tanto, y cual sucede con todo conocimiento, recibe el histórico las burlas y las ironías, siempre pertinentes en cuanto encierran benévolos llamados a la vigilancia crítica y previenen contra ínfulas doctas. Burla cargada de significado aleccionador la de Julio César Ramos [1901-1991]:

> "El historiador Jorge Obscurani, a despecho de su origen macarrónico, dijo después de un autoditirambo calificándose, por cierto que sin alzar la vista, de hombre sincero y honrado..; dijo un sartal de lindezas sobre el Descubrimiento de América. Provocó nutridos aplausos al negar que Colón fuera italiano, conclusión a la cual confió haber llegado al comprobar que el almirante no cantaba ópera, ni tocaba la mandolina, ni bailaba la tarantela. Lo gracioso fue que al objetarle un intruso: *Pero si Cristóbal Colón no era italiano por no hacer lo que usted dice, tampoco sería español, pues no toreaba, ni conocía la paella, ni cantaba soleares, ni bailaba la jota, ni siquiera sabía otro chiste que el de parar el huevo.* Obscurani, ¡ojalá lo hubieras visto!, levantó un brazo en ademán fascista y apelando a la más sabia dialéctica,

contestó: *Es cierto... Bueno, acaso Colón fuera cojo, sordo y mudo, ya que la historia no dice que no lo fuera...*

"–¡Ja, ja, ja!... Ese va derecho a la Academia de la Argamasilla –comentó con sorna Eleuterio–"... [19]

No es menos sugerente el llamado de atención que a los historiadores les hizo Miguel de Unamuno (1864-1936), cuando en términos que lindan con lo picaresco convocó al historiador a la reflexión sobre la extrema complejidad, a veces disfrazada de sencillez, de su ciencia. Así mismo lo alertó sobre lo inconmensurable del universo en el cual su tarea se realiza, tan vasto como la vida del hombre-individuo y la del hombre-sociedad, vinculadas de manera inextricable en un acontecer y un existir en el cual no caben tajantes separaciones. Mucho menos exclusiones. Por ello ha de cuidarse el historiador de caer en el engaño de las cosas grandes y las cosas chicas, que en definitiva cosas son, y que por serlo, pueden ser grandes sin dejar de ser chicas, como pueden ser chicas sin dejar de ser grandes, como lo es el hombre y como lo son los hombres:

..."El mejor libro de Historia Universal, el más duradero y extendido y el de historia más verdaderamente universal sería el de quien acertase a contar con toda su vida y su hondura las rencillas, los chismes, las intrigas y los cabildeos que se traen en Carabajosa de la Sierra, lugar de trescientos vecinos, el alcalde y la alcaldesa, el maestro y la maestra, el secretario y su novia, de una parte, y de la otra el cura y su ama, el tío Roque y la tía Mezuca, asistidos unos y otros por coro de ambos sexos. ¿Qué fué la guerra de Troya a que debemos la Ilíada?" [20]

¿Tendrá algo que ver esta ingeniosa reducción de la universalidad de la historia con los excesos de la llamada "microhistoria", es decir con la que hoy pretende encontrar, en el estudio histórico de una aldea o poblado, las claves para la comprensión e interpretación de escenarios históricos más vastos? Pareciera que el escenario universal al cual se refirió Miguel de Unamuno no es otro que alma o la condición humana.

⌘ ⌘ ⌘

Lo repito: nada autoriza a pensar que semejante surtido de dificultades metodológicas, y hasta de paradojas, puesto al acecho del espítitu crítico, bastaría para desalentar la búsqueda del conocimiento histórico, aun cuando éste fuese considerado un mero ejercicio intelectual. Todas las ciencias y disciplinas cuentan en su acervo con "juguetes" parecidos. Los investigadores juegan con ellos a ratos, sin que esto les impida continuar su labor afirmativa, bien apoyada en la conciencia que tienen de la utilidad y, más, de la necesidad de su dedicación al cultivo del conocimiento.

Pero acontece que la determinación de lo histórico y el conocimiento de lo histórico, no son ejercicios intelectuales sino búsquedas en las que el hombre, integralmente considerado, persigue y obtiene puntos de referencia para preservar su equilibrio espiritual y su salud mental. Esos puntos de referencia le ayudan a confirmar el sentido de su existencia, tanto en lo temporal como en lo espacial, nociones ambas integradas en el concepto de tiempo histórico. Como ha quedado dicho, el tiempo histórico es una dimensión específica, correspondiente al estadio actual de la evolución histórica de la humanidad, cuando todavía el tiempo histórico apreciado en sentido vertical, es decir cronológico, se corresponde con el muestrario del mismo en sentido horizontal, es decir espacial. [21]

Pero hay una variante de esta situación que merece especial atención. Tal es la de la historicidad como área indispensable de percepción de la continuidad existencial del individuo; pero no en una dirección de pasado sino en una de futuro. En efecto, el hombre va a la historia buscando no ya el conocimiento o la simple evocación del pasado, sino una ventana que le permita atisbar algo del futuro. Con ello intenta escapar del riesgo de ser presa, en algún grado, de la situación límite imaginada por José Ortega y Gasset [1883-1955]: ..."Si de pronto toda interpretación del mundo sufriese un síncope integral y se quedara el hombre sin saber qué iba a pasar mañana siquiera en sus líneas generales, ignorando totalmente a qué atenerse ante las cosas mañana, sucumbiría fulminado de terror"... [22]

¿La historia sería, entonces, una instructiva guía que nos diría en pasado lo que habremos de vivir? Siguiendo por este camino desembocaríamos en la vulgaridad de "la historia, maestra de la vida." Pero no se trata de tal cosa, sino de algo mucho más sutil: al dotarnos del sentido de la continuidad existencial, la historia dispone tanto el ánimo como el intelecto para encarar la porción inédita del futuro, con serenidad creadora de nuevas actitudes, o de variantes de las usuales, que aseguran la continuidad de nuestra marcha vital. [23] Escapamos así a la posibilidad de sucumbir fulminados por el terror ortegiano, sin tener tampoco que mutilar nuestro espíritu creador al convertirse la historia en una suerte de recetario para el buen vivir. Esta es la fuente de la legitimidad de la investigación histórica, en nuestra época, como lo ha sido del conocimiento, o de la memoria histórica pura y simple, en cualquier otra época, ya sea como memoria colectiva ordenada y preservada, –es decir historiografía–, ya sea como evocación, saga o mito.

Entiendo la investigación histórica como un sistema de operaciones metodológicas orientadas hacia el establecimiento crítico de hechos; hacia el descubrimiento de las relaciones existentes entre esos hechos, y hacia la comprensión y la interpretación tanto de los hechos como de las relaciones entre ellos descubiertas. Ni los hechos ni las relaciones que estos guardan entre sí requieren de la intervención del historiador para existir. Como acontece con cualquier otra ciencia, ellos están en espera del interés investigativo que los detecte, los identifique, los clasifique, los comprenda y los interprete. Siguiendo un razonamiento de este orden, lógicamente tenía que llegarse a una objetivación de lo histórico, lo que lo hizo ver como equivalente de la materia tratada por las demás ciencias. Bien lo advirtió Rafael Villavicencio [1838-1920] en 1877:

> "Hasta hace poco la historia se reducía a meros materiales de erudición, o una serie de vagas concepciones metafísicas sin apoyo alguno en la realidad de las cosas; pero el establecimiento sucesivo y la cultura cada día más perfecta de las ciencias del mundo inorgánico por una parte, y de los seres vivientes por otra, nos han familiarizado con la noción fundamen-

tal de las leyes inmutables de la naturaleza rigiendo todos los órdenes de fenómenos, y nos hacen comprender que esta misma importantísima noción debe extenderse a la estructura y al desenvolvimiento de las sociedades humanas." [24]

El hombre quiere, –y quizá lo necesita–, creer que hay en el acontecer de los sucesos un cierto orden que no siempre le es perceptible. Como si los acontecimientos tuvieran un modo propio de suceder, emancipado de toda voluntad humana o sobrehumana, –en el supuesto de que se crea en la existencia de alguna de las modalidades de esta última–. Pero debemos tener cuidado con admitir que sea alguna suerte de fatalismo lo que rige el acontecer de las cosas. También con el hecho de que éstas parecieran tener vida propia en su acontecer, es decir que suceden de la manera y en el momento en que ocurren. Pero no habría tampoco arbitrariedad en el sucederse de las cosas, obviamente, puesto que nuestra percepción nos revela la existencia de "cierto orden", en cuya percepción y afinamiento trabaja el intelecto. El aproximarse lúcidamente a ese orden sería, por consiguiente, la clave de un desenvolvimiento feliz, o sea del logro del objetivo central de la búsqueda intelectual, científica o espiritual. La percepción de ese orden, y el actuar en consecuencia con él, nos pondría a salvo de lo que, según Emilio Navarro le sucedió al general Julián Castro [1810-1875] cuando ocupó el poder, en 1858: ..."estos amontonamientos en el orden de las cosas hiciéronle perder la cabeza a Castro." [25]

Pero, y vale aquí el reiterarlo, al igual de lo que sucede en las demás ciencias la investigación en historia admite la demarcación de niveles, y éstos determinan los requerimientos metodológicos y conceptuales, comunes y específicos. Se suele discernir tres niveles básicos, que por ser tales se prestan a diversas combinaciones, acerca de los cuales añadiré algunas consideraciones:

La investigación histórica en función del aprendizaje escolar: en todas sus instancias consiste esencialmente en la captación crítica de conocimiento ya elaborado y organizado. En algunas de ellas no resulta del todo excesivo el uso del término investigación. Según la actitud que se asuma ante el aprendizaje, se acen-

túa o no la posibilidad de vincularlo con el ejercicio del espíritu crítico.

La investigación histórica con propósito de docencia: consiste en el acopio, la integración crítica y la organización del conocimiento ya formado, para su transmisión. Obviamente, si en el caso precedente cabe presumir la presencia de una actitud crítica en quienes participan en el proceso de aprendizaje, con más razón ahora en quien enseña.

La investigación científica en historia: consiste en la formación crítica de conocimiento, es decir en el ensanchamiento del ámbito de lo conocido. Así en historia como en las demás ciencias, por más que a la primera se le dispute un lugar entre las últimas:

> ..."Hay quien sólo estima hombres de ciencia a los investigadores de laboratorio, a los hombres de microscopio, reactivos, colorantes, retortas y probetas. Para unos, las ciencias matemáticas serían la ciencia única, la sola depositaria de la verdad. Para otros, las ciencias físicas, sobre todo por sus realizaciones mecánicas. He oído a científicos apreciables en una especialidad considerar las ciencias políticas y económicas, campo de rábulas y charlatanes, campo de habilidades dialécticas, donde se puede sostener el pro y el contra a pleno albedrío. Para alguien la filología y la lingüística son engendros fantásticos. Para muchos, la historia, centón de consejas."[26]

No me ocuparé de la investigación histórica en el ejercicio del aprendizaje escolar, pues no deseo ni siquiera rozarme temáticamente con los expertos en eso que llaman, y no sé por qué, "didáctica de la historia ", cuando hay otras denominaciones que le vendrían mejor para significar el daño que causa con sus simplismos.

De la investigación histórica con propósito de docencia, en lo que toca a los presupuestos metodológicos de la misma, hablaré en sentido de deber ser: como debe tener por objeto acopiar conocimiento ya formado, agruparlo críticamente y organizarlo para su transmisión, según sea la instancia en la cual se practique la docencia, ésta podrá integrar ese conocimiento en la propia línea de investigación científica adelantada por el docen-

te. Debe obedecer a un propósito: conocer, de manera actualizada, los resultados de la investigación científica en historia. Debe aplicar un método: el de la crítica estructural, como medio de evaluar resultados de investigación. [27] Debe alcanzar un objetivo: estimular de manera formativa el sentido histórico e inducir a ejercitar el espíritu crítico.

Como sucede en todas las ciencias, la metodología de la investigación científica en historia es a la vez factor y producto del proceso de investigación. Por ello está en constante trance de definición y de redefinición, procurando así salvarse del desplante retórico de José Ortega y Gasset [1883-1955]: ..."Lo que a nosotros nos importa ahora es sólo advertir que las ciencias, que cada ciencia no se hace cuestión de si esos, sus principios, son últimamente verdad, no se preocupa por ellos: la verdad de esos principios se da por supuesto como el valor en la hoja de servicio de los militares." [28] Pero sin caer en la ingenuidad acrítica de Manuel María Madiedo [1815-1888], quien al igual que Antonio Leocadio Guzmán [1801-1884] creyó que la historia debe "fotografiar " la realidad:

> "Sabemos que la palabra es impotente contra la inflexible realidad de la naturaleza de las cosas; y con esta profunda convicción, todo lo hemos pospuesto ante el magisterio de la verdad. La historia no tiene partido político, secta filosófica, ni creencia religiosa. Como el daguerrotipo, como la fotografía, reproduce lo que existe: la irisada cabellera de la jóven, como la nevada cabeza del anciano. No adula ni insulta, porque es incorruptible; pero por lo mismo, ni recoge las flores que caen á su paso, ni baja la frente ante los rayos de la injusticia." [29]

La metodología de la investigación científica en historia tiene un propósito: ensanchar el ámbito de lo conocido. En esto es como todas las ciencias, incluida la que sólo ciertos finos espíritus estiman al mismo tiempo la más exacta y un arte. Consciente de la importancia de su contribución a la sistematización y a la fundamentación técnica de la ciencia-arte culinaria, el maestro Marie-Antoine Carême [1784-1833] escribió satisfecho: ..."he cumplido, en mi tarea, con el espíritu de análisis del siglo XIX"... "He llegado dignamente a la meta que me había propues-

to: hacer retroceder los límites del arte e incrementar notablemente todas sus distintas facetas." [30]

Para alcanzar un resultado semejante la metodología de la investigación científica en historia prescribe el establecer una expresa y nítida diferenciación entre repetición, revisión crítica y "creación" o formación de nuevo conocimiento. Para lograrlo tendrá el investigador que precaverse de situaciones en las cuales asecha, emboscado, el criterio de autoridad, en espera de un desfallecimiento, siempre posible, del espítitu crítico. Refiriéndose a José Gil Fortoul [1861-1943] y a su importantísima **Historia Constitucional de Venezuela** (encargada, por cierto, mediante decreto de 3 de diciembre de 1898, ¡con el compromiso de entregar los manuscritos el 31 de octubre del siguiente año!), dice Santiago Key-Ayala [1874-1959]: "Adelanta con rapidez el primer volumen. Se explica esto porque los períodos que abarca son épocas de lo más trajinadas por los historiadores y se dispone de copiosa documentación. Aunque el autor va a aplicar su propio criterio, posee bastante material aprovechable cuanto a los hechos"... [31]

El resultado tendrá siempre, sin embargo, el carácter de "nuevo conocimiento de lo conocido", pues los resultados del conocimiento científico en historia revierten sobre "lo conocido" y lo alteran, enriqueciendo la perspectiva de incesante desarrollo de la investigación. El instrumento utilizado para la obtención de este resultado no puede ser otro que el método crítico, apoyado en sus dos auxiliares básicos: la técnica de la investigación documental y el plan general del estudio histórico, sobre los cuales se ofrecen diversas versiones en los tratados de metodología de la historia.

Si la técnica de la investigación documental es inseparable de la práctica misma de la investigación, también lo es el método crítico. En su fundamentación conceptual, y no ya sólo en sus instrumentos, guardan esa relación. Por ello se justifica el que nuevas proposiciones conceptuales relativas al conocimiento científico conlleven nuevas proposiciones metodológicas. De lo que se desprende, naturalmente, el cuestionamiento de las metodologías correspondientes a las proposiciones conceptuales

científicas contra las cuales se insurge. Así, en tiempos recientes ha ocurrido una reacción contra la llamada "metodología positivista." En cierto grado esta obra participa de esa reacción, al debatir en forma crítica y hasta satírica la seguridad pretenciosa exhibida por quienes practican esa metodología dogmáticamente. Pero no debe olvidarse que de la crítica de las metodologías va quedando una especie de sedimento, compuesto por procedimientos y técnicas cuya acumulación integra la metodología básica de la investigación histórica, correspondiente a lo esencial de la disciplina, entendida como una cadena que va desde la huella histórica hasta la interpretación. Y tal es, en este caso, el campo de aplicación del método crítico.

Al cabo de tanto cuidado en el ejercicio de la crítica, y en la selección y el perfeccionamiento del instrumental metodológico, aguarda un balance que nada tiene de modesto, pues el esfuerzo se prevale de la convicción de que: ..."Nuestro lento progreso en la ciencia y el arte de historiar mantuvo mucho tiempo cerradas o desconocidas importantes vías de acceso al conocimiento de nuestra marcha como nación"... [32]



¿Es posible, sin suscitar demasiados reparos y objeciones, concebir la historia básicamente como el conocimiento de la correlación entre el individuo, el grupo, la clase y la sociedad? Quizá esta proposición resulte admisible, al menos como base de discusión, si añado algunas precisiones sobre el sentido y el alcance que le doy a cada término de la correlación: por *individuo* entiendo al *individuo social*; por *grupo* la primera instancia de articulación entre *individuos sociales*; por *clase*, aunque el concepto haya perdido recientemente mucho de su prestigio, la segunda instancia de articulación de los *individuos sociales*, como unidades y/o en *grupos*; por *sociedad* entiendo la instancia más alta de articulación de los *individuos sociales, los grupos* y *las clases*. Estoy lejos de creer que esta sea una definición científica. Bien sé que sería muy larga la lista de tratados, reverenciados muchos y reverenciables algunos, a los que podría acudir. Pero, muy pro-

bablemente, les repugnaría brindarme una definición operativa cuya sencillez, –¿debería decir, más exactamente, simplicidad?–, me permita obtener estos dos resultados: el primero, señalar que *individuo* y *sociedad* son los polos del universo en el cual se desenvuelve la investigación histórica; y el segundo, que la comprensión y la interpretación de la actuación en el tiempo de esa cadena de actores, tomados por separado, –pero nunca aislados–, o tomados en conjunto, son el objeto del conocimiento histórico. Me parece conveniente que quien se interese por la aplicación del método crítico en historia tenga esto presente, pues de ello se deriva la problemática que he venido tocando en esta obra.

Llama la atención el que sean los dos primeros eslabones de la cadena los que más han atraído la atención de la historiografía. El estado del conocimiento del tercer eslabón refleja, seguramente, lo todavía reciente y polémico no de su identificación sino de su proclamación como agente primordial de la historia. El cuarto eslabón se pretende que sea campo exclusivo de ese lenguaje que denominan sociología, por no denominarlo *historia sin tiempo ni espacio*. No en balde es la *sociedad*, como agente de la historia, el menos conocido.

Pero ¿qué decir del más trajinado de los agentes de la historia, el *individuo*, pretendido primero como un ente aislado, y comprendido luego como el *individuo social* ? No viene al caso extenderme en consideraciones sobre los aspectos metodológicos y teóricos concernientes a la biografía como género. [33] Me interesa, en cambio, explorar críticamente, y aunque sea de manera muy sumaria, algunos de los puntos de contacto entre los eslabones de la cadena de los actores de la historia.

Uno de esos puntos, claramente de primordial importancia para el conocimiento histórico, es el constituido por el área de contacto entre la acción del *individuo social* y la *sociedad* misma, pero vista desde el primero. Lo que nos lleva a la cuestión de los criterios para evaluar esa conjunción. Me parece que la operación crítica realizada por el historiador en estos casos consiste, en primer lugar, en establecer de la manera más objetiva posible la *conducta seguida* . Pero si bien al pasar a compren-

derla e interpretarla debe cuidarse el historiador del prejuicio de referirla a una suerte de *conducta deseable*, debe darle, por el contrario, todo el peso referencial a la *conducta posible* . Mas sin olvidar que al intentar hacer esto último el historiador se sumerge en una curiosa situación, que acaso tenga el resultado de hacerle merecedor de la burla de que es objeto cuando se le tilda de "profeta del pasado." Esto luce así porque, curiosamente, al considerar las conductas posibles *en el pasado* el historiador tiene que encarar los mismos riesgos que cuando intenta hacerlo *en el futuro*. Con esta dificultad topó el agudo ingenio de Simón Rodríguez [1771-1854] y, al parecer, enfrentado a ella tuvo que fabricarle un refugio a su sentido crítico:

> "Atreverse a profetizar lo que un hombre hará en casos inesperados, es hacer del *cálculo* una *inspiración* –es quererse dar por favorecido del cielo, un hombre, que no se distingue de algunos de sus semejantes, sino por un poco más de juicio– Tales pueden ser las Circunstancias, tales las Razones de Estado, que lo imposible en un caso, pase á ser probable ó cierto en otro. El Defensor de Bolívar [es decir, el autor] no responde de Circunstancias ni de Razones de Estado que estén fuera del órden; pero se atreve a responder de la razon de Bolívar –este homenaje es debido a su buen juicio.
>
> "No obstante, como la disposición casual en que se halla el hombre, es una de las cosas que entran en las circunstancias á que ella se somete– como la ilusion, la compasion, la condecendencia, suelen arrastrar *al hombre que mas se posee*, á una necesidad que no lo comprende... para este caso inesperado, se deja de defender á Bolívar por defender el honor del puesto que ocupa... por defenderlo contra sí mismo." [34]

Si esta suerte de "visión prospectiva del pasado", –y valga tal contrasentido conceptual–, es de suyo un ejercicio lleno de dificultades, aun se complica cuando el historiador o biógrafo que intenta realizarlo está encuadrado en una historiografía que, a su vez, se desenvuelve entre la hagiografía republicana y el repositorio de vidas ejemplares. En esas condiciones el biógrafo, o simplemente el historiador que incursione en la vida histórica de un personaje, tendrá que disponer su ánimo para sobrellevar las reacciones airadas de toda suerte de patriotas,

desde los moralistas que se sientan personalmente agraviados hasta los hipócritas que practiquen el viejo adagio castellano de "métete con el santo pero no con la limosna", y que ven amenazado el usufructo de los héroes por ellos practicado. [35] Probablemente sintiéndose apocado ante tal perspectiva cargada de consecuencias, que pueden llegar a ser graves en lo académico, en lo social y aun en lo político, el biógrafo terminará pagando algún tributo a la doctrina de la biografía expuesta por Domingo Faustino Sarmiento [1811-1888]:

> ..."Es [la biografía] la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos"... [36]

Al hacer esto, el historiador pasará a engrosar la ya poblada legión de los biógrafos tradicionales. [37] El final del camino es "la anécdota reveladora", es decir aquella que permite montar la más burda burla del espíritu crítico. Consiste en proyectar sobre un hecho común del pasado, fortuito o accidental, la posterior gloria de un personaje histórico, y luego descubrir en sus hechos aun más nimios e iniciales el embrión de la gloria del personaje. Esta es una tentación poco menos que irresistible para el historiador, porque halaga la más pura fuente de su vanidad: la exhibición de su perspicacia expresada en el "yo lo vi primero" y el "yo me di cuenta desde...", que delatan esa vanidad en cualquier persona. Manuel Osorio Calatrava [1910-1970] se refirió en estos términos a uno de los excesos de la *historia patria* en este campo: ..."Juega [el joven Simón Bolívar] volante con el príncipe de Asturias [futuro Fernando VII]. Los historiadores tradicionalistas siempre han contemplado el incidente de Aranjuez por el pueril aspecto del pelotazo en la cabeza del futuro monarca: es hora ya de dejar de ser niños y no hacer de la historia un juguete." [38]

La articulación entre el *individuo social* y la *sociedad* misma es un problema historiográfico acerca del cual se ha compuesto una extensísima argumentación. De alguna manera todos los historiadores estamos influidos por los alegatos que la conforman. Groseramente dicha, la disputa se resuelve como una opción: se es individualista o se es socialista. En el primer caso el énfasis se pone en el individuo, llegándose al extremo de desnudarlo de su condición de *individuo social*. En el segundo caso se exalta la *sociedad* hasta hacer desaparecer al *individuo social*. Obviamente, en ambos casos se trata de posiciones polares, muy rara vez sostenidas expresa y radicalmente. Es la gama que se extiende entre ambas la que sirve para ubicar a los historiadores.

Pero, bien podría un tercer factor complicar las cosas, según se desprende de una pregunta de indudable legitimidad historicista: ¿la relación entre el *individuo social* y la *sociedad* ha sido la misma en todos los tiempos?

Pero tampoco es mi propósito transitar por este tema, tan atractivo, mediante la reproducción del debate al cual vengo refiriéndome. Quiero tan sólo sugerir que se estudie la relación entre el *individuo social* y la *sociedad* practicando dos enfoques: el uno metodológico-teórico y el otro metodológico-historiográfico. El primero está referido a la cadena de relaciones *individuo-grupo-clase-sociedad*. El segundo, a la problemática metodológica de la biografía.

El enfoque metodológico-teórico revela que en la relación entre el *individuo* y la *sociedad* es posible discernir instancias intermedias: denominaré *A* la instancia representada por la relación *individuo-grupo*; y *B* la representada por la relación *clase-sociedad*.

La evolución del problema ha significado la focalización de la atención primero en el *individuo* y luego en la *sociedad*. Esto acarreó, por otra parte, la disminución del papel jugado por la Providencia. El resultado de esta evolución ha sido el que tengamos algún conocimiento de *B*, mediante el desarrollo del lenguaje sociológico y de la teoría política, especialmente; que conozcamos en forma más deficiente *A*, dado lo incipiente de la

psicología; y que conozcamos aún menos la relación entre *A* y *B*, dada la más que incipiente psicología social.

El enfoque metodológico-historiográfico se traduce en el escaso conocimiento de la relación entre *A* y *B* que se advierte en el estado actual de la biografía. Esta, que constituye uno de los más antiguos géneros historiográficos, pareciera que agotó muy pronto el espacio científico disponible, y se ha mantenido en una especie de movimiento pendular entre *A* y *B*, según el avance del conocimiento científico de estos términos.

Si admitimos, con Sidney Lee, que: "El objeto de la biografía es la transmisión verídica de una personalidad"..,[39] se comprende la gran dificultad con que tropieza este género, según Alfonso Reyes [1889-1959]: "¿Dónde está la verdad biográfica? Hechos y fechas quedan como untados en el papel. Necesitamos pensar, y un poco inventar y crear otra vez por cuenta popia, el poema que ha sido un hombre, para ofrecer de este hombre una imagen algo aproximada."[40] Como se comprende, también, lo poco que puede la historia para remediar semejante carencia: "La ciencia histórica nos deja en la incertidumbre en lo que al individuo se refiere. Tan sólo nos revela aquellos puntos que le relacionan con los hechos y acciones de orden general"...[41]

De allí los polos y la gama de posiciones intermedias. El polo individualista ha sido muy bien expresado por Marcel Schwob, al afirmar que: ..."Las ideas de los grandes hombres son el común patrimonio de la humanidad; lo único realmente privativo de ellos son sus singularidades y sus manías"...[42] Posición que llevó al extremo al pretender que: ..."el ideal del biógrafo sería el diferenciar minuciosamente la persona de dos filósofos que hubiesen inventado, poco más o menos, la misma metafísica"...[43] El polo socialista fue doctrinariamente expuesto por Juan Uslar Pietri [1925]:

> ..."El hombre en la historia es su producto y no ella producto de él, tal cual decía Hegel al ver a Napoleón entrando en Jena, que «veía el Espíritu del Mundo montado en un caballo». Quiso con esto decir que las guerras napoleónicas eran transición lógica en el desarrollo histórico y que Napoleón era por lo tanto el instrumento de la fuerza a la que se debe la transforma-

ción social. He aquí como la necesidad social de un pueblo, o de un mundo, se encuadra en un hombre; y encuadrándonos en la necesidad venezolana vemos, que el llanero, campesino venezolano, sacado de su mutismo centenario por los trajines independentistas mantuanos, se lanzó, de sopetón, con sus mortificaciones y necesidades contenidas, tras el caballo de Boves [José Tomás, 1782-1814], en busca de su verdadera libertad." [44]

En cuanto a los matices que integran la gama mencionada, uno, formulado por Ricardo Becerra [1836-1905], expresa la relación individuo-sociedad en términos de la combinación hombre-época-circunstancia: ..."La Historia, considerada como la ciencia de los hechos, no admite truncamientos, y, por el contrario, aun en la biografía, su forma más restricta, exige que á la figura del hombre precedan la pintura de la época y la descripción de las circunstancias principales y accesorias, en medio de las cuales ejerció su acción." [45] Otro matiz vincula al hombre con la acción... y termina por negarle significación a la temática predilecta del género biográfico:

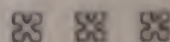
> "ORIJEN, CARACTER y CONDUCTA
> "del Jeneral Bolívar
> "Orijen natural y social.
> "Simon Bolivar nació en Caracas (Capital de la Provincia de Venezuela) á fines del siglo 18 - y a principios del 19, sacó una gran parte de la América, del estado de colonia miserable: le dio muchas ideas suyas; y, de las ajenas propagó las mas propias para hacer pueblos libres, con los elementos de la esclavitud .
> "Carácter
> "Hombre perspicaz y sensible... por consiguiente delicado, intrépido y prudente a propósito... contraste que arguye juicio - Jeneroso al exceso, magnánimo, recto, dócil a la razon-- propiedades para grandes miras - Injenioso, activo, infatigable-- por tanto, capaz de grandes empresas. Esto es lo que importa decir de un hombre, á todas luces distinguido, y... lo solo que llegará de él a la posteridad,
> "Anécdotas, presajios, agudezas de la infancia... travesuras, amores, apotegmas de la juventud... debilitan la impresion del personaje en el cuadro de una vida ilustre.

"El día y la hora de su nacimiento son de pura curiosidad - Los bienhechores de la humanidad, no nacen cuando empiezan a ver la luz; sino cuando empiezan a alumbrar ellos.

"Escriban la historia de las campañas de Bolivar los militares que lo han acompañado en la guerra - Sus secretarios... los detalles de su política - Sus sirvientes juzgarán, mejor que nadie, de su jenio - y sus ENEMIGOS se encargarán de publicar, por separado, un tratado completo, revisto, y considerablemente aumentado de sus DEFECTOS. Para una historia se necesitan muchos autores." [46]

Sólo que me parece ineludible, como desenlace de los afanes del biógrafo, el que éste, urgido de captar el significado íntimo, esencial, del individuo social, termine acogiéndose a la fuerza expresiva de la metáfora, como en cierto modo lo hizo Simón Rodríguez con su imagen astral a propósito de Simón Bolívar; o que se refugie en algo parecido a la muy citada sentencia de Suetonio, refiriéndose a Cayo Calígula: "Hasta aquí he hablado de un príncipe; hablaré ahora de un monstruo"... [47]

Mi experiencia profesional relativa al género biográfico, en el sentido de su cultivo, es más que modesta. Jamás he ido más allá de algunas aproximaciones a los que denominaría intentos de evaluación histórico-crítica de personajes, en función del tratamiento que los mismos han recibido de parte de la historiografía venezolana, y quizá, para decirlo con mayor propiedad, de la literatura histórica que suele hacer sus veces. [48] Pero esa particular experiencia me ha ayudado a valorar tanto la especificidad del género como la de los recursos metódico-críticos que requiere su cultivo. Al mismo tiempo me ha permitido entender algo de las razones que han llevado al biógrafo a buscar la comprensión e interpretación de la personalidad en la sociedad y en las circunstancias, como si intentaran suplir la escasez de métodos específicos.



En realidad, lo que más ha interesado al historiador es el mecanismo de articulación del individuo social, –constituido en la más general visión de la historiografía como el grande hom-

bre, el héroe o simplemente el conductor u orientador de los demás hombres–, y la sociedad . Que dicho mecanismo sea de carácter casi mágico, –predestinación, providencialismo o santidad–; que se deba a la posesión de virtudes heroicas desmesuradas, –el superhombre, en todas sus modalidades, desde la personificación de la fuerza hasta la de la inteligencia–; o que se deba al poco menos que sobrehumano ejercicio ejemplar de altas cualidades morales, –bondad, piedad, misericordia, lealtad, etc.–, es cuestión discutible. Lo que parecería estar fuera de discusión, como asunto básico, es el papel de conductor, de orientador o de testigo de la *sociedad* desempeñado por el *individuo*. Ahora bien, a los historiadores no les parece que sea suficientemente notable el desempeñar cualquiera de esos papeles en una sociedad ilustrada, moral, consciente y ducha en el seguimiento de conductas racionales. Cediendo quizá a la imagen creacionista religiosa, parece que les fuera necesario que el grande hombre "cree" su hazaña, partiendo para ello poco menos que de la nada. Para esto viene mejor una masa que una sociedad.

Hay un momento en las guerras de independencia de Venezuela que ha dado pie para un interesante juego de opiniones: ocurrió entre 1814 y 1816, aproximadamente. En pocas palabras, se trató de que los temibles llaneros que bajo el mando de José Tomás Boves [1782-1814] causaron la caída de la precaria república, –restablecida en 1813 y perdida en 1814–, una vez muerto el aun más temido caudillo acudieron a engrosar las filas de quienes luchaban por la independencia, ahora bajo la conducción de José Antonio Páez [1790-1873]. Por supuesto, las historiografías patria y nacional dejan en la sombra algunos aspectos del asunto que, ciertamente, no carecen de interés: En primer lugar, que los llaneros siguieron formando en las huestes de Francisco Tomás Morales [1781-1844], teniente de José Tomás Boves. En segundo lugar, que el lealtismo de muchos llaneros respecto de la Corona se mantuvo hasta el fin de las hostilidades, y que cierto número de ellos prefirió el exilio en Puerto Rico antes que vivir, en pecado, en la república. En tercer lugar, que la intranquilidad social continuó por algún tiempo en Los Llanos, pero ahora explicada por razones, –no muy claras–, que

buscan desvirtuar la posibilidad de "guerrillas realistas". En cuarto lugar, que ésta poco menos que portentosa "conversión" de los llaneros fue el aporte del general José Antonio Páez al logro de la independencia, que en éste se basó su prestigio de árbitro de los destinos del país una vez terminada la guerra, y que el propio general se ocupó de dejar claramente establecido, para la historia, que tal "cambio" de las hasta entonces desatadas furias adversas se debió a él y solamente a él:

> "A consecuencia del buen tratamiento que dí a los prisioneros dejándoles la libertad necesaria para desertarse si querían y regresar a sus casas, los que no mandé a la Nueva Granada, tuve la satisfacción de que antes de un mes volvieran a mis filas muchos de ellos, pues casi todos eran venezolanos y en aquella época no cabía término medio entre amigo y enemigo. La noticia de mi generosidad para con los prisioneros y el auge de la victoria, se difundieron por todos los pueblos de Barinas y Apure; y sus habitantes, que antes nos tenían en mala opinión a los patriotas por la conducta cruel de algunos de sus jefes, se persuadieron de la justicia de nuestra causa y halagados por la lenidad de nuestra conducta con los vencidos, principiaron, aunque *lentamente*, a reunirse a mis filas para llegar a ser más tarde el sostén de la independencia de Colombia." [49]

Acerca de estos acontecimientos ha tenido lugar un proceso de formación de conocimiento histórico cuyos elementos podrían enunciarse de esta manera: el paso a las filas de la independencia de grandes contingentes de llaneros, –no de "los llaneros", pero presumiblemente de la mayoría de ellos–, es un hecho que puede ser considerado históricamente establecido. [50] Se ha acuñado de este hecho una explicación de la cual puede decirse, sin pretender negarle toda validez, que linda con lo puramante anecdótico, como la ofrecida por José Antonio Páez. Otra explicación, la elaborada por José Gil Fortoul [1881-1943], paga tributo al idealismo irredento del autor. [51] Coetáneamente Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936] insurgió contra estas visiones, que estimó prejuiciadas, en nombre de su fe científico-dogmática, como se verá; mientras que Juan Uslar Pietri [1925] le dio una interpretación basada en la lucha de clases. [52] Según

Laureano Vallenilla Lanz, afianzado en su militante y crudo determinismo sociológico, la interpretación válida toca una especie de conducta esencial de las masas primitivas. Así lo hizo constar en nota puesta a la interpretación ofrecida por el general José Antonio Páez, citada por él:

> "Otra causa mucho más positiva, mucho más lógica, de menos complejidad psicológica y más en consonancia con los impulsos pilladores característicos de los nómades en todos los tiempos y en todas las latitudes, produjo aquella rápida transformación en que para nada entraron nunca ideas, sentimientos o afecciones políticas que no caben en la burda complexión psicológica de masas primitivas movidas siempre por apetitos materiales. La explicación la hallamos en documentos cuya autoridad no puede someterse a dudas [esto último dicho, por cierto, con toda rotundidad por quien entonces insurgía exitosamente contra el criterio de autoridad y el miope documentismo. G. C. D.]." [53]

No es desatinado pensar que la explicación "determinista sociológica" no hubiese desagradado del todo a José Antonio Páez, pues de hecho no resta mérito a su actuación. Sólo que de rescatador de extraviados lo convertía en una especie de taumaturgo, pues el hecho cierto es que jugó un papel fundamental en el hacer que *el mal* terminase sirviendo la causa del *bien*. Este ha sido el enfoque predilecto de los cultivadores de las historiografías *patria* y *nacional*. La no presencia del pueblo en los principales acontecimientos auspiciosos de la independencia, –sostenida por ellos sin entrar a determinar cómo habría podido estar presente de otra manera–; al igual que la insistencia que han demostrado en exhibir a ese pueblo como decisoriamente adverso a la buena causa, hasta el momento cuando el surgente caudillo llanero (y no sólo de los llaneros, como tampoco lo fue el asturiano José Tomás Boves) comenzó a operar el milagro, todo esto reunido en un discurso exaltador de Simón Bolívar hasta ser semideificante, ha sentado la pauta para una visión de la masa, que no de la sociedad, venezolanas. Uno de los más lúcidos exaltados, Miguel Eduardo Pardo [1868-1905], por boca de su personaje novelado Julián Hidalgo, dijo de ella que: ... "si la titu-

lada aristocracia Villabravense [es decir caraqueña] era una aristocracia de guardarropía sin génesis conocido, el populacho era digno del análisis de un sociólogo despiadado [¿de un Laureano Vallenilla Lanz, poco después?]." [54] Abrumado por el agresivo escepticismo que le causaba su impotencia ante el despotismo reinante, Pedro María Morantes [Pío Gil, 1863-1918], acudió al símil con el régimen de castas existente en la India para declararlo existente en Venezuela, sólo que:

> ..."con una novedad, debido á lo que se llama los triunfos modernos de la democracia: que á los sudras, es decir, al pueblo, le han dicho que es soberano, y lo han investido de una suprema autoridad que el pueblo nunca puede ejercer directamente, sino por medio de representantes, (congresos y parlamentos), que casi siempre lo traicionan ó lo roban. Es un soberano que siempre está bajo tutela. Cuando el pueblo, creyéndose realmente soberano, quiere ejercer directamente sus funciones en calles y plazas porque él, aunque soberano, no tiene palacios, entonces su soberanía se llama revolución ó motín; y los representantes del pueblo que están en el gobierno, barren al pueblo rey de là vía pública, con cargas de caballería y granizadas de metralla."[55]

De esta manera la masa venezolana quedaba dispuesta para una nueva redención, como la vio Mariano Picón Salas [1901-1965] en 1941, en el supuesto de que: ..."esperan incorporarse a la vida jurídica y moral de la nación esos «Juan Bimba» sin historia (así se les ha llamado en 1936) cuyo destino étnico y espiritual es un secreto"... "raza nuestra cuya única forma de expresión colectiva fué la violencia"... [56] En realidad la tarea planteada en la Venezuela de 1941 podría resumirse en estos términos: crear las condiciones para que la "masa" se convirtiese en "pueblo", con lo cual se habría realizado el gran sueño de un genuino y frustrado redentor de pueblos, Simón Rodríguez [1771-1854]:

> "PUEBLO!...¡que palabra tan jenérica! - en lo material es una colección de hombres; pero abstractamente es el conjunto de todas las facultades, propiedades y funciones individuales. El moralista, como el pintor, puede hacer un personaje compuesto de todo lo malo, ó de todo lo bueno que hay en el hombre - puede hacer un Apolo ó un Sátiro, una Vénus ó una Furia." [57]

En la historiografía venezolana los procesos de comprensión y de interpretación han estado regidos por criterios que han dado prueba de una notable persistencia. Así ha sido tanto en el ámbito de los estudios históricos, propiamente dichos, como en el de la conciencia histórica, apreciada ésta en los diversos niveles sociales de su expresión, desde la docencia hasta la *historia oficial*. El origen de esos criterios se encuentra en el liberalismo decimonónico tardío, fruto él mismo, en parte, de la crítica del liberalismo primario por las corrientes de pensamiento englobadas en la ahora cuestionable denominación de socialismo utópico. Pero, en el caso venezolano, la perduración de esa versión del liberalismo se relaciona con el marxismo, expresado éste en una muy rígida y primaria versión del materialismo histórico.

El resultado ha sido una aglomeración de teorías de la historia, si así puede denominárseles. El bajo nivel crítico reinante en la historiografía venezolana ha favorecido esta situación, que genera una gran confusión. De esta manera se han formado, sin embargo, límites para el ejercicio de método crítico que se han revelado como poco menos que infranqueables. Uno de ellos es el acentuado prejuicio moral favorable al pueblo, más fuerte que todas las pretensiones teóricas que suelen rodearlo. Por ello la comprensión y la interpretación de la historia ha consistido, de hecho, en una operación intelectual lastrada de tabúes de diverso rango. Por ejemplo, esta forma de hacer historia quiere que sean respetados, a toda costa, los siguientes prejuicios-postulados primarios:

1°. "El pueblo es revolucionario". Por supuesto, el concepto de pueblo está referido básicamente al de "masas", como corresponde a la terminología revolucionaria; y el concepto de revolución lo está al de cambio social en su expresión más radical.

2°. "El pueblo se encuentra siempre en actitud de espera impaciente del momento propicio para rebelarse contra quien lo oprime". Es una derivación lógica del primer prejuicio-postulado, pero incorpora un matiz importante: se trata de una espera que se supone activa. Aunque ésta no sea perceptible se le tiene por evidente.

Basta soltar un poco las riendas al espíritu crítico para advertir la incongruencia que se produce entre estos dos prejuicios-postulados y la comprobada "paciencia" de los pueblos para con regímenes políticos etiquetados como dictatoriales. Los nombres de Lenín [Vladimir Ilitch Ulianov, 1870-1924], Stalin [Iossif Visarionovitch Djougachvili, 1879-1953], Hitler [Adolfo, 1889-1945], Mussolini [Benito,1883-1945], Franco [Francisco, 1892-1975], Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935], Anastasio Somoza García [1896-1956], etc., sin extenderme más y casi sin salirme del siglo XX, ofrecen suficiente base de comprobación de esa "paciencia". Por supuesto, no son pocas, ni menos significantes, las pruebas de pérdida de esa "paciencia" por los pueblos. Lo que plantea un sugestivo problema: ¿cómo comparar la duración con la intensidad? Quedaría, en todo caso, la posibilidad de acogerse a una conclusión conciliatoria: los pueblos han dado pruebas de que esa su "paciencia" no se agota rápidamente, como han dado pruebas de que tampoco es ilimitada.

Como para salvar, previniéndolo, el obstáculo que podría sembrar la majadería de la crítica histórica, y para completar la fundación del edificio prejuicial, se ha acuñado un precepto: "el pueblo nunca es culpable". [58] Dejando de lado los casos en los cuales políticos derrotados buscan salvar su futuro, puede creerse que este precepto quiere que todo lo actuado o sucedido que sea capaz de ir en detrimento de los prejuicios-postulados primero y segundo, –aun cuando pueda sugerir la transformación de la "paciencia" popular en alguna forma de anuencia–, habrá ocurrido dejando a salvo la integridad de los prejuicios-postulados mencionados. En consecuencia, no importa cuán tardía sea la reacción del pueblo, bastará con que ésta ocurra para que el prejuicio-postulado no es que recobre vigor sino que no lo haya perdido jamás. Así está dicho en la comprobación poética nerudiana del Simón Bolívar quien, al ser interrogado, responde: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo." [59]

El celoso respeto de los límites determinados por los que he denominado prejuicios-potulados mayores, imperantes en la historiografía venezolana, ha puesto en grave atolladero la comprensión y la interpretación de la historia de Venezuela en rela-

ción con dos cuestiones fundamentales: la actitud asumida por la porción mayoritaria, abrumadoramente mayoritaria, de las clases oprimidas (blancos de orilla, pardos y esclavos) durante casi todas las guerras de independencia; y, más que el régimen político, el llamado "fenómeno Gómez" [Chacón, Juan Vicente, 1857-1935]. [60]

Los requerimientos políticos de la lucha por la independencia obligaron, en ciertos momentos, a formular severas condenas del pueblo. [61] Pero una vez disipados esos arrebatos de desesperada censura ante la ausencia de una respuesta anhelada de parte del pueblo, siempre se ha creído necesario explicar benévolamente el origen de la "estupidez" popular, acogiéndose a la observancia, en todo momento y circunstancia, del precepto básico, pues se pretende que la inocencia del pueblo es, y debe ser, evidente, y por ser tal de validez absoluta. Con este fin se elaboró la explicación fundada en la ignorancia y el fanatismo, los cuales para el efecto fueron convertidas en la obra universal y perdurable del régimen colonial, según lo dejó sentado también Simón Bolívar en el llamado "Discurso de Angostura". [62] No obstante, fue seguramente Simón Bolívar quien, bajo el imperio del realismo político, y llevado de su autonomía crítica, más lejos llegó en la transgresión de los prejuicios-postulados relativos al pueblo, según lo prueban su acción y sus documentos en los años 1819 a 1830, y particularmente los tocantes a su decisión dictatorial de 1828. En todo caso, pareciera que para él la inocencia genial del pueblo no era óbice para que se le tratase, al menos en determinadas ocasiones, con la dureza que suele reservarse a los culpables.

Obviamente, una actitud contraria, o en algún grado diferente, habría significado el reconocimiento de que se carecía de respaldo popular, porque el pueblo no sólo ha de ser inocente sino que únicamente ha de abrazar las causas nobles. Cuando da muestras de poco o ningún entusiasmo por éstas, tal decaimiento sólo puede explicarse por la ignorancia en la que el pueblo es mantenido por quienes lo explotan y lo oprimen, por la desorientación inducida mediante engaño, o, cuando no queda otro remedio, por la escasa destreza de quienes promovieron las

causas nobles. En cambio, nunca será aceptable una interpretación que transgreda de algún modo el precepto de la inocencia popular y su corolario: la dedicación sólo a las causas nobles. [63] Son muy ilustrativos, en este sentido, los malabarismos argumentales hechos por José Domingo Díaz [c.a 1770-c.a 1827] para conservarle el favor popular a su causa perdida. [64]

Más que enfrentada a la que he denominado visión liberal del pueblo, como blanco de los ataques de la misma, se encuentra la visión antipopular de la historia de Venezuela. Es el producto historiográfico que resultó de la crisis de la conciencia emancipadora cuando aún no había fraguado la conciencia nacional. En efecto, las dificultades vividas por la sociedad venezolana, en trance de conformarse como nación, generó a mediados del siglo XIX un brote de una visión de nuestra historia ostensiblemente antipopular. Gracias a este enfoque, y también como fundamento del mismo, fue imputada al pueblo la responsabilidad por el que entonces lucía como fracaso de la experiencia republicana, no por la falta de recursos, –materiales, sociales y culturales–, de la clase dirigente, sino por la conducta que el pueblo observó durante la lucha independentista. Así, el pueblo resultó ser el único responsable de lo que lucía como el fracaso de la emancipación. Consecuentemente se le endilgó el parricidio significado por el desconocimiento de Simón Bolívar, y se cultivó en él un irredimible sentimiento de culpa; como así mismo se le culpó, por su ignorancia y por su docilidad, de la violencia caudillesca subsiguiente. Al contrario, la clase dirigente reservó para sí cuanto de glorioso estimó que hubo en ese pasado y, de hecho, quedó confinada en él: ..."nosotros no hemos tenido nunca sino la conciencia de lo que fué, cuyo fatalismo melancólico puso siempre un sabor de pesadumbre en la justa ansiedad del porvenir. Y eso es, precisamente, lo que en cien años hemos hecho: ¡vivir del pasado mientras cambiábamos de amo!" [65]

Los historiadores venezolanos influidos por el marxismo crudo de mediados del siglo XX se encontraron en un grave predicamento: quedaron atrapados entre los mandatos de una conciencia histórica basada en la valoración de la independencia

como un absoluto, por una parte; la necesidad "ideológica" de vincular la lucha contemporánea contra el imperialismo con esa independencia, por otra parte; y la apreciación del pueblo en función de los obligantes prejuicios-postulados enunciados. Han tenido que forzar "la imaginación dialéctica" para correlacionar la presencia del pueblo, como fuerza determinante de los triunfos de la antiindependencia, con esos prejuicios-postulados; todo en correspondencia con las exigencias del dogma ideológico. ¿Cómo pudieron y podían ser, a un tiempo, revolucionarias, anti-independentistas y hasta adelantados del anti-imperialismo contemporáneo las masas que siguieron a José Tomás Boves [1782-1814]? Esa fue la pregunta que tuvo que enfrentar Juan Uslar Pietri [1925] y la cual, de hecho, soslayó echando mano a un expediente terminológico: denominó rebelión lo que no podía llamar revolución. [66] Por su parte, Carlos Irazábal [1907-1991] tuvo que negarle carácter revolucionario a la guerra de independencia para salvar al mismo pueblo "revolucionario" que necesitaba para enfrentarlo al "gomecismo" y al imperialismo. [67] Mientras que Federico Brito Figueroa [1924] tuvo que volver revolucionarios a los esclavos negros en lucha por *su* libertad. [68]

Otra área de prueba para el funcionamiento de los prejuicios-postulados favorables al pueblo ha sido el prolongado gobierno del general Juan Vicente Gómez Chacón [1857-1935]. Los que lo combatieron vivían la angustia absoluta cuando comprobaban la docilidad del pueblo bajo el régimen, demostrada por su escasa, si alguna, respuesta a los intentos de ganarlo para la lucha. [69] Desesperado, José Heriberto López [1871-1942] habló, refiriéndose al pueblo hispanoamericano y venezolano, de ..."incapacidad de masculinidad"... [70] Necesitado de una mejor explicación, referida al régimen similar del general Cipriano Castro [1858-1924] Pedro María Morantes [Pío Gil, 1863-1918] recurrió al símil de los peces atrapados en las grutas, que pierden el uso de la vista, pues cosa semejante le sucede al pueblo con la libertad. En otra parte de su obra necesitó una explicación más convincente y sentenció que: ..."Para libertarse del pestífero ambiente moral de Venezuela pueden quitarse la vida desesperados,

uno o muchos individuos, pueden emigrar enloquecidas, una o muchas familias; pero ninguna de esas dos cosas puede hacerla la colectividad del pueblo, que tiene que amoldarse a las condiciones de vida que le ofrecen las camarillas victoriosas"... [71] De esta manera, la del general Juan Vicente Gómez Chacón no fue ni pudo ser nunca, en algún grado, una dictadura que obtuviera la aceptación del pueblo, pese a los muchos indicios de quietud popular, porque ello no habría podido corresponderse con los prejuicios-postulados que según la fe de los jueces,–ya sean historiadores, ya sean políticos–, caracterizan al pueblo como agente de la historia.[72]

La explicación de la tenaz vigencia de esta concepción del pueblo y de lo popular es al parecer sencilla: ningún político puede pronunciarse contra ella sin arruinar su futuro; ningún historiador puede procesarla críticamente sin señalarse de reaccionario. Por eso las interpretaciones basadas en la inocencia genial del pueblo siempre suponen a éste influido o desviado por la perversidad de proposiciones políticas, creencias, ideologías, etc., que le son impuestas, pero que nunca se corresponden con la naturaleza íntima del pueblo. Sólo que este pueblo, es decir el que se supone que sale incólume de todas las combinaciones degradante conocidas, pertenece a la "mitología" de la historia: es esencialmente ahistórico, es un supuesto de filosofía social, un comodín de la acción política que ya no puede prevalerse de la inspiración divina porque ésta aun no se ha liberado del todo de su asociación con posturas antidemocráticas y antipopulares. Y si le ocurriese a alguien verse atrapado por la duda respecto de la inocencia genial del pueblo, le quedará la posibilidad de acogerse a una sentencia de Valentín Espinal, hijo, que, bien vista, sirve lo mismo para inculpar que para exculpar: ..."a los pueblos no se les piden razones porque son ellos los únicos dueños de su propia suerte." [73]

Quizá la crisis en curso del socialismo autocrático, la cual seguramente desembocará en el replanteamiento de algunos de los postulados básicos del socialismo, abrirá de nuevo caminos para una discusión que se ha encontrado encallejonada entre la visión popular de una historia que necesariamente debía tener

en las masas su protagonista esencial y casi único, y cualesquiera otras concepciones e interpretaciones de la historia. Recientes voces han reasumido la defensa del papel de las élites y de los grandes hombres en la historia. Pero lo más significativo es que ya no se trataría del desempeño de los "héroes-santos", sino del de los "héroes-hombres", con toda su carga de pasiones y hasta de perversidad. [74] Quizá por esta vía recuperen interés interpretaciones de la historia tan elementales como la que Norman Mailer [1923] denominó: "La interpretación vulvar de la historia." [75] Pero bien podría abrirse, en cambio, un atrayente abismo de escepticismo histórico, labrado por los brotes de dudosa racionalidad política que amenazan la conformación de un nuevo orden internacional, y concluyamos que: ..."honrar a los muertos es como sembrar el viento"... [76]

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. ..."hay sucesos en la historia que sin el conocimiento de otros que se ignoran y que son su complemento, no se podrían explicar, dando por consiguiente lugar a errores históricos o a dudas con respecto a éllos mismos, porque mutilados en parte de su composición, aparecen como absurdos por el modo embrollado de su desarrollo." Lorenzo de Zaraza, **La independencia en el Llano**, página 26.

2. Suetonio, **Les douze Césars**, p. 258.

3. "El hombre más poderoso de Washington". Revista **Momento**. Caracas, 5 de agosto de 1960, año V, Nº. 212. El barón Alejandro de Humboldt [1769-1859] dejó un testimonio que mueve a reflexión acerca del concepto de testigo u observador calificado. En una entrevista con el general Daniel Florencio O'Leary [1801-1854], en 1853, le dijo refiriéndose a Simón Bolívar y a la independencia de las colonias españolas de América: ..."Traté mucho a éste, después de mi regreso de América, a fines de 1804, decía Humboldt a O'Leary. Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su entusiasmo sostenido por las creaciones de una imaginación brillante, me le hicieron ver como un soñador. Jamás le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Como acababa de visitar las colonias españolas y había palpado el estado político de muchas de ellas, podía juzgar con más exactitud que Bolívar que no conocía sino a Venezuela. Durante mi permanencia en América jamás encontré descontento; pero sí observé que si no existía grande amor hacia España, había por lo menos conformidad

con el régimen establecido. Más tarde, al comenzar la lucha, fué cuando comprendí que me habían ocultado la verdad y que en lugar de amor existían odios profundos o inveterados que estallaron en medio de un torbellino de represalias y de venganzas. Pero lo que más me sorprendió fué la brillante carrera de Bolívar"... "Confieso que me equivoqué en aquel entonces, cuando le juzgué como un hombre pueril, incapaz de empresa tan fecunda, como la que supo llevar a glorioso término"... "Mi compañero Bonpland [Aimé Goujaud, llamado, 1773-1858] fué más sagaz que yo, pues, desde muy al principio, juzgó favorablemente a Bolívar, y aun le estimulaba delante de mí. Recuerdo que una mañana me escribió, diciéndome que Bolívar le había comunicado los proyectos que le animaban, respecto de la independencia de Venezuela, y que no sería extraño que los llevara a remate, pues tenía de su joven amigo la opinión más favorable. Me pareció entonces que Bonpland también deliraba. El delirante no era él sino yo que muy tarde vine a comprender mi error respecto del Grande hombre, cuyos hechos admiro, cuya amistad me fué honrosa, cuya gloria pertenece al mundo." ("Extracto sacado de las **Notas de viaje del General O'Leary**". Arístides Rojas, **Humboldtianas**, pp. 212-213).

4. Russell Baker, "Historic? Not Likely!". **International Herald Tribune**, 13 de setiembre de 1976. No es menos difícil saber que un hecho social no es histórico, pues con frecuencia hechos que pasaron poco menos que inadvertidos para sus coetáneos, o que fueron desdeñados por éstos, cobraron luego importancia histórica. Con ocasión del acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que desembocó en la firma de un tratado en virtud del cual se eliminaban los proyectiles balísticos nucleares de alcance medio, la NATO publicó un comunicado: "Fuentes de la NATO dijeron que Francia se negó a permitir el uso de la palabra «histórico» en la descripción del tratado en dicho comunicado." (John M. Goshko, "In Brussels, Praise for the Treaty". **International Herald Tribune**, 12-13 de diciembre de 1987).

5. Antonio Guzmán Blanco, "Muerte del General Ezequiel Zamora". **Crónica de Caracas**. Caracas, enero-marzo de 1960, Nº. 43, página 151.

6. Vicente Lecuna, "La guerra de independencia en Los Llanos de Venezuela". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Nº, 21, p. 1035. Para otras ocasiones el procedimiento propuesto no deja de ser algo enrevesado: "Así es, en efecto, como se miden las figuras giganteas, aplicándoles la magnitud eminente de los que las circundan"... Eloy Guillermo González, "Cortejo troyano". **Al margen de la Epopeya**, p. 299.

7. Véase: Parte I, nota 26.

8. José Domingo Díaz, **Recuerdos sobre la rebelión de Caracas**, páginas 295-296.

9. Véase: Parte I, nota 48.

10. Véase: Germán Carrera Damas, "La historia contemporánea como cuestión metodológica". **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**, pp. 17-46. Véase: Parte III-C.

11. José Francisco Heredia, **Memorias del Regente Heredia**, p. 269. Corroborando este testimonio, desde otra perspectiva, Manuel Palacio Fajardo [1784-1819], igualmente testigo de los tiempos, admitió que: "Es necesario conocer las enormes distancias que separan las capitales del territorio de Venezuela, el mal estado de los caminos y lo escaso y esparcido de la población, para hacerse cargo de las dificultades que el gobierno tenía que vencer para reclutar un ejército bastante numeroso para detener a un enemigo que avanzaba rápidamente, enardecido por el fanatismo y animado por la confusión que era el natural resultado de la consternación reinante"... (**Bosquejo de la Revolución en la América Española**, p. 79). Pero si estos testimonios sobre las dificultades del terreno pueden servir para explicar vicisitudes, también pueden servir para enaltecer realizaciones: "Nada puede dar, a quienes no conozcan la naturaleza de aquellos países, idea bastante exacta de la suma de audacia, de valor y de formidable voluntad que necesitaron los españoles para conquistar y colonizar a América"... (Caracciolo Parra Pérez, **El régimen español en Venezuela**, p. 15).

12. Denis Diderot, **Jacques le fataliste et son maître**, p. 350.

13. Rafael María Baralt, "Resumen de la Historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año de 1797". **Obras completas**, Vol. I, pp. 419-420.

14. Y aun esto es arriesgado. Se puede ver afectado el conocimiento mismo, según lo observó acertadamente Aldous Huxley en su **Nueva visita a un mundo feliz**. (Véase: Parte II A, nota 11).

15. Jorge Luciani, "Las ideas religiosas del Libertador". El **máximo turbulento de la Gran Colombia y otros estudios**, pp. 101-102.

16. Santiago Key-Ayala, "Luz de Bolívar". **Obras Selectas**, página 388. Pero puede suceder, con lo dicho "para la historia", lo que

Cornelio Tácito dijo respecto de "las obras de ingenio": ..."sucede con las obras de ingenio lo mismo que en el campo, y es que, aunque se siembren otras muchas veces, y se cultiven por mucho tiempo, son más gratas las que da de sí el suelo." (**Diálogo de los oradores**, p. 58).

17. Ralph Linton, **Estudio del hombre**, p. 11.

18. En una de mis clases de "Teoría y método de la historia" se hizo un ejercicio colectivo de definición del hecho histórico, con el siguiente resultado: "La condición de histórico de un hecho, abstracto o material, depende de su aptitud para,–o de la posibilidad de–, que sea utilizado para contribuir a satisfacer la necesidad de autoconocimiento experimentada por el hombre, en un momento dado de su desarrollo histórico."

19. Julio Ramos, **La selva**, p. 129.

20. Miguel de Unamuno, **Vida de Don Quijote y Sancho**, páginas 195-196.

21. Al comentar sobre el tiempo y el espacio en historia debemos partir del reconocimiento de que son categorías propias del conocimiento histórico, cuando de alguna manera se relacionan con el hombre.

Existe una íntima interrelación entre el tiempo y el espacio históricos, como ha quedado dicho: el espacio histórico es el tiempo histórico visto en sentido horizontal mediante un corte en el continuo de la historia. El tiempo histórico es el espacio histórico visto en sentido vertical, sin corte en el continuo de la historia. En consecuencia, la prolongación del espacio histórico nos revela el curso del tiempo histórico.

Ha de tenerse siempre presente que son categorías esencialmente dinámicas y evolutivas. Lo breve de la experiencia histórica de la humanidad hace posible esta comprobación hoy . La generalización de los proyectos civilizacionales, y la tendencia hacia su implantación global, harán que en un tiempo indeterminado esta afirmación quede desvirtuada: el espacio histórico habrá dejado de abarcar el tiempo histórico. Mientras tanto, el espacio histórico es un momento del tiempo histórico, y la proyección de ese momento nos revela el tiempo histórico.

El espacio histórico se diferencia del espacio geográfico, aunque guarda con él una relación progresiva: cuanto mayor es el lapso estudiado, las respectivas evoluciones tienden a acercarse en el tiempo histórico. Cuanto menor es el lapso, más tienden a separarse [no es otro

el mecanismo de la síntesis histórica; me refiero a la que se realiza en el acontecer, no a la historiográfica] que revela la confluencia última, más sincrética que sintética, de los movimientos históricos. Esto es observable sobre todo en el orden de la implantación de nuevas ideologías, sistemas políticos y modos sociales.

El problema de la causalidad histórica se inscribe en el espacio histórico como un fermento altamente dinámico. Si imaginamos el espacio histórico como una superficie, ésta se presenta en estado de ebullición, y en ese estado desempeñan papel fundamental las influencias ideológicas sobre la realidad, entendido esto último como el trance de realización de esas ideologías en un proceso que podría verse como un movimiento de "retorno al origen", en el sentido de que las ideologías emanadas de la realidad vuelven a ésta al condicionarla.

La convivencia de manifestaciones diferentes de la realidad en un mismo momento del tiempo o espacio histórico es engañosa. En realidad, la acción de las ideologías y la evolución de la base material de la sociedad tienden, mediante la aceleración de los ritmos históricos, a producir acercamiento entre las diferentes manifestaciones de la realidad. Es decir, se produce una contemporaneidad histórica entendida como adecuación histórica múltiple referida a un eje que es a un tiempo único y diverso. De allí la vigencia del postulado de que no todas las sociedades han de pasar forzosamente por todos y cada uno de los estadios de la evolución histórica.

En suma, esta tendencia creciente a la contemporaneidad histórica sería el sentido de la progresión de la historia universal [de la genuinamente universal, no de la universalidad usurpada por la visión euro-occidental de la historia]. Se trataría de la coexistencia igualatoria de las etapas evolutivas, gracias a la ampliación de la noción de espacio histórico hasta llegar a sus límites definitivos en el planeta. Esta es la obra de la transformación de la base material de la sociedad y también de las consiguientes ideologías.

Llegaríamos de esta manera a la plena conjunción de las nociones de espacio y tiempo históricos, de modo que un corte en el tiempo nos revelaría todo el espacio histórico, regido por la adecuación histórica. Actualmente, en la medida en que nos apartamos del centro de conjunción del tiempo y el espacio históricos la separación entre ambos tiende a hacerse mayor.

En otros términos: el espacio histórico, como momento que es del tiempo histórico, estaría constituido por el conocimiento que de la existencia de la humanidad se tenga en ese momento. En consecuencia, habría sociedades que estarían fuera del espacio histórico por cuanto se desconoce su existencia. Por lo mismo, el espacio histórico puede ampliarse retrospectivamente, en el sentido de que hallazgos arqueológicos, por ejemplo, pueden ampliar a posteriori el espacio his-

tórico de un momento dado del tiempo histórico, al permitir la incorporación de sociedades hasta entonces ignoradas. Así, el descubrimiento de América amplió el espacio histórico del siglo XV, pero en siglos posteriores amplió también el espacio histórico de siglos anteriores al XV.

La totalidad quedaría entendida, por consiguiente, como la integración dialéctica de las diversas modalidades de lo espacial y lo temporal que constituye la experiencia del hombre en sociedad. La totalidad es, en sí, un hecho histórico, y uno que comienza a adquirir existencia plena a partir, probablemente, de la Segunda Guerra Mundial.

22. José Ortega y Gasset, **Sobre la razón histórica**, p. 26.

23. Daniel Florencio O'Leary [1801-1854] le atribuye a Simón Bolívar esta sentencia: "El pasado es el mejor de los profetas del futuro". (The **'Detached Recollections' of General D. F. O'Leary**, página 11).

24. Rafael Villavicencio, "Discurso del doctor Rafael Villavicencio para inaugurar el acto de la Sesión Solemne del Instituto de Ciencias Sociales, celebrada en el Salón del Senado con motivo del aniversario de nuestra Independencia." (Luis Villalba Villalba, **El primer instituto venezolano de ciencias sociales**, p. 58). Por cierto que no requiere mucho esfuerzo referir este pensamiento, expuesto en un acto celebrado el 6 de julio de 1877, al de Gustavo Le Bon [1841-1931]: "No son sólo los progresos de la arqueología moderna los que han contribuido a renovar nuestros conocimientos y nuestras ideas en historia. Los descubrimientos realizados por las ciencias físicas y naturales han contribuido igualmente. Es gracias a ellas que la noción de causas naturales penetra cada vez más en la historia, y que nos acostumbramos a considerar los fenómenos históricos como sometidos a leyes tan invariables como las que rigen el curso de los astros o la transformación de los mundos. El papel que todos los escritores antiguos atribuyeron durante tanto tiempo a la Providencia o al azar, hoy ya no es atribuido sino a leyes naturales, tan ajenas a la acción del azar como a la voluntad de los dioses. Unas leyes rigen las combinaciones químicas y la atracción de los cuerpos, otras rigen el pensamiento y las acciones de los hombres, el nacimiento y la decadencia de las creencias y de los imperios. Estas leyes del mundo moral nos son frecuentemente mal conocidas, pero jamás podemos eludirlas. «Actúan tan pronto en nuestro favor, tan pronto en contra nuestra, ha dicho con acierto un filósofo eminente, pero siempre iguales y sin que nos tengan en cuenta: a nosotros nos toca tenerlas en cuenta»." (**Les premières civilisations**, páginas 6-7).

25. Emilio Navarro, **La Revolución Federal, 1859 a 1863**, p. 50. Para este fin, es decir para satisfacer la necesidad de seguridad, y hallándose en situación de imposibilidad de confiarse a la Providencia, es muy aconsejable poner las esperanzas en "el orden de las cosas", en acuerdo con la clasificación que hizo Simón Rodríguez [1771-1854] de los decidores del futuro: "En lo futuro dominan los Profetas, inspirados o políticos: los primeros existieron mientras hubo que vaticinar arcanos, misterios, prodijios - los segundos existen y existirán entre los filósofos que calculan para predecir acontecimientos que están en el orden de las cosas"... (**El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de arma defendidos por un amigo de la causa social**, p. 111). Le queda abierto al hombre el camino de la "resignación científica", como el pautado por un personaje novelado de Enrique Bernardo Núñez [1895-1964: ..."Las civilizaciones, las culturas, siguen evoluciones parecidas, obedecen leyes semejantes a las que rigen la vida de los seres. Las ciudades nacen, crecen y mueren. Además –y ni usted ni nadie podrá negarlo–, a pesar de todos los recursos, el hombre es siempre el mismo. Hoy como ayer mueren jóvenes y hay ancianos como hace diez mil años." (**La galera de Tiberio**, p. 49).

26. Santiago Key-Ayala, **Entre Gil Fortoul y Lisandro Alvarado**, página 12.

27. Véase: Parte I, nota 89.

28. José Ortega y Gasset, **Op. cit.**, p. 28.

29. José María Madiedo, **El dedo en la llaga**, p. 6. La aspiración de una "historia fotográfica" fue expresada también por Antonio Leocadio Guzmán (1801-184). (Véase: Parte I, nota 119).

30. Marie-Antoine Carême, **El gran arte de los fondos, caldos, adobos y potajes**, p. 35.

31. Santiago Key-Ayala, **Op. cit.**, p. 40.

32 . **Ibidem**, p. 14.

33. Léon-E. Halkin hizo una acertada presentación de esta materia en: "Un género histórico: la biografía". **Iniciación a la crítica histórica**, pp. 67-75.

34. Simón Rodríguez, **Op. Cit.**, p. 111. Por supuesto, es todavía posible aumentar la dificultad. Esto puede lograrse ampliando el teatro en cual actuó el biografiado, más allá de la exageración: ..."las gran-

des avenidas de la historia bolivariana, que es la historia indocontinental"... Rafael Cayama Martínez, "Prólogo" a José Cova Maza, **Mocedades de Bolívar**, p. vii.

35. Quienes hemos creído necesario, para impulsar el desarrollo crítico de la historiografía venezolana contemporánea, dar el paso obligado de evaluar críticamente el testimonio del principal testigo del proceso de independencia, Simón Bolívar, hemos tenido la ingrata ocasión de comprobar la intensidad del absurdo que reina en este aspecto, en los círculos de la historia oficial. La publicación en una revista universitaria, **Gaceta de Letras** (Caracas, 26 de mayo de 1960, año 3), de un breve artículo titulado "Los «ingenuos patricios» del 19 de Abril y el testimonio de Bolívar", (reproducido en **Crítica histórica**, pp. 47-54), dio pretexto para un escándalo periodístico que motivó de mi parte una respuesta indirecta: "La segunda religión". (**El Nacional**, 16 de junio de 1960, reproducida en la misma obra, pp, 55-61). Más graves fueron las consecuencias de un intento de aproximación científica a la personalidad psicológica de Simón Bolívar escrito por Diego Carbonell [1884-1945]. (María de Lourdes Carbonell, "Introducción" a Diego Carbonell, **Psicopatología de Bolívar**). En ambos casos los guardianes del culto reaccionaron con desmesura.

36. Domingo Faustino Sarmiento, **Recuerdos de Provincia**, página 17.

37. Gonzalo Picón Febres [1860-1918] caracterizó a los biógrafos venezolanos del siglo XIX: "Es de lamentarse que hombres de tanta ilustración, de tan preclaro ingenio y de tan elevadas miras como Juan Vicente González [1810-1866] y don Felipe Larrazábal [1816-1873], se dejasen dominar, para escribir la historia, unas veces por la ciega admiración, otras por el patriotismo irreflexivo, otras por el odio, que todo lo enturbia y oscurece con sus alas espantables de tinieblas"... "Y este mismo juicio puede lanzarse a boca llena sobre casi todas las biografías ditirámbicas de venezolanos ilustres que hasta ahora se han escrito y publicado [el autor publicó su obra en 1906], que han tenido por objeto el solo elogio de aquellos varones espectables, y que serán sin duda alguna importantísima contribución a la verdadera historia, crítico-filosófica e imparcial, que debe elaborarse en Venezuela, cuando de ellas se tome con cuidado lo que no riña abiertamente ni de ninguna forma con la exactitud de los hechos, y se utilice desde luego lo que en ningún sentido haga afrenta a la justicia." (**La literatura venezolana en el siglo XIX**, página 14).

38. Manuel Osorio Calatrava, **La sombra de Carujo**, p. 141. Es obvio que en la mente de tales historiadores el darle un pelotazo en la cabeza al príncipe de Asturias sólo podía ser cosa del ..."predestinado adolescente que vé con ojos frescos y ávidos las cosas"... (Manuel Díaz Rodríguez, "Roma y Simón Bolívar". **Entre las colinas en flor**, p. 10). Sólo que tal predestinación se manifestó también, poco tiempo después, en la conducta personal que el Licenciado Miguel José Sanz censuró y denunció por zafia y desordenada: ..."A las once y media de la mañana del 22 siguiente [julio de 1809] atraviesa don Fernando Toro las calles más públicas de la ciudad, acompañado de su pariente don Simón Bolívar, ambos armados con sables. Entran en la casa del coronel don Manuel de Fierro, nuestro amigo, uno de los más opuestos a la intentada junta y le desafían. Siguen a mi casa: entran en ella con la mayor desatención: no hallan a Rodríguez [yerno de Sanz, quien había declarado con éste contra los promotores de una junta que pretendía suplir la falta del rey]: se pasean en la calle para esperarle: llega desarmado, y en la misma calle también le desafían. Hechos notorios"... (Miguel José Sanz, "Representación del Dr, Sanz". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** Nº. 52, p. 621). Viene al caso recordar la prevención que ofreció Rodolfo Mondolfo: "En la filosofía de Heráclito podía haber una raíz parcial y lejana de esos desarrollos posteriores, pero querer encontrar en una raíz o semilla particular el desarrollo ya efectuado y completo de todo un árbol, es caer en lo arbitrario y anacrónico." (**Problemas y métodos de investigación en historia de la filosofía**, p. 98).

39. Leon-E, Halkin, **Op. cit.**, p. 85.

40. Alfonso Reyes, "La inefable verdad biográfica". **El Nacional**. Caracas, 18 de junio de 1959.

41. Marcel Schwob, "El arte de la biografía". **Arte de la biografía**, página 403.

42. **Ibidem**, p. 404.

43. **Ibidem**, p. 405.

44. Juan Uslar Pietri, **Boves**, p. 11.

45. Ricardo Becerra, "Prólogo". **Vida de D. Francisco de Miranda**, vol. I, p.19.

46. Simón Rodríguez, **Op. cit.**, p. 5.

47. Suetonio, **Op. cit.**, p. 216.

48. Me refiero a "Cirios para Gómez" y "Juan Vicente Gómez: la evasora personalidad de un dictador". (**Jornadas de crítica histórica**). También a "Primera aproximación a la personalidad de Sucre". (**Validación del pasado**). Igualmente he incursionado un poco en áreas relacionadas con la biografía desde el punto de vista historiográfico general: "El pasado histórico como ideología condicionante de las aspiraciones socioindividuales". (**Ibidem**) y "Puntos de vista de un historiador acerca de la psicología social histórica". (**Boletín de la Asociación Venezolana de Psicología Social**. Caracas, abril de 1979, vol. II, Nº. 1). Quizá sea el segundo de los trabajos mencionados el que me ha permitido adquirir una noción más afinada de las dificultades del género biográfico, en su aspecto básico de percepción de los rasgos definitorios de una personalidad, extrayéndolos del enredijo de anécdotas y prejuicios.

49. Citado por Laureano Vallenilla Lanz. **Cesarismo democrático**, página 103.

50. El tema se encuentra tratado en mi obra **Boves, aspectos socioeconómicos de la Independencia**.

51. ..."La turba que siguió a Boves no fué, a poco andar, la turba de Páez. Uno y otro empiezan con cerebros oscuros. Pero el cerebro de Boves se queda oscuro cuando el cerebro de Páez se va poco a poco iluminando. Aquél es siempre el mismo, hasta la muerte; el otro se transforma"... Páez ..."al fin se convence de que más arriba del instinto está la idea, sobre la pasión baja la conciencia alta, sobre el interés momentáneo el ideal permanente"... Sólo que en la explicación de este autor pareciera que Páez, en la suya, olvidó un detalle: ..."Páez y sus llaneros comprendieron la superioridad de su nuevo jefe [Simón Bolívar] y experimentaron definitivamente el amor a la patria grande." (**Historia Constitucional de Venezuela**, vol. I, pp. 372-373 y 374). No en balde el autor cerró el "Prefacio a la segunda edición", fechado Caracas, 1930, con estas palabras: "Escribiendo esta Historia"... "el autor ha visto una vez más que las ideas preceden a los hechos y los determinan; que un ideal, cuando noble, es lo único que transforma en cada época al hombre y a los pueblos; que el ideal en definitiva es la verdadera encarnación del destino." (p. 10). (Véase: Parte I, nota 87).

52. Juan Uslar Pietri, **Boves** e **Historia de la rebelión popular de 1814**.

53. Laureano Vallenilla Lanz, **Op. cit.**, p. 103.

54. Miguel Eduardo Pardo, **Todo un pueblo**, p. 80.

55. Pedro María Morantes (Pío Gil), **Los felicitadores**, pp. 21-22.

56. Mariano Picón Salas, **1941**, páginas 55-56.

57. Simón Rodríguez, **Op. cit.**, p. 118. Toda la obra de este autor testimonia de una constante, profunda y critica preocupación por el pueblo. La ironía de que tanto hizo gala no debe confundirnos sobre el alcance de sus reflexiones, ni sobre sus propósitos, no ya reformadores sino transformadores del pueblo, y en particular de mestizos e indios, en los ciudadanos necesitados por las recién constituidas repúblicas. En esta misma **Defensa..**, encontramos estas muestras:

Refiriéndose al papel del pueblo en los planes de gobierno. según las instrucciones que dan los gobernantes a sus ministros:

"No queremos hacer un pueblo de FILOSOFOS...
"Cultivemos la jente DECENTE...
"Como tengamos al pueblo quieto y ocupado,
respetando personas y propiedades
obedeciendo á las leyes y á los majistrados
pagando sus contribuciones, y
defendiendo el país
"lo demás es romance
"bellas teorías, y nada en la práctica
"la experiencia ha desengañado." (**Ibidem**, pp. 130-131).

Para quien tuviese a su cargo la obra de educar al pueblo, como él lo intentó en Bolivia, enuncia un requisito: "Conocimiento práctico del Pueblo, y para esto haber viajado por largo tiempo, en países donde hay que aprender, y con la intención de aprender [como él lo había hecho. G. C. D.]. El Pueblo no se conoce andando por las calles, ni frecuentando algunas casas pobres, para darles una parte de lo que necesitan, o para pedirles todo lo que pueden dar." (**Ibidem**, p. 156).

Esto y más sin desmedro del minuto de desaliento. El 7 de enero de 1825 escribió a Simón Bolívar, desde Guayaquil: "Trate U. de desvanecer la idea de viaje y de abandono porque puede hacer mucho mal. El pueblo es tonto en todas partes; sólo U. quiere que no lo sea en América, y tiene razón. No olvide U. que para el hombre vulgar todo lo que no está en práctica es paradoja." (**Escritos de Simón Rodríguez**, vol. II, página 358).

58. Véase: Parte I, nota 59.

59. Pablo Neruda, "Un canto para Bolívar". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, octubre-diciembre de 1955. Nº. 152, p. 544.

60. Con este término se ha querido sintetizar los rasgos de la dictadura, calificada también de "perpetua", del general Juan Vicente Gómez Chacón, vista como la máxima y más lograda realización del caudillismo autocrático en Venezuela. Pero está referido sobre todo a las características psicosociales de la sociedad venezolana hasta tiempos muy recientes.

61. Rómulo Betancourt [1908-1981], al enjuiciar la actitud censurable de la que consideraba pseudo oposición a la tiranía gomecista en el exilio, creyó necesario hacer el deslinde salvador: ..."Me parece justa la actitud de enjuiciar a los grupitos que continúan tirándole epítetos desde lejos a aquella gente y removiendo aguas sucias en nuestro propio frente oposicionista; pero salvando de ese juicio al pueblo venezolano, a la masa, a los camisa-de-mochila, dispuestos siempre, con resolución fatalista"... "a afrontar la muerte, la cárcel, todo, para acabar con el régimen. Ese pueblo es aún ignorante, gregario, incapaz de buscarle por sí solo cauces a sus anhelos confusos de dignidad civil, pero, está apto para recibir palabras de renovación. Su actuación en estos últimos tiempos, la forma como ha respondido a nuestras llamadas, son indicios que no dejan lugar a dudas"... ("Carta de Rómulo Betancourt a José Rafael Pocaterra. Barranquilla, 5 de marzo de 1931". **Archivo de Rómulo Betancourt**, Tomo 3, 1931, p. 29). Rómulo Betancourt se refería al mismo pueblo, y en la misma época, presentados de manera diametralmente opuesta por Emilio Arévalo González [1882-1965], y por Pío Gil [1863-1918]: ..."Falta la libertad, y sobreviven los pueblos envilecidos de los despotismos. Pero de ese envilecimiento no es responsable el pueblo"... "El pueblo estará envilecido, pero no es vil: los viles son los criminales y los ineptos que están a la cabeza de él!" (**Los Felicitadores**, edic. Garrido, 1952, p. 14). Sobre la valoración del pueblo por Simón Bolívar, en momentos particularmente críticos, como los vividos en 1814, debe leerse cuidadosamente el llamado "Manifiesto de Carúpano", de 7 de setiembre de ese año. Así mismo, conviene relacionar esa lectura con la de los comentarios de Caracciolo Parra-Pérez ("Se embarcaron furtivamente". **Mariño y la independencia de Venezuela**, vol. I, pp. 451-467). Este autor sacó la siguiente, terrible y muy discutible, conclusión: "En suma: vese que a la masa del pueblo hubo necesidad de imponerle la libertad, la independencia, la república. Y aquellos sentimientos realistas, mezclados y apoyados con instintos de primarios y tendencias al robo y al desorden, explican, ya se ha dicho, el prestigio de grandes asesinos y exterminadores que parecían encar-

nar la voluntad general de acabar de cualquier modo con los patriotas." (**Ibidem**, p. 465). (Véase Parte I, nota 58).

62. Véase: Germán Carrera Damas, "El discurso de Bolívar en Angostura: proceso al federalismo y al pueblo". **Validación del pasado**, pp. 147-230. (Véanse especialmente las páginas 158-159).

63. Necesariamente, habría que explicar el establecimiento de la Ley Marcial y la dura represión de la deserción, haciendo recaer la responsabilidad en el fanatismo y la ignorancia. Simón Bolívar estableció la Ley Marcial el 17 de junio de 1814, en términos muy drásticos:

"Todos los ciudadanos se presentarán antes de tres horas cumplidas después de esta publicación, con sus armas y todas las bestias y monturas que posean, en la Plaza Myor, donde se le dará destino.

"Los que contraviniesen en algo el tenor de los anteriores artículos serán juzgados y sentenciados como traidores a la Patria, tres horas después de comprobado el delito, debiendo ejecutar y hacer cumplir el anterior mandato en los pueblos que no haya Comandante Militar los Políticos."

El 7 de setiembre del mismo año, en el llamado "Manifiesto de Carúpano", para explicar su fracaso tuvo que acudir al señalamiento de que: ..."estando la masa de los pueblos descarriada, por el fanatismo religioso, y seducido por el incentivo de la anarquía devoradora"... (**Obras completas**, vol. III).

64. **Recuerdos sobre la rebelión de Caracas**. José Domingo Díaz cierra su amargo libro de recuerdos con una declaración que no puede ser más rotunda: "Es la verdad el carácter de la historia; he cumplido religiosamente con ella, y no me han detenido ni consideraciones, ni esas injustas y peligrosas parcialidades que han desfigurado en Europa los acontecimientos de mi patria. Los he referido como fueron en sí, como pasaron y como fueron constantes a mis propios ojos. He hablado de los hombres como han sido en Venezuela; pero jamás bajo de otras consideraciones, ni en épocas y pueblos diversos; lo demás sería superfluo e incoherente a mis fines. En lo que he dicho no me he engañado"... (p. 369). Esto no le impidió presentar, al comienzo de su obra, la jornada del 5 de Julio de 1811 como promovida por: ..."la Sociedad Patriótica, club numeroso establecido por Miranda [Francisco de] y compuesto de hombres de todas castas y condiciones"... "Yo los vi correr por las calles en mangas de camisa y llenos de vino, dando alaridos y arrastrando los retratos de S. M., que habían arrancado de todos los lugares en donde se encontraban. Aquellos pelotones de hombres de la revolución, negros, mulatos, blancos, españoles y americanos corrían de una plaza a otra, en donde oradores energúmenos incitaban al

populacho al desenfreno y la licencia"... (pp. 90-91). Sin embargo, cierra su requisitoria contra la independencia, que eso es su obra, con lo que constituye la esencia de su visión de todo lo sucedido: ..."Un centenar de jóvenes concibió este gran crimen y lo ejecutó a la vista de un Gobierno que lo supo y no lo contuvo y de muchos millares de europeos y americanos honrados que lo vieron y quedaron inactivos." ., (p. 570), y el recordatorio de que: ..."aquellos pueblos me conocen. Dieciséis años ha que oyen mi voz"... (p. 575), refiriéndose a sus publicaciones contra los sediciosos. Pero, pese a todo, ¿tuvo el pueblo alguna responsabilidad en lo sucedido?

65. Elías Pérez Sosa, "Un pensamiento que mata". **La Casa de Vargas**, p. 39. Mario Briceño-Iragorry [1897-1958] invocó la gloria pasada para luchar contra quienes la detentan: "Contra los agazapados, contra los simuladores de la democracia, contra los maestros del prudente disimulo, contra los que aconsejan el silencio de las opiniones como garantía de beneficios, contra los oligarcas que se empeñan por mantener a su servicio los intereses de la República, debe ser nuestro Carabobo de todos los días." ("Discurso como Presidente del Congreso, el 24-6-1945". **Celebración del día de Carabobo y del Ejército**, páginas 10-11).

66. Dos de sus obras, **Boves** e **Historia de la rebelión popular de 1814**, están consagradas por completo a este objeto. La participación de las masas populares, y en particular la de los llaneros, en los inicios de las guerras de independencia, es presentada como correspondiente a una reacción social espontánea contra el intento de los criollos terratenientes de consolidar su poder social mediante el ejercicio del poder político. Esta reacción sería de suyo revolucionaria, pero sin llegar a ser una revolución por cuanto no satisfacía los requisitos que al respecto establece la ortodoxia marxista. Habría sido, por consiguiente, algo así como lo que en tiempos del autor se denominaba "una rebelión de alcance revolucionario".

67. La obra insignia de este autor, **Hacia la democracia**, se inicia con un capítulo divulgativo titulado "Revolución, fenómeno natural e histórico", en el cual entrega las claves de su concepción de la historia, fundada en el materialismo histórico. En la parte correspondiente a la independencia incluye una subparte titulada "III.- La independencia realizada por las masas populares", en cuyo segundo párrafo saca la conclusión del que denomina ..."legítimo rencor"... del pueblo respecto de los criollos promotores de la independencia: "Nada más natural entonces que «el pueblo bajo» adoptara frente a la Independencia al iniciarse ésta una posición hostil. Prefirió el pueblo a la bandera revo-

lucionaria, los estandartes reales. Lo contrario hubiera sido un contrasentido, pues para él, luchar por la causa de España era, objetivamente, luchar por su libertad, como combatir en las filas patriotas significaba reforzar sus cadenas. El pueblo ama su libertad; por amarla, el de Venezuela batalló al principio contra los enemigos seculares de la suya." (pp. 83-84). Cabe observar la generalizada imprecisión conceptual y terminológica, a la vez que la invocación de uno de los prejuicios-preceptos a que me he venido refiriendo. Luego de seguir la peripecia del pueblo en trance de expresarse de manera revolucionaria, sin importar la causa que abrace en un momento dado, el autor culmina su obra con esta afirmación de fe en el pueblo: "De todos modos, el pueblo venezolano continuará en su lucha. Organizándose, fortaleciéndose y más próximo cada día del gran movimiento constructivo que habrá de levantar sobre las injusticias y las vergüenzas del pasado un nuevo orden político y social. Y en nuestro país, a pesar de todas las fuerzas reaccionarias coligadas, la democracia, al fin, será una realidad." (p. 231).

68. Se requiere un gran empeño, y un no menor olvido de elementales normas de crítica histórica, para hacer de los esclavos que procuraban *su libertad* poco menos que luchadores revolucionarios por *la libertad*. Igualmente para convertir los rasgos de la guerra racial incubada en la violencia sistemática implícita en la esclavitud en una expresión revolucionaria.

69. Pedro Manuel Arcaya observó esta circunstancia y sacó una conclusión acorde con su militancia gomecista, expresada aun después de muerto el dictador, en 1936: "Algunos fanáticos afirmaron que sólo la fuerza mantuvo la paz en Venezuela, y por consiguiente objetaron en gran parte sus beneficios. Pero estaban equivocados. Es cierto que gracias a su magnífica organización el Ejército Nacional era relativamente poderoso en nuestro país, y que estaba sometido a una disciplina que era desconocida desde los tiempos de la Gran Colombia; pero no fue el temor al ejército lo que previno la guerra civil. Ya hemos visto que en varias ocasiones se hicieron intentos para suscitar el conflicto, pero los revolucionarios no encontraron partidarios. En vano ellos lanzaron el grito de que estaban combatiendo "la tiranía". El mito del "tirano" no fue bien recibido por el común del pueblo cuando se le refería al General Gómez"... (**The Gomez regime in Venezuela and its background**, pp. 123-124). Actualmente el dictador forma entre las "potencias" del culto popular.

70. **Veinte años sin patria**, p.15. El primer capítulo de la obra está dedicado al desahogo del profundo resentimiento del autor, acu-

mulado durante su largo exilio. Llegó al extremo de hacer la siguiente declaración: "Nunca he creído en la valentía del conglomerado que la sociología política designa con el nombre de pueblo y por el contrario, siempre he pensado que aquel audaz escritor que sin temor lo llamó manada de borregos tuvo razón. ¿De qué otra manera podemos explicarnos las largas, constantes y sangrientas tiranías de la América hispana?"... (**Ibidem**, p. 8).

71. Pío Gil (Pedro María Morantes). **Los Felicitadores**. Tip. Garrido, 1952, pp. 13-14.

72. En tiempos recientes hemos visto el caso de un pueblo que fue declarado culpable, ante la humanidad y ante la historia: el alemán. Convicto por el nazismo y por sus crímenes contra la humanidad, fue sentado simbólicamente en el banquillo de los acusados, en los Juicios de Nuremberg. Hoy se evita cuidadosamente extender el mismo juicio a los pueblos de la ex-Unión Soviética.

73. Valentín Espinal, hijo, **Verdades amargas de actualidad dedicadas al Sr. Gral. Joaquín Crespo y al Ejercito Legalista bajo sus órdenes**, página 9.

74. Los acontecimientos que desembocaron en la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de su área de dominación e influencia han sido vistos como la obra, en una porción muy destacada y quizá fundamental, de un hombre que conoció rápidamente el más alto nivel de popularidad y de prestigio, para luego caer en un semiolvido: Mikhail Sergueievitch Gorbachev [1931]. El ciclo de Richard Nixon [1913-1994] ofrece una vasta gama de actuaciones y de situaciones que bien pueden nutrir toda una extensa y detenida reflexión sobre el papel de los grandes hombres en la historia. Pero no nos hagamos ilusiones: a poco andar por este camino caeremos de nuevo en la trampa constituida por la dificultad de deslindar cuánto es debido a la determinación consciente del actor, cuánto a la circunstancia y, cabe añadirlo, cuánto al llamado efecto perverso de su acción.

75 . Norman Mailer, **Los desnudos y los muertos**, p. 70.

76. Sófocles, **Antígona**.

B. Notas sobre historiografía científica, darwinismo social y espíritu crítico

Hasta bien entrada la segunda parte del siglo XIX el volumen y la calidad del conocimiento científico moderno sobre la realidad venezolana, entendido como la exploración y la comprensión sistemáticas de la relación dinámica existente entre el hombre venezolano y su circunstancia física y social, eran muy sumarios. [1] La introducción en esta relación de la dimensión temporal hacía todavía menos significativo el resultado. Las áreas de conocimiento padecían de un bajo grado de articulación y apenas comenzaban a reflejar la diferenciación entre las disciplinas que procuraban ese conocimiento. En esa relación múltiple entiendo: por *el hombre*, el agente social, sea colectivo, sea individual; por *el tiempo*, la historia y su proyección a través de la cadena que vincula la conciencia histórica con la social y la política; y por *la circunstancia física y social* la conjugación entre el medio geográfico y la sociedad por mediación de la aptitud tecnológica, determinada esta última por la relación entre el conocimiento del medio físico y la capacidad, tanto tecnológica como de organización social, para actuar sobre el mismo.

El conocimiento científico del hombre venezolano se inició precisamente mediante el deslinde entre las disciplinas que lo procuraban, el cual comenzó a esbozarse a fines del siglo XIX, con el inicio de los novedosos estudios sociológicos, los de psicología individual y colectiva, y los de la historiografía globalmente denominada positivista.

Gracias a este proceso de reorientación del conocimiento la denominada "realidad venezolana" comenzó a desprenderse de la transfiguración estimulada por el romanticismo y transmitida sobre todo en la obra literaria y en la historia patria. La supervivencia del romanticismo, y aun su recurrencia en este aspecto, quizá podrían explicarse básicamente por el lento y frecuentemente accidentado desarrollo del conocimiento científico, si bien no ha faltado quien plantee esta relación en sentido inverso.

Me atrevo a sugerir que cuando José Gil Fortoul [1861-1943] publicó su obra **El hombre y la historia, ensayo de sociología venezolana**, en 1890 [2], dio un paso hacia la superación, poco después, no solamente de su propio rezago romántico, el cual se refugiaba en sus "novelas sociológicas", sino también del que era blanco de una lucha semejante en Miguel Eduardo Pardo [1868-1905] con su novela **Todo un pueblo**, publicada en 1899 [3]; y aun del perceptible en la fundamentación, más ética que científica, del ensayo de sociología política de Jesús Muñoz Tébar [1847-1909] **Personalismo y Legalismo**, publicado en 1890. [4]

El que habría podido ser el gran demoledor de la concepción romántica de la "realidad venezolana", Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], no pudo perfeccionar su labor por la falta de sistematización científica de su pensamiento. No obstante, su crítica [5] estuvo cercana a conseguirlo en el campo de la historiografía y en el de la naciente sociología, si bien más como programa crítico-ideológico que como realización salvo, en parte, en la historiografía. [6]

Pero, en adelante ya no se pudo intentar la comprensión de la "realidad venezolana", con la aspiración de ser convincente, por la vía intuitiva, inspirada, sino por la del conocimiento científico. La irrupción del materialismo histórico, declaradamente cientificista, que alcanzó su expresión primaria, en el campo de las ciencias sociales y de la historiografía, con la obra de Carlos Irazábal [1907-1991] **Hacia la democracia**, publicada en 1939 [7] contribuyó a consolidar definitivamente esa tendencia.

Habían comenzado a llegar también a la literatura, en trance de separarse, por fin, de la historiografía, los resultados del conocimiento científico de la "realidad venezolana" por obra de la sociología, de la psicología individual y colectiva, y de la política. Ilustra sobre esta progresión la secuencia formada por la obra de Manuel Vicente Romero García [1865-1917] **Peonía**, publicada en 1890 [8]; la de Luis Manuel Urbaneja Achelphol [1873-1937] **En este país!...**, publicada en 1920 [9]; y la de Rómulo Gallegos [1884-1969] **Doña Bárbara**, publicada en 1929.[10]

Este cuadro se enriquece si se le vincula con el esquema

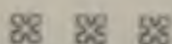
histórico de las ideas. Me inclino a creer que en la persistencia del romanticismo, entendido sobre todo como un complejo ideológico y de ninguna manera como una postura fundamentalmente emocional, influyeron entonces el legado ideológico primario venezolano y los vestigios más bien retóricos de las constantes del pensamiento venezolano del siglo XIX: el alucinado optimismo lírico y el pesimismo sistemático. [11] Ambos, tenazmente arraigados en la que he denominado "la zona intermedia", trascendían en figuraciones de la realidad. Estas eran asumidas como las metas imprecisas de un adelanto social más anhelado que procurado prácticamente mediante un ejercicio consciente, lúcido, tenaz. Es decir, se percibe en tal romanticismo la inconformidad con la realidad, mientras ésta era revelada en forma cada día más precisa por el conocimiento científico en vías de implantarse.

La visión de la circunstancia-realidad, así revelada, suscitaba actitudes por completo diferentes en el científico y en el literato-historiador. Mientras que el primero, cualquiera que fuese su campo de aplicación, incluida por supuesto la historiografía, se aplicaba a la formulación de diagnósticos que condujeran a la identificación de eventuales correctivos para los males sociales, el segundo se proyectaba en valoraciones de orden ético y/o sentimental que podían desembocar en posturas crudamente románticas: añoranza de una "Edad de oro" vivida por la sociedad venezolana y anhelo de retorno a ella; idealización de la conducta individual y colectiva; y aspiración de esquemas de gobierno y de convivencia social "mejores" que los sustentados por la realidad.

En sentido estricto, el "romántico" así considerado no se proponía comprender ni interpretar la realidad. La captaba por la vía intuitiva, la sentía. Por eso no es fácil identificar en Venezuela una concepción de la ciencia vinculada orgánicamente con el romanticismo. Quizá sea más cómodo hacerlo con el espíritu científico, por lo cercano que éste suele estar de la aventura, como puede apreciarse en la vida y obra de muchos naturalistas. También en la literatura historiográfica venezolana, en el sentido tradicional, el auge y la persistencia del romanticismo

así entendido pueden ser considerados como expresiones de lo incipiente del conocimiento científico de nuestra realidad, aunque sin subestimar el peso de las circunstancias sociales y políticas que generaron la noción de *historia patria*. Por eso, como he dicho, en José Gil Fortoul el romanticismo fue una especie de atavismo. Trabajosamente abandonado a medida que se consolidaban el historiador y el sociólogo, quedó convertido en un idealismo que fue exhibido por él como el resultado de la decantación de su trabajo científico.

En suma, no podía captarse la "realidad venezolana", tan desconocida, sino románticamente. En suma, el avance del conocimiento científico no destruyó el romanticismo; lo forzó a cambiar de objeto. Todo para su propio bien, para el de la ciencia y, quizá, sobre todo para el de la historiografía.



Es posible diferenciar dos grandes áreas en el impacto del darwinismo en Venezuela. El criterio diferenciador es la identificación del área intelectual en la cual, en un momento dado, se manifestó con más intensidad ese impacto.

Desde el punto de vista ideológico el impacto inicial y fundamental del darwinismo y sus corrientes cientificistas afines se ejerció sobre todo en el área de la liberación de las conciencias. Pero esa liberación ha de entenderse como una apertura que desbordaba el campo del conocimiento científico y conmovía de lleno tanto la conciencia social como la política. Este efecto prosiguió, pero en una nueva relación con el causado en las ciencias naturales.

En lo científico cobraron creciente importancia las repercusiones del darwinismo en las ciencias naturales, accediendo al primer plano por su proyección y permanencia. Fue también el momento cuando penetró decididamente la historiografía, seguramente encandilada ésta por la exaltación cientificista, pero por vías no muy claramente explicadas todavía, como veremos.

La repercusión inicial en lo ideológico se corresponde con el primer intento sistemático de instrumentación del proyecto

nacional venezolano, cuya formulación definitiva estuvo centrada en el Decreto sobre Garantías dado por el Mariscal Juan Crisóstomo Falcón [1820-1870] en 1863, y en la Constitución federal de 1864.

La obra central de Charles Darwin [1809-1882] fue publicada por primera vez en 1859. Poco sé de su difusión en Venezuela, [12] pero cabe pensar que ésta debió verse seriamente contrariada por la Guerra Federal, que se inició a comienzos de ese año y terminó con unos tratados de paz en 1863. El estado de agitación política que se vivió hasta el triunfo de la Revolución de Abril, en 1870, tampoco debió serle propicio.

En cambio, es posible afirmar que el darwinismo encontró terreno francamente favorable poco después del término de la Guerra Federal, a juzgar por la fundación de la Sociedad de ciencias físicas y naturales de Caracas, en 1867, y sobre todo a partir de 1870, con ocasión de la puesta en práctica de un programa político de liberalización de la sociedad y de modernización del país. Esto generó dos grandes frentes de lucha ideológica: uno fue el que culminó con la demolición del remanente poder económico, social y político de la Iglesia católica romana, considerado como el último bastión del conservatismo. Este frente se expresó también en forma de una lucha ideológica que le impidió desarrollarse, y convertirse en una fuerza política, a la ya presente oposición clerical y dogmática al darwinismo-cientificismo, sobre la base de la polémica en torno al creacionismo y al evolucionismo. [13] Pero no tuvo menor proyección el segundo frente de lucha ideológica: el constituido por el enfrentamiento entre el liberalismo reformador y el antiliberalismo vaticano. Este fue planteado e impulsado militantemente por Pío IX [1792-1878], cuyo reinado, comenzado en 1846, se tornó a partir de 1850 en temeroso no sólo del posible resurgir republicano en Europa, sino también de que ganasen influencia las por él estigmatizadas como "pestilenciales doctrinas" liberales, socialistas y comunistas. La separación entre la Iglesia católica y el Estado, como práctica política; la libertad de cultos llevada hasta brindar protección a la masonería; y la afirmación activa de la función docente del Estado, fueron factores y expresiones de un proceso de cambio en lo social y en lo ideológico.

La laicización de la sociedad se expresó también en un tenaz movimiento ideológico abiertamente dirigido a zapar los fundamentos de la conciencia religiosa, pues se le consideraba terreno propicio para la manipulación ideológica promovida por el antiliberalismo vaticano. Este la convertía en fanatismo religioso, reacio a toda apertura científica que pudiese chocar con el dogma. Por ello tenía sentido la reivindicación del espíritu crítico, en forma de libre pensamiento y de conciencia científica, enfrentados a la credulidad y la superstición en sus diversas manifestaciones.



Con el fin de promover la apertura de las mentalidades se publicó en Caracas, en 1892, una revista titulada **La Razón**. Dirigida por Luis Pío Herrera y administrada por Ernesto Merlo, era editada en la Tipografía de T. de Arredondo Betancourt y Ca. Importa rescatar estos nombres para un mejor conocimiento de la historia de las ideas en Venezuela. El 18 de marzo de 1893, justamente cuando la Iglesia católica romana avanzaba en la recuperación de parte del terreno perdido durante los gobiernos del general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899], un artículo titulado "El protestantismo y el catolicismo", firmado "O", anunciaba el fin de la intolerancia ejercida por la Iglesia católica romana:

> "En nuestros días, la iglesia católica está próxima á sufrir las últimas sacudidas. Aunque el clero en su obsecación (sic), crea que su causa es eterna, los hechos le están manifestando lo contrario. El Libre Pensamiento, unido á su colega el protestantismo, se apresta á luchar, y de esa lucha sangrienta ha de provenir indefectiblemenie el triunfo de la libertad de conciencia. La América española palpita por una transformación radical en materia de cultos; y en élla más que en ninguna otra parte del Orbe, tiene cabida la sublime libertad." [14]

En realidad se percibía mal el sentido de los tiempos, al igual que no se advertía que el ejercicio de la intolerancia fundada en el dogma no era vocación exclusiva de la Iglesia católica romana.

La sociedad venezolana había entrado en una nueva etapa de su evolución en este campo. El intento sistemático de instrumentación del proyecto nacional, mediante políticas liberalizadoras, laicas y modernizadoras, había cedido el paso al que sería un prolongado proceso de estancamiento, –y en ciertos aspectos de dramático retroceso–, del proyecto nacional. La descomposición política que comenzó a abrirse camino con el "abandono del poder" por el general Antonio Guzmán Blanco, a partir de 1887, contribuyó a la reactivación de la lucha ideológica. Bajo el influjo del positivismo el liberalismo se escindió. Este cisma ideológico fue favorecido por el cambio de actitud ocurrido en el antiliberalismo vaticano representado por el tránsito de Pío IX a León XIII [1910-1903], quien reinó desde 1878. Así nació la nueva versión del liberalismo "conservador", llamado "pontificio" en la época. Frente a él quedaba un liberalismo radical o reformador que comenzaba a experimentar el influjo de las corrientes socialistas. Esta hábil maniobra ideológica pontificia fue denunciada en su momento, al igual que se presagió erróneamente su fracaso. Un articulista que firmó "O", dio la voz de alerta en **La Razón**: "Inteligente y hábil como es León XIII, él sabe que su autoridad es un mito: como experto piloto él ha divisado el huracán que sepultará al catolicismo, ha creído conveniente poner en práctica su enmarañada política á favor de la República. Pero en su labor sólo pueden ayudarle los «*liberales pontificios*», porque el libero radicalismo sabe cuáles son los propósitos por demás nefastos del representante de Cristo!" [15] En el mismo artículo, más adelante, se usa la expresión "los liberales radicales".

Al calor de esta escisión resurgió el viejo enfrentamiento ideológico-científico. El cese, a partir de 1887, de la que había sido una acelerada instrumentación del proyecto nacional; el debilitamiento, e incluso en algunos aspectos el retroceso, de la empresa de liberalización de la sociedad; y el estancamiento y aun la desarticulación parcial de las estructuras políticas recién montadas, generaron un clima de fractura en el pensamiento historiográfico, caracterizado por la acción de dos grandes factores:

En primer lugar, sacudidas las conciencias por el resurgir de fuerzas y actitudes sociales que algunos consideraban desaparecidas, y bajo el influjo de las nuevas ciencias sociales (sociología y psicología cientificistas) Venezuela pasó, como he dicho, de ser objeto de reflexión a serlo de conocimiento. Se hizo necesario instrumentar una nueva actitud ante el conocimiento de la sociedad, así como ya se había comenzado a hacer en relación con la naturaleza. Adolfo Ernst [1832-1899] es considerado la figura pionera en el fomento de las ciencias naturales, y: ..."A su lado, en aguerrida cruzada que proyecta en la historia los conceptos positivistas, estarán entre otros dos médicos seducidos por las doctrinas comtianas y darwinianas: Rafael Villavicencio [1838-1920] y Arístides Rojas [1826-1894]. Y junto con ellos una juventud universitaria de cuyas filas saldrán después los más altos representantes de la nueva historiografía." [16]

En segundo lugar cabe mencionar la concomitante lucha por el libre pensamiento, en el sentido de despojar a este último de las ataduras de la fe religiosa. En esta lucha participaron personajes tan diferentes como el poeta Juan Antonio Pérez Bonalde [1846-1892], el médico y científico Rafael Villavicencio y el hombre de negocios H. L. Boulton [Henry L. Boulton Rojas, 1855-1925].

El 8 de octubre de 1893, al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del poeta Juan Antonio Pérez Bonalde, le fue dedicado por R. A. Moreno Rodríguez un recordatorio en el cual se exalta su dedicación a la nueva causa: "Como pensador, tuviste seguros recursos en medio á esa lucha de creencias que se pelean los dominios de la razón humana; y abroquelado en la moderna Filosofía, hiciste profesión de la levantada propaganda que derrumba todas las teogonías, emancipa la conciencia y abre ancho cauce á todas las corrientes fecundadoras del progreso." [17]

El 30 de octubre de 1893 se celebró en el Teatro Municipal de Caracas una malograda velada, para la distribución de los premios de las escuelas federales, que mereció el siguiente comentario en **La Razón**: ..."Lástima que el discurso de nuestro correligionario y amigo Doctor Rafael Villavicencio, no hubiera sido escuchado y aplaudido, como lo merecía un hombre que ha

dejado bien sentado el nombre de Venezuela en centros literarios de naciones extranjeras." [18]

En la misma revista fue publicada el 8 de octubre de 1893 la siguiente "Bienvenida": "Hemos tenido el gusto de estrechar la mano de nuestro amigo y correligionario el señor H. L. Boulton, quien acaba de llegar de los Estados Unidos del Norte, y a quien **La Razón** presenta su más afectuosa expresión de bienvenida." [19]



Hay consenso entre los historiadores venezolanos acerca de que las corrientes evolucionistas y darwinistas en las ciencias naturales, al difundirse y ser aceptadas en Venezuela desencadenaron un proceso de revisionismo historiográfico modernizador, base de la impropiamente denominada historiografía positivista. Mario Briceño Iragorry [1897-1958] resumió muy bien esta concepción del más importante tránsito experimentado por la historiografía venezolana:

> "Con los estudios de Lisandro Alvarado [1859-1929] viró hacia otra posición la inteligencia de la Historia. La escuela positivista, explicada por Ernst [Adolfo] y Villavicencio [Rafael] en la Universidad de Caracas, había abierto nuevos rumbos al pensamiento científico, y las doctrinas de Lamarck [Jean-Baptiste, 1744-1829] (discutidas desde los primeros años del Siglo XIX en la propia Universidad), las de Darwin [Charles Robert, 1809-1882], Herder [Jean Gottfried, 1744-1803], Buckle [Henry Thomas, 1821-1862], Spencer [Herbert, 1820-1903], Taine (Hippolyte, 1828-1893], Renán [Ernest, 1823-1892], Rossi [Jean-Baptiste de, 1822-1894] y Lebon (sic) [Gustave Le Bon, 1841-1931] empezaron a florear en el criterio aplicado a la investigación de nuestro proceso histórico"... [20]

En estas enseñanzas se formaron los grandes nombres de la historiografía venezolana de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fue excepción notable la de Caracciolo Parra León [1901-1939], quien movido seguramente por su catolicismo, ferverso y militante hasta lucir ultramontano, al incorporarse a la

Academia Nacional de la Historia, el 7 de marzo de 1932, creyó todavía oportuna una refutación no ya de la historiografía en cuestión sino de la propia doctrina biológica que la animaba:

> ..."La doctrina de la evolución, en cambio (no podemos menos que citar las palabras del egregio Gemelli, «cual era concebida por Darwin, Haeckel [Ernest, 1834-1919] y Spencer [Herbert, 1820-1903], no fue más que un sueño juvenil de la biología. Hoy existe entre los biólogos una tendencia clarísima a desvalorarla"... "para dejarle el valor de mera hipótesis de las ciencias naturales»"... [21]

Pero la cuestión central suscitada por este proceso científico-ideológico-historiográfico no parece que haya sido convincentemente explicada. Ella consiste en comprender y explicar el cómo se produjo el paso desde la revolución que se operaba en las ciencias naturales a la historiografía, en el caso concreto de Venezuela. Mario Briceño Iragorry, en el texto antes citado, afirma que al amparo de esas nuevas concepciones llegó a verse ..."la Historia, más que como disciplina literaria y filosófica, como capítulo de las ciencias físicas y naturales"... Afirmación excesiva, sin duda, pues hacía ya buen tiempo que se buscaba emancipar la historiografía de la literatura y la filosofía, como lo prueba en parte la obra fundamental de Rafael María Baralt [1810-1860]. Incluso podría decirse que en este aspecto se produjo un retroceso parcial en la historiografía venezolana, representado por Eduardo Blanco [1839-1912] y su contagioso ejemplo. Pero ganaría virtualidad la afirmación si no diferenciamos entre la historiografía vista como disciplina filosófica y el cultivo de la filosofía de la historia, el cual, obviamente recibió un impulso decisivo. En cuanto a la segunda parte de la afirmación, sólo conozco un ejemplo significativo, –muy probablemente conocido y de esta manera censurado por Mario Briceño Iragorry, y al cual me refiero más adelante–, salvo las rotundas afirmaciones hechas por científicos no historiadores inspirados sobre todo en las tesis sociológicas de Gustavo Le Bon. El resto de la explicación ofrecida por Mario Briceño Iragorry entrega algunas claves: ..."Al amparo del determinismo y del psicosociologismo se

abrieron caminos que en forma indirecta provocaron una revisión realista de los hechos antiguos: el carácter orgánico de la historia se impuso sobre la vieja noción de una mera indagativa y de una entusiasta exposición de circunstancias"...[22] Los instrumentos del cambio habrían sido, por consiguiente, el determinismo y el "psicosociologismo". Al respecto cabe hacer algunas consideraciones:

El determinismo reconoce en la historiografía venezolana un origen temprano. Rafael María Baralt no sólo lo expuso espléndidamente en el capítulo titulado "El carácter nacional", de su principal obra, publicada en 1841, sino que lo proclamó como su método: "Las costumbres públicas o el conjunto de inclinaciones y usos que forman el carácter distintivo de un pueblo, no son hijas de la casualidad ni del capricho. Proceden del clima, de la situación geográfica, de la naturaleza de las producciones, de las leyes y de los gobiernos; ligándose de tal manera con estas diversas circunstancias, que es el nudo que las une indisoluble"... Se conformaría de esta manera una suerte de determinismo plural. Pero el autor llegó más lejos, adentrándose en una modalidad del determinismo geográfico: ..."Más o menos arraigadas en la sociedad están ellas [las circunstancias], según provienen de las cualidades invariables que sólo la naturaleza puede dar al suelo, o de accidentes transitorios que son efecto de la voluntad o del ingenio humano"... Lo que le llevó a culminar con la neta afirmación, aunque en términos algo toscos, del principio determinista: ..."Todo hecho físico de aplicación general, determina pues una costumbre: todo hecho moral constante o que por intervalos fijos se repite en el seno de la sociedad, produce el mismo efecto"... Al igual que de su alcance:

> ..."y éste [el efecto] será general o particular si se aplica al pueblo o a algunas de sus clases; profundo o somero, si es pequeña o grande su influencia en la dicha de los pueblos. Así que, lejos de ser inexacto dividir las costumbres según las diversas circunstancias físicas y morales de un pueblo, es de ese modo como únicamente deben considerarse, cuando se quiere estudiar su origen, fuerza y desarrollo. Tal ha sido hasta aquí nuestro método."[23]

En lo concerniente al "psicosociologismo", encontramos cierta dificultad para precisar su sentido. Parece posible entenderlo como la supuesta comprobación de la acción socialmente determinante de la herencia psíquica, asunto ocasionalmente discutido también en la historiografía venezolana. [24] Si bien es necesario reconocer que buena porción de la desconfianza que inspira la concepción determinista de la historia, particularmente en lo concerniente a la herencia psíquica, se debe a su aviesa y reiterada utilización como base de los alegatos dictatoriales. En todo caso, cabe subrayar que no se advierte un claro deslinde entre los determinismos geográfico, étnico y psicosocial, y seguramente no es fácil establecerlo.

Creo oportuno considerar la respuesta dada a la cuestión en una obra de Diego Carbonell publicada en 1921. Consiste en la atribución de la condición de historiador justamente a Charles Darwin: ..."para la generalidad de los lectores, éste no habría sido un historiador sino un blasfemo, según más de un cristiano, un naturalista en el sentir de todas las escuelas de la Ciencia, y un explorador muy sagaz para más de una sociedad geográfica." [25]

Diego Carbonell se aplicó a demostrar que los descubrimientos científicos hechos por Charles Darwin lo acreditan como representante de una nueva historia, fundada en la comprensión de que ..."la historia natural vendría a ser la introducción a la historia antropológica; o ésta un capítulo de aquella con ciertas especializaciones"... [26] Para el efecto compuso una erudita demostración:

> "Claro es, si consideramos la Historia como una cadena de narraciones, como un núcleo de verdades que no tendrán jamás, en el sentir de Giraud la certeza de una ley física, los principios biológicos serían ineficaces en su aplicación; mas, si recordamos con Fustel de Coulanges [Numa-Denis, 1830-1889] que la Historia es el gran museo, el gran laboratorio de la sociología; si recordamos la declaración de Littré [Emile, 1801-1881], en **La ciencia desde el punto de vista filosófico**: «los estudios biológicos son la introducción indispensable en los estudios sociológicos e históricos»; si acatamos en fin que según el profesor Grasset [Joseph, 1849-1918] hay una sociología biológica basada en la biología humana: entonces tendremos abundantes razones

para mirar en Darwin [Charles] a uno de los historiadores de la humanidad ancestral, o impersonal, que corresponde mejor al ideal de la Historia; pues él ha intentado definir y detallar la protohistoria del hombre que estuvo sometido, desde los primeros ensayos de la posición bípeda, a la fatal obediencia de las leyes hereditarias en perenne conflicto con la evolución progresiva." [27]

El 12 de febrero de 1909 pronunció Luis Razetti el discurso de orden en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina ..."consagrada por ella a glorificar la memoria de Carlos Darwin en el primer centenario de su nacimiento".., con la presencia del Ministro de Instrucción Pública. El orador ofreció una respuesta igualmente genérica a la cuestión que nos ocupa: "La doctrina proclamada por Darwin en 1859 ha penetrado tanto en los dominios de la investigación científica, que hoy todas las ciencias, desde las naturales hasta las sociales, reconocen«el principio de la evolución», como un guía imprescindible en el estudio de los fenómenos naturales, que es el objeto supremo de toda ciencia." [28]



La presentación más sistemática y sin duda coherente de la repercusión del evolucionismo, y de su entronque con el darwinismo, en la historiografía venezolana, la ofreció Rafael Villavicencio en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, el 23 de mayo de 1900. [29] Es posible deducir de ella una visión de la explicación que procuro.

El nuevo académico compuso una síntesis de la evolución histórica de Venezuela, vista como el resultado de la acción de las ..."dos fuerzas que engendran la evolución social"... "la tendencia conservadora y el impulso progresista, causas productoras del orden y el progreso"... (p.88). El juego de estos factores está regido por principios de valor universal e interdependientes en su acción:

"En todo fenómeno natural, y la sociedad lo es, la injerencia humana no es eficaz y útil sino a condición de ajustarse a leyes fijas. No hay, pues, gobierno verdaderamente sólido, sino

cuando satisface al orden y al progreso. Para la conciliación de los dos partidos [se refiere a: ..."el partido del orden o conservador, y el partido del progreso o liberal"...] y provecho de la comunidad, fuerza es que el uno cese de ser retrógrado y el otro revolucionario. Que no es posible la conservación del orden sin que se efectúen las mejoras que las circunstancias reclaman, ni hay manera de consumar el progreso si la nación es a cada paso transformada por revoluciones. Orden y progreso, conservación y libertad, son condiciones opuestas, no contradictorias, ambas necesarias a la existencia de la sociedad; son las causas primordiales de la evolución social." (p.89).

La conclusión de esta elaboración de la nueva filosofía de la historia no podía ser sino la que el autor había anticipado: ..."Es tan funesto y anárquico poner trabas al progreso como perturbar el orden"... (p. 88).

Sin ánimo de restarle alcance teórico a semejante construcción, y tan sólo con el fin de coadyuvar a su valoración crítica, vale la pena apuntar que el nuevo académico pronunció su discurso justamente el día aniversario de la invasión jefaturada por el general Cipriano Castro [1858-1924], quien gobernaba desde el 22 de octubre de 1899 con un gabinete que podía ser apreciado como de reconciliación nacional, pues agrupaba desde representantes de las diversas corrientes liberales hasta el general José Manuel Hernández ["El mocho ", 1853-1921]. Tal política superó su primera crisis con el fracaso del alzamiento de este último el 28 de octubre de 1899, pero desembocó en el cambio de gabinete en agosto de 1900 y la disputa con los banqueros, todo lo cual abrió de nuevo el capítulo de las invasiones y las revoluciones. No parece impropio, por lo tanto, preguntarse acerca de cuánto hubo de circunstancial en la muy elaborada formulación histórico-filosófica.

La construcción evolucionista del proceso histórico de Venezuela presenta cuatro hitos fundamentales: la evaluación de la desmembración de la República de Colombia y de la conducta de Simón Bolívar; la justificación de la Guerra Federal; la valoración de la obra del general Antonio Guzmán Blanco; y la apreciación histórico-crítica del presente y de su posible evolución.

La primera cuestión resultaba especialmente escabrosa por cuanto tocaba directamente los terrenos del culto a Bolívar, entonces en el inicio de su auge. Cauteloso, seguramente, el autor puso por delante una declaración de principios. Primeramente en lo que concernía a su vocación crítica:

> "Respetamos las opiniones ajenas, pero forzoso nos es confesar que no pertenecemos a la escuela de los que aceptan hombres cuya intuición superior para juzgar con acierto en determinadas crisis y en situaciones extraordinarias los ponga fuera de la crítica de la historia austera e imparcial; como tampoco creemos que servicios hechos a la patria por ciudadanos eminentes, siquiera sean muy importantes, los autorice a disponer de ella a su antojo y los coloque fuera de la acción de las leyes comunes. Para nosotros, ni el mismo Jesucristo, considerado como hombre, está fuera de los juicios de la historia"...

En segundo lugar enunció un principio que habría de cobrar gran importancia en la polémica en que se vio envuelto al ser señalado de materialista: "La razón, rayo desprendido de la Divinidad para iluminar al hombre en la tierra, es soberana, y armada de la justicia, sus sentencias son superiores a toda personalidad por eminente que sea"... (página 93).

Sentados estos principios quedaba abierto el camino para llegar a la cuestión fundamental:

> ..."Por eso, corridos los tiempos, y juzgando desapasionadamente los acontecimientos pasados, vemos que Bolívar [Simón], semidiós de la América meridional, Verbo encarnado para nuestra Independencia, no anduvo muy acertado después de la disolución de la Convención de Ocaña; que Venezuela obraba correctamente cuando quería separarse de Colombia, y que el partido que por esto luchó era en la ocasión el partido del progreso [recuérdese que este momento es señalado como el inicial de la llamada oligarquía conservadora]." (pp. 93-94).

El segundo gran nudo histórico que requería atención era el de la significación del movimiento federal, tanto político como militar. En cuanto a lo primero, los propósitos de los iniciadores no habrían sido otros que introducir cambios en la

forma de gobierno, implantar reformas democráticas y abrir vías de participación en los círculos gobernantes; ..."de ninguna manera intentaron anonadar a las personas encumbradas por el nacimiento o la fortuna; ni siquiera pensaron en igualar los capitales (sic)"... (100). Pero otro fue el curso tomado por el movimiento federal: ..."a la inversa del de 1810, se llevó a efecto principalmente por las masas populares que aspiraban a obtener importancia política"... El punto de partida no era, sin embargo, tan sombrío como algunos pretendían: ..."no había esclavitud, los cruzamientos con los inmigrados europeos habían mejorado mucho las clases inferiores; y la educación, distribuida a todo el que la deseaba, sin distinciones oprobiosas, había formado bastantes hombres notables entre los plebeyos"... La guerra produjo el ascenso social de muchos, por su aptitud militar, política o administrativa, ..."lo que unido al descenso de la aristocracia causado por la ruina de sus fortunas, por su disminución numérica y por su separación de los destinos públicos, engendró la tendencia a la nivelación social, favorecida por la circunstancia de haberse amenguado mucho las preocupaciones de familia." (pp. 100-101).

La conversión de ese embrión de igualitarismo en la nueva realidad social fue resultado de lo que suele denominarse *el guzmanato*:

> "La aproximación de las clases verificada en el tiempo comprendido del triunfo federal al año de 1870, se transformó luego en una situación social diferente. El largo período de paz y de buena administración inaugurado por el gobierno de 1870, permitió la libre expansión de la actividad individual y desenvolvió considerablemente la riqueza pública. Nuevas y grandes fortunas se formaron, debidas, ante todo, a las aptitudes y a las energías particulares. El gremio de artesanos alcanzó en ese período una situación holgada y adquirió nueva importancia. A lo que se agrega que aquel gobierno favoreció con notable interés, la instrucción pública, tanto primaria como superior, de donde emanó una nueva aristocracia: la del dinero y la inteligencia." (página 101).

El porvenir dependerá, por consiguiente, de la oposición entre las fuerzas del progreso, representadas por esta nueva

aristocracia, que se corresponde con el sentido de la historia dado que ella representa el triunfo de los más aptos, y esto en todos los sectores sociales, y una tendencia a la nivelación social que representa la posición conservadora. Lógicamente, la marcha hacia el porvenir exige la ventilación del espinoso problema del igualitarismo, y a esto se aplicó Rafael Villavicencio con despliegue de convicción avolucionista: "La célebre trinidad: libertad, igualdad, fraternidad, que sirvió de lema a la Revolución Francesa, entraña un concepto incompatible con la naturaleza de las cosas: el concepto de igualdad"... Tal es la cuestión básica: la concepción de una sociedad de iguales contraría la enseñanza que nos ofrece la historia. Esta nos muestra que la sociedad está sometida a leyes y ..."que tales leyes sociales están bajo la dependencia de otras más generales que presiden a la existencia de los seres vivientes; y que estas últimas dependen a su turno de las del mundo inorgánico, que son las más generales de todas"... (pp. 101-102). El balance es claro y no el más apropiado para satisfacer los espíritus progresistas, mucho menos los igualitarios:

> "El advenimiento final de la libertad ha engendrado cierta ilusión tocante a la igualdad. Como aquella no se ha realizado sino suprimiendo poco a poco las desigualdades provisorias, los hombres que, nutridos con la doctrina del siglo pasado, emprendieron la gran revolución, tomaron su odio por las viejas instituciones como algo fundamental referente a la sociedad, no como mero accidente individual, y lo señalaron con el nombre de igualdad en su divisa. Nombre este de doble sentido. Significa la igualdad política, la aptitud para los empleos, en una palabra, la abolición de todos los privilegios consentidos por el derecho divino: esto se ha consumado y está bien hecho. Pero también significa el nivelamiento social, lo cual es impracticable y, por consiguiente anárquico; porque como no puede tener éxito, sólo produce trastornos y agitaciones ruinosas." (p. 103).

En otras palabras, contraría el orden requerido para que el progreso sea impulsado por los más aptos. Quedaba establecido de esta manera el entronque entre el evolucionismo positivista y el denominado "darwinismo social", tomando como teatro el

proceso histórico de la sociedad venezolana. No debía restar duda, por consiguiente, acerca de la fundamentación histórica, a la par que biológica, de ese proceso; al igual que de la necesidad de mantener abierta la vía de la historia despejándola de concepciones ideológicas quiméricas.

Mas esta visión del proceso histórico venezolano, y de su fundamentación filosófico-biológica, en el momento mismo que era sistematizada enfrentaba ya el embrión de una revisión que anunciaba el desenlace de esta confrontación teórica. Hablando en la Universidad Central de Venezuela [30], en octubre y noviembre de 1898, José Gil Fortoul [1861-1943] comenzó por reconocer como sus maestros a Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, presentes, pero de inmediato sentó su criterio respecto de la vigencia de lo enseñado por ellos:

> ..."Ni los tres estados sucesivos, teológico, metafísico y positivo, ni la crítica comtiana; ni el evolucionismo sistemático de Spencer [Herbert], que amplió y universalizó la geología de Lyell [Charles] y la biología de Darwin [Charles Robert]; ni menos aún el dogma político del progreso universal, que en la política puramente ideológica sucedió al dogma providencial del catolicismo, lograrían hoy explicar por modo satisfactorio los cambiamientos de carácter y dirección que observamos así en las huellas de una existencia individual como en los movimientos y en la historia de las sociedades, de las naciones y estados y de las razas." (página 240).

Sólo que tan rotundo introito crítico debía servir a la prédica de un nuevo evangelio científico, la antroposociología, uno de cuyos precursores era el conde Joseph Arthur de Gobineau [1816-1882], con su famoso **Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas**. Pero no escatimó el reconocimiento de la significación de Charles Darwin, a quien ..."corresponde la gloria de la demostración científica, y de aquí que la teoría se llame comúnmente «Darwinismo», aunque más correcto sería llamarla «Evolución orgánica»"... "lo que hoy se discute, no es el hecho de la evolución, que todo el mundo científico admite, sino el problema de saber si las causas invocadas por Darwin son por sí solas suficientes para explicar la evolución de las especies, o si es preciso complementarlas con otras causas conocidas o desconocidas"...

El orador precisó que su propósito era específicamente examinar ..."aquellos corolarios del «Darwinismo» que algunos califican de «Darwinismo social»"... (p. 270), y de manera expresa fundamentó su interés en el cuadro de dificultades, miseria e injusticia social que advertía en el mundo contemporáneo, así como el desarrollo de actitudes humanitarias que estimaba especialmente reveladoras de la evolución social. De todo ello deduce ..."que el principio de la «lucha por la existencia» no es aplicable a los fenómenos sociales por modo igual que a la evolución de las especies vegetales y animales"... Pero, y esto quizá le tocaba más profundamente en su vocación intelectual y en su amplia visión que él mismo llegó a calificar de cosmopolita: ..."Ni menos comprueba la sociología la previsión de quienes quisieran que en las luchas sociales triunfasen siempre los mejores, abandonadas las sociedades a su evolución natural"... Es más, afirmó que Charles Darwin desautorizó tal conclusión, con sus propia palabras:

> ..."«Por importante que haya sido y sea todavía –dice– la lucha por la existencia, existen, sin embargo, otros factores más importantes en lo relativo a la parte más alta de la naturaleza humana; porque las cualidades morales se acrecientan, sea directa o indirectamente mucho más por los efectos del hábito, del poder reflexivo, de la instrucción, de la religión, etc., que no por la selección natural; bien que a este último factor podamos seguramente atribuir los instintos sociales que sirven de base al desarrollo del sentido moral»."

Con esto, según el orador, el naturalista previó la ..."objeción decisiva que podía oponerse a la aplicación absoluta en la sociología [y por ende en la historia] del principio de la lucha por la existencia"... (p. 271). También se abrió la posibilidad de una suerte de transacción salvadora entre el evolucionismo científicamente admitido y la reivindicación del principio de humanidad. En efecto, si la lucha por la existencia:

> ..."determina, sin duda alguna, la evolución natural e inconsciente que es común al hombre y a las demás especies, no explica la evolución consciente y voluntaria de las sociedades huma-

nas en los más recientes períodos de su desenvolvimiento. La evolución natural, como efecto de la lucha por la existencia, predomina en los estados inferiores de la organización social, en tanto que la evolución consciente, como resultado de las fuerzas propias de las sociedades, predomina en las civilizaciones más intensas"... (páginas 271-272).

Cabe observar que el conferencista no prestó atención a la necesidad de determinar si el hablar de la supervivencia de los más aptos equivalía a decir el triunfo de los mejores, y creo posible afirmar que por allí debió estar la fuente de inquietud e insatisfacción para un espíritu cómo el que cultivaba empeñosamente José Gil Fortoul. Quizá le resultaba inadmisible, como genuino intelectual que se estimaba, el ver como un hecho natural lo que al naturalista Adolfo Ernst o al médico Rafael Villavicencio podía parecerles tal. Y era justamente la historia la que fundamentaba la diferencia: "La historia comprueba, en efecto, que el triunfo de una raza o pueblo no equivale siempre a la supervivencia de los elementos étnicos superiores en organización social. Al contrario, en muchos casos significa que la raza o pueblo que triunfa en la lucha, son superiores únicamente en cuanto a los medios de destrucción que les favorecen en ciertas circunstancias"... (p. 272)

Significativamente, llegado el orador a este punto se colocó en una posición tan incómoda como la alcanzada por Rafael Villavicencio siguiendo el camino opuesto.

En efecto, consecuente con su visión, José Gil Fortoul tuvo que adentrarse en la problemática social y del trabajo hasta preguntarse: "Si la organización social que examinamos restringe la libertad de la clase proletaria, ¿restringe acaso de un modo equivalente la libertad de la clase capitalista? No, y aquí llegamos al fondo de la cuestión"... (p. 279). Tanto era así que estimó necesario concluir haciendo una advertencia: ..."Yo no soy socialista, en el sentido que comúnmente se da a esta palabra, porque no pertenezco a ninguna de las escuelas o teorías del socialismo militante"... Pero, afirmó, ..."por temperamento, y como resultado de los estudios que he podido hacer viviendo en pueblos de raza y cultura diferentes, yo siento que mi corazón y mi espíritu

están siempre con los que padecen y sufren"... Esto le llevó a entregar, por último, la clave de su posición, contraria a la que estimaba una exageración del darwinismo social: ..."Y con los que sufren y padecen creo en una próxima organización social, menos imperfecta y más humanitaria, con luchas menos brutales y leyes más equitativas. En suma, creo en el advenimiento de otra civilización que será, a un tiempo, más intensa, más amplia y más alta." (p. 282).

Por su parte, Rafael Villavicencio se vio obligado en su obra **La evolución**, publicada en 1912, [31] a refutar las acusaciones de que alguna vez profesara doctrinas materialistas; ..."Nada es menos cierto"... "jamás hemos sido materialistas. Hemos propagado el positivismo y creemos aún en la verdad del método; pero ha sido y es en el sentido de que solamente reputamos como conocimientos reales los que tienen por base la experiencia"... (p. 105). Dicho lo cual pareció querer cerrar la controversia de una manera que deja mucho que pensar: "Concluimos: no hay contradicción entre nuestras ideas anteriores y las actuales; lo más que puede decirse es que hemos pasado del monismo agnóstico al espiritualista, lo cual no es contradicción sino Evolución." (p. 121). Fue muy importante en su alegato el fragmento mencionado casi al comienzo de esta parte, relativo a: "La razón, rayo desprendido de la Divinidad para iluminar al hombre en la tierra"...



Es comprensible que José Gil Fortoul procurase dejar claramente establecido, en la Venezuela de 1898, que no era socialista, si bien especificó que no lo era en un sentido militante, seguramente porque no lo era entonces y probablemente porque no era pequeño el riesgo que conllevaba el declarar serlo. No se había borrado aún el estupor causado por los relatos sobre La Comuna de París [1871], y el socialismo militante iniciaba su ascenso hacia la respetabilidad política y social.

Otro era el caso de Rafael Villavicencio. ¿Qué había sucedido entre 1900, cuando pronunció su discurso de incorporación

a la Academia Nacional de la Historia, y 1912, cuando poco menos que cantó la palinodia en su obra **La evolución**? Probablemente parte de la explicación habría que buscarla en las circunstancias de su exilio en Curazao entre 1901 y 1907, el cual hablaría cuando menos de la frustración de las expectativas de evolución histórica que se desprenden de su discurso, mencionado. Seguramente buena parte de la explicación de la notable "evolución", –como él la definió–, de este masón grado 33, se encuentre en la enconada controversia vivida por Luis Razetti a partir del 1º de setiembre de 1904, cuando, –son sus palabras en su obra **¿Qué es la vida?**, publicada en 1907–, [32] desarrolló ante la Academia Nacional de Medicina..."una tesis, que terminaba sometiendo a la consideración del Cuerpo tres conclusiones como resumen de la Doctrina de la Descendencia, cuya legitimidad científica pedí declarara la Academia." [33]

Ciertamente que no puede separarse esta petición de la controversia ya en curso acerca del carácter impío de la enseñanza que el médico impartía en su cátedra universitaria. Circulaba ya un folleto contentivo de las críticas que le hacía el presbítero Eduardo A. Alvarez Torrelba, quien firmaba con el seudónimo "Pepe Coloma." [34] El combativo presbítero escogió dos líneas de ataque. En primer lugar denunció el dogmatismo del reformador: "El Dr. Razetti [Luis} aspira á que se dé asentimiento á todo lo que él afirma, pues tan sólo él habla el puro lenguaje de la ciencia".. (p. 5). En segundo lugar, y con lujo de argumentos científico-religiosos, atacó a fondo la nueva herejía y a su pontífice máximo: "La concepción darwiniana contenida en aquel libro: **Origen de las especies**, que ha venido á ser como el código fundamental del transformismo, fue recibido (sic) con aplauso cuasi unánime por los hombres del materialismo; su autor fue saludado como el Mesías de las ciencias naturales y su obra como el Evangelio del transformismo." (p. 19). Al cerrarse estas pinzas el saldo era muy claro: se ponía en marcha una cruzada de la fe contra el materialismo ateo.

Luis Razetti dice que la Academia deliberó durante más de cuatro meses, con un resultado que no le pareció plenamente convincente y que dio nuevo impulso a la controversia. En

efecto, el fallo de la corporación, fechado 4 de mayo de 1905, se cierra con la siguiente declaración: "Que los fundamentos que sirven de base á las mencionadas conclusiones [se refiere a las sometidas a la consideración de la corporación por Luis Razetti], son una consecuencia legítima de lo que la ciencia actual enseña; sin que se entienda que la Academia les presta con su autoridad el carácter de una verdad indiscutible." [35] Lo que fue interpretado por el fogoso Pepe Coloma como que ..."no ha sido aceptada la doctrina de la evolución por la Academia Nacional de Medicina ", suscitando una réplica del doctor Alfredo Machado, Presidente de la Academia Nacional de Medicina [11 de setiembre de 1905]: "Eso no es verdad. Está usted mal informado. La doctrina de la evolución no ha sido rechazada por la Academia Nacional de Medicina como no puede ser rechazada hoy por ninguna asociación de ciencias biológicas netamente científica, que no pueden dejar de aceptarla." (p. 9). [36] No obstante, el resultado pareció poco satisfactorio al solicitante. Por eso en la "Introducción" de la obra que citamos, luego de reproducir los giros de la controversia, llegó a la conclusión obligada:

> "La Doctrina de la Descendencia triunfó en la Academia; pero la Academia se exhibió entonces sin convicciones propias determinadas. Triunfó la doctrina porque no tuvo sino un adversario entre treinta y cinco individuos de número, y ese mismo adversario, a pesar de su talento y de su ilustración, no pudo presentar ni un solo argumento fuerte en contra de mis conclusiones. La Academia se exhibió indecisa por un exceso de celo o de conservatismo académico, que a mi me parece impropio en corporaciones de su género, que deben fijar rumbos a la investigación científica." (p. 373)

El saldo de la controversia quedó claramente establecido para el campeón de la ciencia:

La vacilación de la Academia debe apreciarse como el efecto del ..."residuo de prejuicios ancestrales que duermen aún en el fondo de algunas conciencias, o como la deplorable expresión de una falta de convencimiento científico, inexplicable en los miembros de una Academia." (p. 376)

En la vacilación ante la nueva doctrina se advierte el olvido de un principio básico del desarrollo del conocimiento cien-

tífico: ..."si es cierto que en las ciencias de observación y en las experimentales sobre todo, se modifican las doctrinas con relativa frecuencia, es también muy cierto que la investigación científica no puede avanzar sino valiéndose de las teorías como «instrumentos mentales» indispensables al progreso de la misma investigación"... (p. 373)

De la vehemente actitud de Pepe Coloma se obtiene la comprobación de que: ..."Con un escritor semejante, cuya pluma de fanático destila hiel, no discuten los hombres que en la discusión de los principios solicitamos la luz de la verdad." (página 379)

Pudo, pues, cantar victoria el tenaz defensor de los fueros de la ciencia nueva. Lo hizo tres años después, en el mencionado "Discurso de orden en el centenario de Darwin", cuando consideró que: "Ya pasaron los tiempos de la lucha encarnizada entre creacionistas y transformistas"... (p. 386) [37]. Y empleó términos que no dejaron duda acerca de la firmeza de sus convicciones:

> "La religión y la ciencia tienen sus límites, cada una de ellas debe girar en su esfera. Pero como no es la religión sino la ciencia la dueña y señora de los destinos humanos, porque no es la religión sino la ciencia la encargada de dirigir el progreso, cada vez que la religión pone un obstáculo a la obra del progreso, la ciencia, en nombre de los derechos humanos, está en el deber de oponerse a la acción retrógrada de la religión."

Sostenido el credo científico tras una lucha prolongada y para muchos fundadamente temible, quedaba por reivindicar la gloria de quien la desencadenó y simbolizó: "Esto fue lo que sucedió con la obra genial de Darwin"... (p.388)



Al explorar, aunque sea de manera sumaria, el darwinismo en su temprana expresión en Venezuela, conviene tener presente la siguiente comprobación de Joseph Needham [1900]: ..."Ninguna oposición ha sido más violenta y prolongada, en el

pasado, que aquella entre la organizada aprehensión de los misterios últimos del universo, la cual llamamos religión, y la investigación organizada de los mecanismos manifiestos del mundo, que llamamos ciencia"... [38]

Una faceta especialmente significativa de un combate incesante y prolongado en el cual los adversarios han podido cambiar de términos, así como de denominación, pero no de esencia la lucha, pues ésta es la confrontación entre el espíritu crítico y las muchas formas de limitación y aun de supresión del mismo.

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. El 18 de marzo de 1866 tuvo lugar la que se considera reunión preparatoria de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, la cual se mantuvo activa hasta 1879. El inspirador fue el naturalista y científico prusiano Adolfo Ernst [1832-1899], quien había llegado a Venezuela en 1861. Formado en el positivismo, evolucionó hacia el darwinismo al crear en 1874 la cátedra de Historia Natural en la Universidad Central de Venezuela, por invitación del general Antonio Guzmán Blanco [1829-1899]. (Véase: Blas Bruni Celli, "Estudio preliminar". **Actas de la Sociedad de ciencias físicas y naturales de Caracas (1867-1878)**, tomo I). La Sociedad Económica de Amigos del País (1829-1839), había hecho importantes contribuciones al conocimiento geográfico y estadístico del país, al igual que al mejoramiento tecnológico de la agricultura y la manufactura, pero no cabe sobreestimar el valor propiamente científico de su actividad.

2. París, Lib. de Garnier Hnos., 1890.

3. Madrid, Imp. de la Vida Literaria, 1899.

4. New York, A. E. Hernández, Editor, 1890.

5. El ejercicio de la crítica histórica y de la crítica historiográfica por Laureano Vallenilla Lanz se vio debilitado tanto por la falta de sistematicidad, derivada de su condición de autodidacta, como por la vinculación con su pensamiento político. En éste pretendió reunir los resultados de su ejercicio crítico con posturas, comprometidas con la dictadura del general Juan Vicente Gómez Chacón, a las cuales se les ha estimado siempre como desprovistas de validación científica.

6. De sus obras, **Críticas de sinceridad y exactitud** (Caracas, Imprenta Bolívar, 1921) representa su renovador ejercicio de la crítica historiográfica; y **Disgregación e Integración** (Caracas, Tipografía Universal, 1930) representa su importante contribución a la crítica histórica.

7. México, Editorial Morelos, 1939. Sobre los inicios de la corriente marxista en los estudios históricos venezolanos, véase: Germán Carrera Damas, "Sobre la historiografía marxista venezolana." **Historiografía marxista venezolana y otros temas**, pp. 101-156.

8. Caracas, Imp. de **El Pueblo**, 1890.

9. Caracas, Edit. Victoria, 1920.

10. Barcelona, Editorial Araluce, 1929. Le precedió, con una orientación semejante, **El último Solar.** (Caracas, Imp. Bolívar, 1920).

11. Son el optimismo lírico y el pesimismo sistemático a los que me refiero en mi obra **El culto a Bolívar.** Esbozo para un estudio de historia de las ideas en Venezuela, p. 118.

12. Seguramente una exploración sistemática permitirá establecer esta circunstancia con toda propiedad. Sabemos que entre los miembros honorarios de la Sociedad de ciencias físicas y naturales de Caracas (1867-1878), figura "Carlos Darwin, Individuo de la Real Sociedad de Londres." (Blas Bruni Celli, **Op. cit.**, p. 15). Igualmente, en el acta de la 9ª. sesión de esa Sociedad, celebrada el 11 de noviembre de 1867, en el aparte III,– Botánica, refiriéndose a diversos experimentos realizados en Europa sobre la aparición de "monstruosidades" en las plantas, se asienta: ..."Las conclusiones de estos hechos afirman del todo las teorías del célebre Darwin sobre el origen de las especies, teoría que sin duda dentro de poco será una verdad enteramente comprobada." (**Op. cit.**, vol. I, p. 42). Rafael Villavicencio [1838-1920], miembro de la misma Sociedad, registró el logro de esa meta en 1895: "Es empero, á Charles Darwin á quien la doctrina de la evolución debe el haber entrado definitivamente en un terreno científico"... "Después de Darwin, la doctrina de la evolución se ha adueñado de todos los naturalistas." ("Las ciencias naturales en Venezuela". **Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes**, p. 235). Ignoro cuándo comenzaron a llegar las obras de Charles Darwin a Venezuela. He consultado un volumen, que tiene la inscripción: "G. Domínguez, Caracas, Enero 19/93 ", de la 4ª. edición de la obra **De l'origine des espèces par sélection naturelle ou des lois de transformation des êtres**

organisés, traducido por la Sra. Clémence Royer, quien advierte que estando en prensa la obra murió el autor.

La repercusión de la obra de Charles Darwin no sólo fue similar sino también coetánea en otras partes de la América Latina. En Argentina se relaciona con ella el inicio de los estudios de ciencias naturales, y ..."sus teorías fueron incorporadas ya en 1875 a la literatura"... Pero su repercusión fue más amplia: "El modernismo, como forma literaria de la modernidad, recibe y asume los cambios ideológicos puestos en marcha por la ciencia"... De manera general: "Darwin, al ofrecer exhaustiva y documentadamente un plausible modelo de causa y efecto basado en procesos de selección natural y en los efectos de factores ambientales, estimuló una búsqueda similar para la explicación de fenómenos naturales y sociales. La teoría de la evolución, como fue expuesta en **On the Origin of Species by Means of Natural Selection** (1859) y **The Descent of Man** (1871), representa una de las ideas seminales de la historia del pensamiento"... (Gioconda Marún, **El modernismo argentino incógnito en "La Ondina del Plata " y "Revista Literaria " (1875-1880)**, p. 25).

También desde muy temprano se relacionó la nueva proposición científica, si bien englobada en la denominación "materialista", con el pensamiento legitimador del racismo y aun de la esclavitud. El 26 de junio de 1877 F. G. Dall'Olmo, ..."ciudadano internacional"... "un socialista europeo".., según Luis Villalba Villalba (**El primer Instituto venezolano de ciencias sociales**, p. 46), replicó a José María Samper [1828-1888], en La Tribuna Liberal: "Díganos francamente, ¿es arma de buena ley el atribuir a nosotros, pobres materialistas, que nuestras doctrinas tienden a la esclavitud de la raza negra, con el objeto tan sólo de indisponer hacia nosotros esa inteligente porción del pueblo venezolano? ¿Y cómo lo prueba? Diciendo que la naturaleza habiendo dado a la raza africana el color negro para que pudiera mejor soportar el calor de los rayos solares, y así mejor resistir a las faenas corporales, de ahí resulta que debe exclusivamente destinarse al trabajo manual. Olvidó el señor Samper las diferencias del clima de Africa y de América, y es a nosotros, librepensadores, que se atribuye ideas esclavócratas, a nosotros que deducimos la igualdad del hombre de la unidad de la materia, aunque las formas que asume sean diferentes entre sí." (**Ibidem**, pp. 191-192). También recientemente se ha relacionado el darwinismo social con las prácticas racistas de destrucción de las sociedades aborígenes: "La ideología del darwinismo que justifica la eliminación de los grupos humanos más débiles por los más fuertes, la encontramos entre quienes preconizan la eliminación de los indígenas. Darwin se inspira, en parte, en Malthus [Thomas Robert, 1766-1834] cuando explica la adaptación por la variación, la lucha de las especies y la eliminación de las menos dotadas u organizadas por las otras"...

"Darwin no hace más que proyectar al campo biológico la situación sociológica y política que prevalece en su época. En su **Viaje de un naturalista alrededor del mundo**, Darwin señala que ...«los seres humanos parecen reaccionar los unos frente a los otros de la misma manera que las otras especies animales: los más fuertes destruyen siempre a los más débiles» (1874: 465). Es la época del triunfante colonialismo europeo." (Jacques Lizot, **Los aborígenes de Venezuela**, "Introducción ", vol. III, p. 19). No parece necesario subrayar el carácter excesivo de estas imputaciones, sobre todo si se tiene en cuenta que todos los conocimientos científicos son susceptibles de utilizaciones aberrantes.

13. El tono que esta controversia ya presentaba, y la virulencia que pudo alcanzar, es posible apreciarlos por estos fragmentos de una improvisación del general Nicanor Bolet Peraza [1838-1906], el 24 de junio de 1877: "No soy materialista; porque el materialismo pretende rehacer la creación y me suprime su esencia que es Dios. No soy positivista; porque el positivismo si no me suprime del todo al Creador... me lo escamotea. (Aplausos estrepitosos y risas que se prolongan por largo rato)." ("Improvisación del general Nicanor Bolet Peraza, como réplica al discurso del señor Dall'Orso, en la conferencia del día 24 de junio de 1877 en el Teatro Caracas." Luis Villalba Villalba, **Op. cit.**, p. 197). "El materialismo me deja sin Dios, y me deja en cambio una diosa, ¡la Diosa Naturaleza! Declaro que no me agradan ni la forma ni el cambio de sexo. (Risas y aplausos estrepitosos)." (**Idem**). ..."El materialismo desatiende el origen de la especie humana, y lo va a buscar en sus experiencias infructuosas; y cuando nosotros estamos orgullosos de haber sido formados a la imagen del Creador por el mismo Creador, cuando creemos que esto que nos anima es soplo divino, aliento del Eterno, los materialistas buscan como patrón de la especie humana a un ser detestable y ridículo: ¡el mono! (Risas y aplausos). Yo declaro que entre ser formado por la mano del Hacedor con el barro virgen de este planeta que El saco del caos, y alentando con el soplo de sus labios generaciones, entre este origen divino y el origen humillante del contubernio indigno de un mono y una mona, yo prefiero creerme siempre un hijo de Dios. (Aplausos frenéticos, risas, bravos, vivas al orador y grande conmoción del auditorio todo)." (**Ibidem**, p. 201). Pero no le bastó al elocuente general con tan burda tergiversación de lo que combatía; añadió la advertencia de que surgía un nuevo fanatismo tras el propósito declarado de combatir el fanatismo católico: ..."El fanatismo religioso produjo la inquisición y la pira; y el fanatismo materialista nos ha regalado el petróleo. Incendio por incendio; el uno más lento, el otro más espléndido. (Aplausos estrepitosos)." (**Ibidem**. 199). Pero este tono burdamente jocoso buscó formas de expresión más consistentes a medida que se fortalecía la presencia de las nuevas corrientes de pensamiento, sobre todo en la Universidad.

14. **La Razón**. Caracas, 18 de marzo de 1893, año II, mes III, Nº. 37, p. 34.

15. "El Papa y la República". **La Razón**. Caracas, 15 de octubre de 1893, año II, mes IX, Nº. 66, p. 496.

16. Ramón Díaz Sánchez, **Evolución de la historiografía en Venezuela**, p. 14.

17. "A Pérez Bonalde". **La Razón**. Caracas, 8 de octubre de 1893, año II, mes X, Nº. 65, p. 482.

18. "Espectáculos". Artículo firmado "T." **La Razón**. Caracas. 1º. de noviembre de 1893, año II, mes X, Nº. 67, p. 519.

19. Caracas, 8 de octubre de 1893, año II, mes X, Nº. 65, p. 486.

20. "Nuestros estudios históricos". **Introducción y defensa de nuestra historia**, p. 19. Para apreciar mejor el clima científico e intelectual en el cual se inició este proceso de cambio en el pensamiento venezolano, bajo el influjo de lo que José Gil Fortoul [1891-1943] denominó ..."la más fecunda revolución intelectual de nuestro siglo." ("Sinfonía inacabada." **Pensamiento político venezolano del siglo XIX**, Nº. 13, tomo I, p. 257), vale referirse al testimonio del muy polémico Luis Razetti [1862-1932], en 1907. Dijo que cuando ingresó a la Universidad de Caracas a iniciar sus estudios médicos, en la cátedra de Anatomía la enseñanza estaba regida por las corrientes vitalistas, creacionistas y organicistas . Pero: "A la vez que en la Cátedra de Anatomía se enseñaba la invariabilidad de las especies orgánicas, el sabio profesor de historia natural, doctor Adolfo Ernst [1832-1899], proclamaba en su aula, en el mismo Instituto, el transformismo de Lamarck [Jean-Baptiste, 1744-1829] y la selección de Darwin [Charles Robert, 1809-1882], como teorías fundamentales de la zoología y de la botánica; y los principios de Lyell [Charles, 1797-1875], como bases de la geología." Añade: "En la misma época, otro profesor, el doctor Rafael Villavicencio [1837-1920] conmovía el espíritu de la juventud universitaria con sus magistrales lecciones de filosofía de la historia"... Dicho lo cual sentenció: "Ernst y Villavicencio son los verdaderos fundadores de la ciencia positiva en la Universidad de Caracas; yo, su discípulo, me honro al consignar aquí este hecho histórico trascendental." (¿Qué es la vida?" **Pensamiento político venezolano del siglo XIX**, Nº. 13, tomo I, pp. 363-364). Alicia de Nuño hizo el balance de la cuestión en relación con el positivismo (**Ideas sociales del positivismo en Venezuela**).

21. "Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia ", en Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, p. 338. Decir esto era intentar reabrir, de hecho, una polémica que fue enconada pero ya definitivamente superada en esa época, como se verá más adelante, o negarse a aceptar una situación adquirida.

22. Op. cit., página 19.

23. **Resumen de la historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año de 1797**, cap. xxii.

24. "Si esto fuese así, si hubiere tales leyes inexorables para la herencia psíquica cuando se trate de la muchedumbre, que suponemos ignora el señor Arcaya [Pedro Manuel, 1874-1958] pues admite esa inexorabilidad como un credo de la Ciencia, debemos acatar, sin duda, la existencia de la libertad como virtud del conductor o caudillo, y no como emanación de la psicología en la turba que no «determina» cosa alguna de acuerdo con su propia voluntad sino con la decisión del jefe..." (Diego Carbonell, **Escuelas de historia en América**, página 150).

25. "Carlos Darwin". **Juicios históricos**, página 27.

26. **Ibidem**, p. 33. A esta afirmación de Diego Carbonell, acerca de la ubicación de la historia antropológica respecto de la historia natural, parece haber aludido Mario Briceño Iragorry cuando habló de la historia vista ..."como capítulo de las ciencias físicas y naturales"... (Véase la nota 22). Cabe preguntarse si fue ésta una manera de saldar un enfrentamiento crítico entre los autores. En su obra **Escuelas de historia en América**, publicada en 1943 (pp. 291-292), Diego Carbonell había sido especialmente duro con la personalidad intelectual de Mario Briceño Iragorry y sus **Tapices de historia patria**, publicados en 1934. El criticado replicaba ahora en obra publicada inicialmente en 1947 ("Nuestros estudios históricos". **Introducción y defensa de nuestra historia**, página 19).

27. **Ibidem**, página 32.

28. "Discurso de orden en el centenario de Darwin". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**. Nº. 13, vol. I, pp. 385 y 391-392.

29. "Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**, Nº. 13, vol. I.

30. "Sinfonía inacabada". **Obras completas**, vol. VII, páginas 164-440. La severa crítica del igualitarismo formulada por Rafael Villavicencio chocaba frontalmente con el sentimiento igualitario que tomaba cuerpo en la sociedad, pero aun así el hecho de que no se desarrollara como tesis para una discusión se debió a varias circunstancias, las cuales requieren un estudio específico. En primer lugar, se le entendió como un reconocimiento de la hegemonía de los mejores, y no era fácil admitir que los andinos que gobernaron con los generales Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez Chacón, y que continuaban controlando el poder con los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, merecían tal calificativo, si bien no faltaron plumas que explicaron, si no justificaron, esa hegemonía invocando las virtudes andinas, en sí o como contraste con la decadencia de quienes habían sido sometidos gracias a ellas. Creo acertado mencionar en segundo lugar la irrupción del marxismo igualitario, que llegó a convertirse en una especie de tabla salvadora para los espíritus que resentían la mencionada hegemonía. Por último, y redondeando el cuadro, la instauración, desde finales de la década de 1930, de una pedagogía igualitaria e igualadora, en todos los niveles del sistema educativo, cuyo resultado ha sido que el venezolano sea igual a sí mismo.

31. "La evolución". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX**, Nº. 13, vol. I.

32. "¿Qué es la vida?" **Pensamiento político venezolano del siglo XIX**, Nº. 13, tomo I.

33. Página 370. Luis Razetti, el científico combatiente, creyó necesario y oportuno explicar este tributo pagado al criterio de autoridad: ..."mi misión de profesor de una Universidad, me imponía el deber de justificarme ante mis discípulos; era necesario que una autoridad superior a la mía dijera que yo, al enseñar la doctrina de la descendencia, cumplía mi deber, enseñaba lo que la ciencia actual enseña como expresión de la verdad"... Por esas razones acudió ante la ..."única corporación que en Venezuela puede fallar con acierto sobre cuestiones que se relacionan con las ciencias biológicas." (**Idem**). Tan palmaria inconsecuencia, mal disimulada por esa especiosa justificación, no escapó a la crítica de Pío Gil [1863-1918]. Viajando en el mismo barco, –bien clara quiso él poner esta coincidencia–, en que lo hacía el general Cipriano Castro en su viaje sin retorno, a la vista del Mont Pelé recordó a los expertos que declararon sin peligro los primeros síntomas de su catastrófica erupción [1902], e hizo la siguiente reflexión, el 27 de noviembre de 1908, prueba de la controversia comentada: ..."Es un caso más que puede agregarse á la larga lista de informes errados

de academias y comisiones científicas, que Razetti [Luis] no tiene en cuenta, cada vez que quiera que se sometan las cuestiones que él mismo suscita, y que generalmente pierde, á la Academia de Medicina de Caracas. No aceptó él la infalibilidad del Papa, pero cree en la infalibilidad académica, del mismo modo que, enemigo de toda autoridad, pretende sin embargo que todo el mundo se someta á la de él." (**Cuatro años de mi cartera**, p. 187).

34. Pbro. Eduardo A. Alvarez T. (Pepe Coloma), **Ciencias biológicas. Origen y evolución de las especies. Origen y descendencia del hombre**. La introducción reproduce la resolución del "Centro católico venezolano ", fechada 24 de julio de 1904, por la cual se ..."dispuso reunir en la edición de este folleto los importantes escritos en que (sic) el ilustrado y virtuoso sacerdote"... "publicó en el **Eco Industrial** de Barquisimeto y en LA RELIGION, de Caracas, bajo el seudónimo de Pepe Coloma y en los cuales combatió la teoría de la evolución ateomaterialista reproducida ante los alumnos de la clase de Anatomía Humana de nuestra Universidad Central, por su profesor señor doctor Luis Razetti, con expreso detrimento de los principios católicos y de la autoridad de la Iglesia." (pp. 3-4).

En suma, topaba Luis Razetti con el mismo adversario, nada desdeñable, ante el cual retrocedió Rafael Villavicencio. Ser denunciado como "ateomaterialista" en la Venezuela de 1904, no era cuestión menor, de manera que se explica la estrategia adoptada por el polémico médico, que parecía consistir en repartir el riesgo. Además, el riesgo subía de grado, pues el fogoso presbítero recibió el refuerzo aportado por Monseñor Juan Bautista Castro, Arzobispo de Caracas, en un folleto titulado **El origen de la vida ante la ciencia y la revelación**.

El prelado era hombre alerta y esforzado en la defensa de la fe. Montó una estrategia hábil. Negó que tuviese el propósito de ..."terciar en la cuestión que en estos días se ha sostenido, porque ésto no nos corresponde ni se aviene bien con el carácter de que estamos investidos"... (p. 5). Tan sólo venía: ..."a hacer la exposición de la verdad, á mostrar á los sabios que la revelación no ha recibido ni la más leve herida con las disertaciones materialistas que se han publicado, y á decir á los hombres de fe que se ocupan de estas cuestiones, cuál es en ellas el terreno libre para la discusión, y cuál el terreno vedado por las imposiciones de la palabra de Dios"... (pp. 5-6). Pero, según se desprende de sus palabras, tal intervención la creyó necesaria para identificar al adversario, medir su fuerza, evaluar el daño causado, aislarlo, estimular a quienes lo combatían y, por último, aportar nuevas armas.

Despojándolo de su ropaje científico universitario, el adversario quedó al descubierto: "La propaganda materialista en la forma científica que se le ha querido dar, ha llegado entre nosotros al mayor grado

de energía que puede tener en el terreno de un sistema francamente ateo"... Los doctores Luis Razetti y Guillermo Delgado Palacios ..."han sido sus fuertes defensores"...

La actividad de éstos obliga a reconocer que ..."es indudable que su palabra y decidido empeño han causado conmoción en la Universidad, en la Academia de Medicina y en la sociedad de Caracas"... Convenientemente, no viene mal al propósito del arzobispo magnificar los recursos de que ha dispuesto el adversario ..."Hay que convenir en que los mencionados doctores han hecho un esfuerzo extraordinario, han puesto al servicio de su propósito todo cuanto ellos saben y lo más culminante que se ha dicho hasta hoy en el mundo científico, contando con simpatías poderosas en el seno de la Academia, lo mismo que fuera de ella: no les ha faltado ciencia, no les ha faltado libertad de expansión (sic), no les ha faltado notable apoyo moral. Han tenido todo lo que humana y científicamente se podía tener." (p. 30)

Pero tan vasta movilización de recursos no ha servido para mucho: ..."grande ha sido el fracaso: después de la decisión de la Academia, la cuestión, aun en los dominios de la ciencia atea, ha quedado como se encontraba antes; ni más ni menos; la evolución materialista continúa siendo una conjetura, una hipótesis, una teoría, una suposición, una invención, todo menos una doctrina científica que pueda ser enseñada y propagada con honradez y con seguridad"... (pp. 3-4)

No obstante este resultado que ha debido ser para el prelado tan tranquilizador como para exonerarlo de entrar en la polémica, se ocupó de poner en claro ..."que el Dr. Delgado [Guillermo Delgado Palacios] no llega hasta donde su colega de Academia. Las conclusiones del Dr. Razetti [Luis] son radicales, rotundas, no admiten la duda ni la discusión: el Dr. Delgado Palacios es prudente, no se arroja tan desatentadamente en el caos del materialismo, bien que tiene ya un pie a orillas de ese abismo"... (p. 7)

Enfrentados a ellos, y merecedores de reconocimiento por haberse distinguido ..."defendiendo los fueros de la verdad." ., se destacan los académicos Juan de Dios Méndez, hijo, y Juan de Dios Villegas Ruiz. Merecedor de congratulación, también, ..."el Pbro. Eduardo A. Alvarez T. (Pepe Coloma), quien abrió el camino en brillante defensa"... (página 5)

De esta manera, luego de poner orden en el campo de batalla, el arzobispo dedicó las más de cuarenta páginas restantes del folleto a desplegar sus recursos teológicos en la lucha contra el materialismo ateo.

35. Pepe Coloma, **Nuevos errores del doctor L. Razetti**, (p. 8).

36. No necesitaba de más el verbo del presbítero para asomar el riesgo de anatema. Acusó al presidente de la Academia de agravar la

situación respecto de la corporación: ..."porque si ella no se ha declarado francamente atea, es demás, señor doctor, que usted pretenda hacerla aparecer como tal, rectificando ahora el fallo que ella dictó y que en modo alguno favorece el asqueroso ateísmo de su honorable colega el señor doctor Razetti." (p. 12). Era la acusación directa tras la suposición de la inminente blasfemia: "Cierto: el alto Cuerpo Científico á quien usted preside, no quiso cargar con la tremenda responsabilidad de afirmar, en pleno siglo de una civilización cristiana, que Dios es una antigualla olvidada en el recuerdo de las generaciones y dormida en el panteón del olvido de la historia." (p.11)

37. Esta afirmación de Luis Razetti abre la posibilidad de una interesante investigación. Debe tenerse presente que casi toda la polémica tuvo lugar durante el gobierno del general Cipriano Castro (22 de octubre de 1899 - 19 de diciembre de 1908) y apenas se comenzaba a vivir la fase optimista del gomecismo cuando se hizo tal afirmación. ¿Jugaron algún papel los gobiernos? ¿Fueron tolerantes? ¿Fueron indiferentes?

38. Joseph Needham, "Religion in a World Dominated by Philosophy ", **Moulds of Undertanding**, p. 57.

C. Más sobre la historiografía contemporánea como cuestión metodológica*

Son muchos los reparos que se hacen a la historiografía de lo contemporáneo. A ellos se añaden los hechos a la historia contemporánea, entendida como la correspondiente a un período histórico específicamente determinado y demarcado. Pero no son menos los reparos hechos a la enseñanza de lo histórico contemporáneo. He levantado el inventario de estos reparos, así como he estudiado la evolución de la polémica por ellos suscitada en la historiografía venezolana.[1]

Pero en ese inventario no incluí un reparo, o por mejor decir una dificultad, con que tropieza todo intento de "enseñanza" de la historia de Venezuela contemporánea. Me refiero al hecho de que seguramente cada uno de ustedes [me dirigía a mis alumnos, en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, en setiembre de 1979] se siente dueño no sólo de un diagnóstico de Venezuela contemporánea sino también y sobre todo, quizá, de un pronóstico seguramente también categórico y exclusivo. Para esta circunstancia hay tres niveles de explicación:

Ustedes viven preocupadamente el diario acontecer de Venezuela.

Por lo general ustedes comparten, de manera más o menos informada y consciente, alguna posición política, también más o menos doctrinaria, referida a lo que suele denominarse "la realidad venezolana".

Ustedes son estudiantes de una escuela universitaria de historia. No es poco lo que esta circunstancia encierra como compromiso con el conocimiento histórico científico-crítico. (Para el caso conviene recordar que el hecho de incumplir un compromiso no significa que éste deje de existir).

En relación con la primera circunstancia, que considero es básica para el estudio de la historia contemporánea, debo

* Se trata, en parte, de desarrollos basados en clases y charlas diversas.

decir, sin embargo, que encierra la posibilidad de que en su curso se tiendan trampas respecto de las cuales se debe estar prevenido. Mencionaré solamente dos, a manera de ejemplos: una consiste en el riesgo de confundir el sentido histórico con el elemental ejercicio del sentido común; la otra consiste en el riesgo, no menor, de confundir historiografía y periodismo.

Respecto del primer riesgo diré que si bien ha de haber sentido común en el sentido histórico, y que ambos participan o pueden participar del espíritu crítico, el sentido histórico representa un nivel cualitativamente más alto, y aun diferente de la aptitud crítica, que lo vincula con el espíritu crítico en su más depurada concepción metodológica, y con la práctica sistemática del conocimiento científico en el campo de la historia. Juzgar lo histórico utilizando las nociones elementales de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto, de lo posible y lo imposible, que nos ofrece el sentido común, no puede ser más engañosa fuente de superficialidad y aun de error. No pocas veces la lógica de la historia desconcierta el sentido común, y el historiador debe estar consciente de ello.

De ligereza cabe señalar la pretensión de que el periodismo "es la historia del presente", o algo por el estilo. Se origina esta errónea valoración del periodismo en una abusiva identificación, establecida al amparo de la deficiente formación profesional recibida, entre *noticia* e *información*. Más grave es la confusión conceptual que ha llevado al exceso de creer que transmitir la noticia es informar, prescindiendo de todo esfuerzo de comprobación crítica.

En cuanto a la segunda circunstancia, es decir la de compartir Ustedes una posición o una doctrina políticas, –en el supuesto a veces generoso de que ellas posean, exhiban o prediquen una visión histórico-contemporánea de Venezuela–, cabe decir que ésta suele ser una consecuencia natural de la primera circunstancia, o sea de la de vivir preocupadamente el presente histórico de Venezuela. Respecto de esta circunstancia afirmo que estoy muy lejos de considerarla un obstáculo para historiar lo contemporáneo. No temo el efecto perturbador que la militancia política o doctrinaria expresa pueda ejercer en la

visión de lo contemporáneo. Y no temo ese efecto por tres razones: en primer lugar porque creo, con Marc Bloch [1886-1944], que ese efecto perturbador puede ejercerse sobre la visión de cualquier momento histórico, por remoto que se le *suponga*, –y destaco la palabra pensando en la concepción de la contemporaneidad de toda la historia de Benedetto Croce [1866-1952] y de Rodolfo Mondolfo [1877-1976]–; en segundo lugar, no temo demasiado ese efecto perturbador porque además de considerarlo ineludible elemento de la historia crítica, lo creo a él mismo, como lo creyó Arnold J. Toynbee [1889-1975], componente importante del testimonio que, intencionalmente o de hecho, ofrece el historiador sobre su tiempo y sobre el tiempo objeto de su estudio, ya sea de manera directa, ya sea de manera indirecta. [2] Por último, mi temor se desvanece porque mi dedicación ya larga al estudio de la historia me ha enseñando que muchas veces hay más veracidad en el testimonio apasionado, y aun en el partidario, que en la verdad a medias impuesta por una objetividad convencional y mentirosa, por cuanto esta última comienza por pretender prescindir del testigo, lo que equivaldría, en el supuesto de que fuera posible lograrlo, a vaciar la historia de parte de sus actores indirectos, pues para los fines de la historiografía andan del brazo Pericles y Grote [George, 1794-1871], los papas y Ranke [Leopold von, 1795-1886], los césares y Suetonio, Antonio Leocadio Guzmán [1801-1884] y José Gil Fortoul [1861-1943].

Algo tengo que decir sobre la tercera circunstancia, es decir la de ser ustedes estudiantes universitarios de historia. Están en una escuela que ha procurado ser, y mucho esfuerzo se ha invertido en ello, un centro de entrenamiento crítico, además de una oportunidad de adquirir información científica. Una experiencia ya bastante larga y diversa con centros como éste me ha llevado a pensar de ellos que existen para dar razón al viejo precepto castellano según el cual cuando un caminante transponía la puerta de una posada y preguntaba: "¿Qué hay de comer?", el posadero le respondía: "Lo que Ud. traiga". Al respecto me permito añadir: quizá no estamos muy inclinados a pensar en lo que traemos a la Escuela.., y podría ser por eso que no falta quien se sienta mal servido...

Pero no basta con apuntar algunas de las dificultades suscitadas por el estudio y la enseñanza de la historia de Venezuela contemporánea. Es necesario añadir la oportunidad en la cual esa tarea se emprende. Aunque es un ejercicio siempre arriesgado, importa mucho tomar en consideración la naturaleza del riesgo. En épocas dictatoriales el riesgo ha sido brutal y simple, y hasta el inicio de la década de los 60 cierta nitidez de los campos ideológicos aminoraba un riesgo que se intensificó a partir del 70. Pero hay algo más: es bien sabido que el hombre se vuelve hacia la historia en los momentos particularmente difíciles, y éstos son para él todos los que generan un desconcierto nutrido por la inseguridad del presente y la incertidumbre del próximo futuro (por supuesto, me refiero a un grado excepcional de incertidumbre). Quizá puede decirse que las causas de esa inseguridad e incertidumbre afectan poco lo que luce como su... ¿resultado? Por otra parte, es posible que al intentar comprender esas causas el historiador no pueda ir más allá de una somera descripción de las mismas, dado lo incipiente de la psicología social. ¿Qué lleva a Pío, personaje literario de José Ignacio Cabrujas [1938] a referirse a Venezuela como a ..."esta equivocación de la historia"..? [3] Probablemente un estado de ánimo equiparable, en algún nivel, con el que inspiró hirientes versos a Freddy Hernández Alvarez [1949]. [4] ¿Cuántos testimonios como éste podrían darse? La prensa, la literatura y el pensamiento político venezolanos de los últimos años ofrecen la posibilidad de una abundante y triste cosecha.

Vivimos de esta manera, y en forma aguda, el trance normal de la historiografía contemporánea: nunca más necesaria, nunca más difícil.

Se podrá objetar, y probablemente con razón, que ello puede decirse de cualquier momento en que el hombre intente interrogar la historia, o dicho más burdamente, penetrar el porvenir. Hubo tiempo de oráculos, como los hubo de arúspices y de invocaciones. [5] La demencial carnicería europea de 1914-1918 avivó la angustia de quienes no recibían de la historia las respuestas que su espíritu, –seguramente más que su intelecto– deseaba obtener, y bien nos lo recuerda Paul Valery [1871-1945]

Pero, obviamente, también en este terreno hay una escala: mientras muy contados espíritus viven la angustia esencial, global, son casi todos los que se sienten agobiados por lo inmediato cotidiano. ¿Cómo, en esas circunstancias, reales, mantener el intelecto despejado para poder percibir en lo cotidiano lo que no es deleznable? ¿Cómo sustraer la comprensión de lo histórico, hasta donde esto sea posible, a las solicitaciones extremas de la necesidad, del miedo, del odio? Porque si bien no puedo concebir la historia sin pasión, tampoco puedo concebir la pasión como la explicación suficiente de la historia.

He dicho, y lo reafirmo, que está muy lejos de mi pensamiento la pretensión de una historiografía fotográfica, a la manera que decía pretenderla César Cantú [1804-1895], quien tanto influyó en los historiadores cultos venezolanos de fines del siglo XIX.

Pero debo decir mi convicción de que la justificación de la historiografía contemporánea (y en esto tampoco la historia se diferencia de las demás ciencias) consiste en procurar un grado de inteligibilidad creciente de los más difíciles y complejos fenómenos, es decir de los fenómenos sociales, y esto supone e impone la observancia de ciertas normas y preceptos que conforman lo esencial del oficio de historiador.

Pero supone e impone algo más: la necesidad de ver la época contemporánea en una perspectiva de totalidad histórica. La convicción de esta necesidad es demostrada sin reservas por historiadores chinos, egipcios y del Medio Oriente. Para ellos los milenios no parecen constituir obstáculos insalvables. ¿Qué decir de sociedades como la venezolana, conformada hace poco más de dos siglos? Si la perspectiva de totalidad histórica es proclamada por Anouar Abdel-Malek [1924] como requisito para la comprensión del presente-futuro de los pueblos de origen arábigo, ¿no cabría afirmarlo todavía más para nuestra sociedad, que presenta tan alto índice de contemporaneidad? Permítanme subrayar que por esto último no entiendo la casi mecánica búsqueda de antecedentes; se trata de nutrir la conciencia histórica necesaria para aspirar a tener una cabal comprensión del presente como integrante del tiempo histórico. En

otras palabras, aun olvidándonos, si esto fuera posible, del ya mencionado precepto *crocciano* de que toda la historia es contemporánea, quedaría vigente la realidad de que es imposible comprender lo contemporáneo sin ubicarlo críticamente en toda la historia. La historia no explica el presente, pero es imposible comprender el presente sin el concurso de la historia. Con esto quiero decir tan sólo que ...tendremos que preguntarnos muy honestamente acerca de cuánta historia "sabemos" y cuánta "deberemos saber", al emprender el estudio de la historia de Venezuela contemporánea. Esta pregunta debemos hacérnosla lealmente. Para mí la respuesta es sencilla: apenas toda...



Se tiende a ver la Epoca contemporánea como la caracterizada por la eclosión de una nueva problemática. Para algunos se trataría de la pobreza, el subdesarrollo, la explosión demográfica, etc. Para otros se trataría del auge de nuevas tecnologías, capaces de comprometer el destino de la humanidad al tener como consecuencia el agotamiento de recursos naturales, la contaminación ambiental y eventualmente el exterminio atómico.

La visión de lo contemporáneo como un conjunto de problemas no es asunto exclusivo del historiador; [6] lo es también del planificador. Pero existen diferencias considerables entre los enfoques respectivos. De manera general puede decirse que esas diferencias tienen que ver con la perspectiva temporal en la cual son contemplados los problemas, y concebidas las soluciones de los mismos.

En los tres casos citados operan las mismas perspectivas temporales: presente-pasado y presente-futuro. Reunidas, forman el marco en el cual se produce toda reflexión sobre los problemas que integran la época contemporánea. Ahora bien:

En el caso del planificador el acento se coloca en el *futuro*.

En el caso del político se le coloca en el *presente*, y parcialmente en el *futuro*.

En el caso del historiador pareciera buscarse una correlación esencial entre las dos perspectivas temporales, si bien cabría apuntar que, en el fondo, es el *futuro* lo que en verdad preocupa al hombre que acude a la historia.

Pero, en los tres casos el criterio fundamental de diferenciación no es la actitud adoptada respecto del *futuro*, sino la valoración del *pasado*.

Ahora bien, esta valoración del pasado, que diferencia el conocimiento histórico de Venezuela contemporánea del ofrecido por otras disciplinas o ciencias que se ocupan de lo contemporáneo venezolano, no es una postura historiográfica generalmente compartida. Ella corresponde a la que llamaría una nueva perspectiva para el estudio de la historia contemporánea de Venezuela, y conlleva una búsqueda metodológica. Quizá sea un buen punto de partida la siguiente diferenciación criteriológica:

En la visión de lo contemporáneo por el político predominan el criterio de oportunidad y el criterio casi mágico de "rentabilidad política".

En la visión del planificador predominan el criterio de racionalidad social y el de eficiencia.

En la visión del historiador predominan el criterio de objetividad y el de historicidad. (Es decir de la percepción de lo histórico extrayéndolo de lo cotidiano).

La dificultad encontrada en el ejercicio de estos criterios tiene mucho de común, en los tres casos considerados. En ella se reúnen, entre otros, los siguientes peligros: la confusión, en los niveles de valoración, de lo estructural con lo coyuntural, y de lo esencial con lo accidental; la subordinación de la perspectiva histórica a la inmediatez; la traslación de valores, por ejemplo de la moral a los procesos histórico-económicos; la relegación de problemas que aun siendo fundamentales no lucen como de una importancia evidente, cual sucede, por ejemplo con los relativos al medio ambiente; y, en toda circunstancia, la posibilidad de un deslizamiento desde el ser hacia el deber ser por la vía del desiderátum.

⌘ ⌘ ⌘

Si bien estoy convencido de que el hombre va a la historia movido básicamente por su deseo de penetrar el futuro, y con ello busca escapar de la asechanza armada por el temor derivado de la incertidumbre, no me parece menos claro que en el caso de la historia contemporánea es frecuente que se busque sobre todo escapar del pasado. Es decir del peso de este último, no ya como temible determinante sino como sencillo testimonio que limita la posibilidad de "escoger el presente", desprendiéndolo de su carga de pasado. Se entabla, de esta manera, una guerra con el pasado, por incómodo, por inconveniente, por acomodarse mal con "el presente deseable". Se dispone así el escenario para que se produzcan los intentos, más o menos abiertos, –por no decir de una vez más o menos impúdicos–, de falsificación de la historia. Me refiero a la gama que tendría en un polo la conocida versión orwelliana, sistemática, totalitaria y predatoria; y en el otro las diversas modalidades del revisionismo histórico. Sólo que con este último sucede como con los explosivos: sirven para demoler, pero pueden dar paso a una edificación más pulcra, o dejar un sembrado de ruinas. En este caso las de la aspiración de conocimiento histórico científico.

Este es un viejo ejercicio, ya se trate de falsificar la historia, ya se trate de purificarla revisándola. El ejercicio de la diplomacia, no menos que el de la política pura y simple, serían imposibles si no estuviese a mano este recurso para hacer valer causas, desacreditar aspiraciones y justificar ambiciones. Si cito algunos ejemplos es tan sólo con el propósito de ilustrar estos dichos; de ninguna manera con el de atribuir inclinaciones exclusivas a quienes los produjeron. Confirma esta aseveración la sensatez de la cláusula del secreto, como prevención contra la fuente de indiscreciones que serían los archivos oficiales de no mediar esa cláusula salvadora.

En 1948 la editorial moscovita "Ediciones en lenguas extranjeras" publicó un folleto titulado **Falsificadores de la historia (Reseña histórica)**. El propósito del escrito era denunciar y contrarrestar una empresa de desinformación que –"no es,

por supuesto, accidental y persigue fines que no tienen nada de común con la manera de tratar objetiva y concienzudamente la verdad histórica". [7] Lo denunciado era una selección de documentos cuya publicación fue dispuesta por el Departamento de Estado norteamericano y los ministerios de relaciones exteriores de la Gran Bretaña y Francia, titulada **Relaciones soviético-nazis en los años 1939-1941** .

El objetivo del folleto, publicado por el Buró de Información Soviético adjunto al Consejo de Ministros de la U.R.S.S., se explicaba por el hecho de que coincidía:

> ..."la aparición de la selección mencionada, [con] una nueva ola de ataques y una campaña desenfrenada de calumnias a propósito del pacto de no agresión, concertado en 1939, entre la U.R.S.S. y Alemania, y dirigido supuestamente contra las potencias occidentales"...

Según el folleto, el propósito de tan artera falsificación de la historia no podía ..."suscitar la menor duda"... Con nada tenía que ver sino con el deseo de alterar, viciándolo, el conocimiento del pasado:

> ..."Lo que se persigue no es presentar una exposición objetiva de los hechos históricos, sino alterar el cuadro real de los acontecimientos, denigrar a la Unión Soviética, calumniarla, debilitar la influencia internacional de la Unión Soviética, como campeón verdaderamente democrático y firme, frente a las fuerzas agresivas y antidemocráticas."

Y, signo particularmente elocuente de los tiempos, los patrocinantes norteamericanos de la publicación desenmascarada como una burda falsificación de la historia también buscaban:

> ..."socavar, por medio de su campaña difamatoria contra la U.R.S.S., la influencia de los elementos progresivos de su país, que preconizan la mejora de las relaciones con la U.R.S.S. El golpe contra los elementos progresivos de los Estados Unidos tiene, sin duda, por finalidad debilitar su influencia ante las elecciones de nuevo Presidente de los Estados Unidos, que se efectuarán en el otoño de 1948". [8]

A continuación se da la versión *verdadera* de los acontecimientos y termina el folleto con una suerte de sentencia que adquiere un especial significado a la luz del reciente reconocimiento, por las autoridades rusas, de lo fundado de las denuncias sobre los pactos firmados con los nazis, tanto el público como el secreto: [9]

> "Tales son los hechos.
>
> "Por supuesto los falsificadores de la historia y los calumniadores son llamados falsificadores de la historia y calumniadores, precisamente porque no respetan los hechos. Prefieren recurrir a los chismes, a la calumnia. Pero está fuera de toda duda que esos caballeros se verán, a pesar de todo, obligados a reconocer la verdad bien difundida de que los chismes y las calumnias se van mientras los hechos quedan". [10]

Sin duda que mentir sobre los hechos es una cosa; falsear la historia es otra. En el primer caso se trata de un recurso normal en toda contienda, política o militar. Por falseamiento de la historia debe entenderse la elaboración de versiones pretendidamente historiográficas, o de enmiendas o reparos deliberadamente falseados a las versiones propuestas. En los últimos tiempos ha sido muy comentado por la prensa internacional el celo demostrado por el Ministerio de Educación de Japón en su empeño por adaptar la versión de la participación del Japón en la Segunda Guerra Mundial, a la expansión comercial japonesa en el sudeste asiático. Con este fin el ministerio ha instruido ..."a los editores para que alteren las versiones de la «invasión» de China por Japón. En su lugar los nuevos textos deben referirse al «avance» japonés"... Mas aún, se pretende blanquear los relatos sobre la masacre de 200.000 a 300.000 civiles chinos, al igual que sobre las violaciones, los saqueos y los incendios practicados por las tropas japonesas durante la toma de Nanking, en 1937. [11]

El ámbito propicio, por excelencia, para la falsificación de la historia es el de la *historia oficial*. Esta se desentiende de propósitos científicos y se subordina por completo a los exclusivos requerimientos de la conducción política de las sociedades por los gobiernos y, sobre todo, por el sector socialmente domi-

nante. Generalmente se asocia este uso de la historia con los fines de regímenes dictatoriales o totalitarios. Igualmente se suele pensar que en los regímenes democráticos sirve de antídoto contra ese veneno del espíritu la práctica independiente de la historiografía, bien sea por individuos más o menos rebeldes, bien sea por obra de circunstancias académicas independientes. Si la primera afirmación es cierta, la segunda no lo es del todo, pues aun en los regímenes democráticos la *historia oficial* suele prevalecer sobre la historia crítica científica, en la medida en que la primera goza, de manera exclusiva o preferente, de privilegios en las diversas áreas educativas e institucionales. Se produce entonces una situación de pugna que en no pocas ocasiones acarrea consecuencias nada desdeñables para revisionistas y contestatarios.

Recuérdese que existe una diferencia fundamental entre la necesaria e ineludible revisión crítica del pasado, que se halla implícita en todo estudio científico de la historia contemporánea, y el deliberado falseamiento del pasado. Los requerimientos de la visión de largo período obligan a formular nuevas interpretaciones del pasado que buscan poner al descubierto significados que se hallaban disimulados en el corto período. Otra cosa es intentar cambiar el pasado:

> "Cambiar el pasado, especialmente mediante falsificaciones y creación de mitos, puede ser muy bien el más grave de todos los abusos cometidos con la historia. George Orwell, en su novela **1984**, sintetizó el peligro en las palabras de un comisario del Partido: «Quien controle el pasado controla el futuro; quien controle el presente controla el pasado»". [12]

Un conocido humorista norteamericano llegó a concebir la existencia de una "Comisión presidencial para el revisionismo histórico", a cuyo presidente se le pidió una explicación del súbito interés por el revisionismo histórico. Respondió:

> ..."No se puede aprender de la historia a menos que se la reescriba. El trabajo del revisionista consiste en hacer que la gente olvide el pasado. El neohistoriador examina lo que se ha publicado hasta ahora y luego se pregunta: «¿Esto dañará o fa-

vorecerá a nuestras alianzas actuales?». Si daña, entonces deberá conciliar los hechos con lo que mejor conviene a los intereses nacionales". [13]

Pero los más letales efectos de la falsificación de la historia se producen en la conciencia histórica de los pueblos, según Rafael López Baralt [1855-1918] : "Si se falsea la historia, se siembra en la conciencia de los pueblos errores que pueden serles fatales mañana en la escogencia de los medios á que han de pedir su salvación en casos dados". [14] Casi un siglo después, y mediando los excesos del culto heroico bolivariano convertido en eje de la *historia oficial*, se ha visto confirmada la prevención del médico historiador:

> "Hago del conocimiento a (sic) los miembros de las FF. AA, y de la opinión público en general, que pertenezco al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, desde su misma raíz en el año 1983, cuando en compañía del para entonces capitán Hugo Rafael Chávez Frías y Felipe Acosta Carles, juramos ante el histórico monumento (sic) del Samán de Güere rescatar la dignidad e identidad de nuestro pueblo venezolano, vilmente ultrajadas por la dirigencia política del país." *(Fdo.) Tcnel. (EM) Jesús E. Urdaneta Hernández.*" [15]



Generalmente las consideraciones sobre la historia contemporánea omiten el aspecto de su significado en lo concerniente a la responsabilidad que conlleva su cultivo, como no sea en lo que toca al cumplimiento de la obligación moral de imparcialidad y al compromiso científico de objetividad. Hay otros aspectos en los cuales rige, con no menor fuerza, la responsabilidad. Me refiero a cuatro aspectos, cuando menos: el de la participación; el del uso político de la historia para fines contemporáneos; el de la capacidad de percibir lo histórico no ya en lo cotidiano sino en lo contemporáneo; y el del uso del sentido común para discernir lo histórico.

En relación con la participación como fuente de responsabilidad, lo primero que se impone es la necesidad de precisar

su alcance. No se trata, obviamente, de la simpleza de pensar que para historiar es necesario haber vivido lo historiado. Tampoco de la no menor simpleza de creer que el hecho de haber participado de lo historiado es garantía de objetividad. Se trata, propiamente, de cómo la experiencia de lo vivido puede influir en la visión de lo historiado, aun cuando la experiencia de lo vivido haya ocurrido fuera del ámbito de lo historiado.

Hace algún tiempo cayó en mis manos un texto de Arthur M. Schlesinger, hijo, que lleva el atractivo título de "El historiador como partícipe". Con frecuencia había visto textos que se correspondían o se reclamaban de títulos semejantes: el historiador como testigo, el historiador como juez, etc. La posibilidad de ser partícipe, en lo que concierne al historiador, queda por lo general circunscrita a su posible papel como político o como acólito de políticos, o a lo más como diplomático. Pero en este caso se trata de ser partícipe *como historiador*, en el marco de lo que el autor denomina *la historia presencial*:

> "Por historia presencial entendemos la narración de acontecimientos escrita por personas que los observaron directamente, por lo menos algunos de ellos. Tal observación puede verificarse en nivel alto o bajo. Evidentemente el historiador que participa en las decisiones tomadas en los niveles más elevados tendrá cierta clase de conocimiento; pero es un error, creo, suponer que, si un historiador sirvió, por ejemplo, como infante de marina durante la Segunda Guerra Mundial, no haya quedado afectado por aquella experiencia y no narre, como historiador, la guerra desde un punto de vista que de otro modo no habría ganado"...

Mas lo significativo no es, creo, el hecho de que el haber vivido la guerra condicione la visión que de la guerra tenga el historiador a la hora de historiarla. Hasta cierto punto, esta situación luce algo obvia. Lo que creo en verdad interesante es el hecho de que esa experiencia vital pueda condicionar la visión que el historiador se forme de hechos o acontecimientos extraños a esa experiencia específica, porque en este último caso sí queda comprometida la responsabilidad del historiador, puesto que éste está obligado a superar su propia experiencia vital para

poder acercarse a las nuevas realidades. De otra manera la participación del historiador se reduciría a una concepción estrecha de *la historia presencial*, que se igualaría con *la crónica*, según lo obeserva a continuación el mismo autor: ..."La historia presencial es, sin duda, una rama de otro campo más grande, el de la historia contemporánea, esto es, la crónica de los acontecimientos históricos escrita por personas vivas cuando ocurrieron". [16]

Se acerca más al fondo de esta interesante cuestión, el mismo autor, cuando observa que:

> "La participación no sólo puede aguzar el juicio del historiador, sino también estimular y amplificar lo que podríamos llamar su «imaginación reconstructora». Tomar parte en la controversia pública, oler el polvo y el sudor del conflicto, sentir en vivo lo precario de la decisión tomada bajo ciertas presiones, todo ello puede ayudar a entender mejor el proceso histórico"...

Es decir, se trataría ahora de una instancia formativa cuyo efecto no se limitaría al trance de historiar el momento que la produjo. Tendría una vigencia permanente y general: ..."La inmersión personal en una experiencia histórica no deja duda al historiador de que las emociones de las masas son realidades con que ha de contar él, igual que los estadistas"... [17] De esta manera, a la hora de ejercer su oficio el historiador estaría en mejor disposición para asumir la responsabilidad de comprender e interpretar hechos y situaciones que, en su especificidad, podrían estar lejos de su experiencia vital directa, pero que sin embargo guardan con ella el vínculo esencial establecido por la que no quedaría más remedio que denominar "la experiencia", es decir esa potencia indefinible que tanto irrita a los jóvenes cuando se les enrostra el carecer de ella para resaltar su incomprensión de lo que están viviendo. Pero, ¿tantas vueltas conceptuales para llegar a la conclusión de que para poder historiar responsablemente es necesario ser lo que en lenguaje común se llama "un hombre maduro"?

Por otra parte, es difícil sostener que lo que sucederá sólo podrá ser historiado, responsablemente, en la medida en que guarde relación no ya con acontecimientos precedentes sino

con la experiencia vital del historiador. ¿No sería esto estrechar demasiado las posibilidades de la historia contemporánea? Seguramente, sobre todo si se tiene en cuenta que ya se va volviendo habitual decir de ella lo que Gustavo Le Bon dijo de su fin de siglo:

> "El siglo que vemos terminar y que dio a luz tantas maravillas, el siglo del vapor y la electricidad, el siglo que ha transformado todas nuestras creencias y creado un mundo de nuevas ideas y de nuevos pensamientos, este siglo tan extraordinariamente fecundo, ha visto realizarse también en las diversas ramas de la historia, los descubrimientos más imprevistos"... [18]

¿Habrá más dificultad en la comprensión de los significados de un mundo que comenzaba a ser iluminado por la electricidad, por quien vivió de lleno la penumbra preeléctrica, que en la comprensión de los significados de un mundo sumido en la penumbra preeléctrica, por quien vive de lleno la era del alumbrado eléctrico?

La responsabilidad implícita en la historia contemporánea, en lo que concierne al historiador, se acentúa en función de la dificultad para establecer una separación clara entre la llamada historia presencial y el mero testimonio. Es cierto que en el primer caso se trataría de un historiador que escribe sobre lo que ha vivido, y esto permite suponer que es la versión de alguien entrenado metódicamente. En cambio el mero testimonio puede proceder de alguien no entrenado, no ya para elaborar una versión historiográfica sino incluso para dar un testimonio fehaciente. Pero en ambos casos el punto final es el mismo: dar testimonio. Ahora bien, en ambos casos, también, es legítimo preguntarse acerca de la cobertura del acontecimiento lograda por el testigo, sobre todo cuando el acontecimiento ha ocurrido en un escenario vasto o particularmente violento. Me refiero, por ejemplo, a los partes de guerra, que por lo general sirven sobre todo a los mecanismos de la guerra psicológica, y para ello no escatiman retórica ni truculencia, como lo muestra el siguiente ejemplo: **La Gazeta de Caracas** publicó un fragmento: "Del Boletín del Exército Libertador de Venezuela Número 48.

Quartel General de Valencia, abril 4 de 1814", en el cual se refiere al estado de esa ciudad luego de haber sido levantado el primer sitio que le pusiera José Tomás Boves [1782-1814]:

> "Aunque en San Mateo y en el tránsito han tenido ocasion los individuos del exército de indignarse contra las atrocidades executadas por las tropas de Boves, se han horrorizado aun mas al considerar en esta ciudad los efectos de una crueldad mas refinada (sic), y de sacrilegios mas impios. Se han incendiado casas hasta la distancia de una quadra de la plaza, despues de haber destruido ó llevadose quanto contenian: se han visto degolladas las mugeres que las habitaban, y arrancada la lengua de algunas. A un herido nuestro, que estaba en un hospital donde entraron, le sacaron los ojos, y luego le atravezaron la garganta; lo que no podrá concebirse, pero de que han sido testigos los habitantes de esta ciudad, es el saqueo y destrozo de los Templos, de donde se arroja en este momento el estiércol de sus caballos, el haber despedazado los vasos sagrados y las imágenes que se han hallado en los corrales de las casas, lo mismo que la Custodia: el subsistir aun en la Iglesia de San-Francisco el cadáver de una mujer asesinada después de haber sido violada, y finalmente haberse llevado los soldados de Ceballos [José] á las jóvenes del colegio de las educandas y las maestras religiosas, después de haber pillado todo lo que existia en el mismo colegio". [19]

Casi nada falta en este boletín, firmado por Antonio Muñoz Tébar [1792-1814], quien acompañaba el ejército libertador en su condición de Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina, y murió el 15 de junio de 1814, en la llamada segunda batalla de La Puerta. Es obvio el propósito de tal presentación de los hechos atribuidos a las tropas de José Tomás Boves. No es menos obvio, igualmente, que si bien el autor no era historiador partícipe, pero sí partícipe, tampoco se propuso dar testimonio. Le interesaba usar el relato de hechos que estimaba verosímiles para procurar resultados políticos. Para ello utilizó las dos palancas más eficaces, tratándose de la que se tenía a sí misma, ahora, por una sociedad piadosa y ajena a la violencia ostensible, generalizada, desenfrenada y truculenta.

El uso de la historia con fines políticos es seguramente la más temible amenaza a la que se expone el historiador al ocuparse de la historia contemporánea, y la mayor fuente de com-

promiso para su responsabilidad. Ahora bien, tal uso presupone el empleo de referentes que permitan la captación del mensaje, y ello exige una acertada selección del medio de transmisión del mismo. Ya hemos visto los empleados por Antonio Muñoz Tébar, para dirigirse a la sociedad venezolana de 1814. Veamos otros ejemplos:

En el discurso pronunciado por Rómulo Betancourt [1908-1981] en el Nuevo Circo de Caracas, el 13 de setiembre de 1941, con ocasión del acto de instalación del partido Acción Democrática, creyó necesario subrayar el carácter histórico del momento, y marcar la autonomía ideológica del partido naciente. Lo hizo utilizando un símil, perfectamente comprensible para los venezolanos de entonces, pero difícilmente comprensible para los de ahora. Proclamó: ..."la convicción de que este Partido ha nacido para hacer historia. Nace armado de un Programa que interpreta las necesidades del pueblo, de la nación (Aplausos); de un programa realista, venezolano, extraído del análisis desvelado de nuestros problemas, porque nosotros podremos ser partidarios de que se importe creolina –como acaba de decir Ricardo Montilla [1904-1976]–, pero programas, no. (Aplausos. Continúan los aplausos)". [20]

Durante la llamada Guerra del Golfo hubo ocasión de contrastar los referentes empleados por los máximos líderes de los dos principales contendores. Saddam Hussein [1937] dijo a los dirigentes del gobernante Partido Socialista Baath: "Si los americanos se metieran en el brollo, los haremos nadar en su propia sangre, Alá lo quiera." Por su parte, George Bush [1924] dijo a los dirigentes del Congreso: "Si entramos en una situación armada, [Saddam] recibirá una patada en el culo." Al parecer, el primero apelaba al sentimiento religioso del pueblo iraquí, mientras que el segundo se inspiraba en la afición popular al fútbol norteamericano. [21]

De esta manera puede afirmarse que la responsabilidad del historiador que se ocupa de historia contemporánea no se limita a la aspiración de objetividad, sino que se extiende a la selección de los medios empleadas para transmitir el conocimiento por él elaborado.

⌘ ⌘ ⌘

Retornemos a la cuestión básica. No es otra que la capacidad de percibir lo histórico cuando se está inmerso en lo cotidiano. Ya no es cuestión sólo de poder captar la realidad de los hechos, sino de evaluar su significación ubicándola en una perspectiva que, necesariamente, desborda con creces el presente. Lo curioso es que para realizar esta operación el evaluador del presente recurre, justamente, al pasado. Y será marcando la continuación con el pasado, positiva o negativamente, como el hecho presente penetre en el futuro. De otra manera tendríamos que creer que se trata de un arrebato de entusiasmo:

> "Mussolini es quizás la personalidad más vigorosa del mundo occidental. En todo caso, es el más grande conductor que haya tenido Italia desde los días de Roma. Es el dux de los romanos, el duce dantesco: «a la vez el guía, el jefe espiritual, el general, el inspirador». En él culminan los esfuerzos de muchas generaciones y en su personalidad de italiano y de occidental modernísimo asoman todas las posibilidades próximas de la raza y todos los fermentos de renovación."

Así vio Alberto Adriani [1898-1936] a Benito Mussolini [1883-1945] en 1925. Pero no se trataba de un arrebato de entusiasmo casi juvenil. Era bastante más. Se apoyaba en una concepción política que combinaba una subvaloración de la democracia y una sobrevaloración del fascismo, llevada esta última hasta el extremo de desentenderse de implicaciones éticas:

> "El episodio Matteoti [Giacomo, 1885-1924, asesinado por los fascistas], que por un momento pareció perderlo [a Benito Mussolini], es ya historia, y el fascismo resurge con nuevo vigor, aleccionado por la dura experiencia. No es imposible que mañana el absurdo sufragio universal que funciona en las democracias latinas le sea adverso. No importa. Pasado mañana volverá y volverá entonces irresistible. Cualquiera que sea el destino de Mussolini [Benito] la revolución que él ha encarnado dominará durante mucho tiempo la vida italiana, y las fuerzas que él ha desencadenado marcharán solas". [22]

Sea manifestado por el partidario ideológico, sea expresado por el acólito, no parece que el entusiasmo sea el camino más indicado para evaluar el alcance histórico de un acontecimiento o de una situación en la cual se está inmerso directa o indirectamente. Creo posible afirmar, de manera general, que en los testimonios entusiastas se da una interesante conjunción de los tiempos históricos: el recurso al pasado, legitimador del juicio valorativo de la historicidad del hecho presente, se proyecta de manera incontrolada en una concepción del futuro que prescinde de toda noción o expectativa de cambio, y la substituye por una simplista proyección del presente entusiastamente apreciado. Hay en esto un engaño o una jugarreta del sentido histórico de los cuales no es fácil escapar, para infortunio, igualmente, del espíritu crítico.

Francisco Tosta García [1846-1921] incluyó en una obra publicada en 1882 un artículo, fechado diciembre de 1874, en el que constata ..."la gran animación y entusiasmo, que reinan hoy en nuestro teatro".., y se interroga "¿Cómo explicar semejante fenómeno?"... A manera de explicación no se le ocurrió nada mejor que ofrecer un sintético manifiesto de su ardorosa fe guzmancista:

> ..."Fácilmente, porque atravesamos una época de lucidez, estamos en el tiempo de las transformaciones políticas y sociales, estamos en la edad de oro de Venezuela.
>
> "Echad una mirada por toda la República, y veréis la palanca formidable del progreso, moviendo todos los brazos; veréis las serranías y las rocas, ceder al impulso de los picos y barrenos, para convertirse en fáciles y productivas carreteras; los ríos, abandonan su curso natural, para humedecer estériles terrenos y apagar la sed de sus habitantes; los puentes levantándose como por encanto, para proporcionar el tránsito y la comodidad pública; ásperas colinas convertidas en paseos; la instrucción primaria, maná sublime que enaltece á los pueblos, llevada hasta las más lejanas chozas; el ferrocarril, gran regenerador del siglo, próximo á nublar el espacio con el humo de sus chimeneas; y por sobre tantas y tantas innovaciones, que sería prolijo enumerar, veréis, finalmente, al eje que impulsa esa gran máquina de paz, progreso y civilización, representado en Guzmán Blanco [Antonio, 1829-1899], Ilustre Regenerador de Venezuela.

"El fenómeno, pues, desaparece en presencia de un gobernante, para el cual no hay imposible de ningún género cuando se trata del bien del país". 23

La muerte súbita le ahorró a Alberto Adriani la amargura de ver desvanecerse su entusiasmo fascista. No tuvo tanta suerte Francisco Tosta García. Le tocó ver cómo a partir de 1887, y aun desde antes, su entusiasmo guzmancista tropezaba y terminaba por perder todo impulso. ¿Se basaron ambos en una evaluación crítica, informada e históricamente alerta, de las realidades que contemplaban? ¿En realidad no hacían otra cosa que proyectar en ella sus preferencias y sus fobias, sus aspiraciones y sus esperanzas? Quizá, sencillamente, vieron la realidad a través de sus convicciones, a la manera de Suetonio cuando, atrincherado en su fe verdadera dice que Nerón ..."Entregó al suplicio a los cristianos, raza adicta a una superstición nueva y culpable"... 24

La búsqueda de "firme" en el cual basar la determinación de lo histórico, desentrañándolo de lo cotidiano, ha tomado muchos caminos. Probablemente ninguno sea cien por ciento desdeñable; seguramente ninguno es cien por ciento confiable. La legitimación de los propuestos invoca desde la extrapolación biológica hasta la encuesta, pasando por la experticia (por supuesto, no la del historiador).

Jacques Ruffié [1921], en una obra publicada en 1976, estudió la crisis vivida por la humanidad. Se aventuró por los caminos de la prospectiva y encontró en la biología el criterio para la comprensión y la superación de tal crisis, apreciada también con relación al pasado:

> "Estamos enfrentados a una crisis grave cuyos origen y naturaleza ya son conocidos, y la cual ciertamente que no se resolverá por sí misma. El riesgo consiste en que, antes del fin de siglo, todos los países grandes caigan bajo la bota de dictaduras más o menos expresas, que luego se enfrenten en combates que el poderío tecnológico volvería particularmente violentos y de crueldad extrema. Nadie sería escatimado. La civilización, entonces, no habría servido para mucho: desde el punto de vista de nuestra conducta, retornaríamos al estadio del mandril o del

chacal. En el marco de esta hipótesis ni siquiera cabe la certidumbre de que, en fin de cuentas, logre sobrevivir algún grupo."

Pero el autor no considera que este desenlace tenga carácter de inevitable: ..."El estudio del proceso evolutivo permite pensar que el hombre ya posee los medios para superar la crisis y seguir avanzando". [25]

En el conocimiento de la historia contemporánea compiten los políticos, los historiadores y los llamados expertos. No importa que los primeros lo hagan en forma de conocimiento de "lo contemporáneo", como he anotado, pues de hecho el referente histórico subyace. En cuanto a los últimos, su aproximación a lo contemporáneo se efectúa a través de nuevas disciplinas en vías de definición, tales como ciencia política y sociología política. Lamentablemente, éstas parecieran cifrar su empeño definitorio en una postura militantemente antihistoricista. En ambos casos la consecuencia más inmediata es la distorsión producto de la visión de corto plazo, y aun más, del inmediatismo. La reciente Guerra del Golfo arrojó, en este sentido, una aleccionadora experiencia:

> "Pero, en fin de cuentas, los políticos pueden alegar su ignorancia. ¿Qué pueden alegar los expertos? Como lo señala el columnista del New York Times Leslie Gelb, en su error los demócratas [opuestos a que se emprendiese acción militar] estuvieron «acompañados probablemente por 90% de los expertos norteamericanos y europeos en asuntos árabes». Véase, por ejemplo, el caso de Zbigniew Brzezinski, quizá el más prominente de los abogados antiguerra. El encabezó la lucha contra la acción militar por estas razones, entre otras: 1) «Se debe esperar» ...«miles de muertos entre los militares norteamericanos»; 2) «el precio del petróleo puede trepar fácilmente hasta 65 dólares el barril, y aun más»; 3) «los solos costos de la guerra» pueden causar «una crisis económica y financiera mundial»; 4) corremos el riesgo de «una creciente ola de antiamericanismo entre las masas árabes»; y 5) «toda la región puede envolverse en llamas»". [26]

De hecho, en el caso que acabo de citar se aplicó tácitamente el método preferido de los expertos que estudian lo con-

temporáneo: la encuesta. Es natural que en la búsqueda de criterios "más objetivos y confiables" para establecer el significado histórico de algún hecho se acuda al expediente de encuestar a los historiadores. Claro está que la presunción básica de este procedimiento es que el grado de coincidencia aproxima al acierto o ¿aleja del error?, la cual no resiste la más elemental prueba a la que pueda someterla el sentido histórico.

Cerca de 500 historiadores norteamericanos respondieron a una encuesta acerca de la obra de los presidentes norteamericanos. Para ello establecieron seis categorías que iban desde «grandioso» (Abraham Lincoln [1809-1865], George Washington [1732-1799], Thomas Jefferson [1743-1826] y Franklin Delano Roosevelt [1882-1945], hasta «fracaso» (Andrew Johnson [1808-1875], James Buchanan [1791-1868], Richard Nixon [1913-1994], Ulysses Grant [1822-1885], Warren Harding [1865-1923]). Ronald Reagan [1911] ocupó el puesto 37, entre los 40 presidentes considerados:

> "Ronald Reagan puede ser todavía una figura triunfadora y querida para el pueblo norteamericano, pero los historiadores que evaluaron la obra de los presidentes lo metieron en el sótano. En la primera significativa medición de su posición, los académicos han calificado a Reagan «por debajo del promedio» –en lo bajo, con otras seis mediocridades tales como Millard Fillmore y Franklin Pierce [1804-1896]". [27]

El que la opinión del público y la de los historiadores no coincidan es bueno para los historiadores; el que la opinión de los historiadores coincida es malo para la historia. Aunque en ambos casos el riesgo es el mismo, pues se tiende a darle perennidad a lo conocido y con ello se contravendría la atinada afirmación de Jacques Ruffié de que: ..."La única certidumbre del conocimiento científico es que ella no es perenne"... [28]

El cuadro se complica cuando, en medio de tantos afanes por establecer métodos, criterios y procedimientos que permitan detectar la significación histórica de los acontecimientos, extrayéndolos de lo cotidiano, nos asalta la sospecha de que no debe descartarse un procedimiento, el más tradicional y al

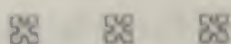
mismo tiempo el menos "objetivo". Dicho pedantescamente el tal procedimiento consiste en "trascender la realidad inmediata del hecho considerado como histórico, añadiéndole la determinación de ampliar y desarrollar su significación." Pero ¿no equivale esto a decir que el hecho considerado se vuelve histórico porque se le quiere tal? En otras palabras, ni el hecho mismo ni su carácter de histórico serían, por consiguiente, independientes de la voluntad del hombre.

En la Venezuela de 1941, empeñado Rómulo Betancourt [1908-1981] en exaltar como un hecho histórico la fundación del partido Acción Democrática, la asoció con esta visión que por entonces pareció absolutamente fantasiosa:

> "Imagino la escena, que sucederá dentro de cincuenta años"..."en una ciudad industrial de la Gran Sabana, construida en la vecindad de las chimeneas de los altos hornos, donde obreros venezolanos estén transformando en materia prima para las fábricas venezolanas de máquinas esos mil millones de toneladas de hierro que en sus entrañas guarda, hoy inexplotadas, la Sierra de Imataca". [29]

Por supuesto que debemos guardarnos de pensar que el sentido común pueda constituir un obstáculo para la percepción de la significación histórica de los hechos. Pero no es fácil acatar esta prevención, pues son muchos los ejemplos que dicen lo contrario. Esteban Palacios y Blanco [1763-1830], tío de Simón Bolívar, escribió en carta del 13 de noviembre de 1816: "Ya hemos sabido aquí [Barcelona de España] la noticia de la expedición de Margarita, cuanto no tendrá que arrepentirse Volivar (sic) de semejante disparate. Tu ya sabrás cual era su caudal en esa. Dios sea alabado". [30] Pareciera posible sacar la conclusión de que una de las características del hecho histórico es la de retar el sentido común. Posiblemente se trate de que para los hechos históricos, sean o no parte de la historia contemporánea o del conocimiento histórico de lo contemporáneo, rige una lógica particular, en ocasiones poco menos que inaccesible al sentido común. En efecto, éste tiene que hacer un gran esfuerzo para seguir a Vissarion Gregorievitch Bielinski [1811-1848] en su afir-

mación de que: "En el proceso de la vida de la humanidad considerada en su conjunto, no es raro que incluso lo que tuvo su fuente en la mentira y el cálculo egoísta, se convierta en útil y benéfico". [31] Sólo que para ser histórico el acto no tiene necesariamente que cambiar su naturaleza.



He dicho que para la comprensión de lo contemporáneo se requiere un visión histórica que es, a su vez, una manera indirecta de abonar la utilidad de la historia. Y quizá no haya, por cierto, mejor justificación de la historia contemporánea. Todo depende de si admitimos por historia contemporánea precisamente el estudio histórico de lo contemporáneo; o si, por el contrario, entendemos por historia contemporánea el estudio de una época histórica determinada. En este último caso habría que caracterizar y delimitar esa época, si no aceptamos que sea tal la más reciente, tomando como punto de referencia la vivida por el historiador. [32]

Pero dejando a un lado esta controversia, creo que viene al caso explorar un poco la posibilidad de que sea necesaria una visión histórica, –más que básica esencial–, para entender lo contemporáneo. Dejaré de lado, igualmente, las posiciones principistas, ya sean historicistas, ya sean antihistoricistas. El examen de testimonios contemporáneos permite considerar la proposición desde todos los ángulos.

En sentido afirmativo de la necesidad de tal visión histórica para entender fenómenos contemporáneos vale citar la respuesta del novelista sueco Lars Gyllensten, quien fue por muchos años secretario del Comité para el Premio Nobel de Literatura de la Academia Sueca, cuando se le preguntó: ..."¿No diría Ud. que, vistos en retrospectiva, algunos de los antiguos ganadores del premio no merecían totalmente ese honor?". Dio la siguiente respuesta: "Puede ser. Cada premio es decidido a la luz del contexto histórico, en el momento en que se toma la decisión. De manera que se debe tener una amplia visión histórica, si se quiere evaluar la decisión sobre el premio". [33]

No escasean los testimonios que, por el contrario, ilustran sobre la posibilidad de que "el peso" de la historia sea un obstáculo, a veces insalvable, para la comprensión de la significación de lo contemporáneo. Esta es la esencia de la actitud conservadora ante la innovación, no necesariamente en el orden sociopolítico y moral. Cuando se inauguró la Torre Eiffel, con motivo de la Exposición Universal de París, en 1889, hubo reacciones adversas, algunas de ellas sorprendentes:

> ..."Cruzados católicos denunciaron la «*Babel Eiffel* », el monumento de la vanidad humana, la torre sin cruz erigida por las manos impías de los francmasones. Edouard Drumont [1844-1917] se desató contra este «*testimonio*» ... «*torpe como la vida moderna*», este «*contrasentido artístico que hará feliz al industrial judío proveedor del hierro*». Huysmans [Georges Charles. 1848-1907], por su parte, soltó su desagrado por esa «*reja infundibuliforme*», ese «*supositorio solitario y acribillado de huecos*», que «*seducirá a los rastacueros*», con el símbolo, a escoger, de la impotencia, de la esterilidad, de la decadencia o del fin del mundo. Algunos artistas, entre quienes Gounod [Charles, 1818-1893], Bouguereau [William Adolphe, 1825-1905], Leconte de Lisle [Charles Marie Leconte, 1818-1894] y Maupassant [Guy de, 1850-1893], incluso hicieron un llamado, por medio del periódico **Le Temps**, para advertir a las autoridades sobre cuánto sufriría su sentido de la belleza ante «*la odiosa columna de latón remachado*» ... «*la negra y gigantesca chimenea fabril que aplastará con su bárbara masa*» ... «*todos nuestros monumentos humillados, todas nuestras arquitecturas empequeñecidas, que desaparecerán en ese sueño estupefactivo*"... [34]

Una tercera posición, drástica, niega la utilidad de lo histórico para dilucidar situaciones contemporáneas. Fue la asumida por un representante del gobierno australiano llamado a opinar sobre recientes conflictos en Papúa Nueva Guinea: ..."La independencia de Papúa Nueva Guinea es historia, y no tiene mucho sentido discutir sobre historia"... [35]

Pero estas diferencias de puntos de vista no dan como resultado el que la historia sea prescindible. Se le valore o no como un instrumento útil para la comprensión de lo contemporáneo. Se le considere o no un obstáculo para tal fin. Lo que realmente importa es que nada de lo contemporáneo escapa a su al-

cance. Así lo dejó sentado el presidente Vaclav Havel [1936] cuando vivió el trance de inaugurar el Festival de Salzburgo en presencia del presidente de Austria Kurt Waldheim [1918], internacionalmente cuestionado por su supuesto pasado de cómplice de crímenes de guerra:

"La presunción de que uno puede deslizarse a través de la historia impunemente y reescribir su propia historia, forme parte del tradicional fondo centroeuropeo de locas ideas. Cuando alguien trata de hacer esto, se daña a sí mismo y daña a sus conciudadanos. Porque la libertad no es completa donde la verdad no puede reinar libremente.

"De una manera u otra, muchos se han vuelto culpables en esta materia. Pero es imperdonable, y no podemos estar en paz con nosotros mismos, mientras no admitamos nuestra culpa, que es lo menos que podemos hacer. La confesión nos hace libres". [36]

El no poder lo contemporáneo escapar de la historia no significa el que se la conciba como un tribunal. Es, sobre todo, un término de comparación, un criterio para evaluar el significado de lo presente, para medir el alcance de su pretendida vigencia como ejemplo, como modelo, como pauta. No se trata, tampoco, de una miope concepción del cambio histórico. Creo que se trata de la necesidad de disponer de un referente, y éste no puede hallarse sino en el pasado vivido históricamente, es decir orgánicamente vinculado con el presente y con el futuro. ¿Se expresaría en esto, entonces y sobre todo, el temor de que un presente desviado pueda estorbar, y hasta interrumpir, el curso deseable de la historia? La respuesta afirmativa explicaría por qué la postura historicista y la actitud conservadora han sido vistas como muy cercanas entre sí; mientras que la postura que centra su atención en la noción misma de cambio, asociándola con transformaciones consideradas no sólo ineludibles sino también tan deseables como desconocidas, constituye la esencia de los credos revolucionarios. La historia contemporánea pareciera querer demostrar que los revolucionarios primero afirman la necesidad de los cambios y luego se esfuerzan por hacerlos amar por los demás, sólo que en este proceso acaban

por substituir las esperadas manifestaciones de ese amor por meras afirmaciones de arbitraria voluntad redentora.

Los hombres que en la América Latina vivieron los primeros balbuceos de la organización republicana sufrieron la angustia de ver cómo el modelo original de la misma, la república norteamericana, se volvía cada día más una pauta adversa a la tarea que más les importaba: la de restaurar el orden social mediante el restablecimiento de la estructura de poder interna, desquiciada por la larga y destructiva guerra. Ello hizo ver a muchos que se requería un esfuerzo decidido de rescate y defensa de los valores que habían regido la sociedad monárquica colonial, y nada más apropiado que el recurso a la historia para amparar tal esfuerzo. Así lo entendió Juan Vicente González [1810-1866], y lo expuso haciendo gala de su erudición, en 1863:

> "Se dice que nuestra época es una época positiva, que las cuestiones políticas, las convenciones de la industria, el bienestar material de los pueblos, deben guiar exclusivamente los estudios de la juventud. Se excita a las nuevas naciones de América á desdeñar las tradiciones clásicas de la antigüedad y á imitar el ejemplo fácil de los Estados Unidos del Norte, señalándonos como el fin más noble del hombre, el olvidar su fin en la confusión de los intereses instables de la vida, y como el uso más bello de las facultades del alma, no consagrarla sino á los sórdidos cálculos de la avaricia. Se olvida que lo que hai de más grande, la filosofía, las letras, las bellas artes, nacen de una misma fuente, y que la perfección de uno de estos ramos, es, por decirlo así, la perfección de todos los demás. El mismo principio, Señor [se dirige a Rafael Arvelo, 1812-1877], que conserva la pureza de las formas primitivas y guarda las tradiciones del gusto, que anima la imaginación y purifica el sentimiento, es el que dirige al físico y al astrónomo en la sublime creación de sus sistemas, y el que forma la admirable unidad en medio de la variedad de las constituciones de los pueblos; yendo á confundirse todas estas ciencias, por diversos caminos, con ese tipo ideal de gracia y belleza, que es la verdad en las artes y en todas las obras de la naturaleza.
>
> "Oye U. á una nación poderosa, materialista y escéptica, engreída y tediada á un tiempo de sus riquezas literarias, que hace de América su plaza de consumo, y le da, para beneficiarlos, su lujo y hasta sus pasiones y ese ardor calenturiento que

devora las viejas sociedades, degradada ya por una literatura de decadencia, aconsejarnos el desdén de las letras, que representa como una distracción frívola de la riqueza ó del ocio. Pero la historia en sus páginas la contradice"... [37]

Naturalmente, a partir de aquí se abre un camino que puede conducir a muy profundos abismos. El primer paso está representado por el patriotismo, pero los siguientes aumentan en ardor hasta dar origen al más terrible tóxico que la historia pueda producir: la patriotería. Llegado a ese punto las pasiones ocupan por completo el terreno, y tanto el sentido histórico como el espíritu crítico lo abandonan. Lo que no significa, de ninguna manera, que la historia las rechace como alimento. Por el contrario, la engullirá vorazmente y, vuelta torbellino de obligantes sinrazones impulsará acciones y motivará oscuras proezas, para prueba de una condición humana que la historia, más que nadie, sabe que es contradictoria en sí.

El patriotismo animó al diputado Carlos Andrés Pérez [1922] al iniciar el debate en la Cámara de Diputados, el 15 de mayo de 1967, sobre el desembarco de guerrilleros, con ayuda del gobierno de Cuba, en las playas de Machurucuto: ..."¿puede la América Latina negarnos su solidaridad? ¿Y qué dicen los Estados Unidos que cada vez que le viene en ganas compromete nuestros pequeños intereses y que en otras oportunidades nos ata a su carro en sus grandes intereses?"... [38]

Pero, como se ha dicho, dado el primer paso, legítimo y conceptualmente fundado, se abre el camino hacia los excesos obnubiladores e incendiarios, cuyos efectos ensombrecen el mundo contemporáneo poblándolo de conflictos en los que el ensañamiento disputa el predominio con la irracionalidad. Hacen así de la historia una fuente de la perplejidad que asalta al historiador al intentar comprender tanto empeño puesto en la autodestrucción de la civilización, la cultura y la humanidad misma, pues si alguien sabe que éstas son indivisibles, y que por lo mismo no se puede dañar una parte de ellas sin dejar un sedimento general y perdurable de atraso y de inhumanidad, ese es el historiador.

Reflexionando sobre los conflictos actualmente en desarrollo entre los pueblos de los Balcanes, Thomas Butler señala, como causa profunda de ellos, el estar ..."enfermos de historia"..:

"El abuso de la memoria cultural, -la manipulación de hace mucho invalidados agravios pasados para obtener ventajas actuales-, rige hoy en las tierras de Yugoslavia desgarradas por la guerra. Deliberadas tergiversaciones y malas representaciones de la historia están destruyendo el futuro en los Balcanes.

"La causa fundamental de las calamidades de Yugoslavia, no es propiamente la historia reciente"..."Ni está la causa arraigada solamente en la crónica, más distante, del dominio otomano. Los horrores actuales están tejidos con hilachas de todo el tapete de la historia desde el la invasión de los Balcanes por los eslavos en el siglo VI"..."Están enfermos de historia, de verdades a medias y prejuicios étnicos pasados de una a otra generación, a través de la religión, de la demagogia política, de panfletos incendiarios e, incluso, del abuso de las canciones y cuentos folklóricos"... [39]

Quizá sea para bien de la humanidad el que frente a semejante perversión del historicismo queden pueblos para quienes siga siendo válida la siguiente observación gallegiana, –aunque, sea dicho de paso, ello desespere a los restauradores–, acerca de : ..."Los escombros de una ruina histórica, que era orgullo, pero no cuidado de la ciudad"...[40]

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. Estos temas se hallan tratados detenidamente en mi obra **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas.**

2. Si bien es cierto que el compromiso con el presente puede influir la visión histórica del mismo, también puede suceder que se nos vede el conocimiento del pasado forzándonos a permanecer en el presente. Así le ocurrió a Claudio, según lo observó Suetonio: ..."También durante su reinado escribió mucho, y asiduamente hizo que sus obras fuesen leídas por un lector público. Su historia comenzaba con la muerte del dictador César, pero pasó a una época más reciente, la de fines de las guerras civiles, pues sentía que no podía hablar con libertad ni decir la verdad de los tiempos precedentes, debido al reproche que con frecuencia le hacían su madre y su abuela"... (**Les douze**

Césars, p. 266). En realidad, esta veda decretada en razón de intereses presentes, propios o ajenos, vale para cualquier porción del tiempo histórico, si bien suele manifestarse sobre todo como la cautela del historiador, esa de la que hizo confesión el "viajero" Gulliver: "Tuve la curiosidad de averiguar especialmente por qué medios tantos han obtenido altos títulos honoríficos y prodigiosas propiedades; y limité mi pregunta a un período muy reciente, sin tocar, empero, tiempos presentes, puesto que quise estar seguro de no ofender ni siquiera a extranjeros (pues espero que no sea necesario decirle al lector que en cuanto comento en esta ocasión no me refiero en absoluto a mi propio país)"... (Jonathan Swift, **Gulliver's travels**, p. 245). El general José Antonio Páez [1790-1873] tuvo muy presente la cautela que impone lo contemporáneo: ..."Las opiniones de los historiadores que han escrito sobre los sucesos de tan importante época [..."La revolución hispanoamericana"... (p.v)] no están de acuerdo en muchos puntos capitales. quizá porque no tuvieron a la vista documentos inéditos, que también á veces no se producen al público, ya por interés que en ello tiene el escritor apasionado ó ya por consideraciones con que tropieza todo el que se ocupe de hechos contemporáneos." (**Autobiografía del General José Antonio Páez**, pp. v-vi). ¿No es la defensa del culto heroico una manera de vedarnos el conocimiento del pasado a partir, justamente, de los compromisos de sus cultores con el presente? Aunque en rigor quienes tal posición asumen no hacen sino vedar, pura y simplemente, el conocimiento histórico científico crítico.

3. "Pío"– ..."Hay aduanas, María Luisa. Si las hay aquí, en esta equivocación de la historia, ¿cómo no las va a haber en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?"... (José Ignacio Cabrujas, **El día que me quieras**). Obviamente, el autor no podía pensar que asignaba mal los atributos en su parlamento.

4. ...

"Conjugue, por favor
Cualquiera de estos verbos:
Gastar
Acabar
Agotar
Disipar
Extinguir
Absorber
Dilapidar
Derrochar
Y al final aniquilar
Y entonces podrá escribir la historia patria

Sólo falta añadir fotografías
Y un índice funerario
Las tasas de cualquier cosa
Y toda la bibliografía para el recuerdo
Y al final páginas con moscas muertas
Para ahorrar el basurero."
...

(De un poema titulado "El baile de los cangrejos", publicado en 1977). "La consunción". **Jóvenes poetas de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta.**

5. No siempre es fácil la comunicación con la potencia consultada, sobre todo cuando el destinatario de ella no es un cumplido corresponsal. Tampoco parece haber sido la vía más acertada para darle curso a la consulta la utilizada por Chilperico: "El ejército que debía marchar sobre Tours estaba ya dispuesto; pero cuando se trató de partir, Chilperico se mostró de repente indeciso y timorato; habría querido saber con exactitud lo que temer debía del resentimiento de San Martín contra los infractores de sus privilegios, y como nadie sobre esto podía darle la menor información, concibió la extraña idea de dirigirse por escrito al mismo santo, solicitando de él una respuesta clara y positiva. Redactó, pues, una carta enunciando a modo de escrito de defensa sus agravios de padre contra el asesino de su hijo Teodoberto y haciendo contra aquel gran culpable un llamamiento a la justicia del santo confesor. La demanda concluía con esta pregunta: «¿Me es o no permitido sacar a Gontrán de la basílica?». Una particularidad más rara todavía es que el documento empleaba un subterfugio y que el rey Chilperico quería engañar al santo, prometiéndose, en caso de que el permiso se le concediera para Gontrán, usar de él igualmente para apoderarse de Meroveo, cuyo nombre callaba por miedo a ser tenido por mal padre. Esta singular misiva fué llevada a Tours por un clérigo de raza franca llamado Baudegisel, quien la depositó sobre la tumba de San Martín y puso al lado una hoja en blanco para que el santo pudiese escribir su respuesta. Al cabo de tres días volvió el mensajero, y encontrando en la piedra del sepulcro la hoja tal como la había él puesto, sin la menor señal de escrito, juzgó que San Martín se negaba a explicarse y regresó junto al rey Chilperico." (Agustín Thierry, **Relatos de los tiempos merovingios**, t. I, páginas 137-138).

6. Véase: Germán Carrera Damas, **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**, pp. 239-269.

7. **Falsificadores de la historia. (Reseña histórica)**, p. 3.

8. **Ibidem**, p. 5.

9. Juozas Urbsys, quien fuera ministro de Relaciones Exteriores de Lituania en 1939 y que como tal participó en las negociaciones del Pacto Germano-Soviético y firmó el mismo, ha publicado sus memorias, a los 94 años de edad. Durante once años estuvo en confinamiento solitario en la URSS. Fue puesto en libertad en 1954, luego de la muerte de Stalin ...«con la condición de que jamás hablase de sus experiencias». Según Michael Dobbs, da la siguiente versión del protocolo secreto, cuya existencia había sido negada:

"«Lo más explosivo políticamente de las memorias de Urbsys es su conocimiento del pacto Molotov-Ribbentrop –el protocolo secreto que estableció las esferas de influencia soviética y alemana en la Europa del Este, en caso de guerra. Todavía hasta el año pasado [1989] los historiadores soviéticos negaban la existencia de tal documento, argumentando que una copia hallada en los archivos nazis al finalizar la guerra era una falsificación.

"«El acuerdo concluido el 23 de agosto de 1939 dio luz verde a la Alemania nazi para engullirse la mayor parte de Polonia. La Unión Soviética tenía manos libres en Estonia, Letonia, Finlandia, Ukrania occidental y Biellorusia. Lituania fue originalmente asignada a la esfera de intereses de Alemania, pero luego fue transferida a la esfera soviética a cambio de otro trozo de Polonia y 7.5 millones de dólares en oro»." (**International Herald Tribune**, 30 de mayo de 1990). El gobierno de Rusia ha reconocido expresamente la existencia de los tratados y pactos en cuestión. ¿Conocían, realmente, los historiadores soviéticos los documentos cuya existencia negaban? ¿Podían haber asumido ante la polémica suscitada una actitud crítica independiente? Presumiblemente, la respuesta es no.

10. **Falsificadores de la historia. (Reseña histórica)**, p. 68.

11. "Japan. War atrocities, Revised". **Newsweek**, 16 de agosto de 1982. Unos tres meses después el **Asahi Evening News** (Tokio, 3 de diciembre), informó sobre le polémica en torno a la revisión de dos textos de historia de Japón y uno de historia universal. Los pasajes en disputa eran los mismos. En 1991, con motivo de la conmemoración del 50º aniversario del ataque por sorpresa a Pearl Harbour, comenzó a advertirse cierto cambio en la forma de presentar la responsabilidad de Japón en la guerra. ("Japan, Remembering the War, Shifts Focus to Responsability". **International Herald Tribune**, 16 de agosto de 1991).

12. William L. Burton, "The Use and Abuse of History". **A.H.A. Newsletter**. Washington, febrero de 1982, p. 14.

13. Art Buchwald, "Historical Revisionism". **International Herald Tribune**, 21 de mayo de 1985. Cuando el historiador militar soviético coronel general Dmitri Volkogonov presentó el primero de los diez volúmenes de su historia de la II Guerra Mundial, ocurrió lo que ocurre a quien disiente de la *historia oficial*: ..."Cuando sus colegas generales vieron el borrador, se pusieron furiosos: El historiador se había valido de su acceso a los archivos reservados para producir una obra que era agudamente crítica de las acciones soviéticas que desembocaron en la guerra. Bajo las críticas, el general Volkogonov renunció a la dirección del Instituto de Historia Militar, diciendo: «No quiero escribir una historia falsa».

"Un funcionario de Partido Comunista, Valentin Falin, dijo que ya los archivos no estarían abiertos para el general Volkogonov y los investigadores que trabajan con él. Dijo que «Los documentos deberían ser usados de acuerdo con el propósito con el que fueron concebidos»"... ("Let History Be Freed". **International Herald Tribune**, 24 de junio de 1991). En 1971 visité Moscú, invitado por la Academia de Ciencias. El Instituto de Historia Universal me hizo el honor de recibirme para decir una charla sobre "Historia y programación". Allí tuve ocasión de conversar con varios distinguidos historiadores soviéticos. Pregunté a uno de ellos, muy destacado, sobre sus estudios acerca de un aspecto de la historia de la América Latina a comienzos del siglo XX. Me respondió que había tenido que dejarlos, porque la dirección del Instituto le había asignado la tarea de escribir una historia de un país con el cual se preparaba el establecimiento de relaciones diplomáticas. Su mirada, sus gestos, y no menos sus palabras, me hicieron comprender que la "historia" en la que trabajaba ahora debía adaptarse a la circunstancia político-diplomática.

14. Epígrafe seleccionado por Domingo Antonio Olavarría (Luis Ruiz), **Historia Patria. X Estudio Histórico Político**, p. 148.

15. "El comandante Urdaneta Hernández desmiente al Ministerio de la Defensa". **El Universal**. Caracas, 3 de noviembre de 1992.

16. Revista **Facetas**. Washington, vol. VIII, Nº, 1, p. 49. Pero habría que tomar en consideración, igualmente, el tiempo transcurrido entre el momento cuando se presenció el acontecimiento y el momento cuando se dio testimonio, directo o indirecto, sobre el mismo. El sentido común sugiere que cuanto más breve sea el tiempo transcurrido, más verosímil será el testimonio. Al menos así lo creyó José María Restrepo: ..."Desde esta acción se manifiesta la parcialidad de Baralt [Rafael María, 1810-1860] y Díaz [Ramón, 1800-1875] por el mayor general venezolano Rafael Urdaneta [1789-1845]. Al leer su re-

lación de la batalla Urdaneta hizo casi todo para obtener el triunfo. Sin embargo Bolívar [Simón] en su parte al presidente del Congreso recomienda en primer lugar al teniente coronel granadino Atanasio Girardot [1791-1813]. Hemos seguido aquel parte en la narración del combate de los Taguánes. Escrito dos días después de la batalla, merece más fe que relaciones y noticias acaso interesadas, que se recogieron años después." ("Historia de la Revolución de Venezuela, en la América Meridional". **Historia de la Revolución de la República de Colombia, en la América Meridional**, vol. II, p. 577). Al parecer, el historiador neogranadino no creyó indicado, –o quizá oportuno–, darle entrada a la consideración de la posibilidad de que Simón Bolívar estimase favorable a sus fines el dirigirse en los términos en que lo hizo justamente a quien lo hizo. ¿O no es cierto que, como lo pretendió Santiago Terrero Atienza, nadie es mejor testigo que el autor del hecho historiado, que en este caso no podía ser sino Simón Bolívar?: "Un suceso cualquiera de la vida humana es narrado con más fidelidad por sus autores. La tradición conserva la verdad, pero desfigurada; los documentos de referencia posteriores a los actos, pueden adolecer de involuntarios errores o de juicios parciales; y los historiadores muchas veces no hacen sino novelas, cuando se empeñan en exornar los hechos con la inventiva del ingenio"... Dio un ejemplo que estimó contundente: ..."Pero cuando se ha levantado el proceso verbal del acontecimiento; cuando tenemos escrita la relación sencilla, rápida, llena de impresiones, de una empresa llevada a cima con éxito brillante y fecundo, por ánimos resueltos, por ilustres varones que son los fundadores de la Patria, el sentido común solicita con avidez la palabra consagrada por lo solemne de la escena, el relato estampado en aquella acta maravillosa, redactada el 19 de Abril de 1810"... ("El 19 de Abril de 1810 fue el día en que se inició la independencia suramericana". **El 19 de Abril de 1810**, p. 101). Claro está que no todo actor-testigo satisface los requisitos formulados ingenuamente por el autor.

17. **Ibidem**, p. 56.

18. Gustavo Le Bon, **Les premières civilisations**, pp. 1-2.

19. **Gazeta de Caracas**, N°. 57, de 11 de abril de 1814. Cabe observar que el testimonio del general Juan de Escalona [1768-1834], quien comandó las fuerzas sitiadas, acerca del episodio de los vasos y ornamentos religiosos, difiere de esta versión. ("Relación de lo ocurrido en los dos sitios que sufrió Valencia en el año de 1814, por un jefe republicano que se halló en ellos"). Acerca del tratamiento dado por la historiografía venezolana a la práctica de los saqueos, véase en mi obra **Boves, aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia**, el capítulo "Los saqueos de Boves", páginas 32 a 50.

20. Rómulo Betancourt, "Acción Democrática y los problemas económicos de la nación". **Documentos que hicieron historia**, vol. II, p. 306.

21. Howard Fineman y Evan Thomas, "Saddam and Bush: The Words of War". **Newsweek**, 21 de enero de 1991. Según los autores, la retórica de Saddam ..."quiere evocar la edad de oro de la conquista arábiga, el Imperio Abasida del siglo nueve"..."tomó prestado su grotesca amenaza de hacer que los norteamericanos «naden en su propia sangre», literalmente, de Al-Tabari, el Herodoto del mundo árabe, quien hizo la crónica de las guerras santas del Imperio Abasida. Para los iraquíes estos relatos no son simple historia antigua"..."El campo de batalla evocado por Bush es como un campo para jugar fútbol norteamericano. Hace mucho tiempo que los occidentales ven la guerra como algo más bien deportivo."

22. Alberto Adriani, artículo fechado Ginebra, mayo de 1925, publicado en **El Impulso**, de Zea. (**Estímulo de la Juventud**, p. 100). La identificación del autor con las proposiciones ideológicas que nutrieron en parte el fascismo, y aun el nazismo, fue más profunda: "Uno de los números interesantes del Congreso Boliviano [organismo propuesto por él] sería la creación de un *Instituto Tropical de Homocultura*, el cual sería dedicado a investigaciones y estudios sobre los medios de controlar, dominar el medio tropical y procurar el mejoramiento de nuestra raza." ("Notas inéditas". **Ibidem**, p. 405).

23. Francisco Tosta García, **Costumbres caraqueñas**, páginas 9-10.

24. Suetonio, **Op. cit.**, p. 281.

25. Jacques Ruffié, **De la biologie à la culture**, p. 565. El autor añade: ..."Las exigencias son claras: más justicia, más cooperación, más conciencia; una cierta renuncia a nuestros egoísmos individuales y patrióticos que corresponden todavía a comportamientos animales; la adopción, sin vacilaciones ni lamento, de un comportamiento altruista, específicamente humano. Tanto las fronteras de clases como las de naciones pertenecen al pasado"... (p. 566).

26. Charles Krauthammer, "On Getting It Wrong". **Newsweek**, 15 de abril de 1991.

27. Hugh Sidey, "The Presidency. What Links These Six?". **Time**, 15 de abril de 1991.

28. Jacques Ruffié, **Op. cit.**, p. 567.

29. Rómulo Betancourt, **Op. cit.**, p. 305.

30. La carta fue dirigida a Jayme Cedó. **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, octubre-diciembre de 1930, t. XIII, p. 649.

31. Vissarion Gregorievitch Bielinsky. **Textes philosophiques choisis**, p. 372. Más directo, Voltaire [François Marie Arouet, 1694-1778] dijo de uno de sus personajes: "Babouc sacó la conclusión de que frecuentemente había cosas muy buenas en los abusos"... ("Le monde comme il va". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**, p. 85). Se le ocurrió a alguien prevenir esta natural dinámica de la historia mediante un recurso tan formal como ilusorio. Me refiero a la que llamaríamos "historia contractual". Es decir la que subyace en los programas y acuerdos políticos. Por supuesto, sin llegar al exceso del "Convenio por Venezuela entre Reinaldo Cervini y el MAS", firmado en Caracas, el 8 de setiembre de 1983, por Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez y Reinaldo Cervini. (**El Diario de Caracas**. Caracas, 14 de setiembre de 1983).

32. Véase: Germán Carrera Damas, **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**.

33. "Of Graham Greene and the Nobel He Never Got". **International Herald Tribune**, 8 de abril de 1991.

34. Jean-Pierre Rioux, "Frissons fin de siècle". **Le Monde**. París, 17 de julio de 1990.

35. Mark Frankel y Trevor Watson, "A Case Study in Anarchy". **Newsweek**, 17 de diciembre de 1990.

36. Robert B. Goldmann, "Havel's Message Deserve Hearing". **International Herald Tribune**, 15 de agosto de 1990.

37. Juan Vicente González, "Dedicatoria de la 3ª. parte de su **Manual de Historia Universal**". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, 31 de marzo de 1924, Nº. 25, p. 41. Para marcar la continuidad de este pensamiento vale la pena recordar lo escrito por Ramón Ramírez [1824-1878] ocho años antes: "Es esta la civilizacion que deben seguir los pueblos de la América; y no es sino con el más acerbo dolor que vemos á la nacion mas poderosa del Nuevo Mundo;

á esa nacion que es la que mas cerca se halla de la verdadera civilización, pues á pesar de su positivismo y exclusivo amor al dinero, es la que mas se ha sometido al verdadero espíritu del Evangelio; á esa nacion en que las costumbres sostienen las instituciones (único secreto de la estabilidad de los gobiernos) y las instituciones conservan las costumbres á que deben su vida; en que la soberanía del pueblo, que es la soberanía de la razon, es casi cierta; en que es libre el pensamiento; realidad la igualdad; que es la única, en fin, que tiene rentas para cubrir sus gastos, y que no necesita de ejércitos permanentes, porque la facilidad de sus comunicaciones le permite considerar á toda su poblacion como habitando en la costa; es con el mas acerbo dolor, decimos, que vemos á esa nacion modelo, olvidar el carácter de su civilizacion, para volverse en busca de la de sus padres, y solicitar conquistas y aumento de territorio, á costa de la justicia y de los derechos de los pueblos; sacrificando al mismo tiempo al mezquino interes del lucro, la suerte de esa clase desventurada, condenada á la esclavitud como para escarnio de las instituciones democráticas, y para la cual parece que no tiene misericordia el alma, compasion el corazon, armonías la inteligencia, bellezas la naturaleza"... (**El cristianismo y la libertad**, pp. 15-18).

38. **El Nacional**. Caracas, 16 de mayo de 1967.

39.Thomas Butler, "A 6th Century Invasion Stokes a 20th Century Calamity". **International Herald Tribune**, 2 de setiembre de 1992. Debrosav Veizovic, viceministro de Relaciones Exteriores de Serbia, declaró: .."No tenemos aspiraciones territoriales en Bosnia, pero necesitamos asegurar el Corredor de la Libertad [hacia Krajina, dominada por Serbia] de manera que los serbios de Bosnia tengan un paso directo hacia Serbia. Hemos tenido que sobrevivir una y otra vez. Sobrevivimos en 1389 y en 1941. No fue por accidente que Alemania y Austria y Hungría nos atacaron entonces. La historia no cambia." **Newsweek**, 19 de abril de 1993. Se afirma que la historia como enfermedad se manifiesta, en este caso, en una erupción de nacionalismo. John Kifner escribió recientemente desde Belgrado, refiriéndose a la crisis de la antigua Yogoslavia: "Aquí, como a través de la Europa del Este, el nacionalismo fue bajo el régimen comunista como el monstruo prehistórico, congelado en un iceberg en una película de ciencia ficción, que se desencadena cuando los científicos lo descongelan. El derrumbe del comunismo no fue el fin de la historia, sino una especie de repetición instantánea. «En los Balkanes, si usted trata de explicar los acontecimientos políticos después del comunismo, debe entender que hay demasiada historia en muy poco espacio», dijo el sociólogo político profesor Vladimir Goati"... Es una verdadera epidemia historicis-

ta: "Los serbios no son los únicos que invocan la historia en favor de su causa. En las oficinas serbias, bosnias y croatas los mapas tratan de justificar los límites sobre la base de viejos reinos identificados con escudos medievales; otros muestran con asombroso y ahora extemporáneo detalle la repartición étnica de ciudades, aldeas y campos"... Y esto parece ser así porque según el historiador Dejan Medakovic: "Nuestra moral, ética y mitología fueron creadas en el momento cuando fuimos arrollados por los turcos"... Dragoslav Bokan, jefe de una de las milicias privadas, declaró: "«Dije a mis combatientes que están haciendo exactamente lo mismo que hicieron sus ancestros y que harán sus retoños»"..."«No creo en la democracia porque no creo que ningún grupo en ninguna época puede cambiar el curso y las metas de sus ancestros por su libre voluntad»". ("Through the Serbian Mind's Eye". **The New York Times. Weekly Review**, 10 de Abril de 1994).

40. Rómulo Gallegos, **Reinaldo Solar**, p. 98.

EPILOGO

Puesto en trance de conocer, es decir de comprender e interpretar, el historiador no se plantea la búsqueda de la verdad. Por otra parte, no sabría decir cual es, ni sabría donde lo aguarda. Pero busca el conocimiento con afán y racionaliza esa búsqueda. La rodea de un conjunto de preceptos, de consejos, de prevenciones, –e incluso de técnicas y métodos–, que prestan legitimidad a su empeño, y pueden ganarle respeto y hasta admiración. Como premio de tanto empeño obtendrá *su verdad*. Siempre controvertible, siempre superable, siempre provisional, siempre necesaria, siempre procurada. No obstante, el historiador se verá a sí mismo con la satisfacción producto del haber cumplido con un compromiso que nadie le impuso, pero que asume dándose elaboradas justificaciones. Tal sería el historiador si se le juzgase desde una postura crítica, liberada de tolerancia o de benevolencia. Pero sobre todo si esa postura ignorase o desdeñase, también, la respetabilidad ya ganada por una profesión, la de historiador, que si bien no puede disputarle la precedencia a la generalmente acreditada como la más antigua de las profesiones, bien le anda cerca, si no por razones de antigüedad, bien por otras. (No debe olvidarse que hay un rasgo más que abona la proximidad de las profesiones objeto de comparación, pues no pocas veces se ha tildado a la historia de alcahueta). [1]

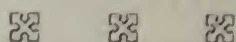
Recientemente un político español, deseoso de promover lo que él entiende por acercamiento iberoamericano, señaló la necesidad de que en su país se estimulase el conocimiento de "la historia y realidades" de los pueblos de América. [2] No es posible afirmar que se trate, en este caso, del resultado de un esfuerzo crítico dedicado a deslindar modalidades del conocimiento. Ni importaría mucho establecer tal circunstancia. Más significado tendría el comprobar que se trata tan sólo de la fuerza de una creencia convertida en lugar común del lenguaje. ¡Si todavía hubiese puesto el adverbio *demás* antes de "realidades"! De haber sido así los historiadores seguramente nos sentiríamos relativamente tranquilos. Sabríamos que la nuestra, la historia,

es considerada al menos como una de las realidades posibles. Ello tonificaría nuestra convicción de que si bien no podemos alcanzar *la verdad*, ésta no nos es inalcanzable porque nos desenvolvamos fuera de la realidad.

Pero, puestos ya bajo la égida del rigor crítico, cabe preguntarse si para ser real la historia ha de ser verídica. El cautelosamente agudo Bernal Díaz del Castillo [1492-1581] calificó de verdadera su obra, por estar destinada a permitirle decir, como actor, como testigo y como autor, lo que en verdad sucedió en la conquista de la que sería la Nueva España. Para hacerlo debía enmendar la versión de quien como "el Gómara" [Francisco López de Gómara, 1511-¿1566?] contó de oídas. La postura del soldado cronista se amparó en la circunstancia de poder decir: "yo sé lo que pasó porque estuve allí". Para probarlo aportó detalles que, a su vez, para satisfacer las exigencias del historiador crítico de nuestro tiempo, requerirían tanto del refrendo de otros Bernal Díaz del Castillo, como de la benévola admisión de la creencia de que varios testigos coincidentes no pueden errar en la apreciación de un mismo hecho. Es decir, cosa que la vida cotidiana prueba, a cada momento, que sí es posible, especialmente según la naturaleza y la magnitud del hecho sobre el cual se de el testimonio coincidente.

En otro nivel de razonamiento, el historiador crítico no dejará de advertir que Bernal Díaz del Castillo sabía muy bien cuántos y de que pelaje fueron los caballos que Hernán Cortés [1485-1547] llevó consigo, pero ¿qué sabía de la empresa global de la cual la hazaña de Hernán Cortés fue sólo parte? "El Gómara", como lo denominaba el soldado testigo, no estuvo en la batalla dada cerca del pueblo de Sintla, [3] pero como su asunto no era establecer los pormenores de la misma, sino explicar y sobre todo justificar la conquista como hecho mayor, ¿sí vio al apóstol Santiago legitimando la empresa con su participación combatiente en la batalla? ¿Acaso podía dejar de ver al apóstol Santiago comprometido activamente en la empresa de dominación y rescate de sociedades y culturas "ensombrecidas" por el paganismo? Dicho esto, ¿cuál es la verdadera historia? [4]

Una vez leído lo precedente, el lector crítico reaccionará comprensiblemente alerta por cierto tufo de sofisma. Pero si se pone a pensar el asunto con más calma, se preguntará si se trata tan sólo de un artificio de la razón. Y una vez tomada esta senda estará perdido para la razón del sentido común y comenzará a ser ganado por la razón de la historia. Al final de la senda le aguardará seguramente la sorpresa de entrever que dijo verdad el soldado cronista, y dijo verdad el cronista, porque sus versiones no sólo no se excluyen entre sí, sino que se complementan, ya que si bien esas dos versiones están referidas a los mismos hechos, no tratan de las mismas realidades. ¿Consistirá en esto la auténtica utilidad de la historia? [5]



Son muchos, sin duda, los peligros que corre la verdad en manos del historiador. Quizá sean menos temibles, sin embargo, que los corridos por el pueblo que no pueda tener recurso válido a la historia. Porque pueblo que ignora su historia se extravía, y pueblo que no honra su historia descubre su flaqueza moral, no menos que su desnudez espiritual.

Pero el aferrarse a la historia con el sólo fin de compensar el presente ha sido también una práctica nefasta.

¿Qué decir, entonces, del valerse de una historia que, por no correr el riesgo de que su verdad padezca en manos del historiador, alimenta una conciencia histórica convencional o hipócritamente falseada?

¿Qué es más arreglado a la salud de los pueblos: una historia cuya verdad esté a salvo de historiadores, o una historia que haya sobrevivido a los maltratos que ellos puedan haber infligido a su verdad?

Es el momento de afirmar que siempre valdrá más un deficiente acercamiento a la verdad que el no procurarla mediante la historiografía, vale decir corriendo el riesgo de que su verdad padezca los maltratos que pueda infligirle el historiador.

Decir esto no es fabricar un triste consuelo para el historiador. Tampoco es hacer un llamado a la resignación, dirigi-

do a quienes someten la verdad de los actos de su historia de pueblo al riesgo representado por el historiador. Es tan solo un llamado a la ecuanimidad. Para el caso ésta consiste en no olvidar que la historia es la vida misma de los pueblos, y que ella no corre menos riesgo confiada a quienes la viven que a quienes la escriben.

NOTAS Y TEXTOS DE APOYO

1. Por consiguiente a los historiadores les ha correspondido una más dura calificación, como se aprecia en la pluma de Jonathan Swift: "Me disgustó sobre todo la historia moderna [en el sentido de reciente]. Pues habiendo examinado estrictamente a todas las personas de más renombre en la corte de los príncipes durante el pasado siglo, advertí cuán desorientado ha sido el mundo por escritores prostituídos, al adscribir las mayores hazañas bélicas a cobardes, los más sensatos consejos a tontos, sinceridad a halagadores, virtudes romanas a traidores a su patria, piedad a ateos, castidad a sodomitas, veracidad a denunciantes"... Terrible listado de acusaciones que hizo concluir al autor: ..."cuán baja opinión me formé de la sensatez y la integridad humanas cuando me hallé auténticamente informado de los resortes y los motivos de grandes empresas y revoluciones en el mundo, y de los cuestionables accidentes a los que debieron su éxito." (**Gulliver's travels**, p. 244]. Es una lástima que el autor olvidara decirnos cómo adquirió el conocimiento que le permitió desenmascarar tanta superchería acumulada a los largo de un siglo.., sin recurrir a la historia.

2. José Prat García, Presidente de la Comisión de asuntos iberoamericanos del Senado español, "Historia y futuro de la Comunidad iberoamericana de naciones". **Cuadernos americanos**. Nueva época. México, mayo-junio de 1987, año I, vol. 3, p. 48. El autor enuncia los "pasos cercanos" para fortalecer a Iberoamérica: "7) En nuestros centros educativos debe ofrecerse más profundo y amplio conocimiento de la historia y realidades de los pueblos de América."

3. Véase en esta obra el testimonio de Bernal Díaz del Castillo sobre la batalla librada cerca del pueblo de Sintla (Parte I, nota 47).

4. Claro está que se trata de una manera de tocar un tema de siempre: el del papel del mito en la historia. Léon-E. Halkin [1906] lo planteó en términos muy elocuentes: "El mito de Napoleón no es sólo un tema épico que nos resulta más familiar que su misma historia.

Puede sostenerse que tiene más importancia y, en el largo plazo, más eficacia que el Bloqueo continental, a cuyo fracaso sobrevivió. Como todos los mitos, tiene una función histórica; pertenece, como tal, a la historia. Influyó en ella. Es, realmente, generador de historia." (**Iniciación a la crítica histórica**, p. 148). Un celoso cultivador de la crítica y partícipe de las corrientes cientificistas renovadoras de los estudios históricos, Diego Carbonell [1884-1945], sentenció: ..."pretender llevar la escrupulosidad de la Historia hasta el extremo de desechar la Leyenda equivale a poseer sobre los anales del Pasado una imperfecta comprensión"... (Escuelas de historia en América, en Germán Carrera Damas, **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, p. 131].

5. Mi pregunta nada tiene de retórica. Por mucho tiempo toda mi inquietud en relación con la utilidad de la historia consistía en precisar su alcance, en explorar sus posibilidades. Pero sucede que hace ya algún tiempo tropecé con un *malhabido* canciller quien, a las primeras de cambio en una conversación sobre los acontecimientos de la Europa central, del Este y la URSS, me espetó: "La historia no sirve para nada". Aceleradamente vinieron a mi memoria los muchos desplantes de que ha sido víctima la historia, y me disponía a replicar cuando me percaté de que quien había proferido tal sentencia creía haber dicho algo original...

BIBLIOGRAFIA CITADA

Academia Nacional de la Historia, **Discursos de incorporación**. Ediciones conmemorativas en el LXXV Aniversario de su fundación. Caracas, 1966, IV vols.

Academia Venezolana Correspondiente. **Discurso inaugural. Su crítica y su defensa**. Caracas, Imprenta de "La Opinión Nacional", 1883.

ACOSTA, Cecilio, "Carta a M. Guizot". **Obras**. Caracas, Empresa El Cojo, 1909, vol. IV.

ACOSTA SAIGNES, Miguel, **Estudios de Etnología Antigua de Venezuela**. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1961.

Actas de la Sociedad de ciencias físicas y naturales de Caracas (1867-1878). Compilación y estudio preliminar por el Dr. Blas Bruni Celli. (Colección histórico-económica venezolana, Nº. XI). Caracas, Banco Central de Venezuela, 1969, II vols.

ADRIANI, Alberto, **Estímulo de la Juventud**. (Segunda edición de **Labor venezolanista**). Caracas, 1946.

ALAMAN, Lucas, **Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia, en 1808, hasta la Epoca presente**. México, Publicaciones Herrerías, S.A., 1938.

ALVARADO, Lisandro, **Obras completas de Lisandro Alvarado**. Caracas, Ministerio de Educación, 1958.

ALVAREZ TORREALBA, Pbro. Eduardo A. (Pepe Coloma), **Ciencias biológicas. Origen y evolución de las especies. Origen y descendencia del hombre**. Caracas, Publicación del "Centro católico venezolano", (Con licencia eclesiástica), Imp. de "La Religión", 1904.

———, **Nuevos errores del doctor L. Razetti**. Artículos de controversia científico-religiosa dedicados al doctor R. Freites Pineda. (Con licencia eclesiástica). Quíbor, Imprenta "Progreso", 1905.

AMADO, Jorge, **Gabriela, clavo y canela**. Madrid, Alianza/Losada, 1982.

Análisis del socialismo. Bogotá, Librería de S. Simonot, 1852.

ANDRADE, Ignacio, **¿Por qué triunfó la Revolución Restauradora?** (Memoria y exposición a los venezolanos de los sucesos de 1898-1899). Caracas, Ediciones Garrido, 1955.

APULEYO, Lucio, **La metamorfósis ó el asno de oro**. Madrid, Col. Universal Espasa-Calpe, 1920.

ARCAYA, Pedro Manuel, **The Gómez regime in Venezuela and its background**. Washington, The Sun Printing Company, 1936.

Archivo de Rómulo Betancourt. Caracas, Editorial Fundación Rómulo Betancourt, 1972, t. 3.

AREVALO GONZALEZ, Emilio, **El Libro de mis luchas**. Caracas, Tip. Americana, 1936.

ASIMOV, Isaac, **The naked sun**. Londres, Panther Science Fiction, 1977.

BARALT, Rafael María, **Obras completas de Rafael María Baralt**. Barcelona (España), Universidad del Zulia, 1960.

———, "Resumen de la Historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año de 1797". **Ibidem**. vol. I.

———, "Resumen de la Historia de Venezuela desde el año de 1797 hasta el de 1830". **Idem**.

BECERRA, Ricardo, **Vida de D. Francisco de Miranda**. Madrid, Edit. América, s./d.

BELLO, Andrés, **Obras completas**. Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1957.

BIELINSKI, Vissarion Gregorievitch, "Histoire de la Petite-Russie". **Textes philosophiques choisis**. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1951.

BLANCO, Eduardo, **Las noches del Panteón**. Caracas, Línea Aeropostal Venezolana, 1954. 2a. ed.

BLANCO, José Félix, y AZPURUA, Ramón, **Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia**. Caracas, Imprenta de "La Opinión Nacional", 1876, XIV volúmenes.

BLANCO FOMBONA, Rufino, **El espíritu de Bolívar**. Caracas, 1943.

———, "Bolívar escritor". Véase: BOLIVAR, Simón, **Discursos y proclamas**.

———, **Bolívar y la Guerra a Muerte**. (Epoca de Boves, 1813-1814). Caracas, Impresores Unidos, 1942.

———, **El hombre de hierro**. París, Editorial Garnier, s.d.

BLOCH, Marc, **Introducción a la Historia**. (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, Nº. 64). México, 1952.

Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.

Boletín de Información de la Embajada de la U.R.S.S. México, D.F.

BOLIVAR, Simón, **Discursos y proclamas**. (Compilados, anotados, prologados y publicados por Rufino Blanco Fombona). Prólogo: "Bolívar escritor". (Biblioteca de Grandes Autores Americanos). París, Editorial Garnier Hermanos, s./d.

———, **Obras completas**. La Habana, Edit. Lex, 1950. III vols.

———, **Bolívar. Epistolarios.** (Colección: "Bicentenario Bolivariano". Serie: "Epistolario Bolivariano"). Caracas, Presidencia de la República, 1983.

BOTELLO, Oldman, **Mis 27 años junto al General Gómez. Las Memorias de Don Florencio Gómez.** Caracas, Planeta-Voces del presente, 1994.

BRANDT, Carlos, **Bajo la tiranía de Cipriano Castro.** Caracas, Tip. Vargas, S.A., 1952.

BRECA, Juan José, **Páginas guaireñas.** Caracas, Tipografía de vapor de El Cojo, 1884.

BRICEÑO-IRAGORRY, Mario, "Discurso como Presidente del Congreso, el 24 de junio de 1945". **Celebración del Día de Carabobo y del Ejército.** Caracas, 1945.

———, **Formación de la nacionalidad venezolana.** Caracas, Editorial Venezuela, 1945.

———, **Los Riberas.** Caracas-Madrid, Ediciones Independencia, 1957.

———, **Mensaje sin destino.** (Colección Nuestra Tierra, Nº. 3). Caracas, Editorial Avila Gráfica, 1952.

———, **Tapices de historia patria**, Bogotá, Edit. Iqueima, 1950.

———, **Introducción y defensa de nuestra historia.** Caracas, Tip. Americana, 1952.

BRITO FIGUEROA, Federico, **Ensayos de Historia Social Venezolana.** Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1960.

BURTON, William L. "The Use and Abuse of History". **A.H.A. Newsletter.** Washington, D. C,. Febrero de 1982.

CABRUJAS, José Ignacio, **El día que me quieras.** (Colección Cuadernos de Difusión, Nº, 27). Caracas, Fundarte, 1979.

CAJIGAL, Don Juan Manuel de, **Memorias del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela.** Caracas, Ministerio de Justicia-Junta Superior de Archivos, 1960.

CAPRILES, Carlos L., **El Trono de Colombia.** Caracas, Tipografía Universal, 1931.

CARBONELL, Diego, **Comentarios de crítica a la obra académica de la Gaceta de Caracas.** Citados por María de Lourdes Carbonell en su estudio introductorio a Diego Carbonell, **Psicopatología de Bolívar**, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1965, "Introducción".

———, **Escuelas de Historia en América**, Buenos Aires, Imprenta López, 1943.

———, **Juicios históricos**. Río de Janeiro, Tipographia do Annuario do Brasil, 1921.

CAREME, Marie-Antoine, **El gran arte de los fondos, caldos, adobos y potajes**. Barcelona de España, Tusquets Editores, 1980.

CARRERA DAMAS, Germán, **Historia contemporánea de Venezuela. Bases metodológicas**. (Colección Historia, Nº. VI). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1977. 2a, ed. 1979.

———, **Boves, aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia**. Caracas, Monte Avila Editores, 1991, 4ª. ed.

———, **Temas de historia social y de las ideas**. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969.

———, **Crítica Histórica**. Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1960.

———, **Historia de la Historiografía Venezolana. Textos para su estudio**, (Colección Ciencias Sociales, Nº. IV). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1961.

———. **Metodología y estudio de la historia**. Caracas, Monte Avila Editores, 1980 (3ª. ed.)

———, **Validación del pasado**. (Colección Temas, Nº. 65). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1975.

———, **La renovación de los estudios históricos (El caso de Venezuela)**. (Colección SEPSETENTAS). México, Secretaría de Educación Pública, 1976.

———, **Jornadas de historia crítica**. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1983.

———, **Una nación llamada Venezuela**. Caracas, Monte Avila Editores, 1991, 4ª. ed.

———, **Historiografía marxista venezolana y otros temas**. (Colección humanismo y ciencia, Nº. 3). Caracas, Dirección de cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1967.

———, **Cuestiones de historiografía venezolana**. (Colección Temas, Nº. 7). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1964.

———, **La crisis de la sociedad colonial**. Caracas, Monte Avila Editores, 1983. 3ª. ed.

———, **La necesaria reforma democrática del Estado**. Caracas, Editorial Grijalbo, 1988.

CASTILLO, Domingo B., **Memorias de Mano Lobo y La cuestión monetaria en Venezuela**. (Colección "Venezuela Peregrina", Nº. 1). Caracas, Publicaciones de la Presidencia de la República, 1962.

CASTRO, Arzobispo Juan Bautista, **El origen de la vida ante**

la ciencia y la revelación. (Exposición que hace sobre este tema el arzobispo de Caracas en defensa de la fe cristiana). Caracas, Imp. de "La Religión", 1905.

Causa 1/89. Fin de la conexión cubana. Habana, Editorial José Martí. Publicaciones en lenguas extranjeras (sic), 1989, 3ª. ed.

CEDEÑO, Gregorio, **Carta del General Cedeño al Doctor Urbaneja y contestación del General Crespo en desagravio de la moral de La Reivindicación y en homenaje a los fueros de la verdad de la historia.** Caracas, Imprenta de vapor de "La Opinión Nacional", 1881.

CHRISTIE, Agatha, **Poirot en Egipto.** (Selecciones de Biblioteca Oro, Nº. 146). Barcelona de España, Editorial Molino, 1958.

COHEN, Morris, **Razón y naturaleza.** Buenos Aires, Editorial Paidos, 1956.

Colección de Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú Simón Bolívar, para servir a la historia de la Independencia del Suramérica. Compilada por Cristóbal de Mendoza, Francisco Javier Yanes y Antonio Leocadio Guzmán. Caracas, Imprenta de G. F. Devisme, 1826-1830.

Consulta de Doña Angela Isidra del Campo a Don Felipe de Vergara y su respuesta sobre si en Santafé de Bogotá será o no lícito cenar la Nochebuena, y cenar buñuelos y pescado. Presentación y transcripción del manuscrito de 1799 por María del Rosario Aguilar Perdomo. Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Navidad de 1993.

COPLANARH, **La agricultura deseable.** Caracas, 1970.

CORDOBA, Diego, **Venezuela Agonizante, ¡Viva la Revolución!** Mérida, Yucatán, (México), 1926. La segunda edición se publicó con el título **Venezuela agonizante.** Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1936.

Correo del Orinoco. Edición facsimilar. Caracas, Academia Nacional de la Historia.

CORTAZAR, Julio, **Los premios.** Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966, 5ª. ed.

COVA MAZA, José Manuel, **Mocedades de Simón Bolívar.** Barcelona (Venezuela), Tipografía Americana, Hermanos Silva Baiz, s./d. Prólogo de Rafael Cayama Martínez.

CHIOSSONE, Tulio, **Ultimos años del Libertador, 1826-1830.** (Consideraciones sobre su grandeza moral). Mérida, Tip. "El Lápiz", 1930.

DAVILA, Vicente, **Investigaciones históricas** Caracas, Tipografía Americana, 1927, vol. II.

DE LA PLAZA, Salvador, "La formación de las clases socia-

les en Venezuela". (Mimeografiado). Caracas, Círculo de estudiantes de historia, 1965.

DECOUFLE, André-Clémént, **La prospective**. (¿Que sais-je?, Nº. 1500). París, Presses Universitaires de France, 1972.

DIAZ, José Domingo, **Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas**. Madrid, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1961.

DIAZ DEL CASTILLO, Bernal, **Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España**. (Biblioteca de autores españoles de Don Manuel Rivadeneira, t. II). Madrid, 1947.

DIAZ RODRIGUEZ, Manuel, **Entre las colinas en flor**. Barcelona de España, Casa Editorial Araluce, 1935, 1ª. ed.

DIAZ SANCHEZ, Ramón, **Evolución de la historiografía en Venezuela**. (Letras Venezolanas, Nº. 3). Caracas, Ministerio de Educación, 1956.

————. "Evolución social de Venezuela (hasta 1960)". **Venezuela independiente**. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1962.

————, "Discurso en contestación al del Doctor Caracciolo Parra Pérez con motivo de su incorporación a la Academia Nacional de la Historia". Academia Nacional de la Historia, **Discursos de incorporación**, tomo IV, pp. 115-121.

DIAZ SEIJAS, Pedro, **Ideas para una interpretación de la realidad venezolana**. Caracas, Jaime Villegas, Editor, 1962.

DIDEROT, Denis, **Jacques le fataliste et son maître**. Lausanne, Editions Rencontre, 1960.

————, "Autorité dans les discours et dans les écrits". **Textes choisis de l'Encyclopedie**.

————. "Agnus Scythicus". **Ibidem**.

"Documentos de carácter político, militar y administrativo relativos al período de la Guerra a Muerte". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Nºs. 68, 69, 70 y 71.

DIARIOS:

Asahi Evening News, Tokyo.
Economía Hoy. Caracas.
El Diario de Caracas. Caracas.
El Nacional. Caracas.
El País. Madrid.
The News. Ciudad de México.
El Universal. Caracas.
El Universal, Cartagena de Indias.
International Herald Tribune, Zurich.
The New York Times, Nueva York.
Le Monde, París.

Documentos que hicieron historia. (Siglo y medio de vida republicana, 1810-1961). Caracas, Ediciones conmemorativas del sesquicentenario de la Independencia, 1962, II vols.

El Zulia en la Independencia Sur-Americana. Ofrenda del Gobierno del Estado en el Centenario del 5 de julio de 1911(sic). Maracaibo, Imprenta Americana, 1911.

ELLIOT, T. S., **Complete poems and plays.** Londres, Faber and Faber, 1969.

ESPINAL, Valentín, hijo, **Verdades amargas de actualidad dedicadas al Sr. Gral. Joaquín Crespo y al Ejército Legalista bajo sus órdenes.** Caracas, Imprenta Editorial de Soriano Sucesores, 1892.

ESTELLER, Antonia, **Catecismo de Historia de Venezuela, desde su descubrimiento hasta la muerte del Libertador.** Caracas, Imprenta Editorial, 1885.

Falsificadores de la historia. (Reseña histórica). Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948.

FEDERMAN, Nicolás, **Historia indiana.** "Una preciosa y amena historia del primer viaje de Nicolaus Federmann, el joven, natural de Ulm, emprendido desde España y Andalucía a las Indias del Mar Océano, y de lo que allí le sucedió hasta su retorno a España. Escrito brevemente y de amena lectura. 1557". Traducida por primera vez directamente del alemán por Juan Friede. Madrid, Academia colombiana de historia, 1958.

FERNANDEZ, Faustino, **Coatlicue. Estética del arte indígena antiguo.** México, Instituto de investigaciones estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, **Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano.** Madrid, 1851.

FLORESCANO, Enrique, **Memoria mexicana.** (Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821). México, Editorial Joaquín Moritz, 1987.

FRANCE, Anatole, **Le crime de Sylvestre Bonnard, membre de l'Institut.** París, Librería Hachette, 1930.

GALLEGOS, Rómulo, **Reinaldo Solar.** Buenos Aires, Colección Austral, 1941.

————, **Doña Bárbara.** Buenos Aires, Colección Austral, 1950.

————, **Pobre negro,** Caracas, Edit. Elite, 1937.

GARCIA LORCA, Federico, **Obras completas.** Madrid, Editorial Aguilar, 1957.

GAUTIER, Théophile, "Le petit chien de la marquise". **Les 20 meilleures nouvelles françaises.**

GIL, Pío, **Los Felicitadores**. Málaga, Zambrana Hermanos, Impresores, 1911.
_______, **Los Felicitadores**. Caracas, Tip. Garrido, 1952.
_______, **Cuatro años de mi cartera**. Málaga, Zambrana Hermanos, Impresores, 1911.
GIL FORTOUL, José, **Obras completas**. Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1956.
_______, "Julián". (Bosquejo de un temperamento). **Ibidem**, vol. VI.
_______, "Pasiones". **Idem**.
_______, **Historia constitucional de Venezuela**. Caracas, Las Novedades, 1942, III vols.
GOBINEAU, Joseph Arthur, conde de, "Adelaïde". **Les 20 meilleures nouvelles françaises**.
GOMEZ CANEDO, O. F. M, Lino, "¿Hombres o bestias? (Nuevo examen crítico de un viejo tópico). **Estudios de historia novohispana**. México, Instituto de investigaciones históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. I.
GONZALEZ, Eloy Guillermo, **Al margen de la epopeya**. Caracas, Editorial "Elite", 1935.
GONZALEZ, Juan Vicente, "Venezuela y los Monagas". **La doctrina conservadora. Juan Vicente González**. (Colección Pensamiento político venezolano del siglo XIX, vol. 3, tomo II).
_______, "Observaciones de un patriota para las futuras combinaciones políticas de Venezuela". **Ibidem**.
_______, "Dedicatoria de la 3ª. parte del Manual de Historia Universal". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, 3l de marzo de 1924, Nº. 25.
GONZALEZ GUINAN, Francisco, **Historia del Gobierno de la Aclamación, período constitucional de Venezuela, presidido por el General Guzmán Blanco (1886-1887)**. Caracas, Tipografía Universal, 1899.
GONZALEZ PEÑA, Simón, "Palabras del Presidente de la Comisión Redactora de Biografías de Próceres Zulianos, señor Simón González Peña, al consignar las escritas en poder del Ejecutivo". Véase: **El Zulia en la Independencia Sur-Americana**.
GONZALEZ RUBIO, Carlos, "La nefanda noche". **Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela**. Caracas, diciembre de 1958, Nº. 57.
GRASES, Pedro, El Resumen de la Historia de Venezuela de Andrés Bello. (La crítica posterior). En Germán Carrera Damas. **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**.
¡Guerra a Muerte! (Recollections of a service of three years

during the War of Extermination by an officer of the Colombian Navy). Buenos Aires, Editorial Colombia, 1945.

GUERRA Y SANCHEZ, Ramiro, **Azúcar y población en las Antillas.** La Habana, Editorial Lex, 1961.

GUEVARA, Fray Antonio de, **Menosprecio de corte y alabanza de aldea.** Madrid, Espasa-Calpe, 1922.

GUZMAN BLANCO, ANTONIO, "Muerte del General Ezequiel Zamora". **Crónica de Caracas.** Caracas, enero-marzo de 1960.

————, Véase: Academia Venezolana Correspondiente. **Discurso inaugural. Su crítica y su defensa.**

GRACIAN, Baltasar, **Oráculo manual y arte de prudencia.** Madrid, Editorial Castilla, 1948.

HAWKING, Stephen, **Historia del tiempo.** México, Editorial Crítica, 1988.

HEREDIA, José Francisco, **Memorias del Regente Heredia.** Madrid, Biblioteca Ayacucho, s./d.

HERRERA LUQUE, Francisco, **Manuel Piar, caudillo de dos colores.** Caracas, Edit. Pomaire, 1987.

History of mankind, cultural and scientific development. UNESCO. Londres, George Allen and Unwin Ltd., 1969.

HOBSBAWM, E. J., **Bandits.** Gran Bretaña, Pelican Books, 1972.

HUIZINGA, J., **Sobre el estado actual de la ciencia histórica.** Tucumán, Ed. Cervantes, s./d.

HULL, L. W H., **Historia y filosofía de la ciencia.** Barcelona de España, Ediciones Ariel, 1961.

HUMBOLDT, Alexander von, **Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804,** par Al. de Humboldt et A. Bonpland. A Paris, Chez F. Schoell, 1814-25, III vols.

HUXLEY, Aldous, **Nueva visita a un mundo feliz.** Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1960.

IRAZABAL, Carlos, **Hacia la Democracia.** México, Editorial Morelos, 1939, 1ª. ed.

————, **Venezuela esclava y feudal.** Caracas, Edit. Pensamiento Vivo, 1964.

IZQUIERDO, Francisco. Véase: PAEZ, Ramón.

Jóvenes poetas de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta. Introducción, selección y notas de Gustavo Pereira. (Cuadernos de Difusión. Presencia cultural de los estados, Nº. 3). Caracas, Fundarte, 1979.

KEY-AYALA, Santiago, **Obras selectas.** Madrid, Editorial Edime, 1955.

————, **Entre Gil Fortoul y Lisandro Alvarado.** (Cuader-

nos de la Asociación de Escritores de Venezuela, N°. 49). Caracas, 1945.

KEY SANCHEZ, Fernando, **Fundación del Partido Comunista de Venezuela**. Caracas, Fondo Editorial "Carlos Aponte", 1980.

KHRUSHCHEV, Nikita, "Khrushchev's Secret Tapes". **Time**, 1o. de octubre de 1990.

KOYRE, Alexandre, **Mystiques, spirituels, alchimistes du XVIème siècle allemand**. (Cahiers des annales, N°. 10). París, Association Marc Bloch, 1955.

KRAUTHHAMMER, Charles, "On Getting Wrong". **Time**, 15 de abril de 1991.

La Doctrina Positivista. (Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, vol. 14). Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1961.

LANGLOIS, Charles Victor y SEIGNOBOS, Michel Jean Charles, **Introducción a los estudios históricos**. Madrid, Daniel Jorro Editor, 1913.

LARRAZABAL, Felipe, **Vida del Libertador** Simón Bolívar. Nueva York, 1866.

LE BON, Gustavo, **Les premières civilisations**. París, C. Marpon et E. Flammarion, Editeurs, 1889.

LECUNA, Vicente, "La guerra de independencia en los Llanos de Venezuela". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, 5 de julio de 1923, N°. 21, p. 1035.

————, **Crónica razonada de las guerras de Bolívar**. New York, The Colonial Press Inc., 1950.

LEMMO BRANDO, Angelina, **Historiografía colonial de Venezuela**. Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1983.

Les 20 meilleures nouvelles françaises. Selección de Alain Bosquet. (Collection Marabout géant N°. 192). París, Ed. Séghers, s./d.

LEVEL DE GODA, Luis, **Historia contemporánea de Venezuela, política y militar, 1858-1886**. Caracas, Imprenta Nacional, 1954, 2ª. ed. Prólogo: "A la juventud venezolana", fechado París, abril de 1893.

————, **En defensa de la Historia contemporánea de Venezuela, política y militar**. Barcelona de España. Imprenta y Litografía de José Cunil Sala, 1894.

LIMA, José María, en **Versiones** (Cuadernos de poesía y pintura puertorriqueña actual). San Juan de Puerto Rico, febrero de 1967, vol. III, s,/p.

LINTON, Ralph, **Estudio del hombre**. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

LOMBARDI, John V., **Decadencia y abolición de la esclavitud en Venezuela, 1820-1854**. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1974.

LOPEZ, José Heriberto, **Veinte años sin patria**. Historia panfletaria de los dos tiranuelos más feroces de la América Hispana: Juan Vicente Gómez y Gerardo Machado. Habana, Imp. Fernández y Cía., S. en C., 1933.

LOPEZ MENDEZ, Luis, **Los partidos políticos** (1887-1891). (Nuestro Siglo XIX, Nº. 4). Caracas, Publicaciones de la Presidencia de la República, 1963.

LOPEZ SEGRERA, Francisco, **Raíces históricas de la Revolución Cubana, 1868-1959**. Introducción al estudio de las clases sociales en Cuba en sus relaciones con la política y la economía. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1980.

Los aborígenes de Venezuela. (Etnología contemporánea). Caracas, Fundación Lasalle / Monte Avila Editores, 1988, III vols.

LUCIANI, Jorge, **El máximo turbulento de la Gran Colombia y otros estudios**. Caracas, C, A, Artes Gráficas, 1943.

LUGO, Francisco Aniceto, **La revolución venezolana**. (Substancia y nervio de la Política en Venezuela). Caracas, Tipografía Americana, 1937.

MADARIAGA, Salvador de, **Bolívar**. México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1951.

MADIEDO, Manuel María, **El dedo en la llaga**. Caracas, Imprenta Federal, 1876.

MAILER, Norman, **Los desnudos y los muertos**. Buenos Aires, Edit. Goyanarte, 1962.

MAQUIAVELO, Nicolás, **El príncipe**. Barcelona de España. Los libros de Plon, Nº. 4, s.d.

MARIATEGUI, José Carlos, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**. (Colección América Nuestra). Santiago de Chile, 1955.

MARMONTEL, J. F., "Critique dans les sciences". **Textes choisis de l'Encyclopedie**.

MARROU, H.-I., **De la connaissance historique**. París, Editions du Seuil, 1958.

MARTI, José, "La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española". **Nuestra América**. (Biblioteca Ayacucho, Nº. 15). Caracas, 1977.

MARUN, Gioconda, **El modernismo argentino incógnito en "La Ondina del Plata" y "Revista Literaria"** (1875-1880). Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XC, 1993.

MEDINA ANGARITA, Isaías, **Cuatro años de democracia**. Prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas, Pensamiento Vivo, C. A. / Editores, 1963

MIJARES, Augusto, **Hombres e ideas en América**. (Biblioteca Popular Venezolana, Nº. 12). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1946.

————, "El proyecto de un oligarca". **El Nacional**. Caracas, 31 de mayo de 1966.

————, **La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana**. "Introducción". Madrid, 1952.

————, **El Libertador**. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza y Fundación Shell, 1964.

————, "Baralt historiador". **Obras completas de Rafael María Baralt**, vol. I.

MONDOLFO, Rodolfo, **Problemas y métodos de investigación en la historia de la filosofía**. Buenos Aires, Eudeba, 1960.

MONTILLA, José Abel, **Fermín Entrena**, un venezolano del noventa y nueve. (Novela histórica). Buenos Aires, Imprenta López, 1950.

MOLINA HERRERA, Santiago, **Un manojo de pensamientos mustios**. Barquisimeto, 1934.

MORANTES, Pedro María. Véase GIL, Pío.

NAIPAUL, V. S., **Guerrillas**. Gran Bretaña, Penguin Books, 1982.

NAVARRO, Emilio, **La Revolución Federal, 1859 a 1863**. (Ediciones conmemorativas del primer centenario de la Revolución Federal, Nº. 5). Caracas, Imprenta Nacional, 1963.

NEEDHAM, Joseph, **Moulds of understanding**. (A pattern of Natural Philosophy). Londres, George Allen and Unwin Ltd., 1976.

NIETZSCHE, Federico, **De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida**. Buenos Aires, Editorial Bajel, MCMXLV.

NUÑEZ, Enrique Bernardo, **La galera de Tiberio**. Caracas, Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1967.

————, **Bajo el samán**. (Biblioteca venezolana de cultura). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1963.

NUÑO, Alicia de, **Ideas sociales del positivismo en Venezuela**. (Colección Avance Nº. 22), Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969).

OLAVARRIA, Domingo A. (Luis RUIZ), **Historia Patria. Décimo Estudio Histórico-Político. Refutación del "Manifiesto Liberal" de 1893**. Valencia, Tip. Artística Mijares, 1895. Primera edición: Valencia, Imprenta de "El Diario", 1893.

O'LEARY, Daniel Florencio, **The 'Detached Recollections' of General D. F. O'Leary**. Edited by R. A. Humphreys. Londres, The Athlone Press of the University of London, 1969.

ORTEGA Y GASSET, José, **Sobre la razón histórica**. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1979.

ORTIZ, Fernando, **El engaño de las razas**. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.

OSORIO CALATRAVA, M. A., **La Sombra de Carujo**. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1939.

OSORIO JIMENEZ, Marco A., "Los legionarios británicos en la guerra de Independencia". **Narraciones de los expedicionarios británicos de la Independencia**, Caracas, 1966.

OVIEDO Y BAÑOS, José de, **Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela**. Madrid, 1723. Caracas, edición facsimilar en homenaje al Cuatricentenario de la fundación de Caracas, 1967.

PADRON, Julián, "Geografía física y humana de la novela venezolana". **Venezuela 1945**. Bogotá, 1945.

PAEZ, José Antonio, **Autobiografía del General Páez**. Nueva York, Edición del Ministerio de Educación, 1946, II vols.

PAEZ, Ramón, **Escenas rústicas en Sur América o La vida en los Llanos de Venezuela**. Prólogo de Francisco Izquierdo. Caracas, Editorial Sur-América, 1929.

PALACIO FAJARDO, Manuel, **Bosquejo de la Revolución en la América Española**. (Colección Historia, Nº. 5). Caracas, Publicaciones de la Secretaría General de la X Conferencia Interamericana, 1953.

PARDO, Miguel Eduardo, **Todo un pueblo**. Madrid, Edit. América, s./d.

PARRA LEON, Caracciolo, "Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, enero-marzo de 1932, t. XVI, Número 57.

PARRA PEREZ, Caracciolo, **El régimen español en Venezuela**. Madrid, Javier Morata, Editor, 1932.

———, **Mariño y las guerras civiles**. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1958, III vols.

———, **Mariño y la Independencia de Venezuela**. Madrid, Ediciones Cultura Hispánico, 1954, V vols.

Pensamiento político venezolano del Siglo XIX. Textos para su estudio. Caracas, Presidencia de la República, 1961-1962, XV volúmenes.

PEPE COLOMA. Véase" ALVAREZ TORREALBA, Pbro. Eduardo A.

PEREZ GALDOS, Benito, **Trafalgar**. (Biblioteca Básica Salvat, Nº. 27). España, 1970.

PEREZ SOSA, Elías, **La casa de Vargas**. (Ensayo Histórico-Social). Caracas, Editorial La Torre, 1938.

PICON FEBRES, Gonzalo, **La Literatura venezolana en el**

siglo XIX. (Ensayo de historia crítica). Buenos Aires, Edit. Ayacucho, 1947, 2ª. ed.

———, **El sargento Felipe.** Novela venezolana. Buenos Aires, Editorial Ayacucho, 1947, 4ª. ed.

PICON SALAS, Mariano, **1941.** (Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana). Caracas, Editorial La Torre, 1940.

———, **Comprensión de Venezuela.** (Biblioteca Popular Venezolana, Nº. 34). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1949.

Pensamiento, acción y vigencia de Simón Bolívar. (Coloquio internacional). Compilación y prólogo de Germán Carrera Damas. Caracas, Monte Avila Editores-UNESCO, 1990.

PLEKHANOV, Georgi Valentinovitch, "De la philosophie de l'histoire". **Les questions fondamentales du marxisme.** Paris, Editions Sociales, 1947.

POCATERRA, José Rafael, "Tierra del sol amada". **Obras selectas.** Madrid-Caracas, Edic. Edime, 1956.

PORTILLO, Jesús María, **Conferencia quinta, por el Dr. Jesús M. Portillo. (24 de mayo de 1883).** Maracaibo, Imprenta Bolívar de Alvarado y Ca., 1883.

Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes. Caracas, 1895.

PULIDO, Lucio, **Historia Patria. La retirada y abandono de Barinas por el coronel Ramón García de Sena el 18 de enero de 1814.** Caracas, Imprenta de la "Gaceta Oficial". 1881.

RAMIREZ, Ramón, **El Cristianismo y la libertad.** (Ensayo sobre la civilización americana). Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1855. 2ª. ed.: Caracas, Monte Avila Editores, 1992.

RAMOS, Julio, **La Selva.** (Biblioteca Popular, Nº. 88). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1962.

RANGEL, Domingo Alberto, **Gómez el amo del poder.** Valencia, Vadell Hermanos, 1975.

RENIER, G. J., **History, its purpose and method.** Boston, The Beacon Press, 1950.

RESTREPO, José Manuel, **Historia de la Revolución de la República de Colombia.** París, Librería Americana, 1827.

———, "Historia de la Revolución de Venezuela, en la América Meridional". **Historia de la Revolución de la República de Colombia, en la América Meridional.** Besanzon, Imp. de José Jacquin, 1858, IV vols.

REVISTAS:

Crítica Contemporánea. Caracas.

Revista de Historia Canaria. La Laguna de Tenerife.

Facetas. Washington.
Newsweek.
Momento. Caracas.
Proceso. Lima.
La Razón. Caracas.
Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas.
Time.
Crónica de Caracas. Caracas.
Tiempo y espacio. Caracas.
Semana. Bogotá.
Credencial Historia. Bogotá.

REYES, Alfonso, "La inefable verdad biográfica". **El Nacional**. Caracas, 18 de junio de 1959.

RICHARDSON, Michael, "Laying «Flowers» on Famous Naval Wrecks". **International Herald Tribune**, 23 de agosto de 1991.

RILKE, Rainer María, **Cartas a Rodin y Cartas sobre Rodin**. (Colección Panorama, Nº. 25). Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1959.

RODRIGUEZ, José Santiago, **Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela**. (Ediciones conmemorativas del primer centenario de la Revolución Federal). Caracas, 1960.

RODRIGUEZ, Simón, **El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de arma defendidos por un amigo de la causa social**. Arequipa, 1830.

———, **Escritos de Simón Rodríguez**. Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1954, III vols.

ROJAS, Arístides, **Humboldtianas**. Recopiladas y publicadas por Eduardo Röhl. Caracas, Tipografía Vargas, 1924.

ROJAS, José María de, **Tiempo perdido**. (Colección distinta, Nº. 7). Caracas, Fondo de publicaciones de la Fundación Shell, 1967.

———, **Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos**. Caracas, Rojas Hermanos, 1875.

ROJAS PAUL, Juan Pablo, **Contestación del Dr. J. P. Rojas Paúl al libro del Dr. F. González Guinán**. Caracas, 1891.

———, "Discurso con motivo de la inauguración de la Academia Nacional de la Historia". **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, octubre-diciembre de 1939, t. XXII, Nº. 88, pp. 526-531.

ROMERO, Mons. Mario Germán, **Notas de historia colombovenezolana**. San Cristóbal, Centro de Historia del Táchira, 1985.

ROMERO GARCIA, Manuel Vicente, **Manuel Vicente Romero García**. (Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua, Nº. 13). Caracas, 1966.

ROSCIO, Juan Germán, **Obras**. (Colección Historia, Nº. 9). Caracas, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, 1953.

ROSENBLAT, Angel, "Ortega y Gasset: lengua y estilo". **Homenaje a Ortega y Gasset**. Caracas, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1958.

RUIZ, Luis. Véase: OLAVARRIA, Domingo A.

RUFFIE, Jacques, **De la biologie à la culture**. París, Flammarion, 1976.

SANCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO, **La España musulmana**. Madrid, Espasa Calpe, 1978.

SANTA GERTRUDIS, O.F.M., Fray Juan de, **Maravillas de la naturaleza**. (Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Nº. 28). Bogotá, MCMLVI.

SANTANDER, Francisco de Paula, **Diario del general Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos**, 1829-1832. Bogotá, 1963.

SANZ, Miguel José, "Representación del Dr, Sanz". (Dirigida al Rey, fechada Caracas, 30 de julio de 1809). **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Caracas, octubre-diciembre de 1930, t. XIII, Nº. 52.

SARMIENTO, Domingo Faustino, **Recuerdos de Provincia**. (Biblioteca Básica Salvat, Nº. 35). España. 1970.

SEIJAS, Rafael Fernando, **El Presidente**. Caracas, Tip. Garrido, 1940.

———, "Historiadores de Venezuela". **Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencia y Bellas Letras**. Caracas, 1895.

SEIJAS GARCIA, J.M., **El Libertador en la adversidad y ante la historia**. (Algunos de sus rasgos geniales). Caracas, Tipografía Americana, 1917.

SCHLESINGER, Arthur M., "El Historiador como partícipe". Revista **Facetas**. Washington, vol. VIII, Nº. 1.

SCHWOB, Marcel, "El arte de la biografía". **El arte de la biografía**. (Clásicos Jackson, vol. XX). Buenos Aires, W.M. Jackson, Inc. 1956.

SIDEY, Hugh, "The Presidency. What Links These Six?". **Time**, 15 de abril de 1991.

SORIANO, Graciela, **Perspectivas y expectativas de la historia en la época actual**. Caracas, Monte Avila Editores, C. A., 1979.

SPOSITO, Emilio Menotti, **Obras selectas**. (Biblioteca de Autores y Temas merideños, Nº. 7). Caracas, 1967.

STRACHEY, Lytton, **Queen Victoria**. Londres, Pinguin Books Modern Classics, 1978.

SUCRE, Luis Alberto, **Gobernadores y capitanes generales de Venezuela**. Caracas, reimpreso por Litografía Tecnicolor, S.A., 1964.

SUETONIO, Cayo, **Les douze Césars**. París, L'Ambassade du Livre, 1963.

SWIFT, Jonathan, **Gulliver's travels**. Londres, Penguin Books, 1967.

TACITO, Cornelio, **Diálogo de los oradores**. Madrid, Col. Universal Espasa-Calpe, 1943.

———, **La Germania**. Madrid, Col. Universal Espasa-Calpe, 1943.

TAVERA ACOSTA, Bartolomé, **Historia de Carúpano**. (Colección Vigilia No. 19). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 3ª. ed., s. /d.

TEJERA, Felipe, **Perfiles venezolanos ó Galería de hombres célebres de Venezuela en las letras, ciencias y artes**. Caracas, Tipografía de Rómulo A. García, 1907, 2ª. ed.

Testimonios sobre la formación para el trabajo (1539-1970). Caracas, Instituto Nacional de Cooperación Educativa, 1972.

Textes choisis de l'Encyclopedie. (Les classiques de peuple). Paris, 1952.

THIERRY, Agustín, **Relatos de los tiempos merovingios**. Madrid, Col. Universal Espasa-Calpe, 1922.

TORO, Fermín, "Europa y América". **El pensamiento conservador. Fermín Toro**. (Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, vol. I).

TOSTA GARCIA, Francisco, **Costumbre caraqueñas**. Caracas, Imprenta de El Angel Guardián, 1882.

TOYNBEE, Arnold J., **Estudio de la Historia**. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1953.

UNAMUNO, Miguel de, **Vida de Don Quijote y Sancho**. Buenos Aires, Editorial Austral, 1946.

USLAR PIETRI, Juan, **Boves**. Caracas, Cromotip, C.A., 1950.

———, **Historia de la rebelión popular de 1814**. (Contribución al estudio de la historia de Venezuela). Paris, Ediciones Soberbia, 1954.

VALDIVIESO MONTANO, Acisclo, **José Tomás Boves** (Caudillo hispano; el más recio batallador realista durante la Guerra a Muerte. Años de 1812 a 1814). Caracas, Edit, González, 1955.

VALLENILLA LANZ, Laureano, **Cesarismo Democrático**. Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela. Caracas, Tipografía Garrido, 1961, 4ª. edición.

———, **El Libertador juzgado por los miopes**. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, MCMXIV.

———, **Disgregación e Integración**. (Ensayo sobre la for-

mación de la nacionalidad venezolana). Caracas, Tipografía Universal, 1930.

VARGAS, José María, "Discurso en la Junta General del 3 de febrero de 1833". **Sociedad Económica de Amigos del país. Memorias y Estudios, 1829-1839.** Caracas, Banco Central de Venezuela, 1958, vol. I.

VERA, Héctor, **Réplica de un joven a Luis Ruiz.** Caracas, Imprenta Colón, 1894.

VILLALBA VILLALBA, Luis, **El primer Instituto Venezolano de Ciencias Sociales.** Caracas, Publicaciones de la Asociación Venezolana de Sociología, 1961.

VILLAVICENCIO, Rafael, "Discurso en la sesión pública del Ateneo de Caracas, del 19 de abril de 1894, en conmemoración del 18 de Abril de 1810". **Ateneo de Caracas. Sesión pública celebrada en el Paraninfo de la Universidad en conmemoración del 19 de Abril de 1810.** Caracas, Imprenta Bolívar, 1894.

———, "Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia". **Pensamiento político venezolano del Siglo XIX,** Nº. 13, tomo I.

VILLEGAS, Guillermo Tell, "Instrucción popular". **Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes.** Caracas, 1895.

VOLTAIRE, "Dictionnaire Philosophique". **Oeuvres complètes.** París, Garnier Frères, 1878.

———, "Micromegas.- Histoire philosophique". **Romans.** (Le livre de poche, Nos. 657-658). Paris, 1961.

———, "Le monde comme il va". **Les 20 meilleures nouvelles françaises.**

YANES, Francisco Javier [Un venezolano], **Manual político del venezolano ó Breve exposición de los principios y doctrinas de la ciencia social que deben ser conocidos por la generalidad de los ciudadanos.** Caracas, Impreso por Valentín Espinal, 1839.

———, **Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado independiente.** Caracas, Editorial Elite, 1944.

ZARAZA, Lorenzo A., **La Independencia en el Llano.** Caracas, Editorial "Elite", 1933.

ZULOAGA, Nicomedes, **Bibliografía y otros asuntos.** Caracas, Lit. y Tip. Vargas, 1925.

ZUMETA, César, **El Continente Enfermo.** (Colección Rescate, vol. III). Caracas, Edit. Arte, 1961.

———, **Tiempo de América y de Europa.** Caracas, Presidencia de la República, 1962.

AVISO

A los historiadores críticos:
..."Tantos peligros como corre la verdad
en manos del historiador"... Andrés Bello.

SUMARIO

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de abril de 1995 en los
talleres de Editorial Melvin situa-
dos en la calle 3B Edf. Escachia,
La Urbina, Caracas Venezuela.



El autor recoge aspectos de su prolongada labor como docente e investigador, cuyo sentido está expresado en la frase de Andrés Bello incorporada al título de la obra.

Es una visión personal, basada en la experiencia propia. Busca llamar la atención del historiador crítico sobre las acechanzas que deberá enfrentar en el ejercicio de su oficio. Pero sobre todo se propone fortalecer la confianza del mismo en la potencialidad de sus recursos, al igual que estimular su certidumbre de la alta función social que cumplen sus afanes de investigador.

Pueblo que ignora su historia se extravía, afirma el autor. No menos que el pueblo que se guía por consejas. La tarea del historiador consiste, por lo mismo, en alimentar críticamente la conciencia histórica del pueblo, aun al precio de los peligros que corre la verdad en sus manos...